

HISTORIA DE MARTIN LUTERO.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HISTORIA

DE

MARTIN LUTERO,

SU VIDA, OBRAS Y DOCTRINAS,

ESCRITA EN FRANCES POR M. AUDIN.

SESTA EDICION.

Traducida al castellano

POR D. JOSE CANGA ARGÜELLES,

DIRECTOR DE «LA REGENERACION.»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Raimundo y Tolles

MADRID:

IMPRENTA DE LA REGENERACION, CALLE DE GRAVINA, NÚM. 21.

1856.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

44017

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V
922
L

BR325
A9

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

CAPILLA ALFONSINA
FONDO CONTEMPORÁNEO
VALVERDE VELEZ

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

Dos palabras antes de comenzar la publicacion de la obra de M. Audin, tan célebre en los fastos de nuestra literatura católica contemporánea.

El protestantismo es, entre las rebeliones del hombre contra su Criador, la última que merece ser conocida, por la importancia que le han alcanzado sus funestas consecuencias.

De todas las herejías, ninguna como la protestante atacó tan de raiz la esencia del catolicismo.

Y dirigiendo primero sus armas contra la Iglesia, ella fue mas tarde la que las suministró á los famosos revolvedores del órden político de las sociedades.

¿Se quiere averiguar el orígen de los hondos disturbios acaecidos en Europa desde el siglo xvi?

¿Se quiere conocer la causa que provoca aquellas

007170

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

guerras fratricidas que convierten á la Alemania en un lago de sangre por espacio de treinta años?

El protestantismo lo sabe: acudamos á él, y él nos dará cuantas esplicaciones sean necesarias.

A la *Reforma* se deben, y de la *Reforma* son los trastornos que agitan á los pueblos del continente europeo durante este período tan agitado y turbulento.

La obra de Satanás no carece, por desgracia, de fecundidad, y bajo una forma nueva, y trayendo á su servicio las malas pasiones, se dirige con mayor empeño hácia lo que ha sido siempre objeto constante de las cábalas destructoras del enemigo irreconciliable del Hacedor Supremo.

El protestantismo deifica la razon humana, y desde ese momento, sembrada la duda, como resultado forzoso de la ausencia de toda autoridad, brotan á porfía por do quiera el desórden y las revoluciones. En pos de los herejes reformadores vienen los incrédulos; y de la herejía primero, y de la incredulidad despues, resulta el horrible caos donde al presente se ve abismada la inteligencia de los que perdieron la fe por una aspiracion irrealizable y funestamente lisonjera para el necio orgullo humano.

Y si tanto y tan funesto influjo ha ejercido la abominable herejía de que nos ocupamos, ¿no deberá escitar interes la lectura de un libro consagrado á escribir la vida del hombre á quien cupo la triste gloria de iniciarla?

Nada, á nuestro juicio, es mas á propósito para apreciar una obra que conocer bien á su autor.

Por eso podemos decir que quien lea la vida de Lutero, lee la historia de la Reforma protestante.

M. Audin, autor de la que nosotros traducimos, y que lo es tambien de la de Calvino y Enrique VIII, ha hecho un trabajo, por el que recibió antes de morir merecidos y numerosos aplausos.

El Arzobispo de Paris le felicitó en los términos mas espresivos, y al frente de la sesta edicion está la carta donde le dice «que era tiempo de que una pluma elocuente, vigorosa y seglar viniese á destruir los errores acumulados por los sectarios de la Reforma.»

Gran satisfaccion tendriamos en ver que España dispensaba al libro del malogrado M. Audin las mismas pruebas de aprecio que ha obtenido en los pueblos cultos del estranjero.

Y esa satisfaccion seria completa si su lectura sirviese para devolver á la Iglesia algunos de sus hijos estraviados.

J. C. A.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PREFACIO.

—

La Reforma del siglo XVI, si ha de ser bien apreciada, preciso es que se considere bajo el doble aspecto social y religioso, pues ambos la convienen, y se juzgaria mal si se prescindiese de alguno de ellos. Schuderoff, Voigt, Buchholz, Thym, Schmidt y Cárlos Villers la han examinado en sus causas y en sus efectos. Lutero encontró reunidos ya á su advenimiento todos los combustibles que habian de poner en conmocion al mundo. No fue él, como generalmente se ha creido, quien dió vida á los elementos que prepararon la Reforma; se sirvió de ellos, y nada mas. Porque es un axioma el que las ideas han menester siempre de la forma para ser practicadas. La inteligencia del hombre es parecida en esta parte á las tierras, que solo producen lo que antes se ha sembrado en ellas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AUDIN

HISTORIA

M. LUTERO

BR325
A9
c. 1

007170



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

1080020351

Cuando Lutero vino al mundo existian ya los gérmenes del protestantismo. Muchas obras se han publicado con objeto de esplicar la accion del doctor de Wittemberg sobre su siglo, y no han faltado autores que, llevados por un espíritu de reprobada exageracion, han pretendido que su palabra fue mas poderosa que la de ningun otro escritor; que su pensamiento descubrió, por una facultad intuitiva, los arcanos del porvenir; que su ciencia sobrepujó á la de los que son tenidos como lumbreras del catolicismo; que su mision, en fin, fue apostólica, y su obra igual, cuando menos, á la de la revelacion. Nosotros vamos á ver si en su lucha con la autoridad fue hombre el monge agustino, y si estuvo exento de las miserias inherentes á la naturaleza humana.

La Reforma se inició con violencia y furor. No se contentó con arrojar de sus conventos á los frailes y á los sacerdotes de sus parroquias; la calumnia se cebó sañudamente contra sus costumbres y contra sus doctrinas. Terminado el drama de la Reforma, Lutero quedó solo en la escena, sin rivales ni impugnadores.

Para juzgar de sus adversarios, no quedó mas que la obra literaria que él habia dejado despues de su muerte, y en la cual hace un retrato horrible de los católicos, seres caidos, segun él, sin ciencia ni discernimiento; estudiantes miserables, arrastrándose á los pies de Aristóteles, á quien jamás supieron leer: humanistas llenos de un latin, que daria lástima á un pedante de aldea; cristianos que rechazan la palabra evangélica; teólogos que cantan victoria cuando han citado á Tomás ó á Escoto. En la parte moral,

hombres de concupiscencia y de lujuria, dados al vino y á las mujeres, esclavos de sus apetitos, y dispuestos, como Judas, á decir: *¿Qué me dareis si os lo entrego?* En su lucha con Lutero, apenas es dable encontrar una palabra noble que salga de sus miserables corazones, al traves de una fraseologia que se pierde en un dédalo de argumentos descoloridos, y á veces tan grotescos como su figura, porque talento y figura, todo se ha hecho por Lutero á la misma imágen.

Hé aquí, si hemos de creer al reformador, los hombres que Dios habia puesto en el mundo en el siglo xvi para defender á la Iglesia de Alemania.

El alma se acongoja en esas discusiones, en que Lutero se atribuye una palabra tan brillante, y presenta tan deslucida la de sus adversarios.

Tienen á su disposicion las aguas vivas en que bebian á raudales las imágenes Tertuliano, Cipriano, Lactancio, y no se atreven á acercar sus labios. Vergüenza da ver unos retóricos encapillados que no saben leer la Biblia ni los Padres. La fe, que traslada los montes de una parte á otra, no les desata siquiera la lengua. Asombrémonos, pues, de que historiadores que no conocen la polémica del siglo xvi sino por las narraciones de Lutero, tengan tan pobre idea de nuestros doctores, y se apasionen por su apóstol. ¡Admirémonos de que le comparen á San Pablo, que le conviertan en otro Arminio, ó en un romano de los antiguos tiempos!!

Lutero no hizo sino la caricatura, y se ha creido en el parecido; pero Dios no faltó á la Iglesia en la época de la Refor-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ma, asi como tampoco faltó el talento á sus defensores.

En el interes de la historia nos hemos constituido nosotros en jueces de un hombre que juzgó á sus hermanos con tanta severidad: era nuestro derecho. Hemos dicho á cada uno de aquellos muertos que él llevó á la tumba: «¡Levántate!» ¡Los hemos despertado, y los hemos obligado á comparecer ante nuestro tribunal! Asi se verá si en el polvo de las tumbas católicas yacian sombras ilustres, hombres de inspiracion y de fe, dignos herederos de las glorias de nuestra escuela. Asi se verá si faltaban los resplandores del genio á aquellos monges que vistieron el hábito que Lutero deshonró; si Eck es un teólogo sin ciencia, Alejandro un espíritu vulgar, y Leon X el Antecristo anunciado por los profetas. Asi se verá quién ha protegido las artes, y quién ha velado por la conservacion de los monumentos de nuestra fe. Y vendremos, finalmente, á apreciar si, como Kant lo ha definido, lo bello no es mas que el simbolo de la moralidad, y sabremos tambien quién, en el antagonismo que existe entre los dos cultos, ha hecho traicion á la mision de Jesucristo, mision de civilizacion y de progreso social.

No hay un solo escritor que haya tomado parte en esta controversia, bien sea de nuestra escuela ó de la de Lutero, á quien nosotros no conozcamos perfectamente por la lectura que con todo cuidado hemos hecho de sus obras.

Para juzgar bien al *reformador*, nada se ha omitido de nuestra parte. Hemos registrado las bibliotecas de Mayence, de Erfurt, de Colonia, de Strasburgo, de Lyon, de Florencia, de Passy, y particularmente la del Vaticano, donde hay guardados los mas preciosos tesoros.

Existe una obra literaria, cuya copia exigiria la vida entera de un escribiente, porque el que la hizo se asemejaba al fantasma de la balada alemana; *andaba de prisa*: caos en que el autor echó de todo: poesía, elocuencia, imágenes, cólera, cieno, mentira, y hasta verdades; epopeya en que sacó á la escena Papas, Emperadores, Padres, doctores, juristas, y el diablo, su héroe, que tiene colgadas de un hilo todas esas cabezas que agita y menea. Es obra en que Lutero representa á Aristófanes, el aldeano del Danubio, y muchas veces hasta á Petronio; es la que se ha de estudiar, si se duda, para dejar de dudar; simbólico *in folio* de la inutilidad de las doctrinas protestantes. En efecto, juntad esas páginas; acercad las que su mano disecada, tocando á las primeras sombras de la eternidad, dejaba caer en Eisleben, á las que escribia siendo casi una criatura al salir del convento de Erfurt; comparadlas, y no lograreis sacar una dogmática. Porque las lecciones, sirviéndonos de la espresion de un poeta, «se hacen allí pedazos como los aludes, las doctrinas chocan entre sí como las tormentas;» no hay un rayo de sol que enseñe el camino de la salvacion; es un abismo de neologías, contradicciones y antilogías. Por muy alta que sea la columna en que coloquen á Stylita, desafiamos á los apologistas de Lutero á que le eleven hasta la afirmacion: no supo mas que negar, y negar es destruir.

Hablamos en estos términos, porque le hemos leido y meditado. Varias veces se ha contristado nuestro corazon al ver el uso que hizo el monge agustino de los dones que Dios le concediera. Hemos presentado de relieve sus con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Universitaria y Tellez

tinuas variaciones, las imposibilidades que da como evidencias; sus profecías sobre la caida de la Iglesia romana; sus blasfemias contra la cátedra de San Pedro; sus insultos á las lumbreras de la tradicion, á los esplendores del sacerdocio y de la humanidad, y todo ese conjunto de hiel y de injurias que emplea para ajar á todo el que no cree en él. Nuestro libro se caerá muchas veces de las manos: la duda se levantará contra nuestros asertos; pero, forcejéese lo que se quiera, ahí está nuestra prueba; es preciso someterse á ella, ó renegar de Lutero.

Cuando ese Sanson de la Reforma se abrazó á las columnas de nuestro templo para echarlas abajo, multitud de obreros acudió en su ayuda: tales fueron Carlostadio, Œcolampade, Schwenckfeld y otros muchos, á los cuales concedia, en recompensa, coronas en la tierra y en el cielo. Pero aquellos espíritus quisieron trabajar por su cuenta y prescindir de Lutero. Entonces tuvo lugar un drama, demasiado serio para escitar la risa. «¿Quiénes sois vosotros, grita el doctor, para anunciar el Evangelio? ¿Cuáles son vuestros milagros? ¿En dónde están las señales que habeis puesto en el cielo? Ni uno siquiera responde: no hay uno solo que haya, segun Erasmo, hecho andar á un caballo cojo.» Pero no se aturden por eso: á su vez preguntan á Lutero:

«Y á tí, ¿quién te ha enviado? ¿Qué señales pueden darnos á conocer tu mision? ¿Qué milagro has hecho?» Tampoco Lutero habia sanado á ningun enfermo. A falta de señales, tiene su estremada cólera. Irrítase, pues; salta, revuelve y hojea los libros de aquellos nuevos apóstoles, á

quienes, mezclados unos con otros, empuja hácia su tribunal, y en pleno pretorio los azota y los marca en la frente como Cain, lo cual hace reir mucho al auditorio; luego, con su voz de profeta, los echa fuera con estas palabras: «Idos con mil diablos, si no os arrepentís.» Todos murieron impenitentes. Pero antes de abandonar el mundo citaron á su barra al reformador, tomando á su vez el desquite. No espereis de ellos arranques oratorios; su palabra es rastrera, pero viva; la hemos recogido en páginas muy difíciles de hallar.

Hé aquí, pues, la anarquía en la Iglesia de Wittemberg; los hermanos uterinos de la Reforma, criados con su leche, maldiciéndose entre sí, y citándose unos á otros para ante el Supremo Juez.

Lutero, para pedir cuenta á Munzer de todas las almas que embriagó con sus venenos; y Munzer, para arrojarle á la cara la sangre de los anabaptistas.

Carlostadio, para acusar á Lutero de haber alterado la palabra Divina; y Lutero, para burlarse de las visiones del arcediano.

Zuinglio y Œcolampade, para esplicar á Lutero el sentido de las palabras de la Cena; y Lutero, para proscribir la interpretacion de los suizos.

¿No es ciertamente un espectáculo bien singular ese drama, en que no aparece ninguna individualidad católica, y cuyos actores son todos monges, clérigos, sacerdotes que se han casado? ¡Evangelistas que se creen iluminados por la Divinidad, y se lanzan el anatema; profetas y apóstoles de Cristo que se jactan de poseer el criterio de la verdad, y se entienden entre sí ni mas ni menos que los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

obreros de Babel! Hemos descubierto la llaga de la Reforma, personificada en sus mas conocidos atletas. El monge sajon los juzgará.

Un hombre como Lutero no revive solamente en sus obras y en las narraciones de sus contemporáneos. Allí donde holló el suelo con su planta, han quedado señales indestructibles. La vida del doctor fue al mismo tiempo una lucha y una peregrinacion á traves de la Alemania. Almas entusiastas van hoy á visitar los lugares en que tuvieron lugar los fenómenos de la Reforma, como en otros tiempos iban á la Tierra-Santa nuestros padres. Tambien nosotros hemos hecho ese viaje. Hemos visitado á Eisleben, Eisenach, Erfurt, Worms, Spira, Wittemberg, recogiendo recuerdos é imágenes, que servirán para comprender mejor la narracion y proporcionarnos algunas provechosas lecciones. Así, cuando se nos enseñe con un respeto que raye en la idolatría el vaso que Lutero llevaba á sus labios, pediremos que se nos esplique el desprecio de nuestros adversarios hácia los huesos de los mártires de nuestra fe: si el protestante se sienta conmovido bajo del árbol que resguardó á Lutero cerca de Oppenheim, bien podremos nosotros besar la mano de alguno de los santos que prefirieron la muerte al perjurio; y si se nos enseñan las gotas de tinta que saltaron de la escribanía que Lutero tiró á la cabeza del diablo, tendremos menos trabajo en alcanzar indulgencia para las leyendas de algunas reliquias nuestras.

Nuestra historia es libro de conviccion y de buena fe; júzguesele como le hemos escrito.

HISTORIA
DE
MARTIN LUTERO
Y DE SUS ESCRITOS.

CAPITULO PRIMERO.

PRIMEROS AÑOS DE LUTERO.—1483-1508.

Nacimiento de Lutero.—Hans Lutero, su padre.—Los *Currend Shulen* de Magdeburgo.—Eisenach y Cotta.—Lutero en Erfurt.—En el convento.—Lutero sacerdote.—Su vida eclesiástica.

El padre de Lutero, Hans, era un pobre vecino de la aldea de Mœhra, en el condado de Mansfeld; su madre, Margarita Lindemann, criada de un establecimiento de baños, temerosa de Dios, casta, y sobre todo muy afecta á la oracion, podia ser considerada como el modelo de su sexo en Eisleben. «La he preguntado repetidas veces, dice Melanchton, cuándo habia nacido Martin, y aunque recordaba perfectamente el dia y la hora del nacimiento, no le sucedia lo mismo con el año.»

Contaba que el parto se verificó el 10 de noviembre á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las once de la noche; que se habia bautizado el niño al dia siguiente, y que se le habia puesto en la pila el nombre del santo cuyo aniversario celebraba la Iglesia. Santiago, hermano de Lutero, jóven de virtud y piadoso, creia que el nacimiento de Martin habia sido en el año del Señor de 1483. Toda su familia fue de labradores. Poco tiempo despues de haber nacido Martin, Hans dejó á Eisleben, y se trasladó á la villa de Mansfeld, donde cambió su oficio por el de minero. Hans adquirió una pequeña propiedad de tierras, y mas tarde llegó á desempeñar un cargo en la magistratura, al cual le llevaron la amistad y la estimacion de sus conciudadanos.

Trabajaba todo el dia para procurar el sustento de sus hijos; pasaba los domingos y las fiestas en casa, y muy raras veces se le veia ir á la taberna. Antes de su llegada á Mansfeld vivian él y su familia con grandes privaciones. Cada vez que Lutero traia á la memoria estos recuerdos de la infancia, decia, dirigiéndose á los amigos que le rodeaban: «Mis padres fueron muy pobres; para alimentarme mi padre labraba la tierra, y mi madre conducia cargas de leña sobre sus hombros: eran de aquellas personas honradas, cuya raza ya se ha estinguido.»

¡Bendiga Dios su pobreza y laboriosidad! Hans, en su oficio de minero, prosperó hasta tener criados y dependientes, y pudo educar á su numerosa familia. No se sabe cuántos hijos tuvo: dos murieron de la peste que afligió con sus estragos á Europa á principios del siglo XVI: una de sus hijas se casó con el copista Rafael, de Mansfeld, cuyo nombre se ve citado en la correspondencia de Lutero.

Debe, pues, reputarse á Hans como uno de esos honrados aldeanos de Alemania, que todavía se encuentran hoy en la alta Sajonia, aplicado al trabajo y á la oracion, amante de su familia, y muy reconocido á Dios siempre que le enviaba un nuevo hijo. Por la noche le gustaba descansar, oyendo, despues de haber bebido unos cuantos

vasos de cerveza, alguna relacion bíblica que le leia Santiago en los libros que le prestaban los padres del convento, y que eran entonces de muy difícil adquisicion. Se acostaba temprano, despues rezaba, y muchas veces iba á arrodillarse á los pies de la cama de Martin, para pedir que el niño creciera en el temor de Dios. Hans tenia sus armas, como los nobles de su tiempo; consistian en un martillo de minero, con el que se hallaba Lutero tan orgulloso como podia estarlo Sickingen con su espada. Solia traer frecuentemente á su mesa al prior ó al maestro de escuela de Mansfeld, y este se complacia en hacer preguntas al niño, cuya mirada se fijaba ya sin turbarse sobre el interrogador. Tenia seis años, y sabia leer y escribir correctamente. Cuando Melanchton contrajo matrimonio, Hans formó parte entre los convidados á la boda, y se sentó en la mesa del festin nupcial al lado de los helenistas, de los doctores, de los sabios y de los literatos, á quienes el jóven esposo habia invitado para celebrar su casamiento. Juan Reineck fue el primer camarada de Martin Lutero.

Un dia del mes de mayo de 1497 iban por el camino real de Mansfeld á Bernburgo dos estudiantes con el morral á la espalda, el baston en la mano, el corazon angustiado y dos ojos llenos de lágrimas. Eran Martin Lutero, que tenia catorce años, y su camarada Reineck, que tenia la misma edad, poco mas ó menos. Ambos acababan de dejar la casa paterna, y se dirigian á pie á Magdeburgo, Silla arzobispal, para asistir á las *Currend Shulen*, gimnasios célebres en la edad media, y que subsisten todavía en Sajonia. Allí cada estudiante pagaba su alimento, asistencia y educacion con las limosnas que le daban los ricos, al pie de cuyas ventanas iban á cantar dos veces á la semana, ó con lo que recogian cantando tambien en las iglesias: escuela de pruebas, miseria y abnegacion, de donde han salido las grandes lumbreras que han iluminado á la Alemania. Pero los ricos de Magdeburgo eran bien

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

poco caritativos, pues Lutero, á pesar de su hermosa voz, no pudo encontrar con qué pagar á sus maestros durante un año. Juan Reineck tuvo mejor suerte. Martin, pues, gastado su último liard, abandonó la ciudad de corazon de acero. Despidióse de sus compañeros y de su amigo; cogió su baston y su morral de peregrino; púsose en camino, y se dirigió hácia Eisenach, pequeña poblacion de la Turingia, perteneciente á los duques de Sajonia, en donde su madre tenia parientes. Al entrar en la villa dejó su morral en el suelo, y se puso á cantar al pie de una ventana de bastante buenas apariencias.

De repente asoma una mujer, que, admirada de los acentos, que la necesidad hacia penetrantes, echó al pobre estudiante dos ó tres monedas de cobre, que recogió muy alegre, levantando la cabeza y mirando á su bienhechora. Aquella mujer, que se llamaba Cotta, al ver los ojos del niño humedecidos por las lágrimas, le hizo señal para que subiera, y Martin no tuvo que quejarse de su inspiracion musical, porque le proporcionó la amistad de Cotta.

Lutero, al abrigo de la necesidad, se entregó con ardor al trabajo. «No hableis mal, repetia muchas veces, de los cantorcillos que van de puerta en puerta, pidiendo pan por amor de Dios, *panem propter Deum*, porque yo tambien he cantado para ganarme el pan de Dios, especialmente en Eisenach, en mi querida Eisenach.»

Habiéndose descubierto que aquel muchacho de tan bonita voz tenia una pasion decidida por la música, Cotta le compró una flauta y una guitarra, cuyos instrumentos se puso á aprender sin maestro. Despues de haber estudiado y pedido limosna, volvia al hogar hospitalario, y ensayaba en uno de sus queridos instrumentos alguna cancion alemana que habia recogido por el camino, como *Bendigamos al recien nacido, oh buena María, estrella del peregrino*. Cotta le escuchaba y aplaudia.

En aquella existencia errante, en la que Lutero se veia

obligado á triunfar de la miseria, so pena de sucumbir, debieron nacer probablemente aquellos gérmenes de fuerza contra la adversidad que los años desarrollaron, y la cólera siempre creciente contra la humanidad, á la cual se habia visto precisado á pagárselo todo, hasta el aire que respiraba.

En Eisenach estudió Lutero la gramática con un maestro afamado, que se llamaba Trebonio, el cual acostumbraba dar sus lecciones con la cabeza descubierta, para honrar, segun decia, á los cónsules, cancilleres, doctores y maestros que algun dia saldrian de su escuela. La viveza de imaginacion, la elocuencia natural, la rara facilidad de elocucion, la habilidad para componer en prosa y verso del estudiante, le hicieron bien pronto notable, hasta el punto de no tener rival entre sus condiscípulos.

Cuando se hubo ya aficionado á las letras, fijó la atencion en Erfurt (1501), donde florecia entonces con gran fama una academia, á la que quiso asistir, segun dice su querido discípulo, para apagar de aquel modo su sed en el manantial de las buenas doctrinas. El padre de Martin cedió fácilmente á las instancias de su hijo. «Mi querido Hans, dice Lutero, me permitió frecuentar la universidad de Erfurt, y allí, gracias á su trabajo y á su cariño, pude terminar mis estudios escolásticos.» Tambien habria adquirido conocimientos profundos en las artes liberales, á haber encontrado maestros de mayor ilustracion, y quizá los encantos de la filosofía y la armonía de la antigua elocuencia, si le hubiese sido posible entregarse á su estudio mas estensamente, habrian suavizado su carácter. En Erfurt se consagró, con toda la efervescencia de la pasion, al difícil estudio de la dialéctica, que abandonó despues para cultivar los clásicos de la antigüedad: Ciceron, Virgilio y Tito-Livio, que leyó, no como un estudiante que se satisface aprendiendo las palabras de memoria, sino como una persona ilustrada, que busca en la lectura consejos, y en-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

señanza de utilidad para el porvenir. Con estas flores, recogidas de las obras de los sabios, formaba el ramo cuyos perfumes debian embalsamar el camino que le quedaba que recorrer, sirviendo tambien para calmarle sus dolores de corazon y de cabeza.

Fue su catedrático en Erfurt Jodocus Truttvetter, á quien se conocia con el nombre del Doctor de Eisenach, y de cuya muerte se acusa Lutero, por creer que él contribuyó á apresurarla con sus tercas disputas contra la teología escolástica.

Habia en aquel tiempo en las ciudades, y en todas las universidades de Alemania, bibliotecas, surtidas principalmente de manuscritos con miniaturas de realce en oro y plata: obras de minucioso trabajo, donde se veian reproducidos los tesoros de la antigüedad profana, y que habrian desaparecido si los monasterios no los hubieran salvado. En la biblioteca de Erfurt pasó Lutero sus mejores y mas dulces horas. Gracias á Guttemberg, iban á poderse ahorrar los trabajos de los cenobitas: estaba descubierta la imprenta. Mayence y Colonia imprimian en todas partes los libros santos. Erfurt habia comprado á muy subido precio algunas Biblias latinas, que se enseñaban con gran dificultad á los que deseaban registrarlas. Lutero llegó á ver una, y sus ojos devoraban con estraordinario afan la historia de Hannah y de su hijo Samuel. «¡Dios mio, esclamó: nada querria yo tanto como un libro igual á este!» En aquel momento sufria una completa revolucion. La palabra humana, exornada con la poesia, le pareció muy inferior á la palabra inspirada, y desde entonces cobró aversion hácia el estudio del derecho, al cual queria dedicarlo su padre. Jodocus Truttvetter se le figuraba un pigmeo, á pesar del merecido renombre que tenia como canonista, cuando lo comparaba á Moisés ó á San Pablo.

Lutero no pudo soportar el trabajo, que era superior á sus fuerzas. Tenia veinte años cuando cayó enfermo. Un

respetable y anciano sacerdote fue á visitarle: estaba pálido y demacrado, y se conocia que las ideas que preocupaban su mente agravaban sus padecimientos. «Vamos, hijo mio, le dijo el sacerdote: valor; no morireis de esta enfermedad; Dios os reserva un bello porvenir; llegareis á ser todo un hombre, y os tocará consolar á los demas, como yo os consuelo ahora; Dios os ama, porque os castiga.» Ciertamente que el confesor no leia en el porvenir, y mucho menos presentia los designios de la Providencia acerca de su penitente.

Lutero iba á sufrir otra prueba.

Habia recibido en 1505 los grados en filosofía, y se dedicaba á estudiar la física y la moral de Aristóteles, cuando un suceso inesperado vino á dar otra direccion á sus ideas: el jóven Alejo, su mejor amigo, murió á sus pies, herido por un rayo. Cerró los libros de Aristóteles, que apenas habia abierto; y atónito y asustado, como San Pablo en el camino de Damasco, el estudiante levantó los ojos al cielo, y creyó oir una voz que le gritaba: «¡Al convento!!» Entonces fue cuando, despues de haber invocado los auxilios de Santa Ana, hizo solemne voto de seguir la carrera eclesiástica. Aquella noche salió de su habitacion sin despedirse de sus condiscípulos, y con un lio debajo del brazo, dentro del que llevaba un ejemplar de Plauto y otro de Virgilio, se encaminó hácia el convento de los agustinos, y llamó á la puerta, diciendo:

—Abrid, en nombre de Dios.

—¿Qué quereis? le contestaron.

—Consagrarme á Dios.

—Amen, replicó el portero, abriendo la puerta al mismo tiempo.

Al dia siguiente Lutero devolvió á la Universidad las insignias profesionales que habia recibido de ella en 1503.

Esta fuga tan precipitada llamó mucho la atencion; los catedráticos enviaron á buscar á Lutero á aquellos de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sus discípulos á quienes él dispensaba mayor afecto; pero no quiso verlos, y estuvo completamente solo por espacio de un mes.

Martin escribió una carta á su padre, participándole la resolucion de consagrarse á Dios. Hans se enfureció con esta noticia, y respondió á su hijo en los términos mas severos, haciéndole sentir, no tanto los arrebatos de la ira, como la ironía del desden y del desprecio; pero el jóven creia en Dios, y por esta vez la voz paternal no fue escuchada. ¿Quién es capaz de adivinar las emociones que esperimentaria un alma del temple de la suya, despues de la horrible muerte que el rayo causó al amigo á quien tanto amaba? ¿No habria sido muy fácil que se hubiese entregado á la desesperacion, ó que hubiera caido en la locura, á no tener delante de si aquel asilo, que podia curar sus terrores y devolverle el reposo perdido?

Lutero entró, pues, en el convento con la imaginacion turbada por la muerte repentina de su amigo, y temiendo el ir á caer, sin advertirlo, como Alejo, en manos de la Divinidad, si la tierra se abria bajo sus pies. Semejante vision le atormentó mucho tiempo en sus sueños; pareciale oir por la noche la voz del muerto, que venia á avisarle para que hiciera penitencia. Lutero, que aun no habia probado ninguno de los goces mundanos, que era entonces tan puro y cándido, se creia un gran pecador. Para aplacar la Divina cólera ayunaba, se mortificaba como un anacoreta de la Tebaida. Tenia, sobre todo, mucho miedo al demonio, y solo á fuerza de oraciones conseguia librarse del fantasma. Un dia que estaba oyendo Misa, al leer el sacerdote en el Evangelio aquellas paladras: *Erat Jesus ejiciens demonium et illud erat mutum*, Martin se levantó aterrado, gritando: ¡*Ah*! ¡*Non sum ego*! ¡*Non sum ego*!

«Si Agustin se fue derecho al cielo, decia, por las paredes de un monasterio, yo tambien merezco entrar; todos mis hermanos convendrán en ello. Yo ayunaba, velaba,

me mortificaba, practicaba los rigores cenobíticos, hasta comprometer mi salud; nuestros enemigos no creerán lo que refiero, porque ellos no hablan mas que de las dulzuras de la vida monacal, y no han sufrido jamás una tentacion espiritual.»

Un himno ó una plegaria de la Iglesia disipaba con frecuencia su fastidio: le gustaba muy particularmente el canto gregoriano, y su mayor felicidad era acompañar cantando su parte á algun niño de coro. Tenia una hermosa voz de contralto.

Su noviciado fué penoso; los superiores, que notaron su inclinacion al orgullo, probaron su vocacion con enérgicas pruebas: Lutero se vió obligado á barrer los dormitorios, abrir y cerrar las puertas de la iglesia, dar cuerda al reloj, é ir con la alforja al hombro pidiendo limosna públicamente. El hermano murmuró; la Universidad de Wittemberg intervino, y puso fin á semejantes pruebas, que era de temer acabasen con él.

Profesó en 1507, y se ordenó de sacerdote en el mismo año. «¿Prometeis, dijo el Prelado Lasph, que le conferia las órdenes, vivir y morir en el seno de la Iglesia católica, nuestra buena Madre?» El neófito respondió: «Lo prometo.» El 2 de mayo, cuarto domingo despues de Pascua, fue un dia memorable, una gran solemnidad de su vida; en él celebró el Santo Sacrificio. «Hoy, escribia á Juan Braun, de Eisenach, diré mi primera Misa; venid á oirla. ¡Infeliz de mí, pecador indigno! Dios, en su infinita misericordia, se ha dignado elegirme; procuraré hacerme digno de su bondad, y corresponder á sus designios, hasta donde sea posible al miserable como yo. Orad por mí, querido Braun, á fin de que mi holocausto sea acepto al Señor.»

Lutero habia tenido por maestro en teología á Carlostadio, que encontró medio, durante mas de quince años, de divertir al mundo con sus apostasías, sus grotescas aprensio-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nes y su pretension de hacer papel de apóstol y de profeta. Hutten se tomó demasiado trabajo para descubrir la tontería en torno suyo; estaba encarnada en Carlostadio. ¡Pobre alma, mas digna de compasion que de cólera, que corre en pos de la verdad, y no encuentra mas que el ridículo!

Católico en 1513, luterano en 1521, anabaptista en 1525, sacramentario en 1530, cambia de creencia como de traje, para obedecer algun testo bíblico, cuyo misterio pretende haber sondeado él solo, y concluye poniéndose el mandil de panadero, porque está escrito: «Trabajarás con el sudor de tu frente.»

El sacerdocio exaltaba la piedad de Lutero, que ocupaba el tiempo en el estudio y en la oracion; ajáronse sus mejillas, perdió el color, y el adolescente, tan fresco y tan sonrosado cuando iba á cantar por las calles, cayó en una especie de marasmo, que daba lástima á Morellanus. Este sabio nos lo presenta macilento y ajado, y tan flaco, que se le hubieran podido contar las costillas. Sus superiores llegaron á temer que tal fiebre de devocion dañase á su inteligencia y á su cuerpo, y trataron de poner remedio. Staupitz, vicario general de los Agustinos, que le habia tomado mucho afecto, y á quien Lutero apreció siempre tiernamente, le decia: «Basta, basta, hijo mio; tú hablas de pecado, y no sabes lo que es pecado; si quieres que Dios te asista, no juegues mas á las muñecas.» Un dia que se confesaba de ciertos pecadillos insignificantes como si hubieran sido verdaderos crímenes, el sacerdote le interrumpió riéndose: «¡Tú estás loco! le dijo; Dios no te tiene ojeriza; se la tienes tú á ÉL.»

Lutero, sin embargo, no escuchaba los consejos de Staupitz, ni las advertencias de su confesor. Veíasele al pie de los altares, con las manos juntas y los ojos fijos en el cielo y llenos de lágrimas, pidiendo perdon á Dios. Muchas veces, durante la noche, se arrodillaba á la cabecera de su lecho, y permanecia en oracion hasta la salida del

sol. Un dia no se abrió la puerta de su celda á la hora acostumbrada; sus maestros estaban inquietos; llamaron, y nadie respondió. Tomose el partido de echar abajo la puerta, y se encontró al hermano en éstasis, pegado su rostro al suelo, y respirando apenas. Unos cuantos sonidos de música le hicieron recobrar los sentidos, y volvió en sí. Confesemos que esos conventos de Alemania, en que el superior, como Staupitz, descansa con el estudio y la lectura de los poetas profanos, y en donde se curan las enfermedades del alma con el auxilio de la armonía, y los monges se mueren de amor á Dios, no se parecen mucho á la pintura que de ellos nos han hecho los filósofos del siglo XVIII.

¡Pobre Martin, que no encontraba sino amargura y desesperacion en el servicio de Dios, haciendo toda clase de tentativas para amarle por todos los medios, y deteniéndose siempre en el camino sus aspiraciones del cielo, consumiéndose con la oracion, el ayuno, la mortificacion, y no encontrando jamás en las oraciones y en los ayunos continuos ni alegría ni consuelo, como si su corazon se hubiese marchitado en el crímen!

Un dia que se paseaba, entregado á su melancolía, encontró al paso á un monge, á quien interrogó dolorosamente:

—Hermano mio, le dijo el monge: yo sé un remedio para los males que os atormentan.

—¿Cuál? repuso Martin con voz trémula.

—La fe, dijo el religioso.

—¿La fe? replicó Lutero, á quien la palabra habia desconcertado. ¿La fe?

—Sí, hermano mio; la fe: creer es amar, y el que ame se salvará.

Los ojos del hijo del minero brillaron con nuevo fuego.

—¡La fe! ¡Creer! ¡Amar! repetia como un alma que despierta de un largo sueño.

—Sí, continuó el fraile: ¿no habeis leido este pasaje de San

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Bernardo, en el sermon sobre la Anunciacion: «Cree que por Jesus te serán perdonados los pecados; ese es el testimonio que el Espíritu-Santo pone en el corazon del hombre, porque dicho está: cree, y tus pecados te serán perdonados?»

La fe por el amor, la justificacion por la fe, y justificacion gratuita, hé aquí todo lo que Lutero vió en las palabras del fraile agustino. Fue un relámpago; pero no relámpago engañador, que alumbró su alma cuando caminaba á la desesperacion; un relámpago en el momento en que se abria á sus pies un precipicio, una ola salvadora cuando iba á estrellarse contra las rocas. Un pobre fraile, que probablemente no viera en el sagrado testo y en la gloria de los Padres sino lo que la Iglesia encontrara hasta entonces; la necesidad de la fe, ardiente, animada, produciendo obras esteriores, dando frutos; y manifestándose por el amor, los deseos y los actos de salvacion, retrae á Lutero de su desesperacion, le salva de sus terrores, le libra de sus tentaciones, para empujarle, sin embargo, hácia otro abismo que no tiene tiempo de sondear en el primer momento de su alegria!

Desde aquella conferencia tan corta, en que cada interlocutor apenas tuvo tiempo de proferir alguna palabra, desaparecieron los temores y las visiones nocturnas. Lutero duerme en paz. Se acabaron los sustos interiores durante el dia; se entrega al estudio sin distraerse; asiste á los oficios como los demas monges, con un recogimiento que no es turbado por ningun sobresalto; ora, ayuna, y ya no se cree desheredado del cielo. Una palabra habia obrado todo ese cambio: en esa palabra, Fe, encuentra esplicacion para todo. Si era asaltado por vanos terrores y caia en la desesperacion; si dudaba de su salvacion y de la misericordia de Dios, era que no creia; si habia sufrido en su alma desde que tenia conocimiento, era que no tenia fe; si sus superiores habian tratado inútilmente de

consolarle, era que no oia el lenguaje que hablaba tan admirablemente el pobre fraile, ó que tal vez no amaba como él. Con la fe habia recibido una nueva vida. Se hallaba enfermo todavía; pero de otra afeccion, enfermo de caridad, y ya no de temor y de desesperacion. En él ya todo era pasion. La fe gratuita, ó la gracia, fue para él un simbolo que formulaba la esencia pura del cristianismo; un espejo, como él la llamaba; una verdad que se habia oscurecido ú ocultado hasta entonces, ó reemplazado por prácticas, observancia, culto esterno, tradiciones, que tarde ó temprano seria preciso borrar, si se queria volver á la palabra divina en su primitiva pureza. Un capítulo de San Pablo á los corintios, sobre el cual cayeron sus miradas al salir de su coloquio con el monge, le pareció una inspiracion del mismo Dios, que queria confirmar, por medio del Apóstol, la gran verdad que él acababa de descubrir. Cerró el libro muy satisfecho de su buena fortuna.

Bien pronto debia desvanecerse aquella alegria.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO II.

VIAJE Á ROMA.—1510.

Sensaciones de Lutero á la vista de Italia.—Montefiascone.—El pueblo italiano.—Preocupaciones de Lutero.—Como hijo del Norte, no comprende la poética del arte.—Su despedida de Roma.

Vagas relaciones, hechas por los viajeros que venian de Italia, circulaban por Alemania. Estas relaciones, muy parecidas á los cuentos fabulosos que referian los peregrinos de Oriente, estaban revestidas de todos los encantos y maravillas propias para exaltar la imaginacion. Se habia pronunciado el nombre de Roma. Lutero soñaba frecuentemente con aquella ciudad, y, sobre todo, con la imágen del Papa, objeto de veneracion para los pueblos, y á quien queria ver cara á cara, con el fin de comprender la fascinacion que el Pontífice ejercia sobre las inteligencias. Staupitz, bien fuera que creyese que el viaje á una tierra lejana podria calmar una fiebre que amenazaba ser mortal, bien que hubiera que arreglar algunas dificultades suscitadas entre Roma y su órden, resolvió enviarle á la capital del orbe cristiano. Lutero, aunque vaciló al pronto, no tardó en aceptar la comision.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En muy poco tiempo hizo los preparativos del viaje. Salió á pie, acompañado de uno de sus hermanos, con un palo en la mano, y en la alforja pan para el alimento de un dia. Para los sucesivos, la caridad de los claustros debia proveer á las necesidades de los viajeros. Lutero llevaba ademas seis ducados para pagar el *cicerone* encargado de enseñarle las maravillas de la ciudad santa.

Nadie ignora la influencia de las primeras impresiones, y el imperio que ejercen sobre las que se reciben despues. Desde los primeros pasos que nuestros peregrinos dieron fuera del suelo aleman, no se les presentaron circunstancias favorables: mal tiempo, el cielo siempre cubierto de nubes, y una hospitalidad poco halagüeña. Volvieron entonces sus ojos hácia su patria, y echaron de menos su Sion, aquella Suavia y aquella Baviera, donde los dos habian viajado otras veces, donde las posadas son tan buenas, donde los posaderos son tan amables y tratan tan bien al viajero. Despues de una larga jornada, llegaron á Italia llenos de cansancio y fastidiados, y allí se desvanecen los bellos sueños de Lutero. Sus ojos no pueden soportar el esplendor de su inmenso horizonte; su cielo le parece demasiado ardiente; sus crepúsculos de la tarde demasiado templados, y sus noches demasiado frescas. Su vino le enardece la mente, y aun sus aguas son nocivas para él. Un dia que caminaba con su compañero, y que habia andado largo trecho con un calor insoportable, se bajó para coger en las palmas de las manos un poco de agua amarillenta; este agua, que habia estado durante todo el dia bajo el influjo del sol, le embriaga como el vino. Vacilaba y se desesperaba, cuando Dios le hizo encontrar granadas, cuya dulzura luego le volvió á dar la vida. Diez años despues aun daba gracias al cielo, que le deparara tan milagrosa fortuna.

En Alemania, en el convento y en casa de su padre, se levantaba muy temprano, para respirar el aire matinal y

gozar de la vista de las campiñas; frecuentemente dormia con la ventana abierta durante los calores del estío. Creia que nada debia hacerle cambiar de método de vida. Una noche, al acostarse, no cerró, por un olvido, la ventana de su alcoba, y cuando se despertó sintió un malestar general en todo su cuerpo, y tan fuerte dolor de cabeza, que al dia siguiente nuestros dos peregrinos apenas pudieron caminar una milla de Alemania.

Al llegar á Montefiascone, á la cima del Apenino, Lutero miró delante de sí, y vió estenderse á lo lejos una tierra estéril y árida: rocas desnudas, sin vegetacion y sin belleza, cuando creia que debia encontrar por todas partes los mirtos y los naranjos. ¡Qué contraste con la Sajonia que acababa de dejar, donde las flores son tan hermosas, los bosques tan espesos, el verde esmalte de las praderas tan fresco y tan brillante! Estaba desencantado. Habia hecho alto en una humilde posada, donde algunos frailes sentados bebian, gesticulaban y charlaban con una volubilidad estraordinaria, peculiar á su pais, ocupándose con poco respeto, segun nos dice, de asuntos religiosos. Habia creido que la sombra del Vaticano debia estenderse como un manto sobre la naturaleza humana; era un milagro que esperaba del papado; pero como el milagro no llegaba, se levantó, para evitar la contienda que iba á estallar entre su compañero de viaje, que habia defendido valerosamente el honor del hábito, y aquellos frailes, que, si ha de creérsele, le deshonraban.

Pareciole la humanidad, como la naturaleza, raquítica, mala, revoltosa, desheredada de sus antiguas y nobles aspiraciones, y fuera de las vias de Dios. Por donde quiera que pasaba veia santos colocados en sus nichos, á los cuales se coronaba de flores, ante los que se quemaba incienso, implorando su favor en actitud suplicante. «¡Miserables, esclama dolorosamente, que respetan mucho mas á San Antonio ó á San Sebastian, que á Nuestro Señor Jesu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cristo, y que para preservar una casa pintan en ella la imágen de uno de estos bienaventurados; gentes sin Dios, que no creen en la resurreccion del cuerpo en la eternidad, y no temen mas que los males de la tierra!» ¡Como si esta devocion á los santos no atestiguase una creencia en la otra vida! Si en el pensamiento de un italiano no existe la eternidad, ¿por qué ese culto á seres que no son ya sino polvo? Preciso es reconocer que por las venas de Lutero corre la sangre del viejo aleman, y por eso obedece, sin saberlo, al odio innato que se abriga en el corazon germano hácia todo lo que viene del otro lado de los Alpes.

El sacerdote se asemeja al pintor Lúcas Cranach, que, dibujando siempre en sus cuadros las cabezas alemanas con una barba poblada, con ojos negros y la frente erguida, representa las cabezas italianas sin barba, con la mirada severa y las facciones afeminadas. Lutero observa la frialdad con que los maridos ultramontanos tratan á sus mujeres, y de ahi infiere que el matrimonio no se considera entre ellos como un estado feliz, y los llama hijos del pecado.

Pero ya está en Roma, y vuelven á sonreirle todas sus ilusiones de esperanza y alegria. Su corazon late con violencia. De rodillas, y con las manos levantadas al cielo, inclina la cabeza, y saluda á la ciudad con nombres amorosos y de respeto: «¡Roma Santa, tres veces santificada con la sangre de los mártires!»

No bien hubo atravesado la puerta llamada del *Pueblo*, cuando huyeron otra vez todos sus sueños lisonjeros. El pobre monge no habia estudiado al hombre mas que en su libro de oraciones. Conocia á los antiguos romanos, su mitologia, sus dioses, sus héroes quizás, todo cuanto clérigos y seglares estudian en las aulas; pero la Roma moderna, la Roma de los Papas, era un libro cerrado para él. «Cuando atravesó la puerta del Pueblo, dice un escritor inglés, su pensamiento no vió aquel Emperador aleman que, se-

guido de un numeroso ejército, y queriendo estinguir hasta el nombre de la ciudad antigua, se detuvo allí por miedo á la espada espiritual que el Pontifice tenia en la mano.» No apercibió tampoco las sombras de Felipe Augusto de Francia y de Juan de Inglaterra pararse temblorosas delante de aquel anciano venerable que no contaba para resistirles sino con soldados desnudos y hambrientos. Al acercarse al Vaticano, y al ver al Papa, ¿qué fue lo que observó? Una multitud de cortesanos que besaban humildemente el pie del soberano, y sus ojos no distinguieron entre la turba de aduladores aquellas almas que «vienen de Navagero á solicitar una nueva cruzada para conquistar en Oriente algunos viejos manuscritos.»

Todo lo pasado ha muerto para Lutero, é ignora lo que ha hecho Roma en bien de la humanidad. De todos los Papas que han ocupado la cátedra de Pedro, ninguno le es conocido ni por su nombre ni por los merecimientos contraidos para obtener la admiracion y la gratitud de las gentes. Lutero olvida que si el Koran no es el Evangelio del Norte, es porque un Papa arranca el triunfo al poder mahometano. Nada sabe de las santas cruzadas, predicadas contra los infieles por Pio II, Inocencio VIII y Julio II. Ha visto reinar la fuerza bruta en Alemania, y gemir esclava la inteligencia bajo la mano de hierro de los barones, y no percibe que esa inteligencia, despues de Dios, solo tiene por protector á su Vicario en la tierra, y que el pontificado, destruyendo la fuerza material, y obligándola á plegarse ante las leyes morales, ha dado al mundo el mas sublime espectáculo que podrá presenciar el hombre.

¡Dejémosle, pues, que, huyendo de las fiestas de la capital del orbe católico, se encierre en las abstractas contemplaciones del retiro, para no escandalizarse con el lujo de aquellas ceremonias ostentosas y brillantes como el sol que las ilumina, y cuyos resplandores le persiguen incesantemente!!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Si no ha comprendido á Roma, menos comprenderá á sus moradores. Para el pueblo romano las fiestas son necesarias, porque bajo un cielo siempre azul y trasparente la Religion es mas que un símbolo. Allí la idea, si ha de penetrar en el espíritu, necesita trasformarse en imágen; para Lutero basta la forma interior; para el italiano eso es poco; es necesaria la visibilidad, la apariencia.

Si á la Italia nunca la halagó la Reforma, ¿no es porque la Reforma, desconociendo el carácter de los pueblos, solo les habló á la razon? ¿No se vió obligada mas tarde, para prevalecer, aun allí donde tuvo su cuna, á tomar de los católicos algunas de sus pompas esteriores, á cubrir sus desnudos templos, á seducir, en fin, la mirada con los atractivos materiales?

Un príncipe luterano, jefe de la casa de Brunswick, fue el primero que comprendió la influencia que ejercen los signos esternos sobre las inteligencias. Por eso la admiracion de Lutero, á la vista de ese mundo semi-pagano, prueban cuán estraño era á las mas sencillas nociones de la estética. De ahí que cuando los iconoclastas de la Suavia destrozaron las imágenes, si Lutero se conmueve, no sea por amor al arte, sino porque habia encontrado en la Biblia algunos pasajes en favor de los signos simbólicos: si el testo hubiese estado oscuro, él las hubiese quemado. De todas las maravillas con que Roma se engalanaba en tiempo de Julio II, ni Rafael ni Miguel Angel, ni los tesoros hacinados en las iglesias, tanto de pintura como de escultura, nada impresionó á aquel corazon frio é insensible. Sus oidos permanecieron cerrados, y ni siquiera escucharon los versos del Dante, que el vulgo cantaba cuando él recorria las calles. Algunos años despues el nombre de Roma le venia frecuentemente á la memoria; pero ni aun entonces pudo sorprenderse en sus escritos una aspiracion poética.

Precisamente al cumplirse los tres siglos de la entrada

de Lutero en Roma, otro hombre de imaginacion y sentimiento, que habia seguido la secta del reformador, Owerbeck, el mas distinguido pintor de Alemania, abandonando su pais, visitaba la Italia, y al cabo de algunas semanas invertidas en la contemplacion de las grandezas del culto católico, volvió á abrazar la fe de sus padres.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO III.

LUTERO DOCTOR.—1512.

La Universidad de Wittemberg.—El Senado de Wittemberg nombra á Lutero predicador de la ciudad.—Lutero, LICENCIADO Y DOCTOR.—Abandona la cátedra, y por órden de Staupitz visita los conventos de Sajonia.—Tentaciones de Lutero.—¿Es aun católico?

FEDERICO, elector de Sajonia, era un príncipe amigo de las letras y de las artes; músico distinguido, y tan buen humanista, que se sabia de memoria á casi todos los poetas clásicos de la antigüedad.

A él es á quien debe Wittemberg aquella Universidad de tanto renombre en el siglo XVI, y que él habia fundado en 1502. Staupitz, cuyo nombre figurará muy á menudo en la historia de la Reforma, desempeñaba entonces el cargo de vicario general de los agustinos, y era ademas catedrático de elocuencia sagrada y decano de la facultad de teología. El príncipe le consultó para la eleccion y nombramiento de profesores. Staupitz designó á Lutero como uno de los jóvenes sacerdotes en quien Alemania debia fundar grandes esperanzas. Lutero fue escogido para desempeñar la cátedra de filosofía en Wittemberg. La carta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que para ese fin le escribió el principe estaba concebida en unos términos tan apremiantes, que ni siquiera tuvo tiempo para pedir consejo á sus maestros. «Apenas, escribe á uno de sus amigos, pude hacer mi maleta y despedirme de las personas de mi cariño.»

La maleta pesaba poco, pues solo contenia un vestido de paño pardo, dos Biblias, en griego la una y en latin la otra, algunos libros ascéticos, y un poco de ropa blanca.

Cuando salió de Erfurt, las lágrimas asomaron á los ojos del jóven sacerdote: tal vez leia en el porvenir, y adivinaba que le esperaban grandes disgustos; pero no le era dado desobedecer.

La física y la ética eran dos ciencias hácia las que no sentia ninguna aficion. Desde luego habria preferido la teología, «esta señora del mundo, y reina de las artes,» que él tanto glorificó y ensalzó durante su vida. Pidiéndole uno de sus amigos noticias suyas, le responde: «Gracias á Dios estoy bien; pero mejor estaria si no me viese obligado á enseñar filosofía.»

Se servia de la de Aristóteles, «este diabólico maestro, segun le llamaba Lutero, que queria edificar sobre el hombre, en vez de edificar sobre Dios.»

Parece que la juventud de Wittemberg acudia en tropel á oir las lecciones del profesor.

Haciase notar por la claridad de la palabra, lo incisivo de los conceptos, y, sobre todo, por la ironía y el desden con que trataba á los astros de la escuela, á los maestros que habian venido antes que él. «Ecos de lo pasado, decia, que no dan de si mas que sonidos humanos, como todos los imbéciles filósofos que buscan la esplicacion de los fenómenos morales en el hombre, en vez de remontarse al verdadero origen; es decir, á Dios y al Verbo.»

Por recomendacion de Staupitz, el Senado de Wittemberg le nombró predicador de la ciudad, y el Obispo aprobó la eleccion.

Esta era una nueva mision, cuya responsabilidad le arredraba.

Tenia miedo, y como comunicara sus temores á un compañero, este procuró desvanecérselos.

Lutero insistió, diciéndole: «¿Quereis que me muera, doctor? Solo desempeñaré tres meses ese oficio.—Muy bien, replicó el maestro de teología: vivir y morir por Dios, ¡qué bello sacrificio!» Lutero cedió.

Subió al púlpito, y predicó alternativamente en el claustro, en la capilla de palacio y en la iglesia del colegio. El gran éxito que obtuvo fue la mejor prueba de que se engañó en cuanto al aprecio que habia hecho de sus propias fuerzas.

Tenia una voz sonora, el acento muy grato, y la accion era noble y espresiva.

Ofreció á Staupitz que no imitaria á sus antepasados, y cumplió su palabra. Fue entonces cuando se vió por primera vez á un orador cristiano prescindir completamente de las citas escolásticas y fundar los testos en los libros inspirados. En este desprecio afectado hácia las formas de escuela pueden muy bien hallarse los gérmenes de rebelion contra la autoridad.

Estos ejercicios diarios de oratoria preparaban á Lutero para las grandes luchas que iba á sostener contra el pontificado. Su auditorio, que era siempre muy numeroso, lo componian en su mayoría jóvenes estudiantes que conocian los escritos de Hutten, y que habian tomado parte en las polémicas intelectuales que turbaban á Alemania desde el año 1500. La Universidad de Wittemberg aumentaba de dia en dia su celebridad, y su gloria la debia sin disputa á las lecciones del monge agustino. Erfurt se mostraba celosa, y sentia haber perdido á Lutero. Y tenia razon, porque hasta Lutero en ninguna cátedra de Sajonia se habia oido una exégesis mas clara y luminosa sobre el Antiguo y Nuevo Testamento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El testo que esplicaba era de la Vulgata, version para él llena de encanto, y de la que habia de renegar algunos años despues.

Llegó á apasionarse tanto por aquel trabajo filológico, que apenas comia ni dormia. Varias veces fueron á oirle los doctores de la Universidad, y salieron siempre admirados.

Staupitz velaba sobre Lutero, á quien no le escaseaba consejos ni aplausos. Como recompensa de sus trabajos, le ofreció el grado de doctor. Este título costaba muy caro, y Lutero no poseia nada, porque sus lecciones eran gratuitas. Hasta carecia del traje propio del profesorado. El elector se habia encargado del guardaropa del hermano, el que, apenas empezaba á ver usada su sotana, recibia una hermosa pieza de tela, que enviaba al sastre, á quien el príncipe pagaba las hechuras.

El 16 de octubre de 1512, dia de la festividad de San Lúcas, Lutero recibió el grado de doctor. El concurso era numeroso, y estaba presidido por Andrés Bodenstein (Carlostadio), aquel arcediano cuyos conocimientos habia ensalzado Lutero, y á quien mas tarde debia inmolar, esponiéndole á la risa del mundo sajon: «Pobre diablo, así decia de él, que jamás ha sabido nada; miserable dialéctico, ignorante retórico, que por dos guldos (40 reales) conferia el título de teólogo, aunque le constase que el *nolite vocari rabbi* de la Escritura le negaba ese derecho.» Lutero pronunció en este dia la fórmula ordinaria de obediencia á la Iglesia y á los cánones. «Entonces, decia mas tarde para justificar su rebelion, estaba en ayunas en lo tocante al papismo, y Dios no habia quitado todavía la venda de mis ojos.» El 17, Carlostadio dió á Lutero la investidura de doctor. El fraile pudo ya manifestar á sus anchas el menosprecio con que miraba á Aristóteles, y hacer reir á espensas del filósofo griego á todos los habitantes de Wittemberg. Estas risas eran tan estrepitosas, que llegaron hasta

Erfurt y Colonia. La primera de estas ciudades vió con dolor que su alumno atacase con tanta rudeza á uno de los semi-dioses que ella habia coronado, y la segunda estuvo tentada á mirar con compasion ese duelo entre dos adversarios de tan desigual importancia; pero los humanistas de ambas ciudades celebraban la venida de ese nuevo adalid, que, con el auxilio de la Sagrada Escritura, trataba de echar por tierra la autoridad de la escolástica. Reuchlin, con especialidad, se manifestaba lleno de un gozo triunfante, porque conocia todo el valor del fraile agustino. Hacia tiempo que trabajaba en una conspiracion en forma contra los literatos, en cuyo número hacia entrar á todo el que llevaba cogulla ó capucha. La Alemania despertó un dia, por decirlo así, amenazada en su pensamiento por algunos monges, cuya tranquilidad no estaba en manera alguna identificada con la muerte de las letras, como se trataba de hacer creer en la multitud. En su celo exagerado habrian querido destruir, segun se complacian en propalar, todos aquellos libros en que se atacaba la revelacion de Jesucristo. Segun Reuchlin, si se les hubiese dejado obrar, como era su deseo, hubieran arrojado al fuego todos los escritos que olian á judaismo, así como Calvino condenó á igual suplicio el *Tratado sobre la Trinidad*, de Sewet, respetando, sin embargo, el español, en lo que Erasmo les ha hecho la justicia que realmente merecieron. Lutero, con el encono que le inspiraban los hábitos, se adhirió al partido de Reuchlin.

Reinaba por aquel tiempo en Dresde el duque Jorge, esclarecido guerrero, aficionado á la teología, católico fervoroso, y cuyo carácter magnánimo no pudieron doblegar jamás las calumnias de los reformados. Instado por Staupitz, quiso el duque oir á Lutero, quien predicó delante de la corte, burlándose, segun costumbre, del escolasticismo, que tan preponderante estaba entonces en Dresde. Lo mismo el duque que sus teólogos asistentes, escucharon

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con frialdad al orador. El príncipe Jorge era, sin embargo, al decir de Lutero, quien habia estudiado la Biblia mejor que ningun docto de la Germania.

Lutero abandonó el púlpito para entregarse con mas actividad al desempeño de otros cargos que le habia confiado el vicario general.

Obligado á ausentarse Staupitz, dió á su protegido la mision de visitar los conventos de la provincia, proporcionando así á Lutero la ocasion de estudiar la vida interior de los claustros. Si hemos de creerle, «la Biblia era un libro que rara vez se veia en las manos de los religiosos, los cuales conocian mucho mejor á Santo Tomás que á San Pablo.»

Hé aquí la mas severa censura que hizo de los frailes de la época, y que, en rigor, no merecian. Sus poderes eran demasiado latos; podia degradar á todos cuantos esparciesen el escándalo entre sus hermanos. En Erfurt reconoció como superior á Juan Lange, que despues fue uno de los primeros que arrojaron el hábito de monge para aceptar la vida matrimonial. Restableció la paz en el convento de Neustadt, que se hallaba gravemente altèrada con querellas intestinas, para lo que obligó á presentar la dimision de su cargo y el sello de la órden al prior Miguel Dressel, cuyo carácter débil habia contribuido á fomentar los desórdenes. La carta que escribió al prior con ese motivo es una mezcla de firmeza y de dulzura, que al mismo tiempo que hiere, ofrece el bálsamo con que pueda dulcificarse el dolor.

Las dos virtudes que recomienda mas en ella son la humildad y el amor. «La humildad, dice, sobre todo, que es la madre de la caridad.» Como sus advertencias podian muy bien lastimar la susceptibilidad del monge á quien se dirigia, se apresuró á consolarle, manifestando que sin duda habria crecido la zizaña dentro del convento; porque sus ocupaciones no le darian tiempo para arrancar

la mala yerba del campo del Señor. «Tambien puede ser, continúa, que consista en que no hayais orado en la presencia de Dios nuestro Padre y Criador, y porque con las manos unidas sobre el pecho no le habreis pedido que dirigiera vuestros caminos, iluminándoos con su justicia.» En Grimma se le hizo entender que un fraile, llamado Tetzel, predicaba en Wrzem las indulgencias, y que sostenia que tan luego como el *groschen* (moneda) caia en la escarcela del cuestador, un alma salia del purgatorio y se iba en derechura al cielo. Lutero, al oirlo, movió la cabeza, y dijo riendo: «Dios mediante, ya haré yo un agujero en esa escarcela.» Cuando hablaba de tentaciones, tenia razon, porque le asaltaban todas á la vez. Hé aquí lo que le procuraba la gloria, que comenzaba á visitarle en su celda; solo á costa de los tormentos de su cuerpo y de su espíritu podia comprar el triste destino que para mortificarle le tenia Dios reservado en el mundo. ¿Qué le sucederá cuando nuestro monge entre á banderas desplegadas en los caminos de la revolucion? Su primer castigo es la gloria, y le hace ya sufrir tanto, que, no pudiendo mas, ruega encarecidamente á su amigo Cristóbal Scheur que tenga compasion del fraile de Wittemberg, y cese de esponerle á los halagos irresistibles de aquella mujer adúltera, de aquella seductora de los jóvenes que cita Salomon en sus Proverbios, cuyo sutil veneno penetra en las venas, llenando de amargos sinsabores el corazon, y que tiene por nombre *la vanidad mundana*. Ya no quiere que se alabe al que, como él, ¡pobre Lutero! está manchado con la ignominia del pecado.

¡Pormenores preciosos y página interesantísima, que no deberia arrancarse de la biografía del reformador!! Pero tan modesto y humilde como se muestra respecto de la gloria, tan arrogante y valeroso aparece respecto de otro azote que no mata sino el cuerpo: estos instantes de la vida de Lutero son aun mucho mas bellos. La peste habia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

invadido á la ciudad de Wittemberg. Los amigos del doctor le apremiaban para que, imitándolos, huyese, como ellos, de aquellos lugares infestados: «¿Yo huir? les contestó el hermano Martin: ¡Dios mio!... No; jamás. Estoy aquí en el lugar que me corresponde; en él me quedo, por obediencia; y hasta que la obediencia no me haya autorizado para alejarme, no me alejaré; no porque deje de temer á la muerte, que yo no soy un apóstol San Pablo, sino porque confio en que el Señor alejará de mí el miedo.»

Este lenguaje era propio de un sacerdote católico. Cuando Lutero se despoje del hábito que entonces llevaba, ya le oiremos espresarse de distinta manera. El dia que la peste vuelva de nuevo á diezmar las ovejas de su rebaño, verémosle rechazar á aquellas almas que buscan el auxilio contra la muerte en la sagrada Mesa de la Comunion. «Basta, les decia, con que se reciba públicamente cuatro veces al año el Cuerpo de Jesucristo: la Iglesia no es una esclava; y administrar la Comunion á cualquiera que se acerque al altar, sobre todo en épocas de epidemia, seria una carga muy pesada para sus ministros.»

¿Era católico todavía Martin Lutero? ¿No se habia apoderado de su alma ningun mal pensamiento? ¿Aun no la habia manchado la duda?

Hé aquí cómo responde él mismo á estas preguntas: «Estaban de tal manera arraigadas en mi corazon las ideas del papismo, que habria matado, ó ayudado al menos á matar, á cualquiera que en una sola silaba hubiese negado la obediencia al Soberano Pontifice.»

Lutero miente.

Su correspondencia nos demuestra, por el contrario, que si su fe no habia desaparecido, iba muy pronto á marchitarse; que la duda le habia asaltado, y que su corazon sentia gran complacencia con el ruido que principiaba á producir su nombre, á causa de los atrevidos arranques oratorios que tanto alababa Hutten. Ya no buscaba á Jesus, como otras veces, en las mantillas de su pesebre. Habia probado sus fuerzas contra el escolasticismo en proposiciones establecidas como tésis, que no se atreve á sacar á la luz del dia, pero que las enseña bajo secreto á Cristóbal Scheurl, para que, como amigo y erudito, le manifieste su opinion. Remitió á Lange *Los Cuarenta preceptos* que predicó en Wittemberg, donde se encuentra parte de su *Símbolo futuro*. En su lenguaje, un tanto capcioso, y en el título de paradoja con que establece sus tésis, se ve todo lo que en ellas ha ocultado.

Es un reto teológico á que provoca, por el órgano de Lange, á cualquiera que se atreva á presentarse, «con objeto, dice, de que se sepa en adelante que él no es hombre que sepulta en un rincon del monasterio aquellas proposiciones, si todavía la Universidad es bastante necia para encerrarle en un círculo tan estrecho.» Lutero no es feliz. Nada le satisface; la duda le hace una guerra tenaz. Impotente para hallar en su alma fuerzas con que repelerla, invoca el socorro de un amigo cuyas oraciones sabia que eran muy aceptas á Dios. «Rogad por mí, escribe al sacerdote Leitzken, porque cada dia me aflige una nueva miseria y doy un paso mas hácia el infierno.» La firma de esta carta dice así: *Martin Lutero, hijo desterrado de Adan.*

¡Pobre Cotta! Angel protector del estudiante, ¿qué ha sido de tí? Tu hijo está á punto de perderse.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO IV.

TEZEL Y EL SERMON SOBRE LAS INDULGENCIAS.—1517.

Leon X publica las indulgencias.—Tezel en Leipzig.—Calumnias de Lutero contra el dominico.—Tezel en Juterbock.—Lutero predica y escribe contra las indulgencias.—Exámen de su obra.—Su influencia en Alemania.—Tezel refuta á Lutero: apreciacion de esta polémica.—Desafío que Lutero propone á este monge.

Alberto, Arzobispo de Mayenza y Obispo de Halberstadt, debia al Papa Leon X cuarenta y cinco mil talers por derechos de palio. Los escritores reformistas nos presentan á este Prelado viviendo fastuosamente, con una corte brillante, y reducido, á causa de sus inmensos gastos, á no poder satisfacer lo que adeudaba á la Santa Sede.

Era, sin embargo, indispensable saldar este descubierto pagando su deuda, y el Papa le proporcionó un medio hábil para conseguirlo. Leon X habia publicado en 1516 las indulgencias, que permitió predicar en Alemania, y cuyo producto se destinaba á concluir la iglesia del Vaticano, maravilla de Bramante, que no pudo ver terminada su antecesor.

Al advenimiento á la tiara, Leon encontró el tesoro pontificio exhausto, á causa de las guerras sostenidas por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO IV.

TEZEL Y EL SERMON SOBRE LAS INDULGENCIAS.—1517.

Leon X publica las indulgencias.—Tezel en Leipzig.—Calumnias de Lutero contra el dominico.—Tezel en Juterbock.—Lutero predica y escribe contra las indulgencias.—Exámen de su obra.—Su influencia en Alemania.—Tezel refuta á Lutero: apreciacion de esta polémica.—Desafío que Lutero propone á este monge.

Alberto, Arzobispo de Mayenza y Obispo de Halberstadt, debia al Papa Leon X cuarenta y cinco mil talers por derechos de palio. Los escritores reformistas nos presentan á este Prelado viviendo fastuosamente, con una corte brillante, y reducido, á causa de sus inmensos gastos, á no poder satisfacer lo que adeudaba á la Santa Sede.

Era, sin embargo, indispensable saldar este descubierto pagando su deuda, y el Papa le proporcionó un medio hábil para conseguirlo. Leon X habia publicado en 1516 las indulgencias, que permitió predicar en Alemania, y cuyo producto se destinaba á concluir la iglesia del Vaticano, maravilla de Bramante, que no pudo ver terminada su antecesor.

Al advenimiento á la tiara, Leon encontró el tesoro pontificio exhausto, á causa de las guerras sostenidas por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Julio II. Una nueva Roma, que el pontificado queria hacer mas hermosa que la Roma pagana, principiaba á salir de la tierra. La iglesia de San Pedro, nunca bastante ponderada, debia oscurecer con su sin igual magnificencia á todas las demas obras arquitectónicas que nos ha legado la antigüedad. Pero se necesitaba que la piedad de los fieles contribuyese á levantar aquella atrevida y gigantesca cúpula, que se pierde en el cielo, llenando de asombro á los ojos que la contemplan.

Juan-Angel Arcimbold, dean de Arcisate, y despues Arzobispo de Milan, recibió el encargo de ser el apologista predicador en Alemania de las indulgencias. Era este un eclesiástico de muy buenas costumbres, de fe viva y de corazon ardiente, pero á quien era fácil engañar con falsas apariencias. La cancilleria de Roma acostumbraba á enajenar en cada uno de los Estados católicos el derecho de publicar y distribuir las indulgencias. Alberto compró este derecho, y lo volvió á vender á Tuggen de Augsburgo, uno de esos ricos banqueros de la edad media, que comerciaba con todo, y cuya venalidad avara ha reprobado Lutero en sus *Tisch-Reden*. Desempeñaba entonces Alberto el cargo de comisario general de Roma en todos los dominios de Alemania. Arcimbold adquirió la Dinamarca y la Suecia, donde recogió en pocos años abundantes limosnas, que ingresaron en el tesoro pontificio. Desgraciadamente, la infidelidad de algunos administradores dió lugar á que se desfalcasen parte de aquellos productos; pero la reputacion de Arcimbold ha quedado ilesa.

Alberto eligió á Tezel para predicar, el cual gozaba de una justa reputacion como orador, y ya se habia conquistado tambien la confianza de Arcimbold. Si ha de creerse á los historiadores protestantes, estaba dotado de imaginacion exaltada, por las lecturas ascéticas, pero sin verdadera ciencia, y lleno de fatuidad. Hijo de un artífice platero de Leipzig, entró en la órden de los dominicos en el año

de 1487, y habia predicado con éxito en Zwickau. Tezel alcanzó el título de Inquisidor de la Fe y Nuncio del Papa. Antes de dar principio á la obra hizo que se imprimiera en Mayenza una *Instruccion sobre los deberes de los predicadores de indulgencias*. Escogió la ciudad de Leipzig para hacer su primer ensayo; pero los príncipes sajones se negaron á recibirle, por haber sido visitada ya aquella ciudad por otros misioneros. Tezel se encaminó entonces al electorado de Mayenza, y recorrió sucesivamente á Halberstadt, Anhalt y Brandeburgo, acompañado de otro fraile dominico, llamado Bartolomé, y de dos escribientes.

En los últimos meses de 1517 el dominico fue á Juterbock, ciudad subalterna del principado de Magdemburgo, situada á ocho millas de Wittemberg, la que se conmovió tan vivamente, que muy en breve la dejaron sus habitantes casi desierta: tanto era el afán que tenian por escuchar al predicador. Lutero procuraba inútilmente impedir que sus penitentes comprasen las Bulas de perdon. En uno de esos momentos de arrebato, nuestro monge escribió al Obispo de Misnia una carta, en la que le suplicaba pusiese término al escándalo que Tezel promovia en Alemania, y que tanto afligia á las almas religiosas. El Obispo no contestaba, y en la cabeza de Lutero crecia la agitacion. Veíase desierto el confesonario de los padres agustinos, y la muchedumbre iba á Tezel, y volvia de Juterbock alegre, sin señal alguna que revelase disgusto, y mas bien como si viniera de la taberna: Lutero no pudo ya reprimirse por mas tiempo.

Habia anunciado que predicaria sobre las indulgencias, y durante algunos dias estuvo encerrado en su celda trabajando el sermon.

La iglesia estaba llena, y sus amigos habian tomado sitio cerca del altar para alentarle y sostenerle con sus miradas, porque ya sabian que Lutero iba á desempeñar una mision delicada. Casi todos pertenecian á la escuela de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Erasmo, y en la mesa y en los discursos, y hasta en los libros, no se servian mas que de la mofa para atacar á Roma, á quien no conocian, llegando á poner de moda la risa y á introducirla en todas partes. Deseaban con ansia y con estremada curiósidad ver cómo la palabra del monge, de ordinario tan circunspecta y grave, se las avenia con las indulgencias, y si para hacer justicia á Tezel tendria que inspirarse en las epístolas de los varones oscuros ó en San Agustin.

Toda la simbólica de Lutero descansa en esa instruccion religiosa que se espresa en párrafos cortados, que forman otras tantas sentencias ó proposiciones.

El pensamiento del fraile sajon no es de los que se pierden en las tinieblas, de rodeos ampulosos é ininteligibles. Conceptuoso y lógico por naturaleza, se presenta á las inteligencias del mismo modo que ha sido concebido, siempre novador y hostil á las doctrinas recibidas hasta el dia, insolente para la tradicion, y desdeñoso y altanero, tal como se dejará ver mas adelante. Lutero se complace recreándose en su obra, y ya no propone á su adversario un combate académico, sino un duelo en campo cerrado. Si solo hubiese pretendido una controversia escolástica, ¿por qué se acoge á la inmensa publicidad de la cátedra evangélica?

Un monge, que por sí mismo se ha tomado el cuidado de decirnos que no sabe á punto fijo lo que se llama *indulgencia*, las ataca como si hubiera estado siempre estudiando la cuestion. No es solo el abuso lo que censura, en cuyo caso la Iglesia entera se hallaria de su parte, sino que combate el principio de que la indulgencia sea un remedio espiritual. El porvenir de Lutero se refleja perfectamente en este sermon, donde se le vuelve á encontrar con su fe imprudente, su *yo* esclusivo, que pretende apoyar en las palabras de la Biblia, su desden hácia la tradicion, su insolencia hácia la escuela, y aquella risa sarcástica que no

deja de usar con todos sus enemigos, ora se llamen scotistas ó aristotélicos.

Este sermon, pues, no fue un discurso, sino una obra revolucionaria: el convento de los agustinos estaba poco acostumbrado á oir una palabra tan altanera, y por eso esperimentó los efectos del asombro.

Si Staupitz hubiera estado á su lado cuando subió al púlpito, quizás las palabras de Lutero se hubiesen acomodado mas al espíritu de los religiosos, los cuales nada querian tanto como vivir en paz con Roma. Cuando menos, es muy probable que el discurso no se habria impreso en la forma que se habia predicado. Así que lo concluyó, uno de los padres se acercó al predicador, y bajando la cabeza, y tirándole del hábito: «¿Sabeis, doctor, le dijo, que habeis estado muy atrevido? Cuidado no vayais á traernos algun mal: los dominicos se sonrien ya, y nuestra órden pudiera tal vez tener que sufrir.—Querido padre, replicó Lutero: si mis principios no proceden de Dios, ellos caerán por su propio peso; pero si, como lo creo, proceden de su Santo Nombre, dejadlo estar, que ello marchará.» Hé aquí la doctrina de Juan Huss y de Wiclef; los hechos sancionando el derecho; la glorificacion del Koran.

El sermon de Lutero no podia ser como un mero entretenimiento de escuela. Tezel lo tomó por lo serio, subió al púlpito, examinó una por una todas las proposiciones, y demostró que ofendian á las doctrinas admitidas. Melanchthon dice que el dominico hizo encender una hoguera en medio de la plaza de Juterbock, y que mandó despues quemar el sermon de Lutero, y Hutten no dejó tampoco de burlarse del católico, ridiculizándole con este pasaje de Tácito: «¡Como si el fuego pudiera sofocar la voz del género humano!» Debemos manifestar que hemos buscado inútilmente el orígen del cual tomara Melanchthon el relato de este hecho, sobre el que Lutero no ha escrito ni una sola palabra. Y de ahí nuestra sospecha, muy fundada,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de que fuese objeto de calumnia el buen celo del dominico.

Solo empleó una noche Tezel para refutar á su adversario. Imitando á aquel en su estilo, dividió su trabajo en veinte párrafos ó proposiciones. La polémica tezeliana no tiene nada de picante, y despues de leida no se comprende por qué causó tanto efecto en el púlpito el Inquisidor, pues no se encuentran esas imágenes de mal gusto, esas comparaciones desvergonzadas, y ese lujo de figuras insolentes con que se decia manchaba sus discursos. Es un profesor de teología, que discute sin injuriar: ¡tan seguro considera el triunfo!! Lutero rehuye la controversia, porque aspira á llevarla á Wittemberg, y responde en estos términos á Tezel: «Yo me burlo de tus gritos como de los rebuznos de un asno: en lugar del agua, te aconsejo que uses del jugo de la parra, y en lugar del fuego, puedes muy bien sorberte el olor de un ganso asado. En Wittemberg estoy, y yo, Martin Lutero, doctor, hago saber á todo Inquisidor de la Fe, que como tal se traga el hierro hecho ascua, y hiende de solo un tajo una montaña, que aquí se encuentra muy buena hospitalidad, puerta franca al que llegue, mesa á pedir de boca, y tratamiento esquisito, merced á la hidalguía y generosidad de nuestro duque y príncipe el elector de Sajonia.»

Tezel no concurrió á la cita, en lo que anduvo acertado, porque la partida no era igual. El dominico no se habria servido en la discusion ni del jugo de la parra ni del humillo del ganso asado.

De semejantes figuras solo habia un monge en el mundo que pudiera servirse de ellas para discutir, y este era Martin Lutero.

CAPITULO V.

LAS TÉSIS.—1517.

Necesidad de una reforma, proclamada por el pontificado.—Carta de Lutero al Arzobispo de Mayenza sobre el sermon contra las indulgencias.—Scultet, Obispo de Brandeburgo, envia el abad de Lenin á ver á Lutero, y este promete retirar las tésis.—Pocos dias despues las hace fijar en las paredes de la colegiata de Wittemberg.—Efecto que producen en Alemania.—Las aprueba Erasmo.—Hutten hace imprimir la carta del filósofo, pero desfigurándola.—Es elogiado por Lutero.—Retrato de Prierias.—Opinion de Erasmo sobre el escrito de Prierias.—Lutero traduce sus tésis al aleman.—Su carta á Scultet, á quien pretende engañar.—Scultet.

No fueron solamente Hutten, Eobames, Hessus y las cartas de Alemania quienes aplaudieron el reto hecho por Lutero á la autoridad y á su representante Tezel, sino el pueblo, que se apasiona siempre por una palabra vigorosa; los estudiantes, que se juzgaban libres del yugo de Aristóteles; los agustinos, por sus celos contra la cogulla de los dominicos, y algunas personas que vivian en la espectativa de un nuevo Mesias anunciado por Clemangis, y el cual debia reformar, no ya la fe católica, inalterable por su esencia, sino los abusos «con que la Iglesia misma habia llegado á contemporizar.» Erasmo ha hecho una pintura del estado en que se hallaban los espíritus á la aparicion de Lutero.

007170

de que fuese objeto de calumnia el buen celo del dominico.

Solo empleó una noche Tezel para refutar á su adversario. Imitando á aquel en su estilo, dividió su trabajo en veinte párrafos ó proposiciones. La polémica tezeliana no tiene nada de picante, y despues de leida no se comprende por qué causó tanto efecto en el púlpito el Inquisidor, pues no se encuentran esas imágenes de mal gusto, esas comparaciones desvergonzadas, y ese lujo de figuras insolentes con que se decia manchaba sus discursos. Es un profesor de teología, que discute sin injuriar: ¡tan seguro considera el triunfo!! Lutero rehuye la controversia, porque aspira á llevarla á Wittemberg, y responde en estos términos á Tezel: «Yo me burlo de tus gritos como de los rebuznos de un asno: en lugar del agua, te aconsejo que uses del jugo de la parra, y en lugar del fuego, puedes muy bien sorberte el olor de un ganso asado. En Wittemberg estoy, y yo, Martin Lutero, doctor, hago saber á todo Inquisidor de la Fe, que como tal se traga el hierro hecho ascua, y hiende de solo un tajo una montaña, que aquí se encuentra muy buena hospitalidad, puerta franca al que llegue, mesa á pedir de boca, y tratamiento esquisito, merced á la hidalguía y generosidad de nuestro duque y príncipe el elector de Sajonia.»

Tezel no concurrió á la cita, en lo que anduvo acertado, porque la partida no era igual. El dominico no se habria servido en la discusion ni del jugo de la parra ni del humillo del ganso asado.

De semejantes figuras solo habia un monge en el mundo que pudiera servirse de ellas para discutir, y este era Martin Lutero.

CAPITULO V.

LAS TÉSIS.—1517.

Necesidad de una reforma, proclamada por el pontificado.—Carta de Lutero al Arzobispo de Mayenza sobre el sermon contra las indulgencias.—Scultet, Obispo de Brandeburgo, envia el abad de Lenin á ver á Lutero, y este promete retirar las tésis.—Pocos dias despues las hace fijar en las paredes de la colegiata de Wittemberg.—Efecto que producen en Alemania.—Las aprueba Erasmo.—Hutten hace imprimir la carta del filósofo, pero desfigurándola.—Es elogiado por Lutero.—Retrato de Prierias.—Opinion de Erasmo sobre el escrito de Prierias.—Lutero traduce sus tésis al aleman.—Su carta á Scultet, á quien pretende engañar.—Scultet.

No fueron solamente Hutten, Eobames, Hessus y las cartas de Alemania quienes aplaudieron el reto hecho por Lutero á la autoridad y á su representante Tezel, sino el pueblo, que se apasiona siempre por una palabra vigorosa; los estudiantes, que se juzgaban libres del yugo de Aristóteles; los agustinos, por sus celos contra la cogulla de los dominicos, y algunas personas que vivian en la espectativa de un nuevo Mesias anunciado por Clemangis, y el cual debia reformar, no ya la fe católica, inalterable por su esencia, sino los abusos «con que la Iglesia misma habia llegado á contemporizar.» Erasmo ha hecho una pintura del estado en que se hallaban los espíritus á la aparicion de Lutero.

007170

La reforma era necesaria, así lo decian los Pontífices; era, mas aun que una necesidad, un deseo ó aspiracion de que se sentia animado el mundo católico.

El sermon de Lutero en la iglesia de Wittemberg fue tenido por el soplo de vida de una nueva regeneracion, y como si el concilio de Letran, que convocó Julio II, no hubiese ya, bajo Leon X, dado principio á la reforma exigida por toda la cristiandad. Nadie sospechaba los destinos que el sajon preparaba al mundo. Solo Dios lo sabia.

Lutero se alarmó con el ruído que produjo su predicacion. Una persona poderosa podia comprometer su obra y ahogarla antes de tiempo; esta era la del Arzobispo de Mayenza, príncipe de la casa de Brandeburgo, y elector del imperio, y cuyo afecto, ó cuando menos su silencio, le importaba conquistar. Lutero se decidió á escribirle: su carta respiraba humildad y devocion.

El Arzobispo no le contestó. En iguales términos habia escrito algunos dias antes al Obispo de Misinia, el cual le recomendó la prudencia en materias tan ardientes. «Lo que demuestra, dijo Lutero mas tarde, que el Obispo estaba poseido del diablo.» Tuvo mejor éxito que estas dos otra tercer carta dirigida á su Prelado, Gerónimo Scultet. Scultet pertenecia al partido de los humanistas; pero se asustó cuando leyó el sermon manuscrito y las tésis de Lutero. Apresurose, pues, á enviarle un sacerdote de ciencia y de fe, portador de una carta, donde el Obispo, despues de tributarle las mas finas alabanzas y manifestarle el disgusto que le habia causado Tezel, le pedia que, por interes de las almas, olvidase lo pasado.

«Su gracia os ruega, decia el abad de Lenin, que no imprimais, ni vuestro sermon, ni vuestras tésis, que alarmarian á la iglesia de Wittemberg.»

Esta súplica movió el corazon de Lutero, que contestó: «Estoy satisfecho; haré lo que pide su gracia, porque prefiero obedecer á hacer milagros.»

El abad de Lenin se despidió del doctor. Pocos dias despues el sermon se publicaba ya en lengua alemana, y las tésis aparecieron fijadas á la puerta de la iglesia de Todos los Santos. No puede darse un ejemplo mas inaudito de hipocresía. Hasta el dia que escogió para publicar las tésis prueba su deseo de causar grande escándalo. La festividad de Todos los Santos llevaba al templo á la muchedumbre, y la Universidad, las comunidades religiosas, el elector Federico y su corte, todos asistian á los oficios divinos. Era tambien una antigua costumbre universitaria disputar en la víspera de semejantes solemnidades sobre algun punto dogmático, para atraer mayor número de oyentes. Staupitz y los profesores estaban inquietos desde que supieron la resolucion de Lutero: envidiaban la gloria que prometia á su órden; pero temian, porque ignoraban las disposiciones del elector desde que tan terminantemente habia desaprobado el sermon contra Tezel. Parece que, para mayor publicidad, Lutero proyectó al principio escribir sus tésis en aleman; pero todo lo que de él pudo obtenerse fue que las escribiera en un idioma incomprensible para el vulgo.

El 31, pues, de octubre de 1517, á las doce del dia, el portero de los agustinos fijó en las columnas esteriores de la iglesia de Todos los Santos el manifiesto del «hermano agustino, doctor en teología, maestro de las Sagradas Escrituras, contra el hermano Juan Tezel, de la órden de predicadores, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo.»

Desde la apelacion profética del presbítero de Bohemia en la hoguera, no se habian oido en Alemania palabras mas insultantes contra Roma. Los humanistas, los plebeyos y los nobles, creyeron que el cisma anunciado por Huss habia aparecido ya. Voltaire ha dicho que en la edad media «el papado era la opinion:» júzguese, pues, del efecto que debieron producir las tésis. Aquello era un reto lanzado contra el pontificado á la faz del universo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lutero, que adivinaba la agitacion que iba á causar, tuvo cuidado de presentarse al pueblo aleman como un estudiante que quiere divertirse con su maestro; «como un fraile muy fresco salido de la cocina del convento,» que en los bancos de la escuela dice todo cuanto le viene á las mientes, bueno ó malo, y siempre bajo la forma dubitativa; como un adepto á la teologia, que reune muchas palabras y que desea divertirse, lo mismo con la cólera que con la ignorancia de sus adversarios.

«Por mi salvacion, decia despues Lutero, que yo no sabia en aquella época mas que cualquiera de los que venian á preguntarme lo que era una *indulgencia*.»

Esto, sin embargo, no pasaba de ser un ardid de que se valia el reformador; porque si perdia en la lucha, aspiraba á escusarse con su corta edad y su falta de esperiencia, al paso que si salia vencedor proclamaba la derrota de Roma.

Su protesta no podia aparecer mas humilde y conforme á un verdadero hijo de la Iglesia.

«No aspiraba á considerar como verdadero sino lo que se apoya en la Sagrada Escritura, los Santos Padres, las decretales y los cánones, y solo se propone disputar sobre los puntos dudosos y difíciles de ciertas sentencias de los Padres ó decretales de los Pontífices.

Siempre sometido á sus superiores, quiere, sin embargo, aprovecharse de la libertad que tiene todo cristiano de atacar las suposiciones de imaginaciones estraviadas, que, segun Santo Tomás, San Buenaventura y otros escolásticos y canonistas, no descansan sobre la letra bíblica, como dice San Pablo en este pasaje: «Probad, y elegid lo que es bueno.»

Las proposiciones iban, pues, á conmover la Alemania: marchaban, segun la frase de Myconio, como si los ángeles las llevasen sobre sus alás.

Eck se presentó para sostener el principio católico. Su

nombre era ya conocido en la Alemania sábia, como doctor en teologia, como canciller de la Universidad de Ingolstadt, y como hombre de erudicion y de ingenio. Así es, al menos, cómo le juzgaba Lutero en 1518. Dos años mas tarde no era ya para él mas que un satélite de Satanás, un enemigo insigne de Cristo, un teologastro y un miserable sofista. Eck empleó mucho trabajo y largas vigilias; sembró á manos llenas los testos profanos, las citas de los Santos Padres; perfumó sus obeliscos con un olor de antigüedad capaz de engañar al mismo Erasmo; obtuvo por su diccion ciceroniana los elogios de los sabios, y asombró con su vasta memoria, y con esto creyó terminada su obra.

Emser, aristotélico de Dresde, quiso medir sus fuerzas con Lutero; pero obtuvo de su competidor respuestas llenas de insolencias contra el papado. El Sajon se despedia de la Roma de Emser de este modo: «¡Adios, Roma, ciudad de escándalo! ¡La cólera de mi Señor, que está en el cielo, va á tronar sobre ti! ¡Adios, guarida de dragones; adios, nido de buitres, de buhos y murciélagos; adios, madriguera de furias, de duendes, de gnomos y de genios maléficos!»

No fue mas afortunado Silvestre Prierias (Prierio), fraile dominico y maestro del Sacro Palacio. Educado en la ciudad de Florencia, era el amigo, el Mecenas, el familiar de los artistas que allí se reunian: hombre cortés y brillante, no ostentó en sus disputas con Lutero la acrimonia que algunas veces se puede echar en cara á los adversarios del fraile agustino. Su palabra fue siempre tranquila, florida, y tal vez demasiado estudiada. Estuvo inspirado hasta en la forma que adoptó para responder á Lutero; un diálogo fácil, franco, sin afectacion, y en el que vagaba de un asunto á otro, fue como una comedia entre dos personajes, en que el adversario ca la cuando se quiere, habla cuando se le escucha; en que el maestro dice siempre la última palabra, y en el que el discípulo tiene la seguridad de ser vencido.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Prierias, que habia pasado la edad madura en aquella atmósfera de adulaciones que pueblos y Reyes tributaban á Leon X, solo vió al papado en la cuestion suscitada por Lutero. Antiguo rector de la corte de los Médicis, en que habia pasado su infancia, no pudo soportar que Lutero se atreviese á tocar los rayos de la tiara de Leon X, su bienhechor.

Se advierte, al leer sus escritos, que se hallaba bajo el imperio de la fascinacion que el Pontífice ejercia sobre todas las inteligencias. Es verdad que su culto por el papado raya en la adoracion; pero no debe culpársele por su entusiasmo, porque hay algo de caballeresco en la abnegacion de este hombre de cabellos blancos, ya en el umbral del sepulcro, y que, exhausto de fuerzas y enfermo, empeñaba una lucha con una imaginacion de treinta años.

Erasmo, que desde Basilea espiaba las faltas que pudieran cometer los frailes, para entregarlas á la rechifla de sus amigos, no dejó pasar desapercibidas ciertas palabras de Prierias; se burló de ellas, y escitó la risa de los demas, á espensas del dominico. Lutero fue mas severo, y vió en el maestro del Sacro Palacio un escribiente de Satanás, que manejaba la pluma mientras le dictaba su maestro.

Con un hombre del temple de Lutero, la cuestion tomaba grandes proporciones; cada palabra hostil ó dudosa que se escapaba á uno de sus adversarios, era para él el testo de una nueva glosa. A sus ojos era una gran fortuna habérselas con un fraile ignorante ó apasionado, porque el combate se perpetuaba. Sus amigos, sus malas inclinaciones, su amor al escándalo, la atencion de Alemania fija en él, todo le inducia á disputar; esta era su alegría, su vida, su destino, y ademas, como dice él mismo, «las luchas incesantes de la palabra agitaban aquel cuerpo ó aquel corpúsculo, que sin esto hubiera sucumbido á otras tentaciones. Loar al Señor; es decir, combatir: hé aquí su mision en la tierra.»

Pero ¡cuán de prisa se camina por la senda de la rebelion! Testigo Lutero. Primero se encoleriza contra los que vendian las indulgencias; pero cree en la eficacia de los remedios espirituales y en el poder que tiene el Jefe de la Iglesia para concederlos. «Anatema, dice, al que niegue la verdad de los perdones.» Mas tarde, por uno de esos caprichos de la imaginacion que tanto agradaban al agustino, trató de someter al exámen la doctrina relativa á la gracia espiritual, hallándose dispuesto, si era menester, á arrojar al viento y á las llamas lo que presenta como vanas quimeras, como sueños de una mente estraviada, y como burbujas de jabon. ¿Quién quiere argumentar? Pero ¿cómo se disputa sobre el poder del Criador sin que padezca menoscabo la Majestad Divina, tocante á su reposo, con esas bachillerias de niño? Esto es lo que hizo Lutero. Como nadie acudia al palenque, viendo que su palabra resonaba á gran distancia, se resolvió á imprimir su tésis, que en breve se estendió y se propagó, convirtiéndose en un caos de dudas: dudas sobre la ineficacia de las indulgencias, dudas acerca del mérito de las buenas obras, dudas acerca del poder del sacerdote en el Sacramento de la Penitencia, dudas sobre la justificacion del pecador. En vano asegura que disputa y no afirma, porque este juego atrevido debia al cabo turbar las conciencias. La Alemania religiosa se conmovió en efecto, y se conmovió mas hondamente cuando Lutero tradujo sus proposiciones en lengua vulgar. ¿Con qué designio emprendió este trabajo, si se hallaba, como decia, profundamente afligido del ruido que hacia su nombre? ¿Por qué arrojar en medio del pueblo unos debates que, cuando mas, debian agitarse en el interior de un claustro? El motivo que para ello alega es muy singular. «Muy á pesar suyo, dice, da al mundo aquel espectáculo, pobre jóven sin inteligencia; pero prefiere que se le tache de loco á esponer la salvacion de las almas.» Y, despues de todo, él no hacia mas que proponer; pero entonces, ¿por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

qué se dirige al pueblo, por qué ha abandonado el uso de la lengua latina? Si no dogmatiza, ¿por qué acusar de astucia, de ignorancia y de blasfemia á todos los que no creen en él? Si entre esas cuestiones que mira como frívolas, ligeras y superficiales, las hay que son verdaderas, otras dudosas y muchas oscuras, cuya solucion es preciso deferir al arbitrio supremo de la Iglesia, ¿por qué pedir que se destruyan los cánones, las decretales, la teología, la filosofía, la lógica, es decir, la Iglesia misma?

Fuese que Lutero se sobrecogiese de las tempestades que preparaba á la Alemania, fuese que le sorprendiera aquella unanimidad de voces católicas en condenar sus proposiciones, ó ya que los progresos de su doctrina turbasen su espíritu, es lo cierto que por un momento retrocedió ante la obra comenzada, y la carta que escribió al Obispo de Brandemburgo revela todas sus ansiedades. Esta carta, demasiado afectuosa para ser sincera, quedó sin respuesta. Todos se contristaron del silencio del Obispo, porque todos querian persuadirse de que algunas palabras de afecto podian aun detener á Lutero en el borde del abismo. El gran defecto del hermano agustino era el orgullo: así es que no pudo perdonar al Prelado. Dicen que Scultet, convencido de que la voz del fraile no hallaria eco, durmió tranquilamente en medio de sus ovejas. Sleidan, Burnet y todos los escritores reformistas, se han dado demasiada prisa á condenar á este Obispo, que murió guardando el secreto de su silencio; pero este silencio tiene su esplicacion.

Scultet, mezcla de astucia italiana y de buen sentido aleman, no podia ser engañado por Lutero; conocíale desde la embajada del abad de Lenin. ¿Qué podia decir caritativamente á un sacerdote que, en su respuesta al *Epítome* de Prierias, llama á Roma *Babilonia purpurada* y *Sinagoga de Satanás*? ¿Podia dar el ósculo de paz á un fraile que aconsejaba á los Emperadores, á los Reyes, á los

príncipes de la tierra, que se vistiesen su armadura, y que espulsasen, no por medio de edictos, sino con ayuda de las armas, á los romanistas que opinasen como Prierias, y que queria que se lavasen las manos con la sangre de los Cardenales y de los Papas, como se entrega al patíbulo un ladron, á la horca un asesino y al fuego un hereje?

Scultet no era únicamente sacerdote; era profeta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

48-30-79
Lapelacion
medio

CAPITULO VI.

LUTERO CITADO A ROMA.—1518.

Las tésis atraviesan los Alpes.—Apelacion de Lutero al Papa.—Su fingida sumision en el momento mismo en que escribia el sermon *tocante á la muerte de Adan en el hombre*.—Leon X quiere de nuevo atraer al doctor, y encarga á Staupitz que le escriba.—Lutero rehusa escuchar al monge.—Propáganse sus doctrinas.—Trabajan los príncipes por que se popularicen.—Motivos que á ello les inducen.—El Emperador Maximiliano denuncia á Lutero al Papa.—El Soberano Pontífice encarga á Cayetano que cite á Lutero á Roma.—Perplejidad del fraile; subterfugio de que se vale para no obedecer.—Cobra alientos, y se rie de las amenazas de excomunion y del Breve del Papa.—Quiere ser juzgado en Alemania, y se resuelve á no marchar.—El Papa consiente en que le juzgue Cayetano.—Lutero está decidido de antemano á no retractarse.

«Entre tanto, pues, decia Leon X, vivamos en paz; el hacha no corta aun el tronco del árbol; tan solo se entretiene en podar las ramas.» El Papa tenia razon. En ninguna época del cristianismo habia brillado la tiara con tanto esplendor; delante de ella se eclipsaban todas las coronas. El Papa era verdaderamente el monarca universal; Reyes, príncipes, grandes de la tierra, el pueblo, todos, se disputaban una de sus miradas, se le celebraba en todos los idiomas, y su retrato se hallaba igualmente en las chozas y en los palacios. Y la razon era que el nombre de Leon X despertaba á la vez todas las ideas de arte, de ciencia y de gloria.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

48-30-79
Lapelacion
medio

CAPITULO VI.

LUTERO CITADO A ROMA.—1518.

Las tésis atraviesan los Alpes.—Apelacion de Lutero al Papa.—Su fingida sumision en el momento mismo en que escribia el sermon *tocante á la muerte de Adan en el hombre*.—Leon X quiere de nuevo atraer al doctor, y encarga á Staupitz que le escriba.—Lutero rehusa escuchar al monge.—Propáganse sus doctrinas.—Trabajan los príncipes por que se popularicen.—Motivos que á ello les inducen.—El Emperador Maximiliano denuncia á Lutero al Papa.—El Soberano Pontífice encarga á Cayetano que cite á Lutero á Roma.—Perplejidad del fraile; subterfugio de que se vale para no obedecer.—Cobra alientos, y se rie de las amenazas de excomunion y del Breve del Papa.—Quiere ser juzgado en Alemania, y se resuelve á no marchar.—El Papa consiente en que le juzgue Cayetano.—Lutero está decidido de antemano á no retractarse.

«Entre tanto, pues, decia Leon X, vivamos en paz; el hacha no corta aun el tronco del árbol; tan solo se entretiene en podar las ramas.» El Papa tenia razon. En ninguna época del cristianismo habia brillado la tiara con tanto esplendor; delante de ella se eclipsaban todas las coronas. El Papa era verdaderamente el monarca universal; Reyes, príncipes, grandes de la tierra, el pueblo, todos, se disputaban una de sus miradas, se le celebraba en todos los idiomas, y su retrato se hallaba igualmente en las chozas y en los palacios. Y la razon era que el nombre de Leon X despertaba á la vez todas las ideas de arte, de ciencia y de gloria.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Despues de un largo reinado, descansaba al fin en aquella Roma, que eclipsaba las ciudades antiguas y modernas. En medio de estos homenages universales fue cuando llegó á oidos de Leon que un fraile, llamado Lutero, turbaba desde un rincon de su celda la paz de la Alemania. Las tésis, impresas por Froben, de Basilea, habian atravesado ya los Alpes, y comenzaban á propagarse por Roma y por Venecia. No se inmutó por esto el Papa, porque no conocia ni el carácter ni el genio del sajon. La suerte de Wiclef, de Juan Huss y de Gerónimo de Praga era, á sus ojos, una buena leccion para aquellos que intentasen imitarlos, y los disturbios que vinieron despues de ellos una doctrina para los pueblos que quisieran rebelarse. Lo pasado no estaba tan lejos para que fuese olvidado, y, por otra parte, en la vida religiosa de una nacion rara vez se ensayan dos revoluciones en un mismo siglo; y lo que mas debia tranquilizarle era la carta que acababa de recibir del mismo Lutero.

Irritado este por el título de hereje que le daban sus contrarios, y que resonaba en sus oidos «como el sonido de los platillos,» Lutero tomó el partido de apelar al Papa. Nunca habia usado un lenguaje tan humilde, pero tampoco menos afectado; nada habia en su carta de inspirado y espontáneo; todo revelaba en ella el estudio y el trabajo intelectual. Ni el mismo Prierias se hubiera atrevido á decir al Papa, como él: «Vivificad, matad, llamad, recordad, aprobad, reprobad; vuestra voz es la voz de Cristo, que reposa en vos, y habla por vuestra boca. Si yo merezco la muerte, moriré con alegría.»

En el momento mismo en que Lutero protestaba de tal modo de su obediencia y de su sumision al Papa, añadia á un libro ascético, *Sobre la muerte de Adan y la resurreccion del Cristo en el hombre*, un prefacio, donde hablaba con insolencia del poder papal. Lejos de callarse, como habia prometido, hasta conocer la decision soberana, difunde

su doctrina, la enseña públicamente al pueblo, ocupa el púlpito, pone en duda la fuerza de la excomunion, y se burla ante los altares de la ignorancia y de la tirania de los «buhoneros de los rayos espirituales.» Así desgarraba hoja á hoja el catecismo de su Iglesia.

En Roma, sin embargo, estaban indecisos sobre el partido que debian adoptar respecto á Lutero. Algunos Cardenales querian que se le condenase á la hoguera. Este era el parecer de Jaime Hochstraet, de Colonia, segun afirman los escritores protestantes. Otros rechazaban las medidas de rigor, pidiendo que el Papa le declarase hereje, sin citacion ni proceso; pero los mas ilustrados y prudentes, los que conocian la Alemania, opinaban que se le llamase á Roma, que se le diesen jueces, y que no se le condenara hasta despues de haberle oido. Leon X se dejaba llevar de su naturaleza amiga del reposo. ¿Cómo castigar á un hombre que era el orgullo de la Alemania sabia, «á este fray Martin, añadia, dotado de tan gran genio, y á quien solo se odiaba por celos de convento?» Preferia, pues, tentar una reconciliacion. Leon X escribió á Gerónimo Staupitz, sabiendo que ejercia grande influencia sobre Lutero, el cual reverenciaba al vicario general de la órden de los dominicos, por su piedad sin fausto, por sus costumbres de una pureza evangélica, y por sus vastos conocimientos. Es probable que por agradar á Leon X arriesgara Staupitz algunos tímidos consejos; pero Lutero no le escuchó, y continuó predicando.

Empezaba á conquistar discípulos. Estos eran algunos religiosos del convento de agustinos, orgullosos con la gloria de Lutero; príncipes á quienes pesaba el yugo fiscal de la cancilleria romana; estudiantes seducidos por su elocuencia, y algunos pobres trabajadores en minas, que creian en él como en un profeta.

Entre sus mas fervientes apóstoles se citaba entonces á Carlostadio y Melanchthon.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Príncipes, electores, nobles y caballeros, alentaban, ya reservada, ya abiertamente, las empresas del innovador. Ninguno de ellos leia en el porvenir, é ignoraban cómo terminaria la lucha; ninguno habia examinado la cuestion religiosa. Si esta se hubiese presentado á ellos sin probabilidad de beneficios, sin esperanza de lucro, como pura especulacion teológica, hubieran rechazado á Lutero, constituyéndose en jueces soberanos de la conciencia popular; pero el interes dominaba la disputa. Los predicadores de indulgencias, que se esparcian por todos los pueblos y hasta por las cabañas, recogian por todas partes abundantes limosnas; y cuando los príncipes enviaban á percibir los impuestos, cerraban las puertas, y frecuentemente empleaban la violencia contra los recaudadores. Así es que, acostumbrados al lujo y la ostentacion, manteniendo á sus espensas numerosos cortesanos y criados, teniendo caballos y jaurías, era un aliciente para la vergonzosa codicia de estos hombres de poca fe la secularizacion de los conventos, que parecia inevitable si triunfaba Lutero; y como, por otra parte, se habian introducido tantos abusos en el tráfico de las indulgencias, declararse por el sacerdote de Wittemberg equivalia, segun ellos, á servir los intereses de la Religion.

Maximiliano I, Emperador de Alemania, no se asemejaba á estos príncipes: aleccionado por la edad, queria morir tranquilo. El fue el primero que denunció al Papa los disturbios de que estaba amenazado el imperio.

El Papa estaba decidido á intervenir antes de haber recibido la carta del Emperador. Encargó, pues, al Obispo de Ascoli que intimase al fraile á que compareciese en el término de sesenta dias en la corte de Roma, para responder allí de sus doctrinas. El Obispo obedeció; pero Lutero continuaba predicando y escribiendo. Entonces Leon X ordenó á su legado en la corte de Maximiliano, el Cardenal Cayetano, que se apoderase de Lutero, reclamando, en caso de resistencia, el auxilio del Emperador, de los príncipes del imperio y de las universidades, y que le encerrase, hasta tanto que una nueva órden le indicase enviarle á Roma. «Si Lutero se arrepiente, decia el Papa, perdonadle; si se obstina, pondreisle en entredicho.»

Lutero no manifestó ni despecho ni cólera al recibir el Breve. Habia cundido en Alemania el rumor de que no llegaria á Roma sano y salvo. Suponiase que le prepararian emboscadas en el camino, ó que le ahogarian, ó volverian á bautizarle, como decia él mismo riendo. Semejantes rumores carecian de fundamento.

«Mi alma está tranquila, escribia á Wenceslao Linck. ¿Qué pueden hacerme á mí, pobre enfermo, carcomido y gastado? Si me quitan la vida, serán dos horas, una tal vez, las que me robarán de existencia. Cantemos con Reuchlin. El que es pobre, nada tiene que temer ni que perder.»

Sin embargo de todo, intervinieron sus amigos. Resuelto en un principio á presentarse en Roma, Lutero vacila, busca y encuentra, para desobedecer, un miserable subterfugio, indigno de un alma elevada, cual era el de escribir al elector de Sajonia, Federico, y pedirle un salvo-conducto, en la confianza de que el príncipe se lo negaria, y «entonces, decia Lutero, tengo una buena escusa para no comparecer.»

Mas avergonzose pronto de recurrir á tales medios, y se decidió á no obedecer, proponiéndose no cejar, ni ante los peligros con que trataban de atemorizarle sus amigos, ni ante las amenazas de excomunion de la Santa Sede.

Así escribió á Staupitz: «Una sola excomunion humana temo, y es la vuestra... Hace mucho tiempo que esos romanistas se burlan de nosotros, nos calumnian, y nos tratan como á necios... Todo su empeño se cifra en que el reino de Cristo no sea el reino de la verdad; que la verdad no prevalezca, que perezca ahogada, aprisionada en su propio imperio... Yo no quiero merecer este imperio sino por el corazon y por los labios puros de toda mentira, ya que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no pueda por una vida sin tacha... El pueblo respira por la voz de Cristo, su Pastor. Me encuentro cercado de abrojos. Pero el Cristo vive, reinaba ayer, reinará hoy, y por los siglos de los siglos. Mi conciencia me dice que he enseñado la verdad; pero la verdad es odiosa pronunciada por mis labios. Es el vientre de Rebeca, y es preciso que sus hijos sean magullados en él, aun con peligro de la madre.»

El pensamiento de que sus amigos podian considerar su desobediencia como una debilidad de carácter, ó tal vez como la confesion de que no se atrevia á dar cuenta de su fe, atormentaba á Lutero; no persistió, pues, mucho tiempo en su proyecto. Viósele, por el contrario, demostrar en sus palabras un gran respeto por Leon X, y una completa sumision al Breve. Se abstuvo por un momento de predicar, y la multitud se vió engañada. Para paliar su negativa de comparecer en Roma, pretestó la duracion del viaje, el rigor de la estacion, los peligros del camino, su estado de postracion, y los penosos trabajos que habian gastado su cuerpo. «Estaba pronto, decia, á confesar su fe ante jueces competentes en Wittemberg, en Augsburgo, ó en cualquiera otra ciudad de Alemania que quisieran designarle.»

Sus instancias fueron vanas, y ningun éxito alcanzaron las de sus amigos. Los dias trascurrian, y el término fijado por Leon X se aproximaba. Podia temerse que Lutero fuese condenado sin ser oido.

Entonces fue cuando la Universidad de Wittemberg escribió al Papa para apoyar la peticion de Lutero. Los motivos que alegaba para dispensarle de que se presentase en Roma eran, poco mas ó menos, los mismos que él habia querido hacer valer.

El mismo elector Federico escribió al Nuncio Cayetano, para suplicarle que obtuviese del Papa la concesion de que Lutero no fuese á Roma, y diese cuenta de sus doctrinas en Augsburgo.

Cayetano, legado en la Dieta imperial, poseia toda la

confianza de Leon X; asi es que no le fue difícil lograr lo que se pedia. El Papa consintió en que Lutero compareciese ante el Cardenal, en Augsburgo.

Esta concesion de la corte de Roma llenó de asombro al fraile y sus partidarios. Esperaban que Leon se mostrase inflexible, y su obstinacion hubiera hecho progresar los intereses de la Reforma. Algunos de los amigos del fraile, Hutten, por ejemplo, no pudieron encubrir su despecho. Esperaban que le obligasen á ir á Roma, y celebraban de antemano su heroismo, soñaban con peligros, y se creaban un drama, que concluiria á la manera del de Juan Huss y de Gerónimo de Praga; pero conocian mal á los Médicis.

El juez que habia elegido el Papa era un hombre ilustrado, un hábil humanista, un sabio teólogo, un predicador elocuente, que hacia poco tomara á su cargo la defensa del pueblo italiano, presa á la sazon de los usureros; por carácter era enemigo del rigor y de las violencias.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VII.

LUTERO ANTE CAYETANO.—1518.

Viaje de Lutero á Augsburgo.—Su llegada á esta ciudad; escribe á Melanchthon que morirá mas bien antes que retractarse.—Su conferencia con el legado.—Solicita defenderse por escrito: su apología.—Cayetano le ofrece, aunque en vano, interceder por él con el Papa.—El Nuncio comisiona á Staupitz y Wenceslao Linek para que hagan reconocer á Lutero sus errores.—Conmovido este hasta el punto de derramar lágrimas, confiesa sus arrebatos, pero rehusa retractarse.—Aquella misma noche huye de Augsburgo, despues de haber fijado en las paredes del convento de los Carmelitas su apelacion al Papa, y que recurriria al Concilio, caso de que el Papa le condenase.—Su carta á Spalatino contra la Bula de Leon X, á quien trata de bellaco.—Moderacion del Papa.

Lutero se puso en camino á pie, sin un cuarto en el bolsillo, y cubierto con un hábito tan raido y viejo, que se vió obligado á pedir otro prestado á Wenceslao Linck al pasar por Nuremberg. Los potentados, los señores, los obreros, sobre todo, le esperaban á las puertas de la ciudad, y al divisarle gritaron:

—¡Viva Lutero!

—¡Viva el Cristo y su palabra! replicó el sajon.

Algunos se apartaron de la multitud, y fueron á inclinarse ante el sacerdote.

—Valor, maestro, le decian: ¡Dios os proteja!

—¡Amen! contestaba Lutero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VII.

LUTERO ANTE CAYETANO.—1518.

Viaje de Lutero á Augsburgo.—Su llegada á esta ciudad; escribe á Melanchthon que morirá mas bien antes que retractarse.—Su conferencia con el legado.—Solicita defenderse por escrito: su apología.—Cayetano le ofrece, aunque en vano, interceder por él con el Papa.—El Nuncio comisiona á Staupitz y Wenceslao Linek para que hagan reconocer á Lutero sus errores.—Conmovido este hasta el punto de derramar lágrimas, confiesa sus arrebatos, pero rehusa retractarse.—Aquella misma noche huye de Augsburgo, despues de haber fijado en las paredes del convento de los Carmelitas su apelacion al Papa, y que recurriria al Concilio, caso de que el Papa le condenase.—Su carta á Spalatino contra la Bula de Leon X, á quien trata de bellaco.—Moderacion del Papa.

Lutero se puso en camino á pie, sin un cuarto en el bolsillo, y cubierto con un hábito tan raido y viejo, que se vió obligado á pedir otro prestado á Wenceslao Linck al pasar por Nuremberg. Los potentados, los señores, los obreros, sobre todo, le esperaban á las puertas de la ciudad, y al divisarle gritaron:

—¡Viva Lutero!

—¡Viva el Cristo y su palabra! replicó el sajon.

Algunos se apartaron de la multitud, y fueron á inclinarse ante el sacerdote.

—Valor, maestro, le decian: ¡Dios os proteja!

—¡Amen! contestaba Lutero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sus amigos le acompañaron hasta algunas leguas mas allá de Wittemberg. Al separarse, con toda la efusion del afecto, dijo Lutero:

—*In manos tuas, Domine, commendo animam meam.*

—*Amen,* contestaron en coro sus discípulos.

Lutero se puso en seguida alegremente en camino. Muchas veces se detuvo con la mira de volverse atras: tan violentos eran sus dolores de estómago; pero su corazon era mas fuerte que la enfermedad. Continuó, pues, su camino, aceptando la hospitalidad que se le ofrecia cuando no podia guarecerse en algun convento.

Despues de un largo viaje, divisó por fin los campanarios de Augsburgo, y lloró de gozo. Una multitud numerosa, agrupada á las puertas de la ciudad, deseaba ver al doctor, cuyo nombre era ya tan popular. Los poetas al estilo de Hans-Sachs, á quienes llamaban *cantores*, y que eran en su mayor parte zapateros, carreteros y sombrereros, le miraban con orgullo. Sus amigos le esperaban. El Dr. Conrado Pentinger le llevó á su casa, en donde tenia preparada una frugal cena. Esto pasaba el viérnes 8 de octubre de 1518.

El tercer dia le entregaron sus amigos el salvo-conducto imperial que esperaban con tanta impaciencia.

Entonces escribió al legado que estaba pronto á comparecer ante su presencia. Cayetano le habia enviado antes un sacerdote para que se retractase; pero no quiso escucharle.

Al dia siguiente Lutero hizo su rezo acostumbrado; leyó algunos versículos de los Salmos, su libro predilecto, y se presentó al legado. Acompañábanle sus amigos, y algunos grupos del pueblo, reunidos en las escaleras del palacio, le acogieron afectuosamente. Apareció el legado, y se adelantó hácia el monge, á quien abrazó con efusion. Lutero se arrojó á los pies del Cardenal:

—Perdon, monseñor, dijo: si se me han escapado algu-

nas palabras imprudentes, estoy dispuesto á retractarme, si me probais que encierran culpabilidad.

Cayetano se levantó, diciéndole:

—Hermano, no es mi propósito disputar: os pido de órden de Su Santidad que os retracteis de vuestros errores, y que os abstengais para en lo sucesivo de enseñar nada que pueda turbar la paz de la Iglesia.

—Padre mio, contestó Lutero: mostradme en qué he pecado.

—De nuevo os lo repito, hijo mio, replicó Cayetano; no he venido aquí á disputar con vos, como en una escuela. No soy vuestro juez, sino un enviado de nuestro Padre comun, á quien no há mucho tiempo escribísteis: «Aprobad, condenad, apelad, recordad, estoy pronto á escuchar vuestra voz como la voz de Dios.» Así, pues, retractaos, porque tal es su voluntad.

—¿Retractarme yo? dijo Lutero: ¿qué errores he propagado?

El Cardenal le citó dos proposiciones: primera, que los méritos de Jesucristo no son los tesoros de las indulgencias: segunda, que para ser rehabilitado bastaba solo la fe. Recordole la Bula de Clemente VI sobre las indulgencias, *Extravagans, in sexto decretalium*, y la doctrina universal de la Iglesia acerca de la necesidad de la fe asociada de las buenas obras.

Lutero comenzó á citar los principales artículos de la *Estravagante*, con una exactitud tal de palabras, con tanta seguridad de memoria, que dejó asombrado al Cardenal.

—Conozco esa Bula, añadió; la conozco; es como toda obra humana, en donde se ha dado tortura al espíritu y á la letra de las Sagradas Escrituras.

El Cardenal, levantando la voz, dijo:

—Hé aquí á Santo Tomás; hé aquí la *Estravagante*.

Impacientado Lutero, empezó á gritar con voz mas fuerte:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Si vuestra Bula enseña que los méritos de Jesucristo son los tesoros de las indulgencias, me retracto.

—Pero acordaos de estas palabras, repuso el Cardenal: *Christus sua passione acquisivit.*

—Reparad en la última espresion, reverendo Padre; *acquisivit.* Si Cristo adquirió méritos, estos no son un tesoro.

El Cardenal se sonrió de despecho, y le interrumpió, repitiendo:

—Os retractais, ¿sí ó no?

Muchas horas hacia que duraba la discusion, ya en tono agitado y vehemente, ya interrumpido ó languideciendo, mezclada de abundantes citas, cuando el legado se acordó de la palabra que habia dado de no disputar, y se la recordó sonriendo á Lutero.

—Concluyamos, añadió. Os retractais, ¿sí ó no?

Lutero pidió un plazo de tres dias para contestar, despues de lo cual se separaron.

Mas no esperó al tercer dia. Al siguiente se presentó acompañado de cuatro senadores, de numerosos testigos y un notario, y entregó al Nuncio una protesta en forma, en la que declaraba «que nunca habia tenido intencion de enseñar nada que pudiese ofender las doctrinas católicas, las divinas Escrituras, la autoridad de los Santos Padres, ni los decretos de los Papas; que, por lo demas, si habia incurrido en error, como hombre débil que era, ofrecia someter sus escritos al juicio del Santo Padre, de las Universidades de Basilea, de Friburgo, de Lovaina, y de Paris sobre todo, madre y modelo de todas las Universidades.»

Cayetano empezó á recordarle sus palabras de la víspera.

—Harto tiempo, respondió Lutero, hicimos ayer el oficio de gladiadores: están de mas las palabras de los hombres, cuando únicamente la Sagrada Escritura puede ponernos de acuerdo.

—*Non digladiatus sum*, replicó el Cardenal, aprovechando la palabra que se le habia escapado á Lutero. No se trata ya de disputar: yo he venido solamente para recibir vuestra retractacion, y para reconciliaros con la Iglesia.

El monge guardó silencio, como si se hubiese arrepentido interiormente de la espresion de que se habia servido.

Entonces Staupitz, que estaba á alguna distancia, se aproximó al Cardenal, y le pidió que permitiese á Lutero defenderse por escrito.

—Y ante testigos, añadió el doctor.

El Cardenal hizo con la cabeza un signo negativo.

—Sí, continuó Staupitz: ante algunos testigos.

El Cardenal vaciló por un momento; pero al cabo dijo:

—Pues bien: consiento en ello; os oiré; pero no olvideis que yo no soy aquí vuestro juez.

Lutero pasó la noche en preparar su defensa, que no era mas que una tésis, ó, mejor dicho, la justificacion de sus doctrinas.

En el momento mismo en que escribia esta defensa «que debia confundir á Cayetano,» preparaba su apelacion al Papa; porque no queria retractarse á ningun precio «ni de una sílaba.»

Al dia siguiente presentó su carta al Nuncio: Cayetano la examinó.

—Pero esta es una apología, dijo á las primeras líneas, y no una discusion. Ved si no, añadió señalándole con el dedo el pasaje de Panormita: esto es monstruoso; y ¿queriais que pusiese á la vista de Su Santidad tan odiosas palabras, despues de las seguridades de filial obediencia que le habeis dado?

Continuó leyendo, dirigiendo de vez en cuando miradas de despecho á Lutero, encogiéndose de hombros ó haciendo sonar sus dedos á la usanza italiana.

—Pero, repuso Lutero colérico, y dejando de hablar di-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rectamente con el legado; que lean lo que digo: yo nada afirmo; apelo solo al testimonio de Leon X.

—Hermano, hermano, dijo Cayetano: ayer estábais tranquilo, y hoy os dejais llevar de vuestro arrebato. La verdad es que Su Santidad os ha juzgado ya, á vos y á vuestras doctrinas. ¡Vamos! añadió aproximándose y cogiendo las manos del monge: todavía es tiempo; como antes decíais, estoy pronto á interceder por vos con nuestro Padre comun; no os detenga, pues, ni la vanagloria, ni los malos consejos, ni una ciega obstinacion: retractaos.

Lutero guardó silencio.

—¡Pues bien! añadió Cayetano: no volvais á verme; todo ha concluido entre nosotros.

Inclinose Lutero, y salió.

Pero aquella misma noche, despues de la cena, Cayetano llamó á Staupitz y á Wenceslao Linck; tuvo con ellos una larga conferencia, y les encargó que influyeran en el ánimo de Lutero con mas eficacia que él lo habia hecho. Hízoles tan vivas instancias en nombre de Leon X, de la paz pública y del reposo de la Sajonia, que prometieron ir á ver inmediatamente á Lutero, y cumplieron su palabra.

Lutero, conmovido hasta el punto de derramar lágrimas en esta mision de caridad, escribió al Nuncio una carta llena de afectuosos sentimientos, de la cual citaremos algunos fragmentos.

«Ahora lo confieso; sí, he sido violento, hostil, insolente hácia el nombre del Papa. Me he dejado llevar de mi genio, y hubiera debido tratar con mas reverencia una cuestion tan grave, y al contestar á un loco evitar parecerme á él. Estoy afectado, arrepentido, y lo diré á quien quiera oirlo. En lo sucesivo os prometo, padre mio, hablar y proceder de otro modo; Dios me ayudará. No hablaré mas de las indulgencias, con tal de que impongais silencio á los que me han conducido á este estremo.

»En cuanto á la retractacion, mi reverendo y querido padre, que vos y nuestro Vicario pedis con tanta insistencia, no puedo darla en manera alguna; mi conciencia me lo prohibe, y nada en el mundo, ni órdenes, ni consejos, ni aun la voz de la amistad, podrian hacerme hablar ó proceder contra mi conciencia. Queda una voz que oir, que vale por todas las demas: esta es la voz de la esposa, que no es otra que la del esposo mismo.

»Os suplico, pues, humildemente, que sometais esta cuestion al juicio de nuestro Santo Padre el Papa Leon X, á fin de que la Iglesia falle sobre lo que es preciso creer ó desechar.»

¿Qué restaba por hacer á Cayetano, que habia agotado, aun cuando el testimonio de Lutero no bastase á confirmarlo, las exhortaciones benévolas, las palabras de paz, los consejos de la amistad y de la prudencia? Aun se lisonjeaba con la idea de una reconciliacion, cuando la apelacion de Lutero al Papa, fijada en las paredes de la catedral y del convento de carmelitas, desvaneció todas sus esperanzas: ya no podia abrigar ilusion alguna.

Lutero se apresuró á dejar á Augsburgo. Staupitz habia hecho preparar un caballo para su amigo, dándole por guia á un labriego, que conocia los caminos.

El 30 de octubre el doctor conoció en Nuremberg la Bula en que el Soberano Pontífice esponia la doctrina tocante á las indulgencias.

Encolerízase, y escribe á Staupitz:

«Ciertamente que apenas puedo creer que semejante monstruosidad haya salido de un Papa, y sobre todo de Leon X. Sea quien fuere el bellaco que á la sombra de este nombre intenta de tal modo amedrentarme, debe saber que comprendo la burla: si viene efectivamente de la cancillería, yo les haré ver sus grandes iniquidades y su ignorancia supina.» Los romancistas empiezan á temblar y á perder la confianza en sus obras.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Quién diria que el pobre niño que mendigaba un pedazo de pan en Magdeburgo escribiria algun dia en semejante estilo? Nada en este Breve esplica los arrebatos de Lutero contra Leon X; ni aun siquiera se pronuncia en él el nombre del monge.

El Papa hubiera podido excomulgar á Lutero, y prefirió, sin embargo, como observa el historiador anglicano Roscoé, poner á prueba la sinceridad del doctor. Jefe visible de la tierra, viva imágen del Hijo de Dios en la tierra, Leon X venia, en nombre de la omnipotencia de Cristo, á decir á un sacerdote: «Hé aquí la doctrina de la Iglesia; lee y obedece, ó serás espulsado de la comunion de los fieles. La eficacia de las indulgencias es dogma de fe. Si tu razon la rechaza, no eres ya mi hijo; no eres ya uno de los eslabones de esa gran cadena que se unia á los discípulos de Jesus; no eres ya una gota de agua de este océano católico, que no se secará hasta la consumacion de los siglos: te abandono en nombre de Cristo, como á Juan Huss, á Wiclef y á todos los que, asi como tú, han querido guiarse por solo su razon, en vez de seguir esta luz, que iluminará á todo hijo dócil hasta la espiracion de los tiempos.»

¿No era este un bello lenguaje?

CAPITULO VIII.

EL PUEBLO ALEMAN: MILTITZ.—1518-1519.

El pueblo aleman favorece la Reforma, y por qué.—La imprenta y el grabado se unen al pueblo.—Lutero niega la infalibilidad del Papa.—Su carta de sumision á Leon X.—Entrevista del nuevo Delegado Miltitz con Lutero.—Este se compromete á tomar por juez de sus doctrinas al Obispo de Salzburgo.—Escribe en este sentido al elector de Sajonia.—Concluida la entrevista, recusa el juicio del episcopado.—Encolerízase contra Miltitz, y llama á Leon X el *Anticristo*.—Digna conducta del Papa.—Lutero busca el escándalo, y quiere disputar.

Lutero habia dicho: «Que hable un Obispo, y me someto.»

El Obispo habia hablado, y Lutero no se habia sometido.

Lutero dijo: «Que se haga conocer mi causa á las Universidades de Lovaina y de Paris, y si me condenan, me someto.»

Condenáronle las Universidades de Paris y de Lovaina; pero Lutero no se sometió.

Lutero dijo: «Quiero llevar mi causa ante el Nuncio del Papa, y si me encuentra culpable, me someto.»

Habló Cayetano, y Lutero no se sometió.

Dijo mas: «Apelo al Papa: su voz es la de Dios.»

Hízose oir la voz de Dios, y Lutero no se sometió.

Entonces apeló al futuro Concilio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Quién diria que el pobre niño que mendigaba un pedazo de pan en Magdeburgo escribiria algun dia en semejante estilo? Nada en este Breve esplica los arrebatos de Lutero contra Leon X; ni aun siquiera se pronuncia en él el nombre del monge.

El Papa hubiera podido excomulgar á Lutero, y prefirió, sin embargo, como observa el historiador anglicano Roscoé, poner á prueba la sinceridad del doctor. Jefe visible de la tierra, viva imágen del Hijo de Dios en la tierra, Leon X venia, en nombre de la omnipotencia de Cristo, á decir á un sacerdote: «Hé aquí la doctrina de la Iglesia; lee y obedece, ó serás espulsado de la comunion de los fieles. La eficacia de las indulgencias es dogma de fe. Si tu razon la rechaza, no eres ya mi hijo; no eres ya uno de los eslabones de esa gran cadena que se unia á los discípulos de Jesus; no eres ya una gota de agua de este océano católico, que no se secará hasta la consumacion de los siglos: te abandono en nombre de Cristo, como á Juan Huss, á Wiclef y á todos los que, asi como tú, han querido guiarse por solo su razon, en vez de seguir esta luz, que iluminará á todo hijo dócil hasta la espiracion de los tiempos.»

¿No era este un bello lenguaje?

CAPITULO VIII.

EL PUEBLO ALEMAN: MILTITZ.—1518-1519.

El pueblo aleman favorece la Reforma, y por qué.—La imprenta y el grabado se unen al pueblo.—Lutero niega la infalibilidad del Papa.—Su carta de sumision á Leon X.—Entrevista del nuevo Delegado Miltitz con Lutero.—Este se compromete á tomar por juez de sus doctrinas al Obispo de Salzburgo.—Escribe en este sentido al elector de Sajonia.—Concluida la entrevista, recusa el juicio del episcopado.—Encolerízase contra Miltitz, y llama á Leon X el *Anticristo*.—Digna conducta del Papa.—Lutero busca el escándalo, y quiere disputar.

Lutero habia dicho: «Que hable un Obispo, y me someto.»

El Obispo habia hablado, y Lutero no se habia sometido.

Lutero dijo: «Que se haga conocer mi causa á las Universidades de Lovaina y de Paris, y si me condenan, me someto.»

Condenáronle las Universidades de Paris y de Lovaina; pero Lutero no se sometió.

Lutero dijo: «Quiero llevar mi causa ante el Nuncio del Papa, y si me encuentra culpable, me someto.»

Habló Cayetano, y Lutero no se sometió.

Dijo mas: «Apelo al Papa: su voz es la de Dios.»

Hízose oir la voz de Dios, y Lutero no se sometió.

Entonces apeló al futuro Concilio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pareció la apelacion; habíala preparado el monge muy de antemano. «Como Abraham, dice, está dispuesta á ir donde la guie la voz de Dios, arrostrando la maldicion de Roma, el lugar donde reside el *Antecristo*.» A creerle, hubiera esperado la última palabra del soberano Pontifice antes de imprimir su apelacion; pero el librero, á quien supone hombre de buena fe, comprendiendo perfectamente sus intereses, en vez de depositar la edicion entera en casa del autor, como habian convenido, puso en venta el folleto, cuyos ejemplares todos fueron arrebatados en pocas semanas.

En esta apelacion, Lutero, que prevé que Roma debe condenarle solemnemente, suscita por primera vez dudas sobre la infalibilidad del Papa, que aun no ha negado abiertamente.

Como si hubiera querido conocer el efecto que iba á producir en Alemania su invocacion al futuro Concilio, formulada en términos llenos de arrogancia, y su leccion dada á Leon X sobre la fragilidad humana, Lutero entra por un momento en su celda, cierra sus cuadernos de teología, y parece escuchar lo que se dice en torno suyo. Por un momento tambien parece respirar la pobre Alemania. Quien hubiese recorrido entonces la Sajonia, el Wittemberg y la Thuringia, las hubiese encontrado mas tranquilas. Pero el reposo á que se entregara el monge en el fondo de la soledad, donde se refugiara, era interrumpido á cada paso. A todas horas del dia la campana del convento venia á despertar al cenobita de un sueño que hubiera querido gustar por mas tiempo. Unas veces era un ilustre peregrino, que llamaba á las puertas para ver y escuchar al hermano Martin; otras, varios teólogos, que le interrogaban acerca de Santo Tomás, cuyo solo nombre le hacia daño, y á quien queria desterrar de las escuelas, para sustituirle Ovidio y sus metamórfosis; ya recibia por escrito una docta consulta sobre la guerra

de los turcos y el culto de los santos. Otras veces era Hutten, que le alentaba, diciéndole: «Vamos, hermano; todo va bien: ¡sus, sus; guerra á los frailes!» O Erasmo, que le felicitaba sobre sus *Comentarios de los Salmos*. Lutero es un verdadero padre de la Iglesia, que desde su oratorio pronuncia decisiones, y cuya palabra es escuchada como la de un Papa. El basta para todo. Hasta las horas destinadas al reposo las emplea en contestar á sus amigos. Reprueba abiertamente una cruzada contra los turcos. «¿A qué conducen esas guerras puramente carnales? La guerra intelectual es la que es menester emprender contra nosotros mismos. ¡Ah! Cuando Roma deja tan atras la tiranía de los turcos; cuando con tantas abominaciones se levanta contra Cristo; cuando el clero se ahoga en un mar de avaricia, de ambicion y de lujuria; cuando el aspecto de la Iglesia es tan lastimoso, no queda ya esperanza de una buena guerra, de una dichosa victoria. Dios combate hoy contra nosotros; es preciso vencerle por nuestra fe.» Su doctrina sobre el culto de los santos es todavía católica. No quiere que se tache de supersticiosa la invocacion á los bienaventurados, las plegarias que se les dirigen, aun para las necesidades corporales, como hacen algunos herejes de Bohemia. «Los santos son nuestros abogados para con Dios; solo que hay que cuidar de no invocarlos mas que para curar las enfermedades de la carne.»

Leon X queria la paz en su Iglesia de Alemania; este era el voto de su corazon, su obra predilecta, la mas hermosa joya de su tiara. De ello tenemos un testimonio en la mision que diera al Cardenal Cayetano, que habia fracasado desgraciadamente ante la inflexible voluntad de Lutero. Obstinábase el Papa; esta vez escoge á un negociador de un talento menos ilustrado que Cayetano; era un aleman, un noble sajon, de una dulzura de carácter, que algunos historiadores católicos han tachado de molicie. Miltitz no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

queria tampoco disputar. El silencio que iba á exigir de Lutero se lo imponia tambien á los predicadores de indulgencias. Refirió á Federico de Sajonia el objeto de su mision, exhortándole á secundarle con todo su poder á seguir el ejemplo de sus antepasados, y á que no emprendiera nada que fuese indigno de su memoria. Al mismo tiempo hizo entregar á Jorge Spalatino una carta autógrafa, en la que Leon X le rogaba trajese á Lutero á la obediencia.

Miltitz pidió una entrevista al doctor: esta tuvo lugar en Altemburgo, mientras comian, á la usanza de los antiguos germanos. No hubo, ni de una ni de otra parte, palabras amargas, quejas ó amenazas; obsequiáronse como buenos convidados; abrazáronse, y Miltitz lloró de alegría. Lutero prometió vivir en paz en lo sucesivo, y escribir al Papa. Protestó de su ámor y de su respeto por Leon X, de su fe humilde y sumisa, y se comprometió á escoger por juez de sus escritos al Arzobispo de Salzburgo. Miltitz, por su parte, juró imponer silencio á los adversarios del monge, y sobre todo á Tezel, á quien escribió, segun dice Seckendorf, una carta, llena de amargas quejas. El desgraciado dominicano, no pudiendo soportar la cólera del legado, cayó enfermo, y guardó cama. Lutero se apiadó de Tezel, y le escribió algunas palabras consoladoras; pero llegaron demasiado tarde: el fraile murió víctima de las calumnias de su enemigo, sin haber podido justificarse, y sin que le fuese permitido refutar públicamente lo que los agustinos habian propalado en Alemania acerca de sus doctrinas.

Imaginose Miltitz que atraeria á Lutero á fuerza de adulaciones. Deciale, si ha de creerse á los escritores reformistas, que arrastraria consigo al mundo, y se lo arrebataria al Papa; que de Roma á Altemburgo con dificultad se hallarian dos ó tres papistas.

Encamináronse juntos á Liebenwerda, seguidos de una numerosa cabalgata, y allí llevaron alegre vida, segun

afirman los protestantes, comiendo y bebiendo dia y noche; hablando, dicen, muy poco de Dios, pero mucho de la mesa y de la bodega. Separáronse como buenos amigos. Miltitz estaba contento, y se reia de Cayetano. Jamás diplomático alguno habia sido burlado tan completamente.

Apenas hubieron terminado las conferencias, Lutero escribió al elector Federico:

«Mi querido y venerado señor: He visto á Cárlos de Miltitz, y hemos convenido en los artículos siguientes: 1.° Que cesaré de predicar y viviré en la mayor quietud, á condicion, se entiende, de que mis adversarios hagan lo mismo. 2.° Que escribiré á Su Santidad que he sido siempre un hijo sumiso, y que siento en el alma que mis últimas predicaciones hayan promovido tantos odios, tantas injustas prevenciones contra la Iglesia de Roma. 3.° Que invitaré al pueblo á que persevere en su obediencia á la Santa Sede, y á interpretar mis obras, no como hostiles, sino como llenas de respeto hácia el papado. 4.° Que tomaré por juez de mi fe y de mis escritos al docto Arzobispo de Salzburgo. Si vuestra señoría encuentra que esto no es bastante, estoy pronto, por el amor de Nuestro Señor, á hacer lo que os agrade.»

Lutero no olvidaba su promesa, y escribió al Papa en 5 de marzo. Cada fecha es una sentencia.

«Santísimo Padre: La necesidad me obliga nuevamente á mí, escoria de los hombres y polvo de la tierra, á dirigirme á tan gran majestad como la vuestra. Dignese Vuestra Santidad prestar misericordioso oido á esta pobre ovejuela, y escuchar sus balidos...

»Cárlos de Miltitz, el canciller privado de Vuestra Santidad, hombre probo, me ha acusado en vuestro nombre, ante el ilustre príncipe Federico, de presuncion, de irreverencia hácia la Iglesia romana, y Vuestra Santidad pide de ello satisfaccion. Me contrista que sea tan desgraciado, para que haya podido recaer en mí la sospecha

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de irreverencia hácia la columna de la Iglesia, cuando mi único anhelo es defender su honor.

»¿Qué debo hacer, santísimo Padre? Estoy falto de consejos. No puedo esponerme á vuestra cólera; pero ¿cómo evitarla? No lo sé. ¿Retractándome? Si es posible la retractacion que se me pide, pronto estoy á darla. Gracias á mis adversarios, á sus resistencias, á sus hostilidades, mis escritos se han popularizado mucho mas de lo que yo esperaba. Mis doctrinas han penetrado demasiado profundamente en los corazones, para que sea posible borrar las huellas que en ellos han dejado. Hoy dia florecen en Alemania hombres de genio, de erudicion, de gran discernimiento. Si quiero honrar á la Iglesia romana, no debo desdecirme de nada. Una retractacion no haria mas que mancharla y entregarla á las acusaciones de los pueblos.

»¡Ah, santísimo Padre! Ante Dios y la creacion afirmo que nunca he tenido la idea de debilitar ni derribar la autoridad de la Santa Sede. Confieso que la potestad de la Iglesia romana está sobre todas las cosas; no hay nada sobre ella, ni en el cielo ni en la tierra, esceptuando á Jesus. No crea Vuestra Santidad á los que otra cosa digan de Lutero.»

El mismo Miltitz no hubiera dictado otra carta mejor á Lutero. Asi, pues, ¿cómo no estar gozoso? ¿Podia suponer que era la burla del monge, y que aquella sotana ocultaba entre sus pliegues mas astucia y sutileza que el traje de un diplomático? ¿Podia sospechar que servia de juguete á un humilde monge aleman? ¡Qué alucinado debió quedar Leon X por esta fraseologia obsequiosa, que besa la tierra y se arrastra como la serpiente; por esos perfumes de lisonja que se exhalan de cada periodo y que parecen tan puros; por esas hipérboles latinas, que no podrian ser reproducidas en su candor nativo, aun por el idioma mas rico en imágenes!

Así es cómo aparece al enviado del Papa; así es cómo

quiere que se le juzgue en la corte del elector de Sajonia, su protector. Este es el Lutero que se muestra al público ante sus jueces á la faz de la Alemania.

Mas esperad, porque va á cambiar de papel: Lutero se despoja de su vellon de oveja para revestir una piel de culebra, y en vez de lastimeros balidos volverá á gritar con esa voz de trueno que ya le conocemos. Vedle en conferencia con sus amigos de infancia, Spalatino, Egranus, Staupitz, sin testigos importunos.

Escuchemos.

¿Quereis saber lo que es Miltitz, este *honestus hìc vir*, de la carta á Leon X del 3 de marzo? « Un embustero, un embaucador, que le ha dejado dándole el beso de Judas y derramando las lágrimas del cocodrilo, con quien ha bebido alegremente, y cuya astucia ha fingido no comprender; que venia armado de setenta Breves apostólicos para prenderle y conducirle cautivo á su homicida Jerusalen, á su purpurada Babilonia, como ha dicho en la corte del príncipe.»

¿Deseais conocer lo que piensa de la corte de Leon X? «¡Ah! ¡Qué placer tendria en que se divulgase el diálogo entre Julio y Pedro (de Hutten), en el que se nos revelan las abominaciones de Roma; digo mal que las revelan, porque, ¿quién hay que las ignore? y que los Cardenales viesen su tiranía y su impiedad espuestas á todas las miradas!»

Con arreglo á la proposicion de Miltitz, consintió en escoger por juez de su doctrina á un Obispo. Pues pasad algunas páginas de su correspondencia, y vereis el caso que hace del episcopado. « Esos Obispos me llaman violento y audaz; no digo que no; pero, ¿quiénes son esos hombres para saber lo que es Dios y lo que somos nosotros?»

Se ha prosternado hasta la tierra, confesando que no hay bajo el cielo ningun poder superior al del Papa; ha

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rogado humildemente á Leon X que no dé crédito á las calumnias de sus enemigos, que le imputan la intencion de negar la autoridad pontificia. Pues bien: aguardad no mas que algunas horas; dadle tiempo de que cierre la carta al Papa y de que la entregue á Miltitz. Apenas ha habido lugar para que se seque el sobre, escribe lo siguiente á Spalatino, su amigo de corazon: «¿Necesitaré decíroslo en secreto? No sé, en verdad, si el Papa es el Antecristo en persona, ó si es su apóstol: tanto se ha corrompido á Cristo; es decir, la verdad: tan crucificado le veo en sus mandamientos. Me desgarra el corazon ver cómo se mofan del pueblo de Jesus.»

Digasenos ahora si en esta grave cuestion religiosa, en que estaba Roma tan interesada, ha faltado el Papado á sus deberes, si no ha cumplido los preceptos de Cristo y las máximas del Evangelio, si no ha agotado con Lutero todos los tesoros de la paciencia y de la dulzura. Cerca de tres años habia que el pueblo se agitaba con la cuestion de las indulgencias; á aquella hora no se encontraba en Alemania una aldea en que no resonase el nombre de Lutero, en que no se hablase en pro ó en contra de sus tésis.

A medida que ha avanzado el tiempo, sus nuevas doctrinas van tomando vuelo, van ganando terreno, y, cesando de ser modestas, marchan con la frente levantada. Lutero no es ya el pobre monge que se satisface con tener algunos oyentes; su púlpito está en todas partes, y ya no es dueño ni de su pensamiento. Si desea tenerle oculto hasta ocasion mas propicia, su impresor no teme desobedecerle, y publica en hojas sueltas sus opiniones, que se difunden por todas partes. Miltitz nos dirá en Roma que hubiera dado todos los tesoros del Vaticano para acallar este gran tumulto, que Francisco I en toda su gloria, y Cárlos de Austria, no han podido hacer olvidar mas que durante los dias en que los Estados germánicos se reunieron para elegir un Emperador, porque Maximiliano acababa de morir,

y esos dias pasaron con harta rapidez. ¿Qué medios no ha empleado Leon X para que no estallara la tempestad? En un principio, como hemos visto, cuando se vió amenazada la integridad del dogma católico, dirige sus Breves á los Arzobispos y Obispos de Alemania, á las diversas órdenes, á los conventos de la Sajonia y del Wittemberg, y su voz no es oida de Lutero. Entonces el Papa recurre al poder civil. Maximiliano no es mas afortunado que él. ¡Tal vez deslumbre al monge la pompa romana! Lutero la ve, y se sonrie. Cayetano se cansa á la segunda conferencia. Hé ahí á Miltitz que matà con algunas palabras amargas al jefe de los limosneros, Tezel. Despues viene Staupitz; despues Gerónimo Spalatino; en fin, hasta los pobres frailes de Juterbock, que, á falta de saber, hablan con la voz de su conciencia, turbada con tantas discordias.

Así pasaban, inclinándose ante Lutero, tiara y diadema, púrpura y buriel. Habia ciertamente motivos para conmover una inteligencia, por inflexible que se la suponga; y, sin embargo, Lutero resiste. Nada quiere escuchar. ¿Por qué? A creerle, Dios es quien le envia y le impulsa: *Rapit et pellit;* ya no es dueño de sí mismo; este movimiento de los espíritus, este desórden de las inteligencias, «esta gran plaga del cielo,» no le espantan; quiere á toda costa cumplir su mision, sin cuidarse del juicio de los hombres, de los consejos de sus compañeros de estudio, de las amenazas, de los rayos de la Iglesia, del destierro ó de la muerte. No teme mas que á un hombre; y sus cartas atestiguan cuán vivos son esos temores; este hombre es el elector de Sajonia, que adquiere grande importancia por las adulaciones de Lutero. Bien es verdad que Federico de Sajonia podia con una sola palabra hacer pedazos este instrumento de discordia, y reservar á Lutero la suerte que el brazo secular deparó á Gerónimo de Praga ó á Juan Huss; pero no lo hará, no; y no porque su fe vague indecisa, ni porque le preocupe la cuestion de las indul-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gencias, ni porque á sus ojos la gracia no pueda conciliarse con el libre albedrío, ó que tenga la conviccion que le suponen los escritores reformistas; sino porque tiene un hijo natural al cual ha negado Roma un beneficio, y hé aquí esplicada de una manera verosímil esa simpatía por Lutero y su política con la Santa Sede. Así es que, mientras Miltitz y los Obispos asedian á Lutero para que cumpla su promesa, y lleve su causa ante el Obispo que él mismo ha escogido en su conferencia de Altemburgo, Federico guarda silencio, y ni aun demuestra admirarse de la negativa del monge.

Los motivos que tenia Lutero para no ceder á Miltitz, están enumerados en una carta al camarero del Papa.

En Altemburgo juzgaba que el comparecer ante el Obispo era necesario; mas ahora que sus doctrinas han desafiado la luz del sol, ¿á qué presentarse? Indíquesele los artículos de que deba retractarse, y dénsele las razones de esta retractacion.

Despues de esto, este le ofrece una discusion solemne en Leipzig, por no haber querido el Arzobispo que tuviese lugar en Augsburgo. Así, pues, ¿qué ignominia no recaeria sobre él y sus amigos, sobre su órden, sobre la Universidad y el elector de Sajonia, su protector, si fuera á rehusar este desafío? ¿Acaso tantos ilustres personajes como asistirian á este torneo no serian doctores tan competentes como un Arzobispo ó un Cardenal?

«Y ademas, añadia, no quiero por juez á un Cayetano, que hubiera querido hacerme renunciar á la fe cristiana, y que no es católico!»

CAPITULO IX.

PROGRESO DE LA IDEA LUTERANA.—1520.

Lutero promete á Staupitz y á Wenceslao Linck escribir una carta de sumision al Papa, y aquella misma noche insulta al papado en otra carta que escribe á Spalatino.—Sus arrebatos contra Alved.—La rebelion hace progresos.—Causa de sus triunfos.—Erasmo.

Cárlos V era Emperador de Alemania. Lutero tiene necesidad de la proteccion de este príncipe. Sabe fingir, y si es preciso, besar los pies del monarca, salvo el reir despues con sus amigos de la buena fe del Emperador.

Escribe, pues, á Cárlos V una carta, en que le habla de su deseo ardiente de permanecer ignorado en su apartado rincon de tierra, de donde pide gracia, como criatura miserable que es, á sus enemigos, de donde ofrece su silencio como prenda de su buena voluntad por la paz de la Iglesia. Esta carta fue leida en toda la Alemania. Miltitz vió en ella una profesion de fe. El Nuncio del Papa se dirigió á Wittemberg; vió mas tarde á los padres del convento, y obtuvo que Staupitz y Wenceslao comprometieran á Lutero á escribir una nueva carta al Soberano Pontífice. Los padres tuvieron una larga conferencia con el doctor. Staupitz se mostró tan apremiante, que Lutero prometió todo lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gencias, ni porque á sus ojos la gracia no pueda conciliarse con el libre albedrío, ó que tenga la conviccion que le suponen los escritores reformistas; sino porque tiene un hijo natural al cual ha negado Roma un beneficio, y hé aquí esplicada de una manera verosímil esa simpatía por Lutero y su política con la Santa Sede. Así es que, mientras Miltitz y los Obispos asedian á Lutero para que cumpla su promesa, y lleve su causa ante el Obispo que él mismo ha escogido en su conferencia de Altemburgo, Federico guarda silencio, y ni aun demuestra admirarse de la negativa del monge.

Los motivos que tenia Lutero para no ceder á Miltitz, están enumerados en una carta al camarero del Papa.

En Altemburgo juzgaba que el comparecer ante el Obispo era necesario; mas ahora que sus doctrinas han desafiado la luz del sol, ¿á qué presentarse? Indíquesele los artículos de que deba retractarse, y dénsele las razones de esta retractacion.

Despues de esto, este le ofrece una discusion solemne en Leipzig, por no haber querido el Arzobispo que tuviese lugar en Augsburgo. Así, pues, ¿qué ignominia no recaeria sobre él y sus amigos, sobre su órden, sobre la Universidad y el elector de Sajonia, su protector, si fuera á rehusar este desafío? ¿Acaso tantos ilustres personajes como asistirian á este torneo no serian doctores tan competentes como un Arzobispo ó un Cardenal?

«Y ademas, añadia, no quiero por juez á un Cayetano, que hubiera querido hacerme renunciar á la fe cristiana, y que no es católico!»

CAPITULO IX.

PROGRESO DE LA IDEA LUTERANA.—1520.

Lutero promete á Staupitz y á Wenceslao Linck escribir una carta de sumision al Papa, y aquella misma noche insulta al papado en otra carta que escribe á Spalatino.—Sus arrebatos contra Alved.—La rebelion hace progresos.—Causa de sus triunfos.—Erasmo.

Cárlos V era Emperador de Alemania. Lutero tiene necesidad de la proteccion de este príncipe. Sabe fingir, y si es preciso, besar los pies del monarca, salvo el reir despues con sus amigos de la buena fe del Emperador.

Escribe, pues, á Cárlos V una carta, en que le habla de su deseo ardiente de permanecer ignorado en su apartado rincon de tierra, de donde pide gracia, como criatura miserable que es, á sus enemigos, de donde ofrece su silencio como prenda de su buena voluntad por la paz de la Iglesia. Esta carta fue leida en toda la Alemania. Miltitz vió en ella una profesion de fe. El Nuncio del Papa se dirigió á Wittemberg; vió mas tarde á los padres del convento, y obtuvo que Staupitz y Wenceslao comprometieran á Lutero á escribir una nueva carta al Soberano Pontífice. Los padres tuvieron una larga conferencia con el doctor. Staupitz se mostró tan apremiante, que Lutero prometió todo lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que se le pedia. Los padres dieron parte al Nuncio del éxito de su mision. Lutero, este ángel caido, como lo llamaba Miltitz, iba á llorar sus errores en la soledad. Staupitz y Linck no cabian en sí de gozo; pero este mismo dia de fingida reconciliacion, el sajon escribia á uno de sus buenos amigos:

«Ya me guardaré muy bien en mi carta al Papa de tratar con demasiada rudeza la Sede pontificia; pero, sin embargo, la rociaré con mi sal.» En otra carta, dirigida algunos dias antes á Juan Voigt, monge agustino de Magdeburgo, se mostraba aun mas franco. «Mi hermano en Jesucristo, le decia: acabo de escribir en este momento, en lengua vulgar, un libro contra el Papa: *De statu ecclesiæ emendando*. En él trato al Pontifice como el Antecristo; rogad que mis palabras hagan fructificar la Iglesia.»

Spalatino recibia al mismo tiempo otras confidencias de su amigo. «¿Sabeis lo que pienso de Roma? Que es una mezcla de locos, de necios, de imbéciles, de ignorantes, de ineptos y de diablos. Ved, pues, qué podrá esperarse de la ciudad que vomita sobre la Iglesia semejante infierno. Voy á tratar á ese asno de Alved (que habia tomado recientemente la defensa de la Santa Sede) de una manera tal, que ha de dejar indeleble recuerdo en la memoria del Pontifice romano. No hay que perdonarles; es menester que demos á conocer los misterios del Antecristo.»

¡El Papa Antecristo! Esta es una nueva frase, que desde Wittemberg va á resonar en toda la Alemania. Si tres años antes la hubiera proferido Lutero, se habria visto abandonado inmediatamente, siendo tal vez objeto de irrision para todos. Lutero sabia muy bien lo que hacia cuando, en medio de los doctores de Leipzig, en su lucha con Eckins, el elocuente defensor de la autoridad, llamaba á comparecer la gran imágen del papado, y cuando disertaba friamente sobre el género de obediencia y de respeto que se le debia. Entonces negaba únicamente su

orígen divino; hoy á sus ojos el Papa no es mas que un enviado de Satanás sobre la tierra. ¿Qué responderle? ¿Citarle los Padres, los Doctores? «¡Esos no son mas que hombres!» grita en cátedra mostrando la Biblia. Ha sido consecuente: arruinando la escuela, ha hecho imposible una discusion formal. Porque es allí donde, con su libro abierto, ha leido que el Papa, llevando á cabo obras satánicas, no es mas que el Vicario de Satanás. ¡Qué le importa el sentido comun, la conciencia humana, la voz de los siglos! Leed mi libro, dice: ¿el nombre de Antecristo no está marcado con todas sus letras sobre la frente del que se llama el sucesor de los Apóstoles? En vano le contestareis que nada de eso se ve en ese libro: os sucederá lo que á Staupitz. Lutero os llamará herejes, ineptos, ignorantes, hijos de la ciudad prostituta; porque Roma, asiento del Antecristo, ya no es Roma, sino Babilonia.

Es prodigioso que Wittemberg no haya conservado de la simbólica luterana mas que el artículo donde se enseña que el Papa es el Antecristo.

La Iglesia wittembergense no cree ya en la empanacion, en la esclavitud del libre albedrío, en la gracia del doctor; pero cree firmemente que el soberano Pontifice es el Antecristo profetizado por Daniel. Por un momento pareció dudar en su fe; pero Wigaud, Gallus, Judex, Ansdorf, trabajaron eficazmente en alentarle: Joh. Wigaud en su *Sinopsis Antichristi romani, spiritu oris Christi revelati*, y Mateo Judex en su *Gravissimum et severissimum edictum et mandatum æterni et omnipotentis Dei quomodo quisque sese adversus papatum nimirum Antichristum genere et exhibere debeat*, tratan de probar que el Papa es el hijo de perdicion. Es verdad que Juan de Muller observa ingeniosamente que es mas probable que el Antecristo se haya encarnado en el cuerpo de alguno de los ministros que niegan la divinidad de Cristo.

Erasmo tiene razon: «¿Quién hubiera creido nunca que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el reformador, del primer salto, vendria á chocar contra la moral, el dogma y la fe? ¿Quién hubiera creido que el genio sedicioso del monge levantase tantas tempestades?»

Al proclamar la omnipotencia del sentido individual, que compara, en otra parte, á un hombre beodo á caballo y tambaleándose á todos lados, ha hecho toda una revolucion. La razon le cogió la palabra, y la anarquía se introdujo en la Iglesia de Alemania. En tal estado, Carlostadio no escucha ya la voz de su discípulo; su orgullo le impulsa, y marcha cuando Lutero le dice que se detenga. Melanchthon vacila, y parece ver abierto ante él un abismo. Ulrico de Hutten cree solo en su espada. El soplo del monge sajon ha venido á remover la Suiza. El cura de Ensielden ha oido la voz de Lutero; pero ya Zuinglio, para derribar el viejo edificio católico, se vale de otros medios que el reformador.

Lutero le arranca una piedra: Zuinglio le derriba otra. El uno dice: «Esta piedra debe ser conservada, porque el Señor es quien la ha colocado con sus propias manos;» y el otro: «Pulvericémosla, porque es la obra de Satanás. Tres años cuenta de vida la Reforma, y ya está decrépita.»

Que no se nos diga que Lutero debe su triunfo á las nuevas luces que introdujo en Alemania; porque al predicar su nuevo Evangelio desterró las ciencias como inútiles y malditas, la filosofía como diabólica, y hasta su discípulo mas predilecto pone en tela de juicio la utilidad de las escuelas. Se ha pretendido que el mundo acogió con entusiasmo los nuevos dogmas, porque el que los predicaba estaba dotado de un talento maravilloso; pero ¿acaso el catolicismo estaba tan mal representado entonces por Emser, por Eck y por Cayetano? Se dice que el pensamiento oprimido dormia encadenado, y que á la voz de Lutero se despertó; pero ¿qué otra cosa hizo Lutero sino fundar una esclavitud bajo el nombre de *razon individual*, instrumento de verdad á sus ojos, verdad absoluta, que no procedia mas que de sí misma, destello que no tiene mas que un orígen humano, el cerebro de donde ha salido? Ved, pues, cómo Lutero pesa sobre el pensamiento, obligado á reconocer al monge por su padre, sin que Lutero le diga: «Tú no eres ya mi hijo; te estravías por caminos de perdicion; te entregas á tus caprichos; vienes de las tinieblas y no de la luz; eres el progenitor de la escuela;» y es de advertir que por escuela entiende la enseñanza de la Iglesia, que se ha perpetuado, de edad en edad, de Cristo á su Vicario, del Vicario á los Obispos, de los Obispos á los sacerdotes, y de estos á la comunion de los fieles. ¡Divina y maravillosa cadena de oro, que ha venido á romper con su sola autoridad! Porque Pontífice, Obispo, Iglesia de Cristo, sacerdocio, todo esto es para él la obra de Satanás. Ya no hay mas que un sacerdote; es él, es Carlostadio; este es el hombre. Hé aquí esta otra gran novedad, que le valió tantos partidarios, sobre todo en las cortes y entre los príncipes. Esta proposicion que acaba de enseñar, de que todos pertenecemos al sacerdocio, y que las Sagradas Escrituras no hacen la menor diferencia entre el seglar y el sacerdote, aun cuando se llame Obispo ó Papa, ¿no era la confusion de los dos poderes; la tiara unida á la corona ducal ó imperial; el incensario en las manos del que ciñe espada; la Iglesia entregada, atada de pies y manos, á los príncipes seculares, Enrique VIII jefe de las conciencias, el papado destruido, y por consecuencia el catolicismo?

Por lo demas, no negamos que la elocuencia de Lutero, que su cabeza, ó mas bien su pecho de Aquiles, como decia Melanchthon, que su aparente pureza de costumbres, no hayan sido para él poderosos auxiliares; pero el pueblo no se hubiera dejado arrastrar tan fácilmente si los príncipes no se hubieran mostrado seducidos los primeros. Porque, ¿qué otra cosa era sino una apostasía, apenas disimulada, la proteccion concedida á Lutero por el príncipe de Sajonia?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El pueblo siguió el ejemplo de sus señores. El nombre de Lutero era venerado en la corte del elector; Federico le llamaba su padre, su amigo, el elegido del Señor, el hombre de Dios; los cortesanos, para agradar á su soberano, propagaban los escritos del agustino, los leian y se burlaban de lo que él se mofaba: de las indulgencias, de Roma, del Papa y los frailes.

Póngase á Lutero en las circunstancias de Juan Huss, y será mas afortunado que el monge bohemio. Juan Huss poseia las cualidades que seducen á la multitud: valor, perseverancia y una conviccion esterior; pero hizo mal, no en dejarse quemar, sino en predicar al principio de su mision contra los vicios, la avaricia, la lubricidad y las riquezas de los grandes, y de compadecerse de las lágrimas y las miserias del pueblo. Los grandes le abandonaron en el dia del peligro, y persiguieron á sus discípulos á hierro y fuego. El que haya leido la correspondencia de Lutero, verá que, por el contrario, este no tuvo al principio mas que palabras de miel para los nobles sajones; para Roma y sus Cardenales los ultrajes y las bufonadas. La vista de un capelo le irrita; mas al divisar el armiño ducal, se deshace en adulaciones: es un sacerdote cortesano; por esto encuentra decididos protectores en la mayor parte de los príncipes de Alemania; pero bien sabian á qué precio le daban estos auxilios. Pronto los veremos romper con el catolicismo, y no porque crean, como quizá tampoco Lutero, que la idolatría y la concupiscencia han establecido su imperio en Roma, sino por no pagar ya á la cancillería sus rentas anuales. Un dia abrirán las puertas de los conventos, y no porque consideren los votos monásticos como prohibidos por el Evangelio, sino porque hallarán en los monasterios vasos de oro y plata y piedras preciosas. Llamarán á la Reforma la obra de la emancipacion, y no porque la Reforma haya aliviado al pueblo, sino porque los librará á ellos del *yugo sacerdotal*. Hé aquí otros

gérmenes de revolucion: Erasmo indica el uno: «La Reforma hace progresos. ¿Qué tiene de particular? El pueblo oye con gusto á los predicadores, que le enseñan que la contricion no es necesaria, y que la satisfaccion es cosa vana.»

Calcaguini ha encontrado el otro: «Tranquilizaos, os grita Lutero: la sangre de Cristo y la fe en su palabra bastan para obtener la salvacion eterna; así, cuando los hombres se entregan á sus inclinaciones, mirad cómo se abre el cielo, si la fe en la sangre de Jesus no ha abandonado al pecador.»

Melanchthon señala el tercero: «No nos hemos adherido á Lutero sino porque nos ha libertado de los Obispos; no le amamos sino porque nos ha arrancado de su jurisdiccion.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO X.

CARTA DE LUTERO A LEON X.—1520.

Las Universidades, á quienes habia apelado Lutero, condenan sus doctrinas.—Lutero las denigra.—Justifica sus arrebatos.—Sus profecías sobre Alemania.—Miltitz hace saber á Roma que ha sido burlado por Lutero.—Carta de este á Leon X.—Une á la carta su tratado *De la libertad cristiana:* exámen de esta obra.—Dogmas de Lutero.

Al llegar á Roma Miltitz, dejó á los pies de Leon X las palabras de sumision del monge, y la promesa de una carta, que terminaria en breve todo debate con la Santa Sede.

El Papa abrazó á Miltitz, le colmó de caricias, y repitió delante de los Cardenales que la paz habia sido al cabo devuelta al mundo católico. Algun vago presentimiento le advertia su próximo fin, y decia: «Que seria muy dichoso si antes de morir dejaba en reposo la Iglesia de Jesucristo, y diese cuenta al Eterno Juez de su mision sobre la tierra.» Y ademas, como se sabe, Leon X amaba á Lutero; amaba en él, sobre todo, su ardor por el trabajo y sus profundos conocimientos en las Sagradas Escrituras. Pero mucho tiempo antes de la llegada de la carta tan impacientemente esperada de su querido hijo, el Papa supo, de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO X.

CARTA DE LUTERO A LEON X.—1520.

Las Universidades, á quienes habia apelado Lutero, condenan sus doctrinas.—Lutero las denigra.—Justifica sus arrebatos.—Sus profecías sobre Alemania.—Miltitz hace saber á Roma que ha sido burlado por Lutero.—Carta de este á Leon X.—Une á la carta su tratado *De la libertad cristiana:* exámen de esta obra.—Dogmas de Lutero.

Al llegar á Roma Miltitz, dejó á los pies de Leon X las palabras de sumision del monge, y la promesa de una carta, que terminaria en breve todo debate con la Santa Sede.

El Papa abrazó á Miltitz, le colmó de caricias, y repitió delante de los Cardenales que la paz habia sido al cabo devuelta al mundo católico. Algun vago presentimiento le advertia su próximo fin, y decia: «Que seria muy dichoso si antes de morir dejaba en reposo la Iglesia de Jesucristo, y diese cuenta al Eterno Juez de su mision sobre la tierra.» Y ademas, como se sabe, Leon X amaba á Lutero; amaba en él, sobre todo, su ardor por el trabajo y sus profundos conocimientos en las Sagradas Escrituras. Pero mucho tiempo antes de la llegada de la carta tan impacientemente esperada de su querido hijo, el Papa supo, de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todos los puntos de Alemania á la vez, la manera cómo habia sido burlado Miltitz, y los furores de Lutero contra su autoridad.

La carta prometida está en Roma: obra brutal, que ni Wiclef, ni Juan Huss, ni Gerónimo de Praga, ni Arius, ni Pelagio, se hubieran atrevido á trazar; que dos hombres solos podian entonces firmar en todo el mundo cristiano: Lutero en primer lugar; despues Hutten: eterno grito de reprobacion contra aquel cuyos dedos no se paralizaron al escribirla; mancha indeleble para la frente que no se avergüenza de palabras tan insultantes; peso enorme que oprimirá en la eternidad el pecho del cristiano que trate de remover las cenizas de esta lava. Júzguesela, recordando que aun la víspera la mano que va á trazar estas líneas estrechaba la de Miltitz en señal de buena amistad, y que los labios de donde va á caer tanta hiel pronunciaban palabras de sumision y de obediencia á la Santa Sede.

»En medio de los monstruos de este siglo, con quienes estoy en guerra desde hace tres años, mi pensamiento y mi recuerdo se elevan hácia vos, Santísimo Padre... Protesto, y mi memoria es fiel, que siempre he hablado de vos con veneracion y con respeto... Si otra cosa fuera, estaria pronto á retractarme. ¿No os he dicho que érais otro Daniel en la cueva de los Leones? ¿No fui yo quien defendí vuestra inocencia contra un hombre tal como Silvestre Prierias, que osaba mancillarla?... No podreis negarlo, Leon amado: la Sede que ocupais aventaja en corrupcion á Babilonia y á Sodoma; contra esa Roma impía me he rebelado yo. La indignacion se ha apoderado de mi alma al ver que á la sombra de vuestro nombre se ha hecho infame burla del pueblo de Jesucristo; contra esa Roma combato, y combatiré en tanto que me anime un soplo de fe. No porque yo crea, lo cual es imposible, que mis esfuerzos prevalecerán contra la turba de aduladores que reinan en esa desordenada Babilonia; pero, encargado de

velar por la suerte de mis hermanos, quisiera que no fuesen presa de todos los pecados de Roma. Roma es una sentina de corrupcion y de iniquidad. Porque es mas claro que la luz que la Iglesia romana, que era en otro tiempo la mas casta de todas las iglesias, se ha convertido en una inmunda caverna de ladrones, en un lupanar de gente disipada, el trono del pecado, de la muerte y del infierno, y que su maldad no puede subir de punto, aun cuando reinase en ella el Antecristo en persona...

»Heos ahí, Leon, como un cordero entre lobos, como Daniel en medio de los leones, como Ecequiel entre los escorpiones. ¿Qué podeis oponer á tantos monstruos? Tres ó cuatro Cardenales, hombres de fe y de ciencia. ¿Y qué significa esto para ese pueblo de descreidos? Moririais envenenados antes tal vez de haber pensado en el remedio... Los dias de Roma están contados; la cólera de Dios ha caido sobre ella. Odia los sabios consejos, teme la Reforma, no quiere que se ponga freno á su furor de impiedad. Dirase de ella lo que se ha dicho de su madre. Hemos advertido á Babilonia; es incurable, dejémosla. A vos y á vuestros Cardenales correspondia poner remedio á tantos males; pero la gota se rie del médico, y el carro no anda ya por la accion de las riendas...

»Lleno de amor hácia vos, he deplorado con frecuencia veros elevado á la Silla Pontifical en un siglo como el nuestro; merecíais haber nacido en otra época. La Sede romana no es digna de vos: debiera ser ocupada por Satanás, que, á la verdad, reina mucho mas que vos en esa Babilonia. ¿No es cierto que bajo el espacioso cielo no hay nada mas corrompido, mas inicuo, mas pestilencial que Roma? Verdaderamente Roma supera en impiedad á la misma Turquía: en otro tiempo la puerta del cielo, es hoy la boca del infierno, que la cólera de Dios no deja cerrar: á duras penas podemos salvar algunas almas del infernal abismo.»

Despues de referir cómo se entabló la disputa entre él

y *los cortesanos* del Papa, Lutero termina de este modo:

«No quiero presentarme ante vos con las manos vacías; os ofrezco un tratadito, como prueba de mi amor á la paz, testimonio de la ocupacion que habria entretenido mis ocios, si vuestros aduladores me lo hubieran permitido; presente de poco valor, si considerais la forma de la obra; bien precioso, si no me engaño, si os fijais en su espíritu. Yo, pobre monge, no tengo nada mejor que ofreceros; vos no necesitais otros dones que los espirituales.»

¿Se quiere saber ahora cuál es ese libro predilecto que Lutero envia á Leon X en testimonio de amor y de piedad filial? Pues es su *Tratado de la libertad cristiana*, donde establece como doctrinas fundadas sobre la palabra evangélica, no solamente la justificacion sin las obras, sino la imposibilidad de la fe con las obras, que mira como otros tantos pecados; la sujecion de la criatura al demonio, aun cuando hace esfuerzos para librarse de él, y su encarnacion en el pecado, cuando se eleva hácia el Criador; cuando su pensamiento, desprendido de los lazos de la tierra, se abisma en la contemplacion de los méritos del Salvador; cuando su mano reparte limosnas; cuando abre sus labios al rezo ó á la bendicion; cuando llora y se arrepiente, porque cuanto en nosotros vive, dice, es culpa, pecado, condenacion, y el hombre es impotente para el bien. ¡Horribles doctrinas de que quiere hacer responsable al apóstol San Pablo! Y al lado de estas monstruosas enseñanzas, establece como axioma la impecabilidad del alma, que no ha cesado de creer: «Porque, dice, si yo he pecado, Cristo, que está en mí, no ha pecado; este Cristo, en quien creo que produce, que piensa, que obra y que vive conmigo, y que solo cumple la ley.»

«Bástanos creer en el Cordero que borra los pecados del mundo; el pecado no podria arrancarnos á este Cordero, aun cuando nos matásemos mil veces por dia.»

Allí es donde se esfuerza todavía en establecer que el

sacerdocio está unido á la humanidad, como el alma lo está al cuerpo; que pertenece á todo hombre que cree, porque estando unido Cristo á la humanidad por un lazo puramente místico, el alma se convierte en su esposa, y participa entonces de todos los dones que el esposo derrama sobre ella; que todas las voces de *sacerdote, clérigo, eclesiástico*, no significan nada, y son un ultraje á la palabra de Dios, porque todos somos sus hijos en el mismo grado, sus ecónomos y sus ministros, y que las vestiduras, la pompa esterior, las ceremonias, no son mas que vanas figuras, formas humanas que el espíritu de Cristo debe espulsar de entre los cristianos. Y, como hace observar aquí el doctor J. Marx, el sacerdocio no es una figura, sino una realidad, que confiere al lego todos los poderes del sacerdote católico, la predicacion, el perdon de las culpas, la absolucion y la dispensa de sacramentos. Pero ¿qué significa ese signo que la fe nos confiere, como el agua del bautismo, el título de hijos de Dios, que el hombre toma y deja á su voluntad, segun cree ó duda?

¿Qué es, pues, esa fe luterana que nos hace semejantes al ángel, y cambia de repente nuestra naturaleza de hombre? ¿Es la fe, menos las indulgencias, como en 1518; la fe, menos el sacerdocio, como en 1519; la fe, menos los sacramentos del órden, de la extrema-uncion, como en 1520; la fe, con dos solos sacramentos, como en 1521; la fe, menos la Misa, menos el culto de los santos, como en 1522? Pero quien dice *fe*, dice *confesion*; luego Lutero no puede establecer confesion sin autoridad. Si la razon individual de Carlostadio, por ejemplo, como vamos á verlo, se levanta contra las creencias del doctor, ¿quién las juzgará? ¿Qué es, pues, la fe, segun Lutero, sino un capricho, una locura, un fantasma, enfermedad en unos, fiebre cerebral en otros, exaltacion del sistema nervioso, postracion ó exuberancia de vitalidad, luz ó tinieblas?

Lutero dice: «Creed.» Pues entonces que no enseñe

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que la mision de los Obispos es doble: mediata é inmediata. En nuestros dias mediata; es decir, derivando del hombre; pero inmediata entre los Apóstoles, que la recibieron del mismo Jesus; inmediata entre los Profetas, que la recibieron de Dios; que los Apóstoles han trasmitido esta union á sus discípulos; San Pablo á Timoteo y á Tito, que la trasmitieron á los Obispos sus sucesores; los Obispos á los que le suceden, y así hasta nuestros dias y hasta la consumacion de los siglos. De modo que esta mision, bien que mediata, es, sin embargo, esencialmente divina.

Hé aquí, pues, cómo la fe sola no basta ya para dar el sacerdocio, que es una verdadera herencia por delegacion divina; hé aquí cómo no todo hombre es sacerdote, como no todo hombre ha recibido la mision de enseñar.

Cuenta la historia de Cromwell que un soldado de su ejército atravesó el Támesis para pasar á Lóndres, llevando consigo una linterna con cinco velas encendidas. Al llegar á la orilla llamó á la multitud á grandes voces, y abriendo su linterna, cogió una de las velas, y la apagó de un soplo, diciendo: «¡Así muera el diezmo!» Hizo lo mismo con otra, y dijo: «¡Así mueran los Parlamentos!» Igual operacion verificó con la tercera, cuarta y quinta, esclamando: «¡Así muera la Biblia!» Entonces la multitud empezó á amotinarse y á dirigirle amenazas. Uno de los concurrentes preguntó al soldado:

—¿Dónde has aprendido todo eso?

—Lo que os predico es la palabra de Dios, repuso el soldado: Lutero ha creado una nueva religion; Calvino ha soplado y creado otra; Cranmer, el gran Arzobispo, ha soplado tambien, y la Reina Isabel ha soplado sobre todo esto. Pues bien: á mi vez vengo, en nombre de la palabra de Cristo, á borrar con mi soplo todo cuanto se ha predicado.

Callose el pueblo. ¿Acaso no tenia razon el soldado? Era un sacerdote segun la órden de Lutero, puesto que creia en Cristo y en su santa palabra.

CAPITULO XI.

LAS DOS BULAS.—1520.

Carácter de las resistencias de Lutero.—Longanimidad de Leon X.—Se decide á fulminar una Bula contra el heresiarca.—Apreciacion literaria de esta Bula.—Anti-Bula de Lutero.—Hutten comenta la anti-Bula.—Procedimiento literario de Lutero para perder á sus adversarios.—Este es el encargado de llevar la Bula por Alemania.—Lutero hace quemar la Bula *exurge* en Wittemberg.—Sube al púlpito para lanzar la abominacion sobre Roma y el odio sobre Leon X.

Séanos permitido ahora conjurar á todo hombre cuya razon no esté oscurecida por el espíritu de secta, para que con la mano en el pecho y el Santo Evangelio abierto delante de sus ojos, nos diga si Lutero, tal como se ha mostrado en Sajonia y en sus libros, no ha traspasado todos los límites; si le queda algun ultraje por imaginar contra Roma, una bufonada nueva ó vieja que resucitar ó componer, una insolencia que aprovechar de los libros de los heresiarcas que le han precedido.

Si por espacio de tres años ha sido dado á un monge, sin autorizacion alguna, turbar el órden moral de las sociedades, agitar las conciencias, levantar los espíritus, ¿no le será permitido al papado hacer oir su voz?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que la mision de los Obispos es doble: mediata é inmediata. En nuestros dias mediata; es decir, derivando del hombre; pero inmediata entre los Apóstoles, que la recibieron del mismo Jesus; inmediata entre los Profetas, que la recibieron de Dios; que los Apóstoles han trasmitido esta union á sus discípulos; San Pablo á Timoteo y á Tito, que la trasmitieron á los Obispos sus sucesores; los Obispos á los que le suceden, y así hasta nuestros dias y hasta la consumacion de los siglos. De modo que esta mision, bien que mediata, es, sin embargo, esencialmente divina.

Hé aquí, pues, cómo la fe sola no basta ya para dar el sacerdocio, que es una verdadera herencia por delegacion divina; hé aquí cómo no todo hombre es sacerdote, como no todo hombre ha recibido la mision de enseñar.

Cuenta la historia de Cromwell que un soldado de su ejército atravesó el Támesis para pasar á Lóndres, llevando consigo una linterna con cinco velas encendidas. Al llegar á la orilla llamó á la multitud á grandes voces, y abriendo su linterna, cogió una de las velas, y la apagó de un soplo, diciendo: «¡Así muera el diezmo!» Hizo lo mismo con otra, y dijo: «¡Así mueran los Parlamentos!» Igual operacion verificó con la tercera, cuarta y quinta, esclamando: «¡Así muera la Biblia!» Entonces la multitud empezó á amotinarse y á dirigirle amenazas. Uno de los concurrentes preguntó al soldado:

—¿Dónde has aprendido todo eso?

—Lo que os predico es la palabra de Dios, repuso el soldado: Lutero ha creado una nueva religion; Calvino ha soplado y creado otra; Cranmer, el gran Arzobispo, ha soplado tambien, y la Reina Isabel ha soplado sobre todo esto. Pues bien: á mi vez vengo, en nombre de la palabra de Cristo, á borrar con mi soplo todo cuanto se ha predicado.

Callose el pueblo. ¿Acaso no tenia razon el soldado? Era un sacerdote segun la órden de Lutero, puesto que creia en Cristo y en su santa palabra.

CAPITULO XI.

LAS DOS BULAS.—1520.

Carácter de las resistencias de Lutero.—Longanimidad de Leon X.—Se decide á fulminar una Bula contra el heresiarca.—Apreciacion literaria de esta Bula.—Anti-Bula de Lutero.—Hutten comenta la anti-Bula.—Procedimiento literario de Lutero para perder á sus adversarios.—Este es el encargado de llevar la Bula por Alemania.—Lutero hace quemar la Bula *exurge* en Wittemberg.—Sube al púlpito para lanzar la abominacion sobre Roma y el odio sobre Leon X.

Séanos permitido ahora conjurar á todo hombre cuya razon no esté oscurecida por el espíritu de secta, para que con la mano en el pecho y el Santo Evangelio abierto delante de sus ojos, nos diga si Lutero, tal como se ha mostrado en Sajonia y en sus libros, no ha traspasado todos los límites; si le queda algun ultraje por imaginar contra Roma, una bufonada nueva ó vieja que resucitar ó componer, una insolencia que aprovechar de los libros de los heresiarcas que le han precedido.

Si por espacio de tres años ha sido dado á un monge, sin autorizacion alguna, turbar el órden moral de las sociedades, agitar las conciencias, levantar los espíritus, ¿no le será permitido al papado hacer oir su voz?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No mas longanimidad: Leon X no podia permanecer por mas tiempo sordo al llanto de la Iglesia católica; era preciso que hablase, so pena, si no lo hacia, de ver fluctuar los ánimos, buscando á la aventura la luz prometida por Cristo: Leon X vaciló por largo tiempo.

El hermano Martin tenia muchos protectores entre los miembros del Sacro Colegio; Sadolet, sobre todo, que Erasmo llama el Atico, para pintar con una sola palabra la elegancia de sus maneras y de su eleccion, cuyo estilo ciceroniano, dice, es siempre puro, limpido, dulce y flúido, tejido, no como el lino, sino unido y corriente como el agua.

Durante muchos dias estuvo reunido el consejo de Su Santidad. No faltaron defensores á Lutero; pero, ¿qué podian hacer? Retardar algunos dias quizá una condenacion escrita en todas las páginas del libro de Jesucristo. No nos toca apreciar como obra dogmática la Bula de Leon X, esta magnífica doctrina de nuestra Iglesia. La palabra del sucesor de los Apóstoles es demasiado elevada para que pueda someterse á nuestro exámen. Pero si descendiendo de las altas regiones de la fe la consideramos bajo el aspecto humano y como obra de arte, encontraremos en ella la revelacion mas completa de la regeneracion intelectual de Roma en esta época. Dígasenos si ha producido nunca semejantes flores de poesía el árbol que la Reforma habia hecho reverdecer en Alemania. ¿Habrá quien se atreva á comparar como creacion literaria esta gloriosa composicion, á nada de lo que ha salido de mano de los protestantes? El mismo Erasmo, que por mucho tiempo fue considerado como el heredero de todos los tesoros de la lengua latina, ¿ha derramado nunca en sus escritos tanta riqueza y armonía, ni reflejado el estilo de la antigüedad con tanto encanto como el Cardenal Accolti en la Bula contra Lutero?

Conócese que la Italia habia estudiado profundamente el estilo ciceroniano; adorno mundano sin duda, que resis-

te tambien la Reforma, y que ninguno de los católicos de los que hasta aquí han defendido la integridad de nuestros dogmas han rechazado como vano, por mas que diga Lutero, el cual asegura, sin embargo, que la Roma de Leon X no contaba entonces sino con dos ó tres Cardenales, hombres de inteligencia, sin acordarse del Cardenal Accolti, cuyo nombre no ha llegado hasta nosotros. Y ¡qué escritor, qué poeta! El exordio de la Bula constituye por sí solo un vasto cuadro pintado á la manera de Miguel Angel.

Abrese el cielo, y Dios Padre se levanta en toda su majestad; presta oido, y escucha los gemidos de su Iglesia, que le pide la espulsion del zorro que infesta la viña Santa, del jabalí que va asolando el bosque del Señor. Vese luego á San Pedro, el Jefe de los Apóstoles, atento á las súplicas de su querida hija, de esta Iglesia de Roma, la madre de las iglesias, la maestra de la fe, cuya primera piedra regó con su sangre. Levántase armado contra los propagadores de la mentira, cuya lengua es un carbon ardiente, cuya boca destila el veneno y la muerte. Hé aquí á San Pablo, que, al oir el llanto de los fieles, viene á defender su obra, teñido tambien con su sangre, contra un nuevo Porfirio, cuya rabia se ensaña con los Pontífices muertos en la fe, como en otro tiempo el antiguo Porfirio con los santos Apóstoles. Desarróllase, en fin, el firmamento todo; aparece en una nube celeste la Iglesia universal, los ángeles y los tronos, los querubines y las dominaciones, los Profetas de la antigua ley, los mártires, los doctores, los Apóstoles, los discípulos de Jesucristo; y toda esta cohorte de bienaventurados, las manos estendidas hácia el trono de Dios vivo, clamando que ponga fin al triunfo de la herejía, y que conserve á la santa Iglesia de Cristo la paz y la unidad.

A este cuadro de tan agradable conjunto, tan vivo, tan animado, de colores tan bíblicos, y que tan elevada idea nos da del talento de Accolti, opongamos un cuadro de otro

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

género, tal como Lutero lo ha pintado en un estravío de la imaginacion ó el dia de una orgía: por una parte la púrpura romana; por otra la cogulla monacal; mas allá el traje encarnado y la sotana de buriel, la Italia y la Sajonia, Roma y Wittemberg.

«Hanme dicho, querido lector, que se ha lanzado una Bula contra mí; el mundo la conoce, pero no ha llegado hasta mí. Como es hija de la noche y de las tinieblas, habrá tenido quizás miedo de mirarme cara á cara... Por fin, gracias al celo de mis amigos, he podido ver en toda su belleza á ese murciélago (*noctuam*). No sé, á la verdad, si los papistas se burlan de mí. No; esto no puede ser sino obra de Juan Eck, ese hombre de mentiras, de iniquidades, hereje condenado. Lo que aumenta mis sospechas es que ese Eck viene de Roma; famoso Apóstol, digno por cierto de semejante apostolado. Hace algunos dias que oí decir que se preparaba en Roma una Bula inicua, á instigacion de ese verdugo de Eck, que ha derramado en ella su estilo y su baba. Tengo al autor de esta Bula por el Antecristo, y le maldigo como un insulto y una blasfemia contra Cristo, Hijo de Dios. *Amen*. Reconozco y proclamo en mi alma y en mi conciencia como verdades los artículos que allí se condenan, y entrego al cristiano que reciba esa Bula infame á los tormentos del infierno. Le tengo por un pagano, por el Antecristo en persona. *Amen*. Hé aquí cómo yo me retracto, Bula hija de una bola de jabon. Pero dime, ignorantísimo Antecristo: ¿cómo eres tan necio para creer que la humanidad va á aterrarse? Si bastase para condenar decir: «Eso me desagrada; no, no quiero,» no habria ni mulo, ni jumento, ni topo, ni zángano que no pudiese pasar plaza de juez.

»Dícese comunmente que el asno no canta mal, sino porque entona demasiado alto, y la Bula hubiera cantado mucho mejor á no haber abierto contra el cielo su boca blasfema... ¡Ah, bulistas! ¿No temblais que piedras y troncos suden sangre al escuchar las abominaciones que verteis? ¿Dónde estais, pues, Emperadores? ¿Dónde estais, Reyes y príncipes de la tierra? ¿Habeis dado vuestro nombre á Jesus en el bautismo, y sufrís ahora la voz infernal del Antecristo? ¿Dónde estais, doctores? ¿Dónde estais, Obispos? Vosotros todos, que predicais el cristianismo, ¿guardareis aun silencio, despues de tal prodigio de impiedad? ¡Desventurada Iglesia, convertida en presa y juguete de Satanás! ¡Miserables, que vivís en este siglo! Ved, ved cómo se adelanta la ira de Dios hácia todo lo que lleva el nombre de papista. Leon, y vosotros, Sres. Cardenales romanos, escuchad, yo os lo digo: si ha salido de vosotros esa Bula, si la declarais obra vuestra, yo uso del poder que Dios me ha concedido por el bautismo, instituyéndome su hijo y su heredero. Apoyado sobre esta roca, que no teme las puertas del infierno, ni el cielo, ni la tierra, yo os lo repito: volved á Dios, renunciad á vuestras satánicas blasfemias contra Jesucristo. Tenedlo muy presente: Cristo vive y reina todavía: venid al Señor, que con un soplo de su aliento destruirá á ese hombre de iniquidad, á ese hijo de perdicion. Si el Papa ha escrito esta Bula, le proclamo el Antecristo, que ha venido á trastornar el mundo.»

Ulrico de Hutten comenta la Bula: el discípulo es digno del maestro.

«Tú eres, dice á Leon, á quien llama *Diez*; tú eres el raposo que ha robado la Germania. Anda, que el Cristo no te oye; no eres mas que un embustero. No eres mas que un tirano, á quien siempre ha desagradado el Evangelio. Has devorado la Alemania, y Dios te la hace vomitar. Nos has arrancado y estafado nuestro dinero... Los maleficios, las fábulas con que tú, Diez, y tus antepasados nos alimentábais, habian ablandado nuestros corazones. ¿A qué llamas libertad de la Iglesia? ¿A la facultad de robarnos sin duda? Tú solo eres el hereje. Anda, Diez; no olvides que la Alemania alimenta leones para combatirte, si no le bastan

sus águilas. Te has convertido en leon, y querrás devorarnos... Tus Cardenales son glotones, libertinos y beodos.»

Hutten era de opinion de que se acabase con Leon X y Alberto de Maguncia por medio de las armas. Proponia á Lutero una cruzada, en la que estaban dispuestos á entrar Sickingen y sus nobles amigos, los manoplas de hierro. Alberto de Maguncia era el mismo Arzobispo que habia prestado al poeta cuatrocientos ducados, y cuyas virtudes habia celebrado Ulrich en una composicion en verso, que tituló: *In laudem reverendissimi Alberti archiepiscopi Moguntini, Ulrichi de Hutten equitis panegyricus.*

Volvamos á la Bula de Leon X. Fijose el Papa en Eck para publicarla y repartirla en Alemania. El que habia sostenido con tanta gloria en la disputa de Leipzig los intereses de la tiara, merecia el honor que le hacia la Santa Sede. No concebimos cómo algunos autores católicos han podido motejar por esta eleccion al Sumo Pontífice, que debió parecer á Lutero, segun dice Pallavicini, la inspiracion del odio, mas bien que un consejo de sabiduría y prudencia. Pero, ¿á qué mas hábil negociador podia fiar el Papa las santas venganzas de la fe ultrajada? ¿Quién mejor que tan célebre teólogo conocia el estado de los espíritus en Sajonia; los recursos del doctor y de su partido, las disposiciones de los príncipes, de las cortes, de las Universidades, de los Prelados y del clero? ¿Quién podia unir á un carácter mas firme formas mas conciliadoras? Salió este de Roma; atravesó rápidamente una parte de la Alemania; hizo llegar la Bula á manos de los Obispos de Misnia, de Mersburgo y de Brandeburgo; se detuvo en Lovaina en Colonia, y todas las ciudades que tenian Universidad, donde los escritos del hereje fueron quemados públicamente, al mismo tiempo que la Bula se fijaba en las puertas de las iglesias. Lutero ha dado cuenta de esta mision, que no fue siempre dichosa ni estuvo exenta de peligros. «Mi querido Juan, escribia: habeis mostrado mucho talento en medio

del ruido que acompaña por todas partes la Bula. Eck quiso imponerla en Erfurt, y se burlaron de él, diciéndole que no era legítima. Aguardábale considerable número de estudiantes, y no se presentó á ellos. Quemose la Bula, arrojándose al agua á las voces de: *Bulla est in aqua, natet.* El librero pidió el precio de su impresion, y el consulado se hizo el sordo. ¡Hé aquí una Bula que no es mas que una bola de jabon! Los de Colonia y de Lovaina han quemado mis escritos: celo digno de aplauso, pero que nada tiene que ver con la ciencia. ¡Pobres ciegos; su necedad me hace daño! ¡Qué fácil es quemar cuando no se puede responder! Tambien el Rey Joachim hizo quemar el libro del Profeta Jeremías. ¡Hé aquí la revelacion de la virtud humana! Los clérigos ahogan la verdad, y el pueblo la abraza con avidez... El Obispo de Misnia ha hecho un auto de fe con mis escritos, lo mismo que el de Mersburgo, este santito henchido de orgullo y de avaricia. En Leipzig han hecho trizas la Bula papal, despues de haberla llenado de inmundicia: la misma ceremonia se ha celebrado en Torgan y en Dublin.

»En Magdeburgo se ha atado el libro de Emser *in publico infamide loco*, con este rótulo: *Este lugar es digno de tal libro.* En estos dias, que lo han sido de bacanal, nuestros estudiantes se han divertido en representar al Papa en persona: le vistieron con toda su pompa; le llevaron en procesion, y al llegar á la plaza Mayor se han desatado en denuestos y carcajadas contra el Papa, los Cardenales, Obispos y familiares: bien merecia tan ridículo castigo el enemigo de Cristo, ya que se burla de los Reyes y del mismo Cristo. Se está poniendo en verso esta farsa.»

Lutero fue el primero que hizo quemar públicamente la Bula del Papa.

El 10 de diciembre se elevaba una grande hoguera en Wittemberg, cerca de la puerta Oriental, rodeada de tablados con gradas, al estilo de los antiguos anfiteatros. A

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las diez se presentaron algunos miembros de la Universidad, frailes del convento de los agustinos, y una multitud de estudiantes y de vecinos de la ciudad, alegre muchedumbre, que venia por órden de Lutero á asistir al espectáculo que les habia prometido la víspera. A poco rato apareció el doctor, vestido con toda solemnidad, llevando bajo el brazo las decretales de los Papas, las constituciones llamadas Estravagantes, y la Bula de Leon, en que se fijaban todas las miradas, impresa en gruesos caractéres. Seguíale una turba, llevando los escritos de Emser, de Eck, de Prierias y de todos los que habian entrado en liza con el padre de la Reforma. A la vista de Lutero, el pueblo prorumpió en gritos de alegria. Lutero impuso silencio con la mano y la mirada, é hizo señal á un bedel para que prendiese fuego á la hoguera. Cuando brilló la llama, tomó la Bula, que mostró á los espectadores, y la arrojó al fuego, gritando: «Serás entregada al fuego eterno, porque has turbado la casa de Dios.» El pueblo contestó: *Amen;* y se estendió alrededor de la hoguera, tratando de arrancar á las devoradoras llamas algunos fragmentos, que se divertia en lanzar al aire á los gritos de *¡Viva Lutero! ¡Abajo los papistas!* Ni el elector de Sajonia, ni los cónsules, ni el Senado, vinieron á turbar esta fiesta luterana, que el doctor anunció al orbe católico al dia siguiente, como anuncia un general una victoria. Aquel dia no costó mas que lágrimas; pronto debia correr la sangre.

«El dia 10 de diciembre del año de Jesucristo MDXX, á las nueve, han sido quemados en Wittemberg, en la puerta Oriental, frente á la iglesia de Santa Cruz, todos los libros del Papa, las decisiones pontificias, las decretales de Clemente VI, las Estravagantes y la Bula de Leon X, junto con la Suma del Angélico Doctor, el Crysophrasus de Eck, y otros escritos del mismo autor, así como de Emser, á fin de que los papistas incendiarios sepan á su vez que no se necesita gran valor para quemar libros que no pueden refutarse.»

Al dia siguiente Lutero ocupó el púlpito. Habia anunciado la víspera que predicaria: la iglesia estaba llena. «He hecho quemar ayer, dijo, en la plaza pública las obras satánicas de los Papas. Mejor seria que fuese el Papa el que ardiera de aquella suerte; entiéndase que quiero decir la Silla pontificia. Si no rompeis abiertamente con Roma, no habrá salvacion para vuestras almas... Reflexione bien todo cristiano que la comunicacion con los papistas es la renuncia á la vida eterna. ¡Abominacion sobre Babilonia! Mientras mi pecho aliente, repetiré: *¡Abominacion!*»

La guerra estaba declarada; la division se habia efectuado. La Iglesia sufria en aquel dia una gran pérdida. Algunos millares de almas rompian violentamente el lazo que les unia con la antigua familia, cuya cuna se meció en Belen. Mas ¡cuánta sangre y cuántas lágrimas debian derramarse por la voz de un monge! ¡Cuántos desórdenes iba á sembrar el nuevo evangelio en el mundo moral y material! Apenas se desarrolla la obra luterana, cuando la «antorcha del cristiano, su luz en este mundo, su garantía de inmortalidad para la vida futura,» era objeto de division entre los que la habian adoptado.

Las almas seducidas por la Reforma son las primeras en dar el ejemplo de las discordias. Vedlas á su vez interpretar las primeras la palabra de su maestro, y someterla á la luz de su inteligencia.

Apenas nacida, la Reforma se ve en el caso de reformarse.

Pero al mismo tiempo que el vetusto árbol del catolicismo se despojaba de algunas de sus ramas, nuevos retoños florecian bajo el sol de América. Dios enviaba un hombre, cuyos discípulos debian llevar la fe á las comarcas mas lejanas y atraer al papado mas almas que las que le

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

habia arrebatado la rebelion de Lutero: Ignacio de Loyola apareció, y con él aquella milicia que durante muchos siglos abarcara al mundo con los prodigios de su predicacion, con su ciencia y con su fe.

CAPITULO XII.

LEON X.—1520-1521.

Influencia de este Papa en las letras, en las artes, en las ciencias y en el pensamiento en Italia.

Abandonemos por un momento la Alemania, y trasladémonos á Roma, para estudiar la accion del papado sobre el pensamiento humano, y para ver si la realidad se asemeja á la imágen que de ella nos ha descrito Lutero.

A la exaltacion de Leon X, el Tesoro del Vaticano se encontraba comprometido por las guerras de Julio II. El Papa concibió la idea de dar cima á un segundo templo de Salomon, mas precioso aun que el que construyó aquel sabio; á San Pedro de Roma. Tal fue su primer pensamiento; el segundo tenia por objeto reunir á su alrededor á los numerosos artistas que poseia la Italia. Entre estos descollaba Rafael, á quien escribió lo siguiente:

«Mi querido Sanzio: El mas vivo de mis deseos es que esta basílica se concluya con toda la magnificencia posible... Sois jóven, Rafael: este es el momento de basar los fundamentos de vuestra inmortalidad, y de haceros digno

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

habia arrebatado la rebelion de Lutero: Ignacio de Loyola apareció, y con él aquella milicia que durante muchos siglos abarcara al mundo con los prodigios de su predicacion, con su ciencia y con su fe.

CAPITULO XII.

LEON X.—1520-1521.

Influencia de este Papa en las letras, en las artes, en las ciencias y en el pensamiento en Italia.

Abandonemos por un momento la Alemania, y trasladémonos á Roma, para estudiar la accion del papado sobre el pensamiento humano, y para ver si la realidad se asemeja á la imágen que de ella nos ha descrito Lutero.

A la exaltacion de Leon X, el Tesoro del Vaticano se encontraba comprometido por las guerras de Julio II. El Papa concibió la idea de dar cima á un segundo templo de Salomon, mas precioso aun que el que construyó aquel sabio; á San Pedro de Roma. Tal fue su primer pensamiento; el segundo tenia por objeto reunir á su alrededor á los numerosos artistas que poseia la Italia. Entre estos descollaba Rafael, á quien escribió lo siguiente:

«Mi querido Sanzio: El mas vivo de mis deseos es que esta basílica se concluya con toda la magnificencia posible... Sois jóven, Rafael: este es el momento de basar los fundamentos de vuestra inmortalidad, y de haceros digno

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la confianza que en vos deposito, del afecto que os profeso, digno, por fin, de la obra que estais llamado á terminar.»

Rafael era gran arquitecto. Bramante, el hombre de Julio II, acababa de morir. ¿A quién escoger para continuar su obra? Tres émulos se presentaron: Baltasar Perucci, Rafael y Fra Giacondo, aquel monge versado en las lenguas antiguas, que hizo dos cosas casi á la vez: Julio Scaliger, y el puente de Nuestra Señora de Paris.

Pero Rafael era el mas apreciado de Bramante. A la hora de su muerte, cuando se confundia aun á Leon X con los demas Príncipes de la Iglesia, Bramante, dirigiéndose á Sanzio, le alargó su desfallecida mano, diciéndole: «Tú serás mi sucesor.» Leon no rechazó este testamento, y para llevarlo á cabo derramó el oro á manos llenas, y cedió todo el mármol de las cercanías de Roma y todas las ruinas que se descubrian, y que habia obligacion, bajo penas pecuniarias, de restituir al prefecto de San Pedro, que las compraba pagándolas de los fondos pontificales: lo que solo era en apariencia un honor para Rafael, fue causa de pingües fortunas para los demas. Por espacio de algunos meses se hicieron escavaciones, removiendo la tierra con gran avidez para buscar tesoros, que se hallaron en abundancia. A las inmediaciones del Vaticano, en la plaza de San Pedro, se erigió un museo, que visitaba todas las mañanas Rafael, y donde á cada piedra que tocaba decia: «Para el templo; un friso para servir de estudio; una columna para Fra Giacondo; una inscripcion para Chigi, el mercader que comió con Leon X, y el que, concluida la comida, arrojó al Tiber la vajilla de oro y plata. Estos bajo-relieves para mi amigo Marco Antonio Raimondi; esta estatua griega (Rafael no conocia la envidia) para Andrés del Sarto.»

Por la tarde, Rafael, despues de haber empleado mucho tiempo en aquella exhumacion del Olimpo pagano, re-

gresaba á su palacio del Vaticano, donde Leon X disertaba sobre el arte antiguo, causando admiracion á todos con la facilidad de su lenguaje y con su esquisito gusto. En uno de estos coloquios, en que la majestad de la tiara llegó hasta olvidarse de sí misma, pasando la palabra de uno á otro, sin que antes la pidiese ninguno, figurándose los dos que se hallaban en un simple taller, Leon X concibió el vasto proyecto de resucitar en cierto modo la antigua Roma, de restablecer en ella en toda su pasada gloria, en todo su esplendor de edificios, de pórticos, de palacios de oro y mármol, y llenarla de jardines: mas floreciente que la Roma de Augusto, tanto como lo era en tiempo de Neron. Tal fue la gran obra que el Papa confió á Rafael, lisonjeándose sobremanera aquel artista de llevarla á cabo.

Leon X no olvidó que pertenecia á la familia de los Médicis, el heredero de Pedro y de Lorenzo el Magnífico. Muerto Bramante, Miguel Angel Buonarotti, segun las órdenes del Papa, se encargó de levantar en Florencia la iglesia de San Lorenzo, revestida toda ella de la majestad de aquel gran genio, y posteriormente la de acabar la colosal figura de Moisés para el sepulcro de Julio II, pudiendo decirse que esta última fue su obra predilecta. Miguel Angel simpatizaba mejor con Julio II que con Leon X. Para él no habia formas mejores que las homéricas. Julio II era una de aquellas almas que ejercian en él una influencia magnética cuando le veia caracolear á caballo, vistiendo su reluciente armadura, marchar seguido de los soldados y arqueros, ó bien cuando, en vez de escomulgar á sus enemigos tomaba la espada y la coraza, batiéndose como soldado por la causa de la nacionalidad italiana.

Admiraba aquella mirada de fuego que se desprendia de su huesosa órbita, aquel enjuto semblante, aquel modo de decir conciso y cortado. Un Papa que le preguntaba: «¿Cuándo concluirás esta capilla?» y á quien podia contes-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tar: «Cuando pueda;» y que sonrojándose de despecho añadia: «¿Deseas por ventura que te haga bajar bruscamente del andamio?» tal era el hombre que agradaba á Miguel Angel; este era su Papa, su amo, su tipo. Si la tiara hubiera dependido de Rafael, seguramente que no lo hubiese dado á otro que á Leon X. Se comprende bien esta atraccion del Papa y del artista, al contemplarlos tal cual plugo á Rafael el retratarlos: el pintor, como en casi todos sus cuadros, con el semblante pálido y melancólico, cayendo sobre sus hombros su rizada melena; la mano verdaderamente griega; la gorra de terciopelo azul ó carmesi graciosamente inclinada; el traje ajustado sobre la cadera, adornado, lo mismo que los zapatos, con cintas: Leon X, lo mismo que en el cuadro de la tribuna de Florencia, con la frente espaciosa y sin ninguna arruga, con la mirada casi celestial y con el rostro vivamente encendido, lo cual le disgustaba bastante, por no poderlo remediar ni aun con violentos y repetidos ejercicios.

Al ver aquella cabeza, serena como la de una estatua antigua, se adivina que no está allí el Julio II de Miguel Angel Buonarotti: sin embargo, no tuvo por qué quejarse de Leon X, pues fue el único favorito de este Pontifice. Esta predileccion, muy lejos de ser funesta, le imprimió una nueva direccion, y le abrió nuevo horizonte. En el pontificado es donde concluye el predominio de la escuela florentina, empezando la era de la escuela romana, que sobresalia por la buena reunion del colorido y del dibujo; pero lo sacrificó frecuentemente al naturalismo pagano. Despues de Rafael, Andrés del Sarto fue á impetrar el favor de Leon X; aquel pintor de tantas purísimas imágenes, débil reflejo de la Vírgen de Urbino. Tambien le arrebató la muerte este artista; pero le dejó el tiempo suficiente para gozar del triunfo de Andrés Contucci, tan conocido con el nombre de San Sovino: gran escultor, pero con distintos títulos que Miguel Angel, y el que, despues de estudiar

con pasion á Rafael, supo pasar á sus bajo-relieves algo de la dulzura de la enfermedad y de la angélica armonía del pintor.

Debe confesarse que Leon X era dichoso. Si dirige su mirada sobre un artista, muchas veces oscuro, ignorado, confundido entre el vulgo, pero á quien ha descubierto su instinto, este artista se exalta, se eleva, y, orgulloso con la mirada del Pontifice, hace prodigios en su ramo. Ved en Venecia á Marco Antonio vivir sin gloria, obligado á engañar al público, firmando sus obras con el nombre de Alberto Durar. Apenas llega á Roma, cuando Rafael le presenta al Papa, y véase ya á Marco Antonio que eleva el oficio de grabador hasta igualarle con la pintura, y cuyo buril presenta á algunas de sus figuras contornos tan puros, que se creen trazados por el mismo Rafael.

Pero la tierra era tan agradecida como el arte. Cada vez que Leon X la hacia cavar, estraia de ella una nueva maravilla; ya una medalla destinada á Sadolet, que al punto la descifraba; ya un camafeo que se engastaba en oro; ya una estatua que llevaban bajo la ventana del Papa, y que este saludaba con la mano; ya un vaso de pórfido, que hacia colocar como una diadema sobre la frente del Pantheon. ¡Qué monarcas fueron estos Papas! Julio II dió á Feliz de Fredis, que habia encontrado cerca de los baños de Vito el grupo de Laocoon y á sus hijos, una parte del producto de los impuestos de la puerta de San Juan de Letran. Leon X hace entrar el Laocoon en el Vaticano, y nombra á Fredis notario apostólico. El dia que se desenterró la estatua de Laocoon fue una fiesta para Roma: le arrojaban flores é himnos á la estatua cuando la llevaban en triunfo por las calles; las señoras desde los balcones aplaudian con las manos; los humanistas, colocados en hilera, se descubrian ante la obra maestra, y hasta el mismo Sadolet interrumpia sus comentarios acerca de San Pablo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para cantar el renacimiento del mármol griego en una oda sabida de memoria por los latinos.

Cuando Leon X no era aun mas que Cardenal, se estrajo la estatua de Lucrecia. Juan de Médicis llamó entonces á sus amigos, é improvisó yambos latinos sobre la exhumacion del mármol. Apoderose con este ejemplo una fiebre poética de Roma: exámetros, pentámetros y yambos comenzaron á caer como el *rocío* sobre la estatua descubierta, que, despertando á tan dulce armonia, parecia escuchar los acentos de un idioma que habia dormido tantos siglos con ella, y que resucitaba entonces con toda su primitiva gracia. Este culto por la antigua lengua de los romanos, que favorecieron sobre todo Leon X y Julio II, contribuyó muy poderosamente á renovar el gusto hácia las bellas letras. Es fácil, al estudiar á los grandes escritores de aquella época, ver cuánto se purifica la lengua del Dante al refundirse en la de Virgilio; brilla, se limpia de sus añejas manchas, y saca por este medio una pureza de sonidos que la ha convertido en la lengua mas melodiosa que el hombre ha podido hablar.

En el siglo de los Médicis, para progresar, es preciso haber estudiado la antigüedad: esto era una necesidad de la época. Rafael, Miguel Angel y Fra Giacondo se sometieron á ella, y si, á la manera que Bembo y Sadolet, hablan griego y latin, en este caso las puertas del Vaticano se abren para darles paso; entran en el consejo del Príncipe, y llegan á ser su confidente y su secretario.

Recorred esa no interrumpida cadena de letrados, desde Marsilio Ficin, en tiempo de la fundacion de la Academia platónica, bajo Lorenzo de Médicis, hasta Sadolet, en el pontificado de Leon X, y hasta mucho mas allá: no hubo uno que no cantase en latin, y los mismos Papas se vieron obligados á seguir el ejemplo de los humanistas. Cantan, pues, y con frecuencia, á la manera que Leon X, para recibir los aplausos del mundo. Júzguese, en vista de

esto, hasta dónde llega el frenesí por la poesía lírica. El antiguo Nifo, que antes que Espinosa enseñó el dogma del alma universal, y que hubiera corrido tal vez algunos peligros, no de parte del poder, entonces tan tolerante, sino del de algunos profesores celosos, si su Obispo Barrozi no le hubiese ocultado bajo sus vestidos; «Nifo, el hombre del entimema y del silogismo, á los setenta años tomaba un laud, y se entretenia componiendo elegías, á imitacion de Propercio.»

Así, pues, mucho tiempo antes de la Reforma «que, segun Bacon, se dedicó á cultivar las lenguas y los autores selectos de la antigüedad,» el estudio de los clásicos era el objeto de una ardiente pasion en Italia. La ciencia de las lenguas estaba protegida por los Papas y honrada por los literatos, quienes tan pronto se apasionaban por las frases ciceronianas, imitando á Sadolet, y estudiando á aquel sabio orador dia y noche, y concluyendo por adivinar sus secretos, como, siguiendo el ejemplo de Bembo, recalcaban las armoniosas frases de Tito-Livio, ó bien, siguiendo á Tomás de Padua, hacian recordar en sus diálogos la majestad de Platon. Estudio enteramente plástico, que se ponia mucho cuidado en no despreciar, porque enriqueció la lengua italiana con una multitud de voces, de giros y de tropos de muy buen efecto; giro de palabras que no desdeñaban los mismos latinos, quienes tambien se empeñaban en descubrir algo en aquella lengua, hablando, en efecto, algunos arcaismo, que introducian como de viva fuerza en el idioma natal, y cuyo origen, perdido á traves de los tiempos, costaria ya gran trabajo en ser reconocido por el oido mas ejercitado.

Hemos visto con qué esplendor trató Leon X la arquitectura y la pintura; apenas Francia, Alemania, Inglaterra y España contaban su historiador, cuando Italia citaba ya á Boggio-Bracciolini, Leonardo Aretin, Antonio Cocchi, Bernardo Corio, simples analistas, que se contentaban con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

remover el polvo de los sepulcros, pero que no sabian dar el soplo vital, ni la palabra á las sombras que encubria. Por último, aparecieron Maquiavelo y Guichardin: el primero es el que, en la historia de Florencia, presenta el estilo, los elegantes períodos y el adorno en las frases de Tito-Livio, y á veces la discreta combinacion de las palabras y la profundidad de Tácito; genio turbulento y desordenado, sedicioso que iba á ser ahorcado á consecuencia de haber tomado parte en la conspiracion de Capponi y de Boscoli, á cuyo suplicio escapó milagrosamente, gracias á la proteccion de Leon X, mediante á la cual pudo sustraerse de la justicia del pais.

Guichardin no fue tampoco un cortesano de valimiento: escribió unas *Memorias*, en que habia jugado gran papel, pues manejaba la pluma con la misma soltura que la espada. Esta fue fiel durante toda su vida á sus superiores; pero aquella, por el contrario, se los pintó á veces con una severidad tal, que se asemeja mas á injusticia. Fue comisionado en 1515 para felicitar á Leon X á su entrada en Florencia. El Papa quedó muy admirado de la fraseologia pataviniana del orador, del adorno de sus locuciones, de la gracia y cadencia de las mismas, y del noble y airoso porte de su persona.

Guichardin fue nombrado abogado consistorial al dia siguiente de su presentacion á Leon X. Desde este dia fue el favorito del Pontifice, quien, á su vuelta á Roma, le nombró gobernador de Módena y de Reggio. Se le ha colocado entre los historiadores antiguos, y es seguro que su nombre vivirá en la posteridad. Tiene un alma de fuego; es dramático, y describe admirablemente un campo de batalla. Lástima es que se conozca, al leer sus escritos, al rector del Jardin de Rucellay, donde se complacia en platicar con Valeriano, Machiavelo, Calcagnini, y que su locucion sea un poco exuberante y monotona, como el ruido de los árboles, bajo los cuales iba á buscar sus inspiraciones.

Pablo Jove, que frecuentaba tambien en Florencia el Elíseo de Rucellay, concibió el proyecto de escribir la historia de su tiempo. Puso manos á la obra. Cuando acabó algunos fragmentos, se dirige á Roma, y pide una audiencia al Papa. Al dia siguiente fue introducido en el Vaticano. El Papa se hallaba rodeado de Cardenales. Pablo empieza la lectura de su obra histórica, y Leon le da el título de Tito-Livio italiano, el cual no ha confirmado la posteridad: le nombra caballero, y le señala una gran pension sobre el Tesoro. Poco despues Adriano VI le nombra canónigo de Como; Clemente VII le aloja en el Vaticano, le concede muchos criados, cual si fuese un principe, y, por último, le confiere el obispado de Nocera.

Todo esto era muy halagüeño para cualquiera; pero no para Pablo Jove, el cual se dice murió de dolor porque Pablo III no quiso concederle el capelo de Cardenal.

La cabeza de Valeriano Bolzani puede decirse que era una enciclopedia; era teólogo, jurisconsulto, profesor de elocuencia, arqueólogo, y el émulo de Horacio, como le llama Arsilli en su poema. La miseria le obliga á servir á un caballero veneciano; sus primeros maestros fueron Juan Lascaris y Marco-Antonio Sabellico. A los veinte años abandona su patria, que habia sido invadida por las tropas imperiales, y busca una ciudad donde poder entregarse tranquilamente á sus estudios. Roma se presenta á su imaginacion: su primer protector fue un Cardenal, y su amigo y cortesano Leon X. Mientras que este Príncipe hacia escavar la tierra de Roma, Valeriano, iniciado en las lenguas orientales, se consagraba al Egipto, á aquel misterioso suelo, desconocido aun de todos, sirviéndole algunos obeliscos recientemente descubiertos de libro, donde se ensayaba en leer el alfabeto del pueblo mas antiguo de la tierra.

Existe otro sabio, que ha celebrado en latin y en griego la generosidad de Leon X, el cual, no solo leia en la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lengua nativa á Homero, sino que tambien á Isaías y á los Profetas; un apasionado admirador de Santo Tomás, de San Agustin y de los Padres, cuyos escritos habia estudiado: este hombre era Calcagnini, aquel que cumplimentó á Erasmo á su paso á Ferrara, en un estilo «tan puro, tan flúido, que el filósofo permaneció mudo, sin saber qué responder.» Lutero le tuvo por adversario. El reformador le trató como lo habia hecho con Prierias y Eck; es decir, que le consideró como un monge craso y hasta idiota. Erasmo era mas justo. Cuando recibió el manuscrito de Calcagnini, *De Libero Arbitrio*, en que combatia con gran lógica la doctrina luterana sobre la predestinacion, se admiró de tal modo, «que lo hubiera mandado imprimir para gloria de vuestro nombre, decia al autor, á no ser por un maldito párrafo, en que aparentais creer que me complazco en las discusiones religiosas, encadenada la lengua y atadas las manos en presencia del jabalí que devasta la viña del Señor.»

Italia en el siglo XVI era una verdadera tierra de promision, que todas las inteligencias pedian ver antes de volver á Dios. En aquella época los Alpes se deprimian, no ya ante un nuevo Anibal, sino bajo la planta de algunos hombres oscuros, que iban á estudiar el movimiento intelectual, á interrogar á las ruinas ó manuscritos recientemente hallados, á admirar ante las pinturas de Giotto, á penetrar en una de las cúpulas construidas por Arnolfo ó por Brunelesco, á buscar inspiraciones ante las maravillas que presentaba cada ciudad, á escuchar el canto de los poetas, cuando enmudecia la lira por todas partes. Todo despertaba allí á la vez: artistas, filósofos, la grandeza, el monarca y el pueblo. Mientras Italia se apasionaba por las tésis teológicas, en Florencia el pueblo, con la cabeza descubierta, con ramas de olivo en la mano, acompañaba en procesion á una Virgen de Cimabüe, que se acababa de encontrar: en Ferrara algunos ganapanes repe-

tian las estrofas de Orlando, y en los Apeninos doblaban la cerviz los salteadores, en señal de respeto, ante el Ariosto.

Cuando Alemania daba la señal de la rebeldía del sentido íntimo, Bandinelli creaba el grupo del altar mayor de la iglesia de Santa María de la Flor; Angel Politien y Juan Pico de la Mirandola descendian en triunfo de sus sepulcros de la iglesia de San Márcos, y Buonarotti creaba la estatua colosal de David; Venecia, Ferrara, Milan, Bolonia, Parma, Rávena, Florencia y Roma, cada ciudad italiana se convertia en un foco artístico de luces y de ciencias, que iba á envolver en su trama de fuego al mundo entero.

Entonces no se observaban las acogidas de los Médicis, que llegaron al supremo poder por medio del comercio, banqueros de Europa, protectores de las letras. Las que daba Leon X en el Vaticano borraron el esplendor de las cortes mas brillantes. ¡Jamás se habian reunido en el palacio de un príncipe inteligencias mas sobresalientes! Vais á juzgarlo. Ahí teneis á Luis Ariosto, que acaba de llegar á Roma de Ferrara, para dar las gracias al Papa por la excomunion que ha pronunciado contra todo el que pretenda reimprimir las obras del poeta sin su consentimiento: Bula noble, lanzada contra la codicia de algunos pícaros que habian establecido un verdadero crucero para apoderarse y vender cuántos versos componia el cantor de Reinaldo. Leon se exalta por el Orlando, del que le agrada recitar algunas estrofas, con aquella voz tan dulce, que penetra hasta el alma. Podeis ver despues al Obispo de Fossombronne, Pablo de Midleburgo, que viene á ofrecer á Su Santidad el tratado *De recta Paschæ celebratione*, del que pudiera decirse que habia sido escrito por algun sabio benedictino un siglo despues; Basilio Lapi, discípulo de Vespuccio, que desea dedicarle su libro *De ætatum computatione et dierum anticipatione*, porque Leon se ocu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pa de la correccion del calendario, y ha escrito á los Padres del Concilio de Letran, á los sabios de Italia, que le dirijan el resultado de sus trabajos acerca de esta reforma tan deseada, que no puede cumplirse sino bajo el reinado de Gregorio XIII. Anúnciase tambiem Celio Calcagnini, de Ferrara, que enseñó, á pesar del testo aparente de la Biblia, y mucho antes que Copérnico, la rotacion de la tierra; y una multitud de infelices religiosos de la órden de Santo Domingo, que llegan á deponer á los pies del Padre comun de los fieles sus amargas quejas acerca de los padecimientos que los conquistadores del Nuevo-Mundo hacen sufrir á los indios, que cercan, aprisionan y venden como esclavos. El Papa, en nombre del Evangelio y de la naturaleza, ha desterrado este vergonzoso tráfico. En las solemnidades se confunden todas las categorias, y la vestidura blanca de un dominico roza al pasar el traje de púrpura de Castiglione, que era el mas cumplido cortesano de su siglo, el hombre de los palacios y de las cortes.

Este es el autor del *Libro del Cortesano*, obra moralista, menos fútil que lo que indica su título, y en el que puede estudiarse, á falta de verdadero teatro, la parte cómica de la sociedad italiana en el siglo XVI. Al lado de este escritor, de tan rica y hermosa vestidura, observad esa especie de enano, que procura aumentar su talla poniéndose de puntillas, y el cual suelta una carcajada satánica á la vista de las oleadas de cortesanos que rodean á Leon X: este es Aretin, que lleva el título de *Divino*, de *Azote de los principios*, y que se le conoce casi como el hombre de la sátira y de la ironía (1); Aretin, quien, segun cuenta Bandello, manejaba el estoque y la maza tan bien como el tro-

(1) A pesar de la magnificencia de Leon X, su corazon era tan puro, que le hubiera causado horror solamente pensar en gratificar á Aretin, si este Pontifice hubiese sospechado el monstruoso abuso que el poeta debia hacer mas tarde de su talento.

vador maneja la espada, y cuyas espaldas, verdadero mapa náutico, contenian las señales de sus numerosos enemigos. Arrojado de Arezzo, su patria, por algunos sonetos que habia compuesto, llegó á Roma casi desnudo. Leon X le vistió, le alojó, y le ofreció ricos presentes. Cierto dia, entre otros, le dió una suma, que podria ofrecerse á un príncipe, no haciendo esto para comprar su silencio, porque Aretin calumnió á su protector, sino para que tuviese conocimiento del singular talento de este hombre, y pudiese publicar algun dia su fama. Despues de seguir á Aretin, ya vereis que, despues de haber besado la mano al Papa, baja la escalera del Vaticano, y se vuelve á su morada. Habita en la plaza del Pueblo. El es quien, en estilo completamente hiperbólico, va á pintaros su interior. Dice así:

«Esto es morirse de fastidio; los grandes señores me calientan la cabeza con sus visitas; mi escalera está ya desgastada por los pasos de los cortesanos, como las vias del Capitolio por las ruedas de los carros de triunfo. ¡No! Nunca ha visto Roma en sus calles esta confusion de naciones que se presentan en mis habitaciones. Se ven en ellas turcos, judíos, indios, franceses, alemanes é italianos. Dejo á vuestra penetracion si faltarán á esta cita los españoles; tampoco os hablaré del pueblo. Creedlo; me es imposible pasar un minuto sin que tenga que estrechar entre mis brazos á soldados, estudiantes, hermanos y sacerdotes. Me he convertido en oráculo de la verdad: uno viene á contarme lo que se ve obligado á sufrir de un príncipe; otro las fechorías de un Prelado: soy el secretario universal; no olvideis ponerme este título cuando me escribais.»

Preséntase tambien otro Aretin, el que ha celebrado al Ariosto; el hijo de Benito Accolti, autor de una *Historia de las Cruzadas*, que se lee todavía en Italia: hermano de Pedro Accolti, que redactó la Bula de excomunion contra Lutero, aquel magnífico trabajo de latinidad. Bernardo Accolti es poeta. Roma se volvia loca con sus versos; llamábale

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el *Celeste*. Cuando iba á cantar, las tiendas se cerraban, y los jornaleros de todas clases marchaban á oirle. Caminaba entre una hilera de soldados suizos que Leon le habia dado en prueba de admiracion, y alumbraban al auditorio con hachas. Cuando se pronunció el nombre de Accolti por el introductor del Vaticano, el Santo Padre se levantó. «Abrid las puertas, dijo, y que entre el pueblo.» Este se precipitó en el palacio del Papa. Accolti recitó un terceto en honor de la Vírgen: todas las almas se conmovieron, y se gritó: «¡Viva el divino poeta! ¡Viva el celeste Accolti!»

¡Mas aguardad! De repente toda aquella turba de cortesanos que rodea á Accolti, que le pregunta con la voz y con la mirada, torna á conmoverse de nuevo, y presta otra vez su atencion. Se percibe algun ruido por fuera; en la escalera del Vaticano suenan pisadas: el Papa se sonrie en señal de inteligencia. El que llega es Rafael: Rafael tal como habreis debido verle en el cuadro de Horacio Vernet; Rafael ya gran señor, mas aun que Chigi, y ante el cual se inclinan los guardias del palacio pontifical, y que se presenta rodeado de un cortejo de pajes, en la flor de la juventud y de la belleza. A su vista se forma una doble hilera; una de sus partes se compone de Cardenales y de nobles romanos; la otra de teólogos y de sabios, por entre las cuales se adelanta el artista con la gracia que todos conoceis. Dobla la rodilla, y besa el anillo del Pescador. No han trascurrido aun seis meses desde que el Papa, queriendo adornar las paredes del Vaticano con tapicerías al uso de las que Flándes ejecuta con tanto primor, ha dicho á su artista que le dibuje asuntos propios á las inspiraciones del artista. Este dia ha llegado. Rafael trae doce cartones, en los que ha representado las escenas principales de los actos de los Apóstoles: cada uno de estos cartones está rodeado de una orladura en claro-oscuro, en que el pintor ha colocado algunos pasajes de la vida de Leon X. A la vista de estos maravillosos trazos, en que Rafael, para agradar á su protector, gastó todo su genio é imaginacion, hubo entre los espectadores uno de esos momentos de contemplacion silenciosa, en que parecen suspenderse á la vez la circulacion y la vida: mas poco despues todas las miradas se dirigen sucesivamente de los cartones al pintor, y se oye gritar al Papa: ¡*Divino*! repitiendo la misma esclamacion todos los asistentes, llevados del mayor entusiasmo.

Entre la multitud se observa un hombre con la cabeza calva, que vive de su trabajo y no de inspiracion, y que por un momento fue el émulo de Rafael, siendo tambien al propio tiempo su mejor admirador: aquel hombre es Sebastian del Piombo, que viene á presentar al Papa el boceto dibujado por Miguel Angel, y el cual tiene que revestir Sebastian de aquel colorido cuyo secreto arrebató á alguno de los pintores venecianos.

Hé aquí dos hombres para vencer á Rafael; á saber: Miguel Angel y Sebastian del Piombo; el uno concibiendo el pensamiento, creando el asunto, imaginando el drama; el otro prestándole el colorido; es decir, la vida. Se ha dicho en la historia de la pintura que Buonarotti, cansado de ver tributar á Rafael alabanzas que hasta entonces no se habian rendido mas que á la Divinidad, quiso, ya que su paleta no podia rivalizar con la del jóven pintor, recurrir á Sebastian del Piombo, que era el rival y acaso el maestro de Rafael en el arte de colorido. La resurreccion de Lázaro, obra de dos maestros, era el guante arrojado al favorito de Leon X. Rafael tuvo suficiente valor para luchar con tales hombres: tomó su pincel, y se encerró en su habitacion durante algunas semanas, renunciando al Vaticano, al Papa, á sus amigos, para trabajar en su obra. Pronto llegó el dia de juzgar las dos composiciones; pero á la vista de la Transfiguracion, Roma lanzó un grito desorpresa y de admiracion, y repitió con Mengo: «Hé ahí el tipo del bello ideal, el parangon del arte, la maravilla de la pintura, el esfuerzo mas sublime del genio del hombre.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sebastian del Piombo se confesó vencido; pero ¡qué derrota!

Largo tiempo la Francia, á la cual el Cardenal de Médicis habia regalado el cuadro de Sebastian, creyó que poseia la obra maestra de la pintura. La victoria no nos habia puesto aun delante de la página capital de las obras de Rafael.

Ahora bien; decidnos: ¿qué os parece de estas grandes recepciones papales? ¿Dónde hallareis en los tiempos modernos salones en que la epopeya, la historia, la pintura, la escultura, la gramática, la elocuencia, la teología, todas las artes libres, y hasta la misma música, posean sus representantes? Juan María, israelita, durante la comida del Papa, tocaba la lira, y Leon X le recompensaba generosamente.

Terminemos este pálido bosquejo del reinado de Leon X. Los que deseen conocer sus maravillas, les dirigimos á Paul Jove y á Villiam Roscöe, que son los que las han descrito. ¡Honor, sobre todo, al historiador inglés, que demostró su gratitud hácia la memoria de los Médicis!

Su libro, á pesar de algunas faltas inseparables de un trabajo en donde se descubre aun un pensamiento de sectario, es un hermoso don en honor del restaurador de las letras, una noble página en la vida del escritor inglés. Despues de referir estensamente la historia de este Pontífice, que nos presenta bajo la aureola que le habian formado los artistas, Pablo Jove nos le pinta huyendo del ruido y pompa del Vaticano, de las fiestas de Roma y de la embriaguez producida por el incienso que se quemaba por él en Italia, de los regocijos así como de la esclavitud del papado, y sin decir nada, marchando repentinamente como fugitivo para ir á visitar á su ciudad de Migliana. Cuando se aproxima, las campanas de la pobre aldea empiezan á repicar, le salen al encuentro los aldeanos, cubren el trán-

sito con hojas, detienen la litera del Papa, y se dirigen á ofrecerle flores. Leon baja de su silla, les da la mano, les hace mil preguntas, besa los blancos cabellos de los ancianos, acaricia á los niños, dota á las doncellas, y paga las deudas de los indigentes; porque considera como el deber de un príncipe aliviar la miseria, y despedir con alegría interior y esterior á todo el que se acerque á él.

Leon X murió el 1.° de diciembre de 1521. Algunos dias antes de espirar remitió al cura de Einsiedeln, á Zuinglio, el diploma de capellan acólito de la Santa Sede, y demostraciones de su munificencia á Reuchlin, cuya obra habia sido condenada al fuego por algunos de sus pasajes en las Universidades de Paris y de Colonia, y el cual se refugió, por último, en Roma. Esto era concluir como habia empezado.

Poco tiempo despues se vió una barquilla, que dejaba con gran sigilo á la ciudad de Basilea: el que la conducia saludaba á la ingrata ciudad, que le desterraba, en versos latinos, que brotaban de sus labios cuando su corazon se hallaba oprimido por el pesar: «¡Adios, Basilea; tú que fuiste para mí por tanto tiempo tan hospitalaria y tan tierna! ¡Adios, te repito desde esta barca que me va á alejar para siempre de ti! ¡Goza de todas las felicidades á la vez, y ojalá no tengas nunca un huésped mas incómodo que yo!»

El que cantaba de este modo era Erasmo, á quien el intolerante protestantismo arrojaba de Basilea, siendo á él á quien debia gran parte de su gloria.

Ya conocemos á Leon X. Que se nos diga ahora quién, entre el Papa y Lutero, era el que servia de obstáculo para la paz de la Iglesia. Figurémonos á Julio II en el puesto de Juan de Médicis: en este caso el Pontificado seria inflexible; hubiera desoido la palabra del innovador, y tal vez le hubiera impuesto silencio sin escucharla. Pero ¿no parece que la Providencia colocó en el trono un Prela-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do como Leon X, «un cordero en medio de lobos, un Daniel en la cueva de los leones, un Ecequiel entre los escorpiones,» cuyas costumbres son tan puras, que el soplo de la calumnia no intentó siquiera empañar, con la mira de que la resistencia no tuviese ningun pretesto para justificarse á los ojos de los hombres? Y, con todo eso, no se han hallado almas, Hutten, por ejemplo, que, despues que Lutero hablase alto al Antecristo, han repetido: «¡Antecristo! ¡Leon X el Antecristo! ¿No es esto sobrada locura?» La Providencia, que velaba sobre su obra, quiso tambien que este Papa, ángel de dulzura, fuese asimismo un ángel de luz, á fin de que la Reforma no pudiese acusarle de aborrecer ó de perseguir los dones de Dios; y sin embargo, y á pesar de esto, ¿no ha dicho ella misma que, sin Lutero, el mundo gemiria aun bajo las tinieblas?

Comprenderiamos á la Reforma si acusase á Leon X de haber mostrado un amor demasiado vivo por la antigüedad pagana.

CAPITULO XIII.

LUTERO EN WORMS.—1521.

Disposiciones de Lutero antes de su salida para Worms.—Su folleto á la nobleza alemana.—Marcha á Worms.—Su canto *Ein'feste Burg*.—Su visita al cementerio de Erfurt.—Su sermon en la iglesia de esta ciudad.—Su entrada en Worms.—Comparece ante la Dieta.—Vanos esfuerzos del Arzobispo de Tréveris y del canciller Veh para atraer á Lutero.—Fisionomía del drama.—*Elenchus*, ó compendio de la simbólica de Lutero á la Dieta.—Exámen de los debates religiosos de Worms.—Necesidad de una autoridad.

El elector de Sajonia protegia á Lutero. Obtuvo del monge que compareciese antes de su partida en Worms, que era el punto de reunion de la Dieta.

Gaspar Sturm d'Oppenheim salió de Worms con un salvo-conducto para Lutero, á quien entregó cartas del elector Federico, de su hermano Juan y del duque Jorge, que le decian obedeciese al Emperador, y se fiase de la palabra que este le habia dado, y de la cual salian ellos garantes. Jorge Spalatino le escribia al mismo tiempo, y le pedia concurriese inmediatamente á la Dieta, indicándole tambien los artículos de que podia retractarse para bien de la paz y de las conciencias.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do como Leon X, «un cordero en medio de lobos, un Daniel en la cueva de los leones, un Ecequiel entre los escorpiones,» cuyas costumbres son tan puras, que el soplo de la calumnia no intentó siquiera empañar, con la mira de que la resistencia no tuviese ningun pretesto para justificarse á los ojos de los hombres? Y, con todo eso, no se han hallado almas, Hutten, por ejemplo, que, despues que Lutero hablase alto al Antecristo, han repetido: «¡Antecristo! ¡Leon X el Antecristo! ¿No es esto sobrada locura?» La Providencia, que velaba sobre su obra, quiso tambien que este Papa, ángel de dulzura, fuese asimismo un ángel de luz, á fin de que la Reforma no pudiese acusarle de aborrecer ó de perseguir los dones de Dios; y sin embargo, y á pesar de esto, ¿no ha dicho ella misma que, sin Lutero, el mundo gemiria aun bajo las tinieblas?

Comprenderiamos á la Reforma si acusase á Leon X de haber mostrado un amor demasiado vivo por la antigüedad pagana.

CAPITULO XIII.

LUTERO EN WORMS.—1521.

Disposiciones de Lutero antes de su salida para Worms.—Su folleto á la nobleza alemana.—Marcha á Worms.—Su canto *Ein'feste Burg*.—Su visita al cementerio de Erfurt.—Su sermon en la iglesia de esta ciudad.—Su entrada en Worms.—Comparece ante la Dieta.—Vanos esfuerzos del Arzobispo de Tréveris y del canciller Veh para atraer á Lutero.—Fisionomía del drama.—*Elenchus*, ó compendio de la simbólica de Lutero á la Dieta.—Exámen de los debates religiosos de Worms.—Necesidad de una autoridad.

El elector de Sajonia protegia á Lutero. Obtuvo del monge que compareciese antes de su partida en Worms, que era el punto de reunion de la Dieta.

Gaspar Sturm d'Oppenheim salió de Worms con un salvo-conducto para Lutero, á quien entregó cartas del elector Federico, de su hermano Juan y del duque Jorge, que le decian obedeciese al Emperador, y se fiase de la palabra que este le habia dado, y de la cual salian ellos garantes. Jorge Spalatino le escribia al mismo tiempo, y le pedia concurriese inmediatamente á la Dieta, indicándole tambien los artículos de que podia retractarse para bien de la paz y de las conciencias.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Veamos, pues, cuáles eran las disposiciones de Lutero:

«No, mi querido Spalatino; no quiero retractarme. Contestaré al Emperador que si me llama para cantar la palinodia, no asistiré.

»No tengo necesidad de ir á Worms para retractarme; si tuviese intencion de hacerlo, lo podria hacer muy bien desde aquí. Mas si insiste el Emperador, y si esta respuesta me atrae su enemistad, iré. No huiré, no abandonaré la causa ó la palabra de Cristo.

»Comprendo que esos furibundos no estarán tranquilos hasta que me maten. Haré lo posible porque recaiga la culpa de mi muerte sobre los papistas... Si voy á Worms, me retractaré de este modo; diré: «Hasta aquí he sostenido »que el Papa es el Vicario de Cristo; me retracto, y decla»ro hoy que el Papa es el Vicario del diablo.»

Al recibir el mensaje imperial, demostró una firmeza de resolucion que no habia manifestado hasta entonces, y respondió á Spalatino, que le recordaba la suerte de Juan Huss: «Iré á Worms, aunque halle allí tantos diablos como tejas existen en los tejados de Wittemberg.»

Lutero, que en otro tiempo se puso en camino hácia Augsburgo con una sotana prestada, un baston y mendigando, gozaba en esta época de tanto poder como el Emperador Cárlos V. Aguardábanle con una ansiedad inesplicable; todos los corazones latian con mas violencia á su aproximacion á la ciudad. Dejó á Wittemberg en los primeros dias de abril, conduciéndole un carro cubierto de tela que le prestó el Senado. Llevaba en su compañía al doctor en derecho Schurf, á Justo Jonás, preboste, al teólogo Amsdorf, y á Pedro Suaren, los cuales debian servirle de consejeros y abogados. Sturm le precedia á caballo, llevando las insignias de los heraldos de armas. La poblacion, que sabia de antemano su llegada, salió á recibirle. Algunos espectadores se descubrian en señal de

respeto; otros se aproximaban para estrechar su mano. Lutero cantaba aquel himno, cuya letra y música eran de su composicion, y á cuya cancion llama con razon M. Heine la *Marsellesa* de la Reforma:

Es una ciudadela fuerte, que nuestro Dios,
Un buen acero, una buena armadura, etc.

Acercándose Lutero á Erfurt, saltó su corazon de alegría al contemplar el convento de agustinos, donde pocos años antes habia tomado el hábito de monge. Bajó allí del carro. Era el 6 de abril, víspera del primer domingo de Pascua. La noche se acercaba; una crucecita de madera colocada sobre la tumba de un hermano á quien habia conocido en otro tiempo, y el cual habia muerto en el seno del Señor, vino á herir su imaginacion. Hízosela reparar á su guia, diciéndole: «Ved, pues, padre mio: descansa ahí, y yo...» Y sus ojos se elevaron al cielo. Antes de acostarse fue á sentarse sobre aquella piedra, entregándose á la meditacion mas de una hora. Amsdorf tuvo que advertirle que la campana del convento habia tocado á silencio. Pidió permiso al superior, y lo obtuvo, para predicar á la mañana siguiente. Este acto era desobedecer las órdenes del Emperador. Sturm cerró los ojos, porque amaba ya mas á su compañero de viaje que á sus doctrinas. Lutero, que habia logrado ya atraerle á la Reforma, justificó esta infraccion al mensaje del soberano, diciendo que valia mas obedecer á Dios que á los hombres.

Al siguiente dia la pequeña iglesia de Erfurt estaba completamente llena antes de la hora de los oficios. Todos deseaban oir al hombre que tanto ruido hacia, y que sabia conmover los imperios desde su celda. A la mitad del discurso del orador, y repentinamente, una parte de la fachada se desplomó con gran estruendo: el terror se esparció entre los oyentes, que huian tumultuosamente, rompien-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do hasta los vidrios para escapar á una muerte que creian inminente. Lutero permaneció sin moverse de su puesto. Hizo una señal, que comprendió la multitud, deteniéndose para recoger sus últimas palabras. «¿No veis, dijo sonriendo el orador, el dedo del demonio que trata de impediros oir la palabra de Dios, que yo os anuncio? Quedaos: Cristo está con nosotros.» Y al punto, dice Daniel Graser, la multitud se detuvo, acercándose al púlpito para escuchar al orador.

En aquella época Erfurt contaba con un gran número de monges, que el predicador, añade el mismo historiador protestante, *azotó* con bastante fuerza.

Algunas semanas despues de la partida de Lutero, el populacho se encaminó ebrio de furor á la morada de los canónigos, rompiendo todo lo que hallaban á la mano, los libros, las imágenes, los cuadros, los muebles, los colchones, arrojando al aire la pluma de que se componian, la cual caia formando una densa nube, que robaba la luz del dia. ¡Presagio funesto de otros muchos desórdenes que Lutero debia suscitar bien pronto!

Cerca de Oppenheim, Martin Bucer se presentó á Lutero. Venia de parte de Franz de Sickingen, y en nombre del Emperador, segun decia, para conducir al monge al castillo de Ebernburgo. Como no tenia ningun rescripto que probase su mision, Sturm, volviéndose hácia Lutero, le dijo:

—Maestro, á Worms es adonde tengo órden de conduciros.

—*Amen.*

Y dirigiéndose á Bucer, al que le cogió la mano:

—Gracias, dijo Lutero: el Emperador me manda á Worms: iré.

La mision de Bucer era efectiva. En Ebernburgo debia hallarse el franciscano Glapion, confesor de Cárlos V, que conferenciaria con Lutero y le prometeria la proteccion

del Emperador, con la sóla condicion de retractarse de algunas doctrinas enseñadas en la cautividad de la Iglesia en Babilonia. Lutero se hubiera negado á ello.

Detuviéronse en Oppenheim para descansar un poco. Fácil le hubiera sido á Lutero el escaparse, puesto que Sturm le dejaba en plena libertad. Sus compañeros, cuyos corazones se helaban de terror, le aconsejaban la fuga.

—¿Huir? repetia Lutero. ¡Oh! No, iré, entraré en la ciudad en nombre de Jesucristo, aunque haya mas diablos que tejas en los tejados.

El 16 de abril hizo su entrada en Worms, en medio de los cánticos sagrados, al ruido de los pasos y de las voces de muchos millares de espectadores, entre los cuales se hallaban muchos de los que habian abrazado sus opiniones, y que llegaban para contemplar al que sus discípulos llamaban el profeta, el apóstol del nuevo evangelio, y cuyo nombre vagaba por todos los labios. Se apeó en la casa de los caballeros de Rodas, al lado de la fonda del Cisne, donde habitaba el elector Palatino.

Al dia siguiente de su llegada, el noble maestre de caballería, general del imperio, Ulrico de Pappenheim, fue á verle, precedido del heraldo de armas Sturm, para intimarle la órden, en nombre del Emperador, de presentarse á las cuatro de la tarde á presencia de S. M., Príncipes electores, generales y jefes de las Ordenes del imperio. Lutero contestó:

—Cúmplase la voluntad de Dios: obedeceré.

A la hora marcada volvió Ulrico de Pappenheim, precedido de Sturm. Con objeto de que la multitud, repartida en las calles, y sobre todo á los alrededores del palacio Imperial, no molestase al doctor, se tuvo la precaucion de introducirle por puertas escusadas, haciéndole atravesar los jardines. Costó gran trabajo el contener á las oleadas del pueblo, que se precipitaba por todas las avenidas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para ver al doctor: los tejados de las casas se hallaban llenos de gente.

Nunca se ha visto Dieta mas numerosa: Cárlos V ocupaba su asiento, rodeado de siete electores, veinte y cuatro duques, ocho margraves, treinta Obispos, y un considerable número de diputados de las ciudades del imperio. El monge se inclinó confuso y lleno de admiracion á la vista de sus jueces. Frundsberg, jefe de guardias de corps, se aproximó á él, y tocándole con su guantelete de hierro, le dijo:

—Mongezuelo, vaya un papel que vas á representar: á fe de caballero, que ni yo ni ningun general le hemos hecho tan grande en los asuntos en que nos hemos hallado; ¡y los habia bien apuestos, á fe mia! ¡Si estás seguro de tí mismo, adelante, muchacho! ¡Adelante, en nombre de Dios!...

—¡Sí, en nombre de Dios, dijo Lutero, irguiendo orgullosamente la cabeza; adelante!

Todas las miradas se hallaban fijas en el doctor. Los diputados se levantaban de sus asientos para contemplar aquella fisonomía impasible, que no se exaltaba, no pareciendo pertenecer á este mundo. Hubo un mómento en que cada cuál quiso comunicar sus impresiones al que se hallaba á su lado; en este momento fue cuando algunas personas se acercaron y murmuraron en voz baja:

—¡Valor, hermano! No temas á los que solo pueden matar el cuerpo, sino mas bien al que puede perder en la vida eterna el cuerpo y el alma.

Otro dijo mas alto:

—Cuando te halles ante los Reyes, no pienses en lo que debas decir, porque el Señor te inspirará.

Lutero se volvió al oir estas palabras, y su mirada de fuego dió á demostrar que habia comprendido.

Entonces Juan Eck, no el teólogo de Ingolstadt, sino el oficial del Arzobispo de Tréveris, se levantó, y empezó en es-

ta forma el interrogatorio de Lutero, primero en latin, y despues en aleman:

—Martin Lutero: S. S. é I. M., segun el dictámen de las Órdenes del imperio, os llama á su presencia, á fin de que respondais á las dos preguntas que voy á dirigiros: ¿Os reconoceis el autor de los escritos publicados bajo vuestro nombre, y que os presento aquí, y consentis en retractar algunas de las doctrinas que en ellos se hallan comprendidas?

Iba á responder Lutero, cuando Gerónimo de Schurf, ayudante de Lutero, pidió que se leyesen los títulos de las obras.

El oficial los tomó uno á uno, recitando los diversos títulos: consistian en unos comentarios sobre los salmos, el tratado *De bonis operibus*, y la esplicacion sobre la oracion dominical.

Lutero se levantó.

—S. M., dijo, hace que se me dirijan dos preguntas: primera, si reconozco como mios los libros que llevan mi nombre, y segunda, si quiero retractar las doctrinas vertidas en ellos. No puedo negar que son obras mias los libros cuyos títulos acaban de leerse; nunca negaré haberlos escrito. En cuanto á la pregunta de si consiento ó no retractar las doctrinas que comprenden, cuestion de fe en la que mi salvacion eterna y la libre espresion de la palabra divina se hallan interesadas, aquella palabra que no conoce superior ni sobre la tierra ni en los cielos, y á la que debemos adorar por cuanto somos, considero temerario y peligroso para mi el responder al momento, antes de meditar en silencio, por temor de faltar á la sentencia de Jesucristo: «El que me niegue ante los hombres, yo le negaré ante mi Padre, que está en los cielos.» Suplico, pues, á S. S. M. me conceda el tiempo necesario para responder con todo conocimiento de causa, y sin temor de blasfemar de la palabra de Dios, ni esponer la salvacion de mi alma.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al oir tales palabras, se levantó un ligero murmullo entre los concurrentes, habiendo algunos que creyeron fuesen inspiradas por el Espíritu-Santo. Maimbourg tiene razon al decir que esta respuesta no respiraba el genio profético de que Lutero se vanagloriaba de hallarse iluminado, al escribir á Spalatino: «Siento á Dios, el Espíritu-Santo me posee y me impulsa;» porque implicaba necesariamente la eventualidad de una retractacion de los dogmas que habia anunciado. El Emperador mismo, al ver vacilar á Lutero, dijo:

—Este hombre no me volverá hereje.

Los jefes de las Ordenes deliberaron un momento, y el oficial se levantó de nuevo.

—Martin Lutero, dijo: á pesar de que conoceis hace algun tiempo el mensaje del Emperador y el objeto de vuestra comparecencia ante la Dieta, y que, por consiguiente, deberia negaros esa próroga, sin embargo, la insigne clemencia del soberano tiene á bien concederos un dia para preparar vuestra respuesta. Comparecereis, pues, en este sitio mañana á la misma hora, bajo condicion que espondreis vuestras respuestas de viva voz, y no por escrito.

Lutero volvió al dia siguiente á la misma hora que la víspera; pero tuvo que aguardar, en medio de un inmenso gentío, á que las Ordenes abriesen la sesion, pues se hallaban deliberando en aquel momento.

Se hizo entrar al doctor, y el oficial tomó la palabra en estos términos:

—Martin Lutero: ayer reconocisteis como vuestros los libros impresos bajo vuestro nombre. ¿Os retractais ó no de estos libros? Tal fue la pregunta que se os dirigió, y que evadísteis, bajo pretesto que la pregunta que os haciamos era una cuestion de fe, y que teníais necesidad de reflexionar para responder á ella, á pesar de que un teólogo como vos sabe perfectamente que todo cristiano debe hallarse siempre dispuesto á responder de sus creencias. Por consiguiente, esplicaos. ¿Pretendeis defender todas vuestras obras, ó bien retractaros de algunas?

Lutero contestó:

—Serenísimo Emperador, Príncipes del imperio: á las dos preguntas que se me dirigieron ayer, si reconocia como mios los libros publicados bajo mi nombre, y si perseveraba en defenderlos, dije: *Persisto;* y persistiré hasta la muerte en esta respuesta. Sí, estos son mis libros, los libros que yo he publicado, ó que han publicado en nombre mio; los reconozco, lo confieso, lo confesaré siempre, en tanto que la maldad, la picardía ó una falsa sabiduría no vengan á introducir en ellos alguna alteracion: reconozco que lo que ha escrito mi mano lo ha madurado mi pensamiento.

Antes de responder á la segunda pregunta, suplico á V. M. y á las Ordenes del imperio consideren que mis libros no tratan todos de la misma materia. Los hay didácticos, destinados á la edificacion de los fieles, al adelanto de la piedad, á la mejora de las costumbres, y que la Bula, al reconocer la inocencia de estos tratados, no los ha condenado. Si me retractase de ellos, ¿qué es lo que haria? Proscribir una enseñanza que todo cristiano admite, marchando de este modo contra la voz universal de los fieles.

Hay otro género de escritos en que ataco al Pontificado, las creencias de los papistas, como monstruosidades, como la ruina de las buenas doctrinas y la condenacion del cuerpo y del alma. ¡Ah! No puedo negarlo, y nadie tanto como yo: tan alto hablan los gritos y testimonios de la conciencia: las decretales de los Papas han introducido el desórden en el cristianismo; sorprendida, aprisionada, torturada la buena fe de los fieles, y devorada como una presa esta noble Germania, que no ha cesado de protestar contra las falaces doctrinas, contrarias al Evangelio y al sentimiento de los Padres.

Si renegase de mis escritos, prestaria nueva audacia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y fuerza á la tiranía romana ; abriria al torrente de la impiedad un dique por donde se desbordaria en el mundo cristiano. Mi palinodia no hubiera servido en este caso sino para estender y acrecentar el reinado de la iniquidad, sobre todo cuando se supiese que era por órden de S. M. y de los Sermos. Príncipes por quienes habia hecho mi retractacion...

El orador del imperio se levantó entonces, y dijo que Lutero no habia respondido á la pregunta ; que no se trataba de discutir máximas ya condenadas por los Concilios; que solamente pedia una respuesta sencilla, y no ambigua: si queria ó no retractarse.

Lutero replicó:

—Puesto que S. S. M. y vuestras jerarquias piden una respuesta sencilla, la daré: no será ambigua; héla aqui: A menos que no se me convenza de error por el testimonio de la Escritura ó de la evidencia (porque no creo en la sola autoridad del Papa ni de los Concilios, que tantas veces han errado y se han contradicho, y no reconozco mas maestro que la Biblia y la palabra de Dios), no puedo ni quiero retractarme, porque no está en la mano de uno obrar contra su propia conciencia. Tal es mi profesion de fe. No espereis otra cosa de mi. Que Dios me ayude. *Amen*.

Las Ordenes se retiraron para deliberar; despues, tomando la palabra el oficial, se espresó de este modo:

—Martin Lutero, acabais de hablar con un tono que no sienta bien en un hombre como vos, y no habeis respondido á la pregunta. Sin duda alguna que habeis compuesto algunos escritos que no pueden dar motivo á censura. Si os hubiérais retractado de los libros en que se encuentran diseminados vuestros errores, S. M., en su infinita bondad, no permitiria que se persiguiesen aquellos que solo vierten doctrinas puras. Acabais de resucitar dogmas condenados por el Concilio de Constanza, y pretendeis que se

os convenza con la Sagrada Escritura. Pero si todos gozasen de la libertad de poder disputar sobre puntos arreglados, despues de tantos siglos, por la Iglesia y los Concilios, no habria ya doctrinas ni dogmas; nada seguro, nada fijo, sino aquellas creencias que deberian tenerse, bajo pena de la salvacion eterna. Porque hoy, vos que desechais la autoridad del Concilio de Constanza, mañana proscribiriais todos los Concilios, despues á los Padres, á los doctores: entonces no existiria mas autoridad que la palabra individual que invocais en testimonio, y que nosotros invocamos á la vez. Esto es por lo que S. M. pide una respuesta sencilla y precisa, afirmativa ó negativa. ¿Deseais defender como católico vuestros documentos, ó estais pronto á no reconocerlos?

Lutero pidió entonces que no permitiese S. M. que mintiese á su conciencia, encadenada por las Santas Escrituras. Se deseaba una respuesta categórica: ya la habia dado. No podia, por consiguiente, hacer otra cosa que repetir lo que ya habia declarado.

Que si no se le probaba, mediante argumentos irrecusables, que se hallaba en un error, no retrocederia una sola pulgada; que lo enseñado por los Concilios no era artículo de fe; que se habian equivocado y contradicho; que, por lo tanto, su testimonio no podia convencer; que no podia negar lo que se hallaba escrito en los libros inspirados.

El oficial contestó que no llegaria á demostrar que los Concilios habian errado.

El doctor se comprometia á probarlo.

Dos dias despues, los Príncipes electores, los grandes oficiales y las Ordenes del imperio se reunieron de nuevo, y se anunció un mensaje del Emperador. Todas las Ordenes se levantaron en señal de respeto, y el secretario de la Dieta leyó en alta voz el rescripto imperial, que se hallaba concebido en estos términos:

«Nuestros antepasados los Reyes de España, los archi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

duques de Austria, los duques de Borgoña, protectores de la fe católica, han defendido la integridad de su sangre y de su espada, al mismo tiempo que velaron á fin de que se prestase la obediencia debida á los decretos de la Iglesia.

„No perderemos de vista tan bellos ejemplos; marcharemos sobre las huellas de nuestros mayores, y protegeremos, mediante nuestros esfuerzos, la fe que nos legaron como herencia. Y como se ha encontrado un hermano que ha osado atacar la fe y dogmas de la Iglesia y al Jefe del catolicismo, defendiendo con obstinacion los errores en que ha caido, rehusando toda retractacion, hemos juzgado deber oponernos á los progresos de tales desórdenes, aun á costa de nuestra sangre, de nuestros bienes, dignidades y fortuna del imperio, á fin de que la Germania no se manche con el crímen del perjurio. No queremos en lo sucesivo oir á Martin Lutero, cuya obstinacion han reconocido los Principes; y ordenamos que se aleje y retire, en atencion á la palabra que le habiamos dado, sin que pueda predicar ó escitar desórdenes durante su viaje."

No hubo ya mas sesiones públicas; pero las Ordenes quisieron intentar, en interes de la tranquilidad del Estado, vencer la obstinacion de Lutero. Comisionaron algunos miembros de la Dieta que estaban reputados como capaces de conciliar el ánimo del Emperador, que consintió, por fin, en que se ensayasen nuevas vias de arreglo.

El Arzobispo de Tréveris rogó á Lutero que pasase á verle. Lutero se presentó precedido del comisario imperial, y acompañado de sus amigos, que le habian seguido desde Sajonia y Turingia. Se le hizo pasar al despacho del Arzobispo, donde se hallaban tambien Joaquin de Brandeburgo, el conde Jorge, gran maestre de la órden Teutónica, Juan Boeck, de Strasburgo, y el Dr. Peutinger. Veh (Vehus), canciller de Baden, tomó la palabra en nombre de los nobles asistentes, declarando que no se habia llamado á Lutero para entablar una polémica, sino por espíritu de caridad y de aprecio.

Entonces Veh empezó un largo discurso acerca de la obediencia que se debia á la Iglesia y á sus decisiones, á los Concilios y á sus decretos. Sostuvo que la Iglesia, como todo poder, tenia su constitucion, que podia modificarse por el genio de los pueblos que ellas regian, por la diversidad de las costumbres, de los lugares, de las épocas; que estas eran las aparentes contradicciones que Lutero hallaba en el régimen de la Iglesia, las cuales, en su fondo, no probaban mas que el religioso cuidado con que arreglaba la administracion espiritual, y que no interesaban al dogma católico. El dogma era ayer lo que será mañana y hasta la consumacion de los siglos. Llamó la atencion sobre los trastornos que por todas partes escitaban las nuevas máximas.

—Ved, dijo, el libro *De la libertad cristiana*, que enseña, si no á sacudir toda especie de yugo, á erigir en axioma la desobediencia. Ya no estamos en aquel tiempo en que cada hijo de la familia cristiana solo poseia un corazon y un alma; entonces el precepto era único, como la sociedad; la regla era comun y general. Fue despues preciso modificarla, cuando el tiempo á su vez modificó y alteró esta sociedad, sin que hasta ahora la esencia ó el dogma católico haya sufrido ningun golpe. Sé muy bien, Martin, añadió, que muchas de vuestras obras traspiran por todas partes el dulce sentimiento de la piedad; pero se ha juzgado el espíritu general de vuestras obras como se juzga el árbol, no por sus hojas, sino por sus frutos. Las Ordenes del imperio solo tratan de dirigiros en este momento consejos de paz. Han sido establecidas por Dios, como todos los poderes, para velar por la seguridad de un Estado, cuyas doctrinas comprometen la tranquilidad. Resistirse á ellas es resistirse á Dios. Sin duda alguna que vale mas obedecer á Dios que á los hombres; pero ¿creeis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que nosotros somos sordos á su Verbo, y que no hemos meditado?

—Gracias, dijo Lutero, por todas las palabras de paz y caridad.

En seguida empezó á responder á lo que Veh habia dicho tocante á la autoridad de los Concilios; sostuvo que el Concilio de Constanzo habia cometido error al condenar esta proposicion de Juan Huss: *La Iglesia de Cristo es la reunion de los escogidos.*

—Nada de retractacion, añadió con voz fuerte y animada: antes perderé mi sangre y mi vida que pronunciar una palabra de retractacion, porque vale mas obedecer á Dios que á los hombres.

Lutero se disponia á retirarse; se le detuvo, y Veh volvió á empezar su argumentacion y sus instancias, rogándole sometiese sus escritos al juicio de los Príncipes y de las Ordenes del imperio.

El doctor contestó que no queria se creyese que habia declinado el juicio del Emperador y de las Ordenes; pero que la palabra de Dios, sobre la que se apoyaba, era á sus ojos tan clara, que no podia retractarse de ella en tanto que no se presentase en la discusion otra que gozase de tanta luz; que San Pablo habia dicho: «Si un ángel viene del cielo con un nuevo Evangelio, queda escomulgado;» que tuviesen á bien no violentar su conciencia, ligada con los lazos de la Escritura.

—Pero, replicó el marques de Brandeburgo, ¿no habeis dicho que no cederiais sino cuando se os convenciese por medio del testo de la Sagrada Escritura?

—O por razones que gozasen de la evidencia, respondió Lutero.

—¿Luego admitis una razon superior á la palabra de Dios? objetó vivamente Veh. Lutero permaneció en silencio.

Se separaron. El Arzobispo de Tréveris detuvo al monge, y le hizo pasar á otra pieza, donde Gerónimo Schurf y Nicolás Amsdorf le siguieron: allí se encontraban ya Juan Eck y Cochlée, decano de la iglesia de la Santísima Vírgen en Francfort. Eck fue el que tomó la palabra.

—Martin, dijo: no hay ninguna herejía que no haya salido de la interpretacion de las Escrituras: la Biblia es el arsenal en que cada innovador escoge sus argumentos; por medio de testos bíblicos es como Beranger, Pelagio y Arrio sostenian sus doctrinas. Arrio, por ejemplo, halló la negacion de la divinidad de Jesucristo, divinidad que vos admitis, en aquel versículo del Nuevo Testamento: *Joseph non cognovit conjugen suam donec parturit primogenitum;* y decia, como vos, que esta palabra le encadenaba. Cuando los padres del Concilio condenaron esta proposicion de Juan Huss: *La Iglesia de Jesucristo es la comunion de los elegidos*, han condenado una blasfemia; porque la Iglesia, como buena madre, estrecha en sus brazos á todo el que lleva el nombre de cristiano, á todo el que está llamado á gozar de la beatitud celestial...

Lutero y Gerónimo Schurf replicaron; Cochlée se contentó con rogar á Lutero devolviese la paz á la Iglesia con su retractacion. Por fin todos se separaron.

La misma tarde el Arzobispo de Tréveris anunció á Lutero que, por órden del Emperador, el salvo-conducto habia sido prorogado por dos dias mas, citándole al mismo tiempo para el dia siguiente á una nueva conferencia.

Pentinger y el canciller de Baden fueron á buscar á Lutero á su vivienda, volviendo á anudar la conversacion, tomándola donde la dejaron la víspera, esforzándose por conseguir del monge que sometiera sus escritos al juicio del Emperador.

—Sí, respondió Lutero: estoy pronto, con tal que se venga á mi con la Escritura en la mano: de lo contrario, no.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dios ha dicho por el Rey de los Profetas: «No confieis en los príncipes, en los hijos de los hombres, porque en ellos no está la salvacion;» y por medio de Jeremías: «Maldito sea el que deposita su confianza en el hombre.»

Como se le apuraba cada vez mas:

—Todo al juicio de los hombres, dijo, esceptuando la palabra de Dios.

Dejáronle, pues, anunciándole que volverian á la tarde, y que esperaban encontrarle en mejores diposiciones.

Mas fue inútil: Lutero seguia inflexible.

—¿Consentis al menos, dijeron los enviados, en someter al juicio de un Concilio próximo vuestras doctrinas, segun lo habeis escrito hace poco tiempo?

—Pues bien: sí, dijo Lutero; pero con la condicion que se saquen de mis libros los artículos sobre los cuales debe fallar el Concilio, y que su sentencia se desprenda de los libros sagrados.

—En ese caso, si se sigue esta marcha, ¿prometeis callar hasta tanto que el Concilio haya deliberado?

—Sí, contestó Lutero.

En seguida van los delegados á avistarse con el Arzobispo de Tréveris, y le dicen:

—Tened entendido que Lutero ha prometido someterse á la decision del Concilio, y no dogmatizará ya hasta que su causa se haya juzgado.

Satisfecho el Arzobispo, hizo llamar á Lutero, y le preguntó si era cierto lo que le habian dicho.

Lutero le desengañó.

—Pero parece, querido doctor, insistió el Prelado, que no podeis rechazar un medio de conciliacion que vos mismo indicais en vuestra reciente apelacion al futuro Concilio. ¿No acabais de declarar ahora mismo que estais pronto á someter vuestros escritos al juicio del Emperador y de las Ordenes?

—¡Ay! contestó Lutero. ¡Entregarme al juicio de los que han condenado mis libros! Jamás.

—Pues en ese caso, mi querido doctor, decidme el medio de prevenir los trastornos que amenazan á la Iglesia. ¿Qué medios se deben emplear?

—Los mejores son los que cita Gamaliel, segun el testimonio de San Lúcas: «Si es obra del hombre, perecerá; si viene de Dios, no morirá.» Si la obra de Lutero no es una inspiracion del cielo, dentro de tres años nadie se ocupará de ella.

El Arzobispo insistia:

—Veamos, dijo: ¿accedereis si se estraen de vuestros libros algunos artículos, y se someten despues á la decision del Concilio?

—Con tal de que no sean aquellos que el Concilio de Constanza ha condenado ya.

—Tal vez, replicó el Prelado.

—¡Oh, en ese caso, no, no! No quiero, porque estoy seguro que los decretos del Concilio condenaron la verdad; querria mejor perder la cabeza que apostatar la palabra divina, tan clara y tan racional.

—Pues bien, dijo el Arzobispo; puesto que persistis en vuestra resolucion, marchad, que Dios os juzgará.

Pocos instantes despues el oficial de Tréveris condujo á Lutero á la presencia del canciller Maximiliano, á fin de leerle la sentencia imperial.

—Lutero, dijo: puesto que no habeis querido escuchar los consejos de S. M. y de las Ordenes del imperio, ni confesar vuestros errores, toca ahora obrar al César: de órden del Emperador se os conceden veinte dias para regresar á Wittemberg, libre, y bajo la salvaguardia de la palabra del príncipe, con tal de que en vuestro camino no promovais desórden alguno con vuestras palabras ó discursos.

Lutero se inclinó, y dijo:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Cúmplase la voluntad del Señor; bendito sea el nombre de Dios.

Añadió algunas palabras de reconocimiento y de gratitud hácia la persona del Emperador, de sus ministros y las Ordenes del imperio, por las que estaba pronto á sacrificar su vida, su honor, su reputacion; en una palabra, todo, esceptuando la palabra de Dios.

Mas, ¿á qué estas protestas de reconocimiento, estando seguro Lutero, como lo ha dicho, « que si no vertian su sangre, no era porque les faltase voluntad para un crimen, y que el homicidio reinaba en todos los corazones?»

El 26 de abril, despues de una comida con que le obsequiaron sus amigos, el doctor tomó de nuevo el camino de Wittemberg.

Así terminó el drama de Worms, uno de los mas notables de la vida del reformador, y que hemos arreglado teniendo á la vista las mismas notas de Lutero, sin cambiar nada de aquella sencillez de palabras, que no dejan de tener su encanto, y con la exactitud en los detalles que da á su narracion alguna semejanza con las parábolas. Solamente se echa de menos que Lutero, ó el que tomó la pluma en su nombre, haga desaparecer tan pronto al Arzobispo de Tréveris, que desempeña un papel tan noble, y cuya benevolencia y caridad admiró al mismo monge.

Reasumiremos los debates de Worms, siguiendo en este trabajo á Delalot.

Existe en el hombre una doble individualidad: una religiosa, y otra social; cada cual se halla sometida á leyes que rigen sus relaciones con Dios y con sus semejantes. En cada jerarquía existe, pues, dependencia ó esclavitud: dependencia del ser que lo crió; dependencia de la sociedad en que vive. Erigir en dogma la soberanía de la razon individual, es una verdadera herejía. Cuando Jesus vino

á regenerar al mundo, traia, segun observacion de M. Villers, como se ve, una verdadera reforma: sobre las ruinas de la antigua sociedad fundaba una nueva, que iba en aumento, como toda familia. Convenia modificar las formas, y de aquí nació el poder que debió trasmitir el legislador á la futura Iglesia. Esta teoría de M. Villers reproduce la que acabamos de oir en Worms. El canciller de Baden sentaba que la Iglesia necesita, como todo poder, una constitucion. Partiendo de esto, y como consecuencia que se desprende del principio establecido por M. Villers, la necesidad de leyes que rijan la manifestacion del pensamiento religioso ó de la conciencia, y por consiguiente de una doctrina única é invariable, y el poder acordado á la Iglesia para establecer reglas de fe y de disciplina, que obliguen á la obediencia á todos los seres que le pertenecen, bajo pena, si se rebela, de ser separado de la comunion de los hijos de Dios. Cuando Lutero viene proclamando que las doctrinas dogmáticas de la Iglesia pueden someterse á exámen, borra con una palabra la comunion católica, destruye el vínculo de unidad, y cambia la esencia misma del poder espiritual. Porque el exámen es la duda, que enmienda, admite ó desecha, segun sus caprichos; es el desórden introducido en la familia cristiana, la anarquía erigida en principio, la tiranía de todos, ó el despotismo de uno solo, que querrá ver sujeta á su fe la de todos los demas. Así se rompe el haz; el árbol se ve atacado en su raiz; ya no hay Iglesia. El principio que permite al hombre rebelarse contra la autoridad religiosa, debe tambien permitir rebelarse contra la autoridad política: del mismo modo piensa M. Villers, que las novedades de Lutero tendian á destruir toda monarquía divina y humana. Se comprende al católico que reza el *Credo* de Atanasio; pero el reformista no puede tener mas símbolo que su razon.

Hay, pues, necesidad de una autoridad infalible é im-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

perecederá, que vele por la conservacion de la obra que Jesucristo trajo á los hombres. Convencido de esta verdad, es por lo que Leibnitz escribia á Fabricio: «Supuesto que Dios es el órden, se deduce que de derecho divino hay en su Iglesia un magistrado espiritual. Luego de aquí se sigue que su autoridad es legítima.»

«Pero, dice Lutero, abridme el libro de la ley, y que lea en él esa autoridad, para reconocerla, y las doctrinas falsas que me imputais, para retractarlas.» El libro está abierto: Lutero rechaza la señal. Que se nos dé una palabra bíblica que despida tanta claridad, que haga salir la duda del corazon, como el sol hace desaparecer las tinieblas. Lutero esclamó: «La divinidad de Jesus, que se halla escrita en el Nuevo Testamento con signos que todos pueden leer.» Tres siglos despues de Lutero, un discípulo de la Reforma, un doctor en teología, un ministro de la Iglesia evangélica, escribió en Génova contra la divinidad de Jesus. Y no creais que se sirve para sostener la blasfemia del antiguo argumento de Arrio, del que nos hablaba á propósito el Dr. Eck: existen otros en su libro, y sacados todos del Nuevo Testamento. El Dr. Paulo, profesor de Heidelberg, ¿no enseñó públicamente que Jesucristo es hombre? El Dr. Hades, en un manual para uso de los estudiantes, ¿no trata de demostrar de qué modo Jesus llegó á ser, por su libre albedrío y por las circunstancias de su época, el Salvador de los hombres? Y entre la mayor parte de los sacerdotes silesianos, la divinidad de Jesucristo, ¿no se ha invocado de otra suerte que en el sentido figurado?

Obsérvese en otro artículo de la *Simbólica luterana*, escrito literalmente en uno de los libros presentados á la Dieta de Worms, y que el monge no quiso retractar, porque le habia leido, así como los demas, en la Biblia de Dios. Es porque, combatiendo á los turcos, se contradice al Señor.

¿Quién dirá que semejante pensamiento venia del cielo? «Si mi obra es una obra humana, repetia Lutero, perecerá; si es obra divina, será eterna.» Argumento que, segun observa un protestante, contrista el corazon, porque el catolicismo, que venia á echar por tierra, estaba en pie en Worms, y despues de tres siglos vive todavía. Las leyes de la lógica no se sujetan á guarismos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XIV.

VARBURGO.—APARICION.—1521.

El elector hace sorprender á Lutero.—Varburgo.—Lutero se ocupa en la composicion de su obra *Pathmos*.—Refiere una de sus cacerías.—Vision.—Dolores físicos.—Su ira contra el Arzobispo de Maguncia.—Varburgo en 1836.

Lutero, hombre de lucha y de accion, creyéndose llamado por Dios para propagar su doctrina, en caso de necesidad, por medio de la espada, no era á propósito para guardar vanos miramientos con el Emperador. Sus adversarios, viéndole partir de Worms, habian juzgado desde luego que su carácter se manifestaria, y que desobedeceria las órdenes del príncipe, y tenian razon. Si el elector de Sajonia no hubiese velado en silencio sobre la obra de su protegido, Lutero la hubiese comprometido faltando á la palabra divina, que él se acusaba de haber dejado largo tiempo cautiva. Una imprudencia hubiera podido serle funesta. Era preciso sustraerle á las tentaciones de su apostolado, y encadenar su lengua. En la abadía de Hirschfeld el abad le recibió en su convento, le admitió á su mesa, y le prestó su cama. Apenas apuntó el dia, el abad llamó á la puerta del agustino para pedirle fuese á predicar la pala-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bra de Dios. Lutero sube al púlpito, faltando á la órden del Emperador. «Antes de todo, decia, mas vale obedecer á Dios que á los hombres.» En Eisenach, á pesar de la aparicion del cura, de un notario y dos testigos, que vienen para hacer constar oficialmente la contravencion al mandato imperial, Lutero habla, y se encoleriza contra el Pontificado. Todo esto se prueba por el relato oficial y por la correspondencia del doctor.

Habia marchado bajo la direccion de hombres adictos, entre otros del capitan Prelops, de Santiago, su hermano, y de Amsdorf y Schurf, que le acompañaban. Aproximándose á Altenstein, se presentaron de repente unos caballeros enmascarados á la entrada de un bosque, se arrojaron sobre las riendas de los caballos, y fingieron llevarse al monge.

Esta era una comedia inventada y puesta en juego por el elector, con consentimiento de Lutero. Santiago saltó del carruaje, y se fugó. Amsdorf desapareció en el bosque, en el que estaba preparado un caballo, así como un vestido de caballero y una barba postiza, para disfrazar al fugitivo. Vagaron por las selvas durante algunas horas, y llegada la noche, á cosa de las once, llamaban á la puerta del castillo de Varburgo. En aquel edificio, elevado como un nido sobre lo alto de un monte aislado, Lutero no podia temer las miradas de sus enemigos. Amsdorf representó maravillosamente el papel que le habia confiado el elector, y guardó silencio. Los otros compañeros de viaje creen por un momento que su padre habia caido en una emboscada; piden á Dios por él, y estienden por Wittemberg la noticia de su muerte. Se decia que se habia librado del veneno por la proteccion milagrosa de la Providencia.

En la mesa del provisor del arzobispado de Tréveris habia hecho, segun su costumbre, la señal de la cruz antes de beber, y el vaso se quebró. La escena ha sido reproducida por el cincel y la pintura. Lutero ha confirmado la

narracion; solo habla de un Obispo, sin designarle de otro modo: nada dice de la señal de la cruz, y opina que el rompimiento del vaso fue debido á la introduccion de un agua muy fria.

Varburgo es una antigua ciudadela, situada en las márgenes del Rhin, medio destruida hoy, y colocada en la cumbre de un monte, desde el cual la vista puede estenderse á todos los valles de la Turingia, aquel pais que el conde de Mansfeld preferia á la tierra prometida. No hay en toda Alemania ruinas tan poéticas y que hagan latir con tanta violencia el corazon de un estudiante. A la sombra de aquellas antiguas ruinas de la edad media, en 1817 la juventud de las universidades del Rhin vino á invocar el recuerdo del padre de la Reforma y constituirse en sociedad bajo el nombre de Burschenschaft, para trabajar á la vez en la emancipacion del pensamiento y en la conquista de las libertades que los príncipes les habian prometido cuando el águila de Napoleon amenazaba la independencia alemana. Luego que desapareció el águila, los príncipes olvidaron sus promesas. En aquella Pathmos, en aquella region en que las aves, cantando sobre los árboles, alaban al Señor á todas horas, Lutero vivió escondido hasta la muerte de Leon X.

Se dirá que la vista de estas montañas, que rodean á Varburgo como un círculo azulado rompiéndose por intervalos para dejar ver las llanuras de la Turingia en el horizonte; el aire de estas alturas, fresco y embalsamado; el canto de las aves, que saludan á Lutero al despertarse; su aislamiento de toda criatura humana; aquella tranquilidad estraordinaria que podia gozar con todo sosiego, sin temor de ser distraido por el ímpetu de las pasiones humanas, ha cambiado completamente su carácter. Su alma está conmovida. El aire suave de las montañas, del que se ha impresionado su cerebro, le ha refrescado. Su espresion, tan áspera y desordenada, se ha dulcificado. Ya no es

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el sectario furibundo que querria que su lengua fuese una espada, sino el religioso que hemos conocido en Eisleben, y que vuelve á aquella ermita, solo con su Dios, y aquella naturaleza de los campos que él deseaba desde niño con vivísimo amor. Se dirá que se obró un milagro, y que el ángel de caridad, Santa Isabel, que habitó estas montañas, bajó á visitar al sajon. Se complace uno en contemplarle en Varburgo conversando con sus amigos, cuyo recuerdo distrae su soledad. Trasportándose con el pensamiento á aquella ciudad de Wittemberg, cuyo destino evangélico le ocupa tan tiernamente, inquieto por todo lo que dejó en ella que le inspiraba amor, y sobre todo por su muy querido discípulo Felipe Melanchthon, en el que ha fundado su alegría y su esperanza, y cuya ciencia ensalza con una ternura paternal. Tal es el encanto de su espansion poética, que se asocia con sus penas á sus lágrimas, y que padece con sus tormentos. Apenas entró en el castillo, cuando horribles dolores nerviosos le postraron en la cama. Se ve obligado á abandonar sus estudios y á interrumpir sus trabajos literarios. Busca otra ocupacion, y se dedica á trabajar una obra colosal, que á cualquiera otro hubiera llenado de temor: la traduccion de la *Biblia* en lengua alemana, creacion lengüística que tanto ha ensalzado su reputacion de humanista. El sol, que viene á visitarle muy temprano; el canto de los ruiseñores, que se colocan en su ventana, y la flauta, que llama en su socorro en las grandes angustias, y que no abandona jamás, lo mismo que la *Biblia* divina su nacimiento. Cree soñar; quisiera que este sueño durase siempre, porque llega á identificarse con la bella naturaleza.

Hé aquí los términos en que describe una caceria en una carta que escribió á Spalatino:

«He pasado cazando dos dias enteros. Queria conocer este deleite de los héroes: he cogido dos liebres y dos perdigones. ¡Bella ocupacion para un hombre que no tiene que

hacer! Sin embargo, filosofaba en medio de los lazos y de los perros, y hallaba un misterio de dolor en tan tumultuoso entretenimiento. ¿No es la caza la imágen del diablo, andando tambien á caza de pobres animalejos, con la ayuda de lazos y perros ejercitados, quiero decir, de los Obispos y teólogos? Pues esta imágen y este misterio van á ser mas visibles: habia conservado vivo un lebrato, que se habia escondido en una manga de mi ropaje, y le iba á dar libertad, cuando llegaron los perros, le rompieron una pata, y luego le mataron. Aquí teneis al Papa y á Satanás perdiendo las almas que yo quiero salvar. Pero ya estoy harto de caza: existe otro género de caceria mas agradable, en que me gustaria atravesar con dardos y flechas á osos, lobos, zorros, y á todo el enjambre de impios.»

Estos placeres los alternaba con otros, que el duque Federico le habia proporcionando para hacerle mas llevadero el fastidio del destierro. Su mesa estaba provista de aves y de vino del Rhin; el conserge del castillo era activo, y no descuidaba ni aun las cosas mas pequeñas que necesitaba su prisionero. «Creo que el príncipe es quien paga, decia; porque de lo contrario no permaneceria aquí ni una hora siquiera. Acepto el pan del príncipe, porque al fin, si necesita uno comer del dinero ajeno, debe ser del de los príncipes; pues *príncipe* y *ladron* son poco mas ó menos sinónimos. Indagad, sin embargo, la verdad, y decidmela.» Es probable que Spalatino no enseñase esta carta al duque Federico, á quien Lutero trataba con mayor cortesía cuando estuvo en Worms. Siempre que los príncipes podian prestarle algun servicio, ya hemos visto que se dirigia á ellos con palabras decorosas y diferentes; pero luego que podia prescindir de ellos, los abandonaba, prodigándoles los mas injuriosos epítetos, y diciendo que á sus ojos no eran sino *locos, bribones* y *verdugos de Dios*.

Separado así violentamente de aquella vida de combates, que era la suya en Wittemberg, Lutero, que carecia en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Varburgo de ocupaciones para dar alimento á su ardiente imaginacion, no tardó en caer en un delirio, que vino á aumentar sus padecimientos habituales. Entonces veia visiones: el porvenir se le presentaba bajo formas sangrientas, y veia caer sobre la Alemania la cólera de Dios, hiriendo hasta á la infancia; «al infierno, que se regocija en su corazon y abre la boca, y á Satanás, que se envanece á la vista de la numerosa recoleccion de almas que se le presentan.» Para llorar este gran desastre, junta sus manos, y pide á Dios dos fuentes de lágrimas; grita á Jonás: «Ya es tiempo; revestios con el ropaje de los santos; es decir, con las divinas Escrituras; sed otro Aaron; con el incensario de la oracion en la mano, venid á detener estos incendios escitados por Roma, y que amenazan consumir al mundo.» De repente la oracion, su único consuelo, le abandona, y, en medio de aquella pacífica soledad, esperimenta tentaciones carnales, como el alma abandonada á las voluptuosidades mundanas.

—¡Ay! Está visto, dice tristemente; no puedo ya orar ni gemir; la carne me abrasa; esta carne que me domina cuando debiera hacerlo el espíritu. Pereza, sueño, molicie, voluptuosidad; todas las pasiones me sitian: sin duda alguna porque habeis dejado de interceder por mí, Dios me ha abandonado de este modo... Hace ocho dias que no escribo, ni rezo, porque no me dejan las tentaciones de la carne.

Podria decirse que desde aquellos elevados lugares dominaba el porvenir.

—Sí, repetia; Dios va á visitar la Alemania, y la tratará como merece el desprecio que hace del Evangelio; porque ella ha pecado.

Y algunas líneas despues, y con la cabeza ya trastornada, dice á Melanchthon:

—Sé pecador, y peca enérgicamente; pero que tu fe sea mayor que tu pecado... Bástanos haber conocido el Cordero de Dios, que borra los pecados del mundo; el pecado no puede destruir en nosotros el reinado del Cordero, aun cuando cometiésemos mil muertes por dia.

Lutero habla aquí como un verdadero profeta.

¡Qué porvenir para la Alemania, si llegaran á establecerse en ella semejantes doctrinas!

Muncero sabrá encontrar estas líneas en las obras del reformador cuando se halle en la orgía de la Turingia; entonces esclamará tambien:

—¡El que cree, no puede pecar!

Se ve en esto que Lutero vuelve á su mala inclinacion. Sus dolores físicos le eran insoportables, la disputa habia abrasado sus entrañas.

Fáltale el valor por un momento; el mal es cada dia mayor, y va á sucumbir, si la oracion de Melanchthon, á que recurre como á su ángel bueno en la tierra, no desarma la cólera del cielo.

Pero muy luego se sobrepone á sus males, y eleva los ojos al cielo: mas es mirada de cólera y no de amor.

—¿Quién cambiará, esclama, mis dos ojos en dos fuentes para llorar la caida de esas almas que arrastra al abismo el monarca del pecado y de la perdicion (el Papa)? En medio de la Iglesia es donde ha establecido su Silla ese gran portento de iniquidad; allí es donde se exhibe al mundo ese Dios; allí es donde recibe la adulacion de los Pontífices de la Iglesia y el incienso de los sofistas.

Aunque tenia necesidad de que le compadeciesen, se muestra inexorable con todo el que no quiere escuchar su voz y seguir sus consejos. ¡Desgraciada inteligencia, tan bien formada para amar y ser amada, y que solo tiene poder para aborrecer! Aparece como mensajera de la gracia y del amor, y ahora su mayor dicha consiste en destrozar á sus hermanos. La misma losa que cubre su tumba no puede resistir á Lutero; él mismo la abre, y se entretiene

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en derramar hiel y acibar sobre restos desfigurados por los gusanos del sepulcro.

Convierte á los príncipes católicos en Roboan y Benhadad; á Emser en macho cabrio; á las decretales en puertas del infierno; á los sorbonistas en asnos, y cuando, ebrio de furor, cae exánime, se inclina para recoger el estiércol con que cubre la cabeza de sus adversarios.

Sus amigos concebirán muy bien que manchase el rostro de Emser, de Latomus, de los sorbonistas, de Eckio; pero que hiciesen lo mismo con el del Arzobispo de Maguncia, tan noble, tan magnánimo, y cuyos labios solo se entreabrieron para darle caritativos avisos, Dios no se lo perdonará jamás. Spalatino y el elector, llenos de veneracion por el Prelado, trataban en vano de imponer silencio al sajon. «Antes que callar, escribia, os perderé á vos y al Arzobispo, y á toda criatura humana.» Y desde su lecho de dolor dirigia al magunciano una *advertencia amistosa*, en la que le llama *papista* é *idólatra*, y en la que le compara á un árbol que Dios sabrá cortar bien pronto, á un Faraon de corazon endurecido, á un lobo voraz. «Mi Dios, dice, vive todavía, y sabrá elegir el medio de luchar con un Cardenal de Maguncia, aun cuando tenga á su lado cuatro Césares... Y, por otra parte, Lutero no ha muerto, y se apoyará en ese Dios que ha humillado al Papa, y jugará con el Arzobispo de Maguncia un juego que no podrá perder... Ya estais advertido: si Vuestra Gracia no quiere echar por tierra las prácticas idolátricas, yo me encargaré de hacerlo, como hombre de fe y de porvenir. Yo os trataré como he tratado al Papa, y haré ver al mundo entero la diferencia que existe entre un lobo y un Obispo. Téngase Vuestra Gracia por advertido, y en su consecuencia obre como mejor le parezca. Si me desprecia, otro vendrá que despreciará el desprecio, segun la palabra de Isaías. Os declaro que si dentro de catorce dias no me habeis dado una respuesta categórica, daré al público mi folleto el *Libro del ídolo de Halle*. Tanto peor para vos si los que os rodean interceptan mi carta, é impiden que llegue á vuestras manos: el deber de un Obispo es tener á su lado personas de probidad y que sean fieles.»

El folleto salió á luz sin esperar Lutero que llegase el término que habia fijado al Arzobispo: es un cúmulo de obscenidades y de ultrajes contra el Arzobispo, que se habia vengado ya respondiendo á la *advertencia* del monge: «Que se reconocia como pecador, como un vil é inútil estiércol; pero que en lo sucesivo se conduciria como Príncipe y como Obispo que pone toda su confianza en Dios.»

¿Se quiere conocer la causa de la cólera de Lutero? Pues no era otra que el haberle privado el Prelado ejercer su ministerio en Halle.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XV.

CONFERENCIA DE LUTERO CON EL DIABLO.—1521.

Aparicion de Satanás á Lutero.—Exámen de la relacion que hace de ella. Influencia de esta aparicion en la simbólica luterana.

«Me sucedió en una ocasion que desperté repentinamente cerca de media noche, y Satanás (1) comenzó á disputar conmigo:

—»Oye, doctor iluminado. Sabes que por espacio de quince años has celebrado casi todos los dias Misas *privadas*. ¿Qué dirias si las tales Misas fuesen una horrible idolatría? ¿Qué sucederia si el cuerpo y sangre de Jesucristo no estuviesen presentes en ellas y no hubiesen adorado ni hecho adorar á los demas mas que pan y vino?

»Le respondí:

—»Yo fuí consagrado sacerdote; recibí la uncion y consagracion de manos de mi Prelado, y todo lo que he hecho en asuntos de mi ministerio ha sido por mandato de mis superiores y por la obediencia que les debia. ¿Qué

(1) Relacion de la conferencia con el Diablo hecha por Lutero. Traduccion anónima.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XV.

CONFERENCIA DE LUTERO CON EL DIABLO.—1521.

Aparicion de Satanás á Lutero.—Exámen de la relacion que hace de ella. Influencia de esta aparicion en la simbólica luterana.

«Me sucedió en una ocasion que desperté repentinamente cerca de media noche, y Satanás (1) comenzó á disputar conmigo:

—»Oye, doctor iluminado. Sabes que por espacio de quince años has celebrado casi todos los dias Misas *privadas*. ¿Qué dirias si las tales Misas fuesen una horrible idolatría? ¿Qué sucederia si el cuerpo y sangre de Jesucristo no estuviesen presentes en ellas y no hubiesen adorado ni hecho adorar á los demas mas que pan y vino?

»Le respondí:

—»Yo fuí consagrado sacerdote; recibí la uncion y consagracion de manos de mi Prelado, y todo lo que he hecho en asuntos de mi ministerio ha sido por mandato de mis superiores y por la obediencia que les debia. ¿Qué

(1) Relacion de la conferencia con el Diablo hecha por Lutero. Traduccion anónima.

razon hay para que me hubiese abstenido de consagrar, cuando no ignoras que pronuncié formalmente las palabras de Jesucristo, y que siempre celebré con gravédad y aplomo?

—»Sea en buen hora; pero los turcos y los paganos tambien celebran las ceremonias de su falso culto con compostura, y los sacerdotes de Jeroboan hacian lo mismo con las suyas, á pesar de ser contrarias á las de los sacerdotes que estaban en Jerusalen. ¿Qué sucederia si tu órden y tu consagracion fuesen tan falsas como las de los turcos y los samaritanos? Cuando te ordenastes, ni conocias bien á Jesucristo, ni tenias otra fe que la que tiene un turco, porque el turco y los diablos creen que Jesucristo nació, que fue crucificado, y que murió, etc.; pero el turco y nosotros, espíritus réprobos, no confiamos en su misericordia, ni le reconocemos por maestro, mediador y salvador. Tal era tu fe al recibir la consagracion del Obispo, y todos los que consagraban ó eran consagrados abrigaban iguales sentimientos respecto de Jesucristo. De aquí que, queriendo alejaros de él como de un juez cruel y severo, hayais recurrido á la Virgen María y á los santos para que os sirvan de mediadores, usurpando la gloria de Jesucristo. Vosotros habeis recibido las órdenes y habeis dicho Misa como paganos, y no como cristianos. ¿Cómo habeis podido consagrar en la Misa, ó celebrarla, faltando en ella una persona que tuviese el poder de consagrar lo que es, segun vuestra propia doctrina, un defecto esencial? Tú has sido consagrado sacerdote; pero has abusado de la Misa, contrariando el objeto para que la instituyó Jesucristo, quien quiso que el Sacramento fuese distribuido entre los fieles que querian comulgar, y que se diera á la Iglesia para que lo comiese y lo bebiese. El verdadero sacerdote está investido del carácter de ministro de la Iglesia, para predicar la palabra divina y para administrar los Sacramentos, segun lo manifiestan las que pronunció Jesucristo en la Cena, y las que

dirigió San Pablo, hablando de este suceso, á los corintios, de donde vino que los antiguos llamasen á este sacramento *Comunion*, porque no era solo el sacerdote quien debia participar de él, sino todos los demas fieles. Tú, sin embargo, has estado durante quince años aplicándote á ti mismo el Sacramento, cuando has celebrado Misa. ¿Qué sacerdocio, qué órdenes, que Misas y qué consagraciones son estas? El designio de Jesucristo, como lo indican sus propias palabras, es que al recibir el Sacramento anunciemos y confesemos su muerte.: «Haced esto, dice, en memoria mia,» como añade San Pablo, «hasta que Él venga.» Pero tú, no solo no has confesado á Jesucristo, sino que te has administrado á ti mismo el Sacramento, pronunciando entre dientes y para tí solo las palabras de la Cena. ¿Y es esta la institucion de Jesucristo? ¿Probarás con esos actos que eres su sacerdote? ¿Para eso te has ordenado? Es evidente que el pensamiento y el fin de la institucion de Jesucristo son que los demas cristianos participen tambien del Sacramento; mas tú, tú no has sido consagrado para *distribuir*, sino para *sacrificar*, para servirte de la Misa como de un sacrificio. Y si no, ¿qué significan las palabras del Obispo al conferir el sacerdocio: «Recibe, dice, poniendo el cáliz en manos del ordenando; recibe el poder de celebrar y *sacrificar* por los vivos y los difuntos?» ¿Y dirás que no es una cosa siniestra y perversa esta manera de conferir el órden sacerdotal? Ciertamente que sí: Jesucristo, al instituir la Cena, quiso como convidar y dar un refrigerio á la Iglesia universal; y esa es la razon por qué el sacerdote presenta la hostia á todos los que han de comulgar; pero tú, tú sacrificas *solo* delante de Dios. ¡Oh abominacion, y mas que abominacion!

»Como queda dicho, el fin de Jesucristo fue la *distribucion* del Sacramento entre todos los fieles, para que con su ayuda pudiesen defenderse de las tentaciones del demonio y del pecado, y como para recordar y publicar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

constantemente la bondad de sus obras; pero tú te reservas estos frutos, como una cosa que solo á tí pertenece y que puedes recoger por tí solo y dispensar á tu placer, gratuitamente ó por el dinero. Di ahora: ¿qué podrás oponer tú á todo esto? ¿Dirás que no eres un clérigo hecho para los intereses mundanales, mas bien que para seguir á Jesucristo? Es decir, un clérigo sin fe y sin amor de Cristo. Sí, porque has recibido el sacerdocio, contra el precepto y fin del mismo Jesus, no para *dar* á los demas el pasto sagrado, sino solo para *sacrificar* por los vivos y los difuntos: tú no, no has sido ordenado para ser ministro de la Iglesia, etc. Ademas, tú nunca has distribuido el Sacramento á los fieles; tú no has publicado las obras de Jesucristo en la Misa, y tú, en fin, por consecuencia, no has llenado los altos fines de la institucion cristiana. ¿Y negarás que has recibido el sacerdocio contra la misma institucion cristiana y contra el mismo Jesucristo? Y si estás consagrado por los Obispos, contra el designio del mismo Jesucristo, digámoslo de una vez, tu sacerdocio es impío y anticristiano. Así, pues, te pruebo, te sostengo, que tú no has consagrado en la Misa, y que no has hecho adorar á los demas sino *solo pan* y *vino*.

»Ahora voy á decirte qué es lo que falta en la Misa: en primer lugar, una persona que pueda consagrar válidamente; es decir, un cristiano: falta, en segundo lugar, una persona para que se haga la consagracion y á quien se dé el Sacramento, es decir, la Iglesia, el resto de los fieles, el pueblo, en una palabra.

»Tú solo allí, delante del altar, te imaginas que Jesucristo ha instituido para *tí solo* el Sacramento, y que tú nada tienes que hacer para que se realice la consagracion mas que repetir ciertas palabras, y, en verdad, tú no eres miembro, sino enemigo de Jesucristo. Allí falta, en tercer lugar, el designio, el fin de la institucion, y el fruto que deba producir, porque Jesucristo instituyó la Eucaristía para que

sirviese á la Iglesia universal de alimento y bebida, para confortar la fe de los cristianos, para revelar y predicar en el altar su obra.

»Ahora bien: los demas, el resto de los fieles que ignoran todo cuanto dices en la Misa, nada aprenden, nada reciben de tí, porque tú solo en un rincon, sin participarlo á nadie, te lo comes y bebes solo, ignorante de las palabras de Jesucristo, fraile indigno (1) y sin fe: tú con nadie comunicas, y (como es costumbre vuestra) tú vendes á peso de oro, como una cosa buena, tu misma mala obra. Así, pues, si tú eres incapaz de consagrar; si no debes consagrar; si no puede nadie recibir el Sacramento en tu Misa; si tienes el plato al reves; si pervierles completamente la institucion eucarística; si tú, en fin, no has sido ungido mas que para contrariar la doctrina y la institucion cristiana, di, ¿qué es entonces tu sacerdocio? ¿Qué es la Misa sino una blasfemia (2)? ¿Qué haces tú mismo sino tentar á Dios, dejando de ser un verdadero sacerdote, y las especies que dices consagrar el verdadero cuerpo de Jesucristo? Mas para que acabes de convencerte, voy á hacerte una comparacion. Si cualquiera se pusiese á bautizar sin tener á quién, como, por ejemplo, cuando un Obispo, siguiendo la ridícula costumbre de los papistas, bautiza una campana, que ni puede ni debe recibir el bautismo, ¿seria tal cosa un verdadero bautismo? ¿Dejarás de confesar que esto no será tal bautismo, sopena de convenir que puede bautizarse una cosa que no existe, ó que, aunque exista, no puede recibir el Sacramento? ¿Seria bautismo si yo pronunciase las palabras al aire, ó dijese, por ejemplo: «Yo bautizo en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu-Santo,» y arrojase el agua al aire? Dime, ¿á quién vendria la remision de los pecados ó la divi-

(1) Téngase presente que habla el demonio, y su lenguaje no debe esperarse menos templado. (*Nota del traductor.*)

(2) Repetimos que habla el demonio, por boca de su digno intérprete, Martin Lutero. (*Nota del traductor.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

na gracia, seria al aire ó á la campana? Es indudable: en este caso, ni existió ni pudo existir el bautismo, aunque se haya pronunciado la palabra, aunque se haya vertido el agua, porque falta la persona que las reciba. ¿Qué dirias tú si te pasase una cosa semejante en tu Misa? ¿Que tú pronunciases las palabras, que tú creyeses recibir el Sacramento, y que, sin embargo, en realidad no recibieses mas que las especies de pan y vino? Porque la Iglesia universal, que es la persona que debe recibir, falta allí. Y tú, impio é incrédulo, no eres mas digno de recibir el Sacramento que una campana el bautismo, porque tú no tienes nada de lo que exige el Sacramento. Tú me opondrás que no porque dejes de distribuir el Sacramento á los demas, se haya de entender por eso que solo cuidas de administrártelo á ti mismo, pues no porque muchos incrédulos reciban el bautismo deja de haber por eso un verdadero bautismo. ¿Por qué, dirás, no ha de suceder lo mismo con la Misa?

Mas no es lo mismo, porque en el bautismo, aunque se administre en casos apremiantes, siempre reune dos personas, el bautizante y el bautizado, y frecuentemente otras muchas personas de la Iglesia. Ademas, las funciones sacerdotales en este caso son tales, que no puede prescindirse de *comunicar algo á los demas*, como sucede en la Misa, que tú dices que á tí solo la aplicas: por otra parte, las demas ceremonias y circunstancias del bautismo, ¿son conformes á la institucion cristiana? Aun mas te diré: ¿por qué no enseñas que cada uno puede bautizarse á sí mismo? ¿Por qué desaprobarias tal bautismo? ¿Por qué rechazarias la confirmacion, si en vez de administrarla uno de vosotros se la aplicase cada uno á sí mismo? ¿Por qué el órden sacerdotal no valdria si uno se ordenase á sí mismo? ¿Por qué la extremauncion no seria Sacramento si el moribundo se la aplicase á sí mismo? ¿Por qué el Sacramento del matrimonio no existiria si pudiese uno casarse á sí mismo, de modo que, deseando forzar á una doncella, no

hubiera mas que decir que nos habiamos unido precediendo un Sacramento que el mismo forzador se administraba en el acto de la violacion? ¡Cuyos actos son todos vuestros siete Sacramentos! Y ahora bien; si nadie puede darse á si mismo un Sacramento, ¿cómo quieres tú aplicarte á tí mismo el de la Eucaristía? Bien es verdad que Jesucristo se la administró á sí mismo, y que los demas sacerdotes no hacen en esto mas que imitarle; mas no lo consagró por sí solo, sino con los Apóstoles y con la Iglesia universal, y todos debeis hacer lo mismo, y cumplireis el precepto de Jesucristo. Al hablarte yo así no creas que niegue por eso en el sacerdote la posibilidad de recibir la comunion como cualquier otro cristiano; lo que sostengo es que no puede administrársela á sí mismo. De la misma manera, al decir que no puede uno ordenarse á sí mismo, no creas que dude yo de que una vez ordenado y llamado tal sacerdote, haciendo uso de su vocacion, no pueda servirse de ella; y, en fin, al preguntarte si puede uno casarse á sí mismo, no juzgues dudo yo que si la doncella consiente no hay real y verdadero matrimonio.

»A tan diestras observaciones y á tal combate por parte del demonio, quise responder con los argumentos que habia aprendido de los papistas; y así es que le opuse la fe y la intencion de la Iglesia, asegurándole que bajo esta intencion y fe habia yo celebrado mis Misas rezadas *(messes privées)*.

—»Considera, le dije, que yo no he hecho mas que lo que debia: he creido, porque la Iglesia me manda creer.

»Mas Satan, embistiéndome con mas vehemencia que nunca:

—»Dime dónde está escrito, me repetia; dime dónde está escrito que un impio, un incrédulo, pueda asistir al convite sagrado de Jesucristo, y consagrar en la fe de la Iglesia. ¿Es esto lo que Dios recomienda? ¿Es esto lo que manda? ¿Cómo probarás tú que la Iglesia te comunica su in-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tencion para decir tu Misa rezada, si en nada tienes la palabra de Dios, tú ni los que te la han enseñado? Toda vuestra doctrina es una patraña: ¡tal vuestra audacia! Haceis las cosas santas en las tinieblas; abusais del nombre de la Iglesia, ¡y aun quereis sostener que en la intencion de la Iglesia entran vuestras abominaciones! No vuelvas, pues, á pretestarme la intencion de la Iglesia: la Iglesia no ve ni piensa nada contrario á las palabras y á la institucion de Jesucristo, y mucho menos contra su designio y su fin, como te he dicho ya, y como lo dice el mismo San Pablo, en su primera Epístola á los corintios, cap. II, hablando de la Iglesia, de la reunion de los fieles: «Conocemos los sentimientos de Jesucristo.»

»Mas ¿cómo has aprendido que una cosa es conforme al fin y la intencion de Jesucristo y de la Iglesia, sino por la palabra de Jesucristo, por la doctrina y la pública profesion de la Iglesia? ¿Cómo conoces tú que la intencion y el pensamiento de la Iglesia sea que el adulterio, el homicidio, la incredulidad, ocupen un lugar entre los pecados mas graves que labran vuestra condenacion? Y, ¿cómo sabes tú otras cosas análogas sino por la palabra de Dios?

»Y si debe aprenderse de la palabra de Dios lo que la Iglesia piensa de la bondad ó maldad de las obras, ¿por qué no habreis de deducir tambien lo que piensa de su doctrina? ¿Por qué, blasfemo, contravienes en tu Misa á las palabras claras, á las órdenes terminantes del mismo Jesucristo? Y ¿por qué tú te cubres con su nombre y el de la intencion de la Iglesia para defender tus imposturas y tu impiedad? ¡Tú eres el que con tan pobre colorido adornas tu propia opinion, como si la intencion de la Iglesia pudiese contrariar las palabras del mismo Jesucristo! ¡Qué audacia tan prodigiosa, profanar el nombre de la Iglesia con tales patrañas y tanta procacidad!

»Puesto que el Obispo no te ha dado poder mas que para decir tus Misas al administrarte el sacerdocio, al decirlas

para ti solo podrá decirse que estás autorizado para contrariar las palabras terminantes de Jesucristo, el pensamiento, la fe y la doctrina de la Iglesia, y que tu sacerdocio nada tiene de sagrado, y es impio, irreligioso, sacrílego. Y ciertamente vuestro sacerdocio es tan nulo, tan inútil, tan ridículo como el bautismo de una piedra, de una campana.

»Y esforzando y apurando sus razones, Satanás concluyó diciendo:

—»Jamás has consagrado; jamás has hecho mas que ofrecer pan y vino, imitando á los paganos: por un espíritu infame de mercantilismo injurioso á Dios, tú has vendido tu obra á los cristianos, sirviendo, no á Dios y á Jesucristo, sino á tu vientre. ¿Se habrá visto jamás abominacion mas inaudita?

»Ved ahí, con corta diferencia, el resúmen de esta disputa.

»Ya veo desde aquí á los Santos Padres, que se rien de mí, y esclaman: «¡Qué, doctor! ¿Se queda corto y no puede »responder á Satanás? ¿Pues no sabes, doctor, que el demo»nio es un espíritu de mentira?» Gracias, contesto yo, mis padres: hasta este momento yo no sabia, si vosotros no me lo hubiéseis enseñado, doctos teólogos, que el demonio es un espíritu engañador; pero estad ciertos que si vosotros hubiéseis disputado con él, no diriais eso ni hablaríais como hablais de las tradiciones de la Iglesia; pues el demonio es un hábil disputante, y sin una especial gracia del Señor es imposible resistir su lógica. En un golpe, en un abrir y cerrar de ojos, llena la mente de tinieblas y de falacias, y si por ventura tropieza en un hombre que no sabe contestarle al momento con la divina palabra, no necesita mas para vencerle. En verdad, es un espíritu falaz; pero no le oireis en sus acusaciones mas que el doble argumento de la ley de Dios y del testimonio de nuestra conciencia. Así, doctores, no puedo negarlo: estoy conven-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cido: he pecado; mi pecado es grande, y soy culpable de muerte y condenacion...»

Tal es el relato de esta vision, en que Lutero parece menos ufano que en Worms. El diablo, por otra parte, no se muestra en esta ocasion mejor dialéctico que el dominico en la disputa de Leipzig, en que, segun dice el mismo Lutero, Satanás habló por boca de Eck. A menos que el reformador no nos haya querido ocultar los mas fuertes argumentos con que el diablo le aterró, es preciso confesar que Lutero en esta ocasion, no habiendo refutado la tésis satánica cumplidamente, se portó peor que un mal estudiante de teología: bastaba para confundirle que hubiese abierto uno de los catecismos que se encuentran en todas las casas de Alemania, en la página donde enseña la Iglesia que el sacerdote, celebrando la Misa, aplica sus frutos á todos los que asisten devotamente. Y si Satan era tan poco inteligente en la doctrina cristiana, no sabemos que hubiese respondido á Lutero sobre los puntos de historia con que quiere robustecer sus argucias: no sabemos qué hubiese contestado al decirle dónde habia leido que los turcos creen en la muerte de Jesucristo, siendo así que Mahoma, en su Alcoran, dice terminantemente que Jesucristo fue arrebatado á los cielos, y otro hombre puesto en su lugar fue crucificado por ÉL. Se ve, pues, que Lutero, en vez de atacar, no hizo mas que dar fuerzas al enemigo. Si el doctor de Ingolstadt, ó Tezel, ó Emser, le hubiesen opuesto la indignidad del sacerdote para probar la ineficacia del Sacramento, estemos seguros que entonces hubiese contestado:

«Si el demonio se me aparece sin saber yo que es él quien desempeña falsamente las funciones del sacerdocio, y que en figura de hombre bautiza, celebra, absuelve, llenando estas funciones conforme á la institucion de Jesucristo, no podremos menos de conceder que tales Sacramentos tienen toda su eficacia, y que habremos recibido

un verdadero bautismo, una verdadera absolucion, una verdadera Misa, en que tendremos el cuerpo y sangre de Jesucristo; porque nuestra fe y la eficacia de los Sacramentos no se fundan en la cualidad de la persona. ¿Qué importa que la persona sea digna ó indigna, un demonio ó un ángel?»

Imposible nos parece que Lutero, en esta aparicion de Satanás, estuviese despierto, y no vemos en sus palabras, flojas hasta el abandono, el valor, la intrepidez con que debia atacar á su enemigo. Nosotros no comprendemos mas que lo que puede desprenderse de los testos del mismo Lutero y de otros reformados, entre los cuales Drelincourt afirma «que la serpiente atacó á Lutero, prometiéndose la victoria, porque el siervo de Dios habia celebrado su *Misa privada* por espacio de quince años, y que Satan habia probado con argumentos incontrastables que estas Misas eran contra Dios y contra la Divina Escritura.» El ministro concede en esta lucha un puesto ventajoso á Satanás.

Concede el mismo que esta entrevista contribuyó maravillosamente á los progresos de la Reforma: todas las dudas que tenia respecto al espíritu de Lutero, respecto al valor de los testos bíblicos, quedaron aclaradas y resueltas con los argumentos de Satanás. Desde entonces, convencido el monge por el espíritu de las tinieblas, no vió ya en el sacrificio de la Misa mas que una idolatría papista, y dejó de celebrarle. Para probar los reformados, á imitacion de Drelincourt, que la Misa no era mas que una ceremonia gentílica, convirtieron contra nuestros sacerdotes el testo y los argumentos de Satan. Los sacramentarios, como Pareus, invocaban por su parte la misma aparición, para convencer á los luteranos y calvinistas que si el diablo se habia aparecido al padre de la Reforma para salvarle de la idolatría cometida en la celebracion de la Misa, á Zwinglio se le habia aparecido un ángel para enseñarle el verdadero sentido de las palabras de la Cena. Lutero, por su parte, se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

burlaba de esta vision con gran escándalo de los zwinglianos, que jamás pudieron creer las apariciones de Satan á Lutero.

«¿Sabeis, dice Lutero, por qué los sacramentarios Zwinglio, Bucer y Ecolampadio no han entendido jamás una palabra de las Divinas Escrituras? Porque jamás han disputado con el demonio; porque cuando el diablo no ase á nuestro cuello, nosotros no somos mas que unos pobres teólogos.»

Un escritor que tuvo la gloria de disputar frecuentemente con Bossuet, M. Claude, no ve en estas conferencias con Satan mas que una especie de parábola ó mito, imaginado por Lutero, cuya erudicion estaba nutrida con la lectura de los escritos de los monges á quienes el demonio se habia aparecido con frecuencia. Lutero, en ella, mas bien que una cosa real y verdadera, no hace mas que presentar la abstraccion filosófica de las malas pasiones: por nuestra parte diremos que Claude tuvo tanta elocuencia como concedia Lutero á Barrabás; pero no por eso nos convence: ¡tan clara es la impostura, tan terminante el testo de la aparicion! No hay, pues, lugar á creer que fuesen las creaciones de Lutero una fábula teológico-moral, como supone Claude, sino una patraña clara y manifiesta con que sedujo á la generalidad.

El mismo Lutero desmiente á su malhadado apologista, porque en su tratado *De Missa privata*, donde reproduce su vision, para ponderar la fuerza con que Satan le argumentaba tanto, que era imposible resistirla mucho tiempo, dice:

«Ved cómo me esplicaba la causa por qué muchos aparecen muertos en su cama: «Yo, decia Satan, les retuerzo »el cuello, y quedan muertos.» Emser, Ecolampadio y otros á quienes se les ha encontrado así, han muerto (repentinamente) entre las garras de Satan. Hospiniano creyó que Emser habia muerto diabólicamente, como dice Lutero;

mas al mismo tiempo no pudo abandonar al demonio á Ecolampadio, «evangelista de pura y santa vida, decia él, que, segun el testimonio de Beze, despues de un dulce tránsito, habia ido á reunirse con Zwinglio, su hermano.» El cura de Einsiedeln pretendia que Lutero no estaba poseido por un espíritu impuro, sino ocupado, como una fortaleza, por una legion de demonios.

¿Quién no se admira aun de los cuentos que corrieron entonces por Alemania acerca del comercio y trato que tenia Lutero con los poderes invisibles; las entrevistas nocturnas con el demonio, que para mejor hablarle en la Wartbourg tomó la figura de una dama de la familia de Berlipz? El mismo Lutero cuenta esta visita. ¿Quién abria las fuertes y aherrojadas puertas del castillo? ¿Quién la habia dejado penetrar hasta su soledad? ¿Cuál habia sido su mision? Sobre estas cuestiones solo Lutero podria darnos esplicacion; pero guarda respecto á ellas el mas profundo silencio. Algunos historiadores reformistas pretenden que fue portadora del decreto del Emperador; mas se comprende que era regular se hubiese confiado tal mision á otra persona que una mujer jóven.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XVI.

DESORDEN EN LAS INTELIGENCIAS LUTERANAS.—1521-1522.

Efecto de las doctrinas de Lutero.—Matrimonio del abad de Kember y de Gerbel, de Strasburgo.—Los monges abandonan los conventos.—Violencias ejercidas contra algunos de ellos, reprobadas por Lutero.—Se enseñan públicamente el divorcio y la poligamia.—Se niega la inmortalidad del alma.

Se han vituperado las formas del decreto imperial contra Lutero, que trasforma al heresiarca en un demonio, bajo la figura de hombre y el hábito de religioso: la obra de Alcandro, pintura viva y animada de la herejía moderna. El Emperador habla de su fe, de sus antepasados, de todo lo que ha hecho inútilmente para estirpar el error: su lenguaje es noble. Queria proscribir de sus Estados imperiales los libros luteranos, y que fuesen quemados donde quiera que se encontrasen. Las llamas eran el castigo de los escritos heréticos, y no puede decirse que el Emperador no usó de su derecho.

Mas en algunas ciudades de sus Estados, no habiéndose llevado con rigor el cumplimiento del decreto imperial, solo fueron arrojados al fuego los folletos: Lutero y sus secuaces hicieron otra hoguera, en que ardieron tambien las obras de sus adversarios. A la luz de estas llamas se veia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la sonrisa de los que las habian encendido, creyendo los unos que iban á destruir el catolicismo, y los otros la Reforma: todos se equivocaron. El catolicismo lleva en si mismo las condiciones de la inmortalidad; la Reforma contenia un principio mucho mas activo que el fuego, principio en cuya virtud se habia constituido entre los hombres: el *racionalismo* debia vivir largo tiempo.

Habia hecho eco el recurso á la palabra de Dios, puesto en juego en Worms en plena Dieta, y en las alturas de Varburgo. La Reforma estaba llamada á matar el escolasticismo; pero incidió en el estremo contrario de la propension á discutir, llevada hasta el estremo: reinaba en todas partes una verdadera fiebre logomáquica. Medio siglo antes se habia disputado tambien; pero el dogma estaba fuera de combate: ahora se habia puesto en juego por todos los partidos beligerantes, y la Alemania se veia convertida en un pais de fatuos, donde cada hombre era una Universidad, y cada escuela pública y cada familia no eran sino una verdadera tribuna, donde se discutia la divina palabra, creyéndose todos iluminados para interpretar los testos divinos.

A la cabeza de esta generacion de doctores inspirados por el Espíritu-Santo, estaba el presbítero Bernard, de Feldkirch, abad de Kemberg, que, habiendo leido en San Pablo *Melius nubere quam uri*, se arrancó la sotana, y anunció al mundo que habia roto sus votos, y que se podia casar públicamente. Era un hombre que á las exigencias de un grande abdómen, mucho mayor que el de Lutero, reunia la embriaguez y la gula, escediendo en la primera á Hessus-Eobanus, y en la segunda á Sickingen, y de una ignorancia tan crasa, que para justificar su incontinencia necesitó de la pluma de Melanchthon, que le hizo la limosna de 24 páginas en octavo. De allí á poco se casó el cura de Hirchsfeld, invocando otro verso de San Pablo; poco tiempo despues Carlostadio, encanecido en el servicio de la

iglesia de Todos los Santos, donde habia sido arcediano mas de quince años, queriendo romper las ligaduras, que se le hacian pesadas, y no habiendo podido los años estinguir en él los ardores juveniles, halló tambien en la Biblia una palabra que calmará sus remordimientos: tambien halló otra que hizo ruborizarse á la que debia casarse con él, lo cual hizo reir á Lutero. Un testo de la Escritura, del Viejo Testamento mas bien, fue lo que hizo casarse á Gerbel, de Strasburgo.

A cada voto de castidad que se quebrantaba, Lutero aplaudia desde su ermita, ó mas bien cueva de la Wartburg.

Como si las tentaciones de la carne no fuesen bastante vivas, y los goces del paraiso que Lutero habia prometido á todos los que se casasen no hubiesen sido bastantes á trastornar las cabezas de los pobres monges y religiosas, un dia se vió á la autoridad tocar á la puerta de los conventos, anunciando de parte de Dios y de su Verbo que la clausura estaba rota. Alguno hubo que pidió morir en la soledad; pero sús lágrimas, sus súplicas, no fueron compadecidas, y la reja del asilo de paz, donde habia encontrado la tranquilidad del alma, fue cerrada para siempre. Algunos aceptaron contentos la libertad que se les *imponia*, y no hicieron mas que salir del estado cenobítico como habian entrado, es decir, por llenar el estómago, como le pasaba al mismo Lutero. Este, por su parte, cuando supo la brutal violencia hecha á la conciencia de los religiosos que rehusaban abandonar su estado, prefiriendo la miseria á la apostasia, afeó lleno de indignacion la conducta de los que la cometieron; y si el Senado se enmendó, fue porque la voz del sajon tronaba, como la voz de Dios, desde las alturas de la Wartburg, haciendo renacer la legalidad. No seremos nosotros los que neguemos nuestra admiracion á la graciosa cólera de Lutero. «¡Qué violencia, gritaba desde su montaña; qué otras armas sino las de la persuasion! El que quiera creer,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que crea; el que no quiera, siga su camino: nadie debe creer á la fuerza: si es conducido á la fe, debe serlo por el ascendiente irresistible de la palabra del Verbo. Oid al Apóstol San Pablo: «Los que nacen á la verdad, deben ser »tratados como el niño recien nacido: el dulce alimento ma»terna al principio, despues algunas papillas, mas tarde »pan y alimentos sólidos.» Así debeis hacer vosotros; así debeis tratar á vuestro prójimo. ¿Qué madre castiga á su hijo cuando rehusa el dulce alimento de sus pechos?» Pronto debia mudar de lenguaje.

Trés doctores se vierbn entonces, que con la Biblia en la mano decian á la Iglesia católica: «Hijos del error, vosotros os empeñais en que el matrimonio es indisoluble, y no entendeis la palabra divina.»

Entre estos, Búcero, cuatro veces casado, Capiton, y otros evangelistas, que se les ocurrió decir un dia que el hombre, á imitacion de los patriarcas de la ley antigua, podia dejar su mujer y tomar otra, y cuantas mas quisiera; y no faltaron cátedras donde se enseñó un curso de divorcio y poligamia. Estas predicaciones habian de dar sus frutos. Se vieron, efectivamente, muchos católicos, que, despues de haber resistido todas las tentaciones de la carne por mucho tiempo, sucumbieron por fin, seducidos por las palabras de estos nuevos casuistas, y rompieron públicamente unos nudos que les oprimian, llevaron á sus casas una concubina, para imitar, como ellos decian, á los hombres del Viejo Testamento; estos se llamaron hijos de la libertad. Strasburgo fue una de las primeras ciudades, y de las mas aficionadas al matrimonio de los eclesiásticos: un buen jardin, una casa cómoda, una buena bodega, son cosas demasiado agradables para que desde luego no se acepten.

Por donde quiera que habia llegado la voz de Lutero, se propagaban en gran manera todos estos desórdenes. Erasmo, que los habia predicho, se reia de las lágrimas del de Worms.

En un momento todas las ideas mas disparatadas y la alucinacion de que es susceptible una cabeza enferma, se convirtieron en inspiraciones del Espíritu-Santo: nunca la luz divina se habia dispensado al entendimiento humano de un modo tan abundante.

La Biblia, como sucede con el cadáver puesto en la mesa del anatómico, sufrió los cortes del escalpelo de cada doctor, como Dumoulin, que mas tarde hizo la autopsia de la obra de Dios, y descubrió el error, que habia estado como escondido hasta la venida de Lutero: era la época de las glosas y comentarios; pero el tiempo, implacable en sus fallos, le ha hecho la justicia que merecia, convirtiéndola algunas veces en objeto de risa. Entonces se vieron tambien reformados que, para reconstruir el cristianismo, anunciaron que habian encontrado un argumento irresistible contra la Misa, el purgatorio y el culto de los Santos. ¡La negacion de la inmortalidad del alma! Esta idea fue concebida por los refugiados italianos, y merecieron la mas cumplida burla. Estos refugiados, habiéndose marchado de Wittemberg y establecido en Génova, vuelven á encontrarse en 1565, sosteniendo en plena cátedra, con tésis impresas, «que todo cuanto se habia dicho y pensado de la inmortalidad del alma era una patraña del Antecristo, inventada para *hacer hervir la olla del Papa.*» Y citábase á Lutero, que habia dicho: «Se ha discutido en gran manera, y se ha querido probar que el alma se habia producido por via de propagacion, y habia sido infundida en el cuerpo en el momento de la creacion: yo sostengo que el poeta tiene razon cuando dice que el *hijo* sigue al *padre.*»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XVII.

REVOLUCION CONTRA LUTERO.—1520-1522.

Trabajos literarios de Lutero en la Wartburg.—Su himno á la autoridad.—Alborotos de Wittemberg, promovidos por Carlostadio y Didyme.—Profanacion de las iglesias.—Guerra á las imágenes.—Erasmo protesta contra el fanatismo de Carlostadio.—Lutero se burla de Erasmo.—Defeccion de Carlostadio.—Estado de la Reforma: lo que destruyó, lo que edificó.—Dolor de Lutero.—Su pasion por las flores.—La Wartburg.

Acometido Lutero por las dolencias, por los ataques de los católicos, por los decretos de la Sorbona, por la crítica de las universidades, por la defeccion en la mayor parte de sus discípulos, por todo, en fin, lo que puede vencer el ánimo mas esforzado, no por eso se dejó atacar impunemente. Su espíritu activo no paró un momento: ni rogó, ni se humilló. Desde su mirador de la Wartburg pudo ver las llamas que devoraban los escritos, y podria decirse que desde esta hoguera, encendida por órden del Emperador, habia saltado una chispa, que fue á dar á sus mismos autores, y á producir otro incendio, que tarde se debia apagar. Apenas dormia Lutero mas que dos ó tres horas; todo el resto de la noche le empleaba en la correspondencia con sus amigos, para escitar su celo y ensanchar la brecha que él habia abierto á viva fuerza en el edificio papal, sin

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XVII.

REVOLUCION CONTRA LUTERO.—1520-1522.

Trabajos literarios de Lutero en la Wartburg.—Su himno á la autoridad.—Alborotos de Wittemberg, promovidos por Carlostadio y Didyme.—Profanacion de las iglesias.—Guerra á las imágenes.—Erasmo protesta contra el fanatismo de Carlostadio.—Lutero se burla de Erasmo.—Defeccion de Carlostadio.—Estado de la Reforma: lo que destruyó, lo que edificó.—Dolor de Lutero.—Su pasion por las flores.—La Wartburg.

Acometido Lutero por las dolencias, por los ataques de los católicos, por los decretos de la Sorbona, por la crítica de las universidades, por la defeccion en la mayor parte de sus discípulos, por todo, en fin, lo que puede vencer el ánimo mas esforzado, no por eso se dejó atacar impunemente. Su espíritu activo no paró un momento: ni rogó, ni se humilló. Desde su mirador de la Wartburg pudo ver las llamas que devoraban los escritos, y podria decirse que desde esta hoguera, encendida por órden del Emperador, habia saltado una chispa, que fue á dar á sus mismos autores, y á producir otro incendio, que tarde se debia apagar. Apenas dormia Lutero mas que dos ó tres horas; todo el resto de la noche le empleaba en la correspondencia con sus amigos, para escitar su celo y ensanchar la brecha que él habia abierto á viva fuerza en el edificio papal, sin

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

embargo de los gritos que sonaban en todas partes: «¡Al fuego! ¡al fuego el temerario! ¡leña, carbon para quemarle!» Su palabra era mas enérgica que todo eso; á su terrible rugido se habian reunido sus secuaces para destruir la obra tradicional de la Iglesia. En su destierro pudo creer que arrancaria algunas piedras del edificio católico; pero al presente, que la soledad le dejaba tiempo libre, no hubo cosa á que no llegaran los golpes de su martillo. Por ejemplo, la confesion, que él decia amaba de todo su corazon, pero que no aceptaba mas que como un precepto humano, aconsejando á sus amigos de Wittemberg que «tradujesen el folleto latino en que su caro Ecolampadio habia atormentado cruelmente al Antecristo y sus satélites:» el celibato eclesiástico, que él decia era una inspiracion de Satanás, alabando á Carlostadio, Kemberg y Bernard, que le habian dejado públicamente: el culto de las imágenes, que él queria abolir como cosa idolátrica: la Misa, que habia cesado de ser á sus ojos una cosa santa: el purgatorio, que le consideró como una ilusion: el órden sacerdotal, que no era mas que una vana ceremonia: la extrema-uncion una práctica introducida de pocos siglos: los votos monásticos, en fin, que no eran para el heresiarca mas que una inspiracion del estómago. Este es el catecismo católico, que todo entero quiso reformar y rehacer; mas como no era iluminado diariamente por la palabra divina, como él mismo confesó, y, por otra parte, la terminologia de la Biblia le pareciese *bastante oscura*, encomendó este trabajo á su discípulo Melanchthon. No conseguia que la divina luz alumbrase *cumplidamente* su entendimiento, y en ocasion que le faltaba el Espíritu-Santo, invocado para la inteligencia del sentido real de las Escrituras, entonces acudia á la autoridad de la Iglesia: en este caso las palabras de Lutero merecen ser citadas. Se agita con la resolucion de este testo: *Qui crediderit et baptisatus fuerit, salvus erit*, con el cual se reforzaba Carlostadio para probar la necesidad de un segundo bautismo. «Por lo demas (decia), ¿qué es lo que confiesa la Iglesia? Hé aquí una cuestion de hecho, y no de derecho: nosotros no debemos disputar si la Iglesia debe creer que la fe se infunde en el niño que recibe el bautismo, porque no hay ningun testo que la obligue á ello. ¿Qué hacer? ¿Acudir al derecho, á su misma creencia? ¿No tenemos su misma confesion? ¿No confiesa la Iglesia que el niño participa en el bautismo de los méritos de Jesucristo? Se objeta: Mas si Agustin y otros á quienes vosotros llamais la Iglesia han errado sobre este punto, ¿de dónde vendrá la certidumbre, siendo así que no podemos probar que su dicho sea su fe? Siempre la misma respuesta: A falta del derecho, tenemos el hecho material de su misma confesion. ¿Quién nos asegura que Agustin ha dicho la verdad, si no hubiésemos aceptado su confesion como bastante? Así es que su confesion concuerda con la Escritura. Mas que él haya creido lo que él confiesa, es justamente porque no lo sabe probar. ¿No es un singular milagro de Dios que la necesidad del bautismo de los recien nacidos no la hayan jamás negado ni aun los mismos herejes (1), que jamás se haya alzado una voz contra esta práctica? ¿Que todas las sectas, por el contrario, la hayan admitido y respetado? Negar que el bautismo es conforme á lo que sostiene la Iglesia, seria una iniquidad; seria negar á la misma Iglesia. Si el bautismo de los recien nacidos no fuese un artículo de su creencia, sus doctrinas variarian completamente: la Iglesia no confiesa mas que lo que cree.»

¿Es esto un sueño? Hemos buscado la fecha de esta carta de Lutero á Melanchthon, para ver si estaba escrita en la época en que Lutero, segun su misma espresion, marchaba envuelto en las mantillas del papismo; pero vimos que al formular tan soberbio argumento en favor de

(1) Esto lo dice Lutero. (*N. del T.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la autoridad, estaba libre, y habia sacudido todos los vínculos y los recuerdos del pasado. Aquí no habla el monge; habla el doctor, el eclesiástico de Wittemberg, apoyándose en las altas razones con que Dios ilumina y se revela á sus elegidos. Así, pues, cuando Eck en Leipzig y Veh en Worms apelaron á la autoridad, ¿defendió tambien las creencias que la Iglesia habia confesado constantemente? Entonces la razon del reformador se alzó indignada, y exigió testos que despejasen la inteligencia, como el sol disipa las tinieblas. Ahora los papeles se habian cambiado: Carlostadio hablaba al presente como Lutero en la Dieta, y Lutero como Veh. Contra el riesgo inminente del anabaptismo que nacia, empleó Lutero el mismo argumento que el doctor católico contra las novedades de la Reforma. ¡Así es que Lutero no usó de su entendimiento, no turbó el reposo de la Iglesia y la paz de la Alemania, no hizo todo ese gran ruido que conmovió el universo, sino solo por descansar en el sepulcro de la letra, en cuyo alrededor vió él tendidos á todos sus adversarios! Llamó á los Padres de la Iglesia en ayuda de su fe, y felizmente para nuestro consuelo no fue esta su única trasformacion que nosotros podemos sorprenderle durante su largo apostolado: su vida está llena de mudanzas. No hablamos de aquella vida monacal, que podemos representárnosla como llena de las fantásticas imágenes de la juventud, sino de su vida de atleta, cuando combatia y enseñaba bajo las inspiraciones de su Señor Dios. En su *Cautividad de la Iglesia en Babilonia*, escrita en 1520, no sostiene la integridad de los Sacramentos, que poco despues redujo á dos en su carta á Melanchthon, y mas tarde á tres en la confesion de Augsburgo. En esta nueva confesion (*exemologese*), ¿no se le vió admitir que el cuerpo y sangre de Jesucristo son mas que las simples especies de pan y vino, con gran escándalo de Swenckfeld, que le reprendió amargamente esta evolucion de doctrinas? En el coloquio de Marburgo entre él y Bucero, ¿no

contradijo que el pan quedaba en el cuerpo? Si en Wittemberg adoró el cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía, no tardó en proscribir esta adoracion. Abrid el libro *Adversus Bohemus* y el de la *Cautividad de Babilonia*, y ved algunos de sus capítulos: la comunion es tratada de práctica indiferente: y mas tarde, ¿no la erigió en dogma? ¿Qué quereis mas? ¿Quereis tambien milagros en los reformadores? Ya los vereis.

Porque «Satanás se habia introducido en el rebaño de Wittemberg;» Satanás, es decir, el demonio del orgullo y de la rebelion. Lejos de este incendio, que arrojaba violentas llamaradas de un fantástico resplandor, como las locuras de aquellos maniacos, algunos discípulos enardecidos quisieron sondear el misterio de la concepcion luterana. Así debia suceder: se trató á Lutero como él habia tratado la autoridad: se le volvió duda por duda, negacion por negacion: en virtud del principio que le habia separado de la Iglesia, se quisieron tambien separar de él, y así como él habia contristado el corazon del Padre comun, él tambien apuró su copa de amargura.

Llegamos al principio del año 1522. Carlostadio, seguido de Didyme y de otros hombres del pueblo, fanatizados por las predicaciones, entra un dia durante los divinos oficios en la iglesia de Todos los Santos, y se atreve á derribar y hacer pedazos las imágenes y pinturas y demas objetos sagrados, gritando á los concurrentes: «¡Tú no harás jamás imágenes ni otra representacion material de las cosas que son en los cielos, ni de las que están sobre la faz de la tierra!»

Con este testo con que él quiso ofuscarlos, los magistrados de Wittemberg quedaron mudos: ni uno tuvo valor para castigar al iconoclasta y lanzarle ignominiosamente del templo. Entre tanto Carlostadio cometia la misma horrible profanacion en otras iglesias llenas de esculturas, hijas del arte germánico y envidia de las producciones artísticas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que ilumina el bello sol de la Italia; inspiraciones espontáneas, puras, ideales, que habian hecho de cada templo un museo, donde la imaginacion se estasiaba y el entendimiento se instruia con las ideas de una belleza que podia elevar la escultura nacional sobre la hermosura y la perfeccion del antiguo. ¡Leccion grande de los efectos que produce el doble principio en que se reasúmen el catolicismo y la reforma luterana: el primero, sujetando su razon á la fe, respeta y honra las obras del hombre; la otra, queriendo emancipar la razon humana de la tutela de la revelacion, halla un testo en la Escritura para santificar su feroz vandalismo! Ved á estos monges apóstatas, frios ante el espectáculo de estas nuevas saturnales; ved á los que se reian en otro tiempo de sus hermanos porque atacaban á Reuchlin. Bajo sus hábitos late un corazon insensible á estas profanaciones, solo ardiente y exaltado por las bellezas del matrimonio, predicadas por Lutero. Uno de estos, sin embargo, denunció estos atentados á Lutero: mas, ¿sabeis por qué se inquieta Staupitz? ¿Creeis que se alteró por la pérdida de tantos tesoros arqueológicos perdidos para la ciencia? Nada de eso: lo único que hizo fue averiguar si el testo de la Biblia estaba bien aplicado por Carlostadio.

Mas, decia el arcediano, ¿á qué hien se ha de conducir al hombre? Dios ha hablado por la boca de su Profeta: ved la Escritura: ¿no dice: «Tú no harás estatuas?» ¿Y se dirá que es un crímen destrozar los ídolos? Y todos los que contribuian á la devastacion de los templos repetian el mismo testo.

En Zurich se quiso formar causa á las imágenes, y condenarlas, y no faltó quien formuló un acta de acusacion en forma, con el título de *Juicio de Dios contra las imágenes*, mediante el cual estos emblemas mudos de la Religion fueron condenados como reos de idolatría. Al poco tiempo un artesano, llamado Hottinger, se encargó de ejecutar la

sentencia de Dios, y, seguido de algunos vecinos, se atrevió á derribar el Cristo crucificado que habia en las puertas de la ciudad. Zurich enmudeció de asombro; el consejo se reunió, y Hottinger fue llevado á la cárcel. Despues Zwinglio se encoleriza y declama contra el culto á las imágenes, proscrito por la ley de Moisés y por el Evangelio, que no revocara el mandato del legislador de los hebreos. Y no solo se destruyeron las imágenes por donde pasó el torrente destructor de la Reforma, sino que tambien, ¡quién lo creyera! los manuscritos preciosos en que toda una escuela de hombres, entregados á la soledad del claustro, habian hecho reaparecer, con los mas vivos colores que el tiempo no habia podido destruir, las principales escenas de nuestra regeneracion cristiana, fueron tambien pasto de las llamas; los cristales pintados, cuyo secreto con tanto esmero quiere hoy restablecer el arte protestante, cayeron tambien hechos pedazos al golpe del martillo reformista; las personas piadosas que guardaban en sus casas la imágen de su santo patron, eran conducidas á las cárceles.

Cualquier persona dotada de gusto artístico, segun hablan los escritos contemporáneos, consideraba como un ultraje los furores de Carlostadio. Erasmo fue el primero que protestó contra tales actos de vandalismo, y tomó sobre sí la defensa de las imágenes, con una elocuencia que fluia del corazon.

«El que quite la pintura de la vida, decia escribiendo á uno de sus amigos, despoja á la existencia de sus mas dulces impresiones: la pintura es mas elocuente que la palabra. Es una falsedad sostener que las imágenes sean inútiles. En otro tiempo, en los templos de los judios, habia imágenes de querubines, figuras fantásticas de hombres y animales. Los símbolos que decoran nuestros templos cristianos no se destinan á la adoracion de los fieles; son mas bien unos adornos elegantes y recuerdos piadosos. ¿Creeis vosotros que si las escenas de la vida de Jesucristo estu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

viesen pintadas sobre nuestros edificios sagrados, estas representaciones materiales no llevarian el alma á la contemplacion de la vida del Salvador? No, lo repetimos; los católicos no ofrecen las imágenes del culto de los hombres, y los homenajes que les rinden naturalmente les conducen al recuerdo vivo del santo que ellas representan. ¡Desterrad, puesto que no quereis las imágenes; desterrad los mapas y estampas; desterrad los adornos, con cuya ayuda un artista sostiene lo mismo una cátedra ó púlpito, y la veleta, en fin, en que termina el campanario!»

Lutero, por su parte, tambien se irritó, no por amor al arte, sino por el de la libertad, de que era á las veces ardiente defensor.

«Yo condeno las imágenes, gritaba él desde su *Pathmos;* mas las ataco por la palabra, no por el fuego, para que en lo sucesivo no se tenga en ellas la fe que se ha tenido hasta hora; por sí mismas se derrocarán cuando el pueblo se haya ilustrado lo bastante para saber que nada significan á los ojos de Dios; así es cómo yo quiero borrar de las conciencias esas fantasias papistas de la confesion, comunion y el ayuno. Tengo piedad de ese pueblo que, olvidando á Dios, su fe, su caridad, se gloría de su cristianismo, porque en presencia de personas enfermas osa hacer uso de viandas delicadas: que comulgue con las dos especies, y que deje de ayunar.»

La voz de Lutero tronaba de vez en cuando para hacerse entender desde Wittemberg. Carlostadio, despues de haberse dedicado á la destruccion de las imágenes, se ocupó en predicar contra su culto. Entonces fue cuando, mostrándole Staupitz la carta del reformador, Carlostadio se sonrió, respondiendo: «Está escrito: «Es mejor obedecer á »Dios que á los hombres.» Insistió Staupitz, y le habló del disgusto que habian causado al Padre comun tales profanaciones de los lugares sagrados. El arcediano respondió: «No es nuevo que la palabra de Dios trastorne el mundo: cuando

Herodes supo el nacimiento de Jesucristo, tembló con toda su corte: la tierra se estremeció, y el sol quedó oscurecido á la muerte de Cristo. Una prueba de que es verdadera mi doctrina, es que la muchedumbre y los mejores sabios se ofenden de ella. Escuchad al salmista: «Dios ha elegido á los enfermos y á los insensatos: la inteligencia de su palabra corresponde á aquellos en que está la simplicidad del corazon.» Diciendo estas cosas, no hacia el iconómaco mas que traducir lo que Lutero habia escrito algunas noches antes á Enrique de Bunau, arcediano de Elsterwick.

—Sin duda, le oponia Staupitz, nuestro padre condena, como vos, el culto de las imágenes; mas no quiere la violencia. Desea que se les ataque con la caridad evangélica.

—Tú olvidas, replicaba Carlostadio, lo que ha escrito Lutero: «La palabra de Dios no es una palabra de paz; es un ardid.»

Staupitz le amenaza con los rigores del infierno.

Carlostadio se sonrió, y asiéndole bruscamente del brazo, contesta:

—Padre mio, esta es la amenaza que hizo á Fr. Martin el Cardenal Cayetano. ¿Y qué respondió el hermano? ¿No te acuerdas tú? «Yo iré donde Dios quiera.»

Cesó la conferencia, y Staupitz escribió su resultado á Lutero, que desde estas circunstancias conservó á su antiguo maestro de teología un odio, que el tiempo no pudo aminorar. El discípulo no tuvo la menor piedad del maestro con quien largo tiempo habia estudiado la ciencia teológica. Melanchthon le abrumó con sus sarcasmos hasta la tumba, haciéndole parecer como la estrella de la escuela de Wittemberg, como el águila de la teología escolástica, como un loco furioso, sin genio, sin doctrina, sin buen sentido, ignorante en las letras, y en quien no habia una chispa del Espíritu divino. Carlostadio hubiera podido poner en evidencia la inconstante conducta de Lutero, cuya palabra era, como el viento, que á todas partes y en todos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sentidos se habia dirigido, y que en un mismo dia, al mismo hombre, cubria de lodo y de laureles.

Pero cometió la falta de creerse aun en los bancos de la escuela y juzgar á su discípulo segun los principios del silogismo aristotélico. Lutero habia ceñido con una diadema á la razon humana. Carlostadio lo tomó por lo serio, y convirtió á la lógica en monarca, sin comprender que el reformador, en caso necesario, podia arrebatar á la razon las alas que él mismo le habia prestado. Queriendo volar Carlostadio, venia al suelo, abrasado por los rayos del sol que habia creado su discípulo; cuando dudaba, Lutero le imponia la fe, y cuando examinaba, Lutero le exigia que creyese bajo su palabra. La primera vez que Carlostadio quiso hacer uso de su razon, ilustrada por las luces del espíritu de Dios, cuyo socorro habia implorado, acercándosele Lutero, le dijo: «Tu luz brilla, *ut stercus in terra.*» Como tendremos lugar de observar, Carlostadio intentó otras grandes locuras, recurriendo á las Sagradas Escrituras, para resolver la cuestion del bautismo de los niños. Al decir de Lutero, el Espíritu-Santo se separó nuevamente del arcediano, y de ahí que, aunque le buscó durante un año, no pudo encontrarle mas que en una sola ocasion, cuando celebró su matrimonio, que tanta alegría produjo á la Iglesia de Wittemberg.

El destino del principio protestante era entregar al desórden las almas de aquellos de quienes se apoderaba: destruida la admirable constitucion católica, no podian menos de ser víctimas de la anarquía las iglesias luteranas.

Echemos una mirada á nuestro derredor, y veremos cuál era á la sazon el estado de la Reforma. En Wittemberg y en todas las partes donde domina y vive Lutero, la Reforma se presenta con su carácter rencoroso é intolerante.

Ya no dice: «Es por el Verbo solo por quien es preciso fundar el reino de Dios,» sino: «Ha llegado el momento de

intentar alguna cosa atrevida en nombre de Jesus; de formular una Misa, una comunion; de obrar, en fin, y, mas bien que con las palabras, con los hechos, apoderarnos de la administracion espiritual. ¿Por qué hemos de tener miedo á tres ó cuatro *marranos* que dominan en esa casa de perdicion, llamada la iglesia de Todos los Santos, y cuya pestilencia, á la vez que contribuye á su propia corrupcion, causa náuseas á los que son cristianos?

Desde Wittemberg la Reforma principió á estenderse por el Palatinado, la Sajonia y las orillas del Necker. Algunos hombres atrevidos intentaron llevarla á los Paises-Bajos, á Bruselas, á la Lorena y á Amberes; pero pagaron con su sangre ó con la libertad la desobediencia á las órdenes de Cárlos V. Los hagiógrafos protestantes han escrito esos nombres en su martirologio. Merced á los disturbios que conmueven á la Dinamarca, logran los sectarios introducir las semillas de la nueva doctrina; y el ejemplo que da el príncipe arrastra muy pronto á sus vasallos, logrando asi romper para siempre con el catolicismo. La Pomerania concede asilo á los misioneros luteranos; Prusia los oye con alegría, y la Alsacia vacila entre la autoridad de Lutero y la del Papa, fuertemente combatida por las predicaciones del anabaptismo. En Suiza se nota gran conmocion, y hay en ella un duelo á muerte entre los dos cultos: los dos han ofrecido discutir delante del pueblo, el cual se decidirá, segun el resultado, ó á irse con Zwinglio, ó á permanecer unido á la Iglesia romana.

Llegado el dia, tremolan al aire las banderas de los cantones, y aparecen en medio de un vasto campo Zwinglio y Eck. Terminada la controversia, gritan unos: ¡*Viva el Papa*! y otros ¡*Viva Zwinglio*! Los tres cantones de Schwytz, de Uri y de Unterwald, fundadores de la independencia helvética, quedan fieles al culto de sus padres, y emprenden de nuevo, bajo la direccion de los párrocos, el camino de las montañas, en las que tres siglos despues los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vemos morir defendiendo, con Luis Reding, su patria y su libertad. En Basilea, á instigacion de Ecolampadio, el Senado reniega de su fe, y por premio, ó quizá por condicion de su apostasía, la Reforma entrega á los magistrados los bienes del clero católico. Poco despues se espulsa á los vencidos, á quienes era preciso alimentar, considerándolos como facciosos é idólatras.

Ahora bien: ¿se quieren conocer los perjuicios que produjo al catolicismo la revolucion sajona? Helos aquí: abolicion de la confesion, de la Misa, de los sufragios por los difuntos, del culto de los santos y de las imágenes, de la consagracion sacerdotal, de los votos monásticos, de los ayunos, de la abstinencia, de la extremauncion, de las buenas obras y del libre albedrío. ¡Habrá quien lo crea! Llegó hasta el punto de querer ahogar ese grito que parte de lo íntimo del corazon, y que el alma en pena eleva incesantemente hasta el trono de todas las misericordias; porque decia Lutero: «Basta orar una ó dos veces; porque Dios ha dicho por San Mateo, II, 22: «Lo que pidiéreis se os concederá;» orar y volver á orar es señal de que no tenemos confianza en el Señor.»

Al lado de lo que ha destruido, hé aquí lo que la Reforma ha fundado: negaciones; la fe sin obras, ó sea la impecabilidad del hombre; la condenacion del libre albedrío, ó sea la desesperacion, el fatalismo ó la tiranía de Dios; el matrimonio de los eclesiásticos, la bigamia, el divorcio, y el desórden en la Iglesia y en las conciencias: un reino dividido y levantado contra sí mismo. En la época que nos hallamos la hidra luterana tiene cien cabezas: los anabaptistas, que creen, con Munzer, que sin un segundo bautismo el hombre no puede salvarse; los carlostadianos, que predican la poligamia; los zwinglianos, que rechazan la presencia real; los osiandristas, que enseñan que Dios no ha predestinado mas que á los elegidos; los mayoristas, que creen que no se necesitan las obras para salvarse; los synergistas,

que predican la libertad de la voluntad en el hombre; los ubignitarios, que sostienen que la humanidad de Cristo se halla en todas partes donde está su Divinidad; y los sustanciarios, que el pecado original es la esencia, la naturaleza y la sustancia del ser humano. Todas estas sectas, que consideraban el Evangelio como regla suficiente, proponian nuevas confesiones, formulaban nuevos símbolos é imponian nuevos dogmas. Nacidas de un mismo padre, del cual han renegado, se maldecian, se acusaban de herejía, y unas á otras se cerraban las puertas del cielo. Si se las interroga separadamente, se encuentra un evangelio sin creyentes y una revelacion sin cristianos; Lutero condena á Ecolampadio, este condena á Munzer, y Munzer á su vez condena á Zwinglio. Pero la verdad, ¿dónde está? ¿Dónde está el Cristo? Precisamente allí donde las sectas dicen que no se halla; en la unidad católica.

Lutero sufre el castigo que merece su rebelion contra la Iglesia católica; no ve en torno suyo sino decepcion, duda y escepticismo; y así como él arrojó orgulloso el guante contra la autoridad, así tambien se encuentra obligado á recogerlo, para volverlo á arrojar contra los falsos sectarios que él mismo ha engendrado. Es preciso contemplarle para saber lo que padece en la Wartbourg, con las manos levantadas á Dios y con la vista fija sobre Wittemberg, donde rugen furiosas tempestades que su voz no puede conjurar. Sus amigos comienzan á abandonarle, y aquellos discípulos tan queridos y sus maestros emprenden otro rumbo, que los aleja del heresiarca.

«¡Dios mio! esclama: tú me desamparas; tu cólera sopla sobre mi cabeza. ¿Qué he hecho yo, Señor?» Vamos á ver cómo fue oida su plegaria: —Azotes á los estudiantes revoltosos que queman sus libros de clase.—Los estudiantes responden: Está escrito en San Mateo: «No tomeis el nombre de maestros.»

Para arrancar el Evangelio del corazon de los hom-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bres, Satanás no pudo inventar nada mejor que las Universidades.—Bautiza al niño, dice Lutero á Didyme; y Didyme responde:—El que cree y es bautizado, entrará en el reino de los cielos; el niño no cree. —Pero lee, desgraciado, le dice á Storck el profeta; esta es la enseñanza de la Iglesia, y Didyme y Storck repiten á coro: —¡Papista! no hay otra autoridad que la de la Biblia, ni mas luz que aquella con que nos ilumina el Espíritu-Santo: nosotros marchamos en las vias de Dios.—Vosotros no veis el rostro del Señor: yo os maldigo, replica Lutero. Y los profetas serien de su colera, como él se habia reido de la de Tezel y Cayetano, marchando de este modo el error con igual prisa que la peste.

Si Lutero no sucumbe, es porque tiene un alma impresionable; y una nube en el cielo, el canto de un pájaro que se posa sobre la ventana de su habitacion, un vaso de cerveza de Eimbek, cualquiera objeto, en fin, por poco interes que escite, logra disipar su melancolia. Cuando sentia pesada la cabeza, ardorosa la frente y fatigada la vista, se asomaba á la ventana, y allí respiraba un aire puro, envuelto en el perfume de las flores y plantas cercanas, olvidándose del mundo esterior. Estos detalles los debemos á su discípulo Mathesio.

Una mañana del invierno, estando inclinado sobre la pequeña cubierta esterior de su ventana, descubrió un tiesto de violetas, que el guardia, conociendo los gustos del prisionero, habia prendido á la reja durante la noche por medio de unos hilos de alambre. Casi todas estaban escondidas y como sepultadas entre la nieve. Una sola parecia romper y abrirse paso á traves del blanco sudario que las encubria, mostrando toda temblorosa su húmeda corola, y viéndosela inclinar su frente á impulsos de una ráfaga de viento, para no volverla á levantar mas. Lutero aparta dulcemente los pliegues de la nevada ropa, enjuga el tallo con la estremidad de sus

dedos, y la calienta con su aliento. Bien pronto la planta se reanimó, y parecia revivir, haciendo ciertos movimientos de un gracioso efecto. Jamás el infeliz monge habia tenido un placer tan puro y sencillo como este: estuvo fuera de sí, y no pensó, ni respiró, ni vivió mas que para su pequeña violeta. ¡Con cierto aire amargo siguió observando las fases de esta palingenesia originada por un soplo, de este despertar despues de un letargo de muchas horas, de esta nueva vida que habia dado á su cautiva por medio de su aliento, de este nuevo prodigio que habia producido con algunas partículas de aire salido de su pulmon! ¡Cómo tembló su mano cuando tentó romper los hilos con que la habia atado el guardia, impaciente por trasladar la maceta á su habitacion, para renovar el milagro de la resurreccion de otras flores! En fin, rompe por último las ataduras prendidas á las barras de la reja, y fuera de sí coloca su tesoro sobre la mesa de escribir: enciende su lámpara á toda prisa, y empieza su obra, que es coronada con el mejor éxito y con la mas completa alegría por parte suya.

A medida que la nieve iba deshaciéndose con su aliento, se la veia renacer á la vida. Una sola flor no pudo revivir. ¡Estaba muerta! Lutero guardó tristemente la corola de la pequeña flor marchita, descolorida, despues de probar en vano á hacerla sostener sobre su tallo mustio y encorvado sobre el pie. «¡Pobre flor! decia: ¡Dios solo podria devolverte la vida!... ¡Adios! ¡Adios para siempre!» Y se agitaba y lloraba como un niño.

Al caer de la tarde, cuando el sol se escondia tras las cimas del monte de la Wartbourg, Lutero salió de su prision, y, seguido del perro del guardia, marchó á descansar bajo uno de aquellos árboles que hermosean los alrededores del castillo. Se deleitaba con los gritos salvajes del ave nocturna que pasaba sobre su cabeza, con el murmullo del ramaje movido dulcemente por el aire que circulaba por entre los pinos, con el eco de las rocas, con el ru-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do cadencioso del hacha del leñador. Tan indefinible concierto de sonidos y voces armoniosas, era un lenguaje magnífico, que calmaba sus dolores. Muchas veces, estasiado con el grandioso espectáculo de la naturaleza, quedaba mecido en un ligero sueño, interrumpido por los pasos del guardia. Lutero entonces se levantaba sin murmurar, y tomaba el camino de su *Pathmos*, donde le esperaban, como siempre, noches de tribulacion y de terribles visiones.

Y marchaba cantando, como por el camino de Worms:

Mi Dios es una ciudadela.

¡Siempre cantares belicosos!

CAPITULO XVIII.

TRABAJOS LITERARIOS: LA BIBLIA.—1521.

Lutero trabaja en su Simbólica.—Su Biblia alemana.—Exámen literario de esta traduccion.—Entusiasmo que ella escita.—Emser refuta la obra de Lutero.—Faltas en que fue cogido este.—Opinion pública en Alemania respecto á la obra.—La Iglesia católica habia ya traducido la Biblia á la lengua vulgar largos años antes que Lutero.

En su soledad se ocupaba Lutero de la formacion de un símbolo, en que el espíritu fatigado encontrase un punto de descanso; es decir, Lutero volvia á la fe. Los católicos le reprochaban con su incesante movilidad de opinion, y no pudieron menos de alegrarse de este nuevo pensamiento caprichoso y variable, que sus mismos discípulos no pudieron formular, y que Emser compara, con mucha razon, á esas figuras bizarras que forma incesantemente el mar al estrellarse contra las costas. Efectivamente, los católicos, siempre que eran atacados, pedian á sus enemigos religiosos un símbolo, una relacion de los artículos ó dogmas de la nueva creencia, y Lutero, comprendiendo que sobre las ruinas de la anciana Iglesia debia elevarse la nueva Jerusalen que él habia anunciado á los hombres, y que no era la fe obediente y sumisa, como el espíritu de discusion y la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do cadencioso del hacha del leñador. Tan indefinible concierto de sonidos y voces armoniosas, era un lenguaje magnífico, que calmaba sus dolores. Muchas veces, estasiado con el grandioso espectáculo de la naturaleza, quedaba mecido en un ligero sueño, interrumpido por los pasos del guardia. Lutero entonces se levantaba sin murmurar, y tomaba el camino de su *Pathmos*, donde le esperaban, como siempre, noches de tribulacion y de terribles visiones.

Y marchaba cantando, como por el camino de Worms:

Mi Dios es una ciudadela.

¡Siempre cantares belicosos!

CAPITULO XVIII.

TRABAJOS LITERARIOS: LA BIBLIA.—1521.

Lutero trabaja en su Simbólica.—Su Biblia alemana.—Exámen literario de esta traduccion.—Entusiasmo que ella escita.—Emser refuta la obra de Lutero.—Faltas en que fue cogido este.—Opinion pública en Alemania respecto á la obra.—La Iglesia católica habia ya traducido la Biblia á la lengua vulgar largos años antes que Lutero.

En su soledad se ocupaba Lutero de la formacion de un símbolo, en que el espíritu fatigado encontrase un punto de descanso; es decir, Lutero volvia á la fe. Los católicos le reprochaban con su incesante movilidad de opinion, y no pudieron menos de alegrarse de este nuevo pensamiento caprichoso y variable, que sus mismos discípulos no pudieron formular, y que Emser compara, con mucha razon, á esas figuras bizarras que forma incesantemente el mar al estrellarse contra las costas. Efectivamente, los católicos, siempre que eran atacados, pedian á sus enemigos religiosos un símbolo, una relacion de los artículos ó dogmas de la nueva creencia, y Lutero, comprendiendo que sobre las ruinas de la anciana Iglesia debia elevarse la nueva Jerusalen que él habia anunciado á los hombres, y que no era la fe obediente y sumisa, como el espíritu de discusion y la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

razon siempre progresiva é indefinida en su marcha y en sus conquistas, creyó llegado el caso de fundar su dogma, y trabajó sin cesar noche y dia en el símbolo de la fe luterana, animado por la tranquilidad agreste de la Wartbourg. Con tal propósito, trabajó varios tratados, en que se esponian claramente los puntos fundamentales de la doctrina protestante; á saber: uno, que trataba de la supresion de la Misa privada, dedicada á sus hermanos los agustinos; otro, que dedicó á su padre Hans, sobre los votos monásticos, y en que, aparte de la pesadez de la esposicion dogmática, sorprende la efusion de los mejores sentimientos de piedad filial, que hacen honor al corazon de Lutero; sus folletos contra Ambrosio Cattarin, donde quiere probar, con la Escritura en la mano, que la bestia del Apocalipsis vivia y reinaba en Roma; en fin, sus comentarios sobre los cuarenta versos de David, para mitigar el furor del rebaño de Wittemberg.

Mas de todas ellas, la que él trabajó con mas constancia, y la que debia tener mas influencia sobre los destinos de la Reforma, su obra predilecta, su gloria como escritor, era sin duda la traduccion en lengua vulgar del testo de las Sagradas Escrituras. Con el entendimiento rico ó pobre, sano ó enfermo, elevado ó deprimido, que le erigió en intérprete de los sagrados testos, produjo un libro, que no dejó de tocar ninguno de los misterios de lingüística en que se envuelve el sublime sentido de las Divinas Escrituras. Como él habia destruido el sacerdocio, repartiendo entre los hombres sus funciones, el hombre sacerdote debia tener un título en que su apostolado estuviese escrito de mano del mismo Dios. A los ánimos indóciles que se mantienen de ilusiones y se inflan con pensamientos de orgullo y arranques de entusiasmo, como Munzer y Storck; á los espíritus revoltosos, como Carlostadio; á los que se dejan llevar de cualquier impulso, como Didyme; á las almas simples, como las de los niños del anabaptismo, á todos habia dicho

Lutero: «¡Ved aquí el libro de la vida: ya no habrá mas dudas ni mas oscuridad para vosotros; estais autorizados, podeis traducir é interpretar los Libros Santos, porque es y ha sido acordado el don de la interpretacion!»

¡Cosa chocante! En el momento en que hablaba así Lutero, este hombre de saber, y escelente hermenéutico, que toda su vida habia practicado la Biblia, pedia esplicaciones, y no sabia qué decir de un testo tan fácil y tan claro como este: *Aliogui filii vestri immundi essent, nunc autem sancti sunt*; en el mismo instante se creia autorizado para burlarse de las desatinadas interpretaciones de Carlostadio ó Munzer. Mas cuando el soplo del Espíritu-Santo descendia sobre Munzer ó Carlostadio, era porque habian leido la palabra divina en un libro en que los signos inmutables no habian temido ni al olvido de los siglos, ni á las falacias de una crítica siempre dispuesta á corromper y alterar un testo con mas fuerza que la poderosa mano del tiempo.

El Evangelio debe estar escrito en una lengua muerta. Juzgad cuál seria la suerte de este libro si sus conceptos llegasen al entendimiento entre imágenes poéticas y formas literarias, cuya moda pasa, como la del corte de nuestros vestidos, que se alteran á cada trasformacion de la humanidad, y que siguen todas las leyes del progreso material. En vano velaria la autoridad sobre la pureza de la palabra divina y sus prescripciones: esta palabra, que Dios nos ha dado para nuestra salud, no seria mas que un signo caprichoso y falaz. En una lengua muerta, que ha dejado ya de estar en el comercio mundanal de los hombres, y en la espresion acalorada de sus dudas y su ambicion, la palabra divina es el arca santa sobrenadando en rio caudaloso, cuyas profundas masas líquidas impiden la aproximacion. Por eso el catolicismo ha conservado en su culto el uso de la hermosa lengua del Latino.

Lutero, por el contrario, usaba un idioma fácil y obediente á todos los caprichos de su fantasia: el aleman sajon,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de formas robustas, atrevido en sus giros; el anciano idioma d'Hermann, que no habia podido cortar la espada romana, el único que sin gran desventaja puede reproducir convenientemente los sagrados testos, ese lenguaje ha envejecido tambien y probado la suerte de todas las lenguas humanas.

La traduccion de la Biblia es todavía un monumento elevado á las letras; improba tarea que desafía la vida de un hombre, y que Lutero terminó en el espacio de algunos años. No obsta que la crítica le reproche el haber empezado su trabajo con cierto abandono y sin el estudio detenido de las voces hebráicas que mas tarde hizo en las soledades de la Wartbourg: no importa; el alma del poeta debe admirar una version en que el lenguaje bíblico revive fresco, brillante, melódioso. Ciertamente la palabra de Lutero reproduce la frase original con un encanto y tal simplicidad, que llega hasta el corazon, y que cuando es necesario se reviste de pompa y de civismo, y toma todas las caprichosas formas que quiere darle el artista: ingenua, sencilla al hablar de los patriarcas, elevada con el profeta Rey, popular con los evangelistas, amorosa con San Pablo y San Pedro, en toda ella se descubre, imágen por imágen, llama por llama, resplandor por resplandor. Añádase á todo esto esa fragancia de la antigüedad que despide sobre ella la anciana lengua en que habla Lutero, y que seduce, como las sombrías tintas que distinguen los grabados de los antiguos maestros alemanes.

Admira el entusiasmo con que fue recibida en Sajonia la version de Lutero, sin embargo de faltarle el Nuevo Testamento, que es sin duda el mas precioso fragmento de este libro inspirado. Para los católicos y para los protestantes, que no veian en este trabajo mas que la glorificacion del idioma nacional, debia ser una novedad curiosa, en que el viejo sajon reflejaba como un espejo todas las bellezas del original. Los literatos, sobre todo, estuvieron

mas complacientes de cuanto se puede esperar. A los ojos del público, esta traduccion rehabilitó el idioma nacional, en términos que pudiese competir en lo sucesivo con los idiomas orientales.

Llamaban á esta obra lexicológica un prodigio; los discípulos del autor la apellidaban un milagro, una inspiracion celestial. La prensa, dirigida por tipógrafos que habian seguido el movimiento religioso de los espíritus, y se habian unido á los intereses materiales, tuvo un especial cuidado de reproducir la obra mas importante del monge, con una elegancia y pureza de tipos desconocidas en aquella época, y que aun hoy admiran á los que tienen el placer de contemplarlos. Hans Lufft la imprimió con caractéres fundidos espresamente para la obra: tiraba cada dia cerca de tres mil pliegos; de modo que desde 1537 á 1574 habia en Sajonia cien mil Biblias alemanas.

La calcografía, en un momento en que se hacia una guerra tan cruel á las imágenes, vino tambien á reunir sus bellezas á las de la imprenta, llenando las cubiertas y portadas de arabescos, festones, flores y figuras fantásticas, cuyo diseño mas de una vez se debia á los genios de Lúcas Cranach y Alberto Durero. El Nuevo Testamento de Lutero debia ser un libro de moda, que se encontraba con frecuencia sobre el tocador de las mas elegantes damas, apasionadas á su lectura, y que le llevaban consigo cuando iban á pasear, y durante el paseo leian y comentaban la obra con un fervor ascético, y defendiendo su testo de los ataques del clero, del doctorado y de la magistratura, á quienes ellas trataban de ignorantes y enteramente estraños al conocimiento de los idiomas griego, hebreo y latino, ¡que solo, segun ellos, Lutero habia podido comprender!

El doctor alaba el proselitismo de una dama llamada Arguda, descendiente de una ilustre familia de Baviera, que tomó sobre sí la defensa de un religioso desterrado de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ingolstadt, y se ofreció á disputar públicamente en latin ó en aleman.

«El Cristo, decia ella, no se desdeñó de hablar de Religion con la Magdalena y con otra jóven samaritana; ni San Gerónimo de mantener una larga correspondencia epistolar con las mujeres. ¡Baldon al que tenga por sospechosa la version de Lutero! La palabra del doctor es un sonido divino, y si alguna vez el reformador la abandonase, bastaria yo sola para defenderla y sostener su honor.»

Los magistrados de Ingolstadt no quisieron irritar á este teólogo con enaguas, y la dejaron desahogarse.

El catolicismo envejecia sobre el depósito de la fe: en el momento que la Alemania protestante recibió la version del Nuevo Testamento, libro caido del cielo, apareció un hombre, conocido del reformador por los rudos ataques que habia sufrido de él: este era (1) aquel de quien Lutero pedia á Dios, como una gracia especial, le separase de su camino. Emser, quien le observaba y espiaba para emprender á la menor señal otro combate, no habia muerto en el anterior. Emser tenia por su cuenta la nueva version; analiza el prefacio, donde estaba escondido el gérmen de la doctrina luterana, descubre el veneno de las notas que llenaban las márgenes del libro, y en que el doctor se convertia en Padre de la Iglesia, y daba á los lectores una terminologia *preferible* á la de Septante. Emser ataca sin acritud, pero con una gran fuerza de verdad y de ciencia, las corrupciones sistemáticas del testo. Lutero tiene que convertirse en helenista y literato, que descubria los misterios del hebreo, griego y latin, de esos tres sabios idiomas, que son el lenguaje de la inteligencia y del buen gusto. Por último, se encoleriza, y vuelve á llamar en su ayuda á aquellas voces satíricas de que ninguna lengua es tan abundante como la alemana.

(1) *Ce bouc* (barbas de chivo), dice el original. (*N. del T.*)

Emser aparecia á los ojos de los reformadores como un asno, un zoquete, un galopo, un basilisco, un discípulo de Satan. En este caso se aplaudió tambien; pero los literatos no estuvieron complacientes como la vez primera. Se tenia la audacia de hacer burla del traductor cuando se le vió revisar su trabajo y enmendar un gran número de faltas señaladas por su adversario, pero pretestando su profundo desprecio á los *asnos* papistas, indignos de juzgar su libro. «¡Triste obra, decia Emser, en que se ha falsificado el testo de tal modo, que en cada página pudieran enumerarse mil alteraciones!»—«Y en que Lutero tropieza y cae á cada paso,» añade Bucero.

El tiempo ha dado la ventaja y la razon á Emser: la traduccion de Lutero se mira hoy en Alemania como insuficiente y defectuosa, el Viejo Testamento como cosa incomprensible á los fieles, las epístolas como oscuras, la version llena de tinieblas, tanto, que en 1836 algunos consistorios votaron por que fuese revisada toda entera.

Acusa la Reforma al catolicismo de haber ocultado la palabra de Dios hasta la venida de Lutero: que diga un hombre, como M. de Villers: «Es una temeridad digna del último suplicio; la traduccion de los Libros Santos á la lengua vulgar es cosa que nos sorprende sobremanera;» porque, en fin, Bossuet habia escrito estas líneas en su *Historia de las Variaciones*: «Nosotros teniamos versiones semejantes para la lectura de los católicos en los siglos que han precedido á la pretendida Reforma.» La palabra del Obispo de Meaux no es uno de esos vanos sonidos que todos tienen derecho á despreciar. Efectivamente, Juan Lefevre d'Etaple habia ya publicado en 1523 la traduccion de la Biblia, en la cual habia trabajado mucho antes que el nombre de Lutero fuese conocido en Francia. Seckencorf escribió antes que Villers que las traducciones alemanas de la Biblia habian aparecido en Wittemberg por los años 1477, 1483 y 1490, y en Augsburgo en 1518. Todo pre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ocupado con la gloria de la Alemania, jamás estendió su mirada, como hacia Villers, á los paises estraños, para estudiar en ellos el movimiento de las ideas. Si hubiera conocido la Italia, hubiese visto que esta es la primera nacion en cuanto á la ilustracion de los sagrados testos. Allí tenemos á Jacobo de Voragine, Obispo de Génova, autor de la *Leyenda dorada*, que hácia el fin del siglo XIII, casi al mismo tiempo que se oian las dulces armonias del Dante, traducia la Biblia al italiano. Tambien en Venecia, por el año 1421, Nicolo Malermi ó Malerbi, monge camaldulense, tradujo la obra de Dios con tan buen suceso, que fue impresa nueve veces en el siglo XV, y reimpresa hasta veinte en el siglo inmediato. Otro religioso, Fr. Guido, vulgarizó los cuatro evangelistas con las esposiciones de Simon de Cascia, y el maestro Federico de Venecia cimentó el Apocalipsis en 1394; en fin, Brucioli dió en 1530 una traduccion completa de los Libros Santos; aquel Brucioli á quien el Aretino escribia en 1537: «Sois un hombre sin igual en la inteligencia de los idiomas hebreo, griego, latino y caldeo:» é italiano, debia haber añadido el poeta; porque Brucioli solo poseia todos los secretos del clásico idioma del Dante, como Lutero del sajon. Sin embargo, condena la autoridad eclesiástica esta traduccion, y Brucioli se somete.

No paran de decirnos que el pontificado se opone á la difusion de la palabra divina. ¿Y por qué? ¿Esta palabra no es la demostracion mas cumplida de la inmortalidad de nuestra Iglesia? Mas lo que la Iglesia no consiente ni puede sufrir es que esta palabra de vida se abandone, como una frase profana, al capricho de cualquier comentador; que su inteligencia, apoyándose ó no en la fe de Jesucristo, venga á tratarse como un testo ordinario, para dar al mundo el espectáculo de nuestra locura, de nuestras miserias y de nuestro orgullo; que se trate, en fin, la palabra de Dios como un poema antiguo, que se encuentra por la primera vez, y que jamás se haya esplicado y conocido. La Escritura, ha

dicho Platon, se diferencia de la palabra en que esta se defiende por sí misma, y aquella es completamente huérfana, y generalmente no puede ser defendida inmediatamente por el mismo que la produjo. Los padres, los doctores, los mártires de la nueva ley, si no son los padres de la divina palabra, son unos tutores cuidadosos de la Escritura, que, á falta de ellos, estaria huérfana sobre la faz del mundo intelectual: ellos *son la palabra que defiende*: aquella, una letra muda. Y cuando tantas perturbaciones y cismas han estremecido al mundo con sus estragos; cuando tanto heresiarca ha llenado el mundo con sus errores y soberbia, ¿se dirá que no es justa la zozobra, la inquietud de la Iglesia católica, conservadora de la palabra divina? ¿Cuál seria el destino de esta, si la Iglesia no hubiese encanecido en su santa guarda y conservacion, en ese depósito sagrado de la tradicion del cielo? Que nos diga el protestantismo si no mira con espanto los santos libros, abandonados á la interpretacion de uno de sus sabios, Eichhorn por ejemplo, que ciertamente no recibió la ciencia lingüística como especial dote, y que, sin embargo, ha bastado para despojar á tres de nuestros santos evangelios de la autoridad que una creencia de diez y ocho siglos cimentara, los cuales, segun él, estaban compuestos sobre un testo de los hebreos, escrito en armenio, y cuyo ejemplar nosotros jamás hemos conocido. ¿Y serian las Santas Escrituras regla de la fe, cuando á su placer uno arrebata á esa misma fe una epistola de San Pablo, otro el evangelio de San Juan, otro, en fin, no uno ni dos, sino tres de los Santos Evangelios? ¡Ah! Si Lutero, si el monge de la Wartbourg alzara la cabeza del sepulcro, ¿no habia de temblar por la suerte de la palabra, viendo á los mismos que amamantó con sus doctrinas, los Damm, Semler, Teller, Baner, Woltman, Paulus, Strauss, ocupados en el destrozo de los Libros Santos, que ellos consideran impiamente como salidos de manos de los hombres?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mas ved lo que hace la Iglesia luego que está segura del crédito que merece un intérprete. Bossuet distribuye en todas las provincias de Francia cincuenta mil ejemplares del Nuevo Testamento del P. Amelotte, y otros muchos libros religiosos, en lengua vulgar. ¡Vedla cómo no quiere retraer de los fieles la palabra de Dios!

Desde el momento en que Lutero dió principio á su traduccion de la Biblia, la obra empezó á estar amenazada.

Sus discípulos se insubordinan, y apelan á la misma palabra con que él queria probar su apostolado.

CAPITULO XIX.

LOS PROFETAS.—1521-1522.

La Reforma se fracciona contra ella misma.—Lutero, orador.—Marco Stubner.—Storck.—Munzer.—Los profetas combaten las doctrinas de Lutero.

La autoridad no habia sido derrocada por Lutero; solo consiguiera quitar al Papa, ó sea á la autoridad viviente, su diadema, para asentarla sobre un signo mudo, á quien apellidaba el Verbo de Dios, y que, apenas salido de sus labios, no era otra cosa para sus discípulos que una palabra humana. Como Lutero habia considerado el símbolo católico, así Carlostadio juzgaba el luterano. En vez de buscar la verdad en una teocracia viviente, iban á someter el entendimiento á las decisiones de una democracia religiosa; el sacerdocio estaba en el pueblo: por la consagracion del principio del libre exámen, el pueblo conquistaba un reino, el del dogma. Porque la creencia, por medio de la duda, no es mas que el reino de la fe abandonado á todo el que sabe leer. Desde el punto en que la Reforma se refugió en la Escritura para libertarse del poder del sacerdote que por espacio de quince siglos fuera considerado como el Vicario de Jesucristo en la tierra, los Libros Santos ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mas ved lo que hace la Iglesia luego que está segura del crédito que merece un intérprete. Bossuet distribuye en todas las provincias de Francia cincuenta mil ejemplares del Nuevo Testamento del P. Amelotte, y otros muchos libros religiosos, en lengua vulgar. ¡Vedla cómo no quiere retraer de los fieles la palabra de Dios!

Desde el momento en que Lutero dió principio á su traduccion de la Biblia, la obra empezó á estar amenazada.

Sus discípulos se insubordinan, y apelan á la misma palabra con que él queria probar su apostolado.

CAPITULO XIX.

LOS PROFETAS.—1521-1522.

La Reforma se fracciona contra ella misma.—Lutero, orador.—Marco Stubner.—Storck.—Munzer.—Los profetas combaten las doctrinas de Lutero.

La autoridad no habia sido derrocada por Lutero; solo consiguiera quitar al Papa, ó sea á la autoridad viviente, su diadema, para asentarla sobre un signo mudo, á quien apellidaba el Verbo de Dios, y que, apenas salido de sus labios, no era otra cosa para sus discípulos que una palabra humana. Como Lutero habia considerado el símbolo católico, así Carlostadio juzgaba el luterano. En vez de buscar la verdad en una teocracia viviente, iban á someter el entendimiento á las decisiones de una democracia religiosa; el sacerdocio estaba en el pueblo: por la consagracion del principio del libre exámen, el pueblo conquistaba un reino, el del dogma. Porque la creencia, por medio de la duda, no es mas que el reino de la fe abandonado á todo el que sabe leer. Desde el punto en que la Reforma se refugió en la Escritura para libertarse del poder del sacerdote que por espacio de quince siglos fuera considerado como el Vicario de Jesucristo en la tierra, los Libros Santos ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bian de facilitar testos inmensos á todo el que aspirara á rebelarse contra Lutero, y á sus teólogos.

La gran ley del Talion iba á cumplirse con el apóstol de Sajonia. El pueblo, á quien él arrojaba la corona, debia, como primer acto de su soberania, romper el instrumento que le sirviera para hacerse Rey. Mientras que Lutero estuvo en Wittemberg en medio de sus adeptos, oculto permaneció el espíritu de revueltas, espantado á la vista del doctor, cual si fuera á la de un fantasma.

Si subia á la tribuna, el pueblo esperaba con ansiedad la palabra que debia salir de sus labios. Sus ojos centelleaban en una órbita de fuego; su espaciosa frente, su rostro encendido, su gesto amenazador, su voz atronadora y el ardoroso aliento que rebosaba de su pecho, llenaba de terror el alma ó la sumia en la enajenacion.

Adivinábase que Lutero estaba en el púlpito por la trabajosa y entrecortada respiracion del auditorio que le escuchaba, como si la boca del orador, dice Calvino, fuese el eco de un oráculo.

No seremos nosotros los que oscurezcamos la gloria literaria de Lutero. Nadie como los escritores católicos le han ensalzado y celebrado. Uno de ellos, y muy poco conocido ciertamente, Florimond de Remond, ha hecho una pintura del fraile sajon, que bien pudiera considerarse obra de nuestro Bossuet.

La naturaleza le habia prodigado sus dones, tanto en lo físico como en el espíritu. Nacido en Alemania, pueblo tosco, tenia una imaginacion viva, memoria feliz, con gran facilidad para esplicarse, y aventajando á los de su edad en facundia y elocuencia. En la tribuna, lleno de ardor y de pasion, con facilidad daba vida á cuanto sus labios pronunciaban, y arrebataba como un torrente el ánimo del auditorio, difícil de conmover en los pueblos del Norte, gente fria y apática, que pronuncian sus discursos y leyendas sin ninguna animacion, como si fueran inmóviles estatuas. In-

fatigable para el trabajo, siempre sobre los libros, con la pluma en la mano: poseia un gran corazon y osadia para emprender y llevar á cabo lo que el odio y la pasion le dictaban, y aunque familiar y afable, sabia elevarse aun sobre los hombres mas eminentes cuando se presentaba como profeta. Su instruccion era grande, habiéndose familiarizado, y con felicidad, con los buenos libros, por el espacio de catorce años que permaneció en el claustro; de modo que no habia sofista que no balbucease en su presencia si osaba sostenerle la polémica, fuese en filosofía, fuese en teología.

Pero todas estas bellas cualidades fueron afeadas y estuvieron contrapuestas por grandes y graves vicios.

Era por una parte grosero, altivo, insolente é insociable. Su lengua estaba ordinariamente empapada en vino, y con la maledicencia en los labios: tan poco arreglado en sus costumbres, como constante y obstinado en sus doctrinas, que ha variado y vuelto á variar durante la vida tantas veces cuantas el sol ha comenzado su carrera: era enemigo declarado de todo yugo, austeridad y penitencia que embotase la ira de Dios.

Lutero conocia el secreto de los dones que Dios le habia concedido. Su palabra armonizaba maravillosamente con las formas esteriores. Ya vagaba en un desórden profético, hasta la borrachera, segun la espresion de Erasmo; ya veleidoso como una mujer, se servia de la alegoría, á manera de velo, para dejar que le adivinaran: sucesivamente se mostraba sencillo como la parábola, lírico como la oda, audaz como el águila, ó cándido como la blanca paloma, segun Merzel; tan poco cuidadoso del arte humano, como despreciador de todo freno; tan loco en sus medios, que mas que la palabra de un sacerdote parecia la de un otro *Hans de Sachs*. Seducidos aparecian los católicos, atribuyendo á la influencia de los espíritus malignos aquel falaz encanto que, al decir de sus discípulos, era inspirado por el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Espíritu-Santo: ¡organizacion maravillosa, nacida para mostrarse soberana y dominar en los tumultos! Si la trasportárais á la época de los Gracos, hubiera arrastrado en pos de sí al Senado y al pueblo. Si al tiempo de las Cruzadas, hubiera hecho, si á su voluntad cuadrara, los milagros de San Bernardo. Colocadla en una asamblea parecida á la Constituyente, y hubiera oscurecido á Mirabeau, una vez que la fe le dominara; en el siglo XVI colocado, llevadle al púlpito, y, á no haber desertado del catolicismo, hubiérase tenido en él un Bridaine.

Una vez oculto en la Wartbourg el astro luterano, no se temian en Wittemberg sus rayos abrasadores. Pero de repente se ven salir del suelo, fecundados por su luz, multitud de engendros, propagadores de sus doctrinas, presentándose como otros tantos centros solares, cuya luz habia de guiar y conducir las inteligencias de allí adelante. Subian al púlpito, ó, por mejor decir, al primer guarda-canton que á su paso encontraban, y formaban una tribuna. Valiéndose de las palabras de un Apóstol, decian al pueblo:

«Aquí teneis á Cristo. Vosotros le encontrareis sobre las montañas: al oir nuestros pasos se ha retirado á la soledad; habita los bosques: venid á escuchar la voz que habla dentro de vuestros corazones.»

Constituyendo Lutero la Escritura en el Código único de la fe, establecia implícitamente la necesidad de una llama interior que iluminara el entendimiento del que quisiera conocerla, y trasformaba al hombre en ángel de verdad, en quien el espíritu de Dios se encarnaba. La Biblia era el trípode al que el fuego del cielo descendia para inspirar al que en ella la buscaba. Lutero renegaba de sus profetas; pero confesaba que eran hijos de sus obras, y los protestantes en el dia de hoy admiten este Génesis.

Demos á conocer ahora á estos miserables abortos, que rompian la concha dentro de la que les queria encerrar Lutero. Marco Stubner el humanista, Claug Storck el panadero, y el clérigo Munzer, hombres los tres de organizaciones completamente opuestas, muy descoloridos delante de Lutero, pero que á nacer medio siglo antes hubieran podido arrastrar á la revuelta contra el catolicismo una parte de la Europa. Para juzgar sus instintos húyase de estudiar á Melanchthon ni á Lutero, que los han calumniado. En especial el primero, que, seducido algun tiempo por su lenguaje, y á poco desengañado, cree vengar su buena fe comprometida denigrándoles, espiando su defeccion sacrificándolos á la gloria de su maestro.

Marco Stubner era una de esas almas enfermas por el estudio y la meditacion, á los que llama el mundo visionarios, los médicos hipocondríacos, y los romanceros poetas. Dementes desgraciados, que, habiendo abandonado los caminos del bien, se engolfan en los mundos imaginarios, para encontrar la verdad, que siempre se les escapa: monómanos que, estando despiertos, creen ser visitados por Dios, y sueñan ensueños al modo de los profetas de la antigua ley. Si por un momento os prestais á seguirlos en sus mundos ideales, productos de un cerebro alucinado, os quedareis asombrados de la poesía que llena sus relatos, y mucho riesgo correreis de veros burlado, ó de ser por ellos conquistado. Tal era Marco Stubner, á cuyo saber literario ha prodigado elogios el mismo Melanchthon.

Nicolás Storck, que habia abrazado la Reforma con todo el entusiasmo de un neófito, habia nacido en Zwickan, y cambió su nombre por el de Pelargus. En vano buscareis en su palabra de artesano algunas de aquellas llamas ardientes que producen en la diccion de Lutero el efecto de una saeta, ni en sus miradas alguno de aquellos rayos con que la vista del reformador fascinaba á quien le escuchaba. Su frase era seca, descarnada, sin color, como su semblante; pero no carecia de algunos atractivos, porque era suave, clara é insinuante. Su figura, llena de arrugas, encorvada por el trabajo, y lívida como la de un cadáver.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Se le hubiera tenido por un muerto resucitado, que subia al púlpito á anunciar á Dios. Y como un muerto sacado á la luz forcejearia por desasirse de la tumba que de él intentara apoderarse, así Storck se tropezaba con su auditorio, y pocas veces dejaba de alcanzar el triunfo.

Munzer, cura de Alstaedt, en la Turingia, era cosa muy diferente. Su voz sonaba como una campana. Solo habia estudiado á los Profetas en los Libros Santos, para tomar de ellos la audacia de la espresion y sus fogosos conceptos.

Si observaba que su auditorio se perdia en ideas estrañas al asunto y se distraia, daba una patada en el suelo, y daba á los sonidos de su voz el estrépito de una trompeta. Los oyentes despertaban sobresaltados, y temblaban como si hubieran sido llamados por el ángel del juicio. Sus anchos vestidos, sus cabellos cayendo en forma de rizos sobre sus espaldas y alrededor de su persona, sus ojos parecidos á dos carbones encendidos, sus labios epilépticos, le daban el aspecto de un aparecido. Satanás le hubiera tomado por modelo, á haber subido al púlpito.

Gustábale perorar al aire libre, en medio de los campos, en donde las maravillas de la creacion le servian de ordinario para testo de sus discursos. Para él el cielo era un libro tan fecundo y poderoso como la Biblia. Cuando su mirada llena de inspiracion se fijaba en el firmamento, señalando en él la imágen y la voluntad de Dios, la inmensa multitud de hombres y mujeres que arrastraba tras de sí, y se perdia por entre los árboles de los bosques, prorumpia en gemidos y gritos, dando á esta escena un colorido fantástico y salvaje.

Munzer era el hombre de las plazas, el diablo encarnado, segun Melanchthon, en rebelion abierta contra todo aquel que llevara tiara, diadema, armiño ó espada. Mientras que Lutero escribia: «Pidamos á Dios por el príncipe Federico; si él no existiera, la salvacion de nuestra Siria estaba perdida,» Munzer gritaba á la multitud:

«¡Desgraciado de aquel que se apellide nuestro amo! ¡Nosotros no tenemos otro señor que el que está en los cielos!»

Ved cómo se esplica el por qué el anabaptismo no tuvo jamás altar en Sajonia. Munzer habia comprendido mas á su siglo. Debia haberse ganado á los magnates, y el pueblo de suyo le hubiera seguido. Los príncipes lo ganaban todo abrazando el Evangelio luterano. La apostasía les daba el oro en abundancia. Matando el antiguo culto, heredaban sus despojos. Era un hermoso incentivo. El nuevo bautismo de los fanáticos, en vez de añadir un solo clavo de oro á su trono, le rompia como el vidrio, borraba todos los signos de la majestad, y los hacia simplemente hijos de Dios.

Munzer, por lo tanto, emprendia una obra de difícil éxito, y sin los caminos de revuelta que le habia abierto Lutero, su reinado hubiera sido de corta duracion. Él no tuvo razon para no llevarse bien con Lutero, á quien escribia:

«Os amo cuando os veo atacar tan animosamente al Papa; pero vuestros casamientos de frailes y monjas son verdaderos incestos.»

Veamos ahora cómo se manejaron Munzer y Storck para hacerse superiores á Lutero.

Storck venia desde luego con esa palabra dulce y cariñosa que hemos descrito, y decia: «¡Gloria á Lutero, que ha roto la tiranía con que Roma nos esclavizaba, y nos ha libertado del papismo y de la supersticion! ¡Gloria al doctor, que nos ha enseñado la verdadera naturaleza de los sacramentos de Jesus! ¡Gloria al apóstol del Señor, que nos ha enseñado que la fe es la que únicamente justifica! ¿Qué eficacia, pues, podria tener el bautismo cuando le hemos recibido? ¿Creiamos entonces? Luego es preciso creer para merecer.»

El argumento del panadero era especioso, porque el ni-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ño recien nacido no cree, porque para ello no tiene disposicion, y de aqui deducia la necesidad de un segundo bautismo. Pero no era esto todo.

Al inmediato dia el auditorio, en mayor número, acudia al predicador.

Storck le decia:

«¡Creer! Pero, ¿quién será el que nos diga si es cierto que nosotros creemos? Solo Dios, que se revela al hombre, que le visita en sus sueños, que le hace leer en los misterios, iluminándole por medio de sus revelaciones.»

La multitud le escuchaba silenciosa, y le preguntaba quién era la persona á la que Dios se mostraba de esta manera.

Storck los dejaba engolfarse en estas ideas; disolvia la reunion, y dejaba para el dia siguiente la parte especiosa de nuevas proposiciones.

La concurrencia aumentaba diariamente; los trabajadores abandonaban sus talleres; las mujeres los quehaceres de sus casas, para oir al nuevo profeta: los sabios y los magistrados se mezclaban con el pueblo, y el pueblo les rechazaba para acercarse mas al orador. Storck crecia: su palabra se hacia cada vez mas libre. Un dia dijo á sus discípulos. Tened en cuenta lo que voy á anunciaros: Dios me ha enviado un ángel durante la noche, y me ha pronosticado que me sentaria sobre el mismo trono que ocupó Gabriel. Que tiemble el impío; que espere el justo. El impío será oprimido, y el elegido de Dios será Rey sobre la tierra. A mí es á quien el cielo ha prometido el imperio del mundo. ¿Quereis vosotros ser visitados por Dios, como lo he sido yo? Pues preparaos á recibir al Espíritu-Santo. Abajo los púlpitos para anunciaros la palabra divina; abajo los sacerdotes, los predicadores y todo culto esterno; vestidos modestos; un alimento grosero, pan y sal, y Dios descenderá sobre vosotros.»

El populacho se dejaba conducir: no se hablaba de otra

cosa que de visiones y del trato íntimo con el Espíritu-Santo. Los hombres de letras vacilaban; algunos de ellos se veian completamente seducidos.

Se vió un dia á Carlostadio recorrer las calles de Wittemberg con la Biblia en la mano, deteniendo á los que por ellas transitaban, para preguntarles el sentido de algunos pasajes difíciles de los Libros Santos. «¿Qué haceis, le decian los frailes agustinos. ¿No reparais que prostituís el título de doctor?»

A lo que él respondia: «¿No está escrito que la lucha de la verdad fluye de los labios de los niños? Estoy cumpliendo los mandatos del cielo.»

No era ciertamente lo que este desgraciado buscaba: si él hubiera podido leer en su corazon, hubiese hallado la picadura del gusano del orgullo que le despedazaba.

El yugo de Lutero le era insoportable, y lo arrojaba de sí. Lutero habia ocupado al mundo por bastante tiempo. Carlostadio queria antes de morir robar al maestro algunos rayos de luz con que adornar su frente decrépita. Solo buscando celebridad habia abjurado el catolicismo, y á la verdad que este acto no le valió ni una sola mirada de los maestros de la Reforma. Renegaba con este motivo de Lutero para evadirse, soltarse de la risa satánica, que se obstinaba en perseguirle hasta los bordes mismos del sepulcro, y para mayor seguridad de alcanzarlo, iba á romper las imágenes que adornaban la iglesia de Todos los Santos. Erostrato, con un corazon frio, sin entrañas, cayó, no bajo el peso de las estatuas de piedra, sino bajo el aplastador del ridículo.

Para esto el gallo cantó mas de tres veces, por cuanto apostató otra vez mas antes de morir, renegó de Storck y del anabaptismo, para hacerse sacramentario. Munzer era muy diferente que Carlostadio para Lutero, un rival mucho mas peligroso. Podreis juzgar si comprendia la teoria de una revolucion religiosa. No se limita á sentar los dogmas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de su creencia; desde luego se rebela contra la sociedad. Es un Sanson, que menea las columnas del templo sin temor de ser aplastado entre las ruinas. De un salto llega adonde no logró verse Storck sino despues de largos rodeos; él quiere organizar la revolucion sembrando vientos para recoger tempestades.

«Hermanos, les decia: todos somos hijos de Adan; nuestro padre es Dios. ¡Y contemplad lo que hacen los grandes señores de la tierra! Ellos, los malditos, han rehecho la obra de Dios, y creado títulos, privilegios y distinciones. Para ellos el pan blanco, para nosotros los trabajos mas penosos; para ellos los ricos vestidos, para nosotros los andrajos.

»La tierra, ¿no es de todos, como herencia comun? ¡Y nos la arrebatan! ¿Cuándo, por ventura, hemos renunciado á la herencia de nuestro Padre? Que nos enseñen el acta de cesion. No existe: ricos del siglo, que nos teneis reducidos á la esclavitud; que nos habeis despojado: apresuraos á devolvernos nuestra libertad; dadnos el pan que nos pertenece. No venimos como hombres á pedir hoy lo que se nos ha robado, sino que nos presentamos tambien como cristianos. Cuando nació el Evangelio, los Apóstoles partian con sus hermanos en Jesucristo los dineros que arrojaban á sus pies: devolvednos los *groeschen* de los Apóstoles que injustamente retenels: rebaño desgraciado de Jesus, ¿hasta cuándo has de gemir en la opresion bajo el látigo de los magistrados?»

Despues de esto, el profeta cae atacado repentinamente por los síncopes de la epilepsia: sus cabellos se erizan, su frente se contrae, y abundantes espumarajos salen de su boca. El pueblo grita: «¡Silencio! Dios visita á su profeta.»

El éstasis duró algunos instantes: Munzer recobra sus sentidos, y cuenta al pueblo las visiones que habia visto: en seguida, hincándose de rodillas, alza las manos al cielo, y dice:

«¡Dios eterno! Dadme los tesoros de vuestra justicia: si me abandonais, yo renunciaré á vos y á vuestros Apóstoles.»

Cierto dia un discípulo de Lutero, que estaba mezclado con las turbas populares que cercaban al predicador fanático, le interrumpió arguyéndole con la Biblia.

—¡*Bibel, Babel*! responde Munzer gritando.

—¿Y por qué desechas tú la Escritura? replica el luterano. ¿Quién te conducirá en tus caminos?

—El Señor. Si dejase de visitarme como á los profetas, yo le negaria. El espíritu del Señor entra en mí por medio de un soplo, y por medio de otro sale. Yo quisiera que Dios no viniese á mí. ¿Sabes lo que haria?

Y señalando al arroyo, dijo:

—Echarle eso en cara.

El pueblo sigue á Munzer en tropel, y besaba sus vestidos, y hasta el polvo de sus zapatos, porque amaba su lenguaje y modales groseros, sus arrebatos y sus estáticas pantomimas. Los escolares, repitiendo su grito de guerra ¡*Bibel, Babel*! abandonaron las Universidades; y llevando al cementerio del olvido sus libros de testo, allí esparcieron sus cenizas. Lutero tuvo su vuelta, como Leon X. Las mismas manos infantiles que tres años antes habian arrojado cieno á la veneranda faz del Sumo Pontífice, embadurnaban ahora de tinta la figura del reformador, que poco tiempo antes se inflaba de risa con los insultos de estos imberbes teólogos contra Tezel. En su ausencia, nadie se cuida del ultraje hecho al padre de la Reforma, porque todos los espíritus que habian escuchado á Lutero estaban trastornados y dudosos, próximos á sumergirse, por decirlo así, en este mar proceloso de contradicciones, de falacias y de palabrería inconveniente.

Un dia un discípulo, consultando mas bien su insensato celo que su ciencia en lo que iba á tratar, se empeña en disputar con los profetas. Martin Cellario, llevando en su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mano la Biblia abierta por donde dice: «Dejad que se acerquen á mí los niños, porque de ellos es el reino de los cielos,» decia: «Escuchad: si el reino de los cielos pertenece á los niños circuncisos, ¿por qué no habrá de pertenecer tambien á los bautizados? Si el uno cree, ¿por qué no habrá de creer el otro? Luego es inútil el bautizarlos.» El argumento era especioso, y Lutero, con su vasta erudicion bíblica, no tuvo bastante fuerza para batir el anabaptismo.

Mas por desgracia Cellario abandona la Escritura, y se entrega en brazos de la autoridad de Lutero, como un católico en la de la Iglesia: llega el caso de que invocara los escritos del cenobita sajon. El anabaptista se asió prontamente á su argumentador; abrió sus poderes, y halló una porcion de proposiciones, que parecian favorecer las doctrinas de Storck y de Munzer. Cellario balbuceó; entorpecida su lengua, no halló mas que sonidos flojos y afeminados. Estrechado, oprimido, atemorizado por su adversario, que no le dió un minuto de descanso, Cellario perdió la cabeza, y no volvió á proferir palabra alguna sino para confesarse vencido.

Aquel dia quedó constituido el anabaptismo.

CAPITULO XX.

REGRESO Á WITTEMBERG.—SERMON SOBRE EL MATRIMONIO. 1521-1522.

Lutero quebranta su destierro, y vuela á Wittemberg.—Su cólera.—Ataca á Carlostadio y los destructores de imágenes.—Les pide milagros para probar su doctrina.—Entrevista de Marco Stubner y Lutero.—A su vez Stubner pide tambien milagros al reformador.—Himnos á la autoridad.—Entrevista de Munzer y Lutero.—Proscripcion de Storck y Munzer.—Opinion de Erasmo sobre el discurso de Lutero acerca del matrimonio.—Pensamiento oculto de Lutero.—El duque Jorge se horroriza de la osadía del cenobita.—Staupitz abandona á Lutero.

Veia Lutero desde la Wartbourg todas estas tempestades. Sus amigos le llamaban; Melanchthon, Jonnás, Amsdorf, le escribian: «Ven, si no perecemos.»—«Sí, yo iré, respondia Lutero, sin detenerme; el tiempo es perentorio; Dios me llama; oigo su voz. ¡A Wittemberg, á Wittemberg; allí está mi rebaño; allí mis hijos en Jesucristo! Seria yo culpable de su sangre si no estuviese al lado de ellos, por quienes estoy pronto á sufrirlo todo, hasta la misma muerte.

»Satanás ha aprovechado mi ausencia para introducir el desórden en mi rebaño: quiero arrancarle mis ovejas, porque son mias, y de ellas respondo al Eterno Padre: iré, porque aquí es inútil mi pluma, y allí mi boca y mis oidos...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mano la Biblia abierta por donde dice: «Dejad que se acerquen á mí los niños, porque de ellos es el reino de los cielos,» decia: «Escuchad: si el reino de los cielos pertenece á los niños circuncisos, ¿por qué no habrá de pertenecer tambien á los bautizados? Si el uno cree, ¿por qué no habrá de creer el otro? Luego es inútil el bautizarlos.» El argumento era especioso, y Lutero, con su vasta erudicion bíblica, no tuvo bastante fuerza para batir el anabaptismo.

Mas por desgracia Cellario abandona la Escritura, y se entrega en brazos de la autoridad de Lutero, como un católico en la de la Iglesia: llega el caso de que invocara los escritos del cenobita sajon. El anabaptista se asió prontamente á su argumentador; abrió sus poderes, y halló una porcion de proposiciones, que parecian favorecer las doctrinas de Storck y de Munzer. Cellario balbuceó; entorpecida su lengua, no halló mas que sonidos flojos y afeminados. Estrechado, oprimido, atemorizado por su adversario, que no le dió un minuto de descanso, Cellario perdió la cabeza, y no volvió á proferir palabra alguna sino para confesarse vencido.

Aquel dia quedó constituido el anabaptismo.

CAPITULO XX.

REGRESO Á WITTEMBERG.—SERMON SOBRE EL MATRIMONIO. 1521-1522.

Lutero quebranta su destierro, y vuela á Wittemberg.—Su cólera.—Ataca á Carlostadio y los destructores de imágenes.—Les pide milagros para probar su doctrina.—Entrevista de Marco Stubner y Lutero.—A su vez Stubner pide tambien milagros al reformador.—Himnos á la autoridad.—Entrevista de Munzer y Lutero.—Proscripcion de Storck y Munzer.—Opinion de Erasmo sobre el discurso de Lutero acerca del matrimonio.—Pensamiento oculto de Lutero.—El duque Jorge se horroriza de la osadía del cenobita.—Staupitz abandona á Lutero.

Veia Lutero desde la Wartbourg todas estas tempestades. Sus amigos le llamaban; Melanchthon, Jonnás, Amsdorf, le escribian: «Ven, si no perecemos.»—«Sí, yo iré, respondia Lutero, sin detenerme; el tiempo es perentorio; Dios me llama; oigo su voz. ¡A Wittemberg, á Wittemberg; allí está mi rebaño; allí mis hijos en Jesucristo! Seria yo culpable de su sangre si no estuviese al lado de ellos, por quienes estoy pronto á sufrirlo todo, hasta la misma muerte.

»Satanás ha aprovechado mi ausencia para introducir el desórden en mi rebaño: quiero arrancarle mis ovejas, porque son mias, y de ellas respondo al Eterno Padre: iré, porque aquí es inútil mi pluma, y allí mi boca y mis oidos...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»Rogad á Dios, y será rota la cabeza de la serpiente que en Wittemberg se rebela contra el Evangelio. Con los rayos del Evangelio, yo combatiré, auxiliado por el ángel de la luz, contra el ángel de las tinieblas.

»Que quiera ó no Carlostadio, el Cristo saldrá victorioso de su malvado designio. Nosotros somos maestros de la vida y de la muerte, porque tenemos fe en el Señor de la muerte y de la vida.»

Ciertamente esta es una de las mas brillantes páginas de Lutero, y mas de una vez ha sido citada por sus discípulos. Nosotros no lo negaremos; el reformador en este caso mostró valor quebrantando su destierro para volver á levantar las imágenes que volcara el furor de Carlostadio, é imponer silencio á los profetas. Que los reformados nos le muestren en Worms ante el Emperador, con la mirada altiva, como un juez que mira á su reo: en la Dieta no veremos nosotros en Lutero mas que un héroe de teatro que ha estudiado bien su papel, y que no temblaria un minuto, porque sabia que el solo hombre que podia herirle no tenia en aquel momento ni la voluntad ni la pujanza necesarias; que á los veinte años un Rey desconoce el perjurio, y que en aquellas circunstancias un cabello arrancado de la cabeza del pequeño cenobita hubiese hecho arder á toda la Alemania. Juan Huss en Constanza no se parece en manera alguna á Lutero en Worms. Ademas de que el tiempo influye notablemente en la manera de ser de los acontecimientos, y es una escuela de instruccion progresiva para los Reyes y los pueblos; los papeles de los dos sectarios no son ciertamente los mismos.

Juan Huss se alejó para llevar el dogma religioso y el político al terreno de la discusion, arrancándoles al de la fe; aspiraba á dos coronas: Lutero, desde sus primeros pasos en el camino de la revolucion, tuvo buen cuidado de no mezclar lo político con lo religioso, y Erasmo le echaba en cara sus adulaciones á los grandes. Procuró trastornarles

la cabeza, seducirles, comprometerles, porque sin ellos no podia dar principio á la lucha con Roma. Si Roma hubiese podido sucumbir á sus impulsos, la monarquía alemana se creeria al abrigo de todo peligro, porque ella no habia comprendido que el Pontificado, aun considerándolo mundanalmente, es tambien una suprema potestad civil, una manera de monarquía, y que un Papa, mejor aun que un Rey, está señalado en sus sienes con el sello de la Divinidad, que Pontífice y Rey á la vez es una misma persona á los ojos de Dios.

Mas no era al Papa á quien temblaba Lutero quebrantando sus prisiones; era á Cárlos V, á quien no podia menos de temer; el Emperador, que estrañaria esta fuga, para ir á Wittemberg, en contravencion á las órdenes de la Dieta, á perorar y revolver el pais con su palabra, despues de haber prometido callar. Así es que tembló en su fuga de la Wartbourg, porque en ello jugaba su vida y la suerte de su misma doctrina, cuya herencia se disputaban sus discípulos, y que debia perecer en el momento en que faltase una inteligencia como la suya, capaz de sufrir su presion. Si esta obra, que, segun su juicio, venia de Dios y de su libro viviente, tenia y habia ya sufrido contratiempos, que apenas podia ya reconocérsela por sus enmiendas, rasgaduras y mutilaciones, ¡qué habria de ser cuando Lutero estuviese en el sepulcro!

Opinan algunos hombres políticos que Cárlos V, en este caso, no hizo uso de la espada que habia ceñido en su eleccion, prometiendo desenvainarla siempre que peligrase el órden, y esos mismos desearian que los reyes, no olvidándose que representan á Dios en la tierra, no inutilizasen una cosa que pende de su costado para defender la justicia. Esos mismos creen que si el jóven Emperador la hubiese empuñado en esta ocasion, la Alemania no se hubiese inundado con la sangre de sus hijos (1). Algunas

(1) Ni nuestra España sufriria hoy lo que sufre, y con España la Europa entera y las demas regiones. (*N. del T.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pocas gotas derramadas en honor de la ley hubieran librado á la Germania de las desgracias que aun no ha podido alejar de su hermoso suelo. Cuando la tempestad envuelve la nave, el buen marino arranca una ó mas velas para salvarla, y un poco de lodo formará en lo sucesivo un banco de arena que haga salir el rio de madre. Lógicos terribles, que no quisieran que en interes de la humanidad los príncipes se sujetasen á los principios eternos, y que justifican sus teorías con la historia. Para sostenerse en el campo en que se debate la gran cuestion del derecho de vida y muerte dado á los príncipes sobre sus súbditos, quieren trastornar la comun creencia, y dicen: «¡Ved cuántos males ha causado el olvido de la justicia en la desventurada Alemania! La sangre de cien mil habitantes regando los campos de batalla; las franquicias del municipio destruidas; el derecho de propiedad vacilante; las leyes civiles violadas; el poder despojando al pueblo de sus libertades; la espada y el báculo en unas mismas manos, en manos seculares; el arte degradado; la humanidad llorando sobre sus ruinas: ¡y tantos sacrificios, tantas lágrimas, tanta miseria y tanta sangre, no son sino porque un dia se gritó que el luteranismo no era el cristianismo!...»

La obra del reformador, que bien pudo sucumbir de muerte violenta en Worms á impulsos de la espada del Emperador, hoy tambien podia haber perecido en una lenta agonía, si Lutero hubiese sido retenido en la Wartbourg. No se necesitaba mas que una espada; la espada que él habia forjado y manejado tan á su placer. ¡La palabra! Lutero comprende el peligro. Sus amigos, menos previsores, intimidados de haberle hecho venir, para que se volviese le amenazaron con la cólera de César.

Mas el celo de la palabra divina no era tan fuerte en este como grande el miedo del elector, quien á cada momento veia entre su persona y la de Lutero el espectro del Emperador. Dominado por el miedo, enviaba al monge

correos, uno tras otro; mas Lutero marchó adelante, sin hacer caso de estas consideraciones humanas con que se le queria asustar. A cierta distancia de Wittemberg vió venir á su amigo Schurff, que traia órden del príncipe de probar á persuadirle amistosamente, que no entrase en la ciudad. Lo único que pudo conseguir fue que contestase algunas palabras en cambio de las que espresaban el mensaje ducal.

«Iré, dijo Lutero: el tiempo urge; Dios me llama, y grita: «Que se cumpla el destino en nombre de Jesucristo, dueño de vida y muerte.» En mi ausencia Satan se ha introducido en mi rebaño de Wittemberg, causando estragos que solo mi presencia puede reparar; él es quien me ha cerrado los ojos y la boca para que ni pueda ver ni hablar. Estas son mis ovejas, que Dios me ha dado á guardar; estos son mis hijos en el Señor: por ellos estoy pronto á sufrir el martirio. Cumpliré, con la ayuda de Dios, lo que Cristo pide á los que le confiesan (San Juan, 10, 12). Si mi palabra bastase, ¿creeis que yo habia de ir á Wittemberg? Antes morir que faltar; morir por la salud de mi prójimo.»

Y así diciendo, despidió al enviado.

Estas palabras alentaron á Lutero, que habia dejado crecer su barba y se habia despojado de su traje eclesiástico, abandonando su baston de peregrino, por montar á caballo, vestirse de la coraza de hierro, las espuelas y botas de los hombres de armas del siglo XVI.

En esta forma es cómo el pintor Lúcas Cranach, refiriéndose al modo de combatir del cenobita, le presenta haciendo su entrada en Wittemberg envuelto entre nubes de polvo que alzan las turbas populares. Desde entonces no se le llamó mas Lutero, sino el caballero Jorge.

Por nuestra parte, no nos place semejante disfraz: echamos de menos su largo ropaje negro, y la capucha que le cubria cuando le encontramos en el camino de Worms.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Apenas llega á Wittemberg, ya se encoleriza en aquella iglesia de Todos los Santos, donde seis años antes habia dado su primer grito de rebelion contra el Pontificado. Estaba sembrada de las astillas y restos de las santas imágenes, y mas bien parecia un taller de escultor que una casa de oracion. Carlostadio se habia escondido por no aparecer ante los ojos de su discípulo, que le buscaba con la vista entre el gentío que llenaba los ámbitos del templo. El arcediano no se habia atrevido á visitar al doctor.

Largo tiempo paseó Lutero su mirada sobre estos estragos del furor anabaptista: el auditorio pendia de la palabra de su maestro; en fin, sin invocar á María, como es costumbre católica, sin exordio y de un modo impetuoso, entra de pronto en materia, señalando á las imágenes destrozadas:

«Esto es doloroso: conviene, es necesario separar esos destrozos; la mano misma de los magistrados debiera haberlo hecho. No conviene dar á un celo indiscreto el aire de una revolucion, que yo no puedo aprobar. Satanás, durante mi ausencia, ha venido á visitaros: él os ha enviado sus profetas. Ya sabe él con quién se las há, y vosotros debeis saber que yo soy solo á quien os conviene escuchar.

»El Dr. Martin Lutero, con la ayuda de Dios, es el primero que ha marchado por este nuevo camino; los otros han venido despues. Deben ser dóciles, como sus discípulos: obedecer es la parte que les corresponde. A mí es á quien Dios ha revelado su palabra: de esta boca sale limpia de toda mancha. Conozco á Satanás: sé que no duerme un minuto, y que tiene abiertos sus ojos en tiempos de trastorno y de desolacion.

»Yo he aprendido á luchar con él: no le temo; mas de una herida mia ha de sentir por mucho tiempo. ¿Qué significan estas novedades introducidas en mi ausencia? ¿Estaba yo tan lejos que no pudieran ir á consultarme?

¿Es que no soy ya el príncipe de la palabra pura? Yo la he predicado y la he impreso en vuestros corazones: y yo, en fin, he causado mas daños al Papa, durmiendo ó bebiendo cerveza en las tabernas de Wittemberg con Filippe y Amsdorf, que todos los Príncipes y Emperadores juntos. Si yo hubiese sido sanguinario; si yo amara las revueltas, ¡cuánta sangre hubiese hecho correr en Europa! El Emperador mismo, ¿hubiera estado seguro en Worms si yo no hubiese velado por su existencia? ¡Espíritus de ruido y de desórden, responded! ¿Qué pensaba el diablo al trastornar vuestra imaginacion? El muy astuto se está quieto en los infiernos, contando con las desgracias que estos estravagantes doctores quieren promover. Yo desearia que los frailes y las monjas abandonasen las celdas para venir á escucharme: oid lo que yo les diria: el culto de las imágenes no es cierto ni puede sostenerse. En verdad, yo preferiria que la supersticion no las hubiera introducido entre nosotros; mas una vez adoptadas, no es el tumulto lo que las ha de desterrar. Sí, sí; cuando á mí me habla el diablo, me hago el sordo.»

Lutero tenia ya pendiente al auditorio mas de dos horas: estaba mudo, fascinado por su palabra viva, clara, seductora.

A los dos dias Lutero tronó de nuevo. Tenia al presente delante de sí á los profetas, y los azotó á su placer. ¿Deseais oir una voz católica? ¿Unos argumentos dignos de un padre de la Iglesia, atacando el orgullo de los innovadores? Escuchadle:

«Vosotros, decia; vosotros quereis fundar una Iglesia nueva; veamos quién os envia. ¿De quién es vuestra mision? ¿Cómo acreditais vuestras palabras? Nosotros no debemos creeros. Segun el consejo de Sira, presentad las pruebas. Dios no ha enviado al mundo á nadie, ni aun á su mismo Hijo, sin que antes estuviese anunciado por señales inequívocas. Los Profetas deducen ese derecho de lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

alto, como nosotros le deducimos de los hombres. Yo os rechazo si vuestra revelacion no puede sufrir la prueba. Samuel no habló sino en virtud de la autoridad de Heli. Cuando se quiso sostener la palabra, se hicieron milagros. ¿Dónde están vuestros milagros? Os diré lo mismo que decian los judíos al Señor: «Maestro, queremos una señal.» Eso mismo os digo de vuestras funciones de evangelistas.

Veamos qué espíritu os insta. Os lo digo: ¿habeis, por ventura, sufrido vosotros esas angustias espirituales, esos furores divinos, esa muerte, ese infierno de que habla la Escritura? Si vosotros no proferís mas que palabras dulces, tranquilas, piadosas, no por eso os creeremos; ni aunque dijéseis que habiais sido trasportados al tercer cielo: os falta el signo del Hijo del Hombre, la piedra de toque del cristiano. ¿Quereis conocer el lugar, tiempo y forma de los divinos coloquios? Escuchad: «El ha quebrantado mis »huesos como un leon, mi alma ha estado llena de terror, »mi vida ha sentido el infierno...» La Majestad Divina no habla inmediatamente para que el hombre la vea. Dice: «El hombre no me verá, y vivirá.» Nuestra pobre naturaleza no podria sufrir una chispa del fulgor de su palabra: habla por boca del hombre. ¿No veis á María temblar en presencia del ángel? ¿Qué direis á eso? ¡Como si la Majestad de Dios pudiese conversar familiarmente con el vil gusano hombre, sin anonadarle y sin despojarle de su inmunda pestilencia! ¡Porque es un fuego abrasador! Los sueños y visiones de los santos son terribles, si se les estudia bien. ¿Lo oís? Jesucristo no es glorioso sino en su crucifixion.»

Los profetas (1) no asistieron al sermon por sí; pero estaban allí representados por sus discípulos. Uno de ellos, al salir de la iglesia, decia á voces, lleno de entusiasmo: «Vengo de oir á un ángel.» A los dos dias Marco Stubner llegó á Wittemberg para consolar á sus hermanos y entrar en lucha con el orador.

(1) Entiéndase la voz de un modo irónico: los incendiarios sacrílegos estaban muy lejos de la inspiracion profética. (*N. del T.*)

El hizo saber su desafío ó reto á Lutero, quien, despues de una larga conferencia con Melanchthon, consintió en recibir al profeta, y Cellarius al neófito. Lutero refirió la entrevista.

«Recibí, dijo á Spalatino, la andanada de los nuevos profetas; el mismo Satanás se emporcó en su sabiduría ó ciencia. ¡Almas traviesas y altivas, que no pueden resistir las suaves y templadas amonestaciones ó advertencias, y quieren que se les crea por su propia autoridad, y en la primera palabra, no llevando con paciencia ni la discusion ni el exámen!

»Cuando yo los he visto encapricharse, mentirse á ellos mismos, y procurar hacerme perder la paciencia en la lubricidad de su lenguaje, he reconocido al punto á la maligna serpiente. Probadme al menos vuestra doctrina por sus milagros, les repetia incesantemente; porque no está en la Escritura. Ellos se escusaban, y me rehusaban estas pruebas, y yo les amenazaba con obligarles á creerme. Martin Cellarius, furioso, temblaba y votaba como un endemoniado, hablaba sin que se le preguntase, y no me dejaba pronunciar una sola palabra: visto esto, les envié con su Dios, puesto que rehusaban al mio sus milagros.»

Así concluyó la entrevista.

Camerasius añade que Marco Stubner interrumpió á Cellarius, y dirigiéndose al doctor, dijo:

—Como prueba de que estoy poseido de Dios, puedo deciros en qué pensais en este instante.

—¡Bah! respondió Lutero con un tono mitad zumbon y mitad serio. Sí, V. entiende que mi doctrina podrá ser cierta.

Lutero sonrió cabalmente en el instante en que sobre su lengua rodaba esta frase:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Vete al diablo, desgraciado!

No lo ha dicho todo Lutero. Los historiadores anabaptistas pretenden que sus profetas Stubner, como Cellarius, piden al reformador algunos milagros; tambien él podia hacer saber que era el enviado de Dios. Indiscreta cuestion, que montó en tal cólera á Martin, que despidió la asamblea sin querer oir mas.

Fuera de esto, es un suceso muy señalado que Lutero se refugiase en el catolicismo para confundir á su adversario, y emplease contra los fanáticos el argumento de San Atanasio contra Arius: esta grande prueba, escrita en los cielos, que Tomás, de la cual se ha burlado tan ampliamente, quiere que, ante todo, pidan á quien se ha rebelado contra la unidad. Algunos años despues otro reformador, Zwinglio, colocado enfrente de la sotana azul, Gregorio Blawrock, otro visionario salido del anabaptismo, no busca los fenómenos en el sol; pero invoca contra él la autoridad y la tradicion.

«Si permitimos, dice, á todo hombre de cabeza fogosa y espiritu quisquilloso, enredador, derramar en público todas las locas elucubraciones de su cerebro, hacer discípulos é instituir una secta, veríamos las sectas y las facciones pululur en la Iglesia de Cristo, que no ha conquistado la unidad sino despues de grandes trabajos y de constantes luchas. En esta ocasion es, pues, necesario consultar la Iglesia, y no escuchar la pasion y las preocupaciones. La inteligencia de la Escritura no pertenece ni á vos ni á mi; pero sí á la Iglesia, que tiene las llaves y el poder de estas mismas llaves.»

Bullinger cuenta que la sotana azul gritó: «¿No habeis, vosotros los sacramentarios, roto con el Papa, sin haber consultado la Iglesia, de la cual salis, y de una Iglesia que no data de ayer? ¿No nos será permitido abandonar la vuestra, que no tiene sino algunos dias de existencia? Lo que habeis hecho, ¿no lo podriamos repetir?» Aquí calla

Bullinger. Hubiésemos querido conocer la respuesta de Zwingliq.

Cellarius no era un adversario del cual Lutero pudiese quedar orgulloso; pero sí de Munzer, á quien él hubiera querido atraer por medio de la simpatia secreta que hácia esta alma ardiente sentia. Munzer, por su parte, pensó que podia, entreteniendo á Lutero, ganarle para su causa, y se trató de que tuviesen una entrevista estos dos hombres.

Munzer vino á Wittemberg; las conferencias tuvieron lugar; fueron largas, y mantuvieron en espectativa todos los ánimos. La razon, la pasion, la súplica, la amenaza, todo lo empleó Lutero: su rival hizo uso de las mismas armas. Despues de inútiles cambios de palabras, los dos adversarios se separaron, para no verse sino en la eternidad, acusando Lutero á Munzer de ser un demonio en figura de hombre, y protestando Munzer que Lutero estaba poseido de una legion de diablos. Lutero, que habia ofrecido no emplear contra sus adversarios sino la lógica, solicitó del duque Federico un decreto de proscripcion ó destierro contra Storck y sus partidarios; y Munzer, arrojado de ciudad en ciudad, se refugia, para sustraerse á las venganzas del padre de la Reforma, en una cabaña de la Turingia, donde su palabra sublevó bien pronto á los campesinos.

Nosotros le volveremos á encontrar en Franckenhausen.

Ciertamente era un hermoso triunfo el que la palabra luteranense habia adquirido sobre el fanatismo.

Los profetas no osaban sostener la mirada del monge, echando menos á Wittemberg, y cuidaban estender sus fantásticas ideas por las aldeas, y arrastrar tras sus delirios á sus habitantes, que sucumbian á bandadas.

Mas atrevido que Lutero, Munzer vertia sobre las provincias palabras entusiastas ó seductoras, que tomaba, si mal no nos acordamos, de las proposiciones del mismo Lutero contra las indulgencias. El pueblo se rebelaba contra sus señores. Una lucha se anunciaba, en la cual el pueblo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

remedaba su fuego, fuego de engaño y de mentira. Lutero veia la tormenta, y profetizaba el dia en que la Alemania se resistiria hasta con su propia sangre. Estas tempestades populares le habian sido anunciadas por signos particulares y especiales, que interpretaba á su manera. Desde luego el ardor de las pasiones se apagaba con el tiempo; mas tarde, el descubrimiento de dos monstruos, un Papaburro y un monge-buey, encontrados, el uno en el Tiber, y el otro en Freyberg, como si su misma doctrina no fuese un augurio bastante resplandeciente de calamidades; la meditacion y la palabra que habia de predicarse en cátedras, y el manifiesto bastante claro contra el órden social y religioso.

Algunos dias despues de su grande cólera contra los profetas, fue cuando predicó sobre el matrimonio aquel sermon que Bossuet calificó de famoso, no encontrando en su idioma de Obispo otra palabra que lastimase menos sus oidos.

¿Es posible que ninguna voz se haya levantado para imponer silencio al orador; que la madre no haya tomado de la mano á su hijo para sacarlo fuera del santuario, y que no haya habido un magistrado que arrojase de la cátedra este mercader de palabras lúbricas, que convierte el lugar santo en taberna? ¡Que se nos diga si alguna vez, antes de la Reforma, un solo predicador espuso en el púlpito semejantes ideas! ¡Si un Obispo católico no suspenderia al sacerdote que tuviese la desvergüenza de usar semejante lenguaje! Observemos que esto no es una improvisacion; pero si un discurso hecho á la manera de la escuela antigua, ordenado en el gabinete con tiempo y tranquilidad, segun las leyes de la retórica; que tiene su testo, sus divisiones, partes y peroracion, y que una vez pronunciada, fue traducida por Lutero al latin, á fin de que ninguna palabra pronunciada por él dejase de ser meditada por los hombres sabios y entendidos.

Erasmo, leyendo el sermon de Lutero sobre el matrimonio, gritó: «¡Esto es una farsa!» Ved aquí al hombre que en el fondo de todas las cosas encuentra la mofa y la risa. ¡Como si Lutero, con sus inconcebibles libertades, hubiese formado propósito de hacer reir á su auditorio! ¡Como si hubiese tomado asiento en la mesa cerca de Jonnás, de Melanchthon, de Amsdorf, sus alegres comensales en sus cenas de bodegon! Los monges no entraban en este juego; su sermon no era sino una jocosidad. Estos trasportes acerca del matrimonio tenian su objeto, que era el de preparar la emancipacion de los conventos, el himeneo de los sacerdotes y hasta del mismo predicador. Porque si es verdad que el celibato es un estado contra la naturaleña, una ofensa contra Dios, y una rebelion de la carne contra el espíritu, es fácil concebir que el que se dice enviado del cielo para reformar la sociedad cristiana no permanecerá por mucho tiempo en lucha contra el Señor. Todas estas palabras, cayendo de la cátedra evangélica, vienen á trastornar el espíritu á la jóven consagrada á Dios, al levita que se prepara á subir al altar, y, finalmente, al sacerdote que vive en la castidad.

Un solo príncipe, el católico Jorge, fue el único en toda la Alemania que se horrorizó de las libertades de Lutero; los demas no prestaron la menor atencion.

El duque escribia á Lutero, quejándose de la corrupcion de las costumbres, del adulterio y del libertinaje que el lenguaje sajon llevaba consigo.

En vano ha buscado el Dr. de Vette en los archivos de Alemania la contestacion de Lutero al duque Jorge.

¿Os acordais del anciano vicario general de los agustinos, Staupitz, el mejor apóstol que Lutero tuvo sobre la tierra, despues de Cotta? Pues bien: no pudo sin avergonzarse leer el discurso de Martin sobre el matrimonio, y al instante, iluminado por el cielo, abandonó al mismo tiempo al doctor y á sus doctrinas. Dios, con sus destellos de su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

infinita misericordia, debia ilustrar á este sacerdote, cuya alma era toda caridad. Staupitz se convirtió á la fe de su convento. Habia dado su adios al mundo en un tratadito, especie de aguinaldos que los monges acostumbraban á dirigir por Pascuas á sus mas queridos feligreses. Aquel librito lo habia dedicado á la duquesa de Baviera. Escuchad; no direis que sus líneas han sido escritas por el autor de la *Imitacion*: «Amar, es rogar; quien ama, ruega; el que ama á Dios, le sirve; el que no le ama, no sabrá servirle, aun cuando tuviese el poder de colocar una montaña sobre otra. Ama, pues, ¡oh hombre! si quieres complacer á Dios.» Staupitz unia el precepto al ejemplo; él amaba, él rogaba y hacia buenas obras, porque como habia reconocido la fe, no sabia ser estéril.

Staupitz era un aleman de antigua raza, y de una franqueza particular: «Hermano mio, dijo á Lutero: os abandono desde que me he convencido que arrastrais con esas todas las pasiones desordenadas.»

CAPITULO XXI.

ADRIANO VI.—DIETA DE NUREMBERG.—1522 Y SIGUIENTES.

Adriano, profesor de filosofía en Lovaina, es nombrado Papa.—Su vida literaria en Holanda.—Su llamada á Erasmo para defender el principio católico.—Vacilacion y repulsa del filósofo.—El Papa Adriano y sus reformas.—Manifiesto de Lutero.—Libro de la magistratura seglar.—Dieta de Nuremberg.—Tentativas del Papa para avenir los ánimos.—El legado Cheregat.—Contestacion de la Dieta al Nuncio.—Nuevo manifiesto de Lutero.—Muerte de Adriano.

Mientras que Lutero predicaba en la iglesia de Wittemberg su sermon sobre el matrimonio, otro sacerdote, sobre el cual tenia tambien la Providencia fija su atencion, enseñaba la teologia en Lovaina. Llamaban á este el doctor Florent. Dios no le habia concedido el don de alborotar la muchedumbre. Su palabra era tan sencilla y sin adornos, como su mismo traje. Habitaba en la Universidad un cuarto pequeñito, verdadera celda, donde Erasmo, al dirigirse á Roterdam, atravesando á Lovaina, pudo difícilmente descansar. Madrugaba para estudiar, y no hacia sino una comida al dia; amaba á los pobres, y compartia con ellos los mil florines que le producia su plaza: finalmente, les cedia uno

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

infinita misericordia, debia ilustrar á este sacerdote, cuya alma era toda caridad. Staupitz se convirtió á la fe de su convento. Habia dado su adios al mundo en un tratadito, especie de aguinaldos que los monges acostumbraban á dirigir por Pascuas á sus mas queridos feligreses. Aquel librito lo habia dedicado á la duquesa de Baviera. Escuchad; no direis que sus líneas han sido escritas por el autor de la *Imitacion*: «Amar, es rogar; quien ama, ruega; el que ama á Dios, le sirve; el que no le ama, no sabrá servirle, aun cuando tuviese el poder de colocar una montaña sobre otra. Ama, pues, ¡oh hombre! si quieres complacer á Dios.» Staupitz unia el precepto al ejemplo; él amaba, él rogaba y hacia buenas obras, porque como habia reconocido la fe, no sabia ser estéril.

Staupitz era un aleman de antigua raza, y de una franqueza particular: «Hermano mio, dijo á Lutero: os abandono desde que me he convencido que arrastrais con esas todas las pasiones desordenadas.»

CAPITULO XXI.

ADRIANO VI.—DIETA DE NUREMBERG.—1522 Y SIGUIENTES.

Adriano, profesor de filosofía en Lovaina, es nombrado Papa.—Su vida literaria en Holanda.—Su llamada á Erasmo para defender el principio católico.—Vacilacion y repulsa del filósofo.—El Papa Adriano y sus reformas.—Manifiesto de Lutero.—Libro de la magistratura seglar.—Dieta de Nuremberg.—Tentativas del Papa para avenir los ánimos.—El legado Cheregat.—Contestacion de la Dieta al Nuncio.—Nuevo manifiesto de Lutero.—Muerte de Adriano.

Mientras que Lutero predicaba en la iglesia de Wittemberg su sermon sobre el matrimonio, otro sacerdote, sobre el cual tenia tambien la Providencia fija su atencion, enseñaba la teologia en Lovaina. Llamaban á este el doctor Florent. Dios no le habia concedido el don de alborotar la muchedumbre. Su palabra era tan sencilla y sin adornos, como su mismo traje. Habitaba en la Universidad un cuarto pequeñito, verdadera celda, donde Erasmo, al dirigirse á Roterdam, atravesando á Lovaina, pudo difícilmente descansar. Madrugaba para estudiar, y no hacia sino una comida al dia; amaba á los pobres, y compartia con ellos los mil florines que le producia su plaza: finalmente, les cedia uno

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de los dos vestidos que la ciudad le regalaba todos los años. Un dia Dios tomó de la mano al doctor de Lovaina, y le condujo á Roma para elevarle al trono de Leon X: este doctor era Adriano VI.

Adriano era de distinto carácter que su predecesor; no gustaba del lujo ni de la ostentacion. No levantaba monumentos, ni quitaba los tesoros del Vaticano para enriquecer á Roma de edificios gigantescos; tampoco abria la tierra para estraer de su seno antiguas estatuas, ni menos recorrer las calles de la capital rodeado de pintores, poetas é historiadores. Sus gustos son otros, y otra tambien su mision. Educado lejos de Italia, en Utrecht, pequeña ciudad de la Holanda, adquirió la mayor sencillez en sus maneras y costumbres. Gustaba con pasion de las letras, porque ellas perfeccionan el alma, ilustran el entendimiento y dan elegancia á las costumbres y á las acciones. Sobre todo, tal era su organizacion, que estaba llena de bondad, de amor y caridad, y de tan inefable dulzura, que por la paz de la Iglesia sacrificaria gozoso su sosiego y su vida.

En Holanda se habia aficionado mucho á todos sus compañeros de estudio, y su primer recuerdo en Roma fue para Erasmo: dos talentos á quienes el ruido de las disputas religiosas fatigaba, porque los alejaba de lo que para ellos habia sobre la tierra de mas bueno: la quietud de su alma. Así, pues, una vez en el trono Adriano, se apresuró á escribir á su antiguo compañero de Universidad. En una carta, cuyo recuerdo se oculta con cuidado, le animaba á trabajar en favor de la pacificacion de la Iglesia, en nombre de la gloria, del porvenir y de Dios, quien le recompensaria largamente en la eternidad, y, en fin, en obsequio tambien de la antigua y santa amistad que los unia. Queria, pues, que el filósofo defendiese con mano fuerte el catolicismo, y entrase en guerra abierta con el reformador.

«Levantaos, levantaos, decia el Papa á Erasmo, para defender al Señor y para glorificarle; servios, como lo habeis hecho hasta aquí, de los maravillosos dones que os ha concedido.»

Erasmo vacila; no se atreve á asociarse á la obra que el Jefe de la Iglesia le propone; le presenta algunas tímidas escusas referentes á su edad, á sus achaques, á su imaginacion, que se hiela como sus miembros, y acumula dificultades para ir á Roma, adonde el Papa le recomienda venir.

Se observa al escucharle que conoce los males de la Iglesia y los recursos que para corregir aquellos deben aplicarse; pero estos recursos no pueden confiarse sino á mensajeros de confianza, y estos mensajeros no se encuentran. Está satisfecho de haber desde el principio conocido el drama que iba á ejecutarse; y cuando debia desbaratarlo él, el enviado espreso del cielo, retrocede cobardemente.

«Desde el principio he dicho con todas mis fuerzas que los monges favorecian la causa de Lutero, y no se me ha hecho caso. Mas tarde indiqué cómo se podia acabar con el mal, cortándolo de raiz, y se desecharon tambien mis consejos: en fin, me he esplicado lo mejor posible en mis cartas al Papa Adriano; mas por lo visto no han merecido su aprobacion mis indicaciones, cuando no he merecido tampoco contestacion alguna.»

Era un verdadero aleman el Papa Adriano: en su lenguaje, en su vestir, en sus costumbres, en su fe, que para ser estimulada no tenia necesidad, como la de los italianos, de símbolos ni imágenes. Verdadero cristiano de la primitiva Iglesia, que desgraciadamente no comprendia sino la forma esterior: si quiere conservarse, debe renovarse tambien con las costumbres de un pueblo.

Vestido mas que sencillamente, no le conocian cuando recorria las calles de Roma mas que por el cortejo de co-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jos, paralíticos, ciegos y pordioseros de ambos sexos que se arremolinaban á su paso, y á los cuales socorria. Ningun artista, porque no gustaba de ellos, se veia á su lado; los acusaba de robar el bien á los pobres, y no porque fuese estraño á la estética; pues tambien era poeta antes de ser Papa; pero su única musa era la caridad.

Un dia en que le hablaron de la magnifica pension que Julio II habia señalado al Señor que habia encontrado el grupo de Laocoonte, meneó la cabeza: «Son idolos, dijo: yo conozco otros dioses á quienes prefiero; los pobres, mis hermanos en Jesucristo.» Véase cómo la Providencia fue sabia dando á Leon X un sucesor como Adriano.

Si hubiera sido este elevado al poder en tiempos en que para introducirse en Roma las artes tenian necesidad de un puente de oro, acaso habria avanzado mas, como lo hizo cuando le enseñaron el Laocoonte, y Roma hubiera carecido de uno de sus mas bellos adornos. Ambos llenaron cumplidamente su mision, asociándose el uno al movimiento de las ideas, animando y recompensando con largueza á los que estaban dotados de un alma de artistas, á fin de hacer entender á los pueblos que el papado, lejos de ser el enemigo de las luces, las glorificaba como un don emanado de Dios; y el otro, cuando ya las artes se habian establecido sin temor á las revueltas, olvidando por un momento la forma para no pensar sino en los males de la Iglesia; es decir, en una obra magnifica en otro sentido, y que ninguno mejor que Adriano podia efectuar. Porque en él brillaban todas las cualidades que la Alemania motejara en Leon X, porque las desdeñaba. Gustaba de la soledad; vestia de paño pardo; usaba de una mesa frugal; la sencillez en el culto y las ceremonias; la ciencia que se oculta y la piedad que tiembla de ser descubierta, eran sus cuidados y pasiones favoritas. Mucho tiempo antes que Lutero tocase con su ardiente mano las indulgencias, habia ya estudiado las obras de reparacion; asentó su límite, señaló

su verdadero carácter, separando admirablemente el uso del abuso, y conciliando la exigencia del dogma con las luces de la razon.

A su exaltacion al pontificado dió una Bula, en la que se encuentran las doctrinas que habia profesado constantemente con gran talento, acerca de la virtud de la sangre de Jesucristo, tesoro de indulgencias, como estandarte de la Iglesia. Sobre este punto era sobre el que se esplicaba siempre con tanta energía y vigor, que algunos casuistas no aprobaron; contra los escándalos que habia dado al mundo el papado; sobre la necesidad de una reforma activa y eficaz en los miembros y en el Jefe; sobre las disoluciones de los Prelados y su escandaloso lujo; sobre el bochornoso tráfico de las cosas santas, del cual Roma habia dado alguna vez pernicioso ejemplo.

Para hacer ver que las quejas no eran dadas en vano, comenzó su obra de reparacion al momento, disminuyendo los derechos de dispensas de casamiento que se satisfacian á Roma por aquellos cuyo parentesco era muy inmediato. En Alemania se quejaron de las prerogativas de los coadjutores de la Chancilleria, y Adriano se las retiró en parte. A los cuestores los despojó de la facultad de distribuir las indulgencias. Todo esto no era sino el principio de las reformas que meditaba, si la Alemania hubiera querido seguirle en sus vias de mejoramiento; pero las buenas intenciones del Papa debian estrellarse contra los caprichos del cuerpo germánico.

El edicto de Worms, dado por el Emperador, habia tenido la suerte que todas aquellas leyes que con la persuasion de que no han de cumplirse, no se destinan sino á meter miedo: todo el mundo se burlaba al ver á la altanera Reforma derramar á la luz del dia sus doctrinas. Por entonces se carecia en Alemania de una mano bastante enérgica y fuerte que hiciese obedecer y ejecutar las órdenes del Emperador Cárlos V, á la sazon en España, y quien

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

parecia no escuchar las discordias religiosas que trastornaban la Germania; grandes pensamientos le ocupaban. Soñaba, decian, con una monarquia, en la cual no debia reinar jamás.

Antes de marchar habia elegido por su representante á Federico Palatino, principe afeminado, amigo de los placeres, y que tal vez se hubiera prestado á servir á la Reforma si hubiese hallado á su alrededor conciencias dispuestas á asociarse á medidas rigurosas; pero casi todas se mostraron indiferentes, como si hubiera adivinado el efecto de las palabras de Lutero dirigidas á la Dieta de Worms: «Si mi obra es una obra de Dios, ella se cumplirá.» Por otra parte, muchas de entre aquellas conciencias no podian sino ganar con el triunfo del principio reformador; y los ópimos despojos que el monge Sajon habia entregado á los principes que se resistian contenian suficientes encantos para seducirlos.

Lutero trabajaba sin descanso para ganar á su causa al pueblo; este comprendia el lenguaje que le hablaba, y acogia con júbilo las esclamaciones contra la opresion, confiado en que llegaria su turno un dia, y que podria contar entonces con sus señores, entrando de grado ó por fuerza en la liza. El manifiesto publicado por entonces por Lutero debia producir su efecto, exaltando la fiebre de independencia, de la cual estaba atacada la multitud. Habia dado á su libro el titulo de *La magistratura secular*. Su exordio está lleno de cólera. «Dios, gritaba, inflama el cerebro de los principes. Creen que es un deber obedecer sus caprichos; se amparan de la sombra de César, y al escucharles creen no se hace sino ejecutar sus órdenes por sus mas fieles servidores. ¡Cómo es posible que puedan ocultar sus iniquidades á todas las miradas! ¡Tunos, guilopos, que quieren pasar por cristianos! Ved aqui las manos á las cuales ha confiado César las llaves de la Germania. ¡Mentecatos, que, esterminando la fe de nuestro suelo, harian

crecer en él la blasfemia, si no se les resistia por lo menos con la fuerza de la palabra! Si he atacado de frente al Papa, este gran ídolo romano, ¿podré acaso tener miedo de sus escamas?»

Lutero entra en seguida en materia, y pone en evidencia algunas máximas de la Sagrada Escritura, que tratan del poder del principe y de la obediencia del súbdito: aunque á primera vista parecen contradecirse, se esfuerza en conciliarlas. Divide la sociedad en dos fracciones, la una que pertenece al reino de Dios y la otra al de este mundo: la primera, congreso de fieles, Jerusalen de cristianos, que no tiene necesidad, para ser gobernada, ni de cuchilla, ni de magistratura, ni de ministerio político; donde no se conoce la anarquia; donde todos los seres son iguales; donde no hay mas señor que Jesucristo; donde los Obispos y los sacerdotes no se diferencian sino por el ministerio que les está encomendado, y, finalmente, donde no pueden establecerse leyes y reglamentos sin el asentimiento de la voluntad general.

«No es para esta sociedad de escogidos para quien se han hecho las leyes, establecido las magistraturas y fundado los tribunales, sino para una asamblea de infieles, que no sabe existir sin todas estas invenciones humanas. Que los curas y los Obispos lleven la cuchilla y ejecuten la magistratura política; pero solamente en esta sociedad civil de hombres, que no tienen de cristianos sino el nombre. Ningun alma cristiana debe ponerse al abrigo de la cuchilla de la ley civil, y revestirse del oficio de juez para administrar justicia. El que disputa delante de los tribunales, el que viene á mendigar ó defender en ellos su honor ó los bienes temporales, es indigno de llevar el hermoso nombre de discipulo de Cristo; es un gentil, un infiel. Todos han recibido el bautismo; pero entre los que han sido regenerados, ¡cuán pocos son los verdaderos cristianos que pueden confesar á Cristo!»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Despues de esto, Lutero se apresura á abandonar la deduccion de teorías metafísicas, que no se han hecho para el pueblo, y que le fastidiarian si se prolongasen por mucho tiempo: formas lógicas, que no se dirigen sino á las inteligencias elevadas, como Melanchthon, Jonnás, Spalatino, y vuelve á la lucha apasionada de la palabra, en la cual es tan poderoso, que no encuentra rival; á esa lengua de fuego que inflama, remueve, electriza como un himno de combate, y donde sus mismos discípulos se horrorizan. Escuchémosle.

«Ved cómo Dios entrega los príncipes católicos á su depravada razon; quiere acabar con ellos y con sus Príncipes de la Iglesia; sus reinos están cercados, y bajan á la tumba, odiados del género humano, Príncipes, Obispos, sacerdotes, monges, pillo sobre pillo. Desde que el mundo es mundo, es una rareza notable sobre la tierra un Príncipe sabio y prudente, y mas raro todavía un Príncipe puro en costumbres. ¿Qué son la mayor parte de los grandes? Embusteros, bribones, y los mas grandes tunos que viven debajo del sol; lictores y verdugos, de los cuales se sirve Dios en su cólera para castigar á los malvados y conservar la paz de las naciones; porque nuestro Dios es grande, y necesita tener á su servicio nobles, ricos é ilustres verdugos, y se complace en que llamemos *señores clementísimos* á sus verdugos y á sus lictores. Príncipes, la mano de Dios está suspendida sobre vuestras cabezas; el menosprecio se estiende sobre vosotros; morireis, aunque vuestro poder fuese mayor que el del mismo turco. Vuestra recompensa es llegada; se os tiene por unos pillos y ruines; se os juzga de la misma manera que vosotros juzgais; el pueblo os conoce, y este castigo terrible de Dios, el desprecio, os oprime por todos lados, y no podeis apartarle. El pueblo, cansado, no puede por mas tiempo soportar vuestra tiranía y vuestra iniquidad. Dios no lo quiere mas. El mundo de hoy no es el mundo de otro

tiempo, en que cazábais á los hombres como si fuesen bestias feróces.»

Situad en Florencia á Lutero, como Savonarole, y este himno sublevará la muchedumbre, que correrá á las armas y romperá esos instrumentos de iniquidad, á los cuales se da el nombre de *principios*. En Alemania la palabra del reformador no podia producir el mismo efecto; sobre este pueblo frio por naturaleza, cuyo cerebro no recibia el golpe sino de un sol pálido, y acostumbrado de antemano á una obediencia pasiva á los poderes de este mundo, en el cual el catolicismo lo hacia un imperioso deber. La rebelion comenzada pudo difícilmente organizarse, porque un mismo lazo no reunia las poblaciones. Cuando lleguen á insurreccionarse los aldeanos, no será de modo alguno en nombre de la Religion, pero sí en el de sus intereses materiales: guerra de esclavos, que otro nuevo Spartaco emprenderá. Lutero conocia el fuego de sus palabras y la naturaleza de las inteligencias á quienes se dirigian. Esas almas, acostumbradas despues de mucho tiempo al yugo, habian presentido los destinos de Cárlos V; ellas sabian que este no estaba tan distante que no pudiese regresar, y venir para anegar en su propia sangre la sublevacion comenzada. En su consecuencia, en lugar de atacar frente á frente á los principios seglares, el pueblo se contentaba con entorpecerlos en su marcha, multiplicar los obstáculos á su paso, importunarlos con sus quejas, aturdirlos con sus clámoreos, calumniar sus intenciones, imputarles deseos sanguinarios, y acusarlos, en fin, de buscar en un reposo hipócrita la manera de rehacer sus fuerzas, para herir en seguida con mas ímpetu y mayor seguridad las conciencias.

Los príncipes católicos, sobre todo, tuvieron que sufrir. La Reforma habia encontrado medio de introducirse en el corazon de su mismo partido. Las denuncias que se hacian á Lutero por los mismos que, perteneciendo á la co-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mitiva de los príncipes, estaban en inteligencia con él, le hacian pasar muchas veces por hombre dotado del don de segunda vista; porque habia profetizado acontecimientos que despues se realizaron. Asi es cómo conocia los secretos del Arzobispo de Maguncia, revelados por el secretario del Prelado, Wolfang Capiton, quien no tardó en abrazar la Reforma; y los proyectos del elector Federico, descubiertos por el confidente del príncipe, Jorge Spalatino. Cuando en el mes de noviembre de 1852 se abrió la Dieta de Nuremberg, ya sabia Lutero las disposiciones de los príncipes que la habian de componer. La mayoría, sin dejarse arrastrar por las nuevas doctrinas, tenia la inmensa popularidad que gozó el cenobita en Alemania, y mas que todo su palabra, que quemaba como el fuego á toda ropa que se acercara, y sobre todo á la púrpura y al armiño. Estaba cierto de que no habria una voz que gritase: «¡Maldicion al evangelismo!» Y que si salia por ventura del banco de los príncipes católicos, en el acto seria sofocada por otras mas numerosas, que el miedo haria ser elocuentes. En este congreso de Nuremberg estaban representadas todas las opiniones de la época contemporánea: allí habia católicos, anabaptistas, sacramentarios, zwinglistas, melanchthonianos, que se llamaban hierarquistas, carlostadianos, y, por fin, ateos. La opinion política presentaba el mismo lastimoso cuadro y la misma confusion. En ausencia del Emperador todos se agitaron, todos hicieron un ruido formidable, todos quisieron salvar á la Alemania. La Dieta ofreció el triste espectáculo de una asamblea, donde los príncipes seculares se convirtieron en teólogos. Si el Nuncio del Papa, Adriano Cheregat, hubiese tenido la elocuencia de Aleandro, el embajador de Leon X, él hubiese sin duda oscurecido completamente esta pálida individualidad; mas no hubo uno que hiciese resistencia. Sin embargo de que entonces era el momento mas á propósito para reprimir la revolucion, y en vez de aquella pa-

labra de Aleandro, viva, impetuosa, brillando en imágenes que seducian antes de convencer, al presente no habia mas que una frase temblorosa, incierta, blanda y llena de timidez. Cheregat parecia mas bien un sentenciado sobre su banquillo que un juez sentado en su tribunal: la Dieta se vió dominada de asombro; creyó encontrar otro tono. Como queda dicho, el corazon de estos hombres se ensanchó en presencia de un Nuncio que rebajaba la púrpura hasta la súplica; porque es muy cierto que su arenga, mas bien que de un católico, parecia de un luterano. Reconoció humildemente «que la Cátedra de San Pedro era la primera que se habia manchado; que la Iglesia tenia necesidad de reforma; que si Dios la habia castigado cruelmente, era á consecuencia de los delitos de sus Prelados y sacerdotes; que hacia algun tiempo que el abuso de las cosas santas, la insolencia del poder y el escándalo, venian, en parte, de Roma; que el voto ardiente de Roma era reparar lo pasado, haciendo que la Reforma bajase de la cabeza á los pies; que la cátedra pontifical, origen principal del daño, debia ser curada en lo sucesivo, y que una vez restablecida la herida, la Iglesia sanaria bien pronto.» El Nuncio añadió que se guardaria muy bien de toda exageracion y de aplicar remedios fuertes, que, muy al contrario de aliviar, no harian otra cosa que aumentar la enfermedad; que emplearia linimentos que la curasen, y que, con la ayuda de Dios, el Papa, que no habia recibido el gobierno de las almas sino por obedecer á una voluntad superior, vendria gustoso en devolver la paz á la Iglesia. Despues, volviéndose á los miembros de la Dieta, les dijo: «Yo estoy pronto á escuchar vuestras súplicas; si teneis alguna queja, decidla, que el Papa está dispuesto á acogerla en el seno de su bondad paternal. No olvideis que los Estados tuvieron en cuenta el concurso de sus deseos; que hay un edicto de Worms, que en ausencia del Emperador estais obligados á mantener; que de vosotros depende la adopcion de las me-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

didas mas oportunas, al efecto de conseguir que el Padre comun de los fieles no sea contristado en lo sucesivo por el triunfo de la herejia; que ha hablado la Iglesia, y que vosotros, hijos dóciles, debeis obedecerla, y velar por la ejecucion de sus decretos.»

Cualquiera ve todo lo que este lenguaje tiene de flojo, de embarazoso é imprudente: el lenguaje de una corte acostumbrada á hablar siempre alto. Ciertamente no daba una idea muy ventajosa, ni del soberano en cuyo nombre se usaba, ni del orador que tenia por órgano de sus derechos. Jamás los miembros de la Dieta podian creerse á la altura que los elevara el Nuncio de Su Santidad. Lutero no estuvo enteramente seguro de las disposiciones de ellos, porque temia á los príncipes católicos. Para desprestigiarlos á los ojos de la nacion alemana, los habia hecho parecer como instrumentos de venganza lanzados de la mano de Dios. La arenga del Nuncio hizo pequeños déspotas, *manos de hierro*, á hombres que, entregados á sus instintos, hubiesen querido encontrar una resistencia enérgica. Mas allá de los montes infundió la desconfianza y el desaliento en el corazon de los Prelados italianos; algunos decian que el lenguaje de Cheregat era propio de un hijo del siglo, y un contrasentido en la boca de un Nuncio. Alemania no pudo persuadirse de que la corte romana se humillase voluntariamente, y Lutero en Wittemberg no dejó de formar un paralelo entre las palabras de Cheregat en la Dieta de Nuremberg, y las de Cayetano en Worms, y de hacer ver á los reformados los progresos que iba haciendo su causa, pues que un Nuncio se vió obligado á confesar á la faz del mundo «que todos los desórdenes ocurridos allí hasta entonces traian su origen de la corte romana.»

La Asamblea de Nuremberg no meditó mucho su respuesta. Conviene mucho comentar la arenga oficial. En ella se declaraba que si no se habia ejecutado el edicto imperial contra los partidarios de Lutero, la culpa estaba en Roma,

de quien la Alemania tenia tanto que quejarse, que en virtud de sus medidas de rigor, que no habian servido mas que para ensanchar su camino á las nuevas doctrinas, el pueblo se habia rebelado contra el poder, bajo el pretesto de que querian apagar la luz del Evangelio. Felicitaba al Papa, que habia reconocido noblemente la necesidad de una reforma en el clero, y tenia la esperanza de que en lo sucesivo las anatas no se destinarian á otro que á su primitivo objeto: la guerra contra turcos é infieles.

A los ojos de la Dieta no habia mas que un medio de dar la paz á la Alemania; este era convocar un sínodo nacional, donde pudiera escucharse toda voz disidente. Despues de esto, los Estados prometieron trabajar en la reconciliacion comun, y para obtener del elector que hiciese callar á Lutero; que los predicadores no predicasen mas que la palabra divina, apoyada en la doctrina y tradicion de la Iglesia; que se dejase á los Ordinarios castigar con penas canónicas á los sacerdotes que se hubiesen casado, y á los frailes que habian abandonado sus conventos, y que se les podria privar de sus beneficios y privilegios, sin que la autoridad civil pudiese poner obstáculos.

Algunas voces quisieron hacerse oir, demandando medidas enérgicas contra la propaganda luterana y el desbordamiento de la prensa, que inundaba las ciudades y los campos de escritos anticatólicos; pero la mayoria les impuso silencio, y se ocupó de formular su edicto, publicado el 6 de marzo en nombre del Emperador, entonces ausente. Lutero observó con impaciencia las deliberaciones de la Dieta, y el edicto fue para él un triunfo mayor que el rescripto de la misma asamblea. Tuvo un especial cuidado en celebrar su victoria sobre el papado, en un escrito lleno de artificios, donde la alabanza de los estamentos estaba sagazmente envuelta con advertencias que, segun decia, no salian de él, sino del mismo Dios, cuyo mandato cumplia; «que él no era entre las manos mas que una ca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ña frágil, muy semejante á aquellos que están en la cumbre del poder y de los honores y dignidades, y á quienes el Señor destruiria de un soplo si alguna vez rehusaran escuchar su palabra.» Daba tambien las gracias en nombre de los sacerdotes y cenobitas á quienes se queria castigar porque cumplian el deber que Dios habia impuesto á Adan y toda su posteridad, y decia: «¡Triste ceguedad, implacable dureza del Pontífice! ¡Prescripcion que alegra al mismo diablo!»

La Dieta se ocupó de esponer sus quejas, y como eran ciento, *Centum gravamina* (llamó asi á su relacion), pidió la reparacion de todas. La relacion de ellas era una reunion de amenazas mas bien que de súplicas, hechas con dureza, y en las cuales generalmente el Papa no podia hacer justicia sin dejar lastimada su autoridad, la disciplina eclesiástica y las mas santas tradiciones. Cheregat se conmovió al fijar sus ojos en este cúmulo de quejas que se remitia al secretario de los Estados: sufrió la pena de su timidez. La Dieta se opuso formalmente á revisar su trabajo, y muy pronto, con auxilio de la prensa, le reprodujo y esparció por toda la Alemania: Cheregat debia resignarse. Despues que se puso en camino de Roma, J. Lufft, impresor de Wittemberg, publicó la esposicion de *Centum gravamina* en aleman y en latin, para uso de los sabios y del pueblo, con ciertos escolios y glosas semi-serias y semi-jocosas, pero todas insultantes al catolicismo, y llenas del espíritu de Lutero. Este espíritu es el que ha inspirado aquellas lineas mordaces que escitaron el odio, y el que ha formado todo este lodo. Esta era la inquietud que hizo enfermar y morir á Ulrich de Hutten. No se equivocaba él; él mismo habia indicado el procedimiento de adivinacion, bien simple por cierto. «Cuando sobre una bella página blanca veais pequeños puntos negros, decid: «Una mosca »ha pasado por aquí;» y cuando veamos una bella cara de viejo, por ejemplo, de Adriano ó del Cardenal-Arzobispo

de Maguncia, sonrosada de algun bofeton que le haya dado algun clérigo, diremos: «Esta mano es la del mismo »Lutero,» y no nos equivocaremos.»

Al desgraciado Adriano, Pontifice mas que otro puro, cristiano de la primitiva Iglésia, buen Pastor, que hubiese dado la vida por sus ovejas; apóstol que no conocia el mal, y respecto de quien «el mundo no era bastante digno,» segun la bella espresion de un historiador protestante, se le destrozó el corazon á la llegada de Cheregat, y el dolor le mató.

Todos los pobres de Roma siguieron la comitiva fúnebre, llorando y esclamando: «¡Ha muerto nuestro Padre!» Y cuando pasaba su cadáver, el pueblo se arrodillaba, vertiendo lágrimas. Jamás hubo pompa fúnebre en que el dolor público pudiese tener semejante. Roma comprendia todo lo que habia perdido. Algunos fieles servidores acompañaron el cuerpo á la iglesia de San Pedro: eran los amigos de la infancia del doctor de Utrecht. A sus espensas se erigió un pequeño sepulcro, donde debian depositarse sus restos queridos. Sobre la piedra sepulcral se leia: «Aquí reposa Adriano, que conservó el poder como el mayor de los males.» Mas tarde un Cardenal aleman hizo elevar á sus espensas en otra iglesia un cenotafio mas suntuoso, donde se veian las palabras, cuya repeticion tanto agradaba al Papa Adriano: «Al alma honrada nada importa tanto como el tiempo en que ha vivido.»

Algunos dias antes de morir habia Adriano canonizado al venerable Benno, Obispo de Misnio, santo sacerdote, cuya memoria aun se respeta en toda la Sajonia católica. Fue este otro San Martin, que, despues de vender todas sus joyas, partió su capa en dos pedazos, para darla á los pobres. Lutero, que proponia á la veneracion de los cristianos aquellos de sus discípulos que habian recibido la muerte durante la carrera de su apostolado, quiso impedir que se celebrase este nuevo Santo, escribiendo un libro en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que, tratando de derribar el nuevo ídolo *y el anciano demonio*, ultrajaba á los vivos y á los muertos.

En este momento el alma de un monge que Lutero habia descarriado por un momento, volaba desde su celdilla al seno de Dios: era el alma de Staupitz, reconciliado con la Iglesia.

¡Gloria y paz á su memoria!

CAPITULO XXII.

NUREMBERG Y RATISBONA.—1523-1524.

El Legado Campeggio en la Dieta de Nuremberg.—Fisonomía de los Estados.—Decreto de la Dieta.—Protestacion de Lutero contra sus órdenes.—Los católicos se reunen en Ratisbona.—Liga de príncipes reformados.—Lutero sostiene que debe contribuirse para la guerra contra el turco.—Inconstancia de sus palabras.

En 1524 los Estados se reunieron de nuevo en Nuremberg. Clemente VII sucede á Adriano VI. La guerra desolaba la Italia, donde dos príncipes se disputaban el imperio del mundo: Cárlos V y Francisco I. El Papa habia hecho alianza con el Rey de Francia para defenderse de las armas del Emperador. Estas revueltas ocupaban el pensamiento y favorecian los progresos de la Reforma. Cárlos fue mas feliz que su rival: habiéndole vencido, Clemente VII no tuvo mas recurso que arrojarse en brazos del vencedor. El Emperador le prometió terminar los disturbios religiosos de Alemania. El Papa eligió para que le representase en la Dieta al Cardenal Campeggio, hombre de cabeza y de carácter, hábil teólogo, orador ejercitado, admirador y amigo de Erasmo. Mas los espíritus se irritaban de mas en mas en Alemania. El luteranismo cada dia ganaba mas fuerzas, y como crecia en poder, así se aumentaba su atrevimiento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que, tratando de derribar el nuevo ídolo *y el anciano demonio*, ultrajaba á los vivos y á los muertos.

En este momento el alma de un monge que Lutero habia descarriado por un momento, volaba desde su celdilla al seno de Dios: era el alma de Staupitz, reconciliado con la Iglesia.

¡Gloria y paz á su memoria!

CAPITULO XXII.

NUREMBERG Y RATISBONA.—1523-1524.

El Legado Campeggio en la Dieta de Nuremberg.—Fisonomía de los Estados.—Decreto de la Dieta.—Protestacion de Lutero contra sus órdenes.—Los católicos se reunen en Ratisbona.—Liga de príncipes reformados.—Lutero sostiene que debe contribuirse para la guerra contra el turco.—Inconstancia de sus palabras.

En 1524 los Estados se reunieron de nuevo en Nuremberg. Clemente VII sucede á Adriano VI. La guerra desolaba la Italia, donde dos príncipes se disputaban el imperio del mundo: Cárlos V y Francisco I. El Papa habia hecho alianza con el Rey de Francia para defenderse de las armas del Emperador. Estas revueltas ocupaban el pensamiento y favorecian los progresos de la Reforma. Cárlos fue mas feliz que su rival: habiéndole vencido, Clemente VII no tuvo mas recurso que arrojarse en brazos del vencedor. El Emperador le prometió terminar los disturbios religiosos de Alemania. El Papa eligió para que le representase en la Dieta al Cardenal Campeggio, hombre de cabeza y de carácter, hábil teólogo, orador ejercitado, admirador y amigo de Erasmo. Mas los espíritus se irritaban de mas en mas en Alemania. El luteranismo cada dia ganaba mas fuerzas, y como crecia en poder, así se aumentaba su atrevimiento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ya no solo el dogma, sino hasta las insignias del catolicismo, les causaban disgusto, y les hizo abiertamente la guerra. El fue quien en los caminos reales volcó las cruces, las imágenes, las estatuas de los Santos y las pinturas, y proscribió la sotana eclesiástica y el hábito monacal. A la entrada de Campeggio en Augsburgo quiso dar su bendicion, y el pueblo se rió y burló del Prelado; los príncipes, que estaban en las puertas de la ciudad de Nuremberg para recibirle, le rogaron se despojase de las insignias de su dignidad, temiendo que el pueblo le dirigiese algun insulto. Campeggio, pues, se vistió con el traje secular, y entró en Nuremberg sin ningun aparato ni pompa. El Cardenal creyó encontrar al elector Federico, aquel á quien por encargo del Papa debia entregar una carta llena de benignidad. Confiaba el Cardenal en su clemencia, y creia que podria atraer á este príncipe á favor de los intereses de la Iglesia católica; pero el príncipe estaba ausente. Espidió el Breve, y aun no se sabe la respuesta del elector.

A los dos dias fue recibido el Cardenal en audiencia solemne por los príncipes y diputados de las villas imperiales. Estaba preparado: su arenga no careció ni de astucia ni de habilidad. La pintura que hizo de los males causados á la Alemania por las nuevas doctrinas, y del porvenir que ellas le preparaban, fue una pintura viva y profética. Nada dijo del Concilio nacional que habian reclamado los Estados con tanta instancia, y en cambio procuró estenderse en las quejas ó agravios cuya satisfaccion habian reclamado los Estados; y prometió en su nombre que él haria justicia á las quejas y escucharia las súplicas, bajo la condicion de que los Estados suprimiesen de la relacion de agravios algunos artículos que atacaban á la autoridad pontificia y á los derechos de la Iglesia.

Las fuerzas de los dos partidos estaban distribuidas de este modo en la Dieta; por parte del Legado podia oirse la voz del archiduque Fernando, hermano y lugar-teniente

del Emperador; la del duque de Baviera, la del Cardenal-Arzobispo de Salzburgo, la del Obispo de Trento, y la de otros príncipes seculares y eclesiásticos. La mayoría estaba formada por los diputados de las ciudades, afectos todos al luteranismo. La discusion fue larga y acalorada: el embajador de Cárlos V insistió sobre la ejecucion del edicto de Worms, y amenazó á los Estados con la cólera del Emperador. Los príncipes luteranos hubieran querido que en aquel mismo dia se hubiese proclamado la libertad de conciencia, ó, en otros términos, la rebelion contra el edicto imperial: se adoptó un término medio. La Dieta decretó que debia convocarse, con consentimiento del Emperador, un Concilio general en Alemania, para terminar las diferencias religiosas; que habria una nueva Asamblea en Spira el dia de San Martin, en la cual los Estados generales, despues de haber hecho examinar por hábiles doctores las doctrinas de Martin Lutero, para que declarasen aquello que deberia conservarse ó condenarse de las mismas, se formularia el decreto. Teniendo en cuenta la decision del Concilio, prometió examinar, y, si fuese posible, corregir en algunos puntos la esposicion de *Centum gravamina* contra la corte de Roma, y por obedecer al Emperador procurar se llevase á cabo la ejecucion del edicto de Worms.

La Dieta estuvo absurda; conmovió todas las conciencias, dió de nuevo á los legos el derecho de juzgar las doctrinas que la Santa Sede habia condenado, y á los vasallos de Cárlos el poder de desobedecer un rescripto imperial. Admitia el decreto de Worms como una ley del imperio, y provocaba á la Alemania á recobrar su libertad. Los Estados se constituyeron en jueces en puntos de fe y de legislacion, y por una contradiccion manifiesta absolvieron y condenaron á Lutero, aprobando el edicto de 1520, en que habia sido declarado hereje, y prescribiendo un nuevo exámen de su doctrina en Spira. El Legado protestó,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y el embajador de Cárlos V declaró que llevaria sus súplicas á los pies de su amo.

El Emperador estaba ausente: habiéndole enterado el Papa de la resolucion de la Dieta, y el desprecio que habian hecho de sus órdenes y de las decisiones de la Iglesia, irritado Cárlos dirige á los príncipes alemanes un rescripto, donde les amenazaba con la pena de muerte á cualquiera que desobedeciese el edicto de Worms. Esto no pasó de ser una amenaza, de que los Estados no hicieron un gran caso.

El luteranismo no se alteró; seguia con la cabeza levantada, afrontando al Papa y al Emperador, proclamando sus creencias, y forzando las puertas de las iglesias cuando no se le querian dar las llaves. Magdeburgo, Nuremberg y Francfort abandonaron públicamente las formas del culto católico: en Magdeburgo se amotinó la plebe el 24 de junio de 1523, é intimó la órden al magistrado civil de cerrar los conventos, de prender los eclesiásticos, reconocer los ministros enviados de Wittemberg, y establecer la comunion bajo las dos especies; y los magistrados, que no tenian fuerza con que poder resistirse y hacer ejecutar el edicto del Emperador, hicieron por obedecer á esta plebe desenfrenada y fanática. Los caballeros ofrecieron seriamente á los vecinos de Nuremberg que si querian sostenerlos, no dejarian una cabeza de Obispo en el espacio de veinte millas. En Neustadt los luteranos tendieron al capellan de Fernando una emboscada, y cometieron con él la horrible mutilacion de sus partes genitales. Aun no estaba Lutero satisfecho del edicto de la Dieta; lo habia enfurecido. Jamás asamblea política alguna habia sufrido un castigo como el que le impuso el monge sajon. Si en la asamblea hubiera habido una gota de sangre alemana, Lutero hubiese sido entregado al poder del imperio para castigar su insolencia.

Los príncipes católicos se asustaron. El reformador,

seguro en Wittemberg, se embravecia contra el Papa y el Emperador: sus doctrinas ganaban terreno. Desde la alta Sajonia se estendieron á las provincias setentrionales, estableciéndose despues, ora por fuerza, ora de grado, en los ducados de Luneburgo, Brunswik y Meclemburgo. La Pomerania, Magdeburgo, Brema, Hamburgo, Vismar, Rostockles, habian abierto sus puertas, atravesado el mar Báltico, é invadido la Livonia: despues bajaron á Prusia, donde el marques Alberto de Brandeburgo, gran maestre de la órden Teutónica, les habia dado un asilo, y donde el Obispo Jorge las habia confesado públicamente en el momento de contraer matrimonio. Los dos cultos se alzaban el uno á presencia del otro. El luteranismo queria luchar de poder á poder con el catolicismo: de oprimido se convirtió en opresor. No se contentaba con edificar templos, sino que ocupaba las iglesias católicas despues de haber destruido las imágenes; reunia á campana tañida los evangelistas, para que acudiesen á las ceremonias; desde el púlpito tronaba contra la supersticion de una Religion que él decia estaba muerta para siempre, envanecido de haberla herido mortalmente. Los príncipes católicos, por interes de la fe amenazada, ó por temor de perder su corona, comprendieron la necesidad de unirse estrechamente. Tres de ellos formaron una liga en Ratisbona; á saber: el duque Willhem, el de Baviera y Fernando de Austria. El 6 de julio de 1524 los Arzobispos y Obispos de Salzburgo, de Trento, de Bamberg, de Spira, Strasburgo, Constanza, Bale, Freisingen, Pasau, reunidos á los príncipes, concluyeron un tratado de alianza, en que declaraban «que el edicto de Worms contra Lutero y sus secuaces debia observarse como una ley del imperio, que nadie se atreveria á contradecir, ni en la administracion de los Sacramentos, ni en las ceremonias, ni en los preceptos y tradiciones de la Iglesia católica. Que los eclesiásticos que se casasen y los monges que apostatasen, serian castiga-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dos con todo rigor con las penas de los cánones; que se deberia predicar el Evangelio conforme á la interpretacion de los Santos Padres y de los Doctores; que todos los que estudiasen en Wittemberg serian obligados á abandonar aquella Universidad en el término de tres meses, bajo la pena de confiscacion de bienes, y que los que hubiesen hecho allí sus estudios no podrian jamás poseer beneficios. Que los emigrados luteranos no encontrarian asilo en los Estados de la Confederacion, y, como una de las cláusulas del tratado, á todo príncipe que se le atacase deberia dársele por los demas socorro, asistencia y el mas cumplido auxilio.» El Legado, que asistió á esta conferencia, pidió, en primer lugar, que se satisficiesen las justas reclamaciones de los Estados de Nuremberg contra ciertos abusos introducidos en el clero. Hizo ademas publicar una Constitucion con 35 artículos, á fin de arreglar el régimen eclesiástico, la administracion de las parroquias y la oblacion de diezmos. Algunas de estas disposiciones retratan las costumbres de la época; por ejemplo, en un artículo se dispone que los eclesiásticos vistan un hábito decente y se aparten de los negocios mercantiles; en otra se les amonesta dejen de acudir á las tabernas y de disputar sobre la mesa, entre los vapores del vino, sobre las materias religiosas.

Seckendorf ha visto en este coloquio de Ratisbona una asonada, que conmovia á toda la Alemania; ¡como si el catolicismo, despojado, perseguido, sin poder alzar sus imágenes en las catedrales erigidas á sus espensas, predicar á los pueblos que él habia convertido á la fe, debiese sufrir el saqueo de los que llamaba Lutero bestias de la arena, el populacho y los grandes! Un hombre corre al martirio sin quejarse; un culto tiene otra mision; la mision de vivir. Si quereis darle la muerte, él volverá á brotar en nombre del mismo que le dió la vida. Véanse aquí dos profecías: la una de Jesucristo, que prometió á su Iglesia no abandonarla mas allá

de la consumacion de los siglos; la otra de Lutero, que señaló el término en que Dios cesaria de prestar su ayuda al catolicismo. Creyeron los príncipes luteranos que habia llegado el momento predicho por el cenobita, y trabajaban por que se cumpliese el oráculo. Todo era bueno contra la anciana fe de la Alemania: la burla, el ultraje, la persecucion, el robo, el destierro; y se admiraban de que un culto *cuya hora habia sonado* alzase su frente y estrechase entre sus manos una tierra anegada en la sangre de sus mártires. ¡Como si la violencia no favoreciese bastante la obra de la Reforma, se recurrió tambien á la calumnia! Un miserable vicecanciller del duque Jorge, llamado Othon Pack, se envanecia de haber sorprendido el secreto de su amo, y fabricó un proyecto de conspiracion, que se atrevió á sellar con el sello del mismo príncipe. El elector de Sajonia y el landgrave de Hesse iban á venir á las manos, cuando la mentira de Othon Pack fue descubierta. Mas la Alemania se conmovió: el pueblo, fanatizado, creyó de buena fe un atentado contra la vida de sus señores y de sus creencias religiosas. Se designó la falsa conspiracion con el nombre de liga de Pasau, que los historiadores conservan como una realidad; liga que hoy se tiene en poco, si el espíritu de partido no tuviese interes en defender su veracidad, ni mas ni menos que la de otras muchas fábulas que nacen diariamente cuando se quieren sublevar los ánimos populares.

Los príncipes luteranos hicieron admirablemente su papel; fingieron, simularon el miedo, y aparentaron que creian las revelaciones de Othon Pack. Entonces se les vió tener asambleas en medio del dia, en las cuales escitaban al desórden. Lutero, desde Wittemberg, aplaudia este valor de aquellos que llamaba hijos de la luz. Hijos de las tinieblas llamaba él al duque Jorge, al duque de Baviera y á los católicos que obedecian las órdenes del Emperador. La obediencia se trataba como rebelion por los reformados, y la

revolucion exaltada como una inspiracion del cielo; tenian coronas para la felonía y apostasía, y desprecio y aborrecimiento para la fidelidad á Dios y al Rey. Las circunstancias favorecian á Lutero. Habia estallado la guerra entre el Emperador y el Papa Clemente VII, que seguia el partido de Francisco I. Pavía vió sucumbir la gloria de este Rey. Las armas de su rival habian obtenido la victoria; Roma habia sido tomada y saqueada por el condestable de Borbon; su ejército, formado en parte de luteranos, habia llenado de abominacion la Ciudad Santa; sus soldados habian convertido la Basílica de San Pedro en caballerizas, dando por cama á sus caballos las Bulas del Papa, y poniéndoles por mantillas las capas de los Cardenales, proclamando, en fin, Papa á Lutero en una capilla del Vaticano. Clemente se habia declarado por la Francia, y Cárlos se vengaba vomitando sobre la Italia torrentes de luteranos, que deseaba desterrar de Alemania: dóciles instrumentos de su cólera, que arrasaron hasta la yerba de los campos, y que vendian á peso de oro las orejas de sus prisioneros. Mas triste fuera la suerte de la Ciudad eterna, si Dios no echase una mirada de piedad. Efectivamente, la peste, que ellos habian introducido en Italia, sirvió para ahuyentarlos de Roma.

Al mismo tiempo Soliman amenazaba la Hungría, y tarde ó temprano debia forzar á Cárlos V á repasar los Alpes, para ir en ayuda del archiduque Fernando. Dada la paz á Italia, el Emperador volvió sus ojos á Alemania. Una nueva Dieta se convocó en Spira: en ella tuvieron los católicos mayoría, siendo presidentes-comisarios el Rey Fernando; Federico, conde Palatino; Guillermo, duque de Baviera, y los Obispos de Trento y de Hildenheim. Los sacramentarios se hallaban decididos á hacer frente y resistir á los luteranos.

Las ciudades imperiales estaban casi infestadas del zwinglianismo. La division se habia introducido entre los sectarios. El landgrave de Hesse, comprendiendo el daño que semejante escision podia producir, procuró reconciliarlos; mas sus esfuerzos fueron inútiles: los católicos tuvieron por fin alguna seguridad. Despues de largas contestaciones, la asamblea decretó que donde se hubiese recibido el edicto de Worms no seria lícito mudar de Religion; que las ciudades que hubiesen abrazado las doctrinas nuevas, las conservasen hasta la reunion del Concilio, sin que de ningun modo pudiesen abolir la Misa ni quitar á los católicos el libre ejercicio del culto; que los sacramentarios serian desterrados del imperio, y los anabaptistas sentenciados á muerte.

Los príncipes luteranos, Juan, elector de Sajonia; Jorge, marques de Brandeburgo; Ernesto y Francisco, duques de Luneburgo; Felipe, landgrave de Hesse; Wolfang, príncipe de Anhalt; los diputados de catorce ciudades imperiales, entre otros el de Strasburgo, que habia querido abolir la Misa, se reunieron dos dias despues, y dieron al público un escrito, en que protestaban en nombre de Dios y de los hombres que ellos no podian obedecer un decreto tan hostil á las verdades evangélicas, y apelaron al Emperador, al Concilio general y al juicio de todo hombre despreocupado. Desde este dia los reformados recibieron el nombre de *protestantes*, que han conservado como un dictado glorioso. La Dieta habia pedido y votado subsidios para la guerra del turco: los católicos llevaron todo el oro que poseian. Los protestantes dejaron de contribuir; pero el oro de los católicos no bastó para asustar á Soliman; sus doscientos mil hombres avanzaron contra la Hungría, y el 26 de setiembre de 1523 plantaron sus escalas en las murallas de Viena. Este es un borron de que no puede lavarse el protestantismo, que abandonaba á sus hermanos cuando un peligro que amenazaba á la Cruz de Jesucristo debiera apagar todo resentimiento.

La patria estuvo en peligro, y el cristianismo: el islamis-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mo triunfante, si algunos corazones generosos no hubiesen combatido cuando las murallas eran atacadas y rotas. Honor á aquellos valientes jefes, Felipe, conde Palatino, Nicolás de Salm, Guillermo de Regendorf, y toda una poblacion de viejos, mujeres y niños, que, en medio del hambre, las enfermedades y la peste, no desesperando de la proteccion del cielo, se defendieron bizarramente, y persiguieron hasta Constantinopla al ejército de Soliman. Aparte de Dios y del Papa, debieron el buen éxito de esta hazaña á la fuerza de sus débiles brazos; porque el Emperador y sus príncipes los habian abandonado. La voz de Lutero habia gritado: «¡Paz á los turcos!» voz mucho mas fuerte que la de la patria suplicante y la de la Cruz de Cristo. ¡Ahora bien; que sentencie el lector entre los reformados y los católicos; que diga en qué venas corria la sangre cristiana!

El mismo dia que Soliman pensaba convertir en mezquita el templo de San Estéban, los diputados de la minoría llegaron al campo de Cárlos V, en Bolonia, y le presentaron el acta de protestacion.

El Emperador les dijo: «Dios os juzgará; habeis negado la ayuda de vuestros brazos y vuestra riqueza á vuestros príncipes sitiados, y violado una ley fundamental del imperio:» y los despidió, asegurándoles que ya les arreglaria, y procuraria poner todas sus fuerzas en juego para que hubiese órden en Alemania.

La inconstancia de Lutero en su modo de pensar fue objeto de las plumas de los historiadores católicos; y aunque no la perdieron de vista, dejaron, sin embargo, de patentizar la causa. Así es que, con motivo de la guerra contra los turcos, se dedican á describir sus móviles opiniones, y forman con ellas la acusacion al Espíritu-Santo, de que él se llamaba el órgano. ¡Admirable argumentacion para los bancos de un convento! Pero los antilogismos de Lutero anuncian algo mas que la miseria ó la desesperacion de una inteligencia.

En 1520 afirmó sobre los muros de las iglesias que los turcos eran un instrumento de la cólera divina; que volverse contra ellos era desobedecer á la Providencia. Siguió su camino, y continuó enseñando esta doctrina, que sus adversarios trataron de absurda.

En 1524 no quiso que se diese un óbolo para resistir á los enemigos de nuestra fe, que, segun él, valian mas que los papistas, de quien decia no era de él la falta, si el Danubio no habia llevado los cadáveres católicos mas allá de Pesth.

Mas en 1528, en su tratado *De Bello turcico*, que dirigia al landgrave de Hesse, azotó bien á estos miserables, *semi-hombres* y *semi-diablos*, que en las plazas públicas disuadian al pueblo de tomar las armas contra los otomanos, y que enseñaban en las encrucijadas que un cristiano no podia llevar espada ni ejercer la magistratura civil: justamente lo mismo que él habia cantado en otro tiempo, alzando su voz hasta las nubes, en su libro *De la magistratura secular*.

Fácil es de esplicar todo esto.

En 1528 debia ocupar el trono su implacable enemigo. Las resultas fueron una fortuna para Lutero. La guerra civil impedia la ejecucion del edicto de Worms, y protegia á la propagacion de sus doctrinas, á la sublevacion de los pueblos, á trasformar la liturgia, á remover los conventos, á escitar la avaricia de los monges, y á hacer hablar el demonio de la carne.

Estando el Emperador en Italia, podia trabajar sin temor en su obra; mas al regreso de Cárlos á Alemania Lutero no debia estar tranquilo. Ved, pues, un momento oportuno de reasumir su código político, en que se puede leer «que un cristiano no puede llevar espada sin pecar, ó ejercer una magistratura secular.» Si el príncipe, para la ejecucion de sus edictos, recurre á la fuerza, no hará, segun la opinion del reformador, mas que crueldades y mar-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tirios: los verdugos serán los jueces; los mártires los revoltosos.

Su doctrina adquirió mayores proporciones: se estendió por las ciudades, los ducados electorales y reinos. El nuevo culto era una policia; es decir, una espada; y al mismo tiempo que Lutero habia querido arrebatarla de toda mano cristiana, ahora la hacia empuñar á sus magistrados.

La escritura se complacia de sus caprichos. Así como Lutero habia negado y concedido sucesivamente el purgatorio, las oraciones por los difuntos, la confesion y la Misa, ella le volvió la espada que le habia retirado ella misma. Ved ahi su sociedad constituida y su espada levantada, amenazando á la vez al turco y al mal cristiano que no quiere combatir contra el infiel.

En 1521 era un crimen dar un óbolo para hacer la guerra á los turcos: Lutero tenia necesidad de fondos.

En 1528 condenaba á aquellos oradores tabernarios que apartaban al pueblo de la guerra contra los infieles: Lutero tenia miedo á los infieles.

En 1522 llegar á servirse de una espada, era trastornar las leyes de la república cristiana: Lutero tenia miedo á la espada.

En 1528 la espada era un atributo cristiano del poder: Lutero tenia necesidad de ella.

Aun le veremos disputar con un Rey tomista, multiplicando estas dobles fases de audacia y de versatilidad.

CAPITULO XXIII.

ENRIQUE VIII.—1522-1523.

La Cautividad de la Iglesia de Babilonia escita una viva sensacion en Inglaterra.—Enrique VIII ataca la obra de Lutero.—Idea de la obra real.—Respuesta de Lutero al folleto de Enrique VIII.—Lutero tiene miedo, se retracta, y da pública satisfaccion á Enrique VIII.—Tomás Moro defiende la causa de su Rey.—Idea de la obra de T. Moro.

La Cautividad de la Iglesia de Babilonia es el primer libro que salió de la pluma de Lutero, dándole á conocer en Alemania; es una amplificacion de colegio, en que el escritor reune todas las quejas contra la Sede romana y todo lo que ya se habia dicho por Pedro de Vaud y Juan de Huss. Sorprende á cada página ver una pluma, que parece probarse á si misma, titubear, y detenerse cuando debia correr y dar á sus lectores el mas vivo resplandor.

Lutero estaba aun entre las «mantillas del catolicismo,» y esto esplica bien, por ejemplo, las timideces y titubeos del cenobita. Las mas de las veces se le ve en esta obra menos animoso que en sus tésis de Wittemberg. En ellas habia negado, como no podria menos de acordarse, que el pontificado era de orígen divino, haciéndole una institucion humana, que se perdia en el pasado, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tirios: los verdugos serán los jueces; los mártires los revoltosos.

Su doctrina adquirió mayores proporciones: se estendió por las ciudades, los ducados electorales y reinos. El nuevo culto era una policia; es decir, una espada; y al mismo tiempo que Lutero habia querido arrebatarla de toda mano cristiana, ahora la hacia empuñar á sus magistrados.

La escritura se complacia de sus caprichos. Así como Lutero habia negado y concedido sucesivamente el purgatorio, las oraciones por los difuntos, la confesion y la Misa, ella le volvió la espada que le habia retirado ella misma. Ved ahi su sociedad constituida y su espada levantada, amenazando á la vez al turco y al mal cristiano que no quiere combatir contra el infiel.

En 1521 era un crimen dar un óbolo para hacer la guerra á los turcos: Lutero tenia necesidad de fondos.

En 1528 condenaba á aquellos oradores tabernarios que apartaban al pueblo de la guerra contra los infieles: Lutero tenia miedo á los infieles.

En 1522 llegar á servirse de una espada, era trastornar las leyes de la república cristiana: Lutero tenia miedo á la espada.

En 1528 la espada era un atributo cristiano del poder: Lutero tenia necesidad de ella.

Aun le veremos disputar con un Rey tomista, multiplicando estas dobles fases de audacia y de versatilidad.

CAPITULO XXIII.

ENRIQUE VIII.—1522-1523.

La Cautividad de la Iglesia de Babilonia escita una viva sensacion en Inglaterra.—Enrique VIII ataca la obra de Lutero.—Idea de la obra real.—Respuesta de Lutero al folleto de Enrique VIII.—Lutero tiene miedo, se retracta, y da pública satisfaccion á Enrique VIII.—Tomás Moro defiende la causa de su Rey.—Idea de la obra de T. Moro.

La Cautividad de la Iglesia de Babilonia es el primer libro que salió de la pluma de Lutero, dándole á conocer en Alemania; es una amplificacion de colegio, en que el escritor reune todas las quejas contra la Sede romana y todo lo que ya se habia dicho por Pedro de Vaud y Juan de Huss. Sorprende á cada página ver una pluma, que parece probarse á si misma, titubear, y detenerse cuando debia correr y dar á sus lectores el mas vivo resplandor.

Lutero estaba aun entre las «mantillas del catolicismo,» y esto esplica bien, por ejemplo, las timideces y titubeos del cenobita. Las mas de las veces se le ve en esta obra menos animoso que en sus tésis de Wittemberg. En ellas habia negado, como no podria menos de acordarse, que el pontificado era de orígen divino, haciéndole una institucion humana, que se perdia en el pasado, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que podia considerarse como ese culto que merecen todas las instituciones, cuya cuna se meció en la noche de los tiempos. Mas en su *Cautividad* el pontificado no tiene para él el prestigio que en otros tiempos; es un pensamiento todo mortal, nacido ayer, y que cualquier accidente puede destruir; una anomalía en el gobierno eclesiástico, que conviene corregir; una usurpacion, que los pueblos han dejado pasar para su desgracia: es la cadena de miserias que de siglo en siglo han asaltado al rebaño de Jesucristo, la llaga que ha corroido las verdades primitivas de la revelacion, y el estado de cautividad en que gime la hija de Sion. Tres siglos despues de estas falaces elegías á la influencia del pontificado, un historiador, Ranke, procedente de la escuela luterana, se inspiró en la *Babilonia* de su maestro, y bebió sus aguas corrompidas. Segun el pensamiento de este moderno Nemrod, habia escrito estas páginas para vengar á Roma de los ultrajes inferidos por su Padre á la creencia, mostrándonosla de edad en edad como guardiana de la civilizacion, de las luces y de la moralidad de los pueblos.

La Cautividad de la Iglesia de Babilonia, repartida en Alemania con profusion, leida ávidamente, y celebrada por los antagonistas de la escuela de Colonia, pasó á Inglaterra, donde tambien hizo algun ruido. La escolástica tenia en Lóndres entre la clerecía y los Seminarios muchos defensores acalorados. La revolucion luterana habia causado un aturdimiento mezclado de espanto.

Por fortuna, el teólogo de la época era justamente el monarca que reinaba sobre la Gran-Bretaña. Enrique VIII fue uno de los primeros que leyeron el folleto de Lutero, y se propuso derrotarle sobre la marcha. Erasmo, al saber este capricho del Rey, no pudo menos de aplaudirle. El príncipe, durante algunas semanas, se encerró con su canciller, con el Arzobispo de York y otros Prelados, que, si hemos de creer á Lutero, eran los que á su señor imbuian

en sus sofismas y escitaban su cólera. La respuesta apareció al poco tiempo, con el título de *Defensa de los siete Sacramentos, contra el Dr. Martin Lutero.*

Cierta noche una aparicion, que tenia mucha mas realidad, por cierto, que las apariciones de Satan, vino á atormentar al reformador en la Wartbourg: era la fantasma de Enrique VIII. Este descendia al castillo, no como los historiadores nos le representan, con aquel buen semblante (*bonne mine*), en que no cedió sino á Francisco I, ó como Holbein le ha pintado, con sus armiños cambiantes, adornado con una gorguera perfectamente rizada, y la mirada de raposa, sino con el hábito de un cenobita, y trayendo en sus manos la *Defensa de la fe católica*, que habia dedicado á Leon X.

Esta apología del cristianismo, escrita por una testa coronada, fue un gran acontecimiento en el mundo religioso. La obra de Enrique VIII atravesó bien pronto los mares, y fue reproducida en todos los idiomas. En Holanda, en Bélgica, en Alemania y en Francia. En Italia, una lluvia de sonetos, odas y poemas se lanzaron en honor del monarca. Vida y Cicoli celebraron la obra real en versos latinos; Erasmo canta la prosa, Eck la lógica del príncipe. Durante mas de seis meses el mundo no se ocupa mas que de Enrique VIII y de su gloria literaria. Esta gloria hoy se ha olvidado, y el libro de Enrique yace envuelto en un sudario de pergamino, entre el polvo de las bibliotecas alemanas, donde nosotros le hemos encontrado, no lejos de las obras de Prierias, de Latomus y Cochlée, que en otro tiempo hicieron tanto ruido en aquella tierra. Celebramos este hallazgo, que nos proporciona el placer de sacar á luz algunos de sus trozos. Ved uno:

«Hubo un tiempo, dice Enrique VIII, en que la fe no tenia necesidad de defensor; no tenia enemigos. Mas hoy hay uno que escede en malignidad á todos cuantos han existido; que tiene los instintos del demonio; que se cubre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con el manto de la caridad, y que todo lleno de cólera quiere vomitar su veneno de víbora contra la Iglesia y contra el catolicismo. Es preciso que toda alma cristiana, que todo siervo de Cristo, que todo sexo y toda condicion, se alcen contra este enemigo comun...

»¿Qué peste es esta que se lanza sobre el rebaño del Señor? ¿Qué serpiente podrá compararse á este cenobita que ha escrito sobre la cautividad babilónica de la Iglesia; que se vale de la lengua sagrada para atacar los Sacramentos; ladron de nuestras viejas tradiciones, que no tiene fé en las santas inteligencias y en los viejos intérpretes de nuestros Libros Sagrados, cuyos testos corrompe para adaptarlos á su opinion, y que compara la Santa Sede con la impura Babilonia, tratando de tirano al Sumo Pontífice, y haciendo su nombre sinónimo del del Antecristo? ¡Hombre orgulloso, blasfemo y cismático; lobo carnicero, que queria devorar al ganado cristiano; hijo de Satanás, que quiere separar las ovejas de Cristo su Pastor; alma corrompida, que intenta resucitar las herejías olvidadas en el sepulcro hace muchos años; que mezcla nuevos á viejos errores, y, parecido al Cancerbero, guarda los infiernos con la luz de sus herejías, que reposaban en las tinieblas, y encuentra su gloria en trastornar con su palabra la Iglesia y la comunion católica!»

Enrique entra despues en materia, combatiendo y destruyendo el dogma sajon. El teólogo coronado es justo, preciso, incisivo en su estilo. No parece, por cierto, á aquellos argumentadores que nosotros vimos en Worms adular á Lutero, prodigándole incienso y miel, y que procuraban con palabras suaves hacer entrar al alma estraviada en el camino de la autoridad.

Enrique VIII es el monarca de la historia y de la pintura: su mirada brillante, la frente llena de cólera, los labios agitados de furor. El teólogo hubiese preferido despojarse de la capilla, y sacar la espada para

introducir su argumento por la garganta de su adversario.

«Desventurado, le decia á Lutero: tú no comprendes el valor de la obediencia. ¿No ves que si la pena de muerte fue pronunciada en el Deuteronomio contra todo espíritu orgulloso y rebelde al Sacerdote, su Maestro, tú merecerias todos los suplicios por haber desobedecido al Sacerdote Supremo, al gran Juez en este mundo!...»

Habia, pues, en el escrito de Enrique VIII rasgos brillantes, de una buena elocuencia. Cuando habla de la majestad que ennoblece las testas coronadas, del respeto de los súbditos á sus príncipes y de las humillaciones que habia hecho sufrir Lutero á la tiara, se anima, se enardece, y se ven sonrojarse sus mejillas con el fuego de la inspiracion. Su frase adquiere una espansion indefinida, y se enriquece con mil imágenes llenas de grandeza:

«¿Quién niega que la comunion cristiana toda acata á Roma como su madre y su guia espiritual? En los confines de la tierra, los cristianos, separados por las inmensidades del Océano y de los desiertos, obedecen á la Santa Sede. Luego si la potestad pontificia, ese inmenso poder, no ha sido concedido al Papa ni por la voluntad de Dios ni la del hombre; si es una usurpacion, un robo, que Lutero nos diga de dónde viene; que nos designe su orígen. El orígen de un tan gran poder no puede estar envuelto entre tinieblas, y mucho menos cuando una tradicion viva conserva clara é indisputable la época de su nacimiento. ¿Quieres hacer remontar su orígen á uno ó dos siglos cuando mas? Abre la historia, y mira sus respetables páginas.

»Mas si este poder es tan antiguo, que se pierde su orígen en la noche de los tiempos, debia el doctor saber que, segun las leyes humanas, la posesion inmemorial es legítima, y que, segun el consentimiento unánime de los pueblos, no puede de ningun modo alterarse aquello que los siglos han hecho inmutable.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»Gran imprudencia se necesita para sostener lo que todo el mundo niega, para afirmar que el Papa ha fundado sus derechos con la ayuda del despotismo. Mas, ¡de qué modo quiere obligarnos Lutero! ¿Nos creerá tan estúpidos para persuadirnos de que un pobre clérigo habria podido llegar á establecer un poder tal como el suyo? ¿Que sin objeto, sin mision, sin ninguna especie de derechos, habria podido someter tantas naciones á su cetro? ¿Que tantas ciudades, provincias y reinos habrian sido tan pródigos de sus libertades por reconocer en cambio á un estranjero, á quien ni debian fe, ni homenaje, ni obediencia?...»

La página mas curiosa del libro de Enrique VIII es sin duda aquella en que defiende la Misa contra los argumentos del fraile agustino, bajo el doble punto de vista dogmático, de buena obra y de sacrificio. Cualidades negadas por Lutero á este sacramento.

Al leer su sólida argumentacion, clara, resplandeciente á veces, en estro poético, en rasgos brillantes de imaginacion, y en que se distingue al retórico rompiendo las trabas de la escuela, y donde se observa una gran inteligencia de los sagrados testos y de la delicada suavidad del idioma latino, no podemos menos de presumir, por una parte, que Lutero sospecharia que el monarca no fue sino un estudiante escribiendo lo que le dictase alguno de sus Obispos, y, por otra, el motivo fundado para que el Pontífice concediese al teólogo el título de *Defensor de la fe*. Sadolet, secretario pontificio, no estuvo, por cierto, mas elegante, ni su periodo mas ciceroniano.

Lutero sostenia que estas palabras de Cristo: «Lo que ligáreis en la tierra será ligado en el cielo,» se referian á la comunidad de los frailes, á todo cristiano, tanto hombre como mujer.

Enrique VIII deja aquí el papel de teólogo; no quiere que le embaracen los manteos; los arroja, y se lanza á cuerpo descubierto en el terreno de la historia antigua,

evocando uno de los grandes nombres romanos, el de Emilio Caro, para confundir con sus testos al adversario.

«Quirites, gritaba el viejo romano, acusado por un hombre sin fe ante el pueblo de la *Ciudad*. Varo afirma, y yo niego: ¿á quién creeis vosotros? Y el pueblo aplaudió á Emilio, y el acusador quedó confundido. Yo haré el mismo argumento respecto á esta cuestion. Lutero ha dicho que la palabra de la institucion se aplica á los legos; Agustin dice que no: ¿á quién creeis vosotros? Lutero que sí; Ambrosio que no: ¿á quién creeis vosotros? Lutero dice que sí; la Iglesia entera alza su voz, y dice que no: ¿á quién creeis vosotros?»

El teólogo no deja sin respuesta ninguna de las aserciones de Lutero: Eck, en Leipzig, no estuvo seguramente ni mas preciso ni mas incisivo. ¡Cómo se complace de sí mismo! ¡Cómo desenvuelve orgulloso todos los errores del cenobita! ¡Cómo aduce los sagrados testos, ostentando su ciencia en las Escrituras y los historiadores profanos, para probar que no está tan cubierto del polvo escolástico, que no pueda verse en él al estudiante que ha hecho un estudio profundo de las musas griega y latina! Al llegar á la conclusion de su larga apología, se convierte en retórico, á la manera de Isócrates, y con un torrente de periodos cadenciosos, dispuestos con arte, quiere demostrar á Lutero lo que él ha comprendido y lo que ha de resultar de este teológico combate.

«Asi, pues, no hay doctor mas antiguo que el doctor mundo, nada mas santo si nos enseña la bienaventuranza, nada mas sabio si convierte su doctrina al conocimiento de la Sagrada Escritura; y mucho mas respetable, por cierto, que este doctorzuelo, este santillo y esta sombra de erudito, infatuado con su soberbia autoridad. Puesto que desprecia á todo el mundo, y no cree en nadie mas que en sí mismo, ¿por qué se indigna de que le lancemos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

desprecio por desprecio, desden por desden?... ¿Con qué garantía entraremos en duelo con Lutero, que no solo desoye el aviso prudente de otro, sino que se contradice á sí mismo, que niega al presente lo que en otro tiempo afirmó, y que afirma lo que ha de negar una hora despues? Si para combatirle os escudais con *la fe*, al momento os opondrá *la razon*; si os envolveis en el manto de la razon, en seguida os opondrá la fe; si citais vosotros la filosofía, apelará él á la Escritura; si vosotros invocais los Libros Santos, él se enredará en sus sofismas; escritor desvergonzado, que se resguarda con las leyes, que desprecia á nuestros ancianos doctores, y desde lo alto de su grandeza se burla de las lumbreras de hoy; que persigue con sus insultos á la majestad de los Pontífices; que ultraja las tradiciones, el dogma y las costumbres, las leyes, los cánones y la fe de la Iglesia, y á ella misma; que no tiene ninguna parte sino en el cenáculo de dos ó tres novadores, de los cuales él se ha constituido jefe.»

La organizacion de Lutero sufria una fiebre irritable en el mayor grado; la fiebre del orgullo: ¡desgraciado el que osase herirla en esta parte! Enrique conocia á su adversario; queria hacerle espiar las alabanzas que de todas partes le habian dirigido, y con una cruel jocosidad ofendió y despedazó su vanidad literaria. Lutero fue tratado de *doctorzuelo*, *santuelo*, *erudituelo*, diminutivos que no encontrareis en los escritores del reinado de Augusto, y que Enrique empleó justamente para que su desprecio pareciese partir de mas bajo. Eck, Miltitz, y Latomus mismo, se quedaron cortos, y no negaron nunca á Lutero los títulos de doctor y de literato. ¡Ah! Si Lutero hubiese tenido la manopla de su rival, ¡cómo se hubiese complacido estampándola en el real rostro! Mas por fortuna tenia una pluma, que le habia servido en mas de un duelo, y que, pudiéndola mojar en lodo, ensuciase una figura, hasta el punto de hacerla desconocer. Decimos de lodo, por pudor, porque Tomás

Moro pretende que él habia buscado en otra parte la *inmundicia* con que cubrió la frente de su rival.

La respuesta no se hizo esperar mucho tiempo; Lutero no empleó mas que algunas horas en componerla, y bien pronto la Alemania entera presenció un espectáculo nunca visto.

Ved la respuesta del cenobita:

«Hace dos años publiqué un pequeño libro con el título de *La Cautividad de Babilonia*, el cual trastornó el cerebro de los papistas, que no han perdonado ni mentiras, ni cólera: yo les perdono. Otros lo hubiesen tragado con gusto; pero el anzuelo estaba muy duro y muy puntiagudo para mi garganta. Finalmente, el Sr. Enrique, por la desgracia de Dios Rey de Inglaterra, ha escrito en latin contra este tratado. Alguno hay que cree no ha salido de la pluma de Enrique VIII este folleto: sea de la pluma del Rey Heintz, sea del diablo, ó del infierno, tanto se me da. El que miente, es un embustero: yo no tengo miedo; mirad lo que pienso: que el Rey Enrique ha dado una ó dos varas de una tela grosera, y que su mocoso sofista, el digno discípulo del rebaño tomista, que escribió contra Erasmo (Lée), tomó la aguja y las tijeras, é hizo una capa.»

Lutero hizo lo mismo que Enrique: pasó revista á las aserciones de su rival, y se propuso refutarlas.

«Si un Rey de Inglaterra me lanza sus mentiras al rostro, yo tengo derecho á mi vez de hacérselas entrar hasta la garganta. Si él blasfema de mis sagradas doctrinas; si arroja su lodo á la corona de mi monarca, de mi Cristo, ¿por qué se ha de pasmar si yo ensucio con espumarajos parecidos, y proclamo que el Rey de Inglaterra es un embustero y un canalla?

»Habrá dicho entre sí: «Lutero está asustado; nada me »dirá; sus libros están rotos, mis calumnias pasarán; como »soy Rey, se creerá que tengo razon. Yo puedo lanzar á la »cara de ese miserable monge todo lo que me venga á la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»cabeza, y publicar todo lo que me plazca, y atacar su re-»putacion en campo abierto.» ¡Ah! Niño mio, di todo lo que salga de tu cabeza; yo te haré escuchar verdades que no te han de agradar; yo descubriré tus trampas. ¡Me acusa de haber escrito contra el Papa por aborrecimiento y por maldad; de ser arisco, indigesto, maldiciente, orgulloso y de creerme el solo sabio del mundo!... Mas si yo te digo, niño mio: ¿qué importa que yo sea vanidoso, áspero y malo? El papado, ¿es inocente porque yo sea despreciable? El Rey de Inglaterra, ¿es sabio porque yo le tenga por loco? ¿Qué dirás tú? Mas el amado Rey que tanto horror tiene á la mentira y la calumnia, ha estado mas embustero y calumnioso en su libro que puedo yo haberlo estado en todos mis escritos. Se le ve en esta contienda personal en demasía. Un Rey podrá injuriar á un pobre fraile; mas será un adulador respecto del Papa.»

Hemos visto que el Rey de Inglaterra sostuvo con buena copia de palabras que la ancianidad, lo mismo en la humanidad que en sus instituciones, tiene derecho á nuestro respeto, y que el papado, por consecuencia, no debe tratarse como si hubiese nacido ayer. El cenobita no se hizo cargo de la proposicion para discutirla; para combatirla acudió á su arma ordinaria: la burla.

«Quiero dar á los papistas una contestacion, que valga por todas, y les digo, dirigiéndome al Rey de Inglaterra: Tu justo, viejo de un siglo, no sabrá ser justo solo una hora; si la vejez hace el derecho, el diablo deberia ser la cosa mas justa del mundo, porque cuenta mas de cinco mil años.»

A traves de la obra teológica, persigue Lutero á su adversario, ocupándose muy poco de las cuestiones dogmáticas, y no inquietándose ni de la voz de la tradicion, que el Rey hace hablar muy alto, ni del testimonio de aquellas grandes lumbreras del catolicismo, que Enrique llama en su proteccion, ni de las terribles deducciones que respecto al órden de la sociedad deduce el tomista de las proposiciones de su rival. Lutero reserva para el fin de su alegato los mejores argumentos; el diablo y la ley de sangre.

«Lo que mas me admira, dice él, no es la ignorancia de Heintz, el Rey de Inglaterra; no es que él entienda menos la fe y las obras que un patan, que al menos presiente á su Dios, sino que el diablo haga el papel de payaso con la ayuda de su Heintz, cuando Satanás sabe bien que yo siempre me he reido de él. El Rey Enrique no desconoce el refran que dice: «No hay gente mas loca que los reyes y »los príncipes.» ¡Quién no ve el dedo de Dios en la ceguedad y locura de este hombre!... Yo quiero dejarle descansar un momento, porque tengo que traducir la Biblia, aparte de otras ocupaciones que no me permiten gastar mucho tiempo, removiendo el fango de S. M. Ademas, no me faltará tiempo en otra ocasion para responder á gusto mio á esa boca real, que vomita mentiras y ponzoña. Yo creo que carga con su libro por espíritu de penitencia, porque su conciencia le grita muy alto que ha robado la corona de Inglaterra, haciendo morir de muerte violenta al último vástago de la real estirpe, agotando el manantial de la sangre real de la Bretaña. El tiembla dentro de su piel, temiendo que esta sangre no caiga sobre su cabeza.»

Despues, dejando la majestad, como si no mereciese sus argumentos, evoca á los mas gloriosos representantes de la escuela, los tomistas, y lanza á sus cabezas este *soberbio* argumento:

«¡Voto á tal! ¡Puercos! ¡Quemadme si os atreveis! ¡Mirad, no os pierdo de vista! Muerto, os perseguirán mis cenizas, aunque las hayais arrojado á los mares y á los vientos: vivo, yo seré un enemigo incansable del papado; reducido mi cuerpo á cenizas, yo seré dos veces enemigo. Puercos tomistas, haced lo que podais; Lutero será para vosotros el oso en medio de vuestro camino, el leon en vuestro sen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dero; os perseguirá por todas partes; se presentará incesantemente delante de vosotros; no os dejará ni en paz ni en guerra hasta que haya roto vuestra cerviz de hierro y vuestra frente de bronce, para vuestra salud ó para vuestra perdicion.»

Sin duda estas palabras son bien estrañas, y que, por tanto, un discipulo de Lutero no tuvo temor de ponerlas en la cuenta de las del Espíritu-Santo.

«Un momento crei, dice Pomeranio, que nuestro padre Lutero habia estado algo violento contra Enrique de Inglaterra; pero ahora veo que me equivoqué, y que él no ha estado sino muy dulce, y que el Espíritu celestial ha dictado sus palabras: Espíritu de santidad, de constancia y de fuerza invencible.» En cambio Erasmo no encontró en su respuesta mas que locura y grosería.

Lutero pensaba como Pomeranio, y se aplaudia á sí mismo en el epilogo de su libro respecto á la moderacion y su dulzura.

Que se hojeen todos los folletos políticos y religiosos que se han escrito; en ninguno se encontrará tanto cinismo y tal cúmulo de palabras subversivas. Solo escede *El Viejo cordelero*, del P. Duchesne; pero este periodista dejó su estado, y no volvió á creer en Dios; no asi el cenobita: interrumpió su traduccion de la Biblia para dar su contestacion á Enrique.

Mas ved lo que admira mas dolorosamente: el silencio de los príncipes reformados, de los cuales solo uno, el elector de Sajonia mismo, quiso dar una leccion á este monge desvergonzado, y enseñarle á abofetear la cara de la majestad real. El libelo, sin embargo, se dió á luz públicamente, firmado con el nombre del autor y las señas de la imprenta, y se vendió á las claras en la feria de Francfort, atravesó los mares, y se hizo popular en Europa; ¡y este escándalo no escitó en el alma de los soberanos ni emocion, ni piedad, ni cólera! Enrique se quejó al elector de Sajonia de tan cruel ofensa, y el elector se contentó con advertir al monge el enojo que habia tomado el Rey.

Vamos á juzgar á Lutero.

La carta del elector no tenia ni amenaza ni indignacion; solo, sí, tímidos consejos y dulces razones; y, sin embargo, Lutero temió: no se acordaba ya de sus palabras en Worms: «Si mi obra viene de Dios, no perecerá.» Y cantó un himno en honor de la real boca que habia ensuciado la corona de su Cristo. En un momento se le ve insolente, en otro, pequeño y rastrero. Su pluma monacal nada tenia de obsequiosa (1). Así lo da á entender: veamos.

«Ilustrísimo Rey, serenísimo príncipe, escribia Lutero: yo debo, en verdad, ser temeroso de dirigirme á V. M. despues de haberos ofendido con el libelo que, cediendo á los consejos de mis enemigos antes que á mis naturales instintos, he publicado contra ella; yo, hombre orgulloso y vanidoso: mas lo que mas me envanece y me entusiasma es que vuestra bondad real no cese todos los dias de honrarme con sus cartas y sus contestaciones. Mortal, no guardes una cólera inestinguible. ¿Sabeis lo que yo sé de buena tinta? Que el escrito publicado bajo el nombre de S. M. no es en lo mas mínimo de la pluma del Rey de Inglaterra, por mas que quieran persuadirnos algunos sofistas desvergonzados, que no comprenden la ignominia de que han cubierto por lo mismo á V. M.; entre otros, ese enemigo de Dios y de los hombres, el Arzobispo de York. Yo me avergüenzo hoy, y soy osado de elevar hasta á vos mis razones; yo, que gracias á esos obreros de la iniquidad no he temido insultar á un príncipe tan grande, y yo, gusano de la tierra y de la podredumbre, que no merezco mas que el desprecio y el desden.

»Prosternado á vuestros pies con toda humildad, á V. M. suplico, por la Cruz y la gloria de Jesucristo, per-

(1) Esto es una ironía ingeniosa del autor. (*N. del T.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

doncis mis ofensas, segun el precepto del Señor. Que si vuestra grandeza cree necesario que en otro escrito reniegue de mis palabras y glorifique vuestro nombre, os digneis trasmitirme vuestras órdenes, y yo lo haré pronto y de buena voluntad. ¡Lutero cómo ha de compararse á V. M.! Nada es para vos. ¡Cuánto ganara la gloria de mi Dios si no se me permitiera escribir al Rey de Inglaterra en pro de la causa evangélica!»

Dos hombres hubo que comprendieron su mision, y se arrojaron á defender la corona ultrajada; á saber: Frisher, Obispo de Rochester, en un luminoso escrito, publicado bajo el nombre de Wiliam Ross, y Tomás Moro, quien, en lugar de llamar en su ayuda la alta capacidad de que estaba dotado, quiso mas bien hacer uso de la burla, á imitacion de Lutero. Por desgracia sus sátiras eran difíciles y sin espontaneidad. El sarcasmo no salia completamente armado de su cabeza; mas atravesaba antes de llegar al corazon de sus adversarios los satíricos de la antigüedad, y sobre todo Lucano, de quien habia hecho un profundo estudio; esta era la lengua de taberna que el canciller creia hablar, pero que solo balbuceaba, y que destrozaba falto de ejercicio en ella. Ya se sabe la habilidad de Lutero cuando remeda el estilo de un hombre embriagado. Los apodos, las bufonadas, las agudezas, los conceptos, fluyen de sus labios como la cerveza de su vaso. Véase el espiritualismo de la fábula imaginada por Tomás Moro.

Lutero está sentado á la mesa entre sus camaradas de botella, en medio de báquico senado, meditando, despues de haber apurado sendos vasos de cerveza de Esimbeck, su respuesta al Rey de Inglaterra. Uno de sus comensales le dice con cierto embarazo:

—Las injurias que caen á gruesos copos, parecidos á los de la nieve, esas son las únicas armas que conviene usar contra el Rey.

Lutero aplaudió: mas consultándose á sí mismo, comprendió que su diccionario, tan voluminoso como era, no podia surtirle, sin embargo, de una provision abundante de bufonadas, y soltó el vuelo á esta turba de parásitos, para que fuesen á recoger por todas partes aquello que pudiesen. Unos se dirigian á una parte, otros á otra, y pronto estas abejas, ó mas bien avispas, volvieron cargadas al lugar comun con un copioso botin.

Habian descendido á las encrucijadas, á los caminos, á las playas, á los baños, á los trinquetes ó juegos de pelota, á las barberías, á las tabernas, á los molinos, aplicando su vista y oidos para poder repetir exactamente las groserías de los cocheros, las insolencias de los criados, los chismes de los porteros, los chistes de los cortesanos, las bufonadas de los saltimbanquis, las obscenidades de los bañeros y las de otros individuos. Y despues de reunir tantas palabras injuriosas, sarcásticas, libertinas, indecentes, infames, al traves del lodo, el estiércol y el fango, vuelven á depositar todas estas materias en la *cloaca de Lutero*, quien con su boca masca, tritura y despues vomita todas estas inmundicias: y el libro del monge estuvo compuesto. Algunos opinan que el honor de la diadema pudo defenderse mejor. No admitimos la escusa de Erasmo, cuando dice que el canciller, contestando al folleto luterano, estaba inspirado por los escritos del monge sajon.

El catolicismo en esta polémica no tuvo ciertamente mas que un digno representante, el duque Jorge, quien, en nombre de Dios, de la moral y de la Alemania, vino en denunciar á los comicios de Nuremberg (aunque bastante tarde) las blasfemias de Lutero, y á demandar justicia contra él. Los Estados del imperio no comprendieron su dignidad.

El duque era un verdadero profeta en su carta á los Estados, señalando él mismo una época, no muy lejana, en que los insultos de Lutero contra los Papas y los Reyes darian los frutos mas deplorables. Veamos si tenia razon.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXIV.

LOS CAMPESINOS.—1524-1525.

Conrado.—El manifiesto de Lutero contra los príncipes empuja á los pueblos á la rebelion.—Su exhortacion á los campesinos.—Levantamiento de las campiñas.—Pfeifer y Munzer.—Rebelion de los campesinos.—Su manifiesto.—Respuesta de Lutero á los insurgentes.—Réplica de Munzer.—Osiander y Erasmo acusan á Lutero de promovedor del levantamiento de la Suavia y de la Thuringia.—Melanchthon no quiere que se dé oidos á las quejas de los campesinos.—Estos corren á las armas.—Batalla de Franchenhausen.—Derrota de los rebeldes.—Munzer se reconcilia con la Iglesia, y muere maldiciendo á Lutero.—Acusacion de Memno Simon, de Erasmo de Cochlée contra la memoria del reformador.—Lutero apela al arcabuz para hacer entrar en razon á los revoltosos.

La aristocracia episcopal estaba reconstruida por Cárlos V. El clero aleman era poderoso: poseia ricas abadías, que en caso necesario trasformaba en fortalezas, tras de las cuales desafiaba con frecuencia el poder del imperio. Los Obispos de Minden, de Munster, de Paderborn, eran unos verdaderos soberanos, porque se les pagaba el censo, el servicio personal, los peajes, y todos los demas derechos de la soberanía. Estos impuestos eran, por lo comun, muy intolerables; el pueblo no podia pagarlos; pero se le obligaba á la fuerza, y murmuraba.

Un dia un aldeano de Schoendorf, en Baviera, llamado Conrado, citó á unos amigos suyos para que al domingo siguiente viniesen á buscarle, con el objeto de reir y beber

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXIV.

LOS CAMPESINOS.—1524-1525.

Conrado.—El manifiesto de Lutero contra los príncipes empuja á los pueblos á la rebelion.—Su exhortacion á los campesinos.—Levantamiento de las campiñas.—Pfeifer y Munzer.—Rebelion de los campesinos.—Su manifiesto.—Respuesta de Lutero á los insurgentes.—Réplica de Munzer.—Osiander y Erasmo acusan á Lutero de promovedor del levantamiento de la Suavia y de la Thuringia.—Melanchthon no quiere que se dé oidos á las quejas de los campesinos.—Estos corren á las armas.—Batalla de Franchenhausen.—Derrota de los rebeldes.—Munzer se reconcilia con la Iglesia, y muere maldiciendo á Lutero.—Acusacion de Memno Simon, de Erasmo de Cochlée contra la memoria del reformador.—Lutero apela al arcabuz para hacer entrar en razon á los revoltosos.

La aristocracia episcopal estaba reconstruida por Cárlos V. El clero aleman era poderoso: poseia ricas abadías, que en caso necesario trasformaba en fortalezas, tras de las cuales desafiaba con frecuencia el poder del imperio. Los Obispos de Minden, de Munster, de Paderborn, eran unos verdaderos soberanos, porque se les pagaba el censo, el servicio personal, los peajes, y todos los demas derechos de la soberanía. Estos impuestos eran, por lo comun, muy intolerables; el pueblo no podia pagarlos; pero se le obligaba á la fuerza, y murmuraba.

Un dia un aldeano de Schoendorf, en Baviera, llamado Conrado, citó á unos amigos suyos para que al domingo siguiente viniesen á buscarle, con el objeto de reir y beber

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

largamente. Sus amigos fueron exactos á la cita. Conrado, que era un bebedor campechano, sin dársele un ardite de lo porvenir, que se reia de todo, aun hasta de su párroco, montó sobre un tonel, con la cara encendida por amplias libaciones que habia cruzado con sus vecinos, segun su costumbre, y desde allí empezó á hacer el Profeta, prometiendo, á cuantos quisiesen inscribirse en su cofradía, tierras al pie de la montaña del *hambre*, ganados en los pastos de la *miseria*, y viveros en el mar de la *mendicidad*. La asociacion quedó muy pronto constituida. Conrado enganchó á todos los aficionados á beber á escondidas el vino que podian comprar al abad. En 1502 se hallaba ya constituida una cofradía, que habia tomado por pendon un zapato (*Bundschuh*), y que tuvo que disolverse en virtud de una órden del Emperador Maximiliano.

Conrado no se habia propuesto hacer la guerra al Emperador, sino reirse, y por eso escogió por armas un tonel. Cada ciudad tuvo muy luego algunas cofradías, á imitacion de la de Schoendorf, que no pensaban mas que en reir, cantar, bailar y embriagarse: el poder las dejaba obrar.

En 1514 el duque de Wurtemberg, que contaba en sus Estados gran número de cofradías del tonel, aumentó la contribucion sobre el vino. Conrado hizo una mueca; pero volvió con mas fuerza á su acostumbrada risa, y se le ocurrió (este dia habia bebido mas que lo de costumbre) citar á juicio á su señor. El tribunal debia reunirse en la plaza de Schoendorf, y debian ser los jueces sus compañeros de mesa. Debe añadirse que el duque, avaro en demasia, habia hecho lo que otras veces se practicaba en Constantinopla: habia disminuido las pesas y medidas. Ahora bien: banquero, comerciante y factor privilegiado del ducado, estaba seguro de hacer buenos negocios, y no se engañaba.

El tribunal se reunió, teniendo por espectadores á toda la aldea, y en presencia de todos trajeron una gran cuba de agua, y á su lado colocaron el cuerpo del delito, que eran

las pesas limadas por S. A. Conrado las dejó caer en la cuba, y, como es natural, se fueron al fondo. La multitud aplaudia con palmadas, y reia á carcajadas: Dios ha pronunciado la sentencia; el duque está condenado.

Ocho dias despues se hacia comparecer ante ese tribunal de Dios, en gran número de poblaciones, á los duques, á los electores, á los barones y á los curas: y en todas partes su símbolo, el pedazo de hierro arrojado en el agua, se encontraba demasiado ligero, y se gritaba ¡*hurrá, hurrá*!

Las cofradías del pobre Conrado se aumentaban; pero sus asociados no eran todos de tan buen humor como el aldeano bávaro. En aquellos momentos se presentaba Lutero en la cátedra de Wittemberg, y venia, decia él, para libertar la Alemania del *yugo del Pontificado*. Los discípulos de Conrado se agrupaban alrededor de Lutero, porque hacia la guerra á los nobles y porque prometia á los pobres las migajas que caian de la mesa de los malos ricos. Conrado continuaba riéndose, y para hacerle callar le cortaron la cabeza; pero la risa no murió por eso: se reia en Carinthia, en Baviera, en Wurtemberg, y, sobre todo, en la Sajonia lectoral, país de la Alemania en que tan opulentas eran las fundaciones de Carlomagno. Lutero continuaba persiguiendo con su cólera á los Prelados que, segun él, «se enriquecian á espensas de la Germania,» llamándoles desde el púlpito ladrones y bribones. Estos Prelados, que eran por lo regular los señores temporales de los distritos, que tenian que pagarles censos, impuestos y derechos de toda especie, eran calificados por el doctor de gusanos del infierno y secretarios de Satanás. Menzel reconocia positivamente que la palabra de Lutero no solo era religiosa, sino una palabra política, que debia acabar por echar en las poblaciones los gérmenes de la rebelion.

Escuchad al Mirabeau de los claustros:

«Escuchad: yo soy el evangelista de Wittemberg; Jesucristo es quien me da este nombre; en el dia del jui-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cio dirá que la doctrina que enseñé era la suya, y no la mia.

»Desconfiad de los Obispos como del mismo diablo. Si os dicen que no es lícito insurreccionarse contra el poder eclesiástico, responded: ¿Es preferible obrar contra el Señor y su Verbo? ¿Será mejor que el mundo perezca, que las almas sean muertas por toda una eternidad, y dejar dormir con un dulce sueño á esas momias episcopales?

»Mueran los Obispos, los monasterios y los colegios, antes que una sola alma.

»¡Morir por un hato de ídolos y de muñecas, que no sirven mas que para vivir á espensas del trabajo y del sudor de los demas!

»Obispados, colegios, monasterios, Universidades, son otras tantas madrigueras donde van á perderse las riquezas de los príncipes.»

No se juega impunemente con la cerveza de Munich, dice un antiguo proverbio bávaro: la palabra de Lutero era todavia mas embriagadora. Su manifiesto despues de la celebracion de los Estados de Nuremberg era un bello himno á la revolucion. Estos pobres aldeanos escuchaban los cánticos del doctor, creyendo ver asomar la aurora del dia en que la tiranía monárquica y papal iba á bajar á la tumba con todos sus autores, prelados, abades, príncipes y señores. Al mismo tiempo se vió agitarse una parte de los Estados de Alemania, y allí tambien son los campesinos los que llevan la bandera. En Reichenau, cerca de Constanza, se levantan contra su abad, porque no queria recibir á un predicador luterano; en Tenger se reunen á millares para poner en libertad á un sacerdote novador que se tenia en reclusion. El abad de Kesupten ensaya inútilmente oponerse á la reunion sediciosa de sus siervos, los cuales sitian su castillo, lo reducen á cenizas, y sobre sus ruinas plantan los vencedores una bandera, en donde está escrita la palabra *libertad*. Algunos caballeros vinieron á asociarse á estos movimientos populares para dirigirlos; tales como Franz, de Sickingen, que se declaró jefe de la liga de Franconia; Igoetz, de Berlinchingen, cuya mano de hierro aplastaba todo lo que se elevaba demasiado alto en el campo clerical, y que concluyó por morir en la prision en que quiso ahogar al último de los sacerdotes. Hutten se servia de su espada y de su pluma para animar á los rebeldes. Los campesinos no eran mas que groseros instrumentos, de que se servian los nobles para robar las riquezas del clero, en nombre del cielo y de la libertad, leyendo á sus vasallos los manifiestos de Lutero, y traduciéndolos, en caso necesario, en estilo popular.

Su ministerio era casi siempre inútil, porque la palabra de Lutero era una cortesana sin velo. Así, en el momento en que la Sajonia estaba llena de movimientos insurreccionales, Lutero, que queria hacer sufrir á los príncipes la pena de no adivinar el carácter político que debian tomar estos movimientos, se dirige á la nobleza de Alemania, y sus consejos se parecen á los raptos de los Profetas contra los hijos de Israel, mas bien que á los avisos de un mediador:

«Vuestra es la responsabilidad de esos tumultos y de esas sediciones, príncipes y señores, dice: vuestra, sobre todo, ciegos Obispos, sacerdotes insensatos.

»Vosotros, que os obstinais en haceros los locos y en lanzaros contra el Evangelio, sabiendo que quedará en pie, y que no lo destruireis.

»¿Cómo gobernais? No sabeis mas que destruir, destrozar y despojar, para sostener vuestra pompa y vuestro despotismo. El pueblo y el pobre están cansados de vosotros.

»La espada está levantada sobre vuestras cabezas; ¿y os creeis tan fuertes en vuestras sillas, que no podais ser derribados?

»¡Ciega seguridad, que os costará el cuello! Ya lo ve-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

reis... Dios os estrecha y os amenaza; su cólera caerá sobre vosotros si no haceis penitencia.

»¡Ved las señales del cielo; esos son avisos de Dios! Esto no anuncia nada bueno, queridos señores.

»Estas son predicciones de lo alto, que os dicen estar todo el mundo cansado de vuestro yugo, y que ha llegado el tiempo en que todos se apresten á romperlo.

»Es necesario cambiar. ¡Guay de la cólera de Dios! Si no cedeis voluntariamente, se apelará á la fuerza bruta.

»Si los campesinos no se hubiesen levantado, otros lo hubieran hecho en su lugar.

»Aun cuando anonadeis á los rebeldes, otros aparecerán: Dios suscitará otros nuevos; porque quiere castigaros, y os castigará.

»Señores mios, no son los aldeanos los que se rebelan contra vosotros, sino Dios mismo, que quiere visitaros por vuestra tirania.

»A un borracho se le forma una cama de paja; el campesino la necesita todavia mas blanda. No vayais á guerrear con ellos, pues no sabeis el término que todo esto tendrá.»

Los campesinos respondieron á este llamamiento levantándose en masa. La Thuringia, la Alsacia, una parte de la Sajonia, la Lorena y el Palatinado, se sublevaron; los campos estaban cubiertos de tiendas rústicas, de donde salian, en lugar de gritos de guerra, cánticos sagrados; los aldeanos acudian cantando, armados de estacas, que cortaban en los bosques, y guardados en sus campamentos por espesas murallas de carretas, dispuestas en forma de retrincheramientos, y diciendo que Dios sabria cubrirlos con su escudo en el dia del combate. Dios parecia combatir por ellos: la victoria les proporcionó muy luego lanzas, picas, caballos, y hasta piezas de artilleria. Pero ¿qué artilleria podia compararse con la palabra ardiente de alguno de sus jefes, que barria ante ella las campiñas, y las

despoblaba para arrojar los habitantes en la rebelion? Storch ya no existia. Se diria que la naturaleza crea espresamente algunas almas para estos tiempos borrascosos, y que las tiene en reserva para hacerlas aparecer cuando debe estallar la tempestad. Hé aquí un hombre enteramente desconocido, que se presenta en nombre del cielo, para reemplazar al profeta ausente: es un renegado del catolicismo, un monge premostratense, que se vende por estar en relaciones con el Señor, que le revela su voluntad en sueños. Pfeifer no busca sus inspiraciones en la Biblia; refiere las maravillas, y esto basta para sublevar la multitud.

Hé aquí una de sus visiones:

«Yo he visto, dice, una multitud prodigiosa de ratones, que iban á arrojarse sobre un granero para devorar el grano. ¡Principes que nos saqueais, vosotros sois esos ratones; magistrados que nos oprimis, vosotros sois esos ratones; nobles que nos devorais, vosotros sois esos ratones; pero durante el sueño me he lanzado sobre esos animalejos, y he hecho en ellos una gran carniceria! ¡A las armas, pues! ¡Fuera de vuestros campos! ¡Israel, á tus tiendas! ¡Hé aquí el dia del combate; caigan nuestros tiranos y sus castillos! Nos espera un rico botin, que llevaremos á los pies del profeta, el cual lo distribuirá entre nosotros.»

Munzer por su parte bajaba á las ruinas de Mansfeld.

«¡Despertad, hermanos mios, esclamaba; despertad los que dormis; tomad vuestros martillos, y herid la cabeza de los filisteos! ¡La victoria acaba de declararse por nuestros hermanos en Eichsfeld! ¡Gloria á ellos! ¡Que su ejemplo os sirva de leccion, Baltasar, y tú, Bartolomé Kerump, á vosotros! Cuidad de la obra de Dios. Hermanos, que vuestros martillos no queden ociosos; descargad golpes redoblados en el yunque de Nemrod; pelead contra los enemigos del cielo el hierro de vuestras minas: Dios será vuestro Señor. ¿Qué teneis que temer, si Dios está con vosotros? Cuando Josafath oyó las palabras del Profeta, se arrojó al suelo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hasta tocar su cara con la tierra. Hermanos: humillad vuestras cabezas; porque hé aqui que Dios viene en persona á vuestro socorro.»

Entonces hubiéseis podido ver cómo estos arsenales subterráneos vomitaban batallones de hombres ennegrecidos por el humo, armados con palas, azadones y hierros candentes, respondiendo á la voz que los llamaba, con gritos de sangre, contra los nobles y los sacerdotes. Munzer, cual otro Satanás, pues cree uno leer una escena de Milton, los cuenta, los coloca en órden de batalla, y les da á conocer el punto de reunion general. Ninguno de ellos faltó á la cita. Al salir de las minas, les dirige á otros hermanos sublevados este enérgico llamamiento:

«¿Dormis, hermanos mios? ¡Sus, á combatir el combate de los héroes! La Franconia entera está levantada; el Señor ha de verse apretado; los malos caen. En la semana de Pascua cuatro iglesias han quedado por tierra en Funda, y los paisanos de Klegen han corrido á las armas. Aunque no fuérais mas que tres confesores de Jesus, no deberíais temer á diez mil enemigos. ¡Tran, tran, tran! Hé aquí el momento: los malos serán perseguidos como perros. No haya piedad para esos ateos; ellos os suplicarán, os llenarán de caricias, y os llorarán como niños; pero no haya compasion, porque tal es el precepto de Dios, comunicado por la boca de Moisés, 5, 7. ¡Tran, tran, tran! porque el fuego abrasa; que la sangre no se enfrie sobre la hoja de vuestras espadas. ¡Pim, pam! sobre el yunque de Nemrod; que las torres caigan á vuestros golpes. ¡Tran, tran, tran! Hé aqui llegado el dia: Dios os precede; seguidle.»

Lutero habia formado la tempestad; á él le tocaba ahora conjurarla, si era posible. Lo intentó, sacudiendo en medio de su sueño á todos esos príncipes, medio luteranos y medio católicos, que dormian sobre plumas, y que solo habian tenido valor para cerrar los conventos y espulsar á

amedrentadas monjas ó á frailes enfermos; para abolir la Misa y dar á escondidas algunos puntapies al catolicismo. Pero ahora que se les pedia con las armas en la mano la libertad de conciencia, se asustan y tiemblan, y todo lo que Lutero puede obtener de ellos es que pedirán á los rebeldes que formulen sus quejas.

Cristóbal Schalpper, sacerdote, y suizo de nacimiento, habia escrito el manifiesto de los campesinos, que querian:

1.° Que se les permitiese elegir sus pastores entre los que predicasen el Evangelio en toda su pureza.

2.° Que no se les pudiese obligar á pagar los diezmos mas que en grano.

3.° Que en lo sucesivo no se les tratase como esclavos, porque la sangre de Jesus los habia redimido.

4.° Que se les permitiese cazar y pescar, porque Dios les habia dado en la persona de Adan el imperio sobre los peces del mar y sobre los pájaros del cielo.

5.° Que pudiesen buscar leña en los bosques para calentarse, preparar la comida y resguardarse de la intemperie.

6.° Que se dulcificase el servicio personal que debian prestar al señor.

7.° Que se les permitiese poseer tierras.

8.° Que las contribuciones no escediesen del producto de las tierras.

9.° Que se aboliese el tributo que estaban obligados á pagar al señor á la muerte de un padre de familia, para evitar que el huérfano y la viuda anduviesen de puerta en puerta mendigando su preciso sustento.

10. Que si se engañaban, se les reprendiese con ayuda de la palabra de Dios.

Lutero se encargó de responder á los campesinos rebelados, y lo hizo en los siguientes términos:

«Hermanos mios: los príncipes que se oponen á la pro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pagacion de la luz evangélica entre vosotros, son dignos de la venganza de Dios, y merecen caer de su trono; pero ¿no seriais vosotros tan culpables como ellos si manchásеis vuestras manos y vuestras armas en la sangre que tratais de derramar? Yo sé que, so pretesto del Evangelio, Satanás oculta entre vosotros hombres de corazon cruel, cuya lengua irritada trata de desconceptuarme; pero yo los desprecio, y no temo sus furores. Se os dice que triunfareis, que sois invencibles; pero el Dios que destruyó á Sodoma, ¿no puede acabar con vosotros? Hombres de espada, por la espada pereceréis. Vosotros decis: «El »yugo de nuestros señores es insoportable; rompámosle, »porque nos arrebatan la libertad de oir la voz del Señor.» Pero la ley natural prohibe al hombre hacerse justicia á sí mismo, y vosotros la pedís en nombre de una autoridad que se os ha negado. No hableis de revelaciones que autorizan vuestra rebelion. ¿En dónde están los milagros que las autorizan? ¡Qué! El espíritu del Señor, ¿habria de confirmar con prodigios el robo, el asesinato, el latrocinio y la usurpacion del derecho de los magistrados?

»Ellos os roban vuestros bienes: ¡iniquidad! Vosotros les usurpais su jurisdiccion: ¡iniquidad! ¿Qué seria el mundo si triunfáseis? Una cuadrilla de ladrones, en que reinase la violencia, el saqueo y el homicidio... Jesus no necesita de la fuerza bruta para que le defiendan. Pedro echa mano á su espada, porque se queria arrancar la vida al Redentor y el Evangelio á sus discípulos. ¿Qué hace el Señor? Manda á Pedro que meta la espada en la vaina: bella leccion, que nos enseña que la paciencia debe ser nuestra única arma en el dia de las pruebas. Ved si no he respetado yo siempre al soberano. Gozando de su poderosa proteccion, he oido los gritos de venganza de los papistas, y he permanecido inalterable. Por lo demas, no pretendo yo justificar á vuestros magistrados: conozco su injusticia, y la detesto; pero esperad, que ya llegará vuestro dia.

»Pedís que se os deje en libertad para escuchar la palabra del Evangelio; pero esta palabra se anuncia en varios puntos. ¿No podeis cambiar de domicilio, y venir aquí á beber en las fuentes del Verbo Divino? Venid: aquí encontrareis á Jesus. ¿Quereis elegir vuestros Pastores? Ahí teneis vuestros magistrados: hacedles presentes vuestros deseos. Si se niegan á escucharlos, entonces sois libres: si se emplea la fuerza contra vosotros, que el Pastor huya, y con él su grey. «¡Fuera diezmos!» gritais. ¿Con qué derecho se los quitais vosotros á sus legítimos poseedores? «Es para convertirlos en limosna.» ¿Pero puede nadie mostrarse generoso de esa manera con bienes usurpados? Quereis emanciparos de la esclavitud; mas debeis saber que la esclavitud es tan antigua como el mundo: Abraham tuvo esclavos, y San Pablo estableció reglas para los que el derecho de gentes ha reducido á la servidumbre. Los derechos de pesca, de caza y de pasto están regulados por la jurisprudencia. Vais á gritar mucho á la lectura de mi carta, y direis que Lutero se ha convertido en cortesano de los príncipes; pero antes de desechar mis consejos, examinadlos: sobre todo, no escucheis la voz de esos nuevos profetas que os engañan; yo los conozco.»

Munzer, por toda contestacion, desgarró una página del folleto titulado *Contra falso nominatum ordinem ecclesiasticum*, y lo envió á Lutero. En ella se leia lo siguiente:

«Esperad, Sres. Obispos, gusanos del diablo, que el Dr. Martin quiere haceros leer una Bula, que sonará mal á vuestros oidos: es una Bula luterana: «Cualquiera que »ayude con su brazo, con su fortuna y con sus bienes á ar»ruinar á los Obispos y á la jerarquía episcopal, es un buen »hijo de Dios, un verdadero cristiano, que observa los man»damientos del Señor.»

Osiander el sacramentario siente que Munzer no ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ya conocido este pasaje del libelo de Lutero contra Silvestre Prierias:

«Si nosotros empleamos la horca contra los ladrones, la espada contra los asesinos y el fuego contra los herejes, ¿por qué no habíamos de lavar nuestras manos en la sangre de esos señores de perdicion, de esos Cardenales, de esos Papas, de esas serpientes de Roma, que manchan la Iglesia de Dios?»

«¡Pobres paisanos, añade Osiander, á los que Lutero adula y acaricia mientras que no atacan mas que al Episcopado y al clero! Pero cuando la rebelion crece y los rebeldes, riéndose de su Bula, le amenazan á él y á sus príncipes, entonces aparece otra segunda Bula, en la que predica el asesinato de los campesinos, como pudiera hacerse con un rebaño. ¿Y sabeis cómo canta sus funerales cuando han muerto? Casándose con una monja.»

A la voz de Osiander viene á unirse la de Erasmo, para acusar á Lutero.

«Inútil es que en vuestro cruel manifiesto contra los aldeanos rechaceis toda sospecha de rebelion, le dice. Ahí están vuestros libelos, esos libelos escritos en lengua vulgar, en los que, en nombre de la libertad evangélica, predicais una cruzada contra los Obispos y los frailes. Ahí es donde se halla el gérmen de todos los tumultos: «¡Sus, »príncipes mios! gritaba Lutero. ¡A las armas! Herid.» ¡A las armas! Herid. Ya han llegado los tiempos, tiempos maravillosos, en que, con la sangre que vierta, pueda un príncipe ganar el cielo con mas facilidad que nosotros con oraciones.

»Herid, traspasad, matad frente á frente, por la espalda; porque nada hay tan diabólico como un sedicioso: es un perro rabioso, que os muerde si no acabais con él.

»No se trata ya de dormir, de ser compasivo ó misericordioso: el tiempo de la espada y de la cólera no es tiempo de perdon.

»Si sucumbis, sois mártires ante Dios, porque marchais en su Verbo; pero si sucumbe vuestro enemigo, el campesino rebelado solo recibirá como herencia el fuego eterno; porque haciendo uso de la espada contra la órden del Señor, es un hijo de Satanás.»

Melanchthon se unia á su maestro para acabar con los campesinos, y decia á los príncipes:

«En verdad que esos rústicos están locos; ¿qué quieren, pues, esos hombres del campo, á quienes se les concede todavia demasiada libertad? José carga la espalda del egipcio, porque sabe muy bien que al pueblo no se le debe aflojar la brida.»

Los sublevados, colocados repentinamente entre la muerte y la apostasia, no dudan un momento: para ellos la muerte era el martirio, la apostasia el infierno. Su valor no desfallece, y en presencia del patíbulo con que se les amenazaba, Munzer conservó toda su altivez. Aunque vencido, encontraba todavía medios de insultar á sus señores y de debilitar la fidelidad dudosa de sus vasallos.

La carta que escribió al conde de Mansfeld es un testamento de muerte, parecido al de Catilina.

«Al hermano Alberto, conde de Mansfeld, para su conversion.

»Hermano: abusas de un texto del Apóstol, para predicarnos la sumision á los magistrados. Tú estás todavía en las mantillas de la superstición papista, que nos ha hecho dos tiranos de Pedro y de Pablo. ¿No sabes tú que Dios, en su furor, encarga con frecuencia á los pueblos azotar á los príncipes avaros y arrojar de su trono los malos Reyes? De tí y de tus semejantes canta la Madre de Dios: «El Se»ñor ha depuesto á los poderosos de su silla y exaltado á »los pequeños.» En esas alegres comidas á la luterana que das todos los dias, y en la cómoda doctrina del doctor de Wittemberg, no has podido aprender que el Señor, como dice el Profeta, alimenta á los pájaros del cielo para que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

devoren la carne de los príncipes y beban su sangre. Este pueblo que oprimes, ¿no es mas agradable á los ojos de Dios que el impio que engorda con su sustancia? Idólatra, que tomas el nombre de cristiano, ¿te atreves á tomar en boca la palabra de San Pablo? Corres á tu perdicion. De hoy mas el pueblo es el soberano. Rompe los vinculos que te unen á nuestros tiranos; ven á nosotros; nuestros brazos te están abiertos. Si marchas contra nosotros, ven tambien; despreciamos tus amenazas y tu espada. Muy pronto la mano del Señor pesará sobre tu frente. Tomás Munzer, armado con la espada de Gedeon, te saluda.»

Al mismo tiempo Munzer hacia que llegase á manos del conde Ernesto, hermano del conde de Mansfeld, este cartel:

«Conde: de ti ha dicho el Profeta Abdías: «Tu nido será »arrancado y destruido.» Espero una respuesta inmediatamente, ó por Jesus que nosotros iremos á buscarla. Mis hermanos y yo sabremos ejecutar las órdenes de lo alto.»

Los dos hermanos no faltaron al torneo.

Lleguemos al desenlace de este drama religioso, que domina tan vivamente al corazon.

El lugar de la escena era Franckenhausen, donde se habian citado todos los príncipes. El ejército de los señores confederados lo mandaban el landgrave de Hesse y el duque Jorge de Sajonia, príncipe cuyo amor á las letras ha ensalzado mucho Erasmo, y á quien Lutero llena de ultrajes en todas las páginas de su correspondencia. El duque se vengó noblemente del reformador, batiéndose como un mero soldado.

Tomás Munzer habia elegido para establecer su campamento un montecillo, cuya base habia fortificado con árboles y carros, para evitar los ataques de la caballería.

Era un curioso espectáculo el que ofrecian los dos ejércitos á la salida del sol. El de los confederados se estendia

en orden de batalla en una vasta llanura; sus dos alas estaban defendidas por dos escuadrones de caballería, cuyas centelleantes corazas parecian inundar de fuego las bajadas de la montaña, donde se habian amontonado los campesinos. En el centro la infantería presentaba una masa negra, interrumpida de distancia en distancia por banderas, en que flotaba la imágen de un santo ó los colores de la casa que representaban. Algunos cañones viejos, arrancados de los arsenales en que dormian hacia mucho tiempo, ó de las fortificaciones que no habian defendido en muchos siglos, rodaban delante de las líneas para asustar á los campesinos.

La montaña, cuyas sinuosidades estaban cubiertas por rebeldes, ofrecia distinto golpe de vista. En vano la mirada hubiera buscado un órden, una combinacion estratégica en aquellos grupos irregulares de combatientes. No se percibia mas que masas irregulares, separadas las unas de las otras por algun accidente del terreno, y semejantes en sus movimientos á las nubes que se agrupan unas sobre otras. Sin los gritos de guerra que de vez en cuando se oian; sin los estandartes que el viento agitaba sobre aquellas cabezas, y en los cuales estaba pintada la rueda de la fortuna, se hubiese podido tomar aquella masa informe de rebeldes por uno de esos auditorios que Munzer arrastraba en pos de si.

Los príncipes hubieran debido tener compasion de aquellos desgraciados que corrian á su pérdida: hubieran bastado algunos cañonazos para hacer justicia; pero Lutero no lo queria. Se diria que se trataba de un combate romano. Todo pasó como en las relaciones de Tito Livio: primero, la arenga militar; despues, la órden de cargar dada por las trompetas; en seguida, el choque de los dos ejércitos.

Los rebeldes no tenian artillería, y ni aun armas de fuego. En el momento en que oyeron los clarines enemi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gos se hincaron de rodillas, y entonaron un cántico al Espíritu-Santo. De repente apareció un arco-iris sobre sus cabezas, y lo saludaron como un presagio de victoria.

No fue aquello una lucha regular. Los campesinos presentaban su cuello, cantando al Señor, que no envió su ángel para libertarlos, como les habia prometido Munzer. El hierro estaba cansado de dar la muerte, y se dió órden á la caballería para que pasase por encima de los cuerpos, y acabase al que todavia respirara. Solo los mineros, confiados en sus martillos, opusieron una vigorosa resistencia, y continuaban batiéndose cuando las trompetas del ejército de los príncipes dieron la señal de la victoria. Ni uno de ellos pidió cuartel: todos murieron, vomitando con su sangre imprecaciones contra sus tiranos, «y por la gloria del nombre de Dios y la emancipacion de su patria,» dice Sleidan.

Uno de estos desgraciados, que se habia batido heróicamente, cayó prisionero, y conducido ante el landgrave, Felipe de Hesse:

—Vamos, le dijo este: ¿qué régimen te parece mejor, el de los príncipes ó el de tus paisanos?

—A fe mia, monseñor, respondió el prisionero, los cuchillos no cortarian mejor, aunque los campesinos fuéramos los señores.

Se le concedió el perdon.

Munzer, á quien se habia encontrado en Franckenhausen tendido en una cama, cubierto de sangre, medio destrozado el pecho y con la palidez de la muerte en los labios, fue conducido al campamento de los vencedores. Los soldados, que le buscaban, pasaron de largo por no turbar los últimos momentos de un moribundo; pero habiéndole conocido un criado de un caballero de Edimburgo, lo llevó en triunfo á la tienda de los príncipes. Su presencia les hizo sonreirse; pero en lugar de reconvenciones, el landgrave de Hesse quiso entablar con su prisionero una controversia. El profeta se prestó á ello; pero ni uno ni otro tuvieron motivos para cantar victoria. Desde el tormento pasó Munzer á los calabozos, adonde bajó en seguida un sacerdote católico, que reconcilió al anabaptista con la Iglesia, lo confesó, y le administró la comunion. Munzer no dejó de acusar á Lutero, hasta el momento de espirar, de todas sus desgracias. La Religion, mucho mas que la aproximacion de la muerte, que tantas veces habia arrostrado, habia apagado su orgullo. Temblaba, pero era por el temor del juicio de Dios. En el momento del suplicio bebió de un solo trago, en seguida oró, y marchó con la cabeza erguida hácia Heldrungen, punto en que debia ser ejecutado. El sacerdote le encargó que se arrodillase y rezase el credo; pero la voz de Munzer se estinguió al pronunciar la primera palabra del Símbolo. Entonces el duque de Brunswick y el sacerdote recitaron la oracion de los agonizantes, cuyas palabras repetia Munzer en voz baja. No parecia sino que una luz sobrenatural habia bajado de repente á confortar su alma. En seguida se levantó, paseó nobles miradas sobre la multitud, y dirigió á los príncipes que rodeaban el cadalso una exhortacion, que hizo arrasar sus ojos de lágrimas; dirigiéndose en seguida al verdugo, le dijo: «Vamos,» y al sacerdote que le acompañaba: «Adios.» El verdugo hizo rodar á seis pasos su cabeza. Un soldado la dió con el pie, el verdugo la tomó, y la fijó en una pica, de la que colgaba un cartel, en que se leia: «Munzer, reo de lesa-majestad.»

La rebelion de los campesinos se apagó con la sangre de su jefe: sus discípulos abandonaron apresuradamente una tierra en que la muerte les amenazaba á cada paso, refugiándose unos á la Moravia, y otros, en mayor número, á la Suiza, que los recibió compasiva. Y por cierto que no tuvo motivo de arrepentirse de su hospitalidad, porque su ardor revolucionario se disipó en disputas religiosas. Zwinglio abrió en Zurich y en Zollikon algunos tribunales,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

donde los anabaptistas y sacramentarios comparecieron en paz y bajo la égida de la magistratura, para discutir sobre los puntos fundamentales de sus creencias. Cada secta queria atribuirse la victoria; pero Zwinglio obtuvo el triunfo sobre sus adversarios, porque tenia el Senado en su favor. Los anabaptistas tuvieron que emigrar por segunda vez, y sus restos, conocidos con el nombre de hermanos moravos, viven diseminados en algunas provincias de Holanda, si no reconciliados con la gran ley católica, al menos con el poder, al que no dan motivos para temerlos.

Si nosotros levantásemos un grito acusador contra Lutero, quizá fuese sospechoso nuestro testimonio; pero ¿quién se atreverá á contradecir el que pronuncian dos veces enemigos de nuestro culto, una de ellas el sacramentario Hospiniano, que decia á Lutero: «Tú, tú eres quien has escitado la guerra de los campesinos,» y la otra de Memno Simon, que apelaba á la conciencia de los mismos luteranos sobre el orígen y la propagacion de la sedicion? Hemos escuchado el último suspiro de Munzer, y ha sido una maldicion contra el reformador; hemos oido á Erasmo que le echa en cara el haber fomentado la rebelion con sus libelos contra los frailes y los monges, y, por último, ya hemos visto lo que ha dicho el mismo Lutero en sus palabras antes citadas. ¿Qué mas necesita un historiador para pronunciar su sentencia?

En el dia del juicio final, ha dicho Cochlée, Munzer y sus compañeros gritarán delante de Dios y sus ángeles: ¡*Venganza contra Lutero!*

Tal fue el fin de la guerra de los aldeanos. En el poco tiempo que se les permitió castigar á la humanidad, se cuentan mas de cien mil hombres muertos en el campo de batalla; siete ciudades desmanteladas; mil monasterios arrasados; trescientas iglesias incendiadas, y perdidos inmensos tesoros de pintura, de escultura, de plateria y de calcografía. Si hubiesen triunfado, la Alemania se hubiera

convertido en un caos: la literatura, las artes, la poesía, la moral, el dogma, el poder, todo hubiera perecido en la misma tempestad. La rebelion, engendro de Lutero, fue una hija desobediente, á quien su padre supo al menos castigar. Si se vertió sangre inocente, que caiga sobre su cabeza, porque el mismo reformador dice: «Yo soy quien la he vertido por órden de Dios, y el que ha sucumbido en esta lucha ha perdido su alma y su cuerpo, porque pertenecen al demonio.»

Lutero no tuvo compasion de la sangre de los campesinos, porque ya no le servia de nada.

«*A burro lerdo, arriero loco,* ha dicho el sabio, escribia Lutero á Ruchel: á los patanes paja y cebada. No quieren ceder; garrotazo y fuego en ellos: esta es la mejor razon. Pidamos á Dios que obedezcan; pero si no lo hacen, no haya compasion para ellos: si no oyen silbar las balas, se harán cien veces peores.»

Aunque el anabaptismo quedó ahogado en la sangre de sus discípulos, no por eso se habia acabado todo para Lutero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXV.

CARLOSTADIO.—1524.

Los sacramentarios.—Lutero predica en Jena contra los profetas.—Desafío de Carlostadio.—Disputa sobre la Cena en la posada del *Oso Negro*.—Lutero en Orlamunde.—Conferencia.—Reaparicion de Carlostadio.—Un zapatero teólogo.—Lutero espulsado de Orlamunde.

Un hombre andaba errante de pueblo en pueblo, exhalando por do quiera su cólera contra la obra del reformador, atacando frente á frente sus doctrinas, demostrando toda su nada, y levantando al pueblo contra la levadura de las supersticiones *papistas* de que el monge de Wittemberg no habia podido purificarse todavía. Multitud de almas se dejaban arrastrar por el predicador, porque anunciaba novedades mas maravillosas que las que habia enseñado Lutero. Era Carlostadio, que de anabaptista se habia convertido en sacramentario. En el mismo momento en que un estudio mas detenido del testo sagrado le describió el sentido oculto de las palabras de la Cena, un ángel, como es sabido, revela el mito á Zwinglio. Entonces nació la secta de los sacramentarios, que niegan la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en el Sacramento de la Eucaristía, y la oblacion en carne y en sangre del cuerpo del mismo Divino Señor en la comunion. Si las condiciones de la intui-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXV.

CARLOSTADIO.—1524.

Los sacramentarios.—Lutero predica en Jena contra los profetas.—Desafío de Carlostadio.—Disputa sobre la Cena en la posada del *Oso Negro*.—Lutero en Orlamunde.—Conferencia.—Reaparicion de Carlostadio.—Un zapatero teólogo.—Lutero espulsado de Orlamunde.

Un hombre andaba errante de pueblo en pueblo, exhalando por do quiera su cólera contra la obra del reformador, atacando frente á frente sus doctrinas, demostrando toda su nada, y levantando al pueblo contra la levadura de las supersticiones *papistas* de que el monge de Wittemberg no habia podido purificarse todavía. Multitud de almas se dejaban arrastrar por el predicador, porque anunciaba novedades mas maravillosas que las que habia enseñado Lutero. Era Carlostadio, que de anabaptista se habia convertido en sacramentario. En el mismo momento en que un estudio mas detenido del testo sagrado le describió el sentido oculto de las palabras de la Cena, un ángel, como es sabido, revela el mito á Zwinglio. Entonces nació la secta de los sacramentarios, que niegan la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en el Sacramento de la Eucaristía, y la oblacion en carne y en sangre del cuerpo del mismo Divino Señor en la comunion. Si las condiciones de la intui-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cion de la verdad fueran tales como las exige Lutero, habria necesidad de admitir el testimonio de Zwinglio. Porque, ¿sabeis por qué los sacramentarios no han comprendido nunca el sentido de las Escrituras? «Es, dice Lutero, porque no tienen al diablo por adversario; si el diablo no está pendiente de nuestro cuello, no podremos ser mas que unos teologastros.» Sin embargo, los teólogos luteranos sostienen que el ángel que se apareció á Zwinglio, y cuyo color no ha podido este precisar, era un ángel caido, un ángel de las tinieblas: el demonio. ¿Cómo se compone ahora que Zwinglio y los sacramentarios, al negar que el cuerpo y la sangre de Jesucristo estén contenidos realmente en la Eucaristía, no sean mas que herejes que han roto con la Iglesia de Dios?

Algunos amigos de Carlostadio y de Lutero trataron, aunque en vano, de reconciliarlos: ninguno de ellos queria prestarse á celebrar la entrevista que aquellos querian que tuviesen: Carlostadio, por no recibir lecciones del que habia sido su discípulo; Lutero, porque no miraba ya á su profesor como un charlatan, que tenia por compadre á un capellan, encargado del papel de Espíritu en las apariciones del Señor. Sin embargo, Lutero, al recorrer las poblaciones en que habia hecho prosélitos el anábaptismo, fue á Jena, alborotada todavía por las predicaciones de Carlostadio, que habia fundado allí una imprenta. Jena no habia oido nunca al fraile de Wittemberg: Lutero sube á la misma cátedra en que la víspera habia predicado Carlostadio: la iglesia estaba llena de gente; Lutero predicó contra los profetas, no como un orador cristiano, sino como un literato del siglo XVI, siguiendo todas las formas de Erasmo, divirtiendo á su auditorio á espensas de los fanáticos, contra los cuales dirigia su risa mordaz y sarcástica. Todos los ojos buscaban al pobre arcediano, que por esta vez no se habia ocultado detras de las imágenes mutiladas, como en la Iglesia de Todos los Santos, sino que se ha-

bia colocado enfrente de la ventana meridional, concentrando sobre su cabeza un rayo de luz deslumbradora. Lutero le apercibió, y su palabra, que vagaba indistintamente sin objeto fijo, cayó de repente, como el martillo de un minero, sobre la frente de Carlostadio. Entonces no hizo ya una de esas pinturas vagas é indecisas, aplicables en su generalidad á todos los que habian roto con la iglesia de Wittemberg; no, sino el retrato del desgraciado anabaptista, á cuya fiel pintura no faltaba ya, para presentarla en relieve, ni aun los raros cabellos blancos del que asi quedaba en evidencia ante todo el auditorio. Jamás sufrió hombre alguno semejante martirio. Carlostadio se levantaba, volvia á sentarse, se levantaba de nuevo, y se agitaba como un poseido. Lutero, sin hacer caso de todas esas contorsiones ni de la mímica de brazos y piernas con que trataba de interrumpirle, continuó su discurso, que cada vez se hacia mas amargo é insultante. En fin, no pudiendo ya Carlostadio contenerse, se fue á esconder detras de una columna de la nave. Pero la escena no estaba concluida.

Apenas bajó Lutero del púlpito, se le acercó Carlostadio, y le dijo al oido algunas palabras, á las que aquel contestó con un signo afirmativo. Era un desafío que Lutero aceptaba. El lugar de la cita era la posada del *Oso Negro*, en que se habia hospedado el fraile.

Apenas llegó Lutero á la posada, recibió una carta, en que Carlostadio le pedia una conferencia en términos formales, no pareciéndole suficiente el signo mudo del agustino.

—Que venga, dijo Lutero al mensajero; que venga, en nombre del Señor: estoy pronto.

No tardó en presentarse Carlostadio, llevando en su compañía á algunos de sus discípulos, entre ellos á Gerardo Westemberg, de Colonia. Nunca habia visto aquella posada tan numerosos bebedores. Lutero estaba confundido entre la multitud, sentado á la mesa, y teniendo á su derecha al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

burgomaestre, á quien habia mandado llamar para que asistiese á la conferencia.

Carlostadio se colocó á su lado, y comenzó la disputa sobre la Eucaristía, y al principio con bastante calma, discutiendo en voz baja y sin acalorarse; pero cuando Lutero esplanó su opinion sobre la presencia real en tono bastante alto para que los convidados aplaudiesen su improvisacion, Carlostadio no pudo ya contenerse, y se entabló entre los dos doctores el siguiente diálogo:

Carlostadio. Es necesario confesar, maestro, que me habeis tratado muy rudamente en vuestro sermon, asimilándome á esos espíritus revoltosos, que no respiran mas que la sedicion y el homicidio. Protesto con todas mis fuerzas contra semejante comparacion; nada tengo yo de comun con semejantes hombres. Hablando entre nosotros, les atribuis sobre la revelacion interna ideas que nunca han tenido. Yo no vengo á hacer aquí su apología; hablo por mí; tengo por un hombre malo, por un embustero, á quien me quiera hacer responsable de las doctrinas sangrientas de esos fogosos predicadores. He oido cuanto habeis predicado; pero solo quiero hablar de lo que en vuestro discurso ha tenido relacion con la Eucaristía. Yo sostengo que desde el tiempo de los Apóstoles, hasta el dia, jamás se ha oido sobre esa materia una doctrina parecida á la vuestra; ya lo veis, lo digo con la frente erguida: yo tambien he predicado sobre la Eucaristía; pero mi palabra está fundada, y estoy seguro de que no me demostrareis lo contrario.

Lutero. Comencemos *ab ovo*, mi querido doctor.

Jamás me probareis que yo he querido designar vuestra persona en mi discurso. ¿Decis que os habeis reconocido por el retrato que yo he hecho; que habeis sentido el dardo que os he dirigido? En buen hora, si os ha herido. Habeis escrito contra mí epístolas muy mordaces; ¿y con qué objeto? No lo adivino, puesto que no hay disputa entre nosotros. ¿Os quejais de que mis palabras os han herido? Tanto peor, y tanto mejor: tanto mejor, puesto que han servido para que me declareis que no teneis nada que ver con todos esos predicadores; tanto peor, si os reconoceis en el retrato. He hablado contra los profetas, y hablaré de nuevo. Si con esto os he herido, volveré á heriros otra vez.

Carlostadio. Por mas que digais, habeis querido designarme, al hablar del Sacramento; pero no habeis hecho mas que pervertir el Evangelio, y os lo voy á probar. Me habeis injuriado asimilándome á esos genios homicidas; protesto ante mis hermanos, aquí reunidos, que nada de comun tengo con ellos.

Lutero. ¿A qué viene esa protesta, doctor? He leido las cartas que desde Orlamunde habeis dirigido á Tomás Munzer, y he visto que rechazais las doctrinas sediciosas de los profetas.

Carlostadio. Pues entonces, ¿por qué vociferar que el espíritu que anima á los profetas es el espíritu que ha derribado las imágenes, y que enseña que es necesario tomar y recibir de sus manos la Eucaristía?

Lutero. ¡Yo no he nombrado personas; y á vos menos que á nadie, doctor!

Carlostadio. Sí; pero estoy suficientemente designado, porque soy el primero que ha enseñado públicamente la necesidad de una comunion inmediata. Vos sosteneis que el espíritu que habla así es el que, por boca de los profetas de Alstedt, inspira el asesinato y la sedicion, y esto es falso. En cuanto á las cartas que os he escrito, estoy pronto á conferenciar con vos, doctor.

Hubo un momento de silencio. Despues Carlostadio reanudó así la conferencia:

—Si yo hubiese incurrido en error, y hubiéseis querido hacer una obra de cristiano, debiérais habérmelo advertido antes de venir á asaetearme desde el púlpito con vues-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tros dardos envenenados. Siempre estais gritando: «¡Caridad, caridad!» ¡Bella caridad, por cierto, la que arroja al pobre, y deja abandonado en medio de un camino á su hermano estraviado, sin querer llevarle al redil!

Lutero. ¿Cómo? ¿No he enseñado yo el Evangelio? ¿Pues qué he hecho?

Carlostadio. Escuchad: os he dicho, y lo probaré, que el Cristo que habeis predicado en vuestro sermon sobre la Eucaristía, no es el Cristo que fue enclavado en la Cruz, sino un Cristo hecho por vuestras manos y á vuestra imágen; y añado que hay una palpable contradiccion en lo que enseñais.

Lutero. Vamos, doctor; subid al púlpito; venid á la faz del cielo, como conviene á un hombre honrado, y señaladme los errores que he cometido.

Carlostadio. Lo haré con mucho gusto, doctor; porque, ya lo veis, no huyo yo de la luz, como decis: ¿quereis disputar en Wittemberg, en Erfurt, en la mesa ó en una cena amistosa? Espondremos nuestras razones, y se la darán al que la tenga. Yo no temo la luz del dia; lo único que pido es seguridad para mi persona.

Lutero. ¿Será cosa de que tengais miedo? ¿No os creeis en seguridad en Wittemberg, por ejemplo?

Carlostadio. Sí; pero no siempre. En una disputa pública nos trataremos muy mal el uno al otro, y ya sé, muy á costa mia, que habeis sabido atraeros el pueblo.

Lutero. ¡Eh! Doctor, venid; os prometo que nadie os molestará.

Carlostadio. Pues aceptado. Disputaré en público, y pondré de manifiesto la verdad de Dios ó mi vergüenza.

Lutero. Decid vuestras tonterías, doctor.

Carlostadio. Mi vergüenza, doctor, que sufriré en glorificacion del Señor.

Lutero. Y que caerá sobre vuestras espaldas, doctor. ¡Me gustan vuestras amenazas! ¿Quién os tiene miedo?

Carlostadio. ¿Y á mí qué puede intimidarme? Mi doctrina es pura; emana de Dios.

Lutero. ¡Ah! Pues si emana de Dios, ¿por qué no habeis podido inspirar á otro el espíritu que os impelia en Wittemberg á hacer trizas las imágenes?

Carlostadio. Era esa una obra que no habia emprendido yo solo, sino que debia llevarse á cabo, segun una triple resolucion del Senado, y con la ayuda de algunos discípulos vuestros, que huyeron en el momento del peligro.

Lutero. Eso es falso, y protesto contra ello.

Carlostadio. Y yo tambien.

Lutero. Os aconsejo que no vayais á Wittemberg; allí no encontrareis amigos tan afectos como pensais.

Carlostadio. Ni vos tampoco quizá criaturas que os sigan tan ciegamente. Al menos, yo podré consolarme, porque tengo de mi parte la verdad. El dia del Señor se descubrirán muchos misterios: entonces se descorrerán los velos, y Dios pondrá de manifiesto nuestras obras.

Lutero. ¡Me causais admiracion! ¡Siempre teneis en boca la justicia de Dios, mientras que yo invóco su misericordia!

Carlostadio. Y ¿por qué no? Dios no hace acepcion de personas; no mira al hombre; el débil y el poderoso se pesarán en una misma balanza. Yo deseo que Dios me juzgue segun su justicia y su misericordia. Pero ahora que despreciais el espíritu que vive en mí, y que tratais de inquirir por qué no marcho y por qué me he detenido en mi camino, puedo responderos: ¿por qué me atais de pies y manos, y me heris viéndome desnudo y desarmado?

Lutero. ¿Pues os hiero yo?

Carlostadio. ¿Conque no es ligarme, y herirme despues, el escribir contra mí, declamar en el púlpito contra mí, imprimir libelos contra mí, y el impedirme predicar, escribir é imprimir? ¡Si me hubiéseis dejado libre la palabra y la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pluma, ya hubiérais sabido cuál es el espíritu que vive en mí!

Lutero. ¡Predicad sin vocacion! ¿Quién os ha autorizado para enseñar al pueblo?

Carlostadio. ¿Hablais de vocacion humana? Soy arcediano, y, por consiguiente, tengo derecho á enseñar. ¿Hablais de vocacion divina? Tambien tengo mi mision.

Lutero. ¡Mision de predicar en la iglesia parroquial!

Carlostadio. Pues qué, el pueblo que frecuenta la colegiata, ¿no es el mismo que asiste á la iglesia parroquial?

Lutero. Doctor, vos sois quien me atacais y me destrozais en vuestros numerosos libelos.

Carlostadio. ¿En libelos? ¿En cuáles? ¿Acaso en mi tratado de la vocacion? Pero ¿cuándo me habeis dirigido advertencias con caridad? Yo os desafío á que encontreis en todo el curso de mi vida una sola hora en que, desmintiendo mi carácter, os haya faltado á la caridad; mientras que la violencia es vuestra arma acostumbrada. Si no hubiéseis querido advertirme á solas, pudiérais haber venido con algunos de vuestros amigos.

Lutero. Así lo he hecho, yendo á vuestra posada acompañado de Felipe y Pomerania.

Carlostadio. Eso es falso. Quizá sea verdad que hayais ido; pero no para hacerme advertencias ni para señalarme los artículos erróneos estractados de mis obras ó de mis sermones.

Lutero. Os llevaba una cédula de la Universidad, en que estaban anotados los artículos que nos parecian censurables.

Carlostadio. Faltais á la verdad, doctor; yo no he visto nunca semejante cédula.

Lutero. Aunque os citase mil hechos, siempre responderiais que eran mentira.

Carlostadio. Si decis la verdad, que el diablo me lleve.

Lutero. ¿Conque no os he llevado yo esos artículos á vuestra misma casa?

Carlostadio. Venid acá, doctor. ¿Qué diriais si yo os enseñase una carta en que me dice Gerónimo Schurff que si yo queria se me podrian señalar los errores en que he incurrido? Luego la Universidad no se habia reunido todavía para designar esos artículos.

Lutero calló, y hubo un nuevo silencio, que Carlostadio no tardó en interrumpir, para rogarles á los circunstantes le dispensasen si se defendia con demasiado calor.

Lutero. Doctor, os conozco: sé que quereis remontaros á las nubes; marchad en vuestro orgullo, y exaltaos solo por vuestras sublimidades.

Carlostadio. No habré hecho mas que seguir vuestro ejemplo; pues no dejais de presentaros en todas partes en busca de los honores y de la celebridad.

Lutero. Acordaos que en Leipzig os reprendí públicamente vuestra arrogancia. Pretendísteis que os dejara disputar el primero, y yo os cedí ese honor, que no envidiaba.

Carlostadio. Admiro vuestra desvergüenza, querido doctor: bien sabeis que al principio de la controversia se trató de si se debia ó no dejaros disputar. Apelo al testimonio de los consejeros del duque Jorge y de la Universidad de Leipzig.

Lutero. Concluyamos. Hoy he hablado contra los profetas, y volveré á hacerlo nuevamente. Veremos quién me lo impide.

Carlostadio. Predicad cuanto querais; tambien nosotros veremos lo que debemos hacer.

Lutero. Vamos, doctor; si os queda alguna cosa por decir, decidla en voz alta.

Carlostadio. Lo haré, y sin miedo.

Lutero. Que no os olvideis de sostener á esos pobres profetas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Carlostadio. Todas cuantas veces tengan la verdad de su parte; pero si caen en el error, que les sirva el diablo de acólito.

Lutero. Conque, doctor, ¿escribireis abiertamente contra mi?

Carlostadio. Si no lo llevais á mal, doctor, os doy mi palabra de que quedareis servido.

Lutero. Allá va un florin en prenda, doctor.

Carlostadio. Seria un tuno si no aceptase la apuesta, doctor.

Entonces Lutero sacó de su bolsillo un florin de oro, y presentándoselo á Carlostadio, le dijo:

—Tomad, y portaos con valor.

—Ya lo ven Vds., dijo Carlostadio enseñando el florin de oro á los circunstantes; el Dr. Martin me da este florin en prenda y en señal de que me faculta para escribir contra él.

Lutero le tendió la mano.

—Es verdad, dijo.

Y llenando un gran vaso de cerveza, que ofreció á su adversario, añadió:

—A vuestra salud, doctor.

Carlostadio tomó el vaso, y llenando el de Lutero, dijo tambien:

—A la vuestra; pero en la firme inteligencia, y con la condicion de que no habeis de atormentar mas á mis pobres impresores, y que, concluida nuestra disputa, no opondreis ningun obstáculo al nuevo género de vida que quiero abrazar. Concluido este asunto, quiero vivir labrando la tierra.

Lutero. Nada temais: dejaré en paz á vuestros impresores, pues yo mismo os provoco á que me ataqueis. Os he dado un florin para que no me guardeis ningun género de consideraciones; cuanto mas fuerte sea el ataque, mas contento quedaré de vos.

Carlostadio. Que Dios os ayude; yo haré todo lo posible porque quedeis satisfecho.

Dicho esto, se dieron las manos, y se separaron.

Lutero salió de Jena, y se dirigió á Cala, cuya poblacion acababa de hacer pedazos el Crucifijo de la catedral. Lutero reunió los trozos, y los colocó secretamente en una capilla cerrada. En seguida subió al púlpito, y predicó sobre los profetas y sobre la obediencia debida á los magistrados.

Despues tomó el camino de Neustadt, y el 31 de agosto llegó á Orlamunde, donde le esperaban con impaciencia. Habia enviado delante á Wolfang para dar parte de su llegada al burgomaestre de la ciudad, y para pedirle que convocase el Senado y los ciudadanos, con el objeto de conferenciar con ellos, segun le habian manifestado.

El burgomaestre salió acompañado de los magistrados hasta las puertas de la ciudad, para recibir y cumplimentar al doctor. La figura del fraile era severa y casi colérica. Saludó á sus huéspedes sin siquiera quitarse su bonete cuadrado, contentándose con hacer una ligera inclinacion de cabeza. El burgomaestre iba á arengarle; pero Lutero le interrumpió, so pretesto de que tendria tiempo para hacerlo en el pretorio, y entró en Orlamunde en un carruaje, que rodeaban los magistrados y senadores.

Luego que llegaron al pretorio, el burgomaestre comenzó de nuevo su arenga; dió gracias á Lutero en nombre del Senado y del pueblo, porque se habia dignado venir á visitarlos, y le suplicó que predicase la palabra de Dios.

Lutero respondió que no habia venido á Orlamunde para predicar, sino para conferenciar con el Senado y el pueblo sobre el contenido de las cartas que le habian escrito.

Se sentaron á la mesa, é hicieron traer cerveza. Lutero y los magistrados cambiaron numerosos brindis, segun costumbre alemana. La noticia de la llegada de Lutero habia cundido por toda la ciudad, y no tardó en presen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tarse una multitud de ciudadanos, que deseaban ver y oir al doctor de Wittemberg. Unos y otros le pedian que predicase, añadiendo:

—Sabemos que os somos sospechosos, y que acusais nuestra fe: subid, pues, al púlpito, y si vuestra palabra es palabra de verdad, se abrirán nuestros ojos, y confesaremos nuestros errores.

—Ya he dicho que no vengo á predicar, respondió Lutero.

Y sacando de su bolsillo una carta que habia recibido el 17 de aquel mes:

—Decidme, preguntó: ¿de quién es este sello?

—Son las armas de la ciudad, respondió el burgomaestre.

—¿No es de Carlostadio esta carta, replicó Lutero, quien sin duda para mejor engañarme habrá puesto el sello de Orlamunde?

—Esa carta, repuso el burgomaestre, la reconozco muy bien; es la que nosotros le hemos dirigido. Carlostadio no ha escrito ni dictado una sílaba, y el sello de la ciudad está demasiado bien guardado para sospechar que haya podido servirse de él.

Impacientado Lutero, abrió la carta, y leyó lo siguiente:

«La paz de Dios por Cristo Nuestro Salvador, querido hermano: Andrés Carlostadio, nuestro Pastor, nos ha dicho, al volver de Wittemberg, que desde vuestro púlpito nos habeis llenado de invectivas, y nos habeis presentado como espíritus de desórden y de error, aunque jamás nos habeis visitado ni oido. Vuestros escritos prueban que nuestro Pastor no nos ha engañado. En el que habeis dirigido á los príncipes sajones, ¿no cubris de menosprecio á los que, fieles al precepto de Dios, no quieren ni ídolos mudos, ni imágenes pagadas, á cristianos que pintais con unos colores, que solo habeis podido encontrar en vuestra cabeza,

pero nunca en la Escritura? Nosotros, que somos los miembros del Cristo, y la viña del Padre, no podremos mirar como la carne de Jesus al que en lugar de reprendernos con un espíritu de caridad, nos hiriese con sus punzantes ironías.

»En nombre de Dios os rogamos que no deshonreis así á los que han sido rescatados á precio de la sangre de Jesus, hijo único de Dios. Direis: «Ved qué discípulos de »Cristo, que no pueden sufrir la menor acusacion, llamán»dose, como se llaman, hijos del que tanto ha sufrido.» Es verdad; pero ¿no sabeis que Jesus trataba con enérgica aspereza á los escribas y judíos que pasaban por justos, y que ha orado por sus verdugos? Por lo demas, nosotros estamos dispuestos á daros cuenta en todo y por todo de nuestra fe y de nuestras obras. Entre tanto, venid á visitarnos; venid á conferenciar con nosotros. Si estamos engañados, sacadnos del error con palabras de dulzura y de caridad, en nombre de Jesus y de la gloria de su nombre y de su Iglesia. Respondednos con espíritu de paz.

»Orlamunde 17 de agosto de 1524.»

—¿Quereis, dijo Lutero, que os diga en qué habeis pecado? En primer lugar, dando el nombre de Pastor á Carlostadio, que nunca le han reconocido ni el duque de Sajonia, ni la Academia de Wittemberg.

—Pues si Carlostadio no es nuestro Pastor legítimo, la doctrina de San Pablo es una mentira, y vuestros libros una decepcion, respondió uno de los senadores; porque nosotros lo hemos escogido y elegido, como lo atestiguan nuestras cartas á la Academia de Wittemberg.

Lutero no tuvo nada que replicar; pero pasando á otro punto de la carta, continuó diciendo:

—Habeis pisado, en segundo lugar, las imágenes y las estatuas.

Iba á continuar, cuando entró Carlostadio, y tomó

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

asiento entre los circunstantes, despues de saludar á Lutero.

—Doctor, dijo á este saludándole de nuevo; con vuestro permiso, vengo á tomar parte en la conversacion.

—¡Eso sí que no lo sufriré! respondió Lutero.

—Como querais, doctor.

—No, no; sois mi enemigo, mi adversario. ¿No os he dado un florin de oro?

—Es verdad, doctor; adversario y enemigo de cualquiera que combate contra Cristo y la verdad.

—Dejadnos, replicó vivamente Lutero; para nada os necesitamos aquí.

—¿Pues no es este un acto público? Y si teneis la verdad en vuestro favor, ¿por qué me teneis miedo?

—Porque me sois sospechoso, y seriais á un tiempo juez y parte.

—Sospechoso ó no, no me constituyo en vuestro juez: vuestro enemigo, en hora buena; pero, ¿qué importa eso?

Entonces Wolfang Stein, volviéndose al arcediano, le dijo:

—Doctor, se os ha enviado á Jena; marchad allá.

—¿Y quién os ha erigido en mi señor, para que me deis órdenes? Enseñadme la cédula del príncipe.

Impaciente Lutero, hizo señas á su cochero para que enganchase los caballos, y amenazó con abandonar á Orlamunde si Carlostadio no se retiraba.

Algunos de los circunstantes rodearon al arcediano, le hablaron en voz baja, y Carlostadio salió de la sala.

Lutero reanudó entonces su discurso, y sostuvo que ni en el púlpito ni en sus escritos habia hablado nunca de los habitantes de Orlamunde, pues tenia otros asuntos que le llamaban mas la atencion en Wittemberg.

—Sin embargo, dijo el secretario de la ciudad; en mas de un libelo habeis comparado á los que proscriben las imágenes con los espíritus de las tinieblas. ¿Cómo no he-

mos de creernos aludidos, cuando nosotros hemos hecho pedazos con nuestras manos las estatuas de nuestros templos? Mentís, pues, doctor.

—He hablado en general, repuso Lutero: vuestra ciudad no es la única que ha hecho la guerra á las imágenes. Me acusais sin razon, y vuestra carta es insultante, pues me negais en ella un título de honor que los príncipes, los grandes, el pueblo y hasta mis enemigos me conceden. El sobre de la carta dice: «Al doctor cristiano Martin Lutero;» y en el discurso de la carta me tratais como si no fuese cristiano.

—Nuestras espresiones son justas y fraternales, dijo el burgomaestre.

—Citad, añadió lleno de ira un hombre del pueblo, citad una sola espresion injuriosa.

—Hé ahí el tono y la cólera de los profetas, dijo el doctor: vuestros ojos, amigo mio, parecen dos carbones encendidos; pero no me abrasarán... Mas veamos, añadió, en qué lugar de la Escritura habeis leido que era necesario abolir las imágenes.

Hubo un momento de silencio.

—Voy á responder, dijo un senador. Maestro, querido hermano, ¿creeis que Moisés fue el promulgador del Decálogo?

—Sin duda ninguna.

—Pues bien. ¿No está escrito en el Decálogo: «No tendreis otro Dios que yo,» y no añade Moisés á este precepto divino, para esplicarlo: «Quitareis de entre vosotros todas las imágenes, y no conservareis ninguna?»

—Pero eso se entiende de los ídolos y de las imágenes á las que se les tributa adoracion, y de ningun modo de la imágen de Jesus crucificado que yo adoro, respondió Lutero.

—Pues bien, dijo un zapatero; al pasar yo por delante de las imágenes pintadas en la pared ó erigidas en los ca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

minos reales, me he descubierto muchas veces: siendo este un acto de idolatría que Dios indudablemente condena, es necesario abolir las imágenes.

—Ese es un abuso; y si por abusos se han de proscribir las imágenes, desfondad vuestros toneles.

—Esa no es razon, replicó otro; porque Dios ha creado el vino para nuestro sustento y nuestra necesidad, y no nos ha mandado que nos deshagamos de él, mientras que el precepto sobre las imágenes hechas por mano del hombre está terminante.

—Estais equivocado, replicó Lutero; en el Decálogo no se trata mas que de los ídolos á los que se rinde adoracion.

—Os lo concederia, dijo el zapatero, si Moisés no hubiese querido hablar de toda clase de imágenes.

—¿Moisés? contestó Lutero.

—Disputemos, añadió el zapatero; pero ante todo dadme la prenda del combate.

Entonces Lutero le alargó la mano, que el zapatero tomó y apretó, mientras iban á buscar la Biblia.

La discusion fue viva y animada: el zapatero gritaba y gesticulaba como un energúmeno, citando las palabras inconexas de la Biblia, que pescaba al vuelo en su memoria.

—¿Sois cristiano? le preguntó á Lutero con ademan terrible: pues ya que rechazais á Moisés, supongo que aceptareis, al menos, el Evangelio traducido por vos.

—Veamos: ¿Qué dice el Evangelio?

—Jesus dice en el Evangelio, no sé en qué parte, pero mis hermanos lo saben por mí; que debe uno quitarse los vestidos cuando se va á acostar.

Lutero, que estaba en pie, se sentó al oir esta cita singular, y se tapó la cara para ocultar su risa.

—¿Conque esto significa, dijo cuando pudo contenerse, que es necesario abolir las imágenes? ¡Admirable germanismo, por cierto!

—Indudablemente, dijo otra voz, eso significa, en efecto, que Dios quiere que el alma se despoje de toda idea terrestre.

Llegaron por fin con los libros de Moisés traducidos al aleman por Lutero, y uno de los presentes le leyó los capítulos xx del Exodo y iv del Deuteronomio, y dedujo de este doble testo que las imágenes y todas las demas figuras estaban prohibidas por Dios, y que ningun cristiano podia hacerlas ni guardarlas.

—Pero leed, repetia el doctor; se trata de ídolos que vosotros no adorais.

—En el testo no se usa de la palabra *ídolo*, dijo una voz: «No harás ni guardarás ninguna imágen.»

—El testo del Deuteronomio está claro y esplícito, replicaba el zapatero: «Cuidad de vuestras almas; el dia que el Señor os habló en Horeb, ¿no visteis alguna semejanza, no fuese que, engañados, hiciéseis para vosotros alguna semejanza de escultura, ó alguna imágen de baron ó de hembra...» ¿Está esto claro?

—Continuad, repuso Lutero: yo os lo suplico.

—«No sea que, elevando vuestros ojos al cielo, veais el sol y la luna, y adoreis por un grosero error los astros del cielo?»

—Pues bien, prosiguió Lutero: ¿por qué no quitais de la creacion el sol y la luna?

—Es que las estrellas del cielo, esclamó el zapatero, no son obra de nuestras manos: el precepto divino no habla de ellas.

—Entonces el burgomaestre pretendió y sostuvo que ellos seguian la palabra de Dios; y que estaba escrito que no se debia quitar ni añadir nada al Verbo del Señor.

—¿Es decir que me condenais? repuso entonces Lutero.

—Ciertamente, dijo el zapatero; á vos, y á cualquiera que hable y enseñe lo contrario de la palabra de Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Injuria que un niño pudiera arrojarme al rostro, respondió Lutero subiendo al carruaje.

Pero uno de los jóvenes le detuvo, agarrándole por el hábito.

—Antes de partir, maestro, decidnos una palabra sobre el bautismo y sobre el sacramento de la Eucaristía.

—¿No teneis mis libros? le respondió el fraile. Pues leedlos.

—Los he leido todos, y, bajo mi palabra de honor, no me satisfacen.

—Pues si hallais algo que os desagrade, escribid contra mí.

Y marchó.

—¡Al diablo, á todos los diablos, esclamaron á un tiempo todos los circunstantes; y que ellos te rompan el espinazo y las piernas antes que salgas de aquí!

La historia de la Reforma ofrece fenómenos que no se han apreciado como merecen, y de los cuales se pueden sacar altas lecciones de moralidad. Antes de la aparicion de Lutero, los sacerdotes católicos vivian en Orlamunde en paz con sus feligreses. Viene Lutero, y se los separa de estos violentamente, se les espulsa de su presbiterio, se les despoja de su autoridad, y su ministerio pasa como una herencia á Carlostadio.

Carlostadio, elegido segun el rito de San Pablo (ya habeis oido al teólogo zapatero), se ve en seguida proscrito por Lutero y reemplazado por un ministro alimentado con la palabra del pontífice de Wittemberg. La iglesia de Orlamunde goza de paz hasta la llegada de otros Pastores que han cambiado de nombre, y se llaman calvinistas; y estos recien venidos sublevan las conciencias contra los hijos del diablo, como llaman á los luteranos, á los cuales espulsan de sus sillas, que se apropian á su vez.

—¡Espectáculo lamentable es, en verdad, el que ofrecen millares de ministros luteranos, proscritos con sus mujeres y sus hijos, y reducidos á mendigar el pan de la caridad, dice Olearius. El calvinismo no queria sufrir al luteranismo. Habia recurrido al principe Casimiro, con un manifiesto formulado en dos versos latinos, en que, para acabar con el culto rival, dejaba al soberano la eleccion entre la espada, el tormento, el agua, la cuerda y el fuego:

Oh Casimire potens, servos expelle Lutheri,
Ense, rota, ponto, funibus, igne neca.

El viejo Tossauns (Daniel) proponia un medio todavía mas simple y mas espedito para destruir las sillas luteranas, y era cortar el cuello á todos los que las ocupaban.

«Si yo fuera Emperador de romanos, decia, no dejaria la vida á mas súbditos mios que los que tuviesen mi fe y mi creencia.»

Carlostadio no tardó en llevar la pena de su conversacion de Jena. El elector Federico lo desterró de sus Estados, lo mismo que al predicador Remhard, que habia reunido y publicado las actas de la disputa. Carlostadio se vió obligado á viajar, pidiendo de puerta en puerta. Al salir de Orlamunde escribió á sus habitantes, quejándose de su rival. En la carta firma «Andrés Bodenstein, *espulsado por Lutero sin haber sido oido.*»

Dejemos por un momento al reformador, y veamos por qué medios triunfa en Alemania su obra revolucionaria. Estos medios son: la secularizacion de los conventos, el casamiento de los frailes, el despojo de los bienes del clero, y las usurpaciones del poder civil.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXVI.

SECULARIZACION DE LOS CONVENTOS Y CASAMIENTO DE LOS FRAILES.

Espedientes que idea Lutero para la secularizacion.—Desórden que causa la obra del reformador sobre el celibato.—Los frailes secularizados se ponen á disposicion de los impresores.—Son los auxiliares mas activos de la Reforma.—Froben de Basilea.—Carlostadio.—Bigamia monacal.

La secularizacion de los frailes fue la gran medida imaginada por el reformador para matar el catolicismo, y llevaba consigo el despojo de los conventos.

Algunos de los reformados mas timoratos buscaban en los Libros Santos testos para ahogar el grito de su conciencia, y legitimar el robo y el destierro de los religiosos. Parecia que un ángel tenia abierta la Biblia en la página en que Dios prohibe el robo. Consultaron á Lutero, y hé aquí la respuesta del casuista sajon:

«Se dice que está prohibido violentar las conciencias: sin embargo, nuestros príncipes, ¿no han espulsado á los frailes de sus conventos?

»Si, á nadie se debe obligar á que crea en nuestras doctrinas: nosotros nunca hemos violentado la conciencia; pero seria un crimen permitir que se profane nuestra en-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

señanza. Rechazar el escándalo, no es violentar el *yo* interior. Yo no puedo obligar á un bribon á que sea hombre de bien; pero puedo impedirle que haga el mal. Un príncipe no puede forzar á un salteador de caminos á que confiese al Señor; pero tiene una horca para los malhechores.

»Pero ¿no toleramos á los judios, que blasfeman del Señor?

«Los judíos no pertenecen ni al cuerpo eclesiástico, ni al cuerpo secular. Son cautivos, que viven entre nosotros, y no les dejaremos blasfemar en nuestra presencia contra Dios Nuestro Señor. Un criminal pendiente de la horca puede muy bien decir cuantos ultrajes quiera contra sus jefes; ¿quién podria impedírselo? pero nuestros frailes quieren ser de *utroque jure*, blasfemar á la luz del sol, y tener derecho para hacerlo. Desearian parecerse á los judios, no pertenecer ni á Cristo ni á César, y proclamarse enemigos de Cristo y de César; y ¿habiamos de sufrir que en sus sinagogas blasfemasen cuanto quisiesen, y siempre que quisiesen, del Señor?

»Así, pues, cuando nuestros príncipes dudaban si la vida monástica y la Misa privada eran una ofensa á Dios, hubieran sido culpables en cerrar los conventos; pero desde el momento en que han sido iluminados y en que han visto que la vida del convento y la Misa son un insulto á la Divinidad, serian culpables si no empleasen en proscribirlas todo el poder que han recibido; porque escrito está: *Amarás á Dios con todo tu corazon y con todas tus potencias.*»

Erasmo, que estaba en Alemania en época en que apareció el libelo de Lutero contra el celibato, nos ha dejado curiosas revelaciones de los desórdenes á que este escrito dió márgen en los conventos. Nos representa á ciertas ciudades de la Germania invadidas por desertores con capucha, por apóstatas nómadas, sacerdotes casados, monges famélicos, saltando, bailando, emborrachándose, pi-

diendo en sus oraciones pan para el resto de sus dias y una compañera para solazarse, y sin hacer del Evangelio mas caso que el de un pelo de su barba. Tenian mujeres en abundancia, y cuando no las encontraban en los conventos de religiosas, iban á buscarlas á las casas infames. ¿Qué les importaba á ellos la bendicion del sacerdote? Se casaban unos á otros, y celebraban sus bodas en orgias, en que raras veces los esposos dejaban de perder la razon.

»En otro tiempo, añade Erasmo, se dejaba á la mujer por el Evangelio: hoy se dice que el Evangelio florece cuando un fraile consigue casarse con una mujer que tiene una gran dote.

»Estos, escapados por lo regular, se casaban con religiosas. ¿Qué madre habia de olvidarse de su decoro hasta el punto de dar su hija á uno de esos monges, que, segun el mismo Lutero, no habian quebrantado el voto de continencia sino por satisfacer sus sensuales apetitos?

»Por lo demas, muchos de ellos no tenian para cubrir sus carnes mas que el vestido de lana burda que habian sacado del convento. En su mayor parte se pusieron á trabajar para los impresores y libreros. Desgraciadamente los habia que apenas sabian leer, y que, despues de haber sucumbido por espacio de muchos dias á todas las tentaciones de la carne, no tenian con qué vivir, y se veian obligados á pedir limosna. Era este un oficio muy poco agradable, que hubiera concluido por disgustar á los pobres frailes de la vida campestre, y un espectáculo vergonzoso para la Reforma; pero Lutero lo habia previsto todo, y dividiendo en muchas partes los bienes de los monasterios, los repartió entre los religiosos secularizados.»

Estos fueron los auxiliares mas activos de la Reforma; verificada y anunciada altamente su rebelion contra su conciencia, hicieron orgullo de su apostasía. En esta época se les ve ya reunidos en cuadrillas, atacando los conventos de monjas y pasándose en seguida dando el brazo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á las jóvenes que habian deshonrado. Erasmo encontró en los caminos monges vestidos con los despojos robados á las iglesias, bamboleándose por los vapores del vino, y entregándose á toda clase de desórdenes para aturdirse. Algunos, cediendo al Dios que los atormentaba, subian á un púlpito desierto para predicar al pueblo las doctrinas que su maestro habia enseñado en sus disertaciones sobre los votos monásticos, á saber: que así como en los primeros dias del cristianismo la Iglesia habia tenido necesidad de exaltar el estado de virginidad en medio de una sociedad pagana, que reputaba como una cosa honrada el adulterio, de la misma manera hoy, que el Señor habia hecho brillar la luz de su Evangelio, era necesario ensalzar el casamiento y glorificarle á espensas del celibato papista; y que pues Daniel y San Pablo presentaban al Antecristo como el adversario del matrimonio, se debia cumplir la ley impuesta por Dios á nuestros primeros padres, á no querer llevar marcada en la frente la señal de la bestia.

Habia algunos que recitaban estensos párrafos estractados del sermon sobre el matrimonio. Los sacerdotes, mas descarados todavía, como cierto cura de Strasburgo, sacaban de su sotana una confesion general, y señalaban el dia en que habian faltado al sesto mandamiento.

Algunos agustinos emprendieron la tarea de esparcir libelos luteranos en las poblaciones rurales, envenenando así las conciencias, y viviendo á espensas de los pobres y cortos talentos que apartaban con ellos de la vida eterna. Cochlée nos representa estos monges instalando su comercio en las puertas de las iglesias, y gritando con frecuencia durante los oficios divinos:

«Comprad, comprad la profecía contra el Antecristo; comprad *El Papa-asno*; comprad *El Papa y la marrana* (1).

Rara vez el magistrado los espulsaba de la iglesia, no

(1) Caricaturas de Lutero contra el Papa.

solo porque él tambien estaba en acecho de los tesoros que la clausura del templo católico y la espulsion de los religiosos iban á ponerle en sus manos por precio de su tolerancia, sino porque los agustinos estaban protegidos por todas las malas pasiones del populacho, con quienes estos frailes dividian frecuentemente el dinero que sacaban en estas ventas. Y ademas, ¿quién sabe si el celo de las autoridades subalternas no hubiera desagradado á la corte, cuando el príncipe hacia profesion de luteranismo? Cierto es que los edictos del Emperador proscribian estos libros luteranos; pero, á escepcion del duque Jorge, ninguno de los príncipes cristianos de la Alemania se cuidaba de hacer que los cumpliesen; por eso era una amenaza estéril, de que se mofaban los innovadores. Los magistrados y senadores, que tenian la comision de recoger los libelos heterodoxos, hacian la vista gorda. ¿Cómo se habia de mostrar el pueblo mas solícito de observar la ley del príncipe, cuando así obraban las autoridades? Los libreros contribuian á esta propagacion de los libelos luteranos reimprimiéndolos en todos los tamaños, y vendiéndolos á vil precio en todas las ferias de la Alemania, las mas veces con títulos falsos, para engañar la piedad de las gentes sencillas. Froben, de Basilea, hizo un gran capital con este negocio: durante muchos años solo estaban ocupadas sus prensas en reproducir los escritos de los reformadores. El mismo Erasmo temió durante mucho tiempo no poder encontrar un impresor que se encargase de publicar un tratado sobre el libre albedrío. Sobre este particular le escribia al Rey de Inglaterra: «Si V. M. y los hombres doctos de vuestra corte tienen gusto de leer mi obra, la acabaré, y trataré de publicarla en alguna otra parte, porque aquí no encontraré tipógrafos que se atrevan á imprimir una línea contra Lutero: contra el Papa, eso seria otra cosa.» Es necesario ver con qué efusion de alegría mercantil cuenta Froben el buen éxito de su especulacion, en una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

epístola dirigida á Lutero. «Todas vuestras obras me las arrebatan, le dice; y no me quedan diez ejemplares: jamás ha habido un despacho de libros semejante.» Si Cochlée, Hosclitraet, ó algun otro fraile, se encargan de responder al reformador, apenas encuentran un impresor que quiera publicar sus libros, y se ven obligados á recurrir á operarios sin talento, que llenan sus obras de solecismos y barbarismos, que hacen reir á los literatos, y entregan el nombre de los escritores á los sarcasmos de los reformados. Los monges que despues del manifiesto de Lutero se han acogido á las imprentas para poder vivir, y han puesto sus brazos y su inteligencia á disposicion de los tipógrafos que enriquece la Reforma, reproducen con un ardor inconcebible los libelos de los novadores. Si un católico tiene bastante oro para tentar la avaricia de un impresor, su escrito sale de las manos apóstatas de los operarios lleno de errores y de erratas: despues de muchas largas y de una pérdida de tiempo irreparable, el desgraciado libro viene á hacer patente en los estantes de los libreros de Francfort, en la gran feria de Pascuas, sus faltas de idioma, su informe tamaño, sus gastados caractéres y su papel de envolver, al lado del libelo luterano, deslumbrador por la blancura trasparente de sus hojas, por sus hermosos tipos, por el gusto tipográfico del impresor y por la inteligencia del corrector. «Entonces, dice Cochlée, no tienen bastante risa los libreros de la ciudad de Francfort para burlarse de la ignorancia de los papistas.»

Si Cochlée viviese hoy, no tendria que añadir muchas pinceladas á su cuadro. Que aparezca en Alemania uno de esos escritos destinados á conmover todo el mundo teológico, como la simbólica de Moehler, y podeis estar seguros de que los periódicos protestantes no dirán una sola palabra; pero que publique Straus una de sus impias estravagancias, y no dejarán una sola columna que no esté dedicada á su exámen.

Hubo monges que, despues de algunos meses de matrimonio, se volvian al celibato, y respondian, á los que les reconvenian por haber repudiado sus mujeres, que Lutero no habia encontrado en la Escritura que prohibiese el divorcio. Otro, por el contrario, para obedecer mejor el precepto de Dios: *Creced y multiplicaos*, tomaban dos mujeres simultáneamente. Al primer ejemplo de bigamia dado por un fraile, se indignaron las antiguas costumbres de la familia alemana, y se buscó con cuidado en la Biblia del doctor de Wittemberg un testo que pudiera autorizar la poligamia. Consultado el traductor, formuló su decision en los siguientes términos: «Hé aquí lo que el príncipe debe preguntar al bigamo: «¿Has obedecido á tu conciencia, ó á la »palabra de Dios?» Si responde que ha obedecido á Carlostadio ó á otro cualquiera, el príncipe nada tiene que objetar, porque no le corresponde turbar ó acallar la voz interior de este hombre, ó decidir en una materia que es de la esclusiva competencia de Aquel que, segun Zacarías, tiene la mision de esplicar la ley divina. En cuanto á mí, os lo confesaré francamente, no veo el medio de impedir la poligamia: no hay en las Sagradas Letras la mas pequeña palabra contra los que tienen á la vez muchas mujeres; pero hay muchas cosas que son permitidas, y que no puede consentir la decencia, y de este número es la bigamia.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXVII.

ESPOLIACION DE LOS BIENES DEL CLERO.

Para ganar á los príncipes, les ofrece Lutero los despojos de los conventos y monasterios.—La Alemania feudal se inquieta del poder de Roma.—Efecto de la palabra de Lutero en los grandes vasallos.—Apostasía de los nobles.—Código formado por Lutero para los príncipes codiciosos de los bienes eclesiásticos.—Particion de los despojos monacales.—Usurpaciones del poder civil.—Despojo de las iglesias y propiedades católicas.—Indignacion tardía de Lutero.—El mismo habia predicado el robo y la matanza.

Furieu reconoce que Génova, la Suiza, las repúblicas y ciudades libres, los electores y príncipes alemanes, la Inglaterra, la Escocia, la Suecia y la Dinamarca, no destruyeron el *papismo* y fundaron la Religion reformada sino con la ayuda del poder civil. En Sajonia, donde el luteranismo se abandonó á los instintos populares, al proselitismo, á la accion del reformador sobre las inteligencias, su marcha fue lenta y espuesta á mil contrariedades. Basta dirigir una mirada sobre la corte del duque Jorge de Sajonia, en que nadie se dejó seducir, para comprender la fuerza del poder civil en asuntos de Religion. Apenas muerto el duque, la Reforma invade el palacio electoral, y gana desde allí la Misnia y la Thuringia. El alma humana rara vez se deja llevar de ideas que no envuelvan placer ó provecho material. Efectivamente, Melanchthon comprendia bien que en el triunfo de la Reforma no veian los príncipes ni la pu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXVII.

ESPOLIACION DE LOS BIENES DEL CLERO.

Para ganar á los príncipes, les ofrece Lutero los despojos de los conventos y monasterios.—La Alemania feudal se inquieta del poder de Roma.—Efecto de la palabra de Lutero en los grandes vasallos.—Apostasía de los nobles.—Código formado por Lutero para los príncipes codiciosos de los bienes eclesiásticos.—Particion de los despojos monacales.—Usurpaciones del poder civil.—Despojo de las iglesias y propiedades católicas.—Indignacion tardía de Lutero.—El mismo habia predicado el robo y la matanza.

Furieu reconoce que Génova, la Suiza, las repúblicas y ciudades libres, los electores y príncipes alemanes, la Inglaterra, la Escocia, la Suecia y la Dinamarca, no destruyeron el *papismo* y fundaron la Religion reformada sino con la ayuda del poder civil. En Sajonia, donde el luteranismo se abandonó á los instintos populares, al proselitismo, á la accion del reformador sobre las inteligencias, su marcha fue lenta y espuesta á mil contrariedades. Basta dirigir una mirada sobre la corte del duque Jorge de Sajonia, en que nadie se dejó seducir, para comprender la fuerza del poder civil en asuntos de Religion. Apenas muerto el duque, la Reforma invade el palacio electoral, y gana desde allí la Misnia y la Thuringia. El alma humana rara vez se deja llevar de ideas que no envuelvan placer ó provecho material. Efectivamente, Melanchthon comprendia bien que en el triunfo de la Reforma no veian los príncipes ni la pu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

reza del dogma, ni la propagacion de las luces, ni la glorificacion de una doctrina, ni el mejoramiento de las costumbres; solo sí miserables intereses, profanos y materiales. Para seducirles, Lutero les habia presentado la bella perspectiva de las riquezas del clero y de los monasterios: solo un duque Jorge era capaz de resistir tan halagüeña tentacion: su noble figura se destaca admirablemente entre las de los príncipes de su siglo. ¡Era un alma recta, ardiente, austera, fria, impasible á las inspiraciones mezquinas de los intereses materiales! Hablando el doctor de los otros príncipes sajones, decia: «Buenos luteranos, se apropian los tesoros de los conventos, y guardan piadosamente las joyas de las iglesias! »

La Alemania se estendia entonces desde el lago de Constanza ó mar de Suavia hasta los confines de la Polonia. Desde los primeros dias del cristianismo habia recibido la fe de los discípulos de los Apóstoles, que habian ido allí á predicar el Evangelio: el cristianismo era el que habia dulcificado las costumbres salvajes de sus habitantes, desmontado sus florestas, convertido sus desiertos en ciudades, ayudado, en fin, á sacudir el yugo de los romanos. Todo cuanto poseia de bellezas artísticas y científicas á la venida de Lutero, todo lo debia á sus antiguos Obispos. Bajo su sól habia florecido el árbol del feudalismo. Con sus Arzobispos y Obispos, muchos de los cuales eran á la vez electores, duques, barones y príncipes, Alemania era un pais donde el poder del Pontificado podia hacerse sentir mas vivamente. En varias ocasiones habian querido estos semisoberanos librarse de la dependencia ultramontana; mas sus esfuerzos fueron siempre vanos, porque no hallaron en el imperio una proteccion eficaz (1). Federico III

(1) Sin embargo, el sacerdocio y el imperio lucharon, castigando al propio tiempo el segundo á los súbditos del primero que se le rebelaban. (*N. del T.*)

pudo estipular con Roma y obtener para sus vasallos mas independencia con el Concordato de Aschaffenbourg. En la relacion de los males públicos hecha en nombre del pais al Legado del Papa, con autorizacion de Fernando, hermano y representante de Cárlos V, por los príncipes seculares y eclesiásticos, dirigida á la Dieta de Nuremberg, pueden verse los esfuerzos de la nacion germánica para fundar sus libertades. Llevados de un interes mundano, pedian como prenda de paz en la Iglesia germánica la satisfaccion de innumerables desafueros y agravios. Dispuesto el Papa Adriano á otorgarles algunas inmunidades, la mala voluntad y las exigencias incesantes de los príncipes reformados impidieron esta obra de reconciliacion. No debe perderse de vista que los señores reformados, bajo el pretesto de la libertad, lo que deseaban era establecer el cisma. Mas tarde, cuando Roma ya no pudo interponerse como en otro tiempo entre el opresor y el oprimido, entre el señor y el vasallo, cuando la mirada paternal del Pontífice no veló por la existencia de aquel pais, el feudalismo se lanzó sobre las franquicias populares, y holló todos los privilegios de los vasallos. Los mismos protestantes no desconocen la eficacia de la intervencion pontificia en los disturbios del imperio.

Es lo cierto, y bien puede asegurarse, que aquellos prebendados legos, aquellos príncipes seculares con báculo y mitra, poseyendo palacios, bellas tierras, ricas abadías, soportaban difícilmente la dominacion estranjera. Hubiesen querido quitar y poner impuestos á su albedrío á sus súbditos, segun su capricho, y vivir del pillaje, como sus antepasados, al abrigo del terror á Roma. Preferian á sus palacios los grandes caminos, y no habian podido abandonar su genio feroz y salvaje, heredado de sus abuelos, para afligir á la humanidad. Amaban con pasion la caza de las bestias feroces, sonar la trompa de caza, y montar fogosos corceles. ¿Quién no ha oido hablar de las hazañas de Goetz,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de Berlidurigen, de Guillermo de Grumbach, de Francisco de Sickingen? Un historiador nos representa la Alemania en esta época trasformada en una verdadera cueva de ladrones, y los nobles arrebatándose mutuamente sus rapiñas (1). La chancillería romana les hacia pagar gruesas sumas por el derecho llamado de *pallium*, por annatas, guerra contra el turco, actas judiciales de tribunales diversos, dispensas de preceptos eclesiásticos, entredichos y escomuniones. Ved, pues, á Lutero convocando á todos los jefes de las colonias militares, á todos estos hombres de la vida airada, á estos modernos Nemrod, y diciéndoles: «Vuestro poder viene de Dios; vosotros no teneis superior en la tierra; nada debeis al Papa; cuidad vosotros de vuestros negocios, y él que cuide de los suyos; él es el Antecristo profetizado por Daniel, el hombre del pecado, el soberano de la prostituta Babilonia; nada le debeis, ni palio, ni annatas, ni homenajes, por las abadías que os ha conferido; estas son vuestras, como los pájaros que vuelan sobre vuestro campo, como los peces que nadan en vuestros estanques ó viveros. Los conventos donde viven opíparamente gran número de piadosos holgazanes, son unas cuevas de pecados que infectan vuestras pasiones, casas de abominacion que devoran el alimento de vuestros vasallos, malas yerbas estériles que conviene destruir, si quereis ser benditos de Dios en esta vida y en la otra. Uníos contra Roma, y alzad entre ella y vosotros un muro eterno de separacion. Sacudid vuestras cadenas, y, como Hermann, librad la Germania del yugo de los conquistadores romanos; purgad la tierra de esta langosta de frailes, teocracia

(1) Algo exagerada es la frase: en este siglo, en que no existen ya *esas rapiñas* de la nobleza, hay aves de muy mal agüero para la verdadera felicidad de los pueblos: á la hermosa águila de la vieja nobleza han sucedido búhos repugnantes y milanos de una rapacidad fabulosa. (*N. del T.*)

mucho mas insufrible mil veces que el yugo de vuestros antiguos señores.»

¿Y podria creerse que tal lenguaje no habia de causar su pésimo efecto en el corazon de los que le escuchasen? ¿Y en qué época se oyó? Cuando la mano de Cárlos V estaba á doscientas leguas de allí, cumpliendo los destinos de la Providencia; cuando en Alemania todo estaba desorganizado; cuando la autoridad episcopal estaba violentamente atacada; cuando los pueblos creian en la venida de un nuevo Mesías, y el turco amenazaba destruir la obra de Jesus.

La palabra de Lutero sembró por todas partes el desórden. A los revoltosos, á los rebeldes contra la autoridad espiritual, destinaba el cenobita una corona terrenal, formada de los diamantes, pedrería, oro y plata arrebatados á los conventos, y otra celestial, con las beatitudes divinas: una sola bastaba para tentar la codicia de los príncipes. Los tesoros del claustro parecian á la semilla sangrienta de Tertuliano, y cada dia hacian nuevos prosélitos á la Reforma. «Es lo cierto, dice Arnold, que en los conventos habia elementos con que tentar la codicia: vino, oro y plata.» Nosotros repetiremos el decir de Lutero mismo, segun el cual el viril, en que se pone á la Majestad manifiesto; es decir, las riquezas de las iglesias, habian hecho muchas conversiones. Si Alberto de Brandeburgo apostató, fue por saquear á mansalva el territorio de Prusia, que pertenecia á la órden Teutónica, y que él erigió en reino hereditario, y lo que puede asegurarse de Francisco de Sickingen, invadiendo el arzobispado de Tréveris, seguido de doce mil bandidos reclutados en los bosques, y cuya huella dejaba ver rastros de sangre.

En 1550 muchos príncipes tuvieron la osadía de presentarse en la Dieta de Augsburgo cubiertos con trajes en que brillaban las joyas de los conventos. Un momento hubo en que las palabras pacíficas de Melanchthon, que clamaba contra estos violentos espolios, hicieron concebir al-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

guna esperanza de justicia y reparacion. Al mismo tiempo los teólogos católicos insistian en que los príncipes restituyesen los bienes ajenos, y los eclesiásticos casados se apartasen de sus mujeres: los eclesiásticos tal vez hubiesen cedido fácilmente; pero los príncipes querian conservar lo que con tan poco trabajo se habian apropiado, y, por lo demas, Lutero no hubiese jamás consentido semejante restitucion. Los señores no habian cumplido las condiciones que él les habia impuesto en el Código que formuló en ocho artículos para uso de los que codiciaban las riquezas conventuales, y en que el robo legal se proclamaba como un mandato de Dios, los cuales eran: para los curas y predicadores evangélicos, la primera y mayor parte del botin; la segunda, para los que instruian á la infancia en los conventos secularizados; la tercera, para los viejos que no pudiesen trabajar y para los enfermos; la cuarta, para los huérfanos; la quinta, para los pobres de las parroquias; la sesta, para los estranjeros y caminantes que no tuviesen de qué alimentarse; la sétima, para sostener los edificios, y la octava, para formar graneros en caso de necesidad.

En esta particion no se nombraban los príncipes; mas como Lutero les habia dicho: «Esperad un poco, y vereis qué de riquezas se sacan de los monasterios,» amenazándoles con la cólera divina si no los despojaban, los príncipes se creyeron autorizados á regular ellos mismos el reparto de los despojos. Y lo hicieron perfectamente: para sí tomaron la parte del leon; dieron por piedad algunos vestidos á los religiosos *obcecados*, para que fuesen á mendigar en los caminos; un poco de oro á los monges que habian seguido á Lutero, y como una insigne generosidad los vasos sagrados de los conventos secularizados al cura de la parroquia que habia consentido en abrazar el luteranismo; el resto á los cortesanos, á los perros y á los caballos de caza; y cuando eran tan avaros como el landgrave de

Hesse, á ellos solos los vestidos, los hábitos sacerdotales, las tapicerías, la plata labrada y los vasos de los tabernáculos. «¡Al diablo, decia Lutero en sus coléricas esplosiones; al demonio los senadores, castellanes, príncipes, grandes y poderosos señores, que nada dejan á los predicadores, curas y servidores del Evangelio para alimentar á sus mujeres y sus hijos!» Este es el mismo landgrave que, poco contento con los bienes de las iglesias que habia saqueado, quiso aun intervenir en la organizacion del culto, é instó vivamente y obtuvo de Lutero la supresion en la Misa de la elevacion del cáliz. ¿No es esto un espectáculo vergonzoso, que estos ladrones con corona ducal, electoral ó de príncipe, que no hallaron, por cierto, como Heliodoro, dos ángeles á las puertas de los templos que iban á saquear, se metiesen á arreglar las ceremonias religiosas en la anciana Basílica de donde habian arrebatado la imágen de Jesucristo á los sacerdotes, y convertido en vajilla de sus mesas los vasos sagrados, y á prescribir el número de granos de incienso que debian poner en un incensario escapado milagrosamente á la caza que habian hecho á todo lo que tenia color de oro ó plata, y, en una palabra, enseñar á los Obispos á usar del copon? Así es que la Reforma, que, segun la voz de su Apóstol, habia sido anunciada en Alemania para librar al pueblo del yugo sacerdotal, creó una monstruosidad pagana, magistrado y jerofante, cuya doble autoridad, lo mismo invadia las funciones civiles que las religiosas. Melanchthon lo habia previsto, y comprendió que el poder conferido por Lutero á los señores seculares muy pronto habia de arruinar las libertades públicas. Hubiese este querido conservar la jurisdiccion episcopal que el fogoso reformador habia destruido por asegurar el éxito de sus doctrinas; y era muy natural que los príncipes seculares, una vez en posesion de poder tan exorbitante, no quisiesen hacer el sacrificio de resignarle en la paz de Westfalia, donde se les vió estipular, como una de las preroga-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tivas del poder civil, lo que llamaron *jus reformandi* (derecho de reformar las cosas espirituales).

La confiscacion de los bienes del clero, atacando al derecho de propiedad, lleva sobre si el castigo de toda accion revolucionaria, marchando siempre acompañada del tumulto, del pillaje á mano armada, de la cólera del vencedor, de la sangre del vencido, cuando, reducido á la desesperacion el oprimido, quiere defender su propiedad, ó que si bien desprecie los bienes de esta vida terrenal, rehuse la negacion de su fé y de su conciencia. Un gran número de eclesiásticos reprodujeron las grandes lecciones de los cristianos de la primitiva Iglesia, dejando obrar á la justicia de los hombres, y entregando sin murmurar todo cuanto podia escitar su codicia. Escuchemos los himnos de victoria de los historiadores protestantes:

En Brema, ciudad de la Baja-Sajonia, los vecinos organizaron una mascarada, representando al Papa, Cardenales y monges; y no contentos con esto, hicieron una hoguera en la plaza donde se ejecutaba á los reos, en la cual fueron arrojadas y quemadas todas estas personificaciones católicas, en medio de una alegre algazara, dedicando el resto de la jornada á copiosas libaciones y brindis por la ruina del papismo.

En Zwick, el mártes de carnaval colocaron en la plaza unos lazos de cazar liebres, donde eran cogidos los monges y monjas que corrian perseguidos por los estudiantes. No lejos de aquel lugar se alzó la imágen de San Francisco, adornada con plumas de gallo. El historiador se congratula de esta burla horrible, como si fuera una victoria, terminando el relato de esta misma jornada con estas malvadas palabras: «Así cae el papismo en Zwick; así brilla por fin la luz del Evangelio.» El mismo cuenta que una turba de gentes de la ciudad se lanzó á uno de sus conventos, y rompiendo las puertas, arrebató sus tesoros, arrojando los libros por la ventana, y haciendo pedazos los cristales. La autoridad pública permanecia entretanto con los brazos cruzados, impasible, y sin impedir tales atentados.

En Stralsund, un dia ciertos malvados se confabularon para arrojar á pedradas á los religiosos y monjas de sus conventos, y habiendo llegado el duque, que estaba ausente, se apoderó de los bienes desamparados, á mayor honra y gloria de Dios.

En Elembourg, el palacio episcopal fue presa del vandalismo por muchas horas, y uno de los estudiantes, actor de este drama, que escitó la risa de las turbas vistiendo los hábitos sacerdotales de cura, montó en un pollino, y se introdujo así montado en la iglesia.

Algunas veces, leyendo á tan malhadados narradores, cree uno estar viendo una verrina de Ciceron. El procónsul de Sicilia no es mas ingenioso que el duque Juan de Sajonia despojando un monasterio. Algunos dias antes de marchar á campaña hizo venir los registros de la casa conventual, y á los pocos marchó con una fuerte columna, y llegando, y habiendo hecho se le presentase el abad, el duque, con el registro en la mano, le hizo entregar todos los caudales anotados. No fue perdido este ejemplo, que tuvo muchos imitadores: en Rostock, por ejemplo, se presentan los senadores en traje de ceremonia, y en nombre de la ciudad tomaron posesion y sellaron los objetos usurpados. En Magdeburgo el consejo de magistrados consulares fue mas clemente, y, oponiéndose al pillaje, decretó que los monges pudiesen, durante su vida, vivir en sus celdas, y que continuasen alimentándose de las rentas de la casa, con la condicion de que dejasen los hábitos y abrazasen la Reforma. El hambre hizo muchos apóstatas; muchos religiosos prefirieron el destierro y la miseria á la aceptacion del Evangelio luterano: estas son las conquistas con que la Reforma puede envanecerse. Existe una vieja crónica, impresa en Torgau el año 1524, en que Leonar-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do Koeppe y otros jóvenes estudiantes de la ciudad refieren una espedicion nocturna contra el convento, en la cual se habla de los *frailes rebeldes* arrojados por las ventanas, y de monjas á quienes quitaron la vida para evitar que gritasen.

Lutero tronaba contra tamaños desórdenes; un dia se le oyó gritar: «¿Quién sabe si estos monges serán nuestros jueces en el dia último?» ¡Como si él no hubiese sublevado las pasiones populares y la cólera de los grandes contra los mismos que trataba de defender! Queria que se tuviese piedad de un monge que, segun él, llevaba sobre sí todos los pecados del mundo; que se perdonase á un católico cuando se entristecia de no poder quemar al Papa, así como le heria con sus armas. Queria que se perdonase á un franciscano, al mismo tiempo que se reia pensando en la figura que harian el Papa, Cardenales y *consortes* atados á la argolla, la lengua de fuera ó al rededor del cuello, á manera de corbata, ó colgando hácia la espalda. Queria que las manos de los estudiantes indisciplinados no hubiesen lanzado á los religiosos de sus casas, despues que habia dicho: «Vengan sobre los conventos los rayos de la tempestad y las llamas del infierno, y el fuego de San Antonio, y todas las plagas del antiguo Egipto, para castigar en sus habitantes una razon decaida hasta ignorarse á sí misma.» Queria ver atadas las manos del populacho cuando habia gritado á los Reyes, á los príncipes, á los señores y á todos los que pudieran escucharle: «Mirad: Roma, el ducado de Urbino y Bolonia, y todas las tierras de la Iglesia, son todas vuestras; tomadlas en nombre de Dios: todo os pertenece.»

Osiander, Ecolampadio, y tantos otros reformadores, le echaron en cara entonces la rebelion y las desgracias de los habitantes de la Thuringia. Nosotros, al presente, no hacemos mas que apelar al testimonio de sus mismos discípu-

los: en sus libros es donde, en cada página, hallamos un ataque brutal contra los Obispos, un grito de furor contra los sacerdotes, la santificacion del robo, la glorificacion del rapto. Los testos son formales: no se dirá que son invencion nuestra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXVIII.

USURPACIONES DEL PODER CIVIL.

La infancia en Alemania bajo el régimen de los conventos.—Usurpaciones de los príncipes.—Lutero fomenta las pretensiones del poder seglar.—Intolerancia y despotismo de los príncipes reformados.—Las libertades católicas se aniquilan.—Doctrina primitiva de Lutero sobre la separacion de los poderes.

Curioso es el estudio de las usurpaciones del poder reformado y de sus atentados contra la libertad de conciencia, las inmunidades episcopales, el derecho eclesiástico y las franquicias del pais que Dios encomendara á su tutela.

El estudio de estas conmociones obedece á la tendencia de ellas mismas; es decir, los mismos hechos arrastran la razon al desengaño y á la verdad, desnuda de los atavios con que suelen presentarse los mas solemnes errores. Efectivamente: cuando el catolicismo reinaba en Alemania, aquellos instintos estaban contenidos por una fuerza superior, que luego dejó de obrar en la esfera de la accion gubernamental: entonces habia un Pontificado, que reprimia con sus paternales avisos, con sus amenazas, si no con sus anatemas y con sus escomuniones. La Reforma, por el contrario, usaba de sus armas á placer del pueblo, que no comprendia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con esto, como decia Melanchthon, que «Lutero ponia un *yugo* de hierro en lugar de uno de palo.»

En otro tiempo cada convento era una escuela, donde la Religion llamaba á los hijos de los pobres para instruirlos en la enseñanza; de estos piadosos asilos salieron las lumbreras (1) de la Alemania en el siglo XVI, Lutero, Erasmo, Ecolampadio, Zwinglio, Eck, Faber, Bucero. El primer libro que cogia la infancia, y donde aprendia la lectura, era la Biblia, no *un libro reservado*, como Lutero decia; pero que si se vertia al lenguaje vulgar, iba siempre su lectura acompañada de una exégesis oral, digna y proporcionada al talento de los lectores. La luz de estos comentarios aun no se ha perdido; es la misma hoy que ayer, y pasa de un siglo á otro, conforme siempre á la primera tradicion del dogma católico; y en toda la esfera del catolicismo suena siempre igual; y el pensamiento siempre es uno, idéntico, por mas que sus signos materiales; sus fórmulas lingüísticas, varien con las generaciones y los siglos.

Mas llegó un dia en que, lanzados los Obispos de sus Sillas, arrancados los sacerdotes de sus altares y los monges de sus clausuras, la niñez no encontró el pan de vida, la instruccion que se les usurpaba en nombre de la razon libre. Erasmo pinta bien este estado tan miserable, al representar la Reforma dando muerte á las letras humanas donde quiera que imprimia su huella; al mismo tiempo que Lutero, atento á otro espectáculo, lloraba el abandono de las cosas santas por la nobleza y los ricos, que no se cuidaban mas que de vivir cómodamente, sin inquietarse en lo mas mínimo por la gloria del Evangelio. «¡Cosa bien estraña, por cierto, en el apóstol sajon!» dice un historiador reformado, Munzer. Se quejaba, pues, Lutero de que no se pagasen los diezmos al clero, el mismo que no habia cesado

(1) Esta voz *lumbrera* es algo irónica: el pensamiento es un escelente argumento *ad hominem*. (*N. del T.*)

de repetir que la pobreza y la humildad son los atributos de todo cristiano que quiere imitar á Jesus y sus Apóstoles.

No todos los príncipes podian impunemente, á la vista de Lutero, dejar se muriesen de hambre los mismos á quienes habian robado sus riquezas: algunos se ablandaron; pero sucedia que al darles con qué acudir á su manutencion, se creian autorizados para intervenir en todo, y que á ellos correspondia lo mismo la distribucion del pasto espiritual que la remocion y provision de obispados, curatos, abadías, la designacion del alimento que convenia á las almas, la forma del culto, el órden de las ceremonias, y hasta la policía interior de los templos. Tambien querian apartar de la enseñanza la intervencion del sacerdocio. Lutero fue quien evitó esta insolente pretension del poder civil con sus amargas reconvenciones sobre el olvido del Evangelio.

«No me estrañaré, decia, de que Dios abra un dia las puertas del infierno y que haga salir mil legiones de demonios, ó que llueva fuego del cielo sobre nosotros, y que seamos precipitados en los abismos del fuego, como Sodoma y Gomorra. Si Gomorra y Sodoma hubiesen recibido, como nosotros, la palabra divina, los dones que nos han sido acordados; si hubiesen tenido nuestras visiones y escuchado nuestra predicacion, estarian aun en pie, y no hubiesen sido sumergidas. Se las debe considerar menos culpables que la Alemania, porque no habian recibido la luz divina. Pero nosotros, que la hemos recibido y escuchado, nosotros no hacemos mas que alzarnos contra el Señor. Los espíritus rebeldes comprometen la palabra divina, y los nobles y los ricos trabajan por arrancarle su gloria: el pueblo sufrirá su merecido, sufrirá la cólera de Dios. ¡Y cierran las manos y se niegan á alimentar á sus Pastores y predicadores! Si la Alemania debe continuar así, yo me avergüenzo de ser uno de sus hijos y de hablar su idioma; y si

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pudiese acallar la voz de mi conciencia, invocaria al Papa y su ayuda para que nos encadenase y torturase. En otro tiempo, cuando estábamos al servicio de Satanás, cuando profanábamos la sangre de Jesucristo, todos los bolsillos estaban abiertos, y habia oro para dotar iglesias, para fundar monasterios, para sostener la supersticion. ¡Despues todo eso se olvidó; nadie cuida ya de que la infancia no vague y acuda á las escuelas, y hoy, que tanto conviene fundar gimnasios piadosos, dotar la Iglesia de Jesus, ¡dotarla! hoy nada se hace sino ayudar mezquinamente á su conservacion, confiados en que el Señor que la edificó es quien velará por su sostenimiento; hoy, que conocemos ya la santa palabra, y que hemos aprendido á venerar la sangre de nuestro Dios mártir, hoy están los bolsillos cerrados con cadenas de hierro, y no hay quien quiera ser generoso! ¡Hoy se ve que los niños, abandonados, no aprenden á servir á Dios, á venerar la sangre de Jesus; hoy sacrifican alegremente á Mammon! ¡La sangre de Jesus es menospreciada y hollada! ¡Y vedles, son cristianos! Haya mas escuelas, haya mas claustros: «La yerba está se»ca, y la flor por tierra.» (Isaías, 7.) Hoy que los hombres carnales están seguros de que no verán en adelante á sus hijos arrojados de los claustros, despojados de sus patrimonios, sin que haya uno que se dedique á cultivar la inteligencia de la niñez, se preguntan á sí mismos: «¿Quién ense»ñará á nuestros hijos, si no pueden ser los curas ni los frai»les?» Moisés elevará diez veces las manos al cielo, y orará, y no será escuchada su voz; y yo, si yo quiero apiadar al cielo para que mire con bondad á mi querida patria, Dios despreciará mis súplicas, y mi voz no llegará á su trono. Dios salvará á Loth y destruirá á Sodoma.

»Despues de la ruina del papismo, de sus escomuniones y de sus castigos espirituales, el pueblo ha caido en el desden mas completo de la palabra de Dios: el cuidado de las iglesias no le inquieta, y ha cesado de rogar y de hon-

rar á Dios. Al elector es á quien corresponde, como á jefe supremo, la defensa de la obra santa que todo el mundo abandona; la correccion de las ciudades y lugares que se olvidan de fundar escuelas y cátedras, de sostener á sus Pastores, y recordarles el deber en que están acerca de esto y proteger las construcciones civiles, puentes, caminos, monumentos. Si fuera posible, quisiera ver á los hombres que necesitan de esta escitacion, abandonados, sin Pastor, sin predicacion, viviendo como animales (1). Ya no hay temor ni amor de Dios: rompieron el yugo del Papa, y se dieron á vivir cada uno á su capricho. Mas á nosotros todos, y especialmente al príncipe, nos toca, como un imprescindible deber, instruir á la infancia en el amor de Dios, dándola maestros y pastores: si los viejos no quieren, ¡que se los lleve el diablo! Mas el poder no permitirá que la juventud se revuelque en el fango de la ignorancia.»

Lutero añadia que si los pueblos no eran bastante ricos para fundar escuelas, se echase mano de los bienes de los conventos, que en otro tiempo no habian tenido otro destino que hacer florecer el Evangelio y sostener la enseñanza de la juventud; que se alzaria un grito de reprobacion si se dejasen arruinar las escuelas y los presbiterios, y si la nobleza se apropiase para sí sola los tesoros de los conventos. Queria que el elector nombrase una comision de cuatro personas que visitase el pais sometido á la Reforma, y que dos deberian ocuparse de la administracion de los bienes conventuales, de los diezmos y tributos, y las otras dos de la enseñanza y de la eleccion de los maestros.

Este proyecto quedó mucho tiempo sin aplicacion, porque el elector, á quien Lutero se habia dirigido, no era aun

(1) *Puercos*, dice el original; pero el español tiene mas dignidad que el francés y el sajon. En España, aunque algun orador usase de esa voz, jamás se escribiria, y aun escrita no habria imprenta que la imprimiese. (*N. del T.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bastante poderoso para poder jugar así con las prerogativas del clero. Mas tarde, en 1527, cuando el príncipe no tenia nada que temer de Roma, y cuando podia irritar al Emperador, ocupado y distraido por otros negocios graves y de mayor importancia, quiso librarse de la dominacion clerical, y no vió medio mas eficaz que la aplicacion inmediata de las teorías reformatrices de Lutero respecto á la organizacion parroquial. Nombrada una comision de eclesiásticos y de legos, al arbitrio del elector, para ocuparse de la visita de los bienes secularizados, se hizo una verdadera revolucion. La Iglesia perdió su nombre, y quedó convertida en un templo pagano. La Iglesia viviente no fue una comunion: fue mas bien una agregacion de seres que habian perdido su cabeza de hombres, y que á su placer ó su capricho usaban de su razon. El poder civil veló desde entonces sobre la liturgia y el culto, como pudiera hacerlo sobre las murallas de una plaza.

El despotismo, deidad que se engrandece y adquiere mayores fuerzas con el movimiento y los trastornos, cada dia se iba haciendo mas insufrible con la intolerancia y cavilaciones de los caprichosos juristas. Estos cortesanos con faldas, azotados cruelmente por Lutero, resucitaban en provecho de los príncipes todo el ergotismo y las sutilezas escolásticas de otro tiempo, invadiendo el terreno de la teología, so color de que era una ciencia de derecho: pretension que Lutero refutó de la manera mas jocosa. Los legistas, como generalmente sucedia con todo lo en que ponian mano, pervirtieron el pensamiento primitivo de Lutero, y escitaron mas y mas las exigencias del poder civil, que no tardó mucho tiempo en pasar á degüello las ciudades libres católicas. El sajon hubo de llorar el abatimiento del ministro evangélico, que no podia moverse de su iglesia si no placia al magistrado, que él habia tomado por protector, y que habia concluido por ser su amo; ¡pero qué amo! Quiso protestar en nombre del Evangelio; mas segun el

historiador Menzel, que estudió la marcha progresiva de las usurpaciones políticas, la voz de Lutero no tenia ya prestigio, y sus palabras quedaron sin eco.

«En 1536, decia, nuestro Evangelio nos enseña la separacion de los poderes, el civil y el religioso; no conviene de ningun modo que se mezclen y se combinen; la Iglesia y la república son dos administraciones distintas, y el cura y el magistrado ejercen dos potestades independientes, que no deben confundirse jamás, como lo recomienda San Pablo cuando dice que no debemos estar *allotrio episcopi*; es decir, curadores ó que vigilan á otro. Jesucristo fue el primero que estableció esta division, y la esperiencia nos enseña que no es posible la paz en un Estado cuando el sacerdocio es invadido por la magistratura, ó cuando esta se encomienda á manos del eclesiástico.»

No era esto lo que él mismo habia dicho en otro tiempo, y debia sufrir las consecuencias de sus erróneas doctrinas.

El corazon de Lutero algunas veces se oprimia, y se veian húmedos sus ojos; mas al fin un dia, todo colérico, lanza los últimos rugidos de su desesperacion:

«Reyes, príncipes, señores, grandes de la tierra, abandonais, dijo, nuestra pobre Alemania. Mas ¿para qué necesitamos su proteccion? Para que desamparen nuestros sacerdotes y nuestros predicadores; para que nos menosprecien y nos pisen como si fuéramos hijos de Satan.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXIX.

DESORGANIZACION DEL CULTO CATÓLICO.—1524.

Trastornos entre los católicos, deplorados por los protestantes.—Abolicion del canto eclesiástico y vestiduras sacerdotales.—Las rentas de las colegiatas abandonadas al poder municipal.

Munzer predicaba la poligamia, Storch el comunismo de bienes, Carlostadio la abolicion de las ceremonias religiosas, Pfeifer la igualdad religiosa y política, los profetas de Alstetd la destruccion de las imágenes, templos, capillas, y la adoracion del Señor en las alturas y cimas de las montañas: otros fanáticos la inutilidad de la ley, de la oracion, de la confesion, del bautismo, del culto de los Santos, de la intercesion de María, de las plegarias cerca del lecho de la agonía ó sobre la tumba de nuestros difuntos.

Desde entonces en la Sajonia ya no se escucharon los cánticos de alabanza al Dios de las alturas, ni el incienso elevó al cielo sus aromas y vapores, ni ardia la cera sobre los altares: las paredes de los templos fueron devastadas; hoy ya no existen aquellos preciosos vidrios de colores que cubrian sus ventanas ojivales, porque la Reforma los hizo pedazos con el mezquino pretesto de que conducian á la idolatría. El templo reformado, en cambio, todo lo

parece menos la casa de Dios, sin aquel esplendor de los templos católicos, cuya desaparicion llora hoy la Reforma.

Escuchemos por un momento las alabanzas que dedica hoy la Alemania protestante, los himnos que entona á la gloria de nuestro viejo culto.

«Cuando un pobre peregrino, abrumado de fatiga, pero con el pecho henchido de satisfaccion, llega al templo y se postra para dar gracias al que en su largo viaje le ha salvado de todos los peligros de un camino largo y peligroso; cuando una madre desolada llega al templo desierto para rogar por su hijo abandonado por los médicos; en el crepúsculo vespertino, cuando un pálido rayo del sol moribundo, á través de los coloreados vidrios, baña con su indescriptible tinta el angélico semblante de la jóven piadosa, que eleva al cielo, con las emociones de su puro corazon, sus santas súplicas al Dios de las misericordias; cuando la temblorosa luz de los cirios sombrea majestuosamente las albas vestiduras de los sacerdotes que llenan los espaciosos ámbitos del templo con sus armoniosas alabanzas al Eterno; ¡ah! decidme si entonces el catolicismo no nos da una gran leccion; decidme si no nos hace ver que la vida toda no debe ser mas que una gran súplica, y que el arte y el pensamiento deben unirse para glorificar al Señor, y que la Iglesia donde tantas súplicas y cánticos se alzan á la vez, y donde la adoracion se ostenta con las formas mas bellas y magníficas, tiene un derecho á nuestro amor y nuestro respeto (1).»

«¡Admirable culto, todo lleno de armonía! Diamante que brilla sobre la corona de la fe. Ningun poeta puede aborrecer el catolicismo (2).»

«¡Qué bella es su imágen! ¡Cómo habla al alma y á los sentidos! ¡Deben ser muy gratos á Dios estos cánticos im-

(1) Clausen.
(2) Isidoro de Lœben.

pregnados de espiritualismo, sus melodías de notas y de voces, sus nubes de incienso, la voz alegre de sus campanas, que una filosofía orgullosa pretende mirar con compasion! ¡Arquitectos y escultores, vosotros teneis razon en llamar nobles á vuestras artes, que de tan majestuosa manera representan á la Divinidad (1)!»

«La Iglesia católica, con sus puertas abiertas á todo el que pasa, con sus lámparas brillando incesantemente, sus voces que se alegran ó lloran, sus *hosannas* y sus lamentaciones, sus cánticos, sus Misas, sus fiestas y regocijos, parece una madre cariñosa que, llena de placer, con los brazos abiertos espera á su hijo para estrecharle contra su corazon; es una fuente de aguas dulcísimas y frescas, en cuyo terreno descansan los transeuntes para respirar allí la frescura, la salud y la vida (2).»

«En cierta ocasion vi yo un franciscano arrodillado delante de un Cristo, que estaba pintado en la pared del claustro, con admirable verdad y espresion. Viéndome llegar, se levanta.—Hermano, le dije, refiriéndome á la pintura: ¡eso es muy bello! Y el religioso me contestó sonriéndose:—Sí; pero mejor es el original.—¿Por qué, volví yo á decirle, por qué necesitais para rogar á Dios de una imágen material?—Tú serás protestante, á lo que veo; mas ¿no comprendes que el artista depura las fantasías de mi imaginacion? ¿Habeis vosotros orado alguna vez sin que esta hada se os haya presentado bajo mil formas diversas? Pues bien; yo prefiero, en clase de imágen, lo entiendes, mejor la de ese gran Maestro que la de aquella encantadora. A tales razones me consideré vencido, muerto, y no pude replicar (3).»

»¡Ved una costumbre tan bella como antigua, la de visitar los cementerios el 1.° y 2 de noviembre! Los habitan-

(1) Leibnitz, *Syst. théol.*, pág. 205.
(2) Isidoro de Lœben.
(3) Fr. D. Schubart.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tes de las ciudades se presentan ante las tumbas de sus mayores: postrados de rodillas ante una cruz de troncos ó ante otros emblemas funerarios, piensan en lo pasado y en la brevedad de los dias: la muerte se corona de flores, en señal de otra vida que no debe tener fin, y arden las lámparas y los cirios, para recordarnos otra luz, que jamás se estinguirá (1).»

«¡Ciegos estuvieron los padres de nuestra secta! Destruyendo la mayor parte de las alegorías de la Iglesia católica, creian hacer la guerra á la supersticion: los abusos era lo que debian haber proscrito (2).»

«Lutero no conoció el espíritu y genio del cristianismo (3).»

Queria Lutero oponerse á las locuras de sus prosélitos, y dar una forma de vida á su nueva iglesia. Algun tiempo conservó en el bautismo la sal y el aceite, y la cruz que hace el ministro en la frente del niño bautizado. Poco tiempo despues ya no conservaba mas que el exorcismo y la señal de la cruz. Vitupera la confianza que se tiene en María, y quita de la salutacion angélica el *Ora pro nobis*.

En 1521, el capitulo de Wittemberg, en ausencia de Lutero, habia proscrito la Misa; pero el pueblo murmuró: el doctor la restableció, no como señal de holocausto, sino como una creencia popular, y quitándola el ofertorio y el cánon, y todas las fórmulas; dejando solo la elevacion del pan y vino por el preste, la salutacion á los asistentes, la mezcla de agua y vino, y el uso de la lengua latina. No sabia si deberia abolir ó conservaria la confesion auricular; por fin la quitó su carácter católico. El penitente se acercaba al ministro, y decia: «Señor, pequé;» y era lo que bastaba. Nada de enumerar los hechos, nada de graduar la culpabilidad, decir el número y calidad de los pecados:

(1) C. Spindler.
(2) Fessler.
(3) Novalis.

para Lutero todo era igual; en el mismo grado creia imputable una ligera y venial mentirilla, que un asesinato á sangre fria.

A los ojos de los ministros que él dirigia y que habia puesto á la cabeza de las iglesias, la confesion, tal como el capitulo de Wittemberg quiso conservar, no era de precepto: se confesaba el que queria. En una carta pastoral que Bugenhagen dirige á sus parroquianos de Wittemberg, sostiene que en la confesion es preferible cualquier cosa al *absolvo te*: la predicacion del Evangelio, atar y desatar: esto es, repartir, difundir el Evangelio.

Hubo un momento en que Lutero, en su cualidad de eclesiástico de Wittemberg, estuvo aturdido con los proyectos de Reforma.

Hausman habia imaginado una manera de ordenar por insuflacion, sin otra ceremonia. Carlostadio llamaba Misas diabólicas á las en que se decia una sola palabra en latin. Amsdorf conservó la escomunion que habia lanzado contra un pobre barbero, en quien Lutero no puede hallar crímen. Un predicador de Olmutz queria esplicar á su modo la liturgia; «es decir, escribia Lutero, tirar por la ventana los zapatos viejos sin haberse prevenido de otros nuevos.»

Lutero gritaba en vano: su voz no se escuchaba. Deseaba que los cánticos latinos se mezclasen con los compuestos por él en lengua alemana, para reemplazar con ellos nuestros himnos y nuestras prosas, reliquias preciosas de la poesía de los primeros años del catolicismo. En lugar de estas dulces y frescas melodías, ya graves y austeras, ya alegres ó lamentables, segun lo pedia el asunto, no resta hoy en el templo protestante mas que un canto chillon, monótono y desagradable. En aquel dia perdió la iglesia reformada un siglo de poemas, inspiraciones y fantasías de la musa católica.

En 1525 escribia Lutero á los cristianos de Strasburgo: «Nosotros somos los primeros que hemos revelado al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cristo; nos atrevemos á decirlo.» Mas nuestros sagrados cánticos le desmienten, y le dejan por loco: en el *Veni creator* canta la Iglesia: «Sin tí nada puro ni bueno hay sobre la tierra.»

Sine tuo nomine
Nihil est in homine,
Nihil est innoxium.

En el himno de Santo Tomás *Adoro te devotè latens Deitas*, el pecador clama: «Caiga *una gota de tu sangre* en esta miserable tierra, y el mundo será salvo.»

Cujus unas stilla salvum facere
Totum mundum potest omni scelere.

Escuchemos el viejo coral que la Iglesia entona sobre la tumba de los muertos: *Dies iræ*, cuya letra hacia llorar á Mozart: «Terrible Majestad, dice, tú salvas sin exigir por ello del hombre recompensa.»

Rex tremendæ Majestatis,
Qui salvando salvas gratis,
Salva me fons pietatis.

Ved los cantos de la Iglesia sajona antes de Lutero: magnífico testimonio de su antigua fe; armonías admirables; poesías celestiales que el reformador desterró de la liturgia, para reemplazarlas por otras, que á cada instante, sin piedad, se remendaban, como á vestidos viejos, por la inspiracion del cenobita.

Nosotros apelamos á su himno de despedida: cuando el Emperador le llamó á Worms, la familia sajona cantó con él en su idioma nativo cantares llenos de una gracia sencilla é ingenua. Uno de ellos es el que aun se canta en la Nochebuena (*La veille de la Nativité*): «Un niño nos ha

nacido,» cuya melodía arrebata el oido del estranjero. Lutero, sin embargo de cuanto puedan haber dicho sus panegiristas, fue injusto al tocar estas viejas reliquias del catolicismo.

El sacerdocio, segun él, era un signo, y nada tenia de Sacramento. Desde aquel momento la uncion, la indelebilidad, las vestiduras particulares, la tonsura y el órden, se aumentan.

Al pueblo el derecho de votar; á la vecindad, á la parroquia, el de hacer los reglamentos, ordenanzas y leyes; porque la parroquia representaba al pueblo, y el cura no tenia mas que el ministerio de la palabra, y no el poder de interpretar.

Las catedrales y colegiatas alemanas poseian grandes rentas, que, proviniendo de fundaciones piadosas, conforme á una disposicion de la asamblea popular de Leisnic, Leipzig, Lutero queria pasasen á manos del municipio ó del elector, quien deberia arreglar su administracion y destino. ¡Esto fue un atentado contra el derecho de propiedad, de que fueron cómplices los príncipes luteranos; un robo manifiesto, á que quiso dársele el colorido y el buen nombre de caridad; una ganancia asegurada á todos los renegados! ¿Dónde iban á parar los Obispos, los párrocos y los religiosos despojados de un modo tan violento? Lutero tenia aun piedad de ellos: quiso que se les asegurase el sustento para los dias de su vejez. Era imposible que las víctimas soportasen esta espoliacion sin quejarse: sus murmullos fueron considerados como sediciosos, y se les abandonó á la mas completa indigencia.

Todavía parece aun exorbitante el derecho concedido á los príncipes por Lutero, de nombrar los visitadores que debian recorrer anualmente las parroquias, para averiguar la vida de los maestros, las costumbres y la enseñanza que daban, y, en caso de necesidad, deponerlos y escomulgarlos. Los príncipes abusaron de la concesion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXX.

LA REFORMA ANTE EL TRIBUNAL DE ERASMO.

Acusacion de intolerancia, de oscurantismo y falsedad, que el filósofo bátavo formula contra los reformadores.

Hubo un momento que en Alemania prevaleció la falsedad, y pudo decirse en alta voz, sin temor de contradiccion, que la Reforma habia ennoblecido al hombre, purificado á la sociedad, y resucitado las letras. Que Lutero debia bendecirse como un enviado del cielo, porque habia regenerado el entendimiento, ensanchado la esfera de la inteligencia, y destruido la supersticion. No hubo una voz que osase lavantarse contra estas imposturas, ni refutar, como ha dicho Cochlée, estas calumnias contra el catolicismo: hasta la imprenta faltó. Trés siglos despues estas mismas palabras fueron proclamadas en pleno Instituto, y el libro en que estaban escritas, y en que se ultrajaba á la fe, á la verdad y á la caridad, se consideró como una obra del genio y del arte.

Al presente, ¿quién querrá firmar el escrito de Cárlos Villers? ¡Algunos pocos años han hecho justicia á sus admiraciones y paradojas!

Lo mismo sucedió en tiempo de Lutero. Despues de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muerte de Erasmo, cuando los odios religiosos se fueron apagando, se halló la correspondencia del filósofo, y se hizo justicia á las locas pretensiones de la Reforma. Cochlée se tuvo por sospechoso, Erasmo no se curó de estarlo: escuchemos á este rey de las inteligencias:

«Me place oir decir á Lutero que él no quiso jamás que se despojase de sus rentas á los eclesiásticos y á los monges, y que se les dejase morir de hambre. En Strasburgo, ¿pudo hacerse mas?... Verdaderamente es cosa que causa risa; por una parte los despojaban de su calidad religiosa y sus hogares, y por otra protestaban asegurarles su subsistencia. Al diablo su benignidad: reios cuando les oigais protestar que su intencion no fue hacer daño á nadie... ¿Qué quieren decir con esto? ¿No es hacer daño lanzar á los canónigos de sus colegiatas, á los frailes de sus conventos, y arrebatar sus riquezas á los Obispos y los abades?—¡No nos cansemos!—¿A quién deberemos echar la culpa? ¿A aquellos que prudentemente emprendieron la fuga? ¡Los piratas no hieren si no se les resiste!—Nosotros queremos vivir en paz en medio de nuestros enemigos.—¿Qué llamais vosotros vuestros enemigos? ¿Todos los católicos? Y nuestros Obispos y nuestros sacerdotes, ¿los creeis con seguridad en el seno de vuestras ciudades? Si vosotros sois tan dulces, tan suaves y tan tolerantes, ¿á qué esas emigraciones y á qué esos clamores que se elevan al trono?—¿Les permitimos habitar entre nosotros bajo la salvaguardia del derecho de gentes?—Sí; pero si tú no escuchas nuestras doctrinas, no comerás. Si quieres un dia al año acudir á una de vuestras romerías; si quieres oir Misa ó comulgar en una capilla vecina, te multaré. ¡Sí! Si en tiempo de Pascuas no te acercas á la santa Mesa, teme al juicio del Senado!...—Mas que nadie en el mundo aborrecemos las discusiones... Nuestro deseo es conservar la paz entre los poderosos de la tierra...—Y entonces, ¿por qué haber destruido los templos que ellos elevaron?—Cuando los príncipes mandan cosas impías, debemos despreciar sus órdenes.—¡Impiedad, quereis decir, lo que os disgusta! Mas ¿olvidais que negásteis los subsidios necesarios para hacer la guerra á los turcos á Cárlos V y Fernando cuando el dogma de Lutero estaba en boga, de ese Lutero que hoy está tan desacreditado? ¿Es que los evangelistas no os hicieron comprender su voz estraña; es que preferian batirse por el turco, no bautizado aun, que por el turco ya bautizado, es decir, el Emperador? ¡Esto es cosa de morirse de risa! Al que os juzga bien, le pagais mal: al que os roba la ropa, le dais la camisa... Yo bien sé que aunque vayais á la cárcel por una burla á vuestro sacerdote, y alguno haya estado en peligro de ser condenado á muerte... no tengo inconveniente de hablar de la mansedumbre de Zwinglio. Si practicais bien los preceptos del Evangelio, ¿por qué esa nube de folletos que nos lanzais diariamente? Zwinglio contra Emser; Lutero contra el Rey de Inglaterra, el duque Jorge de Sajonia y el Emperador; Jonás contra Faber; Hutten y Lutero contra Erasmo.

»Esta gente siembra á manos llenas la calumnia. Yo sé de uno que dijo haber conocido á un canónigo, que se quejaba de no poder encontrar en Zurich la mas pequeña taberna donde solazarse, hasta que con la venida de Zwinglio hubo un gran número, perfectamente montadas. Habiéndole enseñado al canónigo en cuestion el escrito en donde esto se afirmaba, me aseguró riéndose que jamás habia salido de su boca semejante proposicion. Con este mismo candor es con el que ataca á otro eclesiástico, de quien se decia estar sumido en los vicios, cuando yo, que le conozco perfectamente, y todos los que le conocen, afirmamos y podemos dar testimonio de que ni en sus palabras ni en sus acciones hay uno que pueda alzar el dedo contra él: atacaron al canónigo porque tenia muy mala opinion de los sectarios, y al cura porque, habiéndose in-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

clinado á la doctrina protestante, hubo despues de abandonarla...

»A mi me tienen en poco porque digo que su Evangelio entibia el ardor literario; y me citan á Nuremberg, donde los profesores fueron largamente recompensados. Sea enhorabuena; pero consultad la opinion del pais, y ella os dirá si aquellos profesores tuvieron luego un estudiante que los escuchase; y tan perezosos eran los maestros para esplicar, como los estudiantes para aprender la leccion; de modo que fue necesario pagar á los estudiantes para que aprendiesen, lo mismo que á los maestros para que esplicasen. No sé en qué vendrán á parar tantas escuelas como existen en las ciudades y villas; mas me consta que al presente no hay alguno que tenga la menor nocion de literatura.

»Gana da de reir al considerar estos noveleros, cuando se comparan con los Apóstoles de Jesucristo; cuando se envanecen de anunciar al Señor, de proclamar la verdad, de difundir el gusto por las bellas letras, como si entre nosotros no hubiera ni cristianismo, ni arte, ni Evangelio... Oidles hablar de los Papas, de los Cardenales, de los Obispos, de los sacerdotes, de los frailes, de los monges: segun ellos, son hombres malvados, de doctrina satánica y perversa. Celebran con magníficas razones la pureza de las costumbres, la inocencia y la piedad de sus discípulos... ¡Como si yo no pudiese citarles alguna de sus ciudades donde el libertinaje y el adulterio marchan con la cabeza erguida; como si Lutero no se hubiese visto obligado á enviar sus misioneros para amenazar á todo un pueblo que se precipitaba en la licencia; como si el mismo doctor no hubiese confesado que deseaba mas volver al yugo antiguo de los papistas y los frailes que de hacer causa comun con aquellos hombres disolutos; como si Melanchthon y Ecolampadio no hubiesen hecho la misma confesion!... Escuchadles cuando os dicen que marchan iluminados por el

Espíritu-Santo. Mas esta luz, cuando ilumina, brilla en las acciones, en la mirada y en el semblante del hombre inspirado. Si Zwinglio y Bucero fueron animados de este soplo celestial, ¿por qué nosotros, los demas católicos, no tendremos la misma suerte de estas almas privilegiadas?»

Ved aquí las mas dignas palabras que la verdad arranca á un escritor que se habia mostrado favorable en gran manera al mismo Lutero. Si no nos sujetase la estrecha mision del historiador, ¡qué de curiosas revelaciones no podríamos sacar de ciertos folletos, escritos por un jefe de la secta, de los del mismo Munzer, entre otros, en los cuales Lutero recibe los dicterios de *monge desvergonzado, hijo de la prostituta Babilonia, archicanciller del diablo, papa de Wittemberg, enemigo de todo lo que contrariaba á su despotismo, de los hombres y de las ideas que no favorecian sus intentos!*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXXI.

MATRIMONIO DE LUTERO.—1525.

El celibato y Lutero.—Prevision de los católicos respecto al matrimonio de Lutero.—Cartas de Lutero á sus amigos sobre su himeneo.—Lutero quiere dar una esposa al Arzobispo de Maguncia.—Su cólera contra el Prelado.—Melanchthon y Ketha.—Carta de Justo Jonás á Spalatino.—Cánticos de alegría de los cenobitas.—Epitalamio de Emser.—Cantares católicos sobre el matrimonio de Lutero.—Caricaturas.—Conrado Wimpina.—Retrato de Catalina Bora.—Erasmo escribe á Daniel Mochius, de Ulm, sobre la precoz fecundidad de Catalina.—Retrato de Erasmo.—Controversia con este.—Enrique VIII á Lutero sobre sus bodas incestuosas.—Influencia del matrimonio de Lutero en los destinos de la Reforma.—Los conventos.

Para las inteligencias que Lutero habia seducido no era perdida cualquier reaccion en sentido del catolicismo. Fascinadas por aquel amor á la novedad de que tan fácilmente se deja arrastrar el corazon humano, primero se inclinaron y decidieron por lo nuevo; mas despues, admiradas del desprestigio en que cayeran las nuevas doctrinas, repuestas del sobresalto, se retrajeron y armaron de la duda, como de un espejo en que se retrataban las numerosas y encontradas opiniones de la época. Asi lo hicieron Staupitz, Miltitz y Crotus, cuyas defecciones tan cuidadosamente ocultaba Lutero, los cuales concluyeron por re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conocer su error y reconciliarse con el catolicismo: este dia fue de gran fiesta para nuestras iglesias.

El sacerdote (1) velaba allí, y al menor signo de arrepentimiento de un alma y de su separacion del ángel caido, se afanaba por reconciliarle con Dios. Solo habia sido impotente su voz para traer al buen camino á los cenobitas que habian hollado el voto de castidad: la mujer era el lazo fatal que encadenaba para siempre la apostasia á la Reforma.

Hemos querido buscar, aunque inútilmente, el ejemplo de un clérigo casado, que durante la revolucion del siglo XVI haya abjurado sus errores: el arrepentimiento no se encuentra sino en la agonía.

Erasmo se reia sin razon (2). Lutero sabia bien que cada matrimonio sacerdotal valia á la Reforma un alma que procrearia otras á su semejanza. Comprendemos bien la lucha que, partiendo de la Wartbourg, continuó Lutero todos los dias de su vida contra el celibato. Aparte del Papa, de Eck, Emser y Erasmo, Lutero no tenia enemigo que le amenazase mas rudamente que el celibato; asi es que, para poderle vencer, hizo uso de todas sus armas; ¡cólera, desprecios, sofismas, epigramas, equívocos y agudezas!

Era imposible que panegirista tan petulante del casamiento pudiese respetar sus votos de castidad y morir en el celibato.

Los católicos preveian que Lutero sucumbiria en la lucha. «Los wittembergenses, que han dado mujeres á todos los monges, á mí no me han dado ninguna,» decia el sajon. Los monges desengañados tenian recelo respecto al descanso del alma de los que violaban sus votos de continencia, y aturdian á Lutero con sus consultas. Alguno de ellos no

(1) Metonimia de *órden sacerdotal. Sacerdocio, clero*, etc. (*N. del T.*)

(2) Esto es en sentido irónico. (*N. del T.*)

fue osado á defender en público un matrimonio tan sin pudor; ¡y el pueblo les señalaba con el dedo!»

Aquel doctor-hembra, que fomentaba la propaganda, y quiso sostener con Eck un torneo teológico (Argula), escribia en 1524 á Spalatino «que habia ya mucho tiempo que el nuevo Elías, subiendo al cielo, hollaba con sus plantas la serpiente monacal, y se habia casado.—Gracias al consejo de Argula, mi querido Spalatino, respondia Lutero: decidle á esa señora que Dios tiene de su mano á los corazones, que él muda y vuelve á mudar, que él guarda y vivifica á su rebaño, que el matrimonio podrá ser muy bueno, pero que por ahora no tengo intencion de casarme. ¡Buen tiempo de pensar en el matrimonio, cuando la muerte me amenaza y el suplicio del hereje se me presenta á cada momento!» Indudablemente, si Lutero no hubiese tenido miedo de incurrir en la desgracia del elector Federico, es muy probable que, sin embargo de esto, no hubiese tardado mucho tiempo en casarse; mas habiéndose aquel esplicado recientemente, y de un modo terminante, en su carta al Obispo de Misnia, sobre el matrimonio monacal, que él llamaba *un concubinato disfrazado*, temia Lutero, no solo al elector, sino á las bufonadas de Erasmo, que se habia burlado en gran manera de Carlostadio, y á las de Schurff, que habria escrito: «¡Si jamás se casa ese monge, bien se reirá el diablo!» Este Schurff era aquel que no queria comulgar de las manos de un capellan que se hubiese casado dos veces.

Mas á la muerte del elector, Lutero se enardeció. Estaba en Seeburg, de donde salió para volver á Wittemberg.

«Yo parto, escribia á su querido Ruhel... ¡Yo quiero desposarme con Ketha antes de morir! Yo tengo valor, porque, decia él, nosotros los monges y las monjas conocemos el rescripto imperial: «El que se casa con mon»ja ó novicia, merece la cuerda.» La historia no habla, por otra parte, ni del suplicio de Wolfgang, ni de Carlos-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tadio, ni de otros eclesiásticos ó religiosos que habian despreciado la órden del Emperador; así es que, aun cuando llevemos á efecto nuestro propósito, estamos seguros de no ser castigados.»

Lutero habia tentado á pervertir al Arzobispo de Maguncia y Magdeburgo por medio de una carta, en que queria probarle que Alberto daria un bello ejemplo al mundo si en la altura de su jerarquía eclesiástica se casaba públicamente.

El Cardenal no le respondió: Lutero se vengó con un torrente de injurias difíciles de traducir. «¡Vaya! ¡Bestia de Cardenal, bribon, cabeza vacia, fraile tonto, epicúreo relajado, Satanás de papista, perro rabioso, viejo galopin, gusano de la tierra, que ensucias con tus inmundicias la cámara de S. M. I.; permita Dios que el armario caiga sobre tu cabeza! Colgado debia ser, no una, sino hasta diez veces, de una horca tres veces mas alta que las ordinarias. Hijo de Cain, Lutero te dará un alegre carnaval: prepárate á danzar; él tocará el pito.»

El dia 14 de junio de 1525, Lutero se casa con Catalina Bora, monja de veinte y seis años, del convento de Nimptsch, donde habia sido educada á espensas de Leonardo Kœppe, jóven senador de Torgau.

Melanchthon recibió esta nueva como el golpe de un rayo, y se entristeció. Martin, que nada tenia oculto para su querido discípulo, no le habia dicho, sin embargo, una palabra de este asunto.

«Lutero se ha casado inopinadamente, escribia Melanchthon á Camer; no seré yo ciertamente quien me atreva á condenar este matrimonio repentino como una desgracia ó un escándalo; pues aunque Dios nos muestre en la conducta de sus elegidos hechos que no deban aprobarse, ¡desgraciado mil veces aquel que desprecie la doctrina á causa de los pecados del doctor!»

«Paz y salud, escribia Justo Jonás á Spalatino; mi cartá os vá á anunciar una cosa maravillosa: nuestro Lutero se ha casado con Catalina Bora; yo mismo he asistido ayer á la boda. Ante tan tierno espectáculo no pude menos de derramar algunas lágrimas. Mi alma sufre: yo no sé lo que Dios me tiene guardado: yo deseo á este hombre, de buen corazon y con toda mi sinceridad, á nuestro hermano en Dios, toda suerte de felicidades. El Señor es admirable en sus juicios y en sus obras. Adios... hoy tenemos aquí un pequeño banquete; las bodas, segun pienso, las celebraremos mas tarde, y vendreis vosotros. Envio un espreso para avisaros esta grande nueva. Los testigos fueron el pintor Lúcas y su esposa, el Dr. Pomeranio y este tu amigo.»

Lutero no habia comunicado el secreto mas que á sus dos amigos Amsdorf y Kœppe.

El corregidor ó burgomaestre de la ciudad de Wittemberg envió á los nuevos esposos doce botellas para el banquete nupcial, de las cuales cuatro eran de Malvasia, cuatro de Rhin y cuatro de Franconia: el ayuntamiento les regaló dos anillos. Este fue el mas completo trastorno de los monges. Lutero, por espacio de mas de quince años, les habia escarnecido y denostado, y á su vez se desquitaron ellos, y, preciso es decirlo, la venganza fue la mas sangrienta. Epitalamios, odas, cantos sagrados y profanos, dísticos, poemas heróicos y cómicos; la musa monacal improvisó toda suerte de cantos en todos los idiomas. Si alguna vez se os ocurriese hojear algunos de esos innumerables escritos inspirados por la Reforma, y leyéseis sobre algunos de ellos la fecha de 1525, atended si el folleto es de un monge, y allí encontrareis, sin duda, el nombre de Catalina Bora. Vereis al cenobita (1) que arrebata sus versos á Horacio, á Salomon su alegórico estilo, al discípulo de Alberto Durero sus pinceles, con cuyos toques re-

(1) Metonimia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

saltaba la copla reformista; porque los ánimos habian adquirido ya una osadía, de que carecian ciertamente al nacimiento de la Reforma. «En verdad, dice compasivamente Juncker, no sabré decir qué burlas han prodigado los papistas al sugeto de tal himeneo, que han logrado con ellas representar estas santas bodas como incestuosas.»

Emser, este viejo téologo, que habia recibido golpes tan fuertes de Lutero, improvisó un epitalamio, que él mismo quiso poner en música:

«Adios, cogulla; adios, capa; adios, prior, guardian, abad; adios, todos los votos. ¡Já! ¡já! ¡já!

»Adios, maitines y oraciones; adios, conciencia; adios, vergüenza y pudor. ¡Já! ¡já! ¡já!»

Para popularizar la Reforma su cólera contra los frailes, no se contentó con ponerla en verso; la puso tambien en música. Hay un viejo cantar luterano, que aun se repite en Wittemberg, cuya letra y melodía han vivido tanto como la Reforma, y parecen destinadas á morir con ella.

Martin veut, das ri, ra, ritz,
Qu'on tisonne les moines, das, etc.;
Qu'on rotisse les prêtres, das, etc.;
Qu'on émancipe les nonnes, das, etc. (1).

Si recorreis las campiñas de Sajonia, donde jamás dejó de brillar el catolicismo, oireis alguna vieja refunfuñar, murmurar entre dientes, ó algun pobre cantar en un tono nasal estas y otras coplillas, que se hicieron ó compusieron al mismo asunto y con la misma música, en la citada época:

(1) Quiso Martin, das ri, ra, ritz,
Remover los frailes, das, etc.;
Enardecer los clérigos, das, etc.;
Emancipar las monjas, das, etc.

Lucifer sur son trone,
Das ri, rum, ritz;
Était un ange de beauté,
Das ri, rum, ritz;
Il en est tombé,
Das ri, etc.,
Avec ses compagnons,
Das ri, etc. (1).

El Dr. Conrado Wimpina, despues que habia escrito la tésis de Tezel, si hemos de creer á Lutero, hizo imprimir en Francfort sobre el Oder una compilacion de controversias religiosas, donde se ven algunos grabados en boj, curiosos y dignos de estudiar.

En la mayor parte de las caricaturas, inspiradas por el matrimonio de Lutero, el doctor se representa danzando con Bora, ó asido á la mesa con el vaso en la mano: estos dibujos deben consultarse. El grabado no miente; hay en ellos originalidad é invencion; solamente falta el parecido; pero, por lo demas, tienen muy buen efecto. Seckendorf nos quiere hacer creer que Lutero tenia el dia de su boda un semblante lleno de zozobra: el grabado da un solemne *mentís* á Seckendorf. Sin duda si Lutero hubiese estado tan triste como dice su panegirista, mas nos hubiésemos reido de su gravedad; en lugar de una escena de taberna alemana, nos hubiese dado una vuelta satánica, un banquete infernal.

(1) Lucifer en su trono,
Das ri, rum, ritz;
Era un ángel de belleza,
Das ri, rum, ritz;
Fue derribado,
Das ri, etc.,
Con sus compañeros,
Das ri, etc.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mucho tiempo despues de las bodas, aun se oia el ruido de las burlas con que habian sido saludados los novios al casarse; algunos amantes, ávidos del escándalo, recogieron estos epitalamios en colecciones, que pueden considerarse hoy como verdaderas joyas bibliográficas; á nosotros nos pareció procurarnos algunos de una poesía hiperbólica, pero que conviene consultar para conocer una porcion de detalles, ajenos de la gravedad histórial. Si no fuera por la poesía, nos representaríamos á Lutero en el momento de sus bodas bajo la figura que uno de sus discípulos le da; esto es, todo flaco y demacrado, hasta el punto de podérsele contar los huesos; al paso que, segun los poetas, era un monge de cara rubicunda, abdómen prominente, paso tardo y difícil, á consecuencia de su obesidad. Hutten se hubiera burlado de un católico que, gozando de una salud tan robusta, hubiese hablado á cada paso, como Lutero, del peligro de muerte que le amenazaba. Véase cómo la poesía corrige á la historia.

Pero hubo un hombre que tomó por lo serio la boda de Lutero, y no era por cierto teólogo, sino una testa coronada: Enrique VIII. Aun no habian hecho las paces estos dos poderes. Lutero, desde su claustro de Nuremberg, continuaba embraveciendo la cólera del monarca; y el Rey, desde su palacio de Greenwich, no sabia ya qué palabra inventar para lanzarla á la cabeza de su adversario. Erasmo habia creido que el ardor belicoso de Lutero se apagaria bien pronto; pero se equivocó. El matrimonio no pudo herir al nuevo esposo, que á los dos dias de su boda, cogiendo su pluma, y mojándola en tinta mas que negra y corrosiva, la sacudió á derecha é izquierda sobre toda figura papista, y Enrique VIII recibió en su real rostro todo un escritorio de desvergüenzas.

Ni Erasmo, ni Cochlée, ni los poetas del Olimpo, ni Enrique VIII, habian comprendido á Lutero. Sus bodas fueron,

sobre todo, una obra de política religiosa. La opinion pública habia hasta entonces rechazado todos los ensayos del matrimonio monacal. La emocion se apoderó de los espíritus cuando el viejo arcediano Carlostadio condujo una religiosa á su casa. Estas bodas incestuosas causaron un gran escándalo, y se murmuró cuando pasaban estas figuras de hombre y mujer bajo una misma capucha. Wolfgang estuvo escondido mucho tiempo para no sufrir las burlas del populacho en las calles de Wittemberg. Lutero, en su soledad de la Wartbourg, no se ocupó por muchos meses sino en recoger pedazos de testos sagrados, que arrojaba á manera de capa sobre aquellas figuras desnudas; pero por mas que hizo, la capa se rompió. Hubo un momento en que las predicaciones del reformador fueron infructuosas: no hubo nadie que se atreviese á contradecir las bendiciones de Lutero en pro del justo enojo del público pudor.

Pero desde que él dió el ejemplo, hubo en Alemania otra cosa mas poderosa que la opinion; á saber, el incesto, que marchaba con la cabeza levantada, paseándose á la luz del dia por las calles y las plazas, y que en caso de violencia procuraba asirse á la ropa de algun clérigo casado.

Bien sabia el monge lo que se hacia; apenas se celebraron sus bodas, se vieron abrir la mayor parte de los conventos de uno y otro sexo. Antes que los sacerdotes, sucumbieron aquellas gentes de Iglesia que llevaban el vestido sacerdotal á los ojos del mundo, pero de quien Dios se ha retirado; hombres carnales, que viven en el lujo y pasan de la mesa al caballo. Estos agradecieron á Lutero que convirtiese á sus concubinas en esposas legítimas, y aceptaron la herencia, pero á beneficio de inventario, con la condicion de que no habian de ser obligados á tenerse que avergonzar ante un público.

Se vieron conventos, sobre todo cerca de Wittemberg, donde no quedó un fraile, y otros en parte abandonados!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Otras veces, como sucedió en Orlamunt, siguiendo el camino que habia trazado el anabaptismo, el pueblo fue escitado por cierto predicador furioso, y se precipitó sobre los monasterios, y dispersó á sus habitantes. A los dos dias, Glaz subió al púlpito, y dijo: «Yo, magnífico rector de la Academia de Wittemberg, yo me proclamo Obispo de Orlamunt.» Restablecido el órden, y apaciguada la tempestad popular, el poder civil tomó posesion del asilo abandonado, hizo un inventario de cuanto encontró, y confiscó para si los despojos conventuales, despues de haber tributado algunas palabras de piedad á los que él habia permitido concluir allí sus dias por medio de la limosna cuando en otro tiempo tomó el partido de cerrar los conventos. La Alemania católica tuvo entonces otro escándalo que llorar: ya lo hemos dicho; la espoliacion operada por el poder, con desprecio del derecho de gentes y de los títulos de propiedad, alguno de los cuales remontaba su orígen á los tiempos mas remotos. Entonces se vieron los vasos sagrados, que servian á la celebracion de los santos misterios, pasar á la mesa de algunos electores, convertidos en instrumentos de la gula y de la embriaguez, y desde esta mesa, mas tarde, cuando empezaron á perder su brillo y enrojecerse, fueron llevados á los museos públicos. Aquellos manuscritos maravillosos; aquellos antiguos Cristos en boj y en ébano; aquellos báculos de Obispo, regalo de Papas y Emperadores; aquellos bordados, aquellas vidrieras coloreadas, aquellos cálices de oro y plata, aquellas reliquias de la edad media, que hoy se enseñan en las ricas colecciones de Alemania, todas pertenecieron á los conventos y á las iglesias. Para robarlas habian perpetrado la espulsion de los monges. Así, despues de tres siglos ya trascurridos, no tendremos modo mejor de dar una idea del arte aleman en aquella época, que examinar los despojos de aquellos á quienes, habiendo robado en vida, calumniaron despues de la muerte.

CAPITULO XXXII.

CATALINA BORA.—LUTERO EN SU CASA.-1525.

Origen de Catalina.—Su retrato por Werner y por Kraus.—¿Lutero fue feliz en la vida de familia?—Tormentos de Lutero.—Escenas de familia.—Lutero padre de familia.—Sus hijos Isabel y Juan.—Lutero en Coburgo, y el mercader de juguetes.—Carta de Lutero á su hijo.—Lutero jardinero.—En su interior.—Alojamiento de Lutero.—El convento de Erfurt en 1838.—Lutero en la mesa.—Lo que pensaba de la música.—Cuentas de gastos hechos por la ciudad de Wittemberg á favor de Lutero.—Lutero deudor insolvente.—Hans Luft y Amsdorf.—Valor del reformador en la pobreza.—Sus limosnas.—Su fiereza en la indigencia.—Su culto á las musas.—Eobanus Hessus.

¿Fue Lutero feliz en la vida de familia? Esta es una cuestion que se agitó y debatió por los historiadores reformados, quienes la resolvieron con bastante diversidad. Bredow representa á Catalina como una mujer áspera, altiva y celosa, que atormentaba al doctor. Bredow toma esta opinion de un historiador contemporáneo, de Nas, quien conoció y visitó frecuentemente á Catalina, infatuada de la gloria marital, segun él, desdeñosa de hablar á sus vecinas, toda inflada de orgullo y de mal humor. No es este, por cierto, el retrato que hacen Bugenhagen y Justo Jonás. El mismo doctor da gracias al Señor en su *Tisch Reden* «de haberle dado una compañera piadosa y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Otras veces, como sucedió en Orlamunt, siguiendo el camino que habia trazado el anabaptismo, el pueblo fue escitado por cierto predicador furioso, y se precipitó sobre los monasterios, y dispersó á sus habitantes. A los dos dias, Glaz subió al púlpito, y dijo: «Yo, magnífico rector de la Academia de Wittemberg, yo me proclamo Obispo de Orlamunt.» Restablecido el órden, y apaciguada la tempestad popular, el poder civil tomó posesion del asilo abandonado, hizo un inventario de cuanto encontró, y confiscó para si los despojos conventuales, despues de haber tributado algunas palabras de piedad á los que él habia permitido concluir allí sus dias por medio de la limosna cuando en otro tiempo tomó el partido de cerrar los conventos. La Alemania católica tuvo entonces otro escándalo que llorar: ya lo hemos dicho; la espoliacion operada por el poder, con desprecio del derecho de gentes y de los títulos de propiedad, alguno de los cuales remontaba su orígen á los tiempos mas remotos. Entonces se vieron los vasos sagrados, que servian á la celebracion de los santos misterios, pasar á la mesa de algunos electores, convertidos en instrumentos de la gula y de la embriaguez, y desde esta mesa, mas tarde, cuando empezaron á perder su brillo y enrojecerse, fueron llevados á los museos públicos. Aquellos manuscritos maravillosos; aquellos antiguos Cristos en boj y en ébano; aquellos báculos de Obispo, regalo de Papas y Emperadores; aquellos bordados, aquellas vidrieras coloreadas, aquellos cálices de oro y plata, aquellas reliquias de la edad media, que hoy se enseñan en las ricas colecciones de Alemania, todas pertenecieron á los conventos y á las iglesias. Para robarlas habian perpetrado la espulsion de los monges. Así, despues de tres siglos ya trascurridos, no tendremos modo mejor de dar una idea del arte aleman en aquella época, que examinar los despojos de aquellos á quienes, habiendo robado en vida, calumniaron despues de la muerte.

CAPITULO XXXII.

CATALINA BORA.—LUTERO EN SU CASA.-1525.

Origen de Catalina.—Su retrato por Werner y por Kraus.—¿Lutero fue feliz en la vida de familia?—Tormentos de Lutero.—Escenas de familia.—Lutero padre de familia.—Sus hijos Isabel y Juan.—Lutero en Coburgo, y el mercader de juguetes.—Carta de Lutero á su hijo.—Lutero jardinero.—En su interior.—Alojamiento de Lutero.—El convento de Erfurt en 1838.—Lutero en la mesa.—Lo que pensaba de la música.—Cuentas de gastos hechos por la ciudad de Wittemberg á favor de Lutero.—Lutero deudor insolvente.—Hans Luft y Amsdorf.—Valor del reformador en la pobreza.—Sus limosnas.—Su fiereza en la indigencia.—Su culto á las musas.—Eobanus Hessus.

¿Fue Lutero feliz en la vida de familia? Esta es una cuestion que se agitó y debatió por los historiadores reformados, quienes la resolvieron con bastante diversidad. Bredow representa á Catalina como una mujer áspera, altiva y celosa, que atormentaba al doctor. Bredow toma esta opinion de un historiador contemporáneo, de Nas, quien conoció y visitó frecuentemente á Catalina, infatuada de la gloria marital, segun él, desdeñosa de hablar á sus vecinas, toda inflada de orgullo y de mal humor. No es este, por cierto, el retrato que hacen Bugenhagen y Justo Jonás. El mismo doctor da gracias al Señor en su *Tisch Reden* «de haberle dado una compañera piadosa y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sabia, y en la cual el corazon de un hombre podia descansar, segun la espresion de Salomon (cap. XXXI, v. 2).» Meyer ha recogido en los escritos de Lutero todos los testos que pudo hallar en favor de Catalina, con los cuales prueba que fue un ángel sobre la tierra, enviado por Dios para la felicidad del monge sajon: cita, sobre todo, este pasaje, tomado de una carta del reformador: «Madre mia, Ketha te saluda: mi Ketha parte mañana para Zolsdorf.» Mas advierte el mismo que estas espresiones de ternura duraron muy poco tiempo. Lutero cesó de emplearlas en 1530, y el *meus* Ketha vino á convertirse en las cartas de sus amigos en Ketha *uxor*: sin duda en esta época fue cuando Jorge Pontano (Bruck), canciller del elector Federico de Sajonia, hizo un retrato muy poco favorable del matrimonio de su amigo Lutero, que, segun su opinion, habia querido hacerse un mayordomo y copero de su esposa, cicatero, roñoso, escaso, apretado, avaro y guardador de la comida y la bebida; este Pontano era el amigo de la casa y comensal del doctor, y, como si dijéramos, su brazo derecho. Lutero, en su matrimonio, debia echar de menos el silencio del claustro, tan favorable á la meditacion; Catalina interrumpia muchas veces su estudio: en mas de una ocasion, y cuando él se encontraba mas irritado, escribiendo la respuesta á algun papista, venia ella á interrumpirle con las cuestiones mas ridículas: muchas veces Lutero, por escaparse de la charlatanería de su esposa, no tenia mas recurso que tomar pan, comida y bebida, y encerrarse bajo llave en su gabinete; mas este su asilo de paz no era completamente seguro é impenetrable, y con frecuencia la imágen de su esposa venia á interponerse entre él y la del Papa ó algun monge á quien abofeteaba á su sabor.

«Un dia, dice este Meyer, panegirista de Catalina, que es quien refiere esta historieta: un dia que él estaba encerrado con su provision ordinaria, haciéndose el sordo á los gritos de Ketha, y continuando la traduccion del salmo 22, sin hacer caso de un horrible estrépito que hacia á la puerta del cuarto, oyó estas palabras, que ella le decia al traves de una ventanilla: —Si no abres, voy á buscar al cerrajero.

»El doctor, como despertándose de un profundo sueño, deja la lectura del salmista, y ruega á su mujer que no le interrumpa en su bienhadado trabajo. —Abre, abre, repite Catalina. El doctor obedece. —Yo tengo miedo por tu enfermedad, no te dé algo ahí encerrado en ese gabinete, á consecuencia del cansancio: á lo cual contestó Lutero: —No tengo mas fatiga que lo que hay delante de mis ojos.»

En los primeros años del matrimonio, más de una vez recordó Ketha las dulces horas del claustro, porque el mundo, de donde ella habia sido lanzada, estaba lleno de malignidad; las jóvenes de Wittemberg, hijas de familias católicas, volvian los ojos á otra parte cuando la veian, por no saludarla, y el orgullo de Catalina quedaba humillado hasta el llanto. El doctor hacia por consolarla.

Catalina leia la Escritura, y sobre todo los Salmos, donde encontraba grandes consuelos, que iban muchas veces acompañados de oscuridad, que, atormentando su femenil inteligencia, hacian necesaria la esplicacion del doctor, quien, por su parte, sostenia frecuentemente «habia llegado á tal punto en la interpretacion de los Sagrados Libros, que á él solo era dado comprender muchos testos, acerca de los cuales nosotros no podriamos tener mas inteligencia que un ganso.»

Despues de su trabajo, sobre todo, y cuando se paseaba con Catalina por el pequeño jardin del convento al rededor de las platabandas del vivero, donde jugueteaban infinidad de peces de colores, se complacia en esplicar á su mujer las maravillas de la creacion y las bondades de Aquél de cuyas manos todo habia salido. Una noche las estrellas centelleaban de un modo estraordinario; el cielo parecia arder...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Ved cómo esos puntos luminosos despiden resplandor, dijo Catalina á Lutero...

Lutero levantó los ojos, y dijo:

—¡Oh viva luz! ¡Tú no brillas para nosotros!

—Y ¿por qué? replicó Catalina: ¿es porque nosotros estaremos desposeidos del reino de los cielos?

Lutero suspira y contesta:

—Tal vez, sí, en castigo del abandono de nuestro estado.

—¿Pues no podremos volver á él? replicó Catalina.

—Ya es tarde; la carne está embravecida, replicó el doctor: y cortó la conversacion.

Algunos pasajes de sus escritos nos inclinan á creer que el reformador tuvo que ejercer mas de una vez la paciencia en el interior de su casa, por lo cual se envanece de esta virtud, y la hace objeto de gloria á los ojos de Dios y de sus amigos. «Paciencia con el Papa, paciencia con los entusiastas, paciencia con mis discípulos, paciencia con Catalina Bora; mi vida no es mas que una paciencia continuada. ¡Yo me parezco al hombre del Profeta Isaías, en el cual la fuerza residia en la calma y en la paciencia!»

«Conviene saber sufrir, decia él: el árbol sufre una mala poda, y el cuerpo una mala digestion.»

En algunos de sus escritos se descubria cierta veleidad é independencia, que la necesidad le hizo comprimir. «Para ser libre necesitaba esculpir una estatua, y que ella fuese mi mujer; en ese caso seria dócil y obediente; sin esta precaucion, inútil es pensar en su obediencia.» Bora le hizo sentir que el pobre escultor no habia encontrado el mármol de que debia salir la mujer modelo. Un dia que ella queria con toda su fuerza ser ama, el doctor alzó su gruesa voz, y la dijo: «Ama, ama: esto está bien en la casa; pero en lo demas, yo me reservo mis derechos: las mujeres han sido amas despues de Adan. ¿Y qué hicieron de bueno? Cuando Adan mandaba antes de su caida, todo estaba mejor; mas

vino la mujer, y adios la concordia y el reposo. ¡Mirad vuestros milagros, Ketha! Por eso yo me irrito.»

Este imperio no le habia sido molesto siempre; habia aceptado el yugo, y se glorificó mucho tiempo de sufrirle durante los primeros años de su matrimonio, en que para Ketha era su querido doctor.

Ketha se complacia en trastornarle en su docto gabinete y atormentarle con cuestiones pueriles. Habia ocasiones en que le preguntaba si el Rey de Francia era mas rico que su primo el Emperador de Alemania; si las mujeres de Italia eran mas bellas que las de Alemania; si Roma era mas grande que Wittemberg; si el Papa tenia diamantes mas preciosos que los brillantes del elector Federico de Sajonia.

—Marido, le decia ella un dia: ¿cómo es que cuando éramos papistas orábamos con tanto celo y mas fe, y ahora nuestra súplica es floja y perezosa?

Catalina Bora tuvo de su matrimonio seis hijos.

Quiso ella que su hijo segundo tomase el nombre de Isabel. Amsdorf fue el padrino de Magdalena, que murió á los trece años; Isabel no vivió mas que algunos meses, y Lutero la lloró escribiendo sobre su tumba:

Hic dormit Elisabeth filiola Lutheri.

(Aquí descansa Isabel, hija querida de Lutero.)

«¡Pobre niña, decia Lutero; tu muerte ha destrozado mi corazon! ¡Ah! ¡Yo no creia que en el corazon de un padre pudiese encerrarse tanta ternura! Ruega á Dios por mi.»

Juan crecia: mas con la edad se le desenvolvieron los gérmenes de la enfermedad con que naciera; de manera que todas las alegrías de Lutero venian á acibararse por algun contratiempo: olvidó el mundo por hablar de su hijo.

«Mi hijo no puede abrazarte; mas él se recomienda bien á tus oraciones. Doce dias hace que ni come ni bebe; hoy

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

está un poco mejor, y empieza á comer y beber algo. ¡Pobre niño! ¡Era tan jugueton! ¡Está muy malito!»

Uno de los cuadros mas interesantes de la vida de Lutero es su estancia en Coburgo. Estando la Dieta reunida en Augsburgo, el Emperador Cárlos V quiso presidirla personalmente: el Rey Fernando, el landgrave de Hesse, el Nuncio del Papa, los electores de Sajonia, y todo cuanto la Alemania tenia de mas ilustre en las armas y en las letras, estaba reunido allí. Melanchthon debia presentar á la asamblea la confesion de fe de los reformados. Lutero se vió obligado á esconderse en Coburgo, temiendo la cólera del Emperador. Paseando un dia por las calles de Coburgo, se para delante de una tienda de juguetes, y habiendo venido á su memoria la imágen de su hijo Juan, de vuelta á su casa apartó á un lado el Salmo *Quare fremuerunt gentes*, magnífico canto que tradujo al aleman con toda la gracia y poesía del original, por escribir á su niño de cuatro años una carta de verdadero niño:

«Gracia y paz en el Señor, niño mio: yo tengo mucho gusto en que aprendas bien tus lecciones y de que reces bien y pidas al Señor. Continúa, niño mio, así, y á mi vuelta te llevaré un juguete muy bonito.

»Yo he visto un bello jardin, donde hay una porcion de niños vestidos con ropas de oro, que suben á los árboles de bello follaje, que cogen manzanas, cerezas y ciruelas, que cantan y saltan de alegría, que tienen unos pequeñitos caballos con bridas de oro y sillas de plata. Yo le dije al hombre dueño de este jardin:—¿Qué hacen aquí estos niños?—¡Oh! me respondió él: estos niños son los que rezan bien, los que aprenden bien sus lecciones, y los que aman á Dios. Y yo le contesté:—Amigo, yo tengo un niño que se llama Juan Lutero: ¿podria traerle á este jardin para que comiese tan buenas frutas, galopase sobre caballitos tan lindos y jugase con estos niños? El hombre me respondió: —Si él reza bien, si sabe bien sus lecciones y aprende para

ser sabio, vendrá aqui con Lippus y Jost, y cuando esté aqui, galoparán, jugarán, tocarán el pito y el tamboril, danzarán y dispararán ballestas. El hombre me llevó á lo mejor del jardin, donde habia un prado á propósito para bailar, y donde habia pitos de oro, timbales y atabalillos de plata. Mas era muy de mañana, y los niños aun no habian comido: de modo que no tuve tiempo para verles danzar. Y yo le dije al hombre:—¡Ah, señor mio querido! Voy á escribirle á mi pequeño Juan que aprenda bien sus lecciones, que sepa rezar muy bien y sea muy sabio, á fin de que pueda venir á este jardin; él tiene una tia que lo instruirá muy bien. El hombre me respondió:—Andad, señor; escribid á vuestro pequeño Hans (Juan).

»Mi pequeño querido, aprende bien tus lecciones, y reza bien: di á Lippus y á Jost (Felipe y Santiago) que sean bien sabios, y vosotros vendreis todos al jardin. Saluda á tu tia, y dala un beso por mi.»

Ciertamente, ¿dirá nadie que la mano que se entretiene con estos juguetes es la misma que escribia las cartas á Enrique VIII y Leon X? Y si le veis cultivando su jardin, separando las malas yerbas, sacando agua de la fuente para regar sus platabandas, y tan orgulloso de su parterre como en otro tiempo estaba de su Nuevo Testamento, no reconocereis, por cierto, al peregrino que ante las murallas de Worms gritaba: «Aunque hubiese allá abajo mas diablos que tejas hay en vuestros techos, yo iré.» ¿Sabeis por qué amaba tanto su jardin? Porque cuando estaba tentado del demonio, cogia su azada, riéndose bajo su capa de su adversario, de quien escapaba refugiándose entre las flores.

«Enviame cuanto antes los granos que me has prometido; yo los espero con impaciencia,» escribia á su buen amigo Linck; y cuando hubo plantado estos granos y germinaron, escribió otra carta, en que le anunciaba la buena nueva. «Mis melones crecen, y mis calabazas en-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gruesan; esto es una bendicion.» Lutero amaba con pasion las flores; muchas veces se ponia de rodillas para contemplarlas á su placer.—«¡Pobre violeta, decia, qué perfume exhalas! Pero mas suave serias si Adan no hubiese pecado.—¡Oh, rosa; yo admiro tus colores, que brillarian con un resplandor mucho mas vivo si el hombre no hubiese pecado!—¡Oh, lirio, en que la púrpura te hace semejante á los príncipes de la tierra! ¿Qué serias tú si nuestro padre no hubiese desobedecido al Criador?» Creia él que despues de la caida de Adan habia Dios retirado á la creacion una parte de los dones con que la habia adornado: «Mas, á lo menos, la naturaleza, pensaba él, no se muestra ingrata como el hombre; porque el canto de los ruiseñores, el perfume de los jardines, el soplo de los vientos, el susurro del follaje, son otros tantos himnos en alabanza del Señor; en tanto que el hombre, hecho á la imágen de Dios, le apartó despues completamente de su corazon. ¡Oh, hombre! ¡Grandes eran tus destinos si Adan no hubiese faltado! ¡Tú hubieses admirado á Dios en cada una de sus obras; y la mas pequeña flor hubiese sido para tí un manantial fecundo de meditaciones sobre la bondad y la magnificencia de quien ha formado los mundos! Y si Dios hace nacer de las rocas tantas flores de colores brillantes, y de unos perfumes deliciosos, que ningun pintor ni perfumista podria imitarlos, ¡qué de flores de todos los colores, azules, amarillas, encarnadas, podria él sacar de la tierra!»

Un dia en que sus niños, estando en la mesa, se maravillaban del color de un hermoso melocoton que le habian regalado: «Mirad, amiguitos, dijo Lutero: esto no es mas que una pequeña imágen del que está en lo alto, á quien podreis contemplar en los bellos colores de la aurora. Adan y Eva tenian antes de su caida melocotones mucho mas bellos por cierto que este, con la diferencia de que, comparados los nuestros con aquellos, no son mas que unas peras silvestres.» Creia él que en el dia del juicio, en aquella

vida mas allá de la tumba, de que no vemos mas que la aurora, la criatura tomaria su forma primitiva; el sol, que él comparaba á la luz de una de nuestras lámparas, se avanzaria sobre el cielo, parecido al gigante de la Escritura, y con un nuevo fuego, cuyo resplandor no podrian sufrir nuestros ojos mortales; las estrellas serian otros tantos soles, cuyo resplandor reflejaria á la luna; otros cielos se abririan; otra tierra, respecto de la cual la nuestra no seria mas que una sombra, apareceria adornada de todas las gracias que hubo de perder con la caida de Adan. Despues de haber discurrido largo tiempo por estos mundos fantásticos, que auguraba habia de ver el hombre un dia, «¡Pobre Erasmo! decia él, sin pensar que su observacion acusaba profundamente á la miseria humana: ¡tú no te inquietas conmovido por este porvenir de la creacion! ¡Nosotros, gracias á Dios, empezamos á admirar el trabajo del obrero en la obra de sus manos! ¡Qué de magnificencia guarda la flor sola! Y en las criaturas, ¡cómo brilla la pujanza de sus palabras! «¡Que sean,» dijo Dios, y fueron! Ved aquí este hueso de albérchigo; su fruto es amargo; mas él se abrirá; de su seno saldrá un nuevo milagro: decidle á Erasmo que admire estas maravillas; están mas allá de su inteligencia; él considera las criaturas como la vaca al becerro.»

En 1524 todos los monges del convento de Agustinos abandonaron la fe; no quedó nadie mas que el prior y Lutero. El prior vivia tranquilo; mas Lutero se ocupó en contestar largo tiempo á los ataques de los monges que deseaban vivir de las rentas conventuales. Constituyó al elector heredero de los bienes usurpados, y pudo así evadirse de su administracion, que no vino á encontrar allí mas que llantos y maldiciones. Lutero se despojó del capuchon de ermitaño, que no habia conservado mas que para hacer burla al Papa. El 9 de octubre predicó por primera vez en hábito clerical; es decir, con un manteo brillante en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

forma de sotana, abotonada hasta en medio del pecho, donde se abria á uno y otro lado, dejando ver un chaleco negro, adornado de un pequeño cuello de encaje blanco. Asi es cómo le ha pintado su amigo Lúcas Cranach. El elector le habia enviado algunos dias antes de la toma de su nuevo hábito una pieza de paño de Prusia, con un billete, concebido en estos términos: «Para haceros una sotana de predicador, un hábito de monge ó una capa española.» Esto era, por decirlo así, el figurin de la época. Eck llevaba la sotana en Leipzig, Prierias el hábito, y Erasmo la capa española. Lutero no queria separarse del claustro; una idea supersticiosa como que le adheria á él: creia que debia morir allí.

Despues de la salida de los frailes, Lutero ocupó una celda mucho mayor que la que habia tenido, y en la que el diablo le habia tentado, tan violentamente, que hubo de arrojarle el tintero á la cabeza para ahuyentarlo; la puerta, que se ve aun salpicada de tinta, es un testimonio de la vision. No era ya aquella pequeña celdilla de algunos pies; era una habitacion completa. Tenia tres piezas: una habitacion para dormir, una sala de estudio, que servia tambien de salon para recibir, y un comedor. Las paredes del dormitorio estaban llenas de testos escritos con carbon, sacados de la Escritura, como este: *Verbum Domini manet in æternum*, que él habia hecho bordar sobre las mangas de los criados; ó bien tomaba trozos de los poetas profanos, de Homero sobre todo: *El que vela sobre los destinos de un pais, no debe dormir toda la noche.* Staupitz fue el que hizo la eleccion de la sentencia bíblica. El gabinete de trabajo estaba enlucido de yeso alabastro, de una blancura de leche, y adornados con retratos al óleo de Melanchthon y del elector Federico, obras del taller de Lúcas Cranach, y de algunas caricaturas contra el Papa, para que Lutero habia dado la norma en el curso de sus conversaciones de sobremesa, que un artista nómada, como lo son

todos, las habia recogido y trasportado á Nuremberg, aquel gran taller de donde salian tantos grabados en boj. En ellos, como siempre, el Papa aparecia montado en una marrana, el Papa llevado por los demonios, el Papa bajo la forma de un becerro ó de un elefante. Estas caricaturas estaban colocadas en unos marcos de madera de arce, de que pendian tarjetones con sentencias bíblicas, y las mas proféticas en lengua alemana. *El dia del Señor se acerca; Papa, yo seré para tí el oso en medio del camino; pasaré, y no existirás.* En fin, la vista se complacia tambien con un estante de boj, en que se veian algunos volúmenes, derechos ó caidos, que formaban lo que él llamaba su biblioteca. La Biblia ocupaba aquí, como la palabra divina en su mente, el puesto de honor y preferencia; la Biblia en latin, en griego y en hebreo; los Salmos de Melanchthon; el Nuevo Testamento de Erasmo; al lado, y unos mezclados con otros, y muy cerca de las tésis sobre las indulgencias, las Bulas de Leon X, los tratados sobre la abolicion de la Misa, sobre la cautividad de la Iglesia de Babilonia, las *Epistolæ obscurorum virorum*, muchos libros de Juan de Huss, *El Virgilio* y *El Columela* de Froben de Bale, y algunas obras ascéticas, impresas en Maguncia, que le habian regalado. La habitacion tenia una figura irregular geométrica, en que cada línea lateral se quebraba alejándose en sentido horizontal, separándose despues de nuevo, viniendo á morir, en fin, á una gran ventana de cinco ó seis pies de alto, cubierta de vidrios pintados en forma de disco, unidos los unos á los otros por una varilla de plomo, y que dejaban llegar la luz del dia con toda suerte de matices sobre la mesa del trabajo. Esta mesa, que se ha conservado cuidadosamente, es muy parecida á una especie de buró á la Tronchin, y lo mejor, ó su mas bello ornamento, es un Crucifijo de marfil, obra de un artista de Nuremberg. La cabeza del Hijo de Dios tiene una espresion admirable. El artista habia visitado sin duda la Italia y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conocido las obras de Miguel Angel. Se cree que fue un regalo del elector, quien le habia encontrado poco antes en un convento. Esta imágen de Cristo, aunque mas groseramente reproducida, es la misma que se ve en la portada de las obras del reformador y edicion publicada pocos años despues de su muerte. El viejo sillon donde él se sentaba y tradujo una parte de la Biblia, aun existe: es una reliquia monacal, procedente del espolio de algun Obispo, y con la cual quiso el príncipe obsequiar á su nuevo amigo: ¿quién sabe? Podia ser lo mismo de un discípulo de Scoto que de Durando. A su regreso de la Wartbourg, Lutero habia traido un perrito que le regalara el guardian del castillo, y que murió de vejez á los quince años de acompañar al doctor. Cuando el doctor trabajaba, el perro estaba acostado entre los pies de su amo; así es que Lutero, aludiendo á los teólogos que se envanecen de tener muchos libros, decia riéndose: «Mi perro tambien tiene muchos libros; muchos mas que Faber, que tiene los Santos Padres y los Concilios. Yo sé que Faber ha visto muchos libros; no le quito su gloria.» Al lado de la puerta de entrada habia un torno, que habia hecho venir de Nuremberg á fin de poderse ganar la vida con el trabajo de sus manos si algun dia la palabra de Dios no bastaba para mantenerle. «Querido Linck, aquino hay mas que bárbaros, que no entienden una palabra de bellas artes: á Wolfgang y á mi se nos ha metido en la cabeza que hemos de aprender á tornear; Wolfgang me servirá de maestro. Te envió una moneda de oro, y te ruego nos compres los útiles necesarios para tornear. Si no basta la suma que te envio, compra todo aquello que sea indispensable para aprender el oficio que deseamos saber: nosotros tenemos algunos útiles; pero los de Nuremberg son mejores, y vuestros obreros valen mas que los nuestros. Si no basta la galda, envia lo que sea necesario, y ponlo en cuenta.»

A la puerta de entrada habia colgadas, al lado de las pi-

pas que encontrareis á la puerta de toda habitacion de estudiante aleman, una flauta y una guitarra, instrumentos á que él era aficionado. Cuando le dominaba la fatiga producida por largas horas de trabajo y se sentia el cerebro aturdido y la palabra caprichosa, no pudiendo seguir el movimiento de la pluma, ó bien cuando el demonio le jugaba cualquier treta, segun él nos dice, y venia á tentarle con todas sus fuerzas, cogia la flauta, y ejecutaba algun capricho, con lo cual sus ideas se refrescaban, como la flor que sale del agua; el demonio, exorcisado, huia, y el escritor volvia á su trabajo con un ardor todo nuevo. La música para él era una revelacion divina, celestial, y que sin Dios jamás el hombre hubiese inventado. No habia remedio mas eficaz á sus ojos para quitar los malos pensamientos, los movimientos de la cólera, las inspiraciones de la ambicion, los pensamientos cenagosos de la carne, herencia de nuestro primer padre. Esta es la voz mas digna de que el hombre debe servirse para llevar al trono de Dios sus penas, sus suspiros, lágrimas, miserias, amor y reconocimiento; la lengua de los ángeles en el cielo y sobre la tierra, la de los antiguos Profetas. Aparte de la teología, la música, pues, era su principal aficion, y repetia ordinariamente: «El que no ama la música, no será amado de Lutero. ¡Oh bello arte de la música! ¡Tú das la vida á la palabra; tú llevas los suspiros, las inquietudes y las penas del corazon! Cantemos; que todo maestro sea músico; que no haya predicador que suba al púlpito sin saber solfear. ¡Feliz el músico! Para él no hay amargura ni desgracias; despide la tristeza con la ayuda de cualquier sonido: *Pacis tempore regnat musica.*» Conservaba y tenia un gran placer en repetir, dando paseos por su jardin, algunos viejos cánticos eclesiásticos, como: *A solis ortus sidere, Patris sapientia,* y sobre todo el *Rex Chiste factor omnium,* cuya letra y música le agradaban sobremanera. A su entrada en Worms

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

iba cantando un coral que habia compuesto; es decir, las palabras y la música. Este coral es uno de los mas antiguos cánticos rimados de Alemania, que conserva aun su recuerdo; mas no es cierto que sea Lutero èl inventor de esta rima musical, porque la frase melodiosa de Worms no se parece en nada á la de Wittemberg; en uno y en otro no hemos encontrado mas que elementos imperfectos del coral de Meyerbeer. El canto aleman era entonces parecido á la melopea de los griegos ó á la salmodia gregoriana. Lutero tenia la costumbre de decir de la música que era un don que el hombre habia recibido en su organizacion como una gracia.

Si Lutero volviese al mundo, no encontraria, ni su Evangelio, ni su habitacion. El convento de Agustinos de Erfurt ha sufrido la misma suerte que sus doctrinas; está arruinado; no queda mas que la celda del monge, que se conserva religiosamente, y que se enseña al viajero curioso. Esta es la gran maravilla de la ciudad. Figuraos una habitacion de algunos pies cuadrados, donde puede caber un lecho, una ó dos sillas y una mesa de escribir: la ventana, desmesuradamente elevada, como todas las de los conventos del siglo xvi, viene á dar frente á las altas torres de la iglesia vecina. Las flechas elevadas, y trabajadas con una paciencia infinita de artista, eran el único espectáculo esterior que le podia distraer: no habia mas. Cercado de muros espaciosos, aislado de toda habitacion, el cenobita no podia oir otro ruido que el viento, soplando al traves de las pirámides del templo, ó la caida monótona de las gotas de agua que manaban de la fuente del mismo á buscar una ancha taza de piedra.

Es muy cierto que Lutero amó mucho los placeres de la mesa, y sobre todo el buen vino, aunque con moderacion: «Este del elector es escelente, y no nos falta,» escribia á Spalatino. Federico le habia regalado vino del Rhin, y á la secularizacion de los Agustinos toda la bodega del

convento le habia sido abandonada por el elector de Sajonia. Sus toneles estaban abundantemente provistos de vinos de Italia, que los Papas enviaban frecuentemente á los monasterios que prestaban algun servicio á la corte de Roma. En otros, los príncipes alemanes, herederos por la gracia de Lutero de las ricas bodegas de las abadías reformadas, rara vez dejaban de distraer algunos toneles para obsequiar al doctor de Wittemberg. Alguno sostendrá que Lutero, bebiendo el viño de Malvasía de los monges, debia ser un poco mas indulgente con ellos, quienes le habian proporcionado tan dulce placer. A casi todos los religiosos secularizados regalaba con las despensas de los que habian querido seguir fieles á su ley: sobre todo Justo Jonás, Amsdorf, Spalatino y Melanchthon, que al menos pudieron emborracharse sin quedar obligados á la gratitud.

La casa de la ciudad de Wittemberg conserva aun los registros de las cuentas del siglo xvi: pondremos un estracto de ellas:

XX grosch. (1), por un pequeño tonel de Malvasía, á cinco grosch. el cuartillo.

VI grosch., por un pequeño tonel del Rhin.

VII grosch., por seis canetas de vino de Franconia, el cuartillo á catorce, para el Dr. Martin, el miércoles despues de la Trinidad.

XVI grosch., VI stub., por un tonel de cerveza de Eimbeck para el servicio del Dr. Martin, el mártes despues de San Juan.

I stub., VII grosch., III hell., por una toca de Suavia á la señora Catalina Bora, mujer del Dr. Martin, regalo de año nuevo.

II stub., XVI grosch., por el vino tomado para el doctor Martin en las bodegas de la ciudad.

(1) Moneda.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XLII grosch., pagados para el Dr. Martin cuando á peticion del consejo y del comun vino á Wittemberg de su *isla de Pathmos*.

VII stub., XX grosch., para el Dr. Martin, en la ocasion de sus bodas, tomados de los fondos del hospital (*Maison de Dieu*).

El reformador en la mesa hacia uso de las palabras mas dulces, graciosas y espansivas, de sutilezas y del tesoro de su rica memoria. En ella se hablaba de todo: de los monges á quien no habia podido perdonar, y cuyo vino consideraba siempre mejor que á ellos; del Papa, cuyo horóscopo formaba, y cuyo reino espiritual y temporal, segun él, habia muerto muchos años antes que Lutero; de las mujeres, del diablo y del Emperador. Despues de comer soltaba su ropa, y echaba su partida de bolos con Amsdorf ó cualquier otro amigo. Solia decir riéndose: «Melanchthon sabe mejor que yo el griego: yo le cogeré en los bolos.»

Las mas altas inteligencias contemporáneas que en otro tiempo habian ilustrado á Lutero con sus consejos, seguian una correspondencia frecuente con el reformador: era el casuista universal, padre de la Iglesia sajona, y respondia á todas las cartas.

—Doctor, le preguntó uno: ¿qué entendeis por usurero?

—No tienes mas que abrir mi *Tratado de Usuris*: «El que presta al 5 ó 6 por 100, es usurero.» Cuando yo te presto mi vaso, ¿qué me vuelves tú? Mi vaso: y tú me robarias queriendo ganar con tu cambio. Nada de sacramentos ni de tierra santa á los usureros.

Durante muchos años la puerta de su pequeña celda se veia asediada continuamente por religiosos y monjas que venian á pedirle un marido ó una mujer. Lutero se estaba quieto: Lutero era buscado; tenia en su mano la suerte de numerosos sugetos. Algunos, por fin, perdian la paciencia, y se entregaban á todos los desórdenes del libertinaje, como Juan P..., á quien se encontró en una casa de mala nota. «¡En verdad, nos encenagamos en la torpeza!» escribia Lutero á la vista de todos estos escándalos que daban los monges apóstatas. Algunos violaban á la vez su voto de castidad y las condiciones cristianas del matrimonio, desposándose con mujeres decrépitas y feas, que en defecto de juventud ofrecian grandes riquezas á su codicia. «Como Wolfgang, predicador de la corte, que, segun Lutero, se casó con una vieja loca, cargada de años y de dinero: matrimonio digno de Mammon mas bien que del Evangelio.»

A menudo se encontraba Lutero en la mayor necesidad, sin que nadie quisiese prestarle. Su impresor Hans Luft, convertido en luterano porque ganaba mucha plata con los escritos del doctor, no era mas caritativo que sus otros parroquianos. Lutero no recibia un óbolo de sus trabajos; solamente se reservaba de cada edicion cinco ó seis ejemplares, que tenia en reserva para darlos al primer pobre que viniese á pedirle limosna en el caso de que, y esto era muy frecuente, se hubiese agotado hasta el último maravedi (groeschel).

No es la primera vez que se queja de Luft, que, dejando las pruebas llenas de faltas, hacia mal las tiradas y olvidaba frecuentemente las correcciones del autor: «Mi impresor se llama Juan, y Juan será siempre. Papel, caractéres, todo lo que hace para mí es detestable, tan malo como él: ganando bastante plata, basta: que los demas estén ó no contentos, poco le importa.» ¿Qué hubiera dicho Lutero si hubiese descendido á una de esas imprentas alemanas donde la mayor parte de obreros, luteranos de conveniencia, se dedicaban á inutilizar y manchar los escritos católicos que los monges publicaron?

El elector Federico hacia honor á la firma de Lutero; mas su hermano Juan la protestaba mas de una vez. Creia

que bastaba con enviar anualmente al doctor una pieza de paño. Lutero apenas le daba las gracias, porque estaba fiero y orgulloso como un alto varon; si lo hacia, era despues de muchas semanas. «He tardado bastante tiempo en dar las gracias á vuestra señoria por el traje y la pieza de paño que ha tenido la estrema bondad de remitirme; yo quisiera que vuestra gracia no creyese á aquellos que os dicen que estoy en la miseria: á Dios gracias, vos no me habeis dejado necesitar de cosa alguna; en conciencia, tengo mas de lo que me hace falta; de lo superfluo no tengo necesidad ni deseo. Y, á deciros verdad, yo recibo el regalo de vuestra gracia mas bien casi con miedo que con reconocimiento, pues no querria ser yo de aquellos á quien dijo Jesucristo: «Maldicion en vosotros, ricos; en vuestros te»soros está vuestra recompensa.» Yo os hablo con el corazon en la mano. Al menos, que no sea yo una carga á vuestra gracia, que tantos tiene á quien socorrer, y yo sentiré que no basteis: es mucho sacar de un mismo bolsillo. Lo mismo digo respecto á la bella estofa parda, por lo que os doy las mas espresivas gracias. Mas yo ya veo que me quereis honrar, y para corresponderos me pondré el traje pardo, que es el que mejor está á mi estado; si no viniese de vos, jamás le usaria: yo ruego y suplico á vuestra señoria que no sea tan generoso, y le importuno y le pido, y otra vez que la ocasion se presente no tendré vergüenza de solicitar para otros que son mas dignos que yo de vuestras bondades; porque sin esto, vuestros regalos me confunden. Que Cristo os recompense como vos lo mereceis; es una súplica que hago desde el fondo de mi corazon. *Amen.*»

Inclinaba á los electores, á los grandes, á los señores de la corte ducal, mas que pudiera hacerlo á sus amigos. Hemos visto algunas cartas dirigidas á Federico, escritas en las tapas de los libros, en las cuales las dos hojas habian sido pegadas despues por Lutero.

En mas de dos años dejaron de pagarles á él, al prior y los frailes Agustinos su módica pension; de modo que vivia de la caridad de los fieles, al mismo tiempo que el cuestador de Wittemberg no cesaba de exigir furioso el tributo señorial todos los dias: «¡Tender la mano, y nada recibir! decia Lutero. Mas ¿cuándo acabará esto? Cristo: yo le espero, y él lo arreglará todo; y no espereis que tome la voz jamás el tono de mal humor: solo se alza un poco cuando un pobre llama á la puerta del convento buscando á Lutero, que no tiene otra cosa que darle por toda limosna que una carta de recomendacion á uno de sus amigos de la corte.» Esto hizo volver al monge á sus libros, á la Biblia, pues él no leia otros. A veces se le veia, se le sorprendia convertido á las musas, que habia abandonado, y que eran su calma y su consuelo. Estas hijas del cielo no le guardaban rencor; le defendian del contrario, y le halagaban como al hijo pródigo, inspirándole y procurándole horas de deliciosa embriaguez. No podreis creer cómo la palabra de Lutero florecia y se coloreaba: no direis jamás que habia tomado el latin de los conventos: ¡tan dulce es al oido, tal perfume de antigüedad exhala! Habia nacido poeta. Erasmo, ¿ha escrito una página mas bella que la dirigida á Eobanus Hessus sobre un poema latino?

«Sin el estudio de las lenguas no hay teología posible; teología y bellas letras las hemos visto arrebatar por el mismo naufragio: jamás la gran voz de Dios se revela á la voz de los hombres sino por medio de aquellas inteligencias luminosas que preparan sus caminos como el Precursor al Mesías. Que la juventud se entregue á las musas: este es mi voto mas ardiente: los poetas y los retóricos inician á los hombres en los misterios de las Escrituras y en la inteligencia de las palabras divinas. La sabiduría hace elocuentes los libros de la infancia: guardémonos de despreciar el don de lenguas. Mi docto amigo, sirva vuestro

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nombre y el mio, si os place invocarle, para poetizar la juventud. Todo mi pesar es que nuestro siglo y mis ocupaciones me impiden dedicarme á los poetas y los retóricos antiguos, para entregarme á mi placer al estudio de la lengua griega.»

CAPITULO XXXIII.

ZWINGLIO.—COLOQUIO DE MARBURGO.—1528-1529.

Zwinglio niega la presencia real.—Sueño del doctor.—Doctrina de Lutero sobre la Eucaristía.—El odio del papismo: gran argumento de los sacramentarios, refutado por Lutero.—Zwinglio acusa al luteranismo de intolerancia.—El landgrave de Hesse quiere reconciliar los espíritus divididos.—Coloquio de Marburgo.—Lutero repugna tener por hermano á Zwinglio.—Acusacion de Zwinglio contra Lutero.—Cambio de maldiciones y anatemas.—Las dos partes recurren á la autoridad.—Enseñanza que se desprende de este recurso.—Muerte de Zwinglio.—Destino de Carlostadio.

Despues de su matrimonio, recorrió Lutero la Sajonia, para estirpar de allí los últimos gérmenes del anabaptismo; era entonces cuando Zwinglio, cura de Einsiedelo, trastornaba la Suiza, y sembraba allí, segun el testimonio de algunos historiadores, las primeras semillas de la Reforma, mucho antes que Lutero en Wittemberg. Se envanecia Zwinglio de haber abierto las puertas de la revolucion, por donde Lutero no habia hecho mas que entrar. «Yo he predicado el Evangelio, decia, antes que hubiese oido hablar de Martin, que nada me ha enseñado. Carlostadio, ora no fuese mas que un aprendiz, á quien no faltaba el corazon ni las armas, ó ya una cabeza, un maestro; Carlostadio ha entrevisto la verdad; mas él no ha sabido nunca definir la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nombre y el mio, si os place invocarle, para poetizar la juventud. Todo mi pesar es que nuestro siglo y mis ocupaciones me impiden dedicarme á los poetas y los retóricos antiguos, para entregarme á mi placer al estudio de la lengua griega.»

CAPITULO XXXIII.

ZWINGLIO.—COLOQUIO DE MARBURGO.—1528-1529.

Zwinglio niega la presencia real.—Sueño del doctor.—Doctrina de Lutero sobre la Eucaristía.—El odio del papismo: gran argumento de los sacramentarios, refutado por Lutero.—Zwinglio acusa al luteranismo de intolerancia.—El landgrave de Hesse quiere reconciliar los espíritus divididos.—Coloquio de Marburgo.—Lutero repugna tener por hermano á Zwinglio.—Acusacion de Zwinglio contra Lutero.—Cambio de maldiciones y anatemas.—Las dos partes recurren á la autoridad.—Enseñanza que se desprende de este recurso.—Muerte de Zwinglio.—Destino de Carlostadio.

Despues de su matrimonio, recorrió Lutero la Sajonia, para estirpar de allí los últimos gérmenes del anabaptismo; era entonces cuando Zwinglio, cura de Einsiedelo, trastornaba la Suiza, y sembraba allí, segun el testimonio de algunos historiadores, las primeras semillas de la Reforma, mucho antes que Lutero en Wittemberg. Se envanecia Zwinglio de haber abierto las puertas de la revolucion, por donde Lutero no habia hecho mas que entrar. «Yo he predicado el Evangelio, decia, antes que hubiese oido hablar de Martin, que nada me ha enseñado. Carlostadio, ora no fuese mas que un aprendiz, á quien no faltaba el corazon ni las armas, ó ya una cabeza, un maestro; Carlostadio ha entrevisto la verdad; mas él no ha sabido nunca definir la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

figura bajo la cual el Cristo ha envuelto la recepcion de su cuerpo.» Zwinglio fue el primero que negó la presencia real de Jesus en la Eucaristía, dando á las palabras de Cristo un sentido metafórico, que Lutero rechazó constantemente como una satánica monstruosidad.

«Allí hay una porcion de Biblias hebreas, griegas, latinas y alemanas, escribia el reformador de Wittemberg á sus hermanos de Francfort; que los sacramentarios nos enseñen una version donde se halle escrito: *Este es el signo de mi cuerpo*. Si no pueden probarlo, que callen. ¡La Escritura, la Escritura! repiten sin cesar; mas ved la Escritura: ella habla mas claramente que ellos estas palabras: *Este es mi cuerpo*, que les desmienten y combaten. Un niño de siete años lo entenderá asi, y les dará la misma interpretacion. Miserables, que no se entienden entre si, y á quienes Dios, para nuestra enseñanza, deja se muerdan, se despedacen y se coman los unos á los otros: porque nosotros sabemos que el espíritu de Dios es espíritu de union, y su palabra una: gran prueba de que estas sectas de sacramentomagistas no proceden de Dios, sino del diablo.»

Hemos dicho que la inspiracion de Zwinglio respecto al testo eucaristico, tuvo su orígen en un sueño: veámosle, pues, y observaremos que los confesionistas de Augsburgo se burlaron de él, como los sacramentarios de la conferencia diabólica del reformador.

«Era el primer dia de abril: estando durmiendo, me pareció que entraba en disputa con el escribano, mi adversario (porque el dia anterior habia tenido una disputa con el escribano de Friburgo acerca del sacramento de la Eucaristía), y estuve tan bobalicon, que no supe responder. Yo estaba dominado de cierta displicencia y pesadez; y como las fantasías se apoderan generalmente de los que duermen, aunque no sea mas que un sueño esto que yo he aprendido, no tiene tan poca importancia, por la gracia

de Dios. Estando, pues, en tal estado, me pareció que venia una cosa como traida por encanto, que yo no sabré decir si era blanca ó negra, porque lo que yo cuento es una vision, la cual me dijo que yo podria responder fácilmente y cerrar la boca al escribano, alegando el pasaje del Exodo, 12, en la página que trata del tránsito del Señor, etc.... Yo me desperté sobresaltado, y cogiendo la version de Septante, desde entonces lo espliqué y prediqué públicamente delante de todos.» ¡Maravillosa interpretacion, dice el luterano Westphal, hallada por un traductor blanco ó negro!

El dogma de Ulrich Zwinglio se esparció por la Suiza, en el obispado de Bale, sobre todo, donde Ecolampadio le enseñó públicamente, á despecho de la autoridad de Erasmo; en Sajonia, donde Carlostadio le anuncia como una revelacion de Dios, «mas bien que por celo de la verdad, por odio á Lutero.» Las nuevas iglesias estaban revueltas; los espíritus en suspenso, no sabian qué doctrina creer, ni á qué sentido inclinarse. Carlostadio llamaba baño de perros el bautismo de los católicos, y se burlaba del Dios empanada del doctor, hecha por las manos de un panadero.

Lutero admitia la presencia real, mas durante solo el acto de la consagracion, acto que él no queria que se midiese matemáticamente, sino de un modo moral, y que podria durar el tiempo que se gasta en rezar la oracion dominical, ó en comulgar los fieles. Creia él que, en virtud de las palabras de la consagracion, Jesucristo descendia del cielo en la Eucaristia, y que la sustancia de pan y vino no se convertia en cuerpo y sangre, sino que conservaba su materialidad. Desechaba la transustanciacion católica, y esplicaba su pensamiento dogmático en términos bastante oscuros. Carlostadio enseñaba que la sustancia del cuerpo de Jesucristo no podia subsistir en el Sacramento bajo la de pan y vino, y que si se queria admi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tir la presencia real, era necesario creer la transelementacion.

Si el Cristo está presente en las especies eucarísticas, allí debe adorarse. Lutero titubeó desde luego, y conservó la elevacion, suprimiéndola despues, y sosteniendo debia guardarse el pan ó la hostia consagrada, y estableciendo la comunion bajo las dos especies.

La doctrina de Zwinglio, por otra parte, tenia la doble ventaja de no trastornar el sentido y de facilitar mucho mas la inteligencia é interpretacion del dogma católico, que la empanada luterana. El grande argumento de Zwinglio contra la presencia real vemos, pues, no era otro que su aborrecimiento al papismo.

«Miserable argumento, decia Lutero. ¡Negar ahora la Escritura porque la hemos recibido del papado! ¡Ridícula vaciedad! El Cristo entre los judíos encontró escribas y fariseos, y no desechó todo lo que enseñaba. Nosotros creemos que en el papismo hay verdades saludables, si, todas las que nosotros hemos heredado; porque en el papismo es donde nosotros encontramos las verdaderas Escrituras, el verdadero bautismo, el verdadero Sacramento del Altar, las verdaderas llaves que cierran los pecados, la verdadera predicacion, el verdadero catolicismo que enseña la oracion dominical, los verdaderos artículos de la fe, y, en una palabra, el verdadero cristianismo.»

Hubo un tiempo en que Lutero quiso hacer uso del argumento de odio tan familiar á los zwinglianos: esto era cuando él escribia: «Cinco años hace, si Carlostadio ó cualquier otro me hubiese podido demostrar que no hay ni pan ni vino en el Sacramento, me hubiesen prestado un gran servicio, porque hubiésemos dado un solemne chasco al papado; mas nadie lo ha hecho asi, y el testo permanece en pie.»

Los sacramentarios no se contentaban con atacar los dogmas por la predicacion; publicaban ademas escritos en

que la presencia real se negaba con una habilidad de argumentacion, que alteró un momento y puso en peligro la fe de Erasmo. Los luteranos comprendieron el daño, y uno de ellos, Brenz, hizo imprimir, para refutar la opinion zwingliana, el *Syngramma*, que apareció primero en latin, y traducido despues al aleman por Bugenhagen, y publicado con un prefacio de Lutero. Esta obra teológica fue escrita con moderacion; el estilo y el pensamiento son templados; la argumentacion coherente y fuerte, y la gravedad del estilo se halla embellecida por una ironía de buen gusto. Lutero quiso que se desistiera de una secta que tenia muchos cuerpos, como la bestia del Apocalipsis: el uno representado por Carlostadio, que apoyaba su sistema sobre la τουτο de la version griega; el otro por Zwinglio, quien queria que *est* fuese traducido por *significa*; el tercero por Ecolampadio, que pretendia no era la realidad mas que una imágen, y el cuerpo la figura del cuerpo.

Zwinglio se quejaba amargamente de los ataques del luteranismo en un escrito aleman que publicó hácia el fin de 1526. «Mirad, decia, esos hombres que nada son sino por la palabra, y que quieren hoy poner una mordaza en la boca de sus adversarios, cristianos como ellos. Gritan que nosotros somos herejes, que no se nos debe escuchar: proscriben nuestros libros, nos denuncian á los magistrados: ¿no es esto lo mismo que hizo el Papa en otro tiempo, cuando la verdad queria levantar la cabeza?»

La discusion no se contenia ya en las cátedras; habia descendido á los libros, mucho mas violenta que los ataques de Lutero contra el catolicismo; y como el monge de Wittemberg habia lanzado al diablo, su adversario, así Zwinglio, por la misma razon, daba Lutero á Satanás: el zwingliano llamaba al luterano *comedor de carne divina* ó *teófago*; el luterano llamaba al discípulo de Zwinglio *sacramentomagista*.

El landgrave de Hesse, Felipe, que deploraba las nue-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vas revueltas de su desgraciado pais, escribió á los dos jefes de secta invitándoles á un coloquio en Marburgo. Lutero manifestó alguna resistencia: mas por fin cedió á las instancias de Melanchthon, y aceptó la entrevista. El príncipe habia designado el 23 de setiembre para la apertura de las conferencias.

Esta fue la primer vez que Lutero y Zwinglio, estos dos apóstoles de la Alemania, como los han llamado sus discípulos, ó hijos de Satanás, como uno á otro se llamaban, se encontraron en presencia el uno del otro: Zwinglio, orador frio, dialéctico sin agudeza, en presencia de Lutero, cuya palabra fulminante ardia como el aceite puesto al fuego. Para que no le dijesen papista, traia Zwinglio una especie de saco á la antigua usanza de Francia, con un tahalí, de donde pendia un espadon mohoso. Asi es cómo acostumbraba á presentarse, y se presentó en Marburgo.

Con el fin de llegar al coloquio, todo lleno de argumentos, Lutero formó un progimnasio, en que algunos de sus discípulos hiciesen el papel de Zwinglio y de Ecolampadio, compañero del ministro de Zurich. Fueron aquellos Vitus y Hermann, dos jóvenes avezados á las disputas escolásticas, y que sin embargo quedaron completamente derrotados por su maestro, con una abnegacion del amor propio, que ciertamente no se encontraba en los sacramentarios, y mucho menos en Zwinglio y Ecolampadio. Este último vaciló, incierto en sus creencias, y estaba pronto á abandonar á su maestro, si hubiese podido retractarse sin deshonra á los ojos de sus correligionarios. Monge de Santa Brígida, en cuya órden habia colgado el hábito, sin poderle sacudir la polvareda, Ecolampadio era un espíritu fino, desenvuelto, ergotista, que creia mas bien en la infabilidad de Aristóteles que en la de Zwinglio, y que comunicó á Erasmo todo lo que sabia del hebreo, «bien poco,» segun el dicho de Richard Simon.

Ecolampadio habia publicado en Bale la esplicacion de

las palabras de la Cena, segun el testo de los antiguos; y en su obra se percibia, segun el dicho de Adan, una elocuencia tan dulce, que los elegidos mismos, si Dios lo hubiese permitido, habrian quedado seducidos.

Lutero iba acompañado de Felipe Melanchthon, Justo Jonás y G. Cruciger; Zwinglio, de Ecolampadio, Martin Bucero y Gaspar Hedion, que se le unieron á su paso por Strasburgo. Andrés Osiander partió de Nuremberg, Juan Brenz de Halle, y Estéban Agrícola de Augsburgo, para asistir al coloquio. Todos estos teólogos se encontraron por la primera vez en la mesa del landgrave, donde el anciano cura de Heinsiedeln sostuvo brillantemente la reputacion de bebedor suizo. Antes de la comida se entretuvo Lutero en escribir sobre la mesa con la punta del cuchillo: *Este es mi cuerpo*. Por lo demas, la mesa estaba servida de un modo regio, *plane* βασιλικως, dijo Justo Jonás. Se convino durante la comida que para obsequiar al landgrave tendrian antes del ejercicio público uno privado, en que se disputaria de dos en dos: Lutero contra Ecolampadio, y Melanchthon con Zwinglio. A los dos dias tuvo lugar el doble duelo; pero sin gritos, sin ruido de voces ni gestos, y sin cólera. La disputa versó sobre algunos puntos controvertidos por la iglesia de Zurich, sobre el pecado original, sobre la eficacia del bautismo relativa á la culpa, sobre la obra del Espíritu-Santo en la palabra del ministro, sobre la divinidad de Jesucristo, y sobre el misterio de la Santísima Trinidad. La profesion de fe de Zwinglio fue clara, esplícita, conforme á la doctrina de Lutero. Mas cuando llegaron á la cuestion eucarística, el debate se animó; Ecolampadio y Zwinglio se obstinaron, y no quisieron reconocer el valor de los argumentos de sus adversarios. El landgrave entonces los emplazó para la controversia pública, á la cual quiso él asistir con algunos de sus cortesanos.

Mucho se ha escrito sobre los actos de Marburgo; mas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los relatos luteranos y zwinglianos están todos llenos de parcialidad. Un escritor que asistió al coloquio, Rodolfo Collin, ha sabido retratar la fisonomía viva y apasionada del debate, sin dejar de pertenecer á la comunion de que procedia.

Estractaremos de su narracion las partes que se ven mas en relieve.

El primer argúmento de los sacramentarios estaba tomado del capítulo VI de San Juan.

Ecolampadio. Ved el pasaje del Apóstol *Ego sunt vitis vera*, el cual no impugna el poder divino, y que del pasto material deduce el pasto espiritual.

Lutero. Conviene ir poco á poco, y tener en cuenta el capítulo XVI de San Juan, donde no hay una sílaba que hable del Sacramento; no solo porque entónces no se habia aun establecido, sino porque la ilacion de las palabras y el testo mismo prueban que el Apóstol hablaba de la fe en Jesucristo. Convengo con el resto de la metáfora; pero el *Hoc est corpus meum*, es una proposicion demostrativa.

Ecolampadio. Mas *vitis vera* es tambien demostrativa.

Lutero. ¡Y bien! Puesto que del pasto material puede desprenderse el pasto espiritual, yo quisiera que los judíos creyesen que convenia comer el cuerpo: *Sicut panis et caro editur ex patina.*

Ecolampadio. Esta es una idea bastante vulgar: por lo demas, creer que el Cristo es de pan, es una opinion, y no un artículo de fe. Es propio de nuestro espíritu materializar las cosas y darles formas visibles.

Lutero. Cuando Dios habla, el hombre, gusano de la tierra, debe escuchar temblando; cuando Él manda, el gusano debe obedecer; aceptemos la palabra sin quererla escudriñar.

Ecolampadio. Mas puesto que nosotros tenemos el

pasto espiritual, ¿por qué hemos de tener tambien el corporal?

Lutero. Así lo dice Dios: *Accipite;* yo obedezco y me inclino: *Man muss es thun.* Si Dios me dice: «Toma este escremento y cómetele,» yo le tomaré y me le comeré, muy cierto de que será perjudicial á mi salud, y que me hará daño.

Zwinglio. Pero ¿es cierto que en la Escritura no debe tomarse la significacion por lo significado (la cosa significada), lo figurado por lo real, la figura por el cuerpo? Ejemplo: la Pascua del Exodo y el Rollo de Ezequiel: ¿quieres que Dios hubiese propuesto á sus criaturas cosas incomprensibles?

Lutero. La Pascua y el Rollo son alegorías; yo no quiero disputar mas con vos sobre una palabra: si me decís que *est* quiere decir *significa*, me vuelvo á Cristo, que dice *Hoc est enim corpus meum*; con esto no puede el diablo. —*Da kann der Teufel nicht fur*: dudar es caer de la fe; porque, ¿no veis tambien una figura ó tropo en *ascendit in cœlum*? El Dios hecho hombre, el Verbo hecho carne, Dios sufriendo la muerte: ¡ved aquí cosas incomprensibles, que vosotros debeis creer si no quereis vuestra eterna condenacion!

Zwinglio. Tú no pruebas tu proposicion: no es mas que un círculo vicioso: di otra cosa: *Ihr werdet mir anderes singen.* ¿Crees tú que Cristo (San Juan, 6) ha querido que le entendiesen los ignorantes?

Lutero. Negad; mas ved una palabra bien dura: *Durus est hic sermo*, murmuraban los judíos hablando de la palabra como cosa oscura é imposible: este pasaje en cuestion no puede serviros.

Zwinglio. ¡Bah! Ese testo es el que nos rompe la cabeza, *nein, nein, brecht euch den Hals ab.*

Lutero. ¡Mas blando! No estés tan feroz, que no estás en Suiza, sino en la Hesse, y aquí no se rompe tan

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fácil la cabeza del adversario: *Die Hœlfe brechen nicht also.*

Zwinglio. Mas yo he leido en vuestros escritos que Cristo ha dicho: *Caro non prodest*, y Melanchthon que el cuerpo, *corporaliter* comido, es una falsa locucion.

Lutero. ¡Tú te agarras bien á lo que yo he dicho y Melanchthon! La palabra del hombre nunca puede compararse á la palabra de Dios. Si San Pedro resucitase y viniese aqui entre nosotros, no creas que yo le preguntaria mas que lo que *creia*; la fe es la palabra de Dios, que santifica al hombre, y no tanto la vida pura. En una palabra, el sacerdote mas impío puede operar la santificacion.

Zwinglio. Eso es un absurdo; el impío no puede hacer cosa buena.

Lutero. Es decir, ¿que un malvado no podrá bautizar?

(Ecolampadio se interpuso para que la cuestion volviese á sus primeros términos.)

—Haceis mucho ruido; que no nos entendemos, y os servis de una sinecdoque contra el sentido católico.

Lutero. Sí, hay sinecdoque; es la espada en la vaina: el cuerpo es al pan como la espada á la vaina; es una exigencia del testo; no tiene nada de metáfora: *La esencia del cuerpo no consiste solo en la figura* (1).

(Zwinglio pasó á citar á Fulgencio, Agustin, Lactancio, y á un gran número de autoridades católicas que sostienen no puede existir el cuerpo sino en un lugar, y no en muchas partes diferentes.)

—*Ergo* Cristo, que está sentado á la derecha del Padre, no puede estar en el Sacramento del altar.

Lutero. Bello argumento matemático: ¡divisibilidad, estension! Aqui no se trata de lo que toca á los sentidos.

Zwinglio. ὡς ἐν μορφῇ Θεοῦ ὑπαρχων. (Philip., 2.)

(1) Le corps n'est pas pour la figure du corps.

Lutero. Leed en latin ó en aleman, y no en griego.

Zwinglio. Dispensadme; hace doce años que no hago uso mas que de la version griega. He dicho: «Cristo murió para que nosotros muriésemos.»

Lutero. Concedo. Ejemplo: la nuez y la concha: lo mismo puede decirse del cuerpo de Jesucristo. Dios puede hacer que sea y no sea *in loco.*

Zwinglio. Mas si me concedes que el cuerpo de Jesucristo murió, *ergo* local: si es local, está en el cielo, y no en el pan. Lo repito: el cuerpo de Jesucristo murió, *ergo in loco.*

Lutero. Non est in loco. Cuando está en el Sacramento, puede estar en el lugar y fuera del lugar. Ejemplo: El mundo, que es un cuerpo, no existe *in loco.* Por lo demas, que Dios esplique este misterio; yo no debo meterme en mas.

Zwinglio. Haceis un círculo vicioso: es lo mismo que si sostuviéseis que Juan era hijo de María, porque Jesus desde la Cruz la dijo: «Mujer, mira á tu Hijo.»

Lutero. Un artículo de fe no se prueba como un axioma de matemáticas.

Zwinglio. En fin, dad una respuesta precisa. El cuerpo, ¿es ó no es *in loco*?

Brenz. El cuerpo es *sine loco.*

Zwinglio y *Ecolampadio* (alzando la voz). San Agustin ha escrito *in uno loco esse oportet.*

Lutero. San Agustin no habla de la Cena; mas, en fin, ¿cuándo convendreis en que Cristo no está en el Sacramento *tanquam in loco*?

Ecolampadio (sonriéndose). *Ergo* no existe corporalmente en su mismo verdadero cuerpo.

En este momento empezó la cuestion á mudar de aspecto. Zwinglio y Ecolampadio recitaron una muchedumbre de testos de los Padres de la Iglesia, que confirmaban, segun ellos, su doctrina, y Melanchthon y Lutero á cada testo humano oponian otro del mismo autor. La cues-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tion se enredaba, y Lutero amenazaba con su voz á sus adversarios. El landgrave pidió una conclusion.

—En presencia de Dios, dijeron Ecolampadio y Zwinglio, el Cristo no está mas que en espíritu en la Cena.

—En carne, en verdadera carne, dijeron Melanchthon y Lutero.

—¿Al menos, dijo Zwinglio, juntando sus manos, no rehusareis de tenernos por vuestros hermanos? Queremos morir en la comunion de Wittemberg.

—No, no, replicó Lutero; maldita sea esta alianza, que pone en peligro la causa de Dios y de sus almas. ¡Fuera! Estais poseidos de otro espíritu que nosotros; mas tened cuidado, porque antes de tres años la ira de Dios descenderá sobre vosotros.

Terrible profecía, dicen los luteranos, que se cumplió á la letra, «porque Zwinglio murió miserablemente sobre el campo de batalla de Cappel, donde su cuerpo quedó espuesto á las sacrílegas profanaciones de la soldadesca católica, y Ecolampadio en su lecho, ahogado por el demonio, su digno maestro, que le habia enseñado é inspirado su interpretacion de la Cena.»

—¡Miserable, decia Zwinglio hablando de Lutero, en quien la envidia causó el cisma de los sacramentarios! El diablo nos tienta por medio de estos hombres obstinados, los cuales, pesarosos de ver descubierta la verdad de la Cena del Señor por otros que por ellos, como locos furiosos no dejan de gritar mas fuerte que los papistas.

Antes de separarse los teólogos, el landgrave quiso darles un banquete de despedida. Se habia redactado un formulario, que las dos iglesias firmaron: todos protestaron el mas vivo amor de los unos á los otros, bien que no hubiesen podido avenirse sobre la presencia de Jesucristo en la Eucaristía.

Zwinglio volvió á Zurich, y Lutero á Wittemberg, y entre una y otra ciudad medió por mucho tiempo un cambio continuo de maldiciones y anatemas.

«¡Malhadado y perverso Zwinglio! se oia gritar en Wittemberg: ¿quieres tú perder el cristianismo con tu nueva interpretacion? ¡No escucheis á esos demonios de sacramentarios; huidles como á Satanás! Zwinglio, tú eres un falso profeta, un pillo de playa, un puerco hereje.»

Zurich respondia por el órgano de Campanus: «Así como Dios es Dios, así es cierto que Lutero es un diablo.»

Zurich y Wittemberg cantaban á la vez la gloria de sus apóstoles.

«Mirad, decia Zurich (1): ahora no es como la otra vez en Leipzig, donde el sajon no tenia mas rivales que los papistas. En Marburgo se batia con un siervo de Dios un hombre que estaba poseido y lleno de su espíritu; así es que las tinieblas no pudieron sufrir la presencia de la luz: maravillosa inteligencia, que tuvo miedo al griego y no supo distinguir un tropo, y que confundió la nada con el todo, la sombra con el cuerpo.»

Wittemberg respondia por medio de un verdadero manifiesto:

«Dicen ellos que me han vencido; yo digo que mienten, como de costumbre: ¡raza de hipócritas y de impostores! ¿No han anulado en el coloquio todo lo que enseñaban sobre el bautismo, el uso de los sacramentos, el poder de la palabra, y tantas otras doctrinas pestilentes? Yo no tuve inconveniente de retractarme. Provocados, impelidos, abrumados, no quisieron confesar su error sobre la Eucaristía; porque gritaba el populacho del canton que á todos, á todos, harian esperimentar su ira. ¿Qué fue lo que me opusieron? Zwinglio no hacia mas que remachar el mismo clavo: «Un cuerpo no puede existir sin espacio y sin figura.» Y qué, ¿la filosofía nos enseña que el cielo es na-

(1) Prosopopeya de gran mérito literario. (*N. del T.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

turalmente sin espacio? No hubo nadie que me respondiese una palabra. Y Ecolampadio con sus padres, que llaman signo al cuerpo, *ergo* no es cuerpo. Hubieran ellos querido que nosotros les hubiésemos dado el nombre de hermanos. Zwinglio, con los ojos bañados en lágrimas, llamando en su testimonio al landgrave, aseguró que no habia en el mundo hombres entre quienes él apeteciese vivir como entre los wittembergenses; yo, por el contrario, jamás he querido darles el nombre de hermanos.—¡Fuera! ¡Vosotros estais poseidos de un espíritu que no es el nuestro!—Estaban furiosos; se hacian los pequeños y los modestos; hipócritas que querian hacer de nosotros los profesores y patronos de la herejía! ¡Oh astucia de Satanás! Mas el Cristo nos cubre con su capa. Yo no me admiro de que mientan de un modo tan impudente; la mentira es su elemento; mas la mentira los cubre de infamia.»

¡Qué grande enseñanza nos presta la Reforma en el coloquio de Marburgo! ¡Ella habia dicho que no podia llegarse á la verdad sino por la Biblia, y que no teníamos otro tribunal mas infalible que la palabra de Dios! En nuestros dias, veamos qué consejos da ella al hombre por el órgano de M. Cheneviere: «Sondead las Escrituras; examinad, reflexionad, juzgad vosotros mismos; no os dejeis imponer por autoridad alguna, ni por los Padres, ni por los Concilios, ni por vuestros abuelos, ni por los reformadores mismos, imperfectos como vosotros, falibles como vosotros, ni por las confesiones de fe, ni por los sínodos.»

Y ¿para qué estos consejos? Para venir á parar á este doble manifiesto: de Lutero, que el diablo es autor de la exégesis de Carlostadio; de Ecolampadio, que el diablo ha sugerido á Lutero la presencia real.

M. Cheneviere no es mas que el eco del sajón. En 1517, cuando Martin afirmaba sus tésis en la iglesia del castillo; en 1518 en su entrevista con Cayetano; en el mismo 1518 en Leipzig en presencia del Dr. Eck; en 1521 en Worms

delante del Emperador, esta fue la terrible palabra, la Escritura que el monge montaba todos los dias sobre la muralla, escrita con el dedo de Dios, como la sentencia de Baltasar; esta palabra escrita en una lengua ininteligible y que queria que cada uno leyese, y cuyo sentido revelaria el espíritu de Dios; esa palabra que, exaltando todo cuanto en el corazon del hombre hay de mas miserable, ha arrebatado para siempre el reposo de la Alemania. ¡Y bien! El dia en que hubo duelo, no entre un protestante y un papista, sino entre Lutero y Zwinglio, dos hermanos alimentados con una misma leche y que crecieron bajo un mismo cielo, la Reforma no acude ya al testimonio de la palabra de Dios; se ha hecho monja, y para esplicar un versículo del Apóstol no apela al rayo que desciende del cielo al alma del que lee con fe, sino á la autoridad de los Padres. ¡Qué, Zwinglio, los Padres! ¡Vos, que en vuestra esposicion de la fe cristiana deciais que «si pendiese de vos preferiríais ser un Séneca ó un Sócrates á lo que son los Papas de Roma, los Padres, los Emperadores y los Príncipes papistas; porque si bien estos étnicos no creyeron en Jesus, fueron mas santos y religiosos que todos los jacobinos y cordeleros!»

¡Y vos, Lutero, los Padres! ¡Y aun con San Agustin, «que ha errado una vez y no debe inspirar confianza, y el que ha echado abajo á los santos porque poseia la verdadera fe!» Mas, ¿cómo saldrá la verdadera Reforma del abismo en que se ha metido ella misma? Vedla envuelta en esa palabra de Dios que ella invoca, signo para Zwinglio, realidad para Lutero, tropo para los ojos de Ecolampadio, carne al sentir de Melanchthon, doble palabra, carnal y espiritual, sinecdoque y metáfora; vedla envuelta en ese *est*, existencia y apariencia. ¡Apelad al Verbo de Dios, que reune dos sabidurías, dos símbolos en su unidad! ¡Haced descienda el Espíritu-Santo para revelar á Zwinglio una interpretacion que Lutero ha tratado de satánica, y á Lutero un sentido

que Zwinglio considera como un damnable antropomorfismo! Y si la Reforma abandona la Escritura, será para lanzarse en otro abismo, cual es el de los testos de San Agustin, San Fulgencio y otros Padres, sobre cuya letra se apoya cuando el signo divino la embaraza. Una letra muerta, falible, porque nos viene de los hombres; la misma Reforma nos lo ha dicho. Y aunque eleveis esta forma humana mas alta que la letra divina, tendremos que como una y otra tienen una múltiple significacion, darán siempre un doble sentido, con el cual Lutero y Zwinglio, de una misma voz, deducen que Cristo es y no es al mismo tiempo corporalmente en el Sacramento. Que la Reforma haga lo que quiera; sin la autoridad jamás podrá formar su símbolo, ni podrá dar á luz mas que glosas; y cuando, infiel á su lógica, tenga necesidad de justificar su fe con las tradiciones humanas, se condenará, y rasgará la obra de aquel que, fundándola, holló la autoridad, como un blasfemo.

Mas tarde, Lutero, por estar al abrigo de los exégetas sacramentarios, fue obligado á bajar la cabeza ante la autoridad. ¡Magnífica retirada, que prueba bien toda la miseria de esta razon, que en tanto habia tenido anteriormente, y que en el dia del peligro no fue en sus manos mas que una espada enmohecida! Oid esa voz, avezada á los himnos de la razon, proclamar que no hay salud ni refugio posible fuera de la autoridad.—Despues de la institucion del cristianismo, la Iglesia no ha tenido jamás otra doctrina; y este testimonio constante y uniforme debe bastarnos y apartarnos de escuchar los espíritus del trastorno y del error. Es peligroso alzarse contra la voz, las creencias y las doctrinas de la santa Iglesia, que despues de diez y seis siglos no ha variado jamás de dogma. ¿Qué es dudar de esto, sino dejar de creer á la Iglesia, condenarla como embustera, á ella, al mismo Cristo, á los Apóstoles y los Profetas? ¿No está escrito, por ventura: «Ved: yo

seré con vosotros hasta la consumacion de los siglos» (San Mateo, 28, 10); y en San Pablo: «La casa de Dios es la Iglesia de Dios vivo, la columna y la base de la verdad?» Yo pienso que la disputa se eterniza; convendria imponer silencio á los disidentes, y no soy yo solo el que os da este consejo, sino el Espíritu-Santo, por la boca del Apóstol: «Evitad al hereje despues de haberle advertido una ó dos veces; todo el que permanece en este estado, está pervertido, y habla como un hombre que se condena á sí mismo por su propia voluntad.»

La muerte vino á librar al reino de Lutero de dos enemigos poderosos, Zwinglio y Ecolampadio; Carlostadio les siguió mas tarde al sepulcro. Todos tres, en un cierto tiempo, fueron asidos por la mano de Dios. Los últimos años del anciano arcipreste de Wittemberg estuvieron mezclados de dolores y de agonías. Lanzado de la iglesia á instigaciones de Lutero, arrastraba de ciudad en ciudad sus inquietudes, viviendo del pan de la caridad, que él pagaba en doctrinas, que vigorizaban los espíritus, atormentado menos por sus remordimientos que por el ruido de los triunfos de su antiguo discípulo. Fatigado de errar como Cain, señalado con el dedo por las poblaciones, objeto de piedad para los ministros luteranos, de desden para los cortesanos y los doctos, se dirigió por fin á su enemigo, pidiendo le dejase respirar; y Lutero fue tan generoso, al decir de sus biógrafos, que le vendió el aire natal al precio de una retractacion. Esto da una idea bien clara de lo que le quedaba á Carlostadio, que no tenia mas que sus doctrinas por todo consuelo. Se resignó, y prometió no predicar, ni enseñar, y morir separado de todo ruido y de toda querella teológica. A este precio le asignó los pequeños lugares de Kluberg y Bergnitz, desde los cuales podia escuchar las campanas de Wittemberg, descubriéndose sus torres. Le acompañó su mujer, y ambos vivieron algun tiempo, como la posteridad de Adan, con el sudor

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de su frente, la una trabajando la tierra, el otro vendiendo por las tardes panecillos, ó bien llevando leña al mercado, con una ropa burda, una vieja espada metida en una vaina rota, y no respondiendo á otro nombre que al de mi vecino Andrés. Al fin Carlostadio olvidó su promesa, y volvió á su Biblia. Algunos pretenden que el tentador se introdujo en la cámara del teólogo bajo la forma de un oficial de Wittemberg, que venia á esponerle sus dudas fingidas sobre el capítulo VI de San Juan; que este espíritu de tinieblas habia sido enviado por Lutero mismo, que empezaba á dudar de la paciencia de Carlostadio; mas este artificio no está bastante probado para poder infamar la memoria del reformador, y, por lo demas, el arcediano llevaba en sí mismo un demonio que tarde ó temprano debia triunfar de sus votos de obediencia; el mismo que habia perdido al primer hombre: ¡el demonio del orgullo! Le escucha Carlostadio, se quita su casaca, se viste el traje negro de Orlamunt, que los años habian descolorido, y se lanza á predicar sobre la ardiente materia de la Cena. Creyó haber encontrado una exégesis del misterio eucarístico, la mas pobre vaciedad, por cierto, que ha pasado jamás por la imaginacion del hombre: Carlostadio trasportó al cuerpo mismo del Salvador lo mismo que el Salvador habia dicho del pan. *Este es mi cuerpo*, decia él, y debe entenderse en la acepcion de Jesus: «Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.» Ved este τουτο griego; esto es, el *hoc est* latino que hizo tanto ruido, y que nadie como Lutero supo ponerle en la cuenta de Satanás, porque ciertamente Satanás hubiese encontrado mejor interpretacion: era un calumniador. Este malhadado artículo escitó la cólera de Lutero, y provocó el destierro del doctor.

Habia en Wittemberg dos teólogos, que por haberse puesto en lucha con Lutero fueron obligados á dejar la Sajonia: eran Krautwald y Schwenkfeld, que habian osado reirse de la impugnacion del monge. Carlostadio les escribió una

carta, en que se quejaba del modo mas amargo de la intolerancia del eclesiástico sajon, y en que hacia una pintura de su pobreza. «Yo me veré obligado á vender para vivir mi herencia, mi ropa, mis utensilios, y todo mi menaje, porque no hay quien se compadezca de mí, y creo que me verán morir de hambre á mí y á mis hijos.»

Al mismo tiempo refirió, en un largo *factum*, al canciller Bruck todo lo que le hacia pasar Lutero, quien le habia privado hasta del uso de la palabra. Lutero tuvo conocimiento de estas quejas, y resolvió sofocarlas. El arcediano tuvo que abandonar la Sajonia, y buscar en la Suiza la hospitalidad. Bale le abrió sus puertas, que habia cerrado á Erasmo.

Ved el fin de este drama miserable que habia representado el arcediano, referido por autores reformados, y, entre otros, por Lœscher.

Hallándose predicando en la catedral en 1541, vió entrar un hombre negro, que se aproximó al lado del cónsul; cuando bajó del púlpito, le preguntó al magistrado el nombre del estranjero, quien le contestó que á nadie habia visto; marcha Carlostadio á su casa, y la criada le dice que en su ausencia un hombre negro habia entrado y cogido al niño, subiéndole al aire, y dejándole caer, sin que el niño se hubiese hecho daño; que al retirarse habia dicho al niño: «Dile á tu padre que yo vendré dentro de tres dias.» Carlostadio se metió en la cama, y á los tres dias despues entregó su espíritu á Dios, ahogado por el demonio, como lo aseguran hasta los pastores de Bale.

Durante todas estas disputas, dos grandes acontecimientos habian tenido lugar: Francisco I, prisionero en Pavía, fue puesto en libertad; la paz fue firmada entre el Emperador y el Rey de Francia; Cárlos V habia prometido repasar los Alpes tan luego como pudiese cumplir su palabra; el Emperador convocó los Estados del imporio para Augsburgo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXXIV.

DIETA DE AUGSBURGO.—1530.

Entrada de Cárlos V en Augsburgo.—Procesion del *Corpus*.—Los príncipes se resisten á concurrir.—El elector Juan.—El landgrave de Hesse.—Los predicadores.—Relacion de una farsa luterana, por Erasmo.—Apertura de la Dieta: oradores católicos.—Exomológisis melanchthoniana.—Antilogismos de Lutero.—Lutero en Coburgo.—Disposiciones pacíficas de Melanchthon.—Lutero rehusa la reconcilinacion.—Melanchthon consiente en conservar el episcopado y el papado.—Bruck no quiere que se reconozca al Papa ó Antecristo.—Grito de reprobacion contra Melanchthon.—Lutero apela al rencor.—Sus palabras piadosas á Melanchthon.—Spalatino quiere restablecer la Misa.—Cólera de Lutero.—Su doctrina sobre la obediencia debida á los poderes.—La confesion de Augsburgo examinada como idea progresista.

El 13 de junio de 1530, Cárlos V hizo su entrada solemne en Augsburgo. Fue este uno de los espectáculos mas bellos que jamás presenciara ciudad alguna de Alemania.

El Emperador atraia sobre sí todas las miradas. Jóven, bello, bien formado, montado en un caballo de Polonia, que manejaba con toda la gracia de un ginete consumado, saludaba con la mano y sus miradas á todo el pueblo agolpado á su tránsito. Trescientas campanas sonaban á la vez, y uniendo sus sonidos á las detonaciones de la artillería, á la voz de las trompetas é instrumentos guerreros, á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la mas grande voz de todo un pueblo, dominando á todos estos ruidos diversos. Jamás principe alguno habia recibido mayor ovacion. Llevaba una capa española, bordada de oro y cuajada de pedrería; la silla del caballo estaba sembrada de topacios y rubies, y los estribos eran de plata sobredorada. Marchaba bajo un palio de escarlata, sembrado de abejas de oro, y conducido por los senadores, vestidos á la española. Se seguia el órden prescrito por la Bula de oro, y los reglamentos publicados en 1356 por Cárlos IV. El elector de Sajonia, como gran mariscal del imperio, precedia al Emperador, entre el conde Palatino, representado por el marques de Erbach, y el margrave de Brandeburgo, llevando la espada imperial en la mano derecha; el conde Palatino, el globo coronado; el margrave de Brandeburgo, el cetro, y todos tres de frente, revestidos de sus mantos electorales de escarlata y armiños, y blasonados de sus armas. El duque de Sajonia traia por escudo sobre campo tajado de plata y sable dos montantes de gules en sotuel, dividido todo por los cuarteles de las diferentes provincias que poseia, y á que creia tener derecho, como los duques de Juliers, de Cleves y de Berg; el margrave de Brandeburgo, gran chambelan hereditario del santo imperio, traia armas cuarteladas, y en el jefe, sobre campo azur, un cetro de oro. Federico de Austria, gran copero hereditario y sumiller del imperio, Rey electo de Bohemia en 1527, marchaba fuera de linea, solo é inmediatamente unido al Emperador, cubierto con la corona de su dignidad, escoltado por trescientos caballos, vestidos de casaca encarnada y blanca. El Arzobispo de Maguncia, decano de los electores eclesiásticos, precedia á los príncipes portadores de las insignias áulicas, escoltado por doscientos guardias del Emperador, con casacas de terciopelo amarillo y negro; á la izquierda el Arzobispo de Colonia, á la cabeza de cien guardias armados de todas armas. Los electores eclesiásticos llevaban bonetes de escarlata, forrados de armiño. Las calles estaban cubiertas de tapicería, flores y follaje. A la vista del Emperador, el pueblo se inclinó para recibir la bendicion del Legado. El Emperador bien pudo conocer entre el gentio á los luteranos, que se contentaban con inclinar la cabeza á su paso, sin hincar la rodilla en tierra. En las puertas de Augsburgo, cuando el Emperador montó en el caballo que se le habia destinado, y cuando el Cardenal Campegio le habia dado su bendicion, los príncipes electores se mantuvieron descubiertos, pero sin inclinar la cabeza.

Las miradas buscaban en vano al que ponia en movimiento á la muchedumbre, al que habia forzado al Emperador á desterrarse del teatro de su gloria, y cuyo nombre é imágen ocupaba todos los pensamientos. Lutero estaba ausente. Retirado á una pequeña ciudad, Coburgo, donde le habia conducido el elector de Sajonia temiendo que su presencia en Augsburgo escitase la cólera de Cárlos V, porque estaba bajo las responsabilidades del edicto de Worms, le acompañaron Spalatino, Jonás y Melanchthon, que continuaron despues su ruta á Augsburgo, cantando el primer versículo del salmo *Deus in adjutorium*, traducido al aleman y puesto en música por el reformador, y que se cantó en los templos evangélicos durante la Dieta.

Con todo eso, nadie pensó sino Lutero convertir en duelo esta pompa triunfal.

El elector de Sajonia y los príncipes protestantes, que temian la cólera del Emperador, se mantuvieron escondidos para desviar la tempestad. El elector tuvo aviso de que avanzaba Cárlos V con fuerzas suficientes; le esperó al pie de los Alpes, para impedirle la entrada en el Tirol; medida desesperada, que pudo ser bien funesta á la Reforma, y cuya inconveniencia comprendió bien Lutero. «Príncipe, escribia este al duque: no es por medio de las armas como debe defenderse nuestra causa, sino por la paciencia y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la resignacion, y, sobre todo, por una confianza sin límites en el Señor y en la fuerza de su brazo todopoderoso.» Este consejo era muy acertado; el elector le siguió. Con el tiempo el lenguaje de Lutero debia mudarse. Maimburgo y otros historiadores católicos se han dejado arrastrar por esta sabiduría mundana del reformador: verosímilmente ellos no habian leido su «llamamiento á la nacion alemana.»

La comitiva avanzaba hácia la catedral. Al llegar á ella se cantó un *Te-Deum* en accion de gracias, y el Legado del Santo Padre dió su bendicion á los asistentes. A los dos dias era la fiesta mas solemne del catolicismo, la fiesta del Sacramento, que debia llevarse por las calles de Augsburgo: Cárlos invitó á los príncipes reformados á esta ceremonia. Los príncipes habian concertado de antemano la respuesta. Este fue un verdadero juego teatral: Jorge de Brandeburgo, llevando la mano á su cuello, declara que está pronto á subir al cadalso y á perder la cabeza, antes que reconocer el Evangelio. El Emperador sonrió, repitiendo: «¡Nada de cabeza, nada de cabeza!» Y no dijo mas, bien porque la lengua alemana le fuese poco familiar, bien porque los largos discursos no le conviniesen, ó tal vez porque, siguiendo la costumbre de la corte de España, hablaba por él su hermano Fernando, Rey de Hungría, y su lugarteniente general. Los reformados no comprendian cómo este príncipe, que enmudecia delante de ellos, inmóvil como una pagoda, no espresando su voluntad mas que por medio de inclinaciones de cabeza y movimientos de ojos, habia podido hacer temblar al mundo: creian hablar á un hombre, y no encontraron mas que una estatua. Mas de un noble reformado debió su ardor de la víspera á este estado apoplético de la lengua imperial.

«Bravo hombre, decia Lutero, que habla menos en un año que yo en un dia.»

Aquella noche tuvieron junta los príncipes reformados, y convinieron y se resolvieron á no asistir á la procesion;

á los dos dias presentaron al Emperador la protesta escrita. Jorge de Brandeburgo tomó de nuevo la palabra: «Todo menos renegar del Evangelio...» Y lo dijo llevando la mano á su cuello. El Emperador le interrumpió, repitiendo: «Nada de cabeza, nada de cabeza!» Y volvió á su silencio habitual. Su hermano probó á vencer la obstinacion del príncipe; pero fue en balde. Era el medio dia; el cañon de los bastiones y las campanas de las iglesias anunciaban ya la salida de la procesion.

No fue menos magnífica esta que los paseos triunfales de la antigüedad. Jorge Sabin agotó para pintarla todos los tesoros de la poesía. El Arzobispo de Maguncia sostenia un sol de oro macizo, cuyos rayos, sembrados de pedrería, lanzaban destellos de todos colores. Seis príncipes conducian un palio bordado de oro y plata, y adornado en sus cuatro ángulos con penachos de plumas de avestruz. En cada plaza se alzaba un altar de descanso, adornado con flores, colgaduras y pinturas preciosas.

Marchaba el Rey Fernando á la derecha del Arzobispo; á la izquierda Joaquin, elector de Brandeburgo; delante del palio dos filas de sacerdotes y niños de coro, y los dos grandes mayordomos de la casa imperial y real, seguidos de heraldos, de trompetas, atabales y cornetas; despues los senadores del imperio, los miembros del consejo imperial, los del consejo real, los magistrados de la ciudad, los oficiales y gentiles-hombres de Palacio. Detras del palio las miradas se fijaban sobre el Emperador, cubierto con su gran manto de púrpura forrado de tisú de plata, la cabeza descubierta, sin parasol, en medio de los ardores de junio. Detras de S. M. venian el Legado, los electores eclesiásticos, los Arzobispos y Obispos, los diputados de las ciudades imperiales, los grandes de España, los señores italianos y flamencos, la guardia del Emperador y el Rey de Hungría. Los asistentes llevaban un blandon en la mano, marchando en silencio lentamente, y se arrodillaban cada

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vez que el Legado alzaba el Santísimo Sacramento, presentándole á la adoracion de los fieles. Los niños de coro arrojaban flores por el tránsito de la procesion. Los príncipes reformados observaban al Emperador en el templo, donde habian entrado con permiso de Lutero. El duque Juan llevaba la espada imperial, que era el distintivo de su cargo: habia consultado con varios teólogos, y sobre todo con el Dr. Martin, los cuales le permitieron desempeñase sus deberes de gran vasallo, á ejemplo de Naaman, que sostuvo con su mano al Rey de Siria, su amo, cuando adoró al ídolo de Remmon.

Los teólogos reformados no encubrian ni disimulaban su lenguaje. El Emperador era el príncipe infiel de Siria; la basílica católica el templo pagano, y el Cristo que daban á adorar al pueblo el ídolo de Remmon.

Los príncipes reformados, despues que el Emperador hubo entrado en la Iglesia, pasaron á ocupar los puestos que les estaban destinados. Cárlos se sentó en su trono, de cara al altar.

El coro estaba colgado de terciopelo carmesí; á derecha é izquierda del altar mayor habia seis sitiales con seis rótulos, donde se leian los nombres de Maguncia, Colonia, Bohemia, Baviera, Sajonia y Brandeburgo: un sillon estaba vacío, indicando la plaza del elector de Tréveris, ausente á la sazon. Los oficiales de los electores, en pie, tenian delante de ellos la espada sobre el hombro. Luego que los electores estuvieron sentados, se vieron entrar en el coro varios príncipes y condes, y por último el conde de Pappenheim, que cerró las puertas, entregando las llaves á su chambelan. Al punto el Arzobispo de Maguncia entonó el *Veni Creator*, levantándose todos los concurrentes á la vez; despues comenzó la Misa de Espíritu-Santo, con arreglo á lo prescrito en la Bula de oro. Al Evangelio los dos asistentes, seguidos de los prestes y precedidos por dos pajes con cirios en las manos, se adelantaron, el uno con

el incensario y el otro con el libro de los santos Evangelios, y aproximándose al Emperador, hicieron tres profundas reverencias, y le incensaron por tres veces; y una vez al elector de Maguncia, al de Colonia, al Rey de Bohemia, al duque de Sajonia, al margrave de Brandeburgo, á los cuales les dieron á besar el Evangelio. Antes del *Agnus Dei* dieron á besar los asistentes una cruz de plata al Emperador y los electores. Concluida la Misa, el Arzobispo se despojó de sus vestiduras, y puesta la capa pluvial, de rodillas, entonó un himno, cantado y acompañado por la música imperial.

La comitiva volvió por el mismo camino y con la misma pompa al Palacio de Cárlos V.

Veamos ahora, y conozcamos aquellas almas timoratas, que hubiesen creido perder la inocencia poniendo el pie en un templo católico. Uno de ellos, el elector Juan, príncipe de los mas glotones de su siglo, cuyo vientre cargado siempre de vino y viandas tenia necesidad de ser contenido por un círculo de hierro para no estallar, entusiasta de una simbólica que habia abolido el ayuno y la Cuaresma, haciendo dias de carne las vigilias del viérnes. Su mesa electoral pasaba por la mas abundantemente provista de Alemania, con los licores y vinos de todas clases, arrebatados á los refectorios de los conventos y á las sacristías de las iglesias. Otro, su hijo Federico, que gastaba el tiempo y la juventud en la mesa ó en la caza, y, como su padre, convidado alegre, amigo del vino y de la buena carne, y que apenas sabia el Catecismo. Otro era el landgrave de Hesse, en quien la lascivia era proverbial, adúltero desvergonzado, que por resistir los asaltos de la carne demandó y obtuvo mas tarde la permision de poder tener dos mujeres, y que se hacia servir á la mesa por sus criados con librea, en cuyas mangas se veian bordadas estas cinco letras iniciales: V. D. M. I. A., *Verbum Domini manet in æternum*: la palabra de Dios, que subsistirá eternamente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Otro era Wolfgang, príncipe de Anhalt, de ignorancia crasa, que, segun se decia, jamás habia sabido santiguarse. Otros, Ernesto y Francisco de Luneburgo, que no quisieron dejar á sus criados el trabajo de robar las iglesias, y arrebataron por sus manos los vasos sagrados. Ved qué príncipes, cuya alma se turbaba solo con la idea de ponerse en presencia de los tabernáculos católicos.

Cuando Cárlos se hubo sentado, los Arzobispos y los Prelados bendijeron unos despues de otros el cubierto. El Arzobispo de Maguncia tomó los sellos del Estado, y los puso sobre la mesa. El Emperador los trasmitió al canciller de Augsburgo, quien colgó en su cuello el sello mayor. Al punto apareció el margrave de Brandeburgo á caballo, y teniendo en sus manos una palangana y un jarro de plata, del peso de doce marcos, y un lienzo adamascado, lavó las manos al Emperador. Despues vino el conde Palatino á caballo, trayendo cuatro platos de plata, cada uno del peso de tres marcos, llenos de viandas esquisitas, los cuales puso sobre la mesa; en fin, el Rey de Hungría gran copero y sumiller, un jarro de plata en la mano, de peso de doce marcos, lleno de agua y vino, que ofreció respetuosamente á Cárlos V. Al señor de Falkenstein correspondia el caballo del margrave; al margrave de Brandeburgo la palangana y el jarro; al señor de Nortemberg, mayordomo de palacio, el caballo y los platos del conde Palatino; al señor de Limburgo el caballo y la copa del Rey de Hungría; y al mariscal de Pappenheim el caballo, el baston y la medida del elector de Sajonia. Ved el cargo del elector Juan. Delante de la casa imperial se habia preparado una cantidad de avena, y el elector, con un baston de oro en la mano y una medida de plata sobredorada, del peso de doce marcos, llenó la hanega, la cual entregó al primer palafrenero; despues plantó su baston en el monton de avena, y se retiró.

El edicto de Worms prohibia absolutamente á los nova-

dores publicar su doctrina en el púlpito. El edicto estaba vigente, y, sin embargo, los príncipes reformados, bajo el pretesto de que no podian pasar sin el pasto espiritual, á su entrada en Augsburgo habian establecido en sus capillas privadas sermones que conmovian al populacho. El pueblo iba á ellos por escuchar las injurias que se pronunciaban contra los papistas y el nombre de *Antecristo* que se tributaba al Pontífice y á los Obispos, y la condenacion del celibato eclesiástico. Fue necesaria una órden del Emperador, publicada á son de trompeta en todas las plazas públicas, para imponer silencio á estos oradores. Augsburgo estaba amenazada de las mismas plagas que desolaron el Bajo-imperio, donde cada habitante era una Universidad. La ciudad se habia convertido en un hormiguero de predicadores; zwinglianos, anabaptistas, carlostadianos, illyrianos y luteranos, los cuales todos se decian enviados de Dios para anunciar su palabra. Esta nube de evangelistas se dirigia de uno á otro punto, y de cada guardacanton hacia un púlpito, desde el cual arengaba á la muchedumbre, que escuchando diferentes voces llegadas á sus oidos de diversos puntos, no sabia á cuál dirigir la atencion. ¡Pobre del clérigo católico que en estas circunstancias hubiese atravesado solo las calles de la ciudad de Augsburgo! Erasmo, con su causticidad habitual, ha pintado bien esta algarabía de palabras magistrales, esta algazara de cuestiones, este zumbido de interrogaciones sin fin, y este clamoreo aturdidor de testos bíblicos. «Ved, allí viene uno, Evangelio en mano, gritando á plenos pulmones: ¡Enseñadme dónde está el purgatorio! Otro: ¡Dónde está el bautismo de los reciennacidos! Un tercero: ¡Dónde está la Trinidad, la divinidad de Jesus! Otro, en fin, si en la union hipostática debe entenderse otro y otro, ó bien otra cosa y otra cosa. Mirad, aun no se ha concluido; yo distingo desde aquí uno que investiga cómo los accidentes pueden estar en la Eucaristía. Otro, si el pan y vino se reducen á la nada

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ó se convierten en su cuerpo por alteracion. Otro, por fin, si el cuerpo subsiste en el que lo recibe, ó se convierte en su sustancia.» Verdaderamente, Erasmo fue afortunado con estar entonces enfermo en Bale; porque en Augsburgo, para cuya ciudad le invitó Melanchthon, sus oidos hubiesen sufrido un tormento terrible, y su cabeza, harto fatigada, habria estado dispuesta á vértigos molestos.

El mismo no hubiese estado mas complacido de ciertos predicadores católicos que antes de la llegada de Cárlos V habian hecho del púlpito un trípode sibilino, desde el cual lanzaban á la cara de las grandes lumbreras del siglo todo cuanto podia inspirarles su mordacidad. Ved, por ejemplo, un fraile francisco (y esta designacion no se crea es una sátira vengativa de Erasmo), que tiene el privilegio de atraer la muchedumbre á sus sermones; porque en ellos no deja tranquilos ni á los sacerdotes, ni á los Obispos, ni á los Papas, ni al Emperador, ni á los letrados, á quienes, sobre todo, acusa de todos los males que desolaban á la Alemania. «Hermanos mios, decia: yo os anuncio una nueva estrella que aparece en el horizonte; la lengua se me entorpece en mi boca, porque un asno, señor asno, un doctor con largas orejas, que pretende, ¡ved qué desvergüenza! pretende corregir el *Magnificat*, ese cántico inspirado por el Espíritu Santo, ese mismo ha corrompido el Evangelio, precursor de Lutero, que vino á contagiar la Alemania.» Era de Erasmo de quien hablaba. Juan Faber, confesor de Cárlos V, y el Cardenal de Trento, impusieron silencio al franciscano, y le prohibieron subir al púlpito, con gran sentimiento de los habitantes de Augsburgo, que se complacian en sus palabras lúbricas.

Erasmo nos hace la relacion de una comedia que tenia cierto sabor á luteranismo, y que se tiene, sin embargo, el atrevimiento de representarla delante del Emperador, quien no pudo saber el nombre del autor hasta llegar al desenlace ó fin de la funcion.

Estaba reunida la corte en el palacio de la Dieta, con el Rey de Hungría, los Prelados y los príncipes reformados. De repente se aparece un hombre enmascarado, con la ropa talar del doctorado, que traia escrito en la espalda, con letras mayúsculas, el nombre de Capnion. En las manos sostenia un haz de leña, cuyas ramas se encorvaban en forma de abanico, y que puso enmedio de la sala. Despues un eclesiástico enmascarado, de nariz afilada, ojo ardiente, la boca plegada por una risa burlona, y en cuya figura se representaba á Erasmo, se presentó saludando á un lado y otro, marchando lentamente, y mirando con cierta sonrisa las encorvadas ramas; y habiendo pugnado por enderezarlas, trabajó inútilmente, y se vió obligado, por último, á arrojarlas, todo despechado, y marchar refunfuñando entre dientes palabras ininteligibles, y sonriéndose con una sonrisa diabólica. Le siguió un fraile, cuya frente era espaciosa, la talla elevada, la voz gruesa y el color vinoso, el cual, dando un bramido, se dirigió á pegar fuego al haz de leña; despues vino un Emperador con una larga espada, con la cual, habiendo empezado á dar golpes en la hoguera, hacia saltar chispas á todas partes; en fin, vino un Papa vestido de pontifical, que traia en cada mano una cántara, la de la derecha llena de agua, y la de la izquierda de aceite. Esta figura se acelera por apagar el incendio, y por desgracia equivoca la cántara, y echa el aceite en lugar del agua sobre el brasero, que se inflama y devora la leña. El Emperador se irrita, hace buscar al culpable, pero no se le pudo encontrar.

La Dieta se abrió el 23 de junio, en presencia del Emperador y del Rey Fernando de Hungria, de los electores, de los príncipes del imperio y diputados de las ciudades imperiales, en un inmenso salon, todo cubierto de terciopelo. En medio de un hermoso hemiciclo, cuyos lados estaban cubiertos por sillones de brazos vestidos de terciopelo carmesi para los príncipes soberanos, se elevaba el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

trono del Emperador, cubierto de estofa, con franjas de oro y plata. A derecha é izquierda se veian los pajes vestidos á la española. El Emperador llevaba un manto, que le llegaba hasta el suelo, y en la cabeza la corona de Austria; el elector de Sajonia, que desempeñaba las funciones de gran mariscal del imperio, tenia la espada imperial; la mano de la justicia la tenia el margrave.

El cojin ó almohadon destinado á recibir la corona cuando Cárlos V se descubriese, estaba guardado por dos pajes. Sobre la segunda línea del anfiteatro estaba el asiento de los Arzobispos y Obispos, Nuncio pontificio y embajadores; debajo las sillas de tijera reservadas á los doctores católicos Eck, Cochlée y Nausea. A Eck ya le conocemos.

Cochlée no se parecia, por cierto, á Eck: en vez de tender lazos á su enemigo, tejia telas de araña, donde esperaba paciente que viniese á prenderse y quedar cogido. Niño mimado de las musas, le ha llamado el poeta protestante; planta que crece en medio de lirios y rosas:

Tamen annumerat tantis quoque musa merentem
Luminibus; virtus quod vel in hoste placet,
Lilia sic inter crescens urtica, rosasque,
Germinat et fruitur floris honore boni.

Por lo demas, era un bravo caballero, de bella presencia, gran tocador de trompeta, y que retaba y se batia con nobleza.

Veamos un cartel de Cochlée, que mereció ser recogido por Lutero:

«Cochlée á Lutero:

»Si eres hombre, apresta las armas, y no las injurias: ármate de la espada del Espíritu-Santo; es decir, del Verbo de Dios, y midámonos. Ya tienes, ya has encontrado con quién combatir por la fe y la gloria de la Religion. Si

tienes corazon de héroe, ven, ven, y disputaremos á la luz del sol, en el lugar que nos señale César, en voz alta é inteligible; ven, y pero raremos sin ambages, sin subterfugios, sin segundas intenciones. Vencido yo, temeré sufrir el destierro, la prision, la rueda, el fuego, la cuchilla, y todo otro castigo que quiera imponerse por los jueces del campo á aquel que haya sucumbido; á mí me será glorioso el combatir, y vencer ó morir por mi fe. Ven, y al punto, en un instante, sean la lucha, el combate, el triunfo ó la derrota, cayendo en el campo de la verdad. Yo te envío este reto á ti y á cualquiera de los tuyos que quiera sostener en campo abierto el honor de tu Babilonia. A una mujerzuela solo conviene servirse en sus disputas de los motes y dichos satíricos, y hasta de las monstruosidades de una fantasía desarreglada. Los hombres deben hacer uso de otras armas. Ven, pues, armado de todas armas, tú ó uno de tus segundos. Yo os espero. Y lo que he dicho, lo sostendrán mis obras. Que Dios me ayude. *Amen.*»

Es bien estraño el silencio del reformador respecto á Cochlée. Ni una sola vez se dignó interrumpirle para contestarle. Le juzgaba sin importancia: así es que Cochlée jamás le hizo cometer el pecado de la cólera. Cuando apareció la famosa obra del católico titulada *La Bestia de las siete cabezas*, dijo Lutero: «Yo no tengo mas que una, y aun esa no me la pueden cortar: ¿qué seria si tuviese siete?

Juan Faber era un teólogo del Renacimiento, que sabia su Aristóteles y su Santo Tomás, como suele vulgarmente decirse, por las puntas de los dedos; apasionado ardiente, como un bachiller, como un estudiante, de Horacio y de Virgilio, hombre de mundo, y mas cuidadoso del aderezo de su traje y persona que lo era de su mismo lenguaje. En Roma habia disputado á Hortensio el premio de la memoria; y en caso necesario, pudiera haber dictado á Lutero, si á este le hubiese faltado la memoria, cuanto habia escrito

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en el espacio de quince años; todo, hasta las injurias. Faber fue afortunado. En vez de empalidecer sobre los libros para refutar á su adversario, tomó á este por su cuenta, y se dedicó esclusivamente á componer los *Antilogismos de Lutero*. Abrid este libro, y en cualquier punto que fijeis la vista vereis á Lutero confundido con Arius, Manes y Berenger; si volveis la página, con Scoto y Durando, y en la misma hoja, con Juan Huss y con Eck.

Esta obra hizo un alegre efecto.

Encolerizado Lutero, decia: «No responderé, no, ni á Cochlée, ni á Faber; no hay burro que disputando con Lutero no haya adquirido el grado de doctor. Este Lutero es un Dios, que hace pobres á los ricos, doctores á los jumentos, santos á los pillos, y convierte el cieno en piedras preciosas: ese soy yo, por quien Adriano fue elevado á la tiara, y, no lo dudes, al mismo Faber haré yo Cardenal.»

Faber, pues, era un controversista hábil, y que, segun el testimonio de Melanchthon, habia mostrado tanta ciencia como celo y buena voluntad para calmar los espíritus en Augsburgo. Era el mismo que habia dicho desde la tribuna en la Dieta de Spira: «Antes que yo crea en Lutero, querré mejor creer en Mahoma; porque al menos este conserva los ayunos, las abstinencias, las oraciones y las buenas obras.» A esto respoude Lutero: «Temo no haya profetizado como Cahifa, y no abrace el dia menos pensado la fe musulmana.» Lutero se engañó, y, muy al contrario de esto, Faber murió en su obispado de Viena, que el Rey Fernando le habia dado en premio de sus trabajos literarios. «Al menos, uno de los que el pobre hombre de Lutero haya realzado y enriquecido,» escribia Erasmo, refiriéndose á Faber, en quien respetaba la piedad y la inteligencia. Nauséa era uno de los predicadores mas grandes de su siglo; mas, difuso y pesado, hasta manosear un argumento y darle vueltas, como pudiera hacerse con un vestido ya usado y viejo.

Cuando el conde Palatino, en nombre del Emperador, hubo pronunciado el discurso de apertura, puestos en pie todos los concurrentes, y con la cabeza descubierta, salió un heraldo á la gradería esterior del palacio, y al sonido de su trompeta las puertas del salon se abrieron, y los vecinos mas notables de la ciudad vinieron á tomar asiento en los bancos que se les habian preparado. Muchos asientos habia que el elector reservaba para los teólogos de su partido: Justo Jonás y Spalatino, que murieron en la fe de sus mayores; Melanchthon, que repudia algunas de sus mismas doctrinas, y Agricola d'Eisleben, jefe de la secta de los antinomistas, que atacó y reprimió el luteranismo y murió en Berlin semicatólico, medio reformado. Los zwinglianos, anabaptistas y carlostadianos quedaron entre la muchedumbre. Los luteranos que vinieron á Augsburgo para pedir la libertad de su conciencia, estaban prontos á adherirse y á aprobar todas las medidas de rigor que el poder impusiese á las doctrinas y á los doctores disidentes.

Al punto, cuando todos ocupaban ya sus puestos, el elector de Sajonia, Jorge de Brandeburgo, los duques Francisco y Ernesto de Luneburgo y de Brunswick, Felipe, landgrave de Hesse, y Wolfgang, príncipe de Anhalt, se levantaron de sus asientos, y se dirigieron al trono imperial. Entonces Jorge Pontano, canciller del elector Juan, suplica á S. M. permita leer ante las Ordenes la confesion de fe de los príncipes, á fin de abir los ojos y desengañar á los que les atribuian opiniones heréticas. El Emperador les concedió audiencia para de allí á dos dias en la sala de su posada, por no tener allí palacio.

Esta sala no bastaba á contener todos los reformados: muchos tuvieron que colocarse en las habitaciones inmediatas y en los pasillos, donde esperaban con indecible ansiedad el efecto que haria la lectura del símbolo reformado. El canciller Cristian, encargado de la lectura de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la exomológisis melanchthoniana, lo hacia con una voz fuerte y sonora; sus palabras, escuchadas con un profundo silencio, se podian oir desde el castillo vecino, donde un gran número de protestantes veian en el silencio con que se escuchaba al orador el mas feliz augurio respecto al porvenir de su creencia.

Concluida la lectura, el Emperador, en cuyo semblante se veia pintada la mas completa calma, impasibilidad é indiferencia, remitió al Arzobispo de Maguncia un ejemplar de la confesion, escrito en aleman; guardó para si la version latina, que habia tomado de las manos del canciller Cristian, y despidió á los príncipes despues de haberles hecho prometer que no publicarian la citada confesion sin órden suya, espresa y terminante.

Indudablemente no hay manifiesto mas luminoso en la historia de la Reforma contra la mision de Lutero que la exomológisis de Melanchthon, conocida con el nombre de *Confesion de Augsburgo*. Un cenobita se anuncia como ministro del Verbo divino, como un nuevo Eclesiástico ó un otro Eliseo. Quiere hacer prevalecer su autoridad sobre la de la Iglesia católica. Los pueblos, seducidos ó sorprendidos, marchan en pos de su doctrina. En ciertas épocas Dios ha hecho salir de la nada doctores que han tomado por su cuenta la defensa de la verdad; pero las malas pasiones ahogan su voz, y su mismo traje es un obstáculo para que sean bien escuchados. Mas al presente, ved al Jeremías del reformador, al discípulo en quien ha puesto todo su amor y sus afecciones, al hijo de su corazon y de sus doctrinas, quien, obligado á mostrar al mundo el símbolo de los neólogos, presenta, despues de largos dias de trabajo, una confesion, que fluye miel y manteca; tanto la ha pulido, revisado, corregido y enmendado, como si estuviera componiendo un tema de retórica. Lutero la ha señalado y anotado con estas notables palabras: «Sea condenado el que enseñe otra cosa.» Mas no por esto creemos que sea

una esposicion fiel de las doctrinas de Lutero. En sus trasportes furiosos contra Erasmo, con motivo de la cuestion del libre albedrío, se podrá observar que la presciencia divina, esta esclavitud del hombre que él halló en los Libros Santos, y que impuso á nuestra fe bajo pena de condenacion, allí se verá anulada completamente y convertida en polvo. Ahora bien: ese mismo Lutero no tuvo inconveniente en firmar el art. 18 de la *Confesion*, en el cual Melanchthon establece «que se reconoce y se proclama el libre albedrío en todos los hombres que hagan uso de su razon, no respecto á las cosas de Dios, que nadie puede empezar ni acabar sin su ayuda, sino solo por lo que toca á las cosas de la vida presente y á los deberes de la sociedad civil.» Melanchthon añadia, para aclarar mas este pasaje, ya bastante esplicado en su *Apología*: «Por las obras esteriores de la ley de Dios:» entendedlo. Mas esto mismo era lo que habia dicho allá Erasmo, y escitó las brutalidades de Lutero.

«No quiero miaja de vuestro libre albedrío; guardadle: si Dios me le ofreciera, le rehusaria.» Mas al presente lo acepta, y hace un artículo del símbolo de su fe.

No podrá menos de recordarse tambien aquel axioma desconsolador que quiso imponernos abusando de su superioridad científica: «Dios opera el pecado en el hombre.» Pues bien: hay en el art. 19 un rayo luminoso, que arrebata á los Libros Santos, y con el que nos acusa de rehacios: «que la voluntad del malo es la causa del pecado.» Emser, Cochlée, Eck, Erasmo, ¡pobres doctores! ¡Apenas hay diez años que llamábais abominable á esta doctrina de desesperacion! ¿Qué hacia el Espíritu-Santo, que así trastornaba el entendimiento del padre de la Reforma? ¿Es esta la letra ó el espíritu claro de su inteligencia? ¿A quién hemos de creer? ¿A Lutero en la cátedra de Vittemberg, ó á Melanchthon en la Dieta de Augsburgo? Infatuadnos con las iluminaciones repentinas que parten de la Biblia é ilustran

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al que la toma y quiere leerla: vosotros os engañareis, ó nosotros seremos engañados.

Vosotros aun no habeis podido olvidar las doctrinas de Lutero sobre las buenas obras, que llama él pecados, que opera un alma justa. Para seducirnos corrompió el texto de San Pablo con interpolaciones, que hicieron alzar á los católicos un grito de reprobacion; mas Lutero se burlaba bien de estos gritos de los papistas, á quienes él enviaba á la escuela. Si para embarazarle necesitamos la Epístola de Santiago: «¡Bella autoridad, dice, Epístola apócrifa, Epístola de paja!» Y con todo, nosotros tendremos razon. El maestro erró, porque dijo: «Las buenas obras son dignas de grandes alabanzas; son una necesidad moral, y exigen una recompensa.»

Dormid en paz, vosotros á quienes Lutero condenó desde su albergue de Wittemberg, el codo apoyado sobre la mesa entre dos botellas de cerveza de Torgau, cuando respondiendo á las preguntas de sus comensales, que deseaban saber si un papista podria salvarse, contestaba: «Yo no sé, á fe mia.» Ved que Antonio, Bernardo, Domingo y Francisco son tenidos por santos en la *Apología* de Melanchthon, hijos, por consiguiente, de la verdadera Iglesia. Solo Tomás de Aquino se condenó irremisiblemente, sin duda porque era jacobino, dice oportunamente Bossuet. Nosotros podremos con toda seguridad de conciencia acudir en lo sucesivo á Misa, á esta «invencion de Satanás,»—porque aquellos no abolieron la Misa.

«Entre nosotros se la celebra con suma reverencia, dice la *Apología*, y se la conservan casi todas las ceremonias ordinarias.» Efectivamente, en aquella época, cualquier católico que entrase en aquellos templos reformados, donde no habia podido alcanzar la accion destructora de Lutero, podria ser deslumbrado con ciertas prácticas del catolicismo que se observaban en ellas. Allí podria haber visto á los ministros con sus Breviarios, donde se leia aun el *Introito*, los *Kyries* la *Collecta*, la *Epístola*, el *Evangelio*, el *Credo*, el *Prefacio*, el *Sanctus*, las *Palabras sacramentales* de la consagracion, la *Elevacion*, el *Pater Noster*, el *Agnus Dei*, la *Comunion* y *postcomunion* ó *accion de gracias*. Los cirios brillando en el altar, el incienso elevándose sobre el ara, llevando á las alturas las melodías del canto religioso en latin y aleman; el sacerdote con los ornamentos y la casulla, con la cruz recamada, el sobrepelliz y el alzacuello ó valona. Melanchthon habia pugnado por que se conservase la liturgia católica, que en parte subsistia, hasta que á su muerte desapareció, y con ella las pocas verdades que aquel habia sostenido. En algunas Misas luteranas de los alrededores de Wittemberg aun se podia rogar por los difuntos, como hacia la primitiva Iglesia y confiesa la misma *Apología*, que, por otra parte, no rechaza las efusiones de la piedad, ¡entendedlo bien! el culto de los muertos, la creencia de la espiacion de las almas en la otra vida, ¡esas dos grandes supersticiones de que tanto se habia reido Lutero, estas prácticas nacidas ayer, y pasto de los cerebros papistas! Eck de Leipzig, ¡por qué no vives aun, y Melanchthon te coronaria! Mas, ¡qué cosa tan admirable! «Sodoma y Gomorra, la gran prostituta de Babilonia, la Iglesia católica, en una palabra, vedla ya vuelta á la gracia, justificada y glorificada por Lutero,—porque tal es el espíritu de nuestro símbolo, que nadie podrá encontrar en él algo contrario á la Escritura, á la Iglesia católica y á la misma Iglesia romana. ¿Qué mas quereis? ¿Quereis un himno á la tradicion, quereis invocacion á los doctores de la fe, incienso, en fin, á los santos que nosotros reverenciamos?—Nosotros no despreciamos los dogmas de la Iglesia católica, dicen ellos, ni queremos sostener las opiniones que ella ha condenado; porque no son las pasiones desordenadas, sino la autoridad de la palabra de Dios y su antigua Iglesia, la que nos condujo á abrazar esta doctrina para mayor honra y gloria de Dios, de la doctrina de sus

Profetas, Apóstoles, Santos y Padres, de San Ambrosio, San Agustin, etc.» Pero ¿cuándo dejó de existir el reinado de la antigua Iglesia? Melanchthon no lo dice, y mucho menos Lutero. En el siglo xv no pudo ser, porque ve aun Lutero un hombre á quien llama del todo maravilloso; Gerson, que en el Concilio de Constanza habia condenado á Wiclef y Juan Huss. De modo que, como nota Bossuet, la Iglesia romana era aun la madre de los Santos en el siglo xiv. Ahora bien: ¿qué deducis vosotros de esta confesion de fe de Augsburgo? ¿Creeis vosotros que si Lutero la hubiese hecho en la disputa de Leipzig, la herejía hubiese desolado la Iglesia, y la Sajonia se hubiese inundado con la sangre de sus habitantes? Un hombre mas en 1519, Melanchthon, y la revolucion religiosa no hubiese tenido lugar; un hombre menos en 1530, Lutero, y la revolucion estaba comprimida, lo creemos.

Al escuchar los doctores católicos esta confesion, fueron sobrecogidos de pasmo. Se miraban los unos á los otros, se hacian señas, y no acababan de convencerse de que la Reforma hiciese uso de aquella palabra mesurada que habia desdeñado en otro tiempo; se pasmaron, sí, de una argumentacion sencilla y sin lujo; de una esposicion cándida, y en que el oido no apercibia la menor nota de cólera, en que á ciertos intervalos rebullia alguna novedad, y saltaba alguna heterodoxia escondida entre las flores de una fraseologia cuyo modelo se habia perdido hacia ya muchos años.

Se respondió á los príncipes que su exomológisis seria examinada detenidamente, y que se les presentaria su refutacion en debida forma el dia que señalase el Emperador. Los protestantes hubiesen querido que los católicos formulasen tambien su confesion. «¿Y para qué? responde Faber: nosotros creemos hoy lo mismo que ayer, y que creeremos mañana.»

Lutero, á quien Melanchthon habia hecho saber la resolucion de la Dieta, estaba enfermo en Coburgo. Sufria dolores de cabeza y oidos, y vértigos que le impedian ejercitarse en pensamientos serios. «Mi cabeza zumba, ó mas bien truena, decia: si yo no abandono el trabajo, caeré en un síncope: mi cabeza no es ya mas que un pequeño capítulo; pronto se convertirá en párrafo, y concluirá por no ser mas que un período. No es esto una enfermedad natural; es el dedo de Satanás, que pesa sobre mí. Mas si yo no puedo leer ni escribir, puedo al menos orar, y arrostrar y bregar con su brazo. Dios me deja dormir, ir y venir, cantar y alegrarme...» Y en otra parte: «He recibido tu carta; yo aprendo á conocer á Satanás; estoy solo; Veit y Ciriaco me han dejado. Tanto ha hecho el diablo, que me ha obligado á dejar la habitacion y mezclarme con los vecinos.» Algunas veces, por librarse de sus tentaciones, se refugiaba en la capilla del castillo, al pie de la cruz. Mas un poder visible le atormentaba mas aun que el mismo príncipe de las tinieblas: era el Emperador, á quien procuraba lisonjear en las cartas que le escribia á sus amigos, y que bien podia verlas el príncipe. A Melanchthon no ocultaba ni sus temores ni su desesperacion.

Los doctores católicos se reunieron, y examinada la exomológisis melanchthoniana, la condenaron como ofensiva á los dogmas de nuestra santa Iglesia. Se les moteja de haberse conducido como estudiantes, mas bien que como maestros de la sacra ciencia, al condenar con una amarga ironía y una alegría estrepitosa la versatilidad de la palabra luterana. ¡Se querrá que el corazon del teólogo no sea dominado alguna vez por la vanidad, que mude de naturaleza, y se convierta en un ángel! ¡Es imposible! ¡Un monge de quien se ha hecho un ayudante del Antecristo, que durante muchos años ha usado de su inteligencia para probar que nada tenia de comun con el espíritu de las tinieblas, y que el Papa no era el ángel del abismo predicado por San Juan; este monge, á quien en este dia sus mis-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mos enemigos abren la puerta del cielo, en tanto que quitan de la frente pontificia la corona de fuego que le habian puesto en un acceso de mal humor y peor fe; este monge debe ser bien glorioso! Y ¿por qué no le perdonaremos el haber caido en el pecado de la vanidad? ¡Su adversario ha cometido el de cólera y envidia! Lutero se arrepintió mas tarde de haber consentido tan fácilmente en que se le diese el reino de los cielos por estos miserables papistas; y en su *Tisch Reden* no halla bastante fuego en el infierno para quemarlos.

La respuesta fue condenada, conforme al deseo del Emperador.

Durante la existencia de Lutero, tan combatida por las contiendas, los dolores, las enfermedades, las tentaciones, no hubo un momento en que sufriera tanto como en la Dieta de Augsburgo. Esta vez sus dolores son mas profundos, porque vienen, no de los papistas, sino de lo que él tenia mas amado en el mundo, de sus discípulos, que debian velar, durante su destierro en Coburgo, sobre la obra comun de la Reforma.

Melanchthon estaba cansado de combatir. Queria la paz para la vejez de su maestro y para la Alemania, que despues de quince años tantas lágrimas y sangre habia derramado; por el mismo Jefe de la Iglesia, á quien le unian el amor y los recuerdos de la infancia, mal de su grado; por aquel ejército de Obispos católicos, siempre sobre la brecha despues de tantos años, y que por una sucesion no interrumpida remontaban su orígen al nacimiento del cristianismo. A los ojos de Melanchthon, la antigüedad tenia cierta cosa de solemne; y como no pasaba por delante de unas ruinas sin que su espíritu se arrebatara, así no podia él considerar sin dolor que el viejo edificio del catolicismo se desplomase como las piedras; y teniendo la desgracia de creer las profecías de sus maestros sobre el fin cercano del papado, queria impedir aquella,

conservando la jerarquía eclesiástica. Ciertamente es una bella cosa la tradicion, porque sin embargo de la atmósfera de pasiones diversas en que se envolvia todo el que en la Dieta llevaba el nombre de luterano, Melanchthon tembló á la idea sola de llevar á ella la mano. Hubiese preferido borrar el nombre de cisma, y volver sin deshonrarse á los ojos de los suyos al seno de la Iglesia que él habia abandonado. ¡No se sabe lo que hubiese hecho si el demonio luterano no le hubiera atormentado desde su prision de Coburgo!

Conviene ver á Lutero enfermo, presa de terribles dolores, que le partian la cabeza como un hacha, que se enroscaban en sus sienes y silbaban en sus oidos como serpientes, que llenaban su cabeza del estruendo del cañon, del rumor del trueno, del eco horrisono de las avalanchas, porque en tales actitudes puede solo retratarse su sufrimiento; conviene verle, al solo nombre de paz y de reconciliacion que su discípulo Jonás ha estampado en una de sus cartas, levantarse, coger la pluma, y, exacerbado por este terrible nombre de *restitucion*, arrebatar á la tribuna antigua el fuego resplandeciente de su elocuencia. «¡Restituir nosotros! ¡Eh! ¡Que empiecen ellos por devolvernos á Leonardo Keyser y tantas otras víctimas como ellos nos han hecho! ¡Que nos restituyan ellos las almas perdidas por sus doctrinas impías! ¡Que nos vuelvan tantas nobles inteligencias ultrajadas por sus falaces indulgencias y sus fraudes! ¡Que nos vuelvan la gloria de Dios rebajada por sus blasfemias! ¡Que nos vuelvan la pureza clerical que han hollado y escupido! Entonces contaremos, y podremos ver quién es el deudor.»

Melanchthon sentia que su alma se debilitaba, y depositó su secreto en el seno de su padre. Lutero entonces olvida sus dolores por encender la ira de su discípulo y reanimarle. Un momento hubo en que la cara de Felipe se cubrió de rubor, aquel en que Faber habia citado testos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del mismo Lutero, que apoyaban la necesidad de la confesion auricular. No supo en este punto qué responder. La respuesta, por otra parte, era imposible: los libros de Lutero estaban allí, y dobladas las hojas de ellos donde el dogma católico estaba sostenido por el doctor sajon. No podia, pues, responder mas que lo contestado por Jonás á sus adversarios, que le atacaban furiosamente: «Cuando Lutero dijo eso, estaba aun envuelto en las mantillas del papismo, las cuales habia sacudido despues.» Mas Melanchthon se contentó con referir cándidamente la objecion á Lutero, quien le contestó del modo mas singular:

«¡Por hacer gala de erudicion y de saber es por lo que mis adversarios citan mis contradicciones! ¡Qué asnos son! ¡Como si pudiesen ellos hablar de mis antilogismos! ¡Ellos no saben lo que se dicen cuando citan tantos y tantos testos, que les son incomprensibles! ¿Cómo ha de poder aparecer á sus ojos nuestra doctrina sino llena de contradicciones, cuando ella exige y condena las obras, niega y afirma la necesidad de ritos, honra y castiga la magistratura, afirma y niega el pecado? ¿Por qué hay aguas en el mar?»

¿No es una refutacion bien singular? Melanchthon no se apresuró por presentarla á Faber. No habia un papista en la Alemania católica que hubiese hecho una justificacion semejante estando en lugar de Lutero.

Melanchthon, Jonás y Agrícola trabajaban de consuno en la obra de la pacificacion en aquella *Eucaristía* que todos los espíritus esperaban ávidamente. Hacian grandes concesiones, y Melanchthon, por ejemplo, convenia en que era indispensable conservar la autoridad de los Obispos, dejándoles la facultad de arreglar las ceremonias del culto, de conservar ciertas prácticas en observancia entre los fieles. Lutero, por su parte, sin proscribir el episcopado, le disputó el derecho de establecer reglamentos para la Iglesia, que él llamaba asamblea de los fieles; ella sola reina y señora de las formas del culto y de las ceremonias

esteriores ó litúrgicas. Mas decia Faber: «¿Quién reunirá esta Iglesia, quién la convocará, puesto que abolís la autoridad pontificia?» El Obispo, que no es verdaderamente mas que un ecónomo, esto es, un administrador de las rentas y cosas eclesiásticas.

Mas, graves dificultades venian á turbar el juicio de su discípulo: desde luego la intervencion de los fieles en materias dogmáticas, para ellos estrañas; el daño que debia causar al dogma una accion popular fuera de toda ley y jurisdiccion; el rebajamiento del carácter sacerdotal y la dependencia del sacerdocio. Por ejemplo, si el procomun prescribe ó prohibe el ayuno, ¿á quién apelaremos de su decision? Melanchthon comprendia perfectamente que una constitucion semejante llevaba rectamente á su negacion, al apostatado luterano; ¡porque Lutero no habia congregado á la comunidad de los fieles para predicar contra las indulgencias, para abolir los votos monásticos y la Misa, para mutilar la enseñanza católica y quitarle las preces por los difuntos, el purgatorio y algunos sacramentos! Si el Obispo no tiene derecho de establecer las prácticas esteriores, las procesiones, peregrinaciones, ¿habrá podido un monge, sin mas que su autoridad privada, arrancar del catecismo los principales dogmas, y, como Lutero, dar al mundo cristiano un símbolo de su fe enteramente nuevo? Eck y Faber no tenian razon cuando gritaban: «¡Oh miseria del corazon humano!»

Lutero mismo previno y estableció que el Obispo no tuviese derecho de establecer estatutos piadosos, y que en este caso se le debia desobedecer, y morir antes que ceder á sus exigencias.

¡Justicia á Melanchthon! ¡Si el cisma no hubiese tenido por representantes en Augsburgo mas que hombres conciliadores como este, desde luego se hubiese apagado! Sabia él bien que las grandes asambleas no son propias mas que para fomentar los odios de los partidos, y habia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

propuesto que se eligiesen por ambas partes un número de teólogos que disputasen sobre los puntos de la controversia, sin acudir al alboroto en sus debates. Esta proposicion fue aprobada por unanimidad.

De ambas partes habia hombres distinguidos, oradores avezados á la palabra, casuistas sutiles, para quienes habian desaparecido las dificultades de la escuela. Sucesivamente se agitaron los diversos artículos de la exomológisis luterana; su contenido sobre la fe, sobre el mérito de las obras, sobre la penitencia y sobre el Sacramento de la Eucaristía. Faber y Eck hicieron admirar su prodigiosa memoria; sabian hasta la última sílaba de Lutero. Eck, con su lenguaje figurado, daba al padre de la Reforma tantas cabezas como bocas, y tantas bocas como veces habló y enseñó sobre un mismo punto multitud de doctrinas diferentes. La Reforma no estaba menos alta; su lenguaje era menos duro. Se dedicó la mañana á lo dogmático, y la tarde á la disciplina. Melanchthon asistia á todas las conferencias, y en ellas su dulce palabra reprimia la cólera, pronta á salir á la palestra y á destruir la obra de paz, en la cual fundaba él toda su gloria. Desgraciadamente todo lo que habia edificado con tanto trabajo en el cenáculo de los teólogos, estaba por la tarde abandonado al exámen burlon y á la mirada huraña de ciertos puritanos reformadores, que no querian con Roma paz ni tregua: Lutero era el jefe de estas voluntades de hierro.

Melanchthon, por ejemplo, reconocia la jurisdiccion episcopal en pro del interes de la sociedad política y religiosa. Era, pues, de opinion que los Obispos á quienes se habia arrojado de sus Sillas volviesen y fuesen restablecidos en ellas. «¿Y á qué ejército concederemos esta victoria de la fuerza bruta, si los Obispos nos dejan nuestra doctrina? ¿Quereis que os diga mi opinion? ¡Pues bien! Dominacion episcopal y administracion espiritual, todo quisiera yo restablecerlo. ¡Qué seria de la Iglesia sin poli-

teya! ¡Una tiranía mas intolerable que la que habíamos sufrido!»

Aun fue mas lejos: queria mantener al Papa como Jefe visible de la Iglesia. El 6 de julio escribió al Legado Campeggio esta carta, cuyo estilo contrasta admirablemente con aquel de que solia hacer uso Lutero:

«Nosotros no tenemos una doctrina diferente de la que confiesa la Iglesia católica: prontos á obedecerla, derrame ella sobre nosotros sus tesoros de bienandanza, de que es tan pródiga con otros hijos: estamos prontos á postrarnos á los pies del romano Pontífice, y á reconocer la jerarquía eclesiástica, con tal que no nos rechace mas. ¿Y por qué desechará él la súplica de los que imploran? ¿Por qué el hierro y el fuego, cuando la rota unidad está próxima á restablecerse?»

Mas, por desgracia, habia una porcion de príncipes y consejeros interesados en que no tuviese efecto el proyecto pacificador de Melanchthon. Habia muchos cortesanos que adquirieran una brillante posicion, y que al abrigo del nombre de su maestro podian ejercer el mas cumplido despotismo, como, por ejemplo, el canciller Bruck, que encubria con el celo por la Religion su odio contra el Papa, diciendo, con un tono hipócrita de compuncion, «que en conciencia no podia reconocer al Antecristo anunciado por el Apóstol San Pablo.»

Melanchthon le respondió: «Tened cuidado; es pernicioso destruir un edificio que cuenta tantos siglos; y supongamos que el Papa sea un Antecristo, puede muy bien vivir bajo sus techos, como los israelitas bajo Faraon.»

Mas la voz de Bruck era mucho mas pujante. Sus amigos, que en otro tiempo habian sido envueltos en los Estados y que ocupaban altos puestos en las cortes de los príncipes, le repetian: «Nada de paz con el Antecristo y la bestia del Apocalipsis.» Los magistrados se unieron á los clérigos, y formaron una falange numerosa, que no habia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

abrazado la Reforma sino por sacudir el yugo sacerdotal, y que con la mudanza de religion habian ganado honores, títulos y riquezas.

En un momento se alzó un grito de reprobacion contra Melanchthon, á quien se acusaba de traicion y de venalidad. El pobre discípulo sucumbió de pena. Veia con dolor que su empresa se hacia imposible á virtud de los malos instintos de sus hermanos, de quienes decia á su maestro, descubriéndole la herida de la Reforma: «No es por el Evangelio por lo que combaten; es por el poder: ¡poco se inquietan de la enseñanza y de la Religion; lo que quieren es el despotismo individual y la licencia!»

Bruck no ignorába que la reconciliacion de los dos cultos tentada por Melanchthon vendria por fin á desgraciarse, porque Lutero se oponia. A los ojos del sajon, este pensamiento pacífico era una impiedad, un sacrilegio; y en tanto que Felipe usaba de sus fuerzas, del calor de su pluma y de su imaginacion, y hasta de sus lágrimas (que Cochlée consideraba como hipócritas), para alcanzar una reconciliacion, Lutero, en su comentario al salmo segundo, dirigido al Arzobispo de Maguncia, á este gran mártir de la constancia católica, hizo un llamamiento, concitó el odio y sublevó la cólera de los príncipes alemanes contra el pontificado, y ofreció su sangre en holocausto del triunfo de sus pasiones.

«Dejad rabiar al Rey, rugir al Papa, echar pestes á los príncipes: nuestro Rey reina, y el hijo de la casa. Mis queridos señores, vosotros le dejareis bien tranquilo; si no, enviadle un cartel, y lanzadle al rostro nuestra cólera y nuestro reto, para que se precava y vista de sus armas, y alce una batería... Nosotros los alemanes, ¿dejaremos de creer en el Papa hasta que nos haya dado un baño, no de agua, sino de sangre? En tanto que nuestros príncipes se tiran de los cabellos, él se rie con una sonrisa de placer, y dice: «Bien, bestiazas de alemanes; ¿no me quereis á mí

»por Papa? pues ved cómo lo soy.» Yo no soy profeta; mas os ruego tengais cuidado, pues no tanto tendreis que hacer con el Papa y su pandilla, sino con el mismo diablo y sus tretas, que yo bien conozco.»

Y como Melanchthon estaba tímido, le dirigia estas palabras de piedad y desprecio: «Al que muere de susto, los rebuznos del burro deben servir de responso; y á vos, que moris de vuestra propia cobardía, ¿qué canto hemos de entonar?»

Spalatino estaba por la paz, como Melanchthon. Estaba viejo, quebrado, enfermo; le habian gastado las tempestades en que se habia hallado con Lutero. No aspiraba mas que al descanso de la tumba, y queria bajar á ella dulcemente, precediendo á Martin, á quien queria procurar algunas horas de descanso.

En Augsburgo los católicos insistieron tenazmente sobre el restablecimiento de la Misa. Spalatino y Melanchthon se inclinaban á lo mismo; pero temiendo desagradar á Lutero, le escribió Felipe en términos llenos de amistad y condescendencia. Veamos cómo contestó el sajon.

«Jesucristo es quien ha instituido la Misa; mas no ha hablado á su Iglesia de Misa privada. Él mismo no dice: «Yo tengo buena intencion;» sino: «Yo tengo por mia la »palabra de Dios.» Nada de novedades en el culto divino sin mandato espreso del Señor: así lo enseñé yo en otro tiempo. Vos direis por el mismo motivo: «Yo quiero hacer»me fraile, por motivo de piedad:» fraile y Misa privada, todo fue juzgado en otro tiempo. No conviene perdonarles aun, no sea acaso resuciten: al ladron la horca; este es su puesto.»

¡Paso inmenso dado hácia la paz!

Melanchthon consiente en reconocer la supremacía del Papa y el poder de las llaves, y por consecuencia su infalibilidad, la jurisdiccion episcopal, la jerarquía eclesiástica, la espiacion en esta y la otra vida por la oracion y el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

arrepentimiento; Justo Jonás, que estaba pronto á restituir sus bienes á los eclesiásticos, á dar al monge su celdilla, al cura su presbiterio, al Obispo su palacio, y Spalatino, que queria restablecer la Misa privada y la institucion cenobítica. ¡Así volvia la Reforma al buen camino de la reconciliacion! Renegaba de Lutero, y no conservaba mas que su antigua animosidad á las doctrinas que con tanto trabajo habia procurado desarraigar del amor propio de sus teólogos: la Reforma acabó por convenir con Faber en la eficacia de las obras acompañada de la fe en Jesucristo.

Mas estaba Martin allí velando por destruir todo pensamiento de conciliacion: no queria ni paz ni tregua: era este un combate á muerte con el catolicismo: uno de los dos debia morir: ¡desgraciado el que se pusiera entre Lutero y el Papa! Le hubiese negado por su hermano. Ni la sangre que habia corrido en Alemania por el triunfo de sus doctrinas, que sus mismos discípulos estaban hoy prontos á negar, ni la sangre que correrá en un porvenir cercano, cuyo tiempo marcaba el mismo Luero, ¡nada de eso le hace temblar! Quiso acabar á todo precio, y llegar á un punto en que no encontrase un católico en su camino, y que la antigua serpiente, como él llamaba al Papa, fuese aplastada bajo sus plantas, y que el mismo Papa aboliese el papismo. «Bella obra, escribia Lutero á Spalatino, la que habeis pensado, reconciliar al Papa con Lutero: tanto quiere el Papa á Lutero, como Lutero al Papa. Si lo conseguís, yo trabajaré por reconciliar á Cristo con Belial. Perezca Faraon, sálvese Israel: nada de paz; guerra eterna á los asesinos del justo Abel, que no pueden vivir sin beber la sangre de sus hermanos.»

Cuando Cárlos V iba á entrar en Augsburgo, Lutero tuvo buen cuidado de esparcir entre los católicos las alabanzas del príncipe, haciéndole un hombre de Dios, un enviado del cielo, un nuevo Augusto, que tenia el amor y los votos de todos los pueblos. Y sus amigos no se olvidaban

de preguntar á los papistas si era este aquel teólogo feroz, á quien no cesaban de representar como enemigo de César. Mas observemos que el Emperador tenia necesidad de la paz, y hubiese querido destruir aquellas discordias religiosas que la Reforma habia traido á la Alemania. Dejó la vida á la Reforma; le cedió templos, la dejó símbolo y libros; solo le pidió que callase respecto á lo que el Concilio que ella habia solicitado juzgara por fin y estableciera despues de tantos años de discusion.

En este caso todo se mudó, y no debia esperarse en la clemencia del César; Cárlos y sus consejeros no son hombres; son las puertas del infierno; jueces que no pueden juzgar su causa, y á quienes no cederá un pelo de su barba. Era entonces un tiempo en que el nombre del Emperador ó del Rey tenia un poder irresistible sobre el espíritu de los pueblos; y cuando hablaba el Emperador se creia que su voz venia del cielo, y que la sabiduría divina reposaba en sus labios. Lutero, para arruinar esta autoridad de la monarquía, imaginó una distincion, que mas tarde el filosofismo pudo encontrar bien fácilmente en el escrito de algun jesuita: «El príncipe, á quien todos deben obedecer; el cristiano, que no ha recibido del cielo el derecho de violentar las conciencias. Someteos á César: esta es la voluntad de Dios, que manda obedecer á los poderes de la tierra; mas resistid al cristiano que quiera violentar vuestra fe, porque es un precepto del cielo que vale mas obedecer á Dios que á los hombres. «Así, cuando un vasallo, como el landgrave de Hesse, desobedece al Emperador, que le prescribió, así como á los electores, no dejar á Augsburgo sin su permiso, el reformador no tiene palabras con que ensalzarle, porque aquel tuvo el valor de escapar, huyendo de una ciudad donde se queria tener cautiva la palabra de Dios.

Los electores, escitados por Lutero, esperaban ocasion de poder abandonar á Augsburgo y protestar contra el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

decreto en que se amenazaba á la Reforma. La buscaron, y la encontraron en una rencilla suscitada de intento, y de que resultó la muerte de un soldado. En tal caso, amotinado el pueblo, es muerto el asesino, y entre tanto el elector de Sajonia se escapa por la puerta oriental en el momento en que el Emperador hacia doblar las guardias, porque habia adivinado los intentos de los disidentes.

Pocos dias despues pareció el decreto imperial de Cárlos V, concediendo á los protestantes un plazo, hasta fin de abril de 1531, «para determinar si les seria mas conveniente volver á la comunion católica ó perseverar en el cisma, y para prepararse á esponer sus razones ante el Concilio que deberia convocarse dentro de seis meses.»

Los príncipes protestaron contra la refutacion de sus doctrinas con los testos bíblicos. Alegaron y recordaron el silencio con que por los doctores católicos se habia recibido su interpelacion. Bruck presenta sus dolencias al Emperador, que no quiere recibirlas. Los enviados de Strasburgo, Memmingen, Constanzo y Lindau, se resistieron á firmar el decreto de la Dieta. Strasburgo habia abrazado la doctrina de Bucero, y por temor á la violencia formó una liga con Berna, Zurich y Bale. Se reducia el tratado á consignar que si el Emperador ó los príncipes amenazaran la libertad religiosa, estas tres ciudades levantarian tropas y acudirian á su mutua seguridad y defensa; que Strasburgo contribuiria con 20,000 escudos de oro cada mes para sostener 1,000 hombres de infantería; que si los cantones suizos se alborotaban por ventura, Strasburgo pagaria mensualmente 3,000 escudos de oro; que si los aliados eran atacados, la ciudad rhiniana deberia aprontar 10,000 *milliers* (peso de mil libras) de pólvora, Zurich otra cantidad igual de grano, que deberia depositarse en Bale. Este tratado se firmó sin consentimiento del Emperador. Este fue un acto de felonía, que Lutero glorifica como una inspiracion divina. Olvidaba

que habia condenado á estos cristianos, que, bajo el nombre de paisanos, habian resistido á los magistrados civiles, y aclarado con su sangre algunos testos oscuros de los Libros Santos.

Si consideramos á la confesion de Augsburgo como un pensamiento de progreso, como una idea progresista, punto de vista bajo el que la han considerado los historiadores reformados, veremos que atentó al principio del libre exámen proclamado por el cenobita sajon, dando á la Reforma esa *unidad* dogmática, esa simbólica, que debia rechazar, toda vez que cada inteligencia debia ser juez soberano de sus mismas creencias.

El catecismo es un absurdo, donde rige el derecho de libre interpretacion individual. Mas Lutero en esta confesion de fe destrona la razon individual, en cuya frente habia colocado en otro tiempo la mas bella de las coronas. Esta razon no es ya reina desde que se le impone un culto, un dogma, una fe, un símbolo. Lutero le habia dicho en otro tiempo: «Razon, tú eres libre,» y él mismo la condenó en esta vida y en la otra si ella se atreve á negar la presencia real. El mismo dió alas al pensamiento para que se lanzara á los espacios y se sobrepusiera á los mismos cielos, y escrutara los misterios que Dios oculta á sus criaturas, y fondeara las profundidades á que ninguna mirada osa llegar, para despreciar la autoridad de los siglos, las doctrinas de los doctores y de los Obispos, y para creer, en una palabra, todo cuanto su voluntad le dictase. Mas al presente le corta las alas, le hace caer del cielo, y le arroja á otro lecho de Procusto. Prueba á moverse, y Lutero le acusa de revoltoso y desobediente, pronto á renegar de él, como de una impiedad. Este es el libre exámen, que ha producido los sacramentarios y los sectarios que vinieron á Augsburgo para pedir la libertad de conciencia. Y se les violentó, y se les quiso imponer un formulario; y ¿no es esto peor que lo que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pasaba en los tiempos de la autoridad? Al menos en el catolicismo la inteligencia se acostumbra á la obediencia, y lo hace sin trabajo desde que juzga el espíritu de Dios personificado en el Pontífice Sumo, Vicario de Dios en la tierra. Mas ¿qué diremos de una simbólica como la confesion de Augsburgo, trazada sobre pergamino, que Melanchthon hizo, deshizo, pulió, corrigió, la toma y la vuelve á dejar, la envia á Lutero, que la vuelve á tomar, la revisa, la amplifica, la reduce, la da vueltas en todos los sentidos, para enviarla, en fin, por el primer correo, á su discípulo, que la proclama la obra de la Reforma, la manifestacion de la verdad y la inspiracion del Espíritu-Santo? Evangelio singular, que no se parece á sí mismo, y que, reproducido tres veces en el espacio de medio siglo, tres veces se ha visto con nuevas variantes y desemejanzas entre unas y otras.

Hoy todo el que en alguna de las dos comuniones, protestante y reformada, tiene algun resto de lógica, rechaza los libros simbólicos.

«Las confesiones, ha dicho recientemente M. de la Harpe, son contrarias al principio de la confesion. El principio de la Reforma... esto es, la libertad, el derecho de elegir, el derecho de poner la Biblia bajo el poder de los hombres! una confesion de fe... esto es el Papa.»

CAPITULO XXXV.

POLÍTICA DE LUTERO.

Liga de Schmalkalda.—Lutero combate á la Dieta en sus escritos.—Justifica la rebelion armada.—Su *Aviso á los alemanes*.—Esplicacion de las desvergüenzas de Lutero.—Juicio de las tendencias de aquel libro.—Réplica de Lutero.—Tentativas del catolicismo para una reconciliacion que rechaza el reformador.—El protestantismo desecha al anabaptismo, y le obliga á tomar las armas.

Los esfuerzos de Melanchthon por devolver la paz á la Alemania habian chocado con los instintos apasionados de Lutero. Por instigacion del reformador habia Felipe de Hesse abandonado repentinamente á Augsburgo y puéstose en rebelion abierta contra el Emperador. Los protestantes confiaron su suerte en manos de este príncipe, cuyo carácter infama la historia; héroe de taberna, todo fiero y arrogante con su espada cuando el peligro estaba lejos, y turbado completamente cuando le veia cercano. Bajo sus auspicios se concluyó la liga de Schmalkalda, ofensiva y defensiva entre los príncipes reformados, de la cual se apartó al primer signo de cólera del Emperador, y que resucitó posteriormente, hasta que Cárlos V, despues de la jornada de Muhlberg, tan funesta á la Reforma, le hizo espiar sus indecisiones y le puso, así como á Juan Federi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pasaba en los tiempos de la autoridad? Al menos en el catolicismo la inteligencia se acostumbra á la obediencia, y lo hace sin trabajo desde que juzga el espíritu de Dios personificado en el Pontífice Sumo, Vicario de Dios en la tierra. Mas ¿qué diremos de una simbólica como la confesion de Augsburgo, trazada sobre pergamino, que Melanchthon hizo, deshizo, pulió, corrigió, la toma y la vuelve á dejar, la envia á Lutero, que la vuelve á tomar, la revisa, la amplifica, la reduce, la da vueltas en todos los sentidos, para enviarla, en fin, por el primer correo, á su discípulo, que la proclama la obra de la Reforma, la manifestacion de la verdad y la inspiracion del Espíritu-Santo? Evangelio singular, que no se parece á sí mismo, y que, reproducido tres veces en el espacio de medio siglo, tres veces se ha visto con nuevas variantes y desemejanzas entre unas y otras.

Hoy todo el que en alguna de las dos comuniones, protestante y reformada, tiene algun resto de lógica, rechaza los libros simbólicos.

«Las confesiones, ha dicho recientemente M. de la Harpe, son contrarias al principio de la confesion. El principio de la Reforma... esto es, la libertad, el derecho de elegir, el derecho de poner la Biblia bajo el poder de los hombres! una confesion de fe... esto es el Papa.»

CAPITULO XXXV.

POLÍTICA DE LUTERO.

Liga de Schmalkalda.—Lutero combate á la Dieta en sus escritos.—Justifica la rebelion armada.—Su *Aviso á los alemanes*.—Esplicacion de las desvergüenzas de Lutero.—Juicio de las tendencias de aquel libro.—Réplica de Lutero.—Tentativas del catolicismo para una reconciliacion que rechaza el reformador.—El protestantismo desecha al anabaptismo, y le obliga á tomar las armas.

Los esfuerzos de Melanchthon por devolver la paz á la Alemania habian chocado con los instintos apasionados de Lutero. Por instigacion del reformador habia Felipe de Hesse abandonado repentinamente á Augsburgo y puéstose en rebelion abierta contra el Emperador. Los protestantes confiaron su suerte en manos de este príncipe, cuyo carácter infama la historia; héroe de taberna, todo fiero y arrogante con su espada cuando el peligro estaba lejos, y turbado completamente cuando le veia cercano. Bajo sus auspicios se concluyó la liga de Schmalkalda, ofensiva y defensiva entre los príncipes reformados, de la cual se apartó al primer signo de cólera del Emperador, y que resucitó posteriormente, hasta que Cárlos V, despues de la jornada de Muhlberg, tan funesta á la Reforma, le hizo espiar sus indecisiones y le puso, así como á Juan Federi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

co, en una prision, donde hubiesen muerto, si no los hubiese sacado Mauricio de Sajonia.

La liga de Schmalkalda debia ser funesta á la tranquilidad del pais. Lutero habia lanzado los principes á la pelea.

Apenas estuvo cerrada la Dieta, cuando Lutero la persigue con un himno salvaje, que la prensa reprodujo en los dos idiomas, latin y aleman.

«¡Maldicion, decia él, á todos los que en Augsburgo habeis sostenido el papismo! ¡Infamia sobre vuestras cabezas! ¡La posteridad se avergonzará de vosotros, y no podrá creer que os ha tenido por ascendientes! ¡Oh! ¡Dieta infame, que no has tenido, que jamás tendrás otra semejante! Tú has cubierto de infamia á nuestros príncipes y á nuestro pais; tú has impreso tu sello en la frente de nosotros, alemanes, ante Dios y los hombres. ¿Qué dirá el turco cuando sepa tal escándalo? ¿Qué dirán los moscovitas y los tártaros? ¿Quién hará en lo sucesivo caso de nosotros, teutones, cuando sepa que así nos hemos dejado afrentar, ajar, azotar y tratar como á niños, como á unos zoquetes, como á piedras, por el Papa y su pandilla, y que para diversion y pasatiempo de esta canalla se haya sofocado la verdad y el derecho bajo el peso de este escándalo de escándalos? ¿Y habrá algun aleman aun que no se arrepienta de llamarse aleman?»

Habia reservado sus cóleras y sus artificios para justificar la rebelion armada en su *Aviso á sus queridos alemanes*.

Despues de la Dieta de Augsburgo, un casuista reformado preguntaba si se podria cristianamente hacer la guerra al Emperador.

Queria sin duda una respuesta que apaciguara sus remordimientos interiores: la respuesta la encontró en el *Aviso* de Lutero.

«Cuando estos perros feroces y sanguinarios no tienen

mas deseo que matar, incendiar y quemar, nada de malo tiene rebelarse, oponiendo fuerza á la fuerza, hierro al hierro. Y no debe llamarse rebelion á lo que estos perros rabiosos llaman así. Lo que ellos quisieran seria cerrarnos la boca y las manos, para impedir que empleásemos contra ellos la palabra y los puños. Querrian ellos solos, para predicar á su placer, hacer uso de la fuerza, y espantar al mundo, concitando la revolucion, pero sin alarma, sin peligro propio. ¡Muy bien, compañero mio! Tu definicion no vale un ardite; yo te lo digo, y te lo pruebo.»

«Quien se levanta contra el derecho, no se rebela, porque entonces toda negacion del derecho seria una rebelion. Solamente es rebelde el que se alza no pudiendo sufrir, ni magistratura, ni justicia, y abiertamente las ataca, queriendo erigirse en señor y en derecho vivo, como ha hecho Munzer: ved ahí el crímen. Luego resistir á estos perros no es rebelion; quien dice *papista*, dice *opresor*. Luego ved ahí el verdadero rebelde colocado fuera de las leyes divinas y humanas; malvado, que parece al insensato en sus crímenes de sangre y matanza.»

Si no conociésemos al cenobita sajon, nos pasmaríamos de este llamamiento al motin, formulado en términos tan trasparentes, por quien, en vez de un pesebre, habia dado por cuna á su cristianismo el opulento armiño de los duques y grandes señores. ¿Qué tenia, pues, que temer? Necesariamente habian de salir en su defensa los príncipes que habia enriquecido con los despojos de las iglesias y conventos, los grandes y poderosos señores que preferian una revolucion á cara descubierta á restituir el botin de sus sacrílegas depredaciones. Ya habian tratado secretamente algunos del establecimiento de una alianza con Francisco I, sacrificando así lo que un pueblo tiene de mas glorioso; la nacionalidad. Diariamente desaparecian de la comunidad teutónica nuevas ciudades: Esligen y Heilbronn acceden al tratado de Spira; Enrique VIII reniega

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del catolicismo, y los turcos no distan mas que algunas jornadas de la capital del imperio. Lutero, sin embargo, nada tiene que temer.

Un católico de Dresde se atreve á denunciar á la Alemania sus doctrinas henchidas de tempestades: ataca á Lutero frente á frente, despoja su palabra astuta de su piel de serpiente, muestra el veneno que ella oculta, y pone en claro, en todos sentidos, y de todas formas, las versatilidades políticas y dogmáticas de su adversario. Hombre pensador, aleman de corazon ardiente, fue sin duda este escritor de Dresde, y, sobre todo, un profeta, por medio del cual, como á menudo sucede, Dios alzaba una punta del velo que oculta el porvenir.

Lutero, como tenia de costumbre, respondió en un estilo de hiel y vinagre, resucitando el fantasma del papismo para hacer miedo á los alemanes, y que despues arrojó á la fosa al ruido de sus atronadoras blasfemias y execraciones, que fueron como las campanas y el plañido funeral de este entierro.

El fantasma, sin embargo, alzó la piedra bajo que Lutero la habia sepultado en la batalla de Lochau, cuando Felipe de Hesse y Juan Federico, rebeldes á Cárlos V, pusieron en práctica las teorías del doctor. Lutero habia aplaudido todas las insurrecciones de la Reforma contra el derecho nacional de la Germania. Cuando en alguna de aquellas luchas en que venia la Reforma á chocar con la espada de Cárlos V moria alguno de sus hijos, Lutero le declaraba al punto todo un mártir. Para la Reforma estaba preparado el cielo, y sus prosélitos entrevian mas allá de esta vida terrena una corona de eterna bienandanza, prometida por su apóstol á los que muriesen por la fe. En vano era que el Emperador desease sofocar este proselitismo y sosegar los espíritus: sus tentativas fueron inútiles. Si en 1531 convoca una Dieta en Spira, el elector de Sajonia, por instigacion de Lutero, rehusa acudir á ella. Los

protestantes, escitados por el ejemplo de sus príncipes, se reunen en Francfort, y eligen por jefes de la liga á Juan de Sajonia y Felipe de Hesse. Los bávaros se reunen en Lubeck el año 1532 para reprobar la eleccion de Fernando como Rey de Hungría, doble insulto á Cárlos V y á las instituciones imperiales. Al mismo tiempo se negaron á todo subsidio para la guerra del turco, siguiendo la enseñanza que en otro tiempo les diera su padre; no porque ellos considerasen al turco como un enemigo vulgar, sino por oponer dificultades al Emperador. Lutero les habia dado el santo y seña, que era este: «La reunion de un Concilio nacional, para atacar al Concilio general cuando se hubiese reunido.» En 1532, en Nuremberg, rendido el catolicismo, ofrecieron la paz á los disidentes, quienes la rechazaron en términos magníficos por el órgano de Urbano Regio. «O la paz, decia este luterano en su terrible dilema; ó la paz con los papistas, es decir, la ruina de nuestra fe, de nuestros derechos y de nuestra vida, y una muerte en el pecado, ó la paz con Cristo, es decir, el odio de nuestros enemigos, y la vida en la fe? Decidámonos.—Tempestades del diablo, hostilidades del mundo, lucha del Antecristo, mas proteccion del cielo y vida en el Señor.»

El protestantismo rehusó tambien reconciliarse con los disidentes; de suerte, dice un historiador reformado, que el hombre que en 1520 habia abierto al pensamiento libre y progresivo un tan ancho y dilatado camino, no le dejaba en 1532 un sendero por donde poder transitar. Quien no estaba conforme con él, estaba contra él, era su enemigo.

Una de las sectas, el anabaptismo, fue luego obligado, mas ya tarde, á emplear las armas para entrar á viva fuerza en la comunion cristiana. Vamos á ver, pues, los daños que el anabaptismo produjo á la Alemania.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXXVI.

LOS ANABAPTISTAS.—1534-1535.

Melchor Hoffmann predica contra Lutero.—Strasburgo acepta las ideas del profeta.—Disputas en Augsburgo entre anabaptistas y luteranos.—Munster.—Rothmann y sus dogmas.—Lutero no quiere que la voz de los anabaptistas se haga oir en la Dieta.—Lamentos de los profetas.—Aquellos triunfan desde luego en Munster.—Sitio y toma de esta ciudad.—Muerte de Juan de Leyden.—Gozo de la Reforma.—Esta recurre á la espada política.—Actos del sínodo de Homburgo.—Destierro, confiscacion y muerte á los anabaptistas, impuestos por la Asamblea protestante.—Decreto de Homburgo contra los herejes.—No es mas que la paráfrasis del comentario de Lutero al salmo 82.—Versatilidades de la palabra de Lutero.

El conde de Frisia era uno de los protectores declarados del anabaptismo; dicen que se habia hecho rebautizar secretamente. Embden, la capital y el foco de la nueva herejía, habia enviado á la Dieta de Augsburgo misioneros que detenian á los transeuntes con sus gritos, diciéndoles: «Volved á recibir el bautismo, si no, no vereis el reino de los cielos.» El mas fogoso de estos predicadores era un discípulo de Melchor Hoffmann, que habia tomado el nombre de Elías, y se distinguia por sus furiosos arrebatos contra los zwinglianos y luteranos, á quienes acusaba de inmoralidad y relajacion. Atacaba á Lutero, á sus costumbres y á sus doctrinas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Melchor Hoffmann anunciaba á los habitantes de Strasburgo el único reino de los hijos de Dios. «Escuchad, les decia: el Espíritu-Santo ha descendido á mí, me ha trasformado en ángel, y derramado sobre mis labios un licor desconocido que me embriaga, y sobre mi cabeza una luz, un fuego que me abrasa. Yo he de reedificar á Jerusalen, muertos los primogénitos de Egipto. Un nuevo Ciro ha de venir, que, desarmando al Rey de Babilonia, que romperá el arco de Nemrod, que abrirá á los hijos de Israel un nuevo camino para volver á su país natal... Los siete ángeles del Apocalípsis han desenvainado la espada que ha de esterminar á los infieles, y uno de ellos ya se prepara á derramar su ampolla en los espacios: el reinado del Antecristo toca á su fin.»

Strasburgo, la ciudad sabia, la ciudad de las letras, la Atenas de la Alemania en esta época, escuchó estos desvarios.

Cuando Lutero habia empezado sus predicaciones, Strasburgo habia abrazado la simbólica sajona sobre las indulgencias, el purgatorio, el pontificado y la Cena. Mas tarde, el Rhin trajo de Zurich los dogmas de Zwinglio sobre la Eucaristía; Strasburgo se replegó á la confesion helvética. Sobreviene Bucero con una nueva doctrina, y Strasburgo se hizo bucerano. Aparece Melchor Hoffmann, y Strasburgo le da un asilo y se vuelve á la dogmática del iluminado. Mas no para aquí: vienen otros apóstoles atacando á aquel tropel de doctores heterodoxos que les habian precedido; es decir, Carlostadio, Lutero y Zwinglio, y arrebata á cada uno de ellos un artículo de su *Credo*, de donde hacen nacer una confesion que ni pertenece al luteranismo, ni al zwinglianismo, ni al anabaptismo, y Strasburgo adopta este símbolo, porque no tiene ni la forma ni el color católico.

Strasburgo estaba representada en Augsburgo por doctores de todos los matices: zwinglianos, luteranos, carlostadianos, buceranos. Los mas ardientes eran los anabaptistas: el mismo dia de su llegada, aun sin autorizacion del Senado, que daba á Lutero la preferencia sobre todos, establecieron conferencias, donde se lanzaba un insolente reto á los disidentes. Este reto fue aceptado por un luterano.

—¿De quién tienes tú la mision de predicar? preguntaba este al anabaptista.

—¿De quién? respondia este. ¿Tú no conoces el libro donde tu maestro dice que ha leido toda su vida? ¿Qué hay escrito en aquel libro inspirado? «Que el amor de Cristo es un título suficiente para predicar su palabra.»

El anabaptista, para probar que los luteranos no tenian la prenda de que habla el Apóstol, se dedicó á trazar un cuadro satírico de las costumbres de los reformados, representando á estos discípulos del nuevo Evangelio en los momentos de escalar los claustros, para arrebatar las novicias y contraer alianza con ellas en las tabernas, hartándose de vianda y de licores, y rompiendo el voto de castidad en cada taberna que encontraban.

El populacho reia.

Mas el luterano esperaba el momento en que la muchedumbre callaba para responder á su adversario.

—Apóstol de iniquidad, tú calumnias á San Pablo; tú blasfemas del Evangelio. Es muy cierto que todo cristiano debe practicar las obras de caridad; pero no todos son aptos para la predicacion evangélica, para anunciar la palabra divina. Para difundirla se necesitan otros títulos y otra mision que la santidad de costumbres y el amor del prójimo.

—La vocacion, sin duda, replicaba el anabaptista; ya te comprendo; pero, dime, ¿de quién tienes tú esa vocacion?

—De los magistrados; de ellos hemos recibido el derecho de publicar el Evangelio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Y yo de la eleccion de nuestras iglesias; nuestras iglesias, ¿no valdrán tanto, al menos, como tus magistrados?... Abre en cualquier parte el libro de todos, para tí letra muerta, y viva para nosotros: ¿dónde has leido tú que el Cristo ha conferido á los hombres del poder el derecho de nombrar apóstoles, y decirles: «Id, predicad y esparcid por do quier la palabra de vida, el nombre de Cristo, la sabiduría de los hombres?»

En este caso el anabaptista se inspiraba, y alzando los ojos al cielo, como que quedaba en éstasis, y despues con voz profética anunciaba al pueblo su venida en nombre del Eterno, que le habia hablado entre sueños, diciéndole: «Levántate; toma el camino de Augsburgo; yo iré en tu compañia, y seré en tu viaje como la estrella benéfica que precedió á los Reyes magos: yo pondré en tus labios la sabiduría; tú anunciarás mi palabra al pueblo de la imperial ciudad; yo ablandaré los corazones, y torrentes de miel fluirán de tu boca.»

Ordinariamente terminaban estas ridículas escenas por la dispersion del gentío, obligado á separarse de allí por la fuerza de los hombres de armas que enviaba el Senado: el predicador anabaptista bajaba de su púlpito, y se marchaba á otra plaza ó calle, donde volvia á reunir al populacho.

En otra parte un predicador llegado de Munster convocaba á sus oyentes para una conferencia al aire libre. Era este uno de aquellos mil teólogos nacidos bajo el sol de esta nueva Sion de los tiempos modernos, que proclaman las ideas fanáticas á que Lutero habia hecho doblar la cerviz, que deseaban representar el papel y usurpar su puesto al sajon, que se llamaban profetas y se daban los nombres bíblicos de Elías, Enoch y Moisés.

¡Desventurados delirantes! ¡La *Cautividad de la Iglesia de Babilonia* os apagó la luz de la razon! Inteligencias incultas, sin escuela ni conocimientos, salidas súbitamente

del polvo donde debian morir, estraviadas por la lectura indocta de los libros de la herejía: vedlas persuadidas de la mision y el derecho de regenerar al mundo.

Munster, verdadera Tebaida antes de la aparicion de Lutero, dormia tranquila bajo el báculo paternal de sus Pastores; mas de pronto fue convertida en morada del motin y el desórden turbulento, deseosa de figurar y aspirando á igualar á Wittemberg. Era una ciudad rica y floreciente, de gran importancia comercial, y donde se cultivaron con éxito las letras humanas. Amaba la antigüedad, la Grecia sobre todo, cuyos poetas habia ilustrado y esplicado. Esta era su pasion cuando apareció Lutero; en este caso esta ciudad semigriega, semilatina, por sus costumbres y sus títulos, se arroja al campo teológico, y sus profesores, abandonando á Ciceron y Homero, se convierten en escrutadores de los Libros Santos. ¡Dios sabe cuántas cosas nuevas encontrarán en estos Santos Libros, jamás conocidos ni enseñados por nuestros sacerdotes! Entonces todas las clásicas divinidades del Olimpo se ahuyentaron de Munster, como las golondrinas en la primavera, pero para nunca mas volver, y su lugar le ocupó un escolasticismo amargo, quisquilloso y charlatan, que trastornó el reposo entre los estudiantes, los maestros y el pueblo. La marcha revolucionaria de todas las sectas y errores es siempre la misma: desde luego se lanzan mil pullas y dichos picantes contra la ignorancia del clero y groseras burlas contra la destemplanza de los regulares y contra su ignorancia; profesores, discípulos y hasta el mismo pueblo, todo sonrie en la ciudad de Munster: mas la revolucion crece, toma fuerzas y ardor: invade la cátedra católica, donde á presencia del mismo Senado no teme publicar sus sofismas. De la cátedra pasa al Santuario; una vez allí, vuelca las imágenes, rasga las vestiduras sacerdotales, se arma luego, y ataca y destruye los conventos. Saqueados y arrasados los conventos, se precipita sobre los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

presbiterios, y asesina á los sacerdotes como tildados de seguir el papismo.

En este momento aparece un restaurador de la palabra divina, jóven del pueblo, que habia sido en otro tiempo niño de coro de la iglesia de San Mauricio, y á quien algunos canónigos habian enseñado las letras latinas. Se llamaba Rothmann. Cuando Lutero habia predicado contra las indulgencias, el ruido de sus sermones habia llegado hasta Munster, y hecho nacer en el corazon del adolescente un deseo irresistible de oir al monge. Entonces partió lleno de dudas y ansiedad. Lutero creyó haber conquistado un discípulo, que trabajaria incansable en la obra comun. Mas Rothmann fue seducido por Melanchthon, y, sobre todo, por Carlostadio. La lectura de Zwinglio esparció nuevas tinieblas en su espíritu, y el libro que apareció en 1531 con el nombre de *Restablecimiento*, le hace cambiar de rumbo, y del sacramentarismo pasa al anabaptismo. Rothmann creia en la alquimia y trasformacion de los metales, en el fatalismo y en el demonio de Zwinglio. Para probar un dia que Jesucristo no estaba en las especies sacramentales, toma del cáliz algunas hostias consagradas, y las deja caer en tierra, diciendo al pueblo, enmudecido de asombro: «Ved, ¿hay ahí sangre? ¿Hay ahí carne? Si Dios estuviese en ese símbolo, él se levantaria y se subiria sobre el altar.» Este fue tambien el argumento que cierto sacerdote usó para probar la no existencia de Dios: «Si Dios existe, decia, que me hiera: yo le niego.» Mas esperaba su dia, y este dia llegó. Rothmann, como todos los reformadores de algun nombre, se hubo de casar *por continencia*, y formular una confesion de fe, que á su entrada en Munster quiso imponer violentamente á los católicos. Esta exemológisis en nada se parecia á la simbólica luterana; era una obra de progreso, en que establecia la necesidad de una inmediata comunicacion entre Dios y la criatura, bajo ciertas condiciones que él marcaba, entre las cuales era la prime-

ra la destruccion del papismo. Los católicos despreciaron estos delirios, que tambien fueron objeto de burla para Lutero. Rothmann seguia su camino.

«Responded á Rothmann, decian sus discípulos en Augsburgo; católicos, luteranos, zwinglianos, todos marchais por las sendas de perdicion, y la voz de mi maestro sola será la que os abra las puertas del cielo: todo el que no marche por su via, será precipitado en las tinieblas de la eterna reprobacion.»

La llegada del Emperador puso fin á todas estas predicaciones: zwinglianos y anabaptistas guardaron un profundo silencio. Esperaban confesar su fe en plena Dieta, como los protestantes, autorizados al efecto, y mostrar entonces en el libro del Evangelio la filiacion dogmática de sus opiniones. Pero se engañaron. Melanchthon y Lutero, sobre todo, no querian que se les oyese. El segundo escribió desde Coburgo á Felipe que todo estaba juzgado; que la doctrina de Zwinglio y de Rothmann era diabólica, y que se debia esterminar á estos propagadores de la pestilencia y á estos lobos devoradores, que devastaban el rebaño de Jesucristo. Así, pues, era Lutero. ¡Negaba á estas sectas los medios de justificarse, les cerraba la boca, y les llamaba hijos del diablo, porque, como él, habian hallado en un texto del Nuevo Testamento la necesidad de un segundo bautismo! Y no solo habia procurado á su comunion la vida material, sino que tambien solicita templos, altares, derechos de ciudad; ¡y si alguno de sus hermanos pide, no ya iglesias, ni vasos de oro, ni edificios públicos, ni proteccion, ni calor, ni alimento, sino un poco de piedad y misericordia, Lutero le rechaza!

Que no se nos objete, para justificar á Lutero, que la doctrina de Rothmann habia sufrido una trasformacion política que amenazaba á la magistratura y debia arruinar el edificio social. Jamás habria el anabaptismo ensangrentado la Alemania si Lutero le hubiese tomado bajo su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

proteccion y hubiera dejado á sus discípulos la libertad de publicar sus visiones. Bajo el punto de vista católico, varia de aspecto la cuestion: el anabaptismo, en el tribunal de la autoridad, es un hijo rebelde á quien las leyes pueden castigar; mas á los ojos de los luteranos, ¿qué es este mas que un anabaptista? Cuando mas un cristiano que yerra, y no un hereje, toda vez que su fe se deduce de su razon, y que la luz de su inteligencia aclara cada uno de los puntos controvertidos de los testos. Rothmann en Augsburgo es como decir Lutero en Worms.

Conviene oir las declamaciones que exhalan contra el doctor los escritores favorables de los fanáticos. En su cólera le emplazan al tribunal de Dios en aquel dia terrible en que el ángel hará levantar á los muertos al sonido de su terrible trompeta; quieren destilar sobre su cabeza y clamar la sangre de sus profetas inmolados despues de la Dieta de Augsburgo, en que el cenobita sofocó su voz. El catolicismo no tiene necesidad de evocar el sonido de la tremenda trompeta del juicio final para acusar á los anabaptistas de la muerte de tanto sacerdote arrancado de sus maternales brazos en el obispado de Munster, de tanta iglesia incendiada, de tantos miles de estatuas arrojadas al fuego, de tantos códigos preciosos donde borraron las disposiciones eclesiásticas, de tanto monasterio que ellos saquearon mas terriblemente que los mismos luteranos. Desde luego triunfaron. Despues de su primer victoria, el Senado dió un edicto, que mandaba en nombre de Cristo y su Evangelio la devastacion de las iglesias. El pueblo obedeció. Se vió una multitud, que se decia llena del espíritu de Dios, arrojarse sobre las puertas de los templos, romperlas á hachazos, incendiar los órganos y los púlpitos, arrastrar por la plaza pública las imágenes y las pinturas, donde una gran hoguera las redujo pronto á cenizas, estraer las reliquias de los Santos de donde se hallaban, arrojar al aire las cenizas de los mártires, beber en los vasos sagra-

dos, y dar fin, por cumplir en el lugar sagrado, y á la luz de sus cirios profanadores, con el precepto dado á nuestros primeros padres de crecer y multiplicarse.

En este dia de sacrilegios Munster recibió el renombre de *Nueva Sion*; y diciéndose en un rescripto de Rothmann que en adelante no se necesitaban para nuestra salud mas libros que la Biblia, y que era conveniente quemarlos como inútiles ó perjudiciales, á las dos horas perecia en las llamas la biblioteca de Rodolfo Langio, casi toda compuesta de inestimables manuscritos griegos y latinos.

Mas Dios se apiadó de la anciana iglesia de Munster. La ciudad estaba sitiada. Habia la primavera hecho nacer en las murallas y jardines de la misma alguna poca verdura. Juan de Leyden, el nuevo profeta, la habia hecho segar y repartir á sus soldados; mas un viento violento, acompañado de nieve y hielo, arrasa y destruye estos tallos de yerba; los sitiados, sin una salida afortunada que hicieron, á despecho de las órdenes de su profeta, hubiesen muerto de hambre. No hubo una voz entre este pueblo de cadáveres que se elevase pidiendo gracia. El Obispo, que por momentos estrechaba el sitio, tuvo piedad de aquellos desgraciados, y envió á Juan de Leyden un soldado para intimarle, en nombre de Dios, entregase la plaza. Las intimaciones del Obispo fueron desoidas: los anabaptistas estaban decididos á morir: uno de ellos, montado en un caballo é imitando al ángel, sonó la trompeta, y anuncia en alta voz que los muertos iban á salir de sus fosas y venir en socorro de la ciudad. Mas los muertos siguieron su tremendo sueño. El cañon batia inútilmente, despues de un mes, la muralla de la ciudad rebelde: solo la traicion abrió sus puertas... El ejército episcopal avanza hasta entrar en la plaza mayor. Solo restaban dentro de murallas unos 300 anabaptistas, los cuales, replegándose tras de unas carretas, murieron batiéndose al son de sus cánticos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

religiosos. El hambre solo les pudo hacer caer las armas de los brazos.

Juan de Leyden se batia aun; la lanza de un soldado le atravesó. Entonces se arroja al profeta, que cargado de cadenas es arrastrado por dos caballos á los pies del Obispo. El Prelado estaba á caballo sobre un cerro, desde donde podia su mirada descubrir á toda la ciudad, y escuchar sus oidos los últimos lamentos de los moribundos.

—Mira tu obra, dijo á Juan de Leyden. ¿Ves allí las iglesias y palacios reducidos á cenizas, las casas derribadas, la yerba que crece en las calles, regadas con la sangre de tus hermanos.

—Waldech, responde el anabaptista: ¿tan grande es el mal que he hecho yo? Tu ciudad estaba desmantelada, y hoy la tienes fortificada. ¿Quieres te proponga un medio que te indemnizará de los gastos hechos en el sitio de Munster? Muy sencillo. Me mandas encerrar en una caja, que tú harás correr por todas las ciudades y pueblos de Europa, y á florin por cabeza, por ver al Rey de Sion, tantos serán los curiosos, que te bastará lo que recojas para pagar tus deudas y aumentar tus caudales.

—Esto es lo que yo haré, dijo el Obispo.

Condenados á la horca Juan de Leyden y otros jefes, fueron conducidos al castillo de Bevergen. El pueblo acudia á los caminos por ver á los vencidos y escupirles. Uno les escupia á la cara; otro para apagar su sed les presentaba un vaso de sangre; los predicadores luteranos atajaban algunas veces el convoy, y rodeados de sus ovejas, de sus mansos prosélitos, ofrecian á aquellos desgraciados una disputa en regla. Juan de Leyden acepta una con Corvin, ministro del landgrave de Hesse, el cual nos ha dejado las actas de esta conferencia. Se envanecia este de haber triunfado del anabaptista, que abjuró y lloró sus errores sobre la Eucaristía, y su rebelion contra su soberano; mas el Rey de Munster niega constantemente la eficacia del bautismo

administrado á los reciennacidos, y la humanidad de Cristo en el seno de María.

—El Verbo hecho carne, decia Leyden á Corvin, es la obra del Espíritu-Santo: la humanidad atravesó toda entera el seno de la Vírgen como un rayo del sol atraviesa un cristal.

Tres hombres eran los que habian de horrorizar al mundo en su suplicio: Juan de Leyden, Knipper Dolling y Kretting: Rothmann ya no existia. Se habia levantado un suplicio delante del mismo palacio donde Juan se habia presentado con todo el esplendor de las reales vestiduras y en medio de un serrallo de concubinas. Estaba el puesto de aquel mas alto que el de sus cómplices, para que pudiese ser visto de mas lejos. El verdugo tenia preparadas tenazas candentes para despedazarle las carnes. Juan de Leyden suplicaba; pero el suplicio duró mas de una hora, dando fin por una estocada que le atravesó de parte á parte, y espiró. Sus dos amigos murieron de la misma manera. Una jaula de hierro estaba preparada, y encerrados en ella los restos de Juan de Leyden, se colocó en lo alto de la torre de San Lamberto, para terror de los anabaptistas. Las cenizas de Knipper Dolling y de Kretting fueron arrojadas al aire.

La Reforma no pudo disimular su gozo con la caida del anabaptismo en Munster: creyó que iba á tomar posesion de las ruinas de esta ciudad infortunada: mas el viejo culto, que tanto habia sufrido en la lucha con Juan de Leyden, por un decreto de la Dieta de Worms, fue reintegrado en todos sus derechos, solo que con la condicion de reedificar lo que la herejía habia destruido. En muy poco tiempo el nombre de anabaptista fue una señal de reprobacion, y el que le tenia no hallaba asilo en las ciudades protestantes. El anabaptismo se llamó tambiem davidismo y menonismo, del nombre de los dos miembros de la secta á cuyo cargo estuvieron sus destinos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La Reforma abandona la palabra, y empuña la espada política. Celebra un sínodo, Concilio ecuménico al que envian sus representantes todas las ciudades que se habian separado de la autoridad legítima. La reunion fue en Homburgo, el 7 de agosto de 1536. Lutero no vino en persona, pero se presentó en espíritu bajo la forma del folleto.

De las actas de esta Dieta el protestantismo no ha presentado mas que fragmentos informes, como avergonzado de su obra: y tenia en ello mucha razon. En buen hora que llore la sangre de sus confesores inmolados al filo de la espada en diversas ciudades de los Paises-Bajos; que entreteja coronas de martirio para sus discípulos muertos; que glorifique la hoguera de Juan y Enrique, quemados en Bruselas; pero que no acuse al poder de crueldad. En Worms y en Augsburgo decia que no usaba mas armas que la espada de la palabra; y hoy, que tiene ya templos, arrebatados á sus antiguos dueños, para celebrar su culto; hoy, que bebe en nuestros cálices, y que da la comunion en nuestras patenas; hoy, que predica en nuestros púlpitos y se viste con nuestros vestidos recortados á medida de su cuerpo, y que llama á sus fieles con el sonido de nuestras campanas, que no fundió ella por cierto; hoy, si un anabaptista, pobre alma hija de su seduccion, llega á pedirle hospitalidad, se arma de la espada, y le ataca, y le señala con la marca de la herejía. «Y será desde luego inútil examinar si el ministro de la palabra tiene ó no derecho de hacer armas contra la herejía. Este derecho pertenece al magistrado esclusivamente, y á él solo cumple segar la zizaña y hacer uso del hierro: ademas, á la enseñanza debe preceder el castigo. Veamos ahora lo que debe resolverse acerca del anabaptismo. Algunos de sus dogmas son subversivos del órden social; por ejemplo, la poligamia, el perjurio y despreció al pleito-homenaje debido al príncipe, la rebelion, la negacion del juramento judicial, cumple á los magistrados perseguir y esterminar estos dogmas impios.

Otros dogmas encierra, que sin atentar contra el poder constituido, son abiertamente hostiles á la pureza del Evangelio; por ejemplo, el bautismo de los reciennacidos que los fanáticos rechazan, la negacion del pecado original, las revelaciones inmediatas del Criador, y la condenacion eterna que atribuyen al que cae en pecado mortal. ¿Se pregunta aquí si debe ó no castigarse de muerte á los que se atreven á sostener esta máxima heterodoxa?»

Casi todos los reformados opinaban por la confiscacion de bienes, destierro y muerte, en caso de impenitencia. Se abrió de nuevo el libro Santo. *Qui Deum blasphemat morte moriatur*, dice el Señor: luego el magistrado está en la obligacion de esterminar al blasfemo. Este es un precepto divino; ¿y qué mayor blasfemia que negar la Iglesia de Jesucristo, como hacen los anabaptistas? En vano alegarán, para justificar su cisma, el escándalo de los ministros protestantes; esta escusa es la misma con que en otro tiempo quisieron los donatistas dorar su separacion de la Iglesia cristiana, y los edictos de Honorio y Teodosio condenaron á estos herejes que querian fundar un nuevo culto.

«Que no se diga que el cuidado de la divina palabra no corresponde al poder temporal; el ministerio sacerdotal y el ministerio público (el sacerdocio y el imperio), son dos poderes diversos establecidos por Dios para mantener el órden de las sociedades. El príncipe debe velar sobre esta doble obra del Señor, y castigar la rebelion contra la santa palabra, así como el alzamiento contra el poder civil: los Reyes de Judá, ved el Viejo Testamento, castigaron de muerte á los que siguieron los falsos profetas.

»Que no se diga mas que Jesucristo prohibe arrancar la zizaña; si bien á los ministros de la palabra se dirige este precepto, el Cristo no ha pensado jamás atentar á los derechos del magistrado, á quien armó de la espada para castigar y destruir á todo el que blasfeme de su santo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nombre. Luego si el anabaptista, obstinándose en su pecaminosa doctrina, sostiene la necesidad de un segundo bautismo, niega el pecado original y se separa de nosotros sin necesidad, «que muera á hierro, por su culpable obstinacion.»

No hubo una voz en la asamblea de Homburgo que se elevara contra tan terrible anatema. Melanchthon, el «Fenelon de la Reforma,» opina por la pena capital contra todo anabaptista pertinaz ó bien que quebrantase el destierro, abandonando la tierra á que le relegaran los magistrados. «Un magistrado, repetian los enviados de Luneburgo, tiene derecho de vida y muerte sobre los herejes: el príncipe tiene derecho á hacerles creer la palabra de Dios.» «Que la herejía sea reformada á sangre y á fuego,» pedian los ministros de Ulm y los de Augsburgo. «Si nosotros no hemos enviado aun algunos rebautizados al patíbulo, en cambio los hemos marcado con un hierro candente.» Y los de Tibingue: «Piedad para los pobres anabaptistas, que no hacen sino seguir la voz de sus jefes; pero muerte á los ministros de la palabra.» Mas el canciller determinó definitivamente que se encerrase á los rebautizados en una prision, donde los consejos y las privaciones les hiciesen salir del error. Todos pidieron con este motivo la promulgacion de un código religioso, que sirviese de plan de conducta á los protestantes, y esterminase para siempre el fanatismo. Y se vió salir de esta asamblea un decreto, parecido en sus formas á los de aquellos Padres en que Lutero tanto se habia solazado, y en el cual hallamos hasta la invocacion del Espíritu-Santo que ellos hacian, y repitieron los reformados llamándole en su socorro.

Ved, pues, esta Bula con que podeis comparar aquella de Leon X, que Lutero llamaba una obra del infierno:

«Los ministros de la palabra evangélica exhortarán desde luego á los pueblos rueguen al Señor por la conversion de los rebautizados; que se imponga un castigo ejemplar á aquellos de nuestros hermanos cuyo desarreglo en las costumbres escandaliza las conciencias; que los borrachos, los adúlteros y los jugadores sean reprendidos, y se reformen nuestras costumbres.

»Al que rechace el bautismo de los reciennacidos, al que desobedezca las órdenes de los magistrados, al que predique contra los impuestos, al que proclame la comunidad de bienes, al que usurpe las funciones sacerdotales, al que acuda á reuniones ilícitas, al que predique contra la fe, *pena de muerte*.

»El procedimiento contra los culpables será el siguiente: todo cristiano tildado de anabaptista será conducido ante el superintendente; el ministro le reprenderá y exhortará con caridad y dulzura: si se arrepiente, le escribirá al magistrado y al Obispo de su residencia que puede perdonarle y admitirle en la comunion de los fieles. El culpable abjurará sus errores, confesará sus faltas, pedirá perdon á la Iglesia, y prometerá vivir como hijo sumiso de ella. Si reincide y quisiere volver á reconciliarse con Dios, será castigado con una multa, cuya suma se distribuirá entre los pobres. Todo estranjero que se obstine en permanecer en sus errores, será desterrado del país; si quebrantare el destierro, se le *hará morir*.

»Respecto á las personas legas é ignorantes que no hayan predicado ni administrado el bautismo, pero que, seducidos, se hayan dejado arrastrar á las reuniones heréticas, si no quisieren renunciar al anabaptismo, serán azotados con vara y desterrados para siempre de su país, *sentenciados á muerte* á la tercera vez que volviesen al lugar de que fueron arrojados.»

Una sola voz se elevó en la Alemania contra la severidad de este manifiesto: la del landgrave de Hesse, cuyos Estados se veian infestados del anabaptismo. Su conciencia no estaba tranquila. Quiso consultar á sus doctores ordinarios, y se dirigió á Melanchthon y Lutero. Conser-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vamos su respuesta, fecha en Wittemberg el lúnes despues de Pentecostés. Es una paráfrasis del comentario de Lutero al salmo 82.

«¿Qué decís de herejía? repite Lutero; esos que llamais anabaptistas son unos facciosos, perturbadores de la paz pública, poseidos del demonio, y á quienes es preciso hacerle entrar en razon, de grado ó por fuerza. Debe ser castigado severamente el que niegue los dogmas de la fe, un solo artículo de nuestras creencias, que reposan en la Escritura ó en la doctrina universal de la Iglesia. Es preciso tratarle, no solo como á un hereje, sino como al que blasfema del nombre de Dios. No es necesario hacer uso de argumentos ni persuasion con tales gentes: se les condena como á impíos y blasfemos. Porque, ¿quién se atreverá á disputar sobre los dogmas que la Iglesia ha recibido, y que de tiempos remotos fueron hallados conformes á la razon, apoyados en el testimonio de los Libros Santos, cimentados por la sangre de los mártires, glorificados por los milagros, y sancionados por la autoridad de todos los doctores? Luego si sobreviene uno de esos duelos de palabras, en que cada combatiente avanza defendido con un testo, al magistrado corresponde intervenir en la disputa, é imponer silencio á aquel cuyas doctrinas no concuerden con los Libros Divinos.—Y no solo por aquellos alborotadores que predican en público, sino por otros que buscan las tinieblas, que sin mision ni vocacion se introducen furtivamente en las familias, derraman el veneno y arrebatan las ovejas del ganado de Jesucristo. A estos no hay inconveniente de que les castiguen, tanto el Pastor como el magistrado civil, porque son ladrones y pícaros á quienes como tales debe tratarse. Tales son, que si un pobre hombre tiene la desgracia de caer en las garras de un avejaruco de estos, ante todo le hacen declarar, bajo pena de perjurio á Dios y á los hombres, á qué comunion pertenece. Velemos cuidadosamente á aquel que, predicando, aun

cuando viva santamente, venga á usurparnos la palabra. Y como quiera que no traerá consigo los títulos de su vocacion divina y el mandato humano en virtud del cual ejerza el ministerio evangélico, aunque fuese un ángel, el mismo Gabriel bajado del cielo, debe atacársele como á un apóstol del infierno, y si no huye, entregar á ese tuno y sedicioso á las manos del verdugo.»

Adoptado este consejo de Lutero, todo el que se llamaba anabaptista, hecho objeto de odio al poder, fue preso. El anabaptismo cita, aun al presente, aquellos dias de borrasca, en que su constancia rindió el brazo de los verdugos, como tiempos de prueba que Dios traia sobre su Iglesia predilecta. Aun cuenta con orgullo cómo algunos de sus confesores prefirieron sufrir la prision, el destierro y la muerte, antes que renegar del nombre de cristianos; y no le faltan himnos á sus *mártires*, y palabras de piedad y desprecio para el monge sajon, quien en 1528, en su libro de *Cœna Christi*, y en otro tratado *Contra pædobaptismum*, habia defendido enérgicamente la libertad de conciencia. Y por toda venganza nos refiere las lágrimas que derramó el monge un dia que fue conducido al patíbulo uno de sus hermanos, por órden de Fernando de Austria, y sus palabras, mas elocuentes aun que sus lágrimas, halladas en una epístola á sus parroquianos: «¡En nombre de Dios, nada de llamas, ni de horca, ni de sangre entre nosotros! Que cada uno sea libre para seguir sus inspiraciones, para escuchar el grito de su conciencia. ¿No hay bastante fuego en el infierno, y fuego eterno, para que sean castigados allí los herejes? ¿Por qué tantas penas en este mundo, si al fin no han cometido otro crimen que un estravío en sus creencias?»

Despues de quince años que escuchamos á Lutero, observamos que en él su pensamiento, semejante al cuerpo, se mudaba y trasformaba á cada hora de la jornada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXXVII.

LOS JURISTAS.

Lutero, necesitando un símbolo, inmola el espíritu á la letra.—Observaciones de Menzel.—Nueva metamórfosis.—Lutero niega la letra.—Defeccion de muchos de sus discípulos.—Lutero á los seducidos por los juristas, en el púlpito y en la mesa.—Su vuelta á la letra.—Gaspar de Schwenkfeld ataca á Lutero.—Opinion de aquel sobre el valor científico del reformador.

No podemos menos de traer á la memoria la revolucion que promovió Lutero contra la autoridad de la palabra escrita. Empezó por enseñar la supremacía del espíritu sobre la palabra. Para emancipar la razon debió buscar el pensamiento humano en la tradicion católica. A este fin, creyó conveniente erigir un símbolo, un dogma; pero este dogma tenia, á su vez, necesidad de un signo material, de una letra. Y esta nueva letra siguió la misma suerte que la letra antigua: fue relegada á la duda, y por fin al descrédito, á la negacion. Lutero protesta contra esta negacion, é inmola esta vez el espíritu á la letra: entonces el principio de la infalibilidad de la Iglesia forma parte de su dogmática.

«Es pernicioso creer ó enseñar contra el testimonio de la fe y los dogmas de la Iglesia. Cualquiera que dude de un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

solo artículo de su símbolo, es un hereje, y se rebela contra el Cristo, sus Apóstoles y su Iglesia, roca inalterable de verdad.» Se dirigia el reformador al duque Alberto de Prusia.

«Mas, dice á este propósito Menzel, que comprendia todo el daño que tal doctrina debia causar al libre exámen, ¿dónde va á parar el reformador? ¿Dirá á las olas del pensamiento, como á las del mar: «No ireis mas lejos?» Si tras estas ondas despunta una luz, que los neólogos miran con sus ojos de la carne y del espíritu como una luz divina, ¿afirmará él que no existen mas que tinieblas? Y si los sectarios tienen bastante fe para marchar sobre las ondas, ¿qué les opondrá entonces Lutero? Ahí está la noche papista, que se estiende de nuevo, segun esta bella espresion del Apóstol: Prevaleced en el bien.»

Los juristas desarrollan este pensamiento de Menzel, y sostienen y prueban que el dogma del libre exámen, sentado ya antes por el reformador, no podia considerarse como una herejia en la Iglesia luterana, y desecharon como un atentado á la razon, y una inconsecuencia y delirio de Lutero, su exégesis del salmo 82, en que el doctor incurria en errores heréticos, y aquella nota en que establece el derecho que tienen la Iglesia y el poder de castigar al hereje.

Lutero creyó librarse de sus adversarios por medio de una nueva metamórfosis: negó la letra.

Esta constante inconsecuencia de doctrina concluyó por apartar á muchas personas que, identificadas con la obra de Lutero desde un principio, vinieron por fin á intimidarse y admirar las ruinas que causaba la Reforma en el terreno de las inteligencias. Espíritus positivos, versados en la práctica del derecho, que estraviados por Lutero y separados de las vias tradicionales, por donde la ciencia marchaba victoriosa y de los fértiles campos donde podian alimentarla y robustecerla, aspiraban á que su nombre se estendiese entre sus conciudadanos, y á que volviese á dominar su abandonada palabra. Los juristas, pues, procuraron salirles al encuentro, hacer oir su voz, y reincorporar á aquellos cristianos á la falange del derecho civil y de la autoridad. Esto fue un acontecimiento providencial. El dedo de la Providencia indicó á los sacerdotes del derecho el perdido camino de la tradicion. La evocacion de decretales, cánones de la Iglesia, Bulas pontificias, Concilios, mantenedores inconcusos del dogma santo y revelacion de la letra, cuando el tiempo y la deformidad de lenguaje la enflaquece, los grandes recursos, en una palabra, con que puede contar la escuela del foro, debieron combatir y herir de muerte al pseudo-apóstol, y, en efecto, llenaron de dolor y amargura la vejez de aquel espíritu indomable. Los juristas se empeñan hoy en adorar lo que ayer escupieron y befaron. Schurf, brillante conquista de los primeros dias de Lutero, es ahora tambien el primero que alza el grito y proclama la tradicion. Presenta batalla al reformador, y le bate con un magnífico argumento, que atraviesa el pecho del sajon. «¿Qué es la Escritura, decia, sino una verdadera tradicion? ¿Cómo probar el carácter divino de la Escritura sino por la via oral, tradicion de los siglos, que nos evidencia la divinidad de la letra? ¿No tenemos ese Nuevo Testamento que en cada una de sus partes, como el firmamento en cada una de sus estrellas, despide luces brillantes, y nos habla un lenguaje por todos comprendido? ¿Quién ha hecho llegar á nosotros ese libro bienhadado? Los hombres, la tradicion. ¿Quién le ha hecho pasar de edad en edad hasta nosotros? Los hombres, la tradicion. Así, pues, por la tradicion sabeis vos que el nombre de cristiano que os distingue viene de Cristo. El rio, si, de la tradicion, es el que arrastra en su corriente poderosa, y hace llegar hasta vosotros, los dos testamentos, el Sinai y el Tabor, la antigua y la nueva ley.»

Lutero envejecia: su palabra se debilitaba, su frente se despoblaba de cabello; entonces declara la guerra á los ju-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ristas. Su argumentacion es floja, tímida, embarazosa. No lo podia desconocer su talento, ni podia dejar de sentir su corazon el frio efecto de sus palabras de agonía mental: recurrió á la jocosidad; pero la risa huia de sus labios de cadáver: ya el chiste primitivo no se presentaba con aquella espontaneidad que le hiciera célebre mas que otra cosa durante su lucha colosal con el *papismo*: ahora era preciso rebuscarle, y aun así no aparecia, y si por ventura se presentaba, era con una desesperante frialdad.

«Tres años hace, decia predicando el domingo de cuadragésima, tres años hace que callé, que no es poco callar. Mas hoy los juristas me baten por todos costados. Sea; pero que me ataquen con las armas de la palabra divina, y no con los decretos pontificales. Aunque yo sucumbiese, que no sucederá, deberian ellos honrar y glorificar en mi doctrina ese Verbo divino que el Espíritu-Santo ha defendido por medio de mis labios, diciendo: Respetad mi palabra, siquier la predique el mismo Caifás ó Judas. ¿Qué me vienen con cánones? Por mas que digan, no son sino las cadenas con que quieren aherrojarnos; nosotros no adoramos por agradar á los juristas, nosotros no adoramos los escrementos y los decretos de los Pontífices de Roma. Que se las compongan allá con su derecho y nos dejen en paz: que no vengan á turbar nuestras iglesias y á emponzoñar los espíritus de los estudiantes con sus dogmas impíos; jamás podrán hacer un objeto de risa de nosotros los teólogos. ¿Sabeis lo que sucederá con esto? La indiferencia, la ingratitud de la muchedumbre: el sarcasmo de nuestros juristas despoblará los templos de ministros buenos y observadores de los preceptos de Dios.

»Señores juristas, tened á bien decirme por qué habeis hecho entrar el derecho canónico en nuestra Academia, y por qué quereis proteger la enseñanza. Sabeis bien que yo he destruido y he reducido á cenizas ya hace mucho tiempo al asno papista, al borrical papado, y todo lo que

trae consigo. Yo os ruego, mis buenos amigos, seais conformes conmigo y no ataqueis al mismo derecho: él debe ser nuestra enseñanza y de los profesores, grandes y pequeños, viejos y jóvenes; en una palabra, de los estudiantes de toda edad y condicion: yo no puedo ni quiero sufrir que ofendais á nuestra Iglesia. Si os agradan esas cosas, andad á Satanás. Yo por mi parte no quiero la secrecion ni las flatosidades papistas; para vosotros: regalaos con ellas. Si no escuchais esta amonestacion, y aun me presentais los cuernos, yo os mostraré los mios, y os embestiré con pujanza. Si de negros que érais os hice blancos, yo puedo aun al presente devolveros vuestro primitivo color, y pareceréis á los ojos del mundo negros como un demonio del infierno. Mi boca se abrirá y dirá cómo habeis adquirido esas togas y esas pellizas de gran valor, y esos vestidos brillantes. Y si á nosotros los teólogos llamais asnos y zoquetes, otro tanto diré yo de vosotros; de vosotros, á quienes la envidia os mueve á exigir de nuestros fieles adoren esos sonidos y esa suciedad que lanza el trasero papal, sobre todo en esta ciudad de Wittemberg. Aunque todos vuestros juristas, con toda vuestra ciencia, os empeñeis, no sereis capaces de esplicar una sola palabra, un solo precepto de Dios. ¿Creeis que yo no sé cuánto vale un jurisconsulto? Como yo predique, renunciad á vuestro proyecto: subid al púlpito, si os lo dicta el corazon, que no me opondré jamás. Os cederé el puesto, y me retiraré á otra parte á procurar mi salud y mi tranquilidad. ¡Que el Papa rocie al mundo entero con sus escrementos, que él coma! Por nuestra parte, hemos conseguido vencer á este cruel enemigo, que era un enemigo formidable. Vosotros nada podreis hacer, ni emprender, ni enseñar, que pueda perjudicarnos. ¿Creeis vosotros humanamente que no sé lo que valeis? Yo os lo diré, si me obligais á ello; yo publicaré vuestras necedades, vuestra ciencia de *zapatero*, que se reduce á ensartar trozos de autores de vuestra ciencia: ¡mis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

buenos juristas, que tales sois, que si á uno de vosotros se pusiera á destilar, y aunque se estrajese la quinta esencia, no se pondria en estado de poder interpretar un solo precepto de Dios!»

En la mesa, por la noche, repetia Lutero el sermon que habia dejado por concluir por la mañana en el púlpito. A su parecer, el derecho canónico no pasaba de ser «una quimera, un eructo vinoso del Papa, un hueso que quedaba para que lo royesen los juristas que tenian buenos dientes, en el estercolero del Papa, que apestaba al mundo cristiano; los canonistas unos asnos, asnísimos, peste de la Iglesia, hijos del infierno y de Satán, blasfemadores de Cristo, enemigos del Evangelio, que se han engullido al Papa y le guardan en el estómago, zapateros remendones, disputadores...»

Mas estas palabras groseras, estas bromas rebuscadas en la inmundicia, estas agudezas empapadas en la suciedad y en el lodo, no tenian ya el valor de otras veces. Lutero no encontraba ya labios prontos á sonreir; habia ya agotado el manantial de chistes, agudezas y el espíritu de sátira que le distinguia en otro tiempo: su voz ya no alegraba los semblantes: se convencia cada vez mas de su vejez.

Los juristas le dejaban decir, y no respondieron una palabra á sus sarcasmos. Tenian de su parte á su discípulo Melanchthon, que se avergonzaba de su maestro, y decia al oido del que queria escucharle la necesidad de reconstruir la jerarquía eclesiástica, y de apoyarse en la enseñanza de los siglos pasados.

Un discípulo del sajon, Gaspar de Schwenkfeld, habia previsto y anunciado el regreso á la letra, la desercion de la idea por el signo material, y la consagracion de la figura, en que vendria á recaer necesariamente Lutero. Esto fue lo que de nuevo ocurrió. Ya en 1525 pintó al nuevo Sísifo rodando su canto, sin poderle hacer salvar la santa

montaña de Jesus. «¡Oh luz del Evangelio, escribia; tú reflejas la claridad de la Escritura! ¡Tú has puesto en claro las torpezas del reinado del papismo; tú has roto las cadenas de la conciencia; tú has dado al pensamiento la libertad; tú no has sido comprendida! ¡Cuántos cristianos hay que se llaman hijos del Señor porque pueden reirse del Papa sin peligro y negar el tributo á los monges!»

Schwenkfeld entrevió el dia en que el luteranismo habia de perecer, herido por la misma letra que venia él á rehabilitar despues de haberla atravesado de parte á parte.

«Plaza al Evangelio de Lutero; que se le deje pasar; ya llegó su dia; se ha cumplido su tiempo, y pidamos á Dios haga nacer otros Apóstoles, nuevos obreros que allanen el camino á otro Mesías, que reanime al hombre por la omnipotencia del espíritu y le vivifique por el Verbo vivo de Jesus. Los toneles son muy viejos para un vino tan nuevo. Lutero ha puesto la criatura en lugar del Criador, la letra en lugar del espíritu, la tierra en lugar del cielo; nos saca de Egipto, y nos deja en el desierto. Que emane del espíritu un soplo de vida que asuele estas plantas que no ha sembrado el Padre celestial.

»¡Honor á Lutero, de quien sin cesar proclamará las bondades mi voz agradecida! Mas yo confieso ardientemente que, hallada la verdad una vez, como él la halló, yo preferiria volver á los papistas antes que á los luteranos. Lutero rompió las cadenas á un pueblo que carecia de la ciencia del espíritu: mejor hubiese sido no romper estos hierros. ¿Qué es nuestro reformador? Un hombre á quien convendria apartarse de la ceguedad, sobre todo cuando invoca la espada para propagar el Evangelio. Para él Dios solo es nuestro Señor y nuestra guia... No olvidemos que él ha tenido discípulos que se han apartado vergonzosamente del camino del Señor, y que nos han hecho mas daño que los papistas. Entre ellos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hay muchos que no comprenden ni la palabra ni el espíritu; misioneros que no han recibido su mision sino de ellos mismos y no del Verbo; que no predican sino por su interes, y á quienes convendria ir á la escuela de Cristo, para nutrirse allí con el pan de la sabiduria.»

Lutero, despues de esto, hubo de encolerizarse, tanto de la piedad como de las alabanzas de su discípulo. Cuando Gaspar le escuchaba como un niño dócil, con la vista inclinada, entonces los labios del doctor se dilataban de alegria, y palabras fragantes se escapaban de ellos en forma de ramillete. Schwenkfeld era otro Benjamin; mas al presente, que el discípulo abandona la guia de su maestro, el maestro regaña, y se exaspera. Y, sobre todo, cuando mas se irrita es cuando Schwenkfeld tiene la audacia de enviarle una de sus elucubraciones.

—Al diablo, loco, dice; déjame con tus libros, todos manchados con las inmundicias de Satanás: oye mi última palabra. ¡Que Dios te confunda, maldito Satan; á ti, y á todos los que provienen de tu espíritu infernal!

Los luteranos repiten la maldicion del doctor. Solo Melanchthon fue el que no invocó al diablo; mas, en su lugar, apeló al brazo del poder civil para lanzar esta *peste* de la Alemania.

CAPITULO XXXVIII.

ULTIMAS TENTATIVAS DEL PONTIFICADO.—1535-1537.

Clemente VII.—Paulo III envia á Vergerio á Alemania para pacificar la Iglesia. — Entrevista de Vergerio y Lutero. — Lutero se burla del Legado.

El Emperador habia prometido en la Dieta de Augsburgo solicitar del Papa la reunion de un Concilio, para reducir á los disidentes, si era posible, haciéndoles volver al camino de que se habian descarriado. Los católicos, almas simples, se hacian la ilusion y pensaban que una reunion ecuménica de Obispos estirparia los últimos gérmenes de la revolucion. Lutero, por su parte, no cesaba de apelar al Concilio. ¡Cuántas veces, despues de haber publicado sus tésis, habia proclamado á la faz de su pais que estaba pronto á dar cuenta de su fe ante un sínodo nacional, cuyos decretos acataria. Los reformados, que no conocian aquellas reuniones tabernarias en que el reformador se burlaba todas las noches de lo que habia dicho en la víspera, creyeron en la sinceridad de su palabra. El Emperador tenia grandes pensamientos; mas en el momento en que debió realizarlos encontró en su camino un monge que le interceptaba el tránsito y le detenia. Todo lo habia puesto en juego por desterrar completamente el cisma; su autoridad

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hay muchos que no comprenden ni la palabra ni el espíritu; misioneros que no han recibido su mision sino de ellos mismos y no del Verbo; que no predican sino por su interes, y á quienes convendria ir á la escuela de Cristo, para nutrirse allí con el pan de la sabiduria.»

Lutero, despues de esto, hubo de encolerizarse, tanto de la piedad como de las alabanzas de su discípulo. Cuando Gaspar le escuchaba como un niño dócil, con la vista inclinada, entonces los labios del doctor se dilataban de alegria, y palabras fragantes se escapaban de ellos en forma de ramillete. Schwenkfeld era otro Benjamin; mas al presente, que el discípulo abandona la guia de su maestro, el maestro regaña, y se exaspera. Y, sobre todo, cuando mas se irrita es cuando Schwenkfeld tiene la audacia de enviarle una de sus elucubraciones.

—Al diablo, loco, dice; déjame con tus libros, todos manchados con las inmundicias de Satanás: oye mi última palabra. ¡Que Dios te confunda, maldito Satan; á ti, y á todos los que provienen de tu espíritu infernal!

Los luteranos repiten la maldicion del doctor. Solo Melanchthon fue el que no invocó al diablo; mas, en su lugar, apeló al brazo del poder civil para lanzar esta *peste* de la Alemania.

CAPITULO XXXVIII.

ULTIMAS TENTATIVAS DEL PONTIFICADO.—1535-1537.

Clemente VII.—Paulo III envia á Vergerio á Alemania para pacificar la Iglesia. — Entrevista de Vergerio y Lutero. — Lutero se burla del Legado.

El Emperador habia prometido en la Dieta de Augsburgo solicitar del Papa la reunion de un Concilio, para reducir á los disidentes, si era posible, haciéndoles volver al camino de que se habian descarriado. Los católicos, almas simples, se hacian la ilusion y pensaban que una reunion ecuménica de Obispos estirparia los últimos gérmenes de la revolucion. Lutero, por su parte, no cesaba de apelar al Concilio. ¡Cuántas veces, despues de haber publicado sus tésis, habia proclamado á la faz de su pais que estaba pronto á dar cuenta de su fe ante un sínodo nacional, cuyos decretos acataria. Los reformados, que no conocian aquellas reuniones tabernarias en que el reformador se burlaba todas las noches de lo que habia dicho en la víspera, creyeron en la sinceridad de su palabra. El Emperador tenia grandes pensamientos; mas en el momento en que debió realizarlos encontró en su camino un monge que le interceptaba el tránsito y le detenia. Todo lo habia puesto en juego por desterrar completamente el cisma; su autoridad

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

imperial, que se habia desconocido; el verdugo mismo en los Paises-Bajos, donde reinaba la efervescencia de los ánimos. Quedaba, pues, una voz que hacer oir, la voz de la autoridad, por el órgano de un Concilio universal. Queria él que sus alemanes la escuchasen, y confiaba en que no seria perdida, y operaria algunos milagros, como en los tiempos de la primitiva Iglesia. Restituir á Dios lo que era de Dios, no hubiese sido el precepto mas difícil de cumplir; pero habia otra clase de restituciones de difícil realidad. Lutero mismo no hubiese sido escuchado, porque la nobleza alemana habia ya vendido los caballos de los Obispos, las tapicerías de las iglesias, los vasos sagrados, las pinturas, las imágenes, y por sostenerse, creyó que la Reforma iba adelantando terreno, y causó nuevas ruinas y depredaciones. El voto sincero del Pontificado era mostrar al mundo cristiano, por medio de uno de esos grandes juicios, en que la Santa Iglesia hace oir su voz inspirada, todo cuanto su Jefe visible en la tierra habia hecho durante veinte años, dispensando consejos, derramando lágrimas y misericordia por volver al gremio de la autoridad á tanto hijo rebelde.

Clemente VII, uno de los Pontífices que mas han honrado la tiara, era uno de esos varones en quien no dominaba la preocupacion ni la pasion, de corazon bondadoso, y enriquecido de los mas elevados sentimientos, amigo sincero de las letras, sabio en las ciencias en que jamás lo habia sido otro Pontifice; era mecánico, ingeniero y arquitecto. En consecuencia, su política debia ser tímida y recelosa: temió á Cárlos V y á la Francia. El desvarío que mas incapacitó su política fue el aliarse con Francia para atacar al imperio, y á este para combatir á la Francia. Así es que cuando la estrella de Francisco I dejó de brillar con su primer resplandor, se le vió arrojarse en los brazos del Emperador, y en los de este cuando pa'ideció la de su rival. Cárlos no tuvo ni amor ni compasion para Clemente.

Le escusaba de haber atentado contra las libertades de Florencia, arrancadas completamente por sus doctrinas despues de su muerte, como si no hubiese hecho uso de su derecho sosteniendo en su ducado á la casa de Médicis. En su lecho de agonía tuvo el dolor de ver el Vaticano despojado de su gloria y de su influencia en los grandes acontecimientos del mundo, los reinos del Septentrion apartarse de la fe católica, y la Suiza romper con la Santa Sede. Murió de pesar: como Vicario de Jesucristo nada tenia que echarse en cara, y se durmió en el Señor, despues de una vida pura: mas como príncipe debió llorar la política meticulosa que le hizo adoptar el interes de su corona temporal. «¡Y ved, dice á este propósito Ranke, de qué fuerte organizacion está dotado el catolicismo! Parece que en las manos débiles de este Pontífice debia estinguirse, y morir, ó debilitarse al menos; empero en el pontificado de Paulo III, sucesor suyo, renace con nuevas fuerzas y esplendores.» Paulo adopta una política franca, vigilante y arreglada. Apenas sentado en el trono, los pueblos y los Reyes admiraron á la vez sus maneras nobles, finas, su elegancia sin fausto, y su dulzura sin debilidad. El Pontificado se engrandeció con esta noble respuesta de Paulo al Emperador, que le pedia el capelo para dos hijos suyos, niños todavía: «Se los daré cuando se me pruebe que alguna vez se han hecho cardenales con babero.» Clemente habia dejado á su sucesor una tarea improba que desempeñar, bajo cuyo peso habia sucumbido. Veamos lo que debia hacer: vencer el protestantismo, ó al menos alzar una barrera á sus invasiones; restaurar el edificio católico, dándole la vida y esplendor que habia perdido á los ojos de los hombres, é imprimirle unidad; sublevar el Mediodía contra el Septentrion; á una liga reformada, oponer una liga católica; y cuando esta obra estuviese acabada, precipitar la Europa contra la Puerta Otomana, y borrar las querellas entre los príncipes amigos de la Santa Sede, tan funestas al cristia-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nismo, reconciliando la Francia con la España. Y no solo tuvo la gloria de haber concebido todos estos bellos pensamientos, sino que pudo esperimentar el placer de verlos realizados cumplidamente. El tiempo, mas fuerte que él mismo, le impidió salir igualmente victorioso de todos los acontecimientos: mas su gran obra, la que le ha colmado de honor, aun á los ojos de los mismos protestantes de buena fe, es el Concilio que inauguró en Trento, y cuyo nombre irá siempre unido al de su ilustrado gobierno pontificio. Idea grande, vasta, que ha sobrevivido y sobrevivirá á todas las glorias de este Pontifice; porque si bien en Trento alzó una barrera insuperable entre los dos cultos, el catolicismo se rehizo y cobró nuevas fuerzas, uniendo en estrecho é indisoluble lazo á todas las naciones que le pertenecian. El Norte se habia separado de este grupo; mas la cadena que estrechaba al Mediodía jamás pudo ni ha podido romperse. Despues del símbolo de Atanasio, no hay libro que merezca mas veneracion de los católicos que el que lleva el titulo de *Catecismo del Concilio de Trento*, que no es mas que una paráfrasis luminosa de este símbolo: en él la inviolabilidad del dogma, la supremacía pontifical y la unidad cristiana, están al abrigo de toda tentativa de error y novedad. Ranke, á quien nos complacemos en citar, observa, con mucho fundamento, que el martillo sajon creia haber derrocado hasta la última piedra de la moderna Babilonia; pero que en Trento se vió bien claro que el edificio católico apenas se habia resentido. Al mismo tiempo, y como para compensar la defeccion de los alemanes, de pronto, y como por ensalmo, aparecen aquellas Ordenes religiosas que se vieron en todas las partes del globo conquistar tantas almas á la Santa Sede, llenar el vacio que habia dejado la Reforma, y llevar el nombre de Roma á los confines del mundo. Todo lo mas grande que se encuentra en la historia moderna es la historia de estas Ordenes, y sobre todo la de los jesuitas, república

que iguala en poder y en habilidad á la de Rómulo. Si Lutero arrancó á Roma dos millones de almas, Ignacio de Loyola le procuró diez.

Paulo III, de la familia de Farnesio, estaba llamado á operar la reconciliacion que no habia sido posible tentar á sus antecesores, en fuerza de acontecimientos imprevistos. Vergerio, su Legado, tuvo órden de partir para Alemania, y anunciar á Cárlos V y á su hermano Fernando, y á otros príncipes de la cristiandad, que el Concilio tan deseado por los pueblos hacia tiempo, se abriria por fin en Mantua. A primeros de noviembre llegó Vergerio á Wittemberg, y ante todo manifestó su deseo de ver á Lutero. El doctor, despues de haber comunicado con el Legado, se burló del embajador con sus amigos: «Héteme aqui que se me anuncia un reverendísimo Cardenal, escribia á Melanchthon; un Legado que se parece á todos los demas; un estafador, un ladron, el demonio en persona. Yo desearia que la Inglaterra tuviese muchos Reyes como Enrique VIII, que sabe bien deshacerse de esta canalla.»

Un antiguo escritor de la época nos ha conservado el relato de esta entrevista.

«Así que el Dr. Martin Lutero conoció que se aproximaba la visita, hizo llamar á su barbero:

—Señor, le dijo el barbero: ¿qué quiere decir esto que me llamais tan temprano para afeitaros?

El doctor le respondió:

—Es que debo ser recibido por el enviado de Su Santidad, y es preciso que me afeiteis muy bien, que parezca un Adonis, y así pensará el Legado: «¡Qué diablos! si Lutero nos hizo pasar en la juventud, ¿qué será ahora en la fuerza de su edad?»

Cuando el maestro Enrique concluyó de hacer su oficio, Lutero se puso el mejor de sus vestidos, y adornó su cuello con una cadena de oro.

—¿Os burlais, señor? dijo reventando de risa el barbero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Razon tienes, replicó el doctor: bastante se han reido de nosotros, y ahora nos toca reir y hacerles rabiar. Así es cómo deben tratarse los lobos y las serpientes.

—Andad en paz, señor, replicó el barbero; en la paz de Dios: que el Señor sea con vos, y les convirtais por vuestra boca.

—Ya nada haré; pero me propongo contestarle en regla.

Dicho esto, acompañado de Pomeranio, montaron en el carruaje que les habia enviado el Legado en señal de distincion: tomaron el camino de la ciudadela. Cuando Lutero ponia el pie en el carruaje, no pudo menos de soltar la carcajada, y decir á su compañero:

—¡Verdadero milagro! ¡El Papa de los alemanes y el Cardenal Pomeranio sentados mano á mano en un mismo carruaje!

Lutero fue dispensado de los acatamientos debidos al Legado pontificio. Habiéndose hecho anunciar, salió el Nuncio á recibirle, y le estrechó afectuosamente la mano, conduciéndole en esta forma á su habitacion. Despues de algunas palabras indiferentes, Vergerio llevó la conversacion á tratar del Concilio.

—¡Bah! dijo Lutero moviendo la cabeza: me rio de vuestro Concilio. Si el Papa llega á celebrar alguno, será para tratar de la cogulla, de los frailes, de la tonsura clerical, de viandas, de vino y otras boberías de este género: mas de la fe, de la penitencia, de la justificacion, del lazo de caridad que debe unir á todos los que viven una misma vida, nada, nada absolutamente: ¡graves y solemnes enseñanzas en que la Reforma se ha ocupado hasta el presente, iluminada por la luz del Espíritu-Santo! ¿De qué tenemos necesidad ahora? ¿De vuestro Concilio, que sirve solo para las pobres naciones que teneis cautivas? Vosotros, papistas, no sabeis lo que creeis. Marchad, marchad; reunid vuestro Concilio si os parece, que

yo os prometo ir, aun cuando supiese que habia de ser quemado ó ahorcado.

El Legado no le contestó la menor palabra, y sin reconvenirle por alguna espresion poco dulce, inclinó la cabeza como en señal de satisfaccion, y como si hubiese obtenido todo lo que venia á solicitar de Lutero...

—Mas decidme, doctor, replicó aquel: ¿dónde quereis que se celebre el Concilio?

—A mi, replicó el sajon, donde querais: en Mantua, ó en Padua, ó en Florencia, poco me importa.

—¿Y en Bolonia? dijo el Legado...

—¡En Bolonia! ¿A quién pertenece esta ciudad? dijo Lutero.

—Al Papa, respondió el Legado.

—¡Dios mio! dijo el doctor alzando la voz cuanto pudo: ¡una ciudad que ha robado el Papa! Sea, pues, en Bolonia; allí me tendreis.

—Lo mismo que el Papa vendria á Wittemberg, replicó el Legado, si la salud de las almas lo exigiese.

—¡Oh! ¡Por Dios, que venga! Nosotros le recibiremos lo mejor que podamos.

—¿Y cómo querríais que se presentase? preguntó Vergerio: ¿acompañado de tropas, ó sin soldados?

—Como él quiera, interrumpió bruscamente Lutero; de cualquier modo será bien recibido.

La conversacion mudó de rumbo: Vergerio preguntó á Lutero si ordenaba á los reformados.

—Ciertamente, ordeno despues que el Papa nos quiso privar de la colacion del sacerdocio. Ved ahí, monseñor, y lo dijo señalando á Pomeranio con el dedo: ved ahí un Obispo de nuestra hechura, el Dr. Pomeranio, que ha recibido la consagracion episcopal.

Toda esta conversacion fue una chanza insolente, en que Lutero habló al Nuncio del Papa, como él tuvo valor de decir, «en pillo y en bribon,» y en que el Legado de Su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Santidad se condujo como un hombre que bien pronto habia de renegar de la fe católica. Paulo III, eligiendo á Vergerio por su Legado, padeció una malhadada equivocacion. Cuando Vergerio montó á caballo para salir de Wittemberg, tendió su mano hácia Lutero, y le repitió la promesa que le habia hecho en la víspera.

—Id con Dios, monseñor, dijo Lutero; yo iré, y llevaré mi cabeza y mis espaldas.

Al dia siguiente contó á Melanchthon y á Justo Jonás su entrevista con el Legado.

—Nuestro Legado ha partido: apenas se ha detenido en esta ciudad; vuela, no marcha. Me ha invitado á almorzar á mi, y tambien á Pomeranio: habia rehusado la cena. Por fin he comido en su mesa. No puede boca humana alguna referir lo que se ha dicho entre nosotros: yo me he hecho el Lutero durante la comida.»

Es lo cierto que Lutero se divertia á costa del Nuncio y de los católicos, y no tuvo la mas leve intencion de cumplir la promesa que él habia hecho de asistir al Concilio. A sus ojos este Concilio no era mas que una obra del diablo, en que no queria ser cómplice. Los folletos que habia publicado allá en otro tiempo eran un buen testimonio de que á ningun precio queria la reconciliacion con el papado. Aquellos sínodos de Hanau, Francfort y Schmalkalde, en que la flor de los teólogos de ambas comuniones se reunian para reconciliar los dos cultos, no se imaginaron sino para adormecer al Emperador. En la conferencia de Schmalkalde (1537) encerró Lutero á sus diputados en un círculo de hierro, del cual no podian salir sin incurrir en su cólera. Sobre todo, redujo la timidez y la flojedad de Melanchthon, quien mas que nunca se inclinaba á devolver su autoridad á los Obispos. El discípulo balbuceó protestas equívocas, temiendo desconsolar á su maestro. El landgrave de Hesse, que queria con toda la fuerza de su voluntad sacudir el yugo del Emperador, se asoció secretamente á los mal-

vados pensamientos de Lutero: en público y en los sínodos fingia adoptar las ideas conciliadoras de Melanchthon, haciendo así un doble papel. Esperaba por precio de sus condescendencias hacer bendecir su poligamia por la Iglesia de Wittemberg.

Detengámonos en esta página de la vida de Lutero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXXIX.

BIGAMIA DEL LANDGRAVE DE HESSE.—1539-1540.

Costumbres del príncipe.—Su carta á Lutero pidiéndole la legitimacion de su bigamia.—Bucero.—Confesion del landgrave.—Consulta á los miembros de la Iglesia de Wittemberg.—Dolor de la Alemania.—La Iglesia reformada enmudece con tal escándalo.—Arrepentimiento de Lutero.—Folleto de Wittemberg.

Felipe estaba unido á Cristina, hija del duque Jorge de Sajonia, y en los diez y seis años de este matrimonio habian procreado ocho hijos. Este matrimonio no habia sido feliz: el duque era colérico, violento, relajado y supersticioso.

Enfermó despues del sínodo religioso de Francfort, y habiendo visto en la Biblia, con cuya lectura se complacia, como todo buen reformado, un capítulo del Nuevo Testamento en que San Pablo amenaza con el fuego eterno á los fornicarios, cobró tal miedo, que, aun siguiendo su anterior vida, despues de restablecida su salud, no pudo perder de vista la sentencia del Apóstol, que á cada paso se le presentaba para llenarle de terror. Tomó, pues, el partido de renunciar á la comunion.

Vuelve á leer la Biblia; mas en esta ocasion se abre el cap. 4.º del libro de Moisés. Felipe juzga que esto es

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un aviso del cielo, y á la manera de los profetas de la ley antigua, le pareció debia tener dos mujeres.

A consecuencia de esto, creyó conveniente la legitimacion de su bigamia. Poco inquieto de la opinion pública, tranquila su conciencia, solo creyó la alta palabra que borraba de su alma hasta los últimos restos de sus remordimientos, y, en paz con Dios, desterró de sí sus visiones y escrúpulos, que temia casi tanto como á la muerte. No desconocia cuánto habia hecho por la obra luterana, y bien sabia que si hubiese retirado su brazo, habria corrido gran peligro. Los jefes y apóstoles de la Reforma vivian de sus bondades: á unos les habia dado públicamente la plata, á otros los vasos de las iglesias, á muchos otros mitras con que poder casarse y acudir á los gastos del matrimonio. No tenia necesidad mas que de llamar á la puerta de sus palacios, y no le faltaban ya sacerdotes que le absolviesen, y si era preciso hasta que entonasen himnos á su adulterio: mas queria la aprobacion del doctor de Wittemberg y sus discípulos.

Un cura católico, dominico en otro tiempo, luterano despues, zwinglista á continuacion, y por fin escéptico consumado, se encarga de redactar la memoria que el príncipe queria dirigir á la Iglesia sajona.

Mas el landgrave quiso tambien escribir por sí mismo. Su carta era lacónica, atrevida y llena de cinismo: decia que tenia necesidad de mujer; y en defecto de Margarita, si se le negaba, tendria que buscar en otros objetos el alimento de su voracidad.

Lutero, acostumbrado como estaba á la obsequiosidad mas cumplida por parte de los poderosos, se irrita de tamaña insolencia. En su contestacion asegura su deseo de que el asunto fuese examinado detenidamente por el clero del landgraviato de Hesse. El landgrave queria marchar con su faz descubierta, y creyó conseguir otra aprobacion que no fuera la de aquel clero rebajado, que se plegaba

sin murmurar á todos sus caprichos, y cuya ignorancia despreciaba hasta el mismo pueblo.

Bucero viene, finalmente, en ayuda y socorro del landgrave. Era un teólogo de saber, de palabra florida y dulce y simpática entonacion, alma de cortesano y de serpiente, y que habia hecho toda su vida profesion de apostasía. Murmuraba del convento donde habia mamado todo el saber que poseia en las ciencias teológicas; murmuraba de los pobres sacerdotes, que en su infancia le habian vestido y alimentado; murmuraba del catolicismo, que le habia hecho sacerdote; murmuraba de Lutero, que le habia amparado, elevado y dado á conocer en el mundo; de Carlostadio, de quien habia abrazado la doctrina, y, finalmente, de los sacramentarios, cuya enseñanza celebrara. Pervertido á Lutero, al poco tiempo renegó de su doctrina por pasar á los strasburgueses. Esta boca manchada con tanto perjurio, era la que debia pronunciar el voto mas espantoso que podia salir de los labios de un sacerdote: y se vió arrancar las entrañas á Servet, que no pensaba ciertamente como tal hombre acerca de la Trinidad.

Esta alma, que no podia estar bien en parte alguna, y que no podia dormir sobre ninguna almohada, amaba el oro. El landgrave le derramó á manos llenas, y Bucero redacta una instruccion, dirigida á los grandes teólogos de Wittemberg, y él mismo se encarga de ser el portador y hacerla valer ante ellos.

La instruccion es una confesion de soldado.

El landgrave estaba impaciente y acosado por la carne; la contestacion urgia, y la consulta de los eclesiásticos de Wittemberg no se hizo esperar mucho tiempo. Estaba dividida en 24 artículos: el 21 estaba así concebido:

«Si V. A. está resuelto á tomar una segunda esposa, creemos que debe hacerse secretamente, como dijimos cuando ella pidió dispensa; de modo que no deberán presenciar el acto mas que el ministro y otras personas de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

necesaria presentacion, pero obligándoles á guardar secreto, bajo el sigilo confesional. En esta forma creemos no será el acto contradictorio ni escandaloso considerablemente, toda vez que el concubinato está admitido entre los príncipes; de modo que si bien el pueblo bajo se escandalizará, los hombres ilustrados verán el hecho de otro modo.

—»Nadie debe cuidarse del qué dirán si su conciencia no le grita. Así, pues, aprobamos el nuevo matrimonio.

»V. A. tiene por el presente escrito nuestra aprobacion, no solo para este, sino para todos los casos análogos que ocurran; pero con las restricciones y reflexiones emitidas.»

Esta consulta estaba firmada por Lutero, P. Melanchthon, M. Bucero, Ant. Corvin, Adam, J. Leningen, J. Winther, D. Melander; es decir, de todos los notables, flor y nata de la Reforma.

Las capitulaciones matrimoniales entre Felipe y Margarita fueron redactadas sin duda por un teólogo luterano; el notario no se presentó tal vez mas que á poner su refrendata; el teólogo, para justificar la bigamia del landgrave.

S. A. declara en ellas que no toma por mujer á Margarita escitado de la curiosidad, ni del desprecio del derecho civil, sino porque le seria imposible vivir conforme á los preceptos de Dios, y merecer el cielo sin un doble matrimonio.

Todo el que en la Reforma conservaba algun resto de pudor enmudeció de escándalo tan grave. El elector de Sajonia se cubrió la cara con sus manos cuando vió por la primera vez á Bucero de vuelta de Wittemberg.

Bucero, como hombre hábil, conocedor del corazon humano, dejó que estallase esta cólera. Cuando se hubo templado, empezó por hacer un brillante elogio de la piedad del príncipe y de su amor á sus pueblos, y, en nombre de

él, prometió al elector los socorros que necesitara para contener al Emperador. y acabó por enseñarle un escrito, en que Cristina daba su consentimiento al nuevo matrimonio. El elector permanece inflexible, y Bucero tuvo que retirarse por su honra.

El matrimonio se celebró el 3 de marzo de 1540, en Rothenburgo sobre el Fuld, en presencia de Melanchthon, de Bucero y de otros teólogos.

Se quiso guardar silencio sobre esta bigamia; pero la niña y su madre, tentadas por el demonio de la vanidad, divulgaron el secreto. La familia del príncipe, el duque Enrique y su hermana, se irritaron altamente, mas bien que por causa del interes religioso, por virtud de las consideraciones mundanas, que hablaban muy alto en la Alemania. En Dresde era la madre de Margarita objeto de las burlas y las humillaciones de una corte orgullosa, que deseaba espiase la madre la elevacion de su hija, por todos los medios que mas pueden herir el corazon de una madre y de una mujer.

El landgrave habia dejado su Biblia; y en paz con Dios, con su conciencia y con su Iglesia, marchaba con la frente alta, dando el brazo á sus dos mujeres cuando iba al sermon, sentándose á la mesa entre ambas, y presentándolas á las dos á sus cortesanos.

La Iglesia reformada estaba muda. Hubiese ella preferido echar un velo sobre este impúdico matrimonio, y dándose por contenta de que ninguna mano católica viniese á levantarlo.

Mas aun tenia otra cosa mucho mayor de que avergonzarse; á saber: de aquel consentimiento y aprobacion que Lutero y Melanchthon, las dos lumbreras de la Reforma, dieran á la bigamia del príncipe, diciéndole: «Descansa en paz; acércate cuando quieras á la mesa eucarística, para comer y beber cuando quieras la carne y la sangre de tu Dios.» Esta es la página que á todo precio hubiesen ellos querido

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rasgar, y que si bien consiguieran esconder por un momento, quiso Dios que alguno la estrajese de los archivos de la Hesse: una mano protestante fue, y ella sacó á luz el deshonor de su secta.

Por lo demas, la Reforma tomó su partido: se unió á los católicos para execrar la impudencia de Lutero y Melanchthon, quienes, antes que firmar actos tan escandalosos, debieran cortarse la mano. Los dos sufrieron en esta vida el castigo de su falta: ¡Melanchthon, siendo atacado repentinamente de una enfermedad que sufrió como una espiacion; Lutero, renegando de su obra, y proclamando en cada ocasion que se le presentaba la indisolubilidad del matrimonio!

Y aconteció que, existiendo un alma tan vil que pudiese celebrar al landgrave por medio de un folleto, que apareció bajo el pseudónimo de *Huldrich Neobulus*, el doctor de Wittemberg arroja lejos de sí tan infame libro, y esclama:

—¡Bribon! Que el diablo dé un baño de fuego en lo profundo del infierno á quien te escuche y sea tentado de tomar segunda mujer: esta es mi opinion bien segura, y cuando tú, malvado, y todos los diablos, vengan á enseñarme otra doctrina, yo no os escucharé; yo sé muy bien que un hombre no puede abandonar á su mujer.

Lutero no se acordaba ya de lo que habia dicho en otra ocasion: «¡Que ningun testo bíblico prohibe la poligamia!»

CAPITULO XL.

DISGUSTOS Y PADECIMIENTOS DE LUTERO.

Lutero enfermo en Schmalkalda.—Sus deseos contra el papado.—Lutero jamás supo orar.—Muerte de su padre.—Dietrich.—Carta de este á Melanchthon.—Crísis.—Súplica á Dios.—Muerte de Magdalena.—Oficios piadosos de su padre.—Testamento del doctor.—Folleto contra el papado.

La vejez vino á Lutero antes de tiempo. A sus últimos dias estaban reservados los mayores disgustos que hasta entonces habia probado: la muerte de sus padres, á quienes amaba entrañablemente; la pérdida de dos de sus hijos, sobre todo de Magdalena, que lloró toda su vida; el destierro de algunos de sus amigos; la apostasía de muchos de sus discípulos; la degeneracion, en fin, de su obra, y las enfermedades. Estos golpes del cielo, que se sucedian con cortos intervalos, imprimieron en su alma un carácter de desesperacion, que exhala alguna vez en quejas, en que apenas se reconoce al *hijo de Cristo*.

En 1537, enfermo de la vejiga en Schmalkalde, en términos que á cada momento se creia morir, aun tuvo bastante fuerza para incorporarse en la cama y dirigir una súplica á Dios, cuyo modelo no encontró ciertamente en los Libros Santos. «¡Señor del cielo, mi Dios y Señor! gritaba: voy á morir yo, el enemigo de tus enemigos; yo, espanto y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rasgar, y que si bien consiguieran esconder por un momento, quiso Dios que alguno la estrajese de los archivos de la Hesse: una mano protestante fue, y ella sacó á luz el deshonor de su secta.

Por lo demas, la Reforma tomó su partido: se unió á los católicos para execrar la impudencia de Lutero y Melanchthon, quienes, antes que firmar actos tan escandalosos, debieran cortarse la mano. Los dos sufrieron en esta vida el castigo de su falta: ¡Melanchthon, siendo atacado repentinamente de una enfermedad que sufrió como una espiacion; Lutero, renegando de su obra, y proclamando en cada ocasion que se le presentaba la indisolubilidad del matrimonio!

Y aconteció que, existiendo un alma tan vil que pudiese celebrar al landgrave por medio de un folleto, que apareció bajo el pseudónimo de *Huldrich Neobulus*, el doctor de Wittemberg arroja lejos de sí tan infame libro, y esclama:

—¡Bribon! Que el diablo dé un baño de fuego en lo profundo del infierno á quien te escuche y sea tentado de tomar segunda mujer: esta es mi opinion bien segura, y cuando tú, malvado, y todos los diablos, vengan á enseñarme otra doctrina, yo no os escucharé; yo sé muy bien que un hombre no puede abandonar á su mujer.

Lutero no se acordaba ya de lo que habia dicho en otra ocasion: «¡Que ningun testo bíblico prohibe la poligamia!»

CAPITULO XL.

DISGUSTOS Y PADECIMIENTOS DE LUTERO.

Lutero enfermo en Schmalkalda.—Sus deseos contra el papado.—Lutero jamás supo orar.—Muerte de su padre.—Dietrich.—Carta de este á Melanchthon.—Crísis.—Súplica á Dios.—Muerte de Magdalena.—Oficios piadosos de su padre.—Testamento del doctor.—Folleto contra el papado.

La vejez vino á Lutero antes de tiempo. A sus últimos dias estaban reservados los mayores disgustos que hasta entonces habia probado: la muerte de sus padres, á quienes amaba entrañablemente; la pérdida de dos de sus hijos, sobre todo de Magdalena, que lloró toda su vida; el destierro de algunos de sus amigos; la apostasía de muchos de sus discípulos; la degeneracion, en fin, de su obra, y las enfermedades. Estos golpes del cielo, que se sucedian con cortos intervalos, imprimieron en su alma un carácter de desesperacion, que exhala alguna vez en quejas, en que apenas se reconoce al *hijo de Cristo*.

En 1537, enfermo de la vejiga en Schmalkalde, en términos que á cada momento se creia morir, aun tuvo bastante fuerza para incorporarse en la cama y dirigir una súplica á Dios, cuyo modelo no encontró ciertamente en los Libros Santos. «¡Señor del cielo, mi Dios y Señor! gritaba: voy á morir yo, el enemigo de tus enemigos; yo, espanto y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tormento del antecristo: tú vas á pronunciar nuestra sentencia. ¡Al Papa las penas y los dolores sin fin; á mí, tu pobre criatura, que he proclamado tu nombre y tu Majestad, la gloria y la bienaventuranza eterna!» Este lecho de muerte, que ordinariamente inspira dulces palabras, votos llenos de enternecimiento, amorosos suspiros por todo lo que debe quedar despues de nosotros en la tierra, era para Lutero una cátedra, donde se exhalaban deseos de venganza. ¡En vez del ósculo de paz que debia enviar desde su lecho á la que le habia «servido como un buen servidor,» á sus criados, á sus discípulos de Wittemberg, á todas las personas que habia querido en esta vida, toma por cuenta suya el nombre del Papa; pero para maldecirle! «Estoy pronto á morir cuando Dios quiera, escribia á Pomeranio; cuando quiera el buen Dios mi Salvador: y solo deseo vivir hasta Pentecostés, para afrentar á la faz del mundo esa bestia romana que se llama el Papa, á él y á su reinado.» ¡La bestia romana era... Paulo III! Sus dolores eran tan vivos, que dijo un dia á su enfermero: «¡No habrá por ahí un turco que me mate!» Sus amigos no creian volverle á ver: celebraron su regreso á Wittemberg como un milagro: los mismos médicos desesperaban de su enfermedad, que rechazaba todos los remedios de la ciencia.

Lutero jamás habia sabido orar. Orar es amar, y él siempre habia querido aborrecer. De lo íntimo de sus efusiones á Dios se veia siempre nacer un cierto olor á «miseria humana,» que hacia ineficaz la piedad que debian inspirar sus sufrimientos. ¿Por qué su plegaria, que sale desde luego de sus labios como alabando, se convierte al instante en amargo vituperio? «Mis pecados, la muerte, Satanás y todos sus ángeles, no me dejan un minuto de reposo. ¡Qué me resta, Dios mio, por consuelo y esperanza! ¡Vuestra gracia! ¡Ah! Que ella no abandone al mas miserable de los hombres, al último de los pecadores.»

¿No os parece que el cielo debia abrirse y enviarle sobre las alas de un ángel esta misericordia que solicitaba tan amorosamente? Mas el cielo estaba airado, porque el pecador que le imploraba tenia tanta hiel en el corazon, que desbordaba el odio.

—¡Oh Dios mio! decia: yo quisiera que Erasmo y todos los sacramentarios pudiesen probar por un momento todos los tormentos con que me abrumais; entonces seria yo profeta, y anunciaria su arrepentimiento y conversion. Despreciad la súplica de Tomás de Cantorbery, que estando caido sobre el altar, herido por sus asesinos, alzó al morir los ojos al cielo, esclamando: *¡Perdonadlos, Señor, que no saben lo que se hacen!*

Y por tanto este Tomás es un papista, que Lutero ha castigado mas de una vez.

Estaba Lutero en Coburgo cuando recibió la nueva de la muerte de su padre Hans (Juan). Su esposa, para ayudarle á sufrir este golpe cruel, le dirigio una carta, toda llena de consuelos, y cerrada la remitió por medio de uno de sus niños. Al leerla Lutero, alzó los ojos al cielo, y derramó algunas lágrimas. Tenia fe en el Señor, y la vista de aquel firmamento, donde él creia descansaria á la sazon su padre, bastó para enmudecer su dolor; porque Lutero amaba á su padre como un buen hijo. Y Hans, ¡qué orgulloso estaba de Martin! ¡Cuánto hablaba de él, y con qué fuego! ¡Cuánto le queria!

En la carta que con este motivo escribió el criado del doctor á Catalina, hemos hallado algunos detalles llenos de interes.

«Mi querida y buena señora: Consolaos; no os dé pena vuestro marido. Gracias á Dios está bueno, y recibió con valor la nueva de la muerte de su padre. Cuando abrió la carta de Juan Reinieken, se volvió á mí, y me dijo: «Mira, »¡mi pobre padre ha muerto!» En este momento tomó su libro de rezo, y se dirigió á su habitacion, y se puso á llo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rar; y lloró tanto, que al dia siguiente tenia la cabeza entumecida, y despues quedó algo tranquilo.»

Algunos dias antes de su muerte, estando Juan en la cama de donde no debia levantarse mas, recibió la última carta de su hijo.

«Mi hermano Santiago me escribe que estais bastante enfermo. El aire, la estacion, todo me hace temer. Dios os ha dado, en verdad, un cuerpo robusto y una salud de hierro; mas vuestra edad me atormenta. Nadie está seguro. Yo quisiera abrazaros; pero me aconsejan mis amigos que no me ponga en camino, pues seria tentar á Dios; ¡ya sabeis cómo me quieren los nobles y los plebeyos! La ida no seria tan difícil; pero ¿y la vuelta? Ahí está el daño. Seria mejor, y yo lo deseo, y Catalina lo suplica hasta con lágrimas, que viniérais vos y mi madre aquí á nuestra casa.»

Lutero, por mañana y tarde, constantemente pedia á Dios por su padre, madre y amigos, sobre todo por Melanchthon y por su escelente y anciano Veit Dietrich.

Era este un criado fiel, que amaba á su amo con una especie de veneracion, que rayaba en culto; que velaba y acudia á todas las necesidades; que limpiaba con un cuidado estremo la ropa del doctor, y él mismo la remendaba, espolsaba los libros, y arreglaba los papeles con que la mesa de trabajo estaba siempre cargada. En el sermon, Veit Dietrich se ponia frente al predicador, le escuchaba con admirable atencion, tanto, que se irritaba de que la puerta de la iglesia se abriese ó cerrase con ruido, y que conservaba con prodigiosa memoria hasta los mas insignificantes detalles de los sermones de su señor. Lutero le admitia con gusto en su mesa. Dietrich tenia cuidado de llenar los vasos cuando era necesario; como buen bebedor aleman, tenia la costumbre de llenar los vasos hasta los bordes, sin que el licor se escapase jamás; Dietrich, á fuerza de sentarse á la mesa con su señor, Melanchthon y

Jonás, habia acabado por impregnarse de esta atmósfera teológica, en que se habia visto envuelto todas las noches por espacio de dos años. Así, pues, disertaba lo mismo sobre las indulgencias que sobre el purgatorio y demas puntos sagrados; tenia un especial placer en insultar á los sirvientes de cualquier monge ó cura católico á quien hubiese metido en el saco, *ad saccum reducere*, de que se envanecia. Llamaba él meter en el saco, cuando les habia prodigado los epítetos de antecristo, de liviano, de asno, teologastro, tomista, y otros que fluian á cada paso de los labios de los bebedores. ¡Aborrecia á todo el que estaba ordenado! Lutero le habia seducido, como á todos los que estaban á su servicio. Existen varias cartas de este Dietrich, en las cuales se hace el mas cumplido elogio de su amo. Era Dietrich uno de aquellos buenos alemanes, como aun se encuentran hoy algunos, que conservan á sus amos tal afecto, que ni la muerte logra destruirlo; porque á la muerte de su amo el criado deja de servir, y vive en algun rincon retirado, donde llora y bendice á su bienhechor.

Dietrich escribia, pues, á Melanchthon: «Por favor, yo os suplico que no leais con ligereza las líneas que os ha escrito el doctor. Yo no sabré admirar bastante su constancia, su fe y su espíritu en los tiempos perversos en que vivimos: estos son los dones que alcanza sin duda por la oracion. Efectivamente, yo le oigo todos los dias murmurar entre dientes por espacio de tres horas. Yo le veo orar; yo gozo de este bien. ¡Dios mio! ¡Qué fe, qué fervor en cada una de sus palabras; es como un niño que se dirige á su padre!...—¡Ah! Sí, Señor, esclama él: yo bien sé que tú eres nuestro Padre y nuestro amado Salvador; por eso confio en tí, y espero firmemente que no dejarás caer en la tentacion á tus siervos; y aunque tú no lo permitirás jamás, si así sucediese, tú lo habrás querido: hágase tu santísima voluntad...

»La vez primera que oí yo la robusta voz del doctor,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pronunciando estas bellas palabras, todo mi corazon se conmovió y se inflamó de una santa alegría. Yo creo que sus oraciones fúeron nuestro auxilio en aquella triste Dieta de Augsburgo.»

Sin embargo, esta súplica, tan cuidadosamente recogida por el piadoso siervo, que tanto poder la daba, no pudo calmar los tormentos del que la dirigia á Dios. Es cosa bien notable que la oracion, ese bálsamo que cura todas las heridas de un corazon cristiano, no derramó nunca una gota de rocío en el corazon de Lutero. Él mismo nos enseña esta inesplicable esterilidad de la palabra. ¿Está, pues, abandonado de Dios, que desoia sus ruegos? ¿Es, por ventura, que ha desaparecido en él la señal de una conciencia que busca á Dios, pero que no le puede encontrar, porque huye de la luz con que el Señor quiere iluminarle?

Lutero tiene en su *Tisch Reden* un capítulo, que se titula: *De cómo el doctor resucitó*. Aurifaber, el editor de esta obra, cree el milagro. Justo Jonás y Bugenhagen nos han conservado el relato de este acontecimiento, en que ven ellos el dedo del demonio.

«El sábado, vispera de la Visitacion, nuestro querido padre el Dr. Martin esperimentó uno de esos rudos ataques del diablo, tales como los describe el Salmista. Jamás habia tenido otro semejante. Estuvo en tan deplorable estado, que creian próxima su muerte. Cuando pudo hablar, nos dijo que habia tenido uno de esos combates que Pablo sostenia con Satan. Habia empezado por el oido izquierdo, donde pudo escuchar un retumbo como el bramar del mar enfurecido. Su cabeza estaba llena de tempestades.—Duelo infernal, decia el doctor; golpes de Satan, con los cuales el hombre sucumbirá necesariamente, si Dios no disminuye su duracion...

»A las seis me llamó: le encontré tendido en su lecho, rogando á Dios en latin y en aleman; á Dios Padre y á su Hijo Jesucristo.

—»No, decia, yo no soy digno de derramar mi sangre por la gloria de Cristo y de su Santo Evangelio, como con tanta felicidad lo han hecho tantos hermanos mios. Esta es una gracia que ha estado negada tambien á San Juan Evangelista, quien escribió contra el papismo un libro mucho mas violento que yo haya compuesto jamás. Yo estoy mudo de piedad y de dolor.—¡Ah! mi caro doctor, le decia yo: rogad á Dios que os conserve entre nosotros, para consuelo de tantas almas que sufren.—Morir, respondió, será una felicidad para mi; mas vivir en la carne será un gran beneficio para muchas de esas almas: hágase la voluntad de Dios.

»Despues se volvió al Dr. Jonás y á mi, y nos dijo:—Conviene tener en cuenta que el mundo ha de mentir respecto á mi: alguno dirá que en mi muerte yo me he retractado: yo os encargo que deis testimonio vosotros; sí, sereis testigos de mis doctrinas; desde el fondo de mi corazon, yo lo protesto: yo he predicado la palabra de Dios por órden del mismo Dios. Yo he enseñado la doctrina de verdad respecto á la fe, á la caridad, á la cruz, á los Sacramentos, y á los otros dogmas de nuestro símbolo. Se me echa en cara por algunos la violencia de mi palabra amarga y arrebatada: sí; pero no me he mostrado yo así por perder, sino por salvar las almas, y por la bienaventuranza eterna de mis enemigos.»

La prueba mas terrible que debió sufrir fue la muerte de su pequeña hija Magdalena.

Lutero soportó este golpe del cielo con un valor admirable. Amaba del modo mas tierno á su pequeña hija, y decia levantando los ojos al cielo: «¡Dios mio, si quereis llevárosla, que vuestra voluntad se cumpla!» Un dia, que ella sufria cruelmente, acercándose al lecho de la niña, cogiendo sus descarnadas manos, que cubria de besos, decia: «Magdalenita mia, mi buena niña, dime: ¿no sabes tú que si en la tierra tienes un buen padre, mejor es el que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tienes en el cielo? ¿No es verdad que dices sí?—¡Oh, sí, querido padre, respondióla enferma; padre de mi corazon, que la voluntad de Dios se cumpla!—¡Pobre amiga, la carne cede, decia Lutero; pero tienes valor y fuerte espíritu! ¡Cuánto te amo!»

Y volviéndose á un amigo que venia á visitarle: «¿Veis? No hay en el mundo un Obispo á quien Dios haya tratado mas magníficamente que á mí; mas no puedo reconocer sus beneficios.»

En tanto la agonía se acercaba. La figura de la niña se cubria de la sombra de la muerte; se veia llegar este espectro terrible. Apercibidos estos signos por el doctor, se hinca de rodillas, cruza las manos, y empieza á rezar, cubierto de un torrente de lágrimas. La niña habia perdido el conocimiento estando apoyada sobre el brazo de su padre, que la adormecia para el sueño eterno: Catalina, en un rincon de la estancia, no osaba levantar los ojos del lecho de su hija. Este cruel acontecimiento sucedió á las nueve de la mañana, el año 1542.

El doctor pone cuidadosamente la bella cabeza de su hija sobre la almohada, murmurando:

—¡Pobre niña; ya tienes un Padre en el cielo!... ¡Dios mio; hágase tu voluntad!

Al dia siguiente la enterraron. Lutero acompañó el cuerpo hasta el cementerio. Cuando la bajaban á la fosa, dijo:

—Adios, Lennichen, adios: hasta la vista, pequeña estrella querida; tú resucitarás, y brillarás en el cielo como un diamante, como un sol refulgente!

El sepulturero habia hecho la fosa poco capaz.

—Tu lecho de tierra es bien pequeño, pobre niña, dijo Lutero; mas allá arriba será muy mas bello.

El pueblo, reunido en torno del padre, tomaba parte en su dolor, y procuraba consolarle, diciendo:

—¡Pobre amigo, sufris mucho!

—Gracias por vuestra piedad; gracias, respondia Lutero. Yo he visto un ángel en el cielo, sí, un ángel. ¡Ojalá que todos tengais tan buena muerte, y yo tambien!

—*Amen*, replicó uno de los concurrentes.

Oido por Lutero, se volvió á él, y le dijo:

—La carne es carne, y la sangre sangre: interiormente reina la alegria; al esterior la tristeza; es decir, la carne llora, y se compadece.

Otros se acercaban á consolarle.

—No, no; yo no estoy triste; mi ángel bello está en el cielo.

Algunos trabajadores se llegaban á cantar sobre el borde del sepulcro: «No os acordeis, Señor, de nuestra iniquidad.»

—Señor, Señor, añadia Lutero; ni de nuestros pecados de mañana.

En el momento en que el sepulturero echó la tierra sobre el ataud:

—Ved allí, gritó el doctor; ved allí la resurreccion de la carne: mi hija está en los cielos en cuerpo y alma: esta es la órden y la promesa de Dios. ¿De qué lloramos? ¿No es esto el cumplimiento de su voluntad? Nosotros somos los hijos de la eternidad; yo he criado una santa para el Señor.

Cuando el ataud estuvo completamente cubierto de tierra, se colocó sobre la tumba una pequeña lápida, en que se veia escrito el nombre de la niña, su edad y el dia de su muerte, y una sentencia, tomada de los Libros Santos. Mas adelante, luego que Lutero pudo dedicarse al trabajo, compuso, con el objeto de colocarla en la losa fúnebre, una inscripcion latina, llena de dulce melancolía y de resignacion á Dios.

Dormio cum Sanctis hic Magdalena LUTHERI
Filia, et hoc strato tecta quiesco meo;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Filia mortis eram, peccati semine nata,
Sanguine sed vivo, CHRISTE, *redempta tuo.*

«Yo, Magdalena de Lutero, aqui reposo en los Santos, en mi lecho de tierra. Hija de la muerte, nacida del pecado, la sangre divina de Cristo me redimió y volvió á la vida.»

Hemos buscado este sepulcro en el cementerio de Wittemberg, y no le hemos podido hallar.

Esta muerte partió á Lutero el corazon. La recibió como una advertencia del cielo: fue otro golpe de rayo: el primero le habia recibido en la muerte del jóven Alejo, el compañero de su infancia; el segundo le arrebataba la alegría de su vejez, una hija adorada. A partir de esta época, hasta el menor de sus billetes estaba impregnado de una indefinible melancolía: las alas de la muerte se estendieron sobre todos sus pensamientos.

Al recibir una carta del elector, en que le aseguraba una larga vida, movió la cabeza, y respondió á su noble amigo: «El cántaro ha sido llevado muchas veces á la fuente, y debe concluir por romperse.»

Un dia, predicando, hizo verter lágrimas á todos los concurrentes, anunciando su fin próximo: «El mundo está harto de mí, y yo harto de él: el divorcio será pronto.» Así el viajero se despide de su posada.

Ya hacia tiempo que pensaba poner en órden sus asuntos de familia. Enfermo en su celdilla por el año de 1542, habia ya estendido su testamento.

«Yo, Martin Lutero, doctor, por las presentes letras, firmadas de mi mano, doy y lego á mi querida esposa Catalina, para que lo goce toda su vida á su voluntad: Primero, mi pequeña propiedad de Zeilsdorf, tal como yo la compré, alhajé y arreglé; segundo, la casa de la Fuente (*Zum Brunnen*), que yo adquirí bajo el nombre de Wolf; tercero, mi vajilla, mis joyas, mis sortijas, mis cadenas y mis alhajas de oro y plata, que pueden valer unos 1,000 guldos...

»Establezco estas disposiciones:

»1.ª Por el mucho afecto que me ha profesado constantemente, y el comportamiento digno y honesto con que se ha conducido, y porque en virtud de una gracia especial del Señor me ha dado cinco hijos que aun viven y Dios conserve;

»2.ª Para que se encargue de pagar mis deudas, si por ventura no las pudiese pagar antes de mi muerte, las cuales ascenderán, sobre poco mas ó menos, á 450 guldos;

»3.ª Porque es mi voluntad que no dependa de la de sus hijos, sino sus hijos de ella, conforme al precepto de Dios...

»Yo ruego á todos mis buenos amigos sirvan de protectores á mi pobre Ketha, y la defiendan de las malas lenguas que la acusen de guardar ú ocultar el caudal de mis pobres hijos, pues declaro que, á escepcion de esas alhajas, ya no tengo tesoro de ninguna clase. Esto es fácil de comprender; porque, á escepcion de los presentes que he recibido, no hay un maravedí de cuantos he recibido que no haya sido dedicado al punto á cubrir las atenciones de familia, y esto mismo es una bendicion del cielo, que yo haya podido cubrir todos mis negocios sin deudas.

»...Pido, finalmente, que si en el presente testamento no van usadas las fórmulas de derecho, podrá reconocerse en él la mano de un hombre conocido en el cielo, en la tierra y en el infierno, y á quien debe dársele mucha mas fe y crédito que á ningun notario. Porque si Dios ha querido fiarse de mí, pobre criatura cargada de pecados; si me ha dado el poder de anunciar el Evangelio de su querido Hijo; si me ha bendecido en mi fidelidad; si, gracias á mí, muchas almas han abrazado el Evangelio y me han tenido por apóstol, á despecho de las escomuniones de los Papas, de los Emperadores, de los Reyes, de los Príncipes, de los monges y de la cólera del diablo, bien puede creerse en mi testimonio acerca de estas disposiciones poco im-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

portantes de suyo, sobre todo siendo mi firma tan conocida. Yo espero que bastará, y que al verla cualquiera diga: esto es de la mano de Lutero, notario de Dios y testigo de su Evangelio.»

A partir de esta época, Lutero arrastraba una vida de dolores. Dios le visitaba en su espíritu y en su carne. Su espíritu, debilitado por los padecimientos físicos, no tenia ya sino raras iluminaciones; su mirada se dirigia á todas partes para encontrar una simpatía; pero en vano. Sus discípulos se perdian en delirios que él pugnaba por destruir de entre ellos: mas cuando cogia aquella pluma, en otro tiempo fulminante, sus dedos no podian sostenerla: queria sacudir la cabeza; pero su cabeza estaba fria, y ni encontraba ideas ni palabras, ó llena de tempestades, que no engendraban sino pensamientos incompletos.

Hubo un momento en que todas estas tempestades se apaciguaron: el espíritu y la materia se rejuvenecen en un punto; requiere su pluma, y escribe el testamento de su alma. Vedle sobre su pupitre trabajando su folleto *contra el papado, hijo del diablo*. La Santa Sede habia tentado una reconciliacion, y las entrañas de Lutero se conmovian á este nombre, porque queria morir en guerra con Roma.

«¡Un Concilio! ¿Qué os parece, bribones, que ni sabeis lo que es un Obispo, ni el César, ni Dios mismo, ni su Verbo? Papa, tú no eres mas que un asno, y asno serás siempre...

»Pablito mio, yo te querré; no te resistas, no; no te resistas, papasno: el hielo no está aun firme, y se podrá quebrar; y si se quiebra, caerás y te romperás el cuello; y si al caerte se te escapa algo, ¡cómo me reiré, y diré: ¡Ah buen Dios, el papasno apesta!

»Cristiano, cuando encontrares las armas del Papa, no te olvides de asperjarlas.»

Este papasno era... ¡Paulo III! el magnífico protector de las ciencias y las artes.

CAPITULO XLI.

ULTIMOS MOMENTOS DE LUTERO.—1546.

Contiendas en la familia de los condes de Mansfeld.—Partida de Lutero á Eisleben.—Su emocion al ver las torres de esta ciudad.—Lutero en la mesa.—Sus profecías respecto al papado.—Ultimos momentos del doctor.—Entierro de Lutero.—Cárlos V en la tumba del reformador.

Los odios dividian á la noble familia de los condes de Mansfeld. Estos odios tuvieron su orígen en miserables cuestiones de territorio. En 1545, el conde Juan Jorge, en un viaje que hizo á Wittemberg, habia pedido á Lutero que interpusiese su influencia para reconciliar á los príncipes. Lutero habia prometido su mediacion; Alberto la habia rehusado como ofensiva. Fuera un espectáculo repugnante para la Reforma estas contiendas, que se sobreponian á todas las exhortaciones. El elector de Sajonia, que deseaba la paz, rogó al doctor que partiese para Eisleben: noble mision que pudo escusar Lutero, cuya salud estaba en muy mal estado. Algunos dias antes habia escrito Lutero al Pastor de Brema: «Me veo decrépito, perezoso, fatigado, tembloroso y sin vista mas que en un ojo: yo creia encontrar descanso en mis últimos dias, y no encuentro sino penas, que me hacen sucumbir.

Púsose, pues, en camino con un tiempo frio y lluvioso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

portantes de suyo, sobre todo siendo mi firma tan conocida. Yo espero que bastará, y que al verla cualquiera diga: esto es de la mano de Lutero, notario de Dios y testigo de su Evangelio.»

A partir de esta época, Lutero arrastraba una vida de dolores. Dios le visitaba en su espíritu y en su carne. Su espíritu, debilitado por los padecimientos físicos, no tenia ya sino raras iluminaciones; su mirada se dirigia á todas partes para encontrar una simpatía; pero en vano. Sus discípulos se perdian en delirios que él pugnaba por destruir de entre ellos: mas cuando cogia aquella pluma, en otro tiempo fulminante, sus dedos no podian sostenerla: queria sacudir la cabeza; pero su cabeza estaba fria, y ni encontraba ideas ni palabras, ó llena de tempestades, que no engendraban sino pensamientos incompletos.

Hubo un momento en que todas estas tempestades se apaciguaron: el espíritu y la materia se rejuvenecen en un punto; requiere su pluma, y escribe el testamento de su alma. Vedle sobre su pupitre trabajando su folleto *contra el papado, hijo del diablo*. La Santa Sede habia tentado una reconciliacion, y las entrañas de Lutero se conmovian á este nombre, porque queria morir en guerra con Roma.

«¡Un Concilio! ¿Qué os parece, bribones, que ni sabeis lo que es un Obispo, ni el César, ni Dios mismo, ni su Verbo? Papa, tú no eres mas que un asno, y asno serás siempre...

»Pablito mio, yo te querré; no te resistas, no; no te resistas, papasno: el hielo no está aun firme, y se podrá quebrar; y si se quiebra, caerás y te romperás el cuello; y si al caerte se te escapa algo, ¡cómo me reiré, y diré: ¡Ah buen Dios, el papasno apesta!

»Cristiano, cuando encontrares las armas del Papa, no te olvides de asperjarlas.»

Este papasno era... ¡Paulo III! el magnífico protector de las ciencias y las artes.

CAPITULO XLI.

ULTIMOS MOMENTOS DE LUTERO.—1546.

Contiendas en la familia de los condes de Mansfeld.—Partida de Lutero á Eisleben.—Su emocion al ver las torres de esta ciudad.—Lutero en la mesa.—Sus profecías respecto al papado.—Ultimos momentos del doctor.—Entierro de Lutero.—Cárlos V en la tumba del reformador.

Los odios dividian á la noble familia de los condes de Mansfeld. Estos odios tuvieron su orígen en miserables cuestiones de territorio. En 1545, el conde Juan Jorge, en un viaje que hizo á Wittemberg, habia pedido á Lutero que interpusiese su influencia para reconciliar á los príncipes. Lutero habia prometido su mediacion; Alberto la habia rehusado como ofensiva. Fuera un espectáculo repugnante para la Reforma estas contiendas, que se sobreponian á todas las exhortaciones. El elector de Sajonia, que deseaba la paz, rogó al doctor que partiese para Eisleben: noble mision que pudo escusar Lutero, cuya salud estaba en muy mal estado. Algunos dias antes habia escrito Lutero al Pastor de Brema: «Me veo decrépito, perezoso, fatigado, tembloroso y sin vista mas que en un ojo: yo creia encontrar descanso en mis últimos dias, y no encuentro sino penas, que me hacen sucumbir.

Púsose, pues, en camino con un tiempo frio y lluvioso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lutero no habia tenido jamás fe en la medicina, y nunca habia querido seguir sus consejos. Su estado era, por último, tan desastroso, que no podia dar un paso; sus ojos estaban cubiertos de un tinte de agonia inesplicable; su frente, ardorosa como un carbon inflamado. Se deja, por fin, aplicar un vejigatorio en la pierna izquierda. Los vértigos cesaron, su cabeza quedó aliviada, la palabra fácil, el pensamiento claro, luminoso, fecundo.

Separado de Wittemberg, se olvidó de las prescripciones de la medicina, y dejó cicatrizar el cauterio que le habian practicado para supurar los humores, como entonces se acostumbraba. Sus tempestades de cabeza volvieron acompañadas de todo aquel cortejo de enfermedades que le atormentaban por espacio de doce años: la materia pecante refluia al cerebro. Lutero estaba afectado de una erosion del ventrículo.

En este estado llegó á Eisleben el 28 de febrero, habiendo estado antes detenido mas de tres dies en Halle, á causa de la inundacion del Saal. Iba en compañia de Justo Jonás y tres hijos que le restaban. Su esposa no habia podido seguirle por falta de salud. Cuando atravesó el rio, el barquichuelo, batido por las olas, se hundió en términos, que los niños, asustados, se arrojaron á los brazos de su padre. Lutero se sonrió, y dijo á Jonás: «¿Sabes que el diablo se hubiera reido bien, si Lutero, sus tres hijos y el Dr. Jonás hubieran tomado un baño en el Saal?»

Los príncipes de Mansfeld salieron á recibir á Lutero á las puertas de la ciudad con gran aparato militar, las banderas de la ciudad desplegadas y mas de cien caballos sobre las armas; el cañon y las bandas hacian los mismos honores que á la llegada de un dignatario del imperio.

Al ver Lutero las torres de su querida Eisleben fue acometido como de pasmo; su corazon desfallecia: creia morir, y miró al cielo como si llegase su última hora. Se tomó por de pronto la precaucion de conducirle á una casa

de las próximas, y frotarle el cuerpo con paños calientes, para volverle á la vida. Abre por fin los ojos, y dice á los que le asistian que no tuviesen cuidado por este síncope, que era obra del demonio, que nunca dejó de asaltarle siempre que tenia alguna gran mision que cumplir.

Al siguiente dia de su llegada ya habia olvidado completamente sus dolores.

Subió al púlpito en la Iglesia de San Andrés, donde en presencia de un numeroso gentío, venido de los puntos mas distantes, reprodujo contra el Papa y los monges todas las antiguas injurias que se veian en sus libros hacia mas de veinte años.

Lutero creia que separando á los juristas, á quienes los príncipes habian confiado sus intereses, del conocimiento de aquel asunto, restableceria la paz en la familia de Mansfeld; pero sus esfuerzos se frustraron.

Los príncipes le recibieron espléndidamente, y para obsequiarle se sirvieron los mejores vinos del Rhin y la caza mas delicada de los vecinos bosques. Lutero quiso honrar á sus huéspedes, y bebió como un verdadero aleman, sin perder la cabeza. Maimburgo pretende, por el contrario, que en este opíparo banquete perdió el reformador la razon y la salud.

Lutero habia recobrado su juvenil palabra con sus abundantes libaciones, tan repetidas como pudiera hacerlo en su primera juventud: se le hubiese creido en Wittemberg en los buenos tiempos de Prierias y Miltitz. El alegre convite hizo que el humor de Lutero se derramase convertido en sarcasmos contra el Papa, el Emperador, los monges, y tambien contra el diablo, que nunca olvidaba.

—Mis queridos amigos, decia: no nos conviene morir hasta que hayamos visto á Lucifer por la cola... Yo le vi ayer mañana, que me enseñaba el trasero sobre las torres del castillo.

Despues, levantándose de la mesa, tomó de la pared

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un pedazo de yeso, y trazó sobre la misma este verso latino:

Pestis eram vivus, moriens tua mors ero, Papa.

«Peste era vivo, muerto tu muerte, Papa.»

Y volvió á sentarse, en medio de las risas de los convidados, que juzgaban ver en aquellas palabras la sentencia de muerte del papado. Pero la máscara de Demócrito cayó bien pronto, y el semblante de Lutero se cubrió de una indefinible tinta de melancolía. Tenia allá en lo íntimo el terrible presentimiento de su muerte cercana, y decia á sus compañeros, que hablaban de los largos dias de vida que Dios le habia prometido:

—Los hombres no se hacen ya muy viejos, como en otro tiempo.

—Maestro, interrumpió Jonás: ¿nos conoceremos allá arriba?

—Adan, respondió el doctor, cuando despertó de su sueño, no dijo á Eva, á quien jamás habia visto: «¿Quién eres tú? ¿De dónde vienes?» sino: «Hueso de mis huesos, carne de mi carne.» ¿Cómo sabia él que esta mujer no habia salido de una piedra? Del Espíritu-Santo, que le infundia su luz. Y nosotros, nosotros nos vestiremos en el otro mundo de una vida nueva, y reconoceremos nuestros parientes y amigos. Por vos, Jonás; á vuestra salud, dijo Lutero, que se apercibia de la tristeza de su amigo, presentándole un vaso lleno de cerveza: é improvisó este verso latino, alusion anacreóntica á la cortedad de nuestra vida fugaz:

Dat vitrum vitro Jonæ, vitrum ipse Lutherus.

Uno de los convidados, porque se mudase la conversacion, se puso á hablar al que tenia á su lado del hermoso estilo de las Escrituras:

—¡Grande cosa y difícil es eso de entender las Escrituras!

—Se necesitaban cinco años lo menos para entender las *Geórgicas* de Virgilio; veinte años manejando diccionários para entender á Ciceron; ciento para los profetas Elías, Eliseo, Juan Bautista, Cristo y los profetas, para poder gustar de las Escrituras... ¡Pobre humanidad!

Cuando se levantaban de la mesa, llegó uno de sus discípulos de Francfort, y trajo la nueva de la muerte del Papa Paulo III: era una de esas noticias que circulan por las poblaciones de alguna estension.

—Ved el cuarto Papa que entierro, dijo alegremente Lutero: aun he de enterrar muchos mas. Si yo muero, vosotros vereis venir un hombre, que por cierto no ha de ser mas dulce que yo con los frailes. Yo le he dado mi bendicion: tomará una guadaña, y los segará como á las espigas.

—¡Habeis visto, dijo Celio á Jonás al salir de cenar, qué fuego estraordinario brillaba en los ojos de nuestro padre, y qué oprimido estaba su pecho! El púlpito le mata indudablemente.

Se habia hecho entender á Lutero que debia renunciar al púlpito en una estacion tan fria; pero no quiso escuchar los consejos de sus amigos, y solo las instancias del conde de Mansfeld fueron tan vivas, que por fin cedió, y desde este momento dejó de presentarse en público.

Era el 17 de febrero; Lutero, envuelto en una larga ropa de levantar, perfectamente aforrada, se calentaba sentado cerca de la estufa, y á sus pies los dos niños Pablo y Martin. Miguel Celio y Jonás se entretenian cerca de él tratando de la vida futura, y riéndose del papismo.

Lutero les interrumpió, sacudiendo la cabeza.

—Si salgo de Eisleben, será para enterrarme vivo y dar á los gusanos el cuerpo del monge, para que le coman.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En este momento el doctor esperimenta fuertes dolores, y su semblante se crispa horriblemente.

Aurifaber llega en este momento, y Lutero estrecha afectuosamente su mano, llevándola sobre su corazon.

—Padre mio, dice Aurifaber: la condesa Alberto tiene un escelente remedio para calmar estos dolores de pecho; es una pocion compuesta de aguardiente y de asta picada. Si quereis, yo iré al castillo.

Lutero hizo una señal afirmativa. Jonás y Celio en tanto hicieron calentar algunos paños que aplicaron al estómago del monge.

No tardó en llegar el conde Alberto con la bebida; habia pasado el peligro, y el estado del enfermo no escitaba la menor inquietud. Lutero espresó en voz baja todo su reconocimiento. Marchose el conde Alberto, quedando aun al lado de su padre los discípulos Aurifaber, Celio y Jonás. Habiendo hecho beber á Lutero la pocion, respiró dulcemente, y pidió le dejasen dormir.

—Vereis, un poco de sueño me hará mucho provecho.

Eran las nueve de la noche. Se colocaron almohadas de pluma en el sillon, y descansando en él, por fin cerró los ojos, y quedó dormido: los niños tambien dormian alrededor de la estufa. La campana del castillo sonó las diez, y Lutero se despertó, y mirando alrededor suyo, vió á sus amigos que dormitaban.

—¿Por qué no os habeis ido á acostar? les preguntó.

Jonás contestó que debian velar y cuidar de su padre.

El enfermo quiso acostarse: ya estaba el lecho perfectamente preparado. Lutero se levantó, y rehusando el brazo de sus amigos, se dirigió á la puerta del dormitorio, y allí, con una voz toda apagada, dijo:

—Señor, yo pongo en vuestras manos mi espíritu.

Y volviéndose á sus discípulos, cuya mano buscaba:

—Dr. Jonás, maestro Celio, esclamó: rogad por

nuestro Dios y por nuestro Evangelio, porque la cólera del Concilio y del Papa se enardece.

Los asistentes se situaron al rededor del lecho del sajon: Celio á la derecha, Aurifaber y Jonás á la izquierda de la cama á la cabecera; á los piés los tres niños; el resto de la habitacion le ocupaban algunos consejeros del príncipe Alberto y los criados y familiares.

Lutero quedó dormido hasta una hora despues de la media noche, en que se despertó, é incorporándose preguntó si la habitacion tenia fuego, porque queria volver á su silla. Jonás le preguntó si sufria aun.

—Si, mucho, con vivos dolores, respondió Lutero. ¡Ah, amigo mio, querido doctor! Yo bien veo que muero en Eisleben, donde nací, donde recibí el bautismo.

—Reverendo padre, replicó Jonás: invocad á Jesucristo, nuestro Salvador, nuestro Padre, nuestro mediador, que vos habeis confesado. Habeis sudado, Dios os aliviará.

—Sudor frio, replicó Lutero pasando la mano por su frente; prodromo de la muerte; yo me muero: *In manus tuas, Domine.*

Su cara y su frente estaban frias.

Se le llevó al sillon; mas no hablaba ni se movia. En aquel momento salian á buscar médicos y á avisar al conde Alberto, quien, acompañado de su esposa, al poco tiempo se presentó en la habitacion: el conde Schwatzburg estaba cerca del moribundo. Sus discípulos y sus amigos murmuraban:

—¡Padre mio!

Lutero no comprendia nada. La condesa le frotaba las sienes y aplicaba á sus narices pomitos de esencias; mas no daba signo alguno de vida. El médico levanta la cabeza del agonizante, le separa los dientes, y derrama en su boca un licor, en virtud de cuya impresion abre Lutero los ojos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Padre mio, dice Jonás: ¿moris en la fe y en la doctrina que habeis predicado?

—Sí, murmuró Lutero, volviéndose al lado izquierdo y quedando adormecido.

La condesa sonreia en la esperanza de su vida; mas el médico mostró los pies, que el frio de la muerte habia helado, y la nariz, que se ponia lívida. Pero la noble dama, esperando aun, frotaba su cuerpo, que se helaba entre sus manos, y el pecho, que despedia un estertor cavernoso. En este momento los labios del moribundo se entreabrieron, y exhala un débil suspiro, que interrumpe los piadosos oficios de la condesa, y hace palidecer á sus amigos: ¡el heresiarca estaba ante el tribunal de Dios!

El cadáver fue conducido con gran pompa á la iglesia de San Andrés de Eisleben. Justo Jonás pronunció la oracion fúnebre. Los gemidos de los concurrentes interrumpian con frecuencia las palabras del orador, que lloraba tambien copiosamente. Diez ciudadanos velaron toda la noche cerca del catafalco. Al siguiente dia, el 20 de febrero, colocado el cadáver en un carruaje fúnebre, se dirigió por el camino de Wittemberg. En todo el camino, durante la marcha del cortejo fúnebre, se veia al pueblo acudir, descubrirse y entonar el cántico de los difuntos.

Segun las órdenes del elector, la Universidad, el clero, el Senado, los vecinos de Wittemberg, salieron á recibir el cuerpo á la puerta de Elster, y le acompañaron hasta la iglesia, pasando por la calle del Colegio, en medio del clamor de todas las campanas de la ciudad. El duelo marchaba en el órden siguiente: el clero, compuesto de cuatro diáconos, el Dr. Pomerano, los oficiales de la casa electoral, todos á caballo; los dos condes de Mansfeld, sus servidores y escuderos. El cuerpo iba colocado dentro de una caja de estaño, revestida esteriormente de terciopelo negro, y conducida por una carroza. Al cuerpo seguian la viuda de Lutero y algunas damas en un pequeño carruaje

descubierto, sus tres hijos, su hermano Santiago, dos sobrinos de Jorge y Ciriaco el comerciante, el caballero Magníficus, Gregorio Bruck, Felipe Melanchthon, Justo Jonás, Gaspar Creuziger, Gerónimo Schurff, y otros profesores, doctores y maestros, y los consejeros, estudiantes, vecinos, nobles damas, mozas y niños, que todos derramaban lágrimas. El gentío era inmenso, y se oprimia en las calles y en las casas. Llegado á la iglesia el cuerpo, y puesto al pie del púlpito, se entonaron cánticos funerales, y se pronunció por el Dr. Pomeranio un discurso, interrumpido por los sollozos. Comparó á Lutero con el ángel del Apocalípsis, invocando la profecía que Huss pronunció en medio de las llamas, y la voz del *mártir* que anunció la venida del Dr. Martin. Habló tambien de la cristiana muerte, sufrimientos y enfermedad del doctor, de los votos que hizo en los últimos momentos, escapados de sus labios poco antes de cerrarlos para siempre, y que el Señor cumplirá, á no dudarlo. Comentó el *pestis eram*: el canto furibundo de Lutero contra el papado.

Melanchthon siguió á Pomeranio, y describe en un largo discurso los trabajos del «apóstol de Alemania.»

Los oficios siguieron; concluidos, el cuerpo descendió á la fosa recientemente abierta delante del púlpito, y cerrada, sellada y cubierta con una placa de cobre, en que se leia la siguiente inscripcion latina:

MARTINI LUTTERII,
S. THEOLOGLÆ DOCTORIS CORPUS H. L. S. E.
QUI ANNO CHRISTI MDLVI, XII CAL. MARTII
EYSLEBII IN PATRIA S. M. O. C. V.
ANN. LXIII MIIDX.

Al año siguiente, sitiada Wittemberg, fue tomada por las tropas imperiales. Cárlos V quiso ver la tumba del re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

formador. Con las manos cruzadas sobre el pecho, leia la inscripcion, cuando uno de sus oficiales le pidió permiso para abrir la tumba y arrojar al aire las cenizas del hereje. La mirada del monarca se inflama, diciendo: «Yo no he venido á hacer la guerra á los muertos; bastante tengo yo con los vivos:» y se retiró del templo.

CAPITULO XLII.

CATALINA BORA.—RECUERDOS DE LUTERO.

Sufrimientos de Catalina Bora.—Su muerte.—Recuerdos de Lutero.

Bien pronto olvidaron los príncipes reformados á la viuda del reformador, y Catalina Bora, abandonada despues de algunos años, no tuvo pan con que alimentar á sus hijos. Quedó reducida á pedir *una limosna para la viuda del reformador*; pero ni sus súplicas, ni sus lágrimas, fueron escuchadas. Melanchthon, en una carta dirigida á su amigo Justo Jonás, se lamenta de la dureza de los grandes de la tierra. «¡Se alzan contra nosotros, y nos olvidan! Uno solo tuvo piedad de nosotros; el Rey de Dinamarca, que se digna enviar á la viuda del reformador una pequeña suma.»

Mas bien pronto se cansó la piedad del monarca. Una carta de Bugenhagen, dirigida á Cristian III, quedó sin contestacion, sin embargo de la manera espresiva con que estaba redactada: «Que V. M. se digne volver sus ojos á una pobre viuda que no tiene con qué alimentar á sus hijos; os suplicamos en nombre de Lutero, cuyo nombre vivirá eternamente.»

Catalina se decidió tambien á mover por su parte el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

formador. Con las manos cruzadas sobre el pecho, leia la inscripcion, cuando uno de sus oficiales le pidió permiso para abrir la tumba y arrojar al aire las cenizas del hereje. La mirada del monarca se inflama, diciendo: «Yo no he venido á hacer la guerra á los muertos; bastante tengo yo con los vivos:» y se retiró del templo.

CAPITULO XLII.

CATALINA BORA.—RECUERDOS DE LUTERO.

Sufrimientos de Catalina Bora.—Su muerte.—Recuerdos de Lutero.

Bien pronto olvidaron los príncipes reformados á la viuda del reformador, y Catalina Bora, abandonada despues de algunos años, no tuvo pan con que alimentar á sus hijos. Quedó reducida á pedir *una limosna para la viuda del reformador*; pero ni sus súplicas, ni sus lágrimas, fueron escuchadas. Melanchthon, en una carta dirigida á su amigo Justo Jonás, se lamenta de la dureza de los grandes de la tierra. «¡Se alzan contra nosotros, y nos olvidan! Uno solo tuvo piedad de nosotros; el Rey de Dinamarca, que se digna enviar á la viuda del reformador una pequeña suma.»

Mas bien pronto se cansó la piedad del monarca. Una carta de Bugenhagen, dirigida á Cristian III, quedó sin contestacion, sin embargo de la manera espresiva con que estaba redactada: «Que V. M. se digne volver sus ojos á una pobre viuda que no tiene con qué alimentar á sus hijos; os suplicamos en nombre de Lutero, cuyo nombre vivirá eternamente.»

Catalina se decidió tambien á mover por su parte el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

corazon del príncipe. Escribió, pues, una carta suplicante, en que recordaba la pension de 50 thalers que el monarca la habia concedido algunos años antes, é invocaba de nuevo su piedad respecto á la suerte de una mujer á quien las vicisitudes de los tiempos habian reducido á la última miseria, y que no tenia pan con que alimentar á su familia.

Esta carta, fecha en 6 de octubre de 1550, no fue mas afortunada que las anteriores de Melanchthon y Pomeranio. Catalina no pudo menos de acordarse dolorosamente de la profecía de su esposo acerca del abandono en que los príncipes habian de dejar á lo que de mas amado tenia en el mundo.

En 1547, Wittemberg fue sitiada por las tropas del Emperador Cárlos V. Bora estaba enferma y hambrienta: nadie hubo que la diese un pedazo de pan. La peste la hace abandonar la ciudad donde reposaban las cenizas del doctor.

El año 1552, el dia de Santo Tomás, se veia en las puertas de la iglesia parroquial de Torgau el siguiente aviso, firmado por el cura Pablo Eber:

«Catalina Bora ha fallecido. Esta noble señora debia sufrir toda suerte de aflicciones: entre otras, no poder cerrar los ojos á su esposo en su última enfermedad, ni asistirle, ni tributarle los últimos auxilios... La guerra la obligó á desterrarse de Wittemberg, y un azote mucho mas doloroso para su corazon; la ingratitud de sus conciudadanos. La peste la sorprendió, y por escapar á la muerte que la amenazaba, ella, sola, pobre viuda, tomó sus hijos en sus brazos, y marchó á un pais estraño. En el camino, habiéndose espantado los caballos, volcó el carruaje, y la dejó caer en el agua; el susto, mas bien que el golpe de la caida, determinó una dolencia, que á la vuelta de tres semanas la ha conducido al sepulcro. Durante todo el tiempo de su enfermedad, se consolaba piadosamente con Dios,

y su palabra, suspirando dulcemente por la otra vida, encomendando á Dios la Iglesia y sus hijos, y pidiendo al Espíritu-Santo el restablecimiento de la unidad de la enseñanza, objeto de los esfuerzos de su piadoso marido, la cual, con la muerte de este, ha sido trastornada por desgracia.

»El entierro será hoy á las tres: rogamos encarecidamente á nuestros feligreses que concurran á la casa mortuoria, sita en la calle que viene á dar al castillo, para tributar los últimos obsequios á esta digna y desventurada matrona.»

Los restos de Catalina reposan en la iglesia parroquial de Torgau: los cubre una lápida, sobre la que descansa la compañera de Lutero, representada en la magnitud natural, y con una Biblia abierta en la mano. Sobre la cabeza, á la derecha, se ven las armas de Lutero, á la izquierda las de Catalina, un leon en campo de oro, y sobre el yelmo una cola de pavo. Sobre las cuatro orillas se lee esta inscripcion en aleman:

«El año 1552, el 20 de diciembre, murió en el Señor, en Torgau, la viuda del Dr. Martin Lutero, Catalina de Bora.»

El *Diario de Avisos de Altona* del 15 de noviembre de 1837 contenia un anuncio, bajo el título de *Los Huérfanos de Lutero*.

«Estos niños son hijos de José Cárlos Lutero, nacido en Erfurt el 11 de noviembre de 1792, y reconciliado con la comunion católica. Murió en Bohemia.

»M. Reinthaler, administrador de la fundacion de San Martin de Erfurt, dedicada á la memoria de Lutero, recogió á estos huérfanos.

»El 6 de mayo de 1830, Antonio, el mayor de todos, llegó al antiguo convento de Agustinos: por Pascuas hizo su primera comunion, abandonando los errores de la Reforma en que estaba sumido. Se le ha puesto de aprendiz

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en casa de un ebanista. María y Ana, sus hermanas, son sirvientes de una posada; Teresa, la mas jóven, frecuenta la escuela.»

M. Reinthaler habia hecho un llamamiento á la piedad de sus correligionarios en pro de los descendientes de Lutero; mas la suscricion no fue feliz: Francfort sobre el Méin y Leipzig enviaron cincuenta thalers, y esto fué todo lo que pudo recogerse.

Mucho tiempo despues de su muerte, aun se enseñaba en Eisleben la cama de Lutero y la mesa donde escribia. Muchos venian de lejos por ver estas *reliquias*; cada devoto de Lutero se llevaba alguna partecilla para la curacion del dolor de muelas y de cabeza. Arnold, que hizo la peregrinacion de Eisleben, notó que las paredes de la habitacion del reformador estaban raspadas en mil partes por los discípulos supersticiosos, que tomaban algun poco de polvillo del yeso, á que atribuian virtudes estraordinarias. El peregrino, á vista de este testimonio de un culto idolátrico, no pudo dejar de gritar: «¡Que Dios confunda esta mansion de Lutero, en que reina la supersticion!» Efectivamente, el fuego la devoró.

Christ. Junker, en una obra consagrada á la gloria de Lutero, habla del modo mas formal acerca de un retrato del reformador, obra del pincel de Ober-Rossla, cuya frente se cubrió de sudor en el momento que el ministro se compadecia de la triste suerte de los estudios en Alemania.

El viajero que llega á Erfurt visita aquel viejo convento de Agustinos, donde Lutero entró en 27 de julio de 1505, y donde diez años despues le ordenó de Misa el Obispo Juan de Lasphe. ¡Los lugares tambien se mudan y trastornan como los tiempos! Hoy no resta allí ni aun el recuerdo de los antiguos Agustinos, y en cambio ocupan la casa los pobres huérfanos, que cantan en aleman las alabanzas del Señor, y un gimnasio evangélico, donde se enseñan doctrinas

diferentes de las del reformador. Allí fue donde en 1837 encontramos sobre la mesa de un profesor la *Vida de Jesucristo*, por el ministro Strauss. En la Biblioteca habíamos visto las obras de Zwinglio, Ecolampadio, Eck y Cochléo. Sobre las márgenes de los libros católicos, mucho mas antiguos que la Reforma, puesto que son de las ediciones originales, pudimos observar algunas anotaciones de Lutero y Melanchthon.

La celdilla del reformador existe aun en su primitivo estado. Las paredes están blanqueadas, y sobre el yeso la mano del peregrino ha trazado innumerables sentencias bíblicas é himnos en verso y prosa en honor del sajon. Entrando, á la derecha, pende el retrato del reformador, de magnitud natural, y en que se lee la siguiente inscripcion latina:

Martin. Lutherus S. Theolog. D. Natus Islebiæ, anno 1483, ibique in Christo obiit anno 1546, d. 18. Feb. et Wittebergæ sepultus est, ætatis 63. M. L. Northusanus, P. I.

El cenobita está pintado en la flor de su edad: su mirada es ardiente, y sus labios están ligeramente contraídos por la sonrisa. Cualquiera, al contemplar esta pintura, dirá que acaba de escribir una de esas declamaciones llenas de arrebato contra el papado. El artista, cuya patria se ignora, reproduce perfectamente el placer interior de un alma ulcerada que acaba de realizar sus deseos de venganza.

La reliquia mas preciosa, sin duda, de las existentes en el oratorio de Erfurt, es el neceser de viaje, propio de Lutero, pequeño mueble, cuidadosamente conservado como en el primer dia, en el cual acostumbraba Lutero poner sus caudales y otra cosa de mas valor por cierto; un tesoro inestimable: el tintero y una pluma. «Tintero de oro,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

segun la espresion de uno de sus admiradores; cual ningun alquimista ha podido encontrar nunca, y en el que Lutero mojaba aquella pluma que habia de trazar caractéres resplandecientes como el sol, despues de trescientos años, y que solo se apagarán cuando aquel astro deje de existir: pluma de diamante, que arrojaba como una saeta contra el leon que reinaba entonces, y de cuya frente arrancó la triple corona con que se ceñia.»

Veamos la historia de este neceser, que Lutero llevó en su viaje á Augsburgo con motivo de la célebre Dieta, y en su visita á los Principes y Legados.

Cuando Lutero, en febrero de 1546, partió para Halle, llevaba consigo su tintero lleno de tinta, y su cajilla bien vacía de dinero. Alojado en el palacio de oro del director de salinas, José Tentzner, en la calle de Schmeertrasse, á su marcha dejó olvidados su neceser y su baston de viaje, algunas cartas de familia y hojas sueltas, en que se ven algunos pensamientos. Lutero murió en Eisleben: sobrevino la guerra, y sus herederos no se cuidaron de reclamar estos objetos sin valor, que pasaron á poder de la familia Tentzner, como *res derelicta*, segun el derecho aleman.

Martin Hessen, que casó con una Tentzner, reducido á la miseria, se vió forzado á vender el escritorio á un maestro de escuela de Lutzendorf, llamado Schuller. Se vió despues pasar esta reliquia á manos de Joh.-George Zeidler, empleado en la Universidad de Halle; despues á las de Buttner, consejero en Weinssenfels, que la cedió á la sociedad de ciencias naturales, y por fin vino á parar, como un verdadero diamante, á la celdilla-museo de Erfurt, en 1754, desde cuya época se muestra á la curiosidad de los viajeros.

Despues de haberse contemplado algun tiempo esta preciosidad anticuaria, y sufrido las esclamaciones del *cicerone*, se pasa á conocer otra maravilla: esto es, el Viejo

Testamento, traducido por Lutero, ejemplar en que numerosas hojas de papel, pegadas al volúmen, presentan los autógrafos de Lutero, Melanchthon, Bugenhagen, Creuziger y Ph. Agathon, pequeñas exégesis á algun testo bíblico, como por ejemplo este de Lutero á un verso de la epístola á los Corintios:

1 Cor. XV (55).

Absorpta est mors in victoriam

Isaiæ XXV (8).

«Los descendientes de Adan eran hijos del pecado; la muerte absorbia la vida: mas cuando Jesucristo murió, justificó, y la vida absorbió á la muerte. Alabemos á Dios, porque muriendo Cristo se operó la justificacion.

»Martin Lutero, D. 1543.»

Este autógrafo está hoy sobre cristal colgado en la pared como un cuadro. A un lado hay otro de Melanchthon: es una paráfrasis del versículo 21 del cap. 59 de Isaias. Los que quieren que el carácter del hombre se revele en los signos mudos, que sirven de instrumento á sus ideas, podrian apoyar su doctrina en la forma diversa de la Escritura de los dos reformadores: la de Lutero firme, derecha, dura, de un trazo; la de Melanchthon indecisa, blanda, y en que se ve una mano incierta, que quita y pone el mismo rasgo.

Hace mucho tiempo se desea enriquecer este museo luterano con una maravilla, que sobrepuja á las demas; es decir, con los dos anillos conocidos con los nombres de anillo de arras y anillo de boda, bien que hoy uno y otro son una misma cosa: mas los poseedores de estas preciosas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

alhajas se resisten á todas las seducciones y ofertas brillantes que se les hacen.

El anillo de arras pertenece á un opulento vecino de Leipzig: es de oro, con un rubí y varias figuras de la Pasion, cinceladas con bastante gusto: los dados, la caña, la cruz donde sufrió el Dios-Hombre; dentro se ve el nombre de los esposos y la fecha de los esponsales, 13 junio 1525. Se creerá que existen largas disertaciones sobre este anillo, que la ciencia alemana ha tratado de él tan prolijamente como pudiera hacerlo con un testo biblico ó algunos versos de Orfeo. Nada de eso: solo se sabe que esta alhaja pertenece á Catalina Bora, quien, no teniendo pan un dia, la enajenó por no morirse de hambre.

La familia de Mesen, en Zittau, conserva un vaso de cristal en que bebia Lutero, de un bello trabajo, y que adquirió aquel en el siglo XVII en precio de 60 thalers.

En Dresde aun se enseña la cuchara del doctor, que pertenece á J.-And. Gleich. Es de plata, y sobre el mango se lee: *Da gloriam Deo*. En medio está la fecha 1540, y las letras enlazadas D. L.

Dresde aun conserva el cuchillo del doctor, y la medalla que llevaba al cuello Catalina Bora.

En Francfort sobre el Mein se enseñan aun en la Biblioteca los zapatos y el baston de viaje del reformador.

Mas no hemos podido encontrar el sello que el mismo Lutero describe en una carta á Spengler, y en el cual habia hecho grabar una cruz negra, simbolo de su fe en Jesucristo, y de la vida de prueba del cristiano, y un corazon inflamado enmedio de una rosa blanca, en campo azul orlado de oro. El emblema de la paz del espíritu en la fe, y de la aspiracion de la eterna felicidad.

Estas reliquias debian vivir mas tiempo que las mismas doctrinas de Lutero. En el momento en que el reformador espiraba, un hombre nacido en Noyon, en Picardía, la emprende con la simbólica wittemberguesa, y niega su verdad. Este hombre era Calvino, que no le veremos ciertamente mas afortunado que Lutero. Los dos creyeron enterrar el catolicismo: la obra de Dios jamás sucumbirá.

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE.

Páginas.

A los lectores. V
Prefacio. IX

CAPITULO PRIMERO.

PRIMEROS AÑOS DE LUTERO.—1483-1508.

Nacimiento de Lutero.—Hans Lutero, su padre.—Los *Currend Shulen* de Magdeburgo.—Eisenach y Cotta.—Lutero en Erfurt.—En el convento.—Lutero sacerdote.—Su vida eclesiástica. 17

CAPITULO II.

VIAJE Á ROMA.—1510.

Sensaciones de Lutero á la vista de Italia.—Montefiascone.—El pueblo italiano.—Preocupaciones de Lutero.—Como hijo del Norte, no comprende la poética del arte.—Su despedida de Roma. 31

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO III.

LUTERO DOCTOR.—1512.

La Universidad de Wittemberg.—El Senado de Wittemberg nombra á Lutero predicador de la ciudad.—Lutero, LICENCIADO Y DOCTOR.—Abandona la cátedra, y por órden de Staupitz visita los conventos de Sajonia.—Tentaciones de Lutero.—¿Es aun católico? . . . 39

CAPITULO IV.

TEZEL Y EL SERMON SOBRE LAS INDULGENCIAS.—1517.

Leon X publica las indulgencias.—Tezel en Leipzig.—Calumnias de Lutero contra el dominico.—Tezel en Juterbock.—Lutero predica y escribe contra las indulgencias.—Exámen de su obra.—Su influencia en Alemania.—Tezel refuta á Lutero: apreciacion de esta polémica.—Desafio que Lutero propone á este monge. 49

CAPITULO V.

LAS TÉSIS.—1517.

Necesidad de una reforma, proclamada por el pontificado.—Carta de Lutero al Arzobispo de Maguncia sobre el sermon contra las indulgencias.—Scultet, Obispo de Brandeburgo, envia al abad de Lenin á ver á Lutero, y este promete retirar las tésis.—Pócos dias despues las hace fijar en las paredes de la colegiata de Wittemberg.—Efecto que producen en Alemania.—Las aprueba Erasmo.—Hutten hace imprimir la carta del filósofo, pero desfigurándola.—Es elogiado por Lutero.—Retrato de Prierias.—Opinion de Erasmo so-

bre el escrito de Prierias.—Lutero traduce sus tésis al aleman.—Su carta á Scultet, á quien pretende engañar.—Scultet. 55

CAPITULO VI.

LUTERO CITADO A ROMA.—1518.

Las tésis atraviesan los Alpes.—Apelacion de Lutero al Papa.—Su fingida sumision en el momento mismo en que escribia el sermon *tocante á la muerte de Adan en el hombre*.—Leon X quiere de nuevo atraer al doctor, y encarga á Staupitz que le escriba.—Lutero rehusa escuchar al monge.—Propáganse sus doctrinas.—Trabajan los príncipes por que se popularicen.—Motivos que á ello les inducen.—El Emperador Maximiliano denuncia á Lutero al Papa.—El Soberano Pontífice encarga á Cayetano que cite á Lutero á Roma.—Perplejidad del fraile; subterfugio de que se vale para no obedecer.—Cobra alientos, y se rie de las amenazas de excomunion y del Breve del Papa.—Quiere ser juzgado en Alemania, y se resuelve á no marchar.—El Papa consiente en que le juzgue Cayetano.—Lutero está decidido de antemano á no retractarse. 65

CAPITULO VII.

LUTERO ANTE CAYETANO.—1518.

Viaje de Lutero á Augsburgo.—Su llegada á esta ciudad; escribe á Melanchthon que morirá mas bien antes que retractarse.—Su conferencia con el Legado.—Solicita defenderse por escrito: su apología.—Cayetano le ofrece, aunque en vano, interceder por él con el Papa.—El Nuncio comisiona á Staupitz y Wenceslao

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Linck para que hagan reconocer á Lutero sus errores.—Conmovido este hasta el punto de derramar lágrimas, confiesa sus arrebatos; pero rehusa retractarse.—Aquella misma noche huye de Augsburgo, despues de haber fijado en las paredes del convento de los Carmelitas su apelacion al Papa, y que recurriria al Concilio, caso de que el Papa le condenase.—Su carta á Spalatino contra la Bula de Leon X, á quien trata de bellaco.—Moderacion del Papa. 73

CAPITULO VIII.

EL PUEBLO ALEMAN: MILTITZ.—1518-1519.

El pueblo aleman favorece la Reforma, y por qué.—La imprenta y el grabado se unen al pueblo.—Lutero niega la infalibilidad del Papa.—Su carta de sumision á Leon X.—Entrevista del nuevo Legado Miltitz con Lutero.—Este se compromete á tomar por juez de sus doctrinas al Obispo de Salzburgo.—Escribe en este sentido al elector de Sajonia.—Concluida la entrevista, recusa el juicio del Episcopado.—Encolerízase contra Miltitz, y llama á Leon X el *Antecristo*.—Digna conducta del Papa.—Lutero busca el escándalo, y quiere disputar. 81

CAPITULO IX.

PROGRESO DE LA IDEA LUTERANA.—1520.

Lutero promete á Staupitz y á Wenceslao Linck escribir una carta de sumision al Papa, y aquella misma noche insulta al papado en otra carta que escribe á Spalatino.—Sus arrebatos contra Alved.—La rebelion hace progresos.—Causa de sus triunfos.—Erasmo. . 91

CAPITULO X.

CARTA DE LUTERO Á LEON X.—1520.

Las Universidades, á quienes habia apelado Lutero, condenan sus doctrinas.—Lutero las denigra.—Justifica sus arrebatos.—Sus profecías sobre Alemania.—Miltitz hace saber á Roma que ha sido burlado por Lutero.—Carta de este á Leon X.—Une á la carta su tratado *De la libertad cristiana*: exámen de esta obra.—Dogmas de Lutero. 99

CAPITULO XI.

LAS DOS BULAS.—1520.

Carácter de las resistencias de Lutero.—Longanimidad de Leon X.—Se decide á fulminar una Bula contra el heresiarca.—Apreciacion literaria de esta Bula.—Anti-Bula de Lutero.—Hutten comenta la anti Bula.—Procedimiento literario de Lutero para perder á sus adversarios.—Este es el encargado de llevar la Bula por Alemania.—Lutero hace quemar la Bula *Exurge* en Wittemberg.—Sube al púlpito para lanzar la abominacion sobre Roma y el odio sobre Leon X. . . . 105

CAPITULO XII.

LEON X.—1520-1521.

Influencia de este Papa en las letras, en las artes, en las ciencias y en el pensamiento en Italia. 115

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XIII.

LUTERO EN WORMS.—1521.

Disposiciones de Lutero antes de su salida para Worms.—Su folleto á la nobleza alemana.—Marcha á Worms.—Su canto *Eim'feste Burg*.—Su visita al cementerio de Erfurt.—Su sermon en la iglesia de esta ciudad.—Su entrada en Worms.—Comparece ante la Dieta.—Vanos esfuerzos del Arzobispo de Tréveris y del canciller Veh para atraer á Lutero.—Fisionomía del drama.—*Eleuchus*, ó compendio de la simbólica de Lutero á la Dieta.—Exámen de los debates religiosos de Worms.—Necesidad de una autoridad. 133

CAPITULO XIV.

LA WARTBURG.—APARICION.—1521.

El elector hace sorprender á Lutero.—La Wartburg.—Lutero se ocupa en la composicion de su obra *Pathmos*.—Refiere una de sus cacerías.—Vision.—Dolores físicos.—Su ira contra el Arzobispo de Maguncia.—La Wartburg en 1836. 155

CAPITULO XV.

CONFERENCIA DE LULERO CON EL DIABLO.—1521.

Aparicion de Satanás á Lutero.—Exámen de la relacion que hace de ella.—Influencia de esta aparicion en la simbólica luterana. 185

CAPITULO XVI.

DESÓRDEN EN LAS INTELIGENCIAS LUTERANAS.—1521-1522.

Efecto de las doctrinas de Lutero.—Matrimonio del abad de Kember y de Gerbel de Strasburgo.—Los monges abandonan los conventos.—Violencias ejercidas contra algunos de ellos, reprobadas por Lutero.—Se enseñan públicamente el divorcio y la poligamia.—Se niega la inmortalidad del alma. 179

CAPITULO XVII.

REVOLUCION CONTRA LUTERO.—1520-1522.

Trabajos literarios de Lutero en la Wartburg.—Su himno á la autoridad.—Alborotos de Wittemberg, promovidos por Carlostadio y Didyme.—Profanacion de las iglesias.—Guerra á las imágenes.—Erasmo protesta contra el fanatismo de Carlostadio.—Lutero se burla de Erasmo.—Defeccion de Carlostadio.—Estado de la Reforma: lo que destruyó: lo que edificó.—Dolor de Lutero.—Su pasion por las flores.—La Wartburg. 185

CAPITULO XVIII.

TRABAJOS LITERARIOS: LA BIBLIA.—1521.

Lutero trabaja en su simbólica.—Su Biblia alemana.—Exámen literario de esta traduccion.—Entusiasmo que ella escita.—Emser refuta la obra de Lutero.—Faltas en que fue cogido este.—Opinion pública en Alemania respecto á la obra.—La Iglesia católica habia ya traducido la Biblia á la lengua vulgar largos años antes que Lutero. 201

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XIX.

LOS PROFETAS.—1521-1522.

La Reforma se fracciona contra ella misma.—Lutero, orador.—Marco Stubner.—Storch.—Munzer.—Los profetas combaten las doctrinas de Lutero. 211

CAPITULO XX.

REGRESO A WITTEMBERG.—SERMON SOBRE EL MATRIMONIO. 1521-1522.

Lutero quebranta su destierro, y vuela á Wittemberg.—Su cólera.—Ataca á Carlostadio y los destructores de imágenes.—Les pide milagros para probar su doctrina.—Entrevista de Marco Stubner y Lutero.—A su vez Stubner pide tambien milagros al reformador.—Himnos á la autoridad.—Entrevista de Munzer y Lutero.—Proscripcion de Storch y Munzer.—Opinion de Erasmo sobre el discurso de Lutero acerca del matrimonio.—Pensamiento oculto de Lutero.—El duque Jorge se horroriza de la osadía del cenobita.—Staupitz abandona á Lutero. 223

CAPITULO XXI.

ADRIAN VI.—DIETA DE NUREMBERG.—1522 Y SIGUIENTES.

Adrian, profesor de filosofia en Louvain, es nombrado Papa.—Su vida literaria en Holanda.—Su llamada á Erasmo para defender el principio católico.—Vacilacion y repulsa del filósofo.—El Papa Adrian y sus reformas.—Manifiesto de Lutero.—Libro de la magistratura seglar.—Dieta de Nuremberg.—Tentativas del Papado para avenir los ánimos.—El Legado Cheregat.—Contestacion de la Dieta al Nuncio.—Nuevo manifiesto de Lutero.—Muerte de Adrian. 237

CAPITULO XXII.

NUREMBERG Y RATISBONA.—1523 1524.

El Legado Campeggio en la Dieta de Nuremberg.—Fisonomia de los Estados.—Decreto de la Dieta.—Protestacion de Lutero contra sus órdenes.—Los católicos se reunen en Ratisbona.—Liga de príncipes reformados.—Lutero sostiene que debe contribuirse para la guerra contra el turco.—Inconstancia de sus palabras. 253

CAPITULO XXIII.

ENRIQUE VIII.—1522-1523.

La *Cautividad de la Iglesia de Babilonia* escita una viva sensacion en Inglaterra.—Enrique VIII ataca la obra de Lutero.—Idea de la obra real.—Respuesta de Lutero al folleto de Enrique VIII.—Lutero tiene miedo, se retracta, y da pública satisfaccion á Enrique VIII.—Tomas Moro defiende la causa de su Rey.—Idea de la obra de Tomás Moro. 265

CAPITULO XXIV.

LOS CAMPESINOS.—1524-1525.

Conrado.—El manifiesto de Lutero contra los príncipes empuja á los pueblos á la rebelion.—Su exhortacion á los campesinos.—Levantamiento de las campiñas.—

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pfeifer y Munzer.—Rebelion de los campesinos.—Su manifiesto.—Respuesta de Lutero á los insurgentes.—Réplica de Munzer.—Osiander y Erasmo acusan á Lutero de promovedor del levantamiento de la Suavia y de la Thuringia.—Melanchthon no quiere que se dé oidos á las quejas de los campesinos.—Estos corren á las armas.—Batalla de Franchenhausen.—Derrota de los rebeldes.—Munzer se reconcilia con la Iglesia, y muere maldiciendo á Lutero.—Acusacion de Menino Simon, de Erasmo y de Cochlée contra la memoria del reformador.—Lutero apela al arcabuz para hacer entrar en razon á los revoltosos. 281

CAPITULO XXV.

CARLOSTADIO. — 1524.

Los sacramentarios.—Lutero predica en Jena contra los profetas.—Desafio de Carlostadio.—Disputa sobre la Cena en la posada del Oso Negro.—Lutero en Orlamunde.—Conferencia.—Reaparicion de Carlostadio.—Un zapatero teólogo.—Lutero espulsado de Orlamunde. 301

CAPITULO XXVI.

SECULARIZACION DE LOS CONVENTOS Y CASAMIENTO DE LOS FRAILES.

Espedientes que idea Lutero para la secularizacion.—Desórden que causa la obra del reformador sobre el celibato.—Los frailes secularizados se ponen á disposicion de los impresores.—Son los auxiliares mas activos de la Reforma.—Froben de Basilea.—Carlostadio.—Bigamia monacal. 321

CAPITULO XXVII.

ESPOLIACION DE LOS BIENES DEL CLERO.

Para ganar á los principes, les ofrece Lutero los despojos de los conventos y monasterios.—La Alemania feudal se inquieta del poder de Roma.—Efecto de la palabra de Lutero en los grandes vasallos.—Apostasía de los nobles.—Código formado por Lutero para los principes codiciosos de los bienes eclesiásticos.—Particion de los despojos monacales.—Usurpacion del poder civil.—Despojo de las iglesias y propiedades.—Indignacion tardia de Lutero.—Él mismo habia predicado el robo y la matanza. 329

CAPITULO XXVIII.

USURPACIONES DEL PODER CIVIL.

La infancia en Alemania bajo el régimen de los conventos.—Usurpaciones de los principes.—Lutero fomenta las pretensiones del poder seglar.—Intolerancia y despotismo de los príncipes reformados.—Las libertades católicas se aniquilan.—Doctrina primitiva de Lutero sobre la separacion de los poderes. 341

CAPITULO XXIX.

DESORGANIZACION DEL CULTO CATÓLICO.—1521.

Trastornos entre los católicos deplorados por los protestantes.—Abolicion del canto eclesiastico y vestiduras sacerdotales.—Las rentas de las colegiatas abandonadas al poder municipal. 349

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXX.

LA REFORMA ANTE EL TRIBUNAL DE ERASMO.

Acusacion de intolerancia, de oscurantismo y falsedad, que el filósofo bátavo formula contra los reformadores. 357

CAPITULO XXXI.

MATRIMONIO DE LUTERO.—1525.

El celibato y Lutero.—Prevision de los católicos respecto al matrimonio de Lutero.—Cartas de Lutero á sus amigos sobre su himeneo.—Lutero quiere dar una esposa al Arzobispo de Maguncia.—Su cólera contra el Prelado.—Melanchthon y Ketha.—Carta de Justo Jonás á Spalatino.—Cánticos de alegria de los cenobitas.—Epitalamio de Emser.—Cantares católicos sobre el matrimonio de Lutero.—Caricaturas.—Conrado Wimpina.—Retrato de Catalina Bora.—Erasmo escribe á Daniel Mochius de Ulm sobre la precoz fecundidad de Catalina.—Retrato de Erasmo.—Controversia con este.—Enrique VIII á Lutero sobre sus bodas incestuosas.—Influencia del matrimonio de Lutero en los destinos de la Reforma.—Los conventos. 363

CAPITULO XXXII.

CATALINA BORA.—LUTERO EN SU CASA.—1525.

Orígen de Catalina.—Su retrato por Werner y por Kraus.—¿Lutero fue feliz en la vida de familia?—Tormentos de Lutero.—Escenas de familia.—Lutero padre de familia.—Sus hijos Isabel y Juan.—Lutero en Coburgo, y el mercader de juguetes.—Carta de Lutero á su hijo.—Lutero jardinero.—En su interior.—Alojamiento de Lutero.—El convento de Erfurt en 1538.—Lutero en la mesa.—Lo que pensaba de la música.—Cuentas de gastos hechos por la ciudad de Wittemberg á favor de Lutero.—Lutero deudor insolvente.—Hans Luft y Amsdorf.—Valor del reformador en la pobreza.—Sus limosnas.—Su fiereza en la indigencia.—Su culto á las musas.—Eobanus Hessus. . . . 373

CAPITULO XXXIII.

ZWINGLIO.—COLOQUIO DE MARBURGO.—1528-1529.

Zwinglio niega la presencia real.—Sueño del doctor.—Doctrina de Lutero sobre la Eucaristía.—El odio del papismo: gran argumento de los sacramentarios, refutado por Lutero.—Zwinglio acusa al luteranismo de intolerancia.—El landgrave de Hesse quiere reconciliar los espíritus divididos.—Coloquio de Marburgo.—Lutero repugna tener por hermano á Zwinglio.—Acusacion de Zwinglio contra Lutero.—Cambio de maldiciones y anatemas.—Las dos partes recurren á la autoridad.—Enseñanza que se desprende de este recurso.—Muerte de Zwinglio.—Destino de Carlostadio. 393

CAPITULO XXXIV.

DIETA DE AUGSBURGO.—1530.

Entrada de Cárlos V en Augsburgo.—Procesion del Corpus.—Los príncipes se resisten á concurrir.—El elector Juan.—El landgrave de Hesse.—Los predicadores.—Relacion de una farsa luterana por Erasmo.—Apertura de la Dieta: oradores católicos.—Exomoló-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gisis melanchthoniana.—Antilogismos de Lutero.—Lutero en Coburgo.—Disposiciones pacíficas de Melanchthon.—Lutero rehusa la reconciliacion.—Melanchthon consiente en conservar el episcopado y el papado.—Bruck no quiere que se reconozca al Papa ó Antecristo.—Grito de reprobacion contra Melanchthon.—Lutero apela al rencor.—Sus palabras piadosas á Melanchthon.—Spalatino quiere restablecer la Misa.—Cólera de Lutero.—Su doctrina sobre la obediencia debida á los poderes.—La confesion de Augsburgo examinada como idea progresista. 413

CAPITULO XXXV.

POLITICA DE LUTERO.

Liga de Schmalkalda.—Lutero combate á la Dieta en sus escritos.—Justifica la rebelion armada.—Su *Aviso á los alemanes*.—Esplicacion de las desvergüenzas de Lutero.—Juicio de las tendencias de aquel libro.—Réplica de Lutero.—Tentativas del catolicismo para una reconciliacion que rechaza el reformador.—El protestantismo desecha al anabaptismo, y le obliga á tomar las armas. 447

CAPITULO XXXVI.

LOS ANABAPTISTAS.—1534 1535.

Melchor Hofmann predica contra Lutero.—Strasburgo acepta las ideas del profeta.—Disputas en Augsburgo entre anabaptistas y luteranos.—Munster.—Rothman y sus dogmas.—Lutero no quiere que la voz de los anabaptistas se haga oir en la Dieta.—Lamentos de los profetas.—Aquellos triunfan desde luego en Munster.—Sitio y toma de esta ciudad.—Muerte de Juan de Leyden.—Gozo de la Reforma.—Esta recurre á la es-

pada política.—Actos del sínodo de Homburgo.—Destierro, confiscacion y muerte á los anabaptistas, impuestos por la asamblea protestante.—Decreto de Homburgo contra los herejes.—No es mas que la paráfrasis del comentario de Lutero al salmo 82.—Versatilidades de la palabra de Lutero 453

CAPITULO XXXVII.

LOS JURISTAS.

Lutero, necesitando un símbolo, inmola el espíritu á la letra.—Observacion de Manzel.—Nueva metamórfosis.—Lutero niega la letra.—Defeccion de muchos de sus discípulos.—Lutero á los seducidos por los juristas, en el púlpito y en la mesa.—Su vuelta á la letra.—Gaspar de Schwenkfeld ataca á Lutero.—Opinion de aquel sobre el valor científico del reformador. 471

CAPITULO XXXVIII.

ULTIMAS TENTATIVAS DEL PONTIFICADO.—1535-1537.

Clemente VII.—Paulo III envia á Vergerio á Alemania para pacificar la Iglesia.—Entrevista de Vergerio y Lutero.—Lutero se burla del Legado. 479

CAPITULO XXXIX.

BIGAMIA DEL LANDGRAVE DE HESSE.—1539-1540.

Costumbres del príncipe.—Su carta á Lutero pidiéndole la legitimacion de su bigamia.—Bucero.—Confesion del landgrave.—Consulta á los miembros de la Iglesia de Wittemberg.—Dolor de la Alemania.—La Iglesia reformada enmudece con tal escándalo.—Arrepentimiento de Lutero.—Folleto de Wittemberg. 489

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XL.

DISGUSTOS Y PADECIMIENTOS DE LUTERO.

Lutero enfermo en Schmalkalda.—Sus deseos contra el papado.—Lutero jamás supo orar.—Muerte de su padre.—Dietrich.—Carta de este á Melanchthon.—Crísis.—Súplica á Dios.—Muerte de Magdalena.—Oficios piadosos de su padre.—Testamento del doctor.—Folleto contra el papado. 495

CAPITULO XLI.

ULTIMOS MOMENTOS DE LUTERO.—1546.

Contiendas en la familia de los condes de Mansfeld.—Partida de Lutero á Eisleben.—Su emocion al ver las torres de esta ciudad.—Lutero en la mesa.—Sus profecías respecto al papado.—Ultimos momentos del doctor.—Entierro de Lutero.—Cárlos V. en la tumba del reformador. 507

CAPITULO XLII.

CATALINA BORA.—RECUERDOS DE LUTERO.

Sufrimientos de Catalina Bora.—Su muerte.—Recuerdos de Lutero. 517

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

